

Por la autora de *Morir no es lo que más duele*

**INÉS PLANA**

ANTES  
MUEREN  
LOS  
QUE NO  
AMAN

  
ESPASA

# Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Antes mueren los que no aman](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

# Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

## ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Sinopsis

En las Navidades de 2009, con un país aplastado por la crisis, una funcionaria de la Seguridad Social muere al ser empujada violentamente contra una cristalera. Quien lo hace es una joven que huye del lugar sin dejar rastro. Este es el caso que investiga Julián Tresser, teniente de la Policía Judicial de la Guardia Civil, cuando surge la primera pista fiable sobre el paradero de Luba, una chiquilla de doce años que desapareció misteriosamente dos años atrás.

Desde entonces, Tresser ha buscado desesperadamente a esa niña que no es su hija pero que debería serlo. No imagina que la pequeña ha escapado del sórdido mundo de la prostitución en la que la habían confinado. El azar la lleva a esconderse en una casa en un pueblo perdido donde dos mujeres parecen ocultar un secreto inconfesable que podría arruinarles la vida. Luba debería pedirles ayuda, puesto llega herida hasta allí, pero los abusos que ha sufrido le impiden confiar en nadie. Esas circunstancias, caprichosas y crueles, no se lo van a poner fácil al teniente, pues, a la vez que busca a la niña, deberá elegir entre la responsabilidad que conlleva su oficio y la fuerza de los vínculos de sangre.

Tras el éxito de *Morir no es lo que más duele*, Inés Plana sumerge al lector en una trama vertiginosa por la que transitan personajes atormentados y complejos y en donde el teniente Tresser se someterá a un dilema moral que pondrá a prueba sus convicciones.

INÉS PLANA  
ANTES MUEREN LOS QUE NO AMAN



*Después de un gran dolor  
llega una sensación de algo solemne,  
los nervios se reajustan  
ceremoniosamente, como tumbas.  
Pregunta el aturdido corazón  
si fue él quien lo sufrió  
y si fue ayer o muchos siglos antes.  
EMILY DICKINSON, Poema 372*

A Santiago y Victoria, mis padres. Siempre. In  
memórium.

A Narcís, mi compañero de vida, por tantas  
cosas y tan importantes.

A Belén Bermejo, una de las mujeres más  
admirables y brillantes que conozco.

A Germán, sargento de la Guardia Civil, por  
hacerme el inmenso regalo de su amistad.

A mis grandes amigas: Marta Suñol, Teruca  
Moreno, Pilar Mallén y, particularmente, a  
Amparo Mendo, Marian Aguilera, Marga  
Peirón y Encarna Samitier, porque he  
compartido con ellas momentos muy  
especiales de nuestras vidas.



# CAPÍTULO I

Fue un hachazo que parecía caído del cielo a traición, para clavarse profundamente en la tierra y provocar un abismo entre las gentes y sus esperanzas. A un lado quedaron las personas y las hipotecas que ya no podían pagar, los trabajos que dejaron de existir, las empresas arruinadas, la tristeza, la perplejidad. Al otro lado de la sima insalvable, las casas tan bonitas, los coches tan nuevos, las vacaciones en el trópico, la seguridad de las nóminas, las salidas de fin de semana y otros tantos sueños cumplidos. No se iba a tender ningún puente para regresar a aquellos mundos perdidos. Al contrario, la intención era dinamitar todos los que aún se mantenían incólumes. Notificaciones de embargos y desahucios, notificaciones de impagos, notificaciones siempre hostiles llegaban a muchos buzones y paralizaban a las personas, impotentes ante el despliegue de tan poderosa maquinaria. En aquellas Navidades del año 2009 ya se empezaba a comprender que así sería hasta no se sabía cuándo y detrás de cada risotada, de cada villancico, de cada copa de champán se ocultaba el desconsuelo ante lo inevitable.

En la mañana del 23 de diciembre, una funcionaria de la Tesorería de la Seguridad Social yacía en el suelo decapitada. Se llamaba Pepa Ordovás. Junto con otros compañeros, había invertido el tiempo del desayuno para recoger firmas en la puerta de la delegación de Uvés de San Juan, una localidad madrileña cercana a Torrelodones y El Escorial. Se avecinaban para el próximo año recortes salariales a los trabajadores públicos. Nunca hasta entonces había sucedido algo así. Con campanillas y panderetas navideñas, Pepa Ordovás y sus colegas animaban a quienes entraban o salían de la oficina a firmar contra los tijeretazos del Gobierno. De repente, sin mediar palabra, alguien le escupió a la cara y le dio un violento empujón, de tal forma que impulsó su cuerpo hacia atrás y se estrelló contra la cristalera de la entrada, que se rompió con gran estruendo. La caída podría no haber sido mortal, pero un gran trozo de vidrio afilado se descolgó del marco, se desprendió con la

eficacia de una guillotina sobre el cuello de la funcionaria y le seccionó la cabeza, que dio un pequeño brinco y quedó del revés, con el rostro pegado contra el suelo y el cabello ensortijado de color caoba mirando al techo, en medio de la sangre que había manado a borbotones del tronco mutilado. Fue tal el impacto emocional entre quienes presenciaron el suceso, y todo ocurrió tan rápido, que nadie persiguió a la mujer que había empujado violentamente a la funcionaria y que huyó a la carrera. Sí, fue una mujer. Con un anorak violeta y un sombrero panamá de color marrón. Solo recordaban eso. El guardia de seguridad estaba en aquel momento repartiendo números de turno y salió corriendo al oír gritos fuera, pero llegó tarde para evitar la tragedia.

Al teniente de la Policía Judicial de la Guardia Civil Julián Tresser le comunicaron el suceso mientras intentaba sacar dinero de un cajero automático. Llevaba días aplazando la operación por falta de tiempo y, al final, se había quedado sin efectivo. No tenía ni para un café. Le ordenó a la guardia Lucía Brancho que detuviera el coche patrulla frente a un banco de Uvés y se encontró con la sorpresa de que alguien había inutilizado con silicona la ranura de la tarjeta. En la oficina se había formado una cola en la que el teniente no estaba dispuesto a participar. Fue entonces cuando recibió la llamada y ordenó enseguida a su subordinada que le condujera hacia la delegación de la Tesorería de la Seguridad Social, junto a la plaza del Ayuntamiento de Uvés.

—Una mujer muerta, mi teniente, lo sé —comentó Brancho—. Me lo acaban de comunicar a mí también mientras estaba usted en el cajero.

Últimamente, los funcionarios de las oficinas del Inem y de la Seguridad Social de buena parte del país habían denunciado amenazas e incluso agresiones de los ciudadanos, pero el teniente no podía imaginar que tal exasperación pudiera desembocar en una muerte. ¿Tan mal estaban las cosas? Mientras la guardia Brancho conducía con celeridad y tarareaba muy bajito una canción, como solía hacer siempre que coincidían en el coche patrulla, Tresser sintió pudor por haber hecho una transacción inmobiliaria satisfactoria cuando más de la mitad del país se estaba quedando sin trabajo y se desesperaba intentando vender sus casas para librarse de las hipotecas. Había puesto a la venta el piso de su madre ya fallecida, una amplia vivienda en el centro de Madrid, en la calle Linneo, a dos pasos de la calle Segovia y cercana a la catedral de la Almudena. Estaba tan convencido de que le costaría venderla que le sorprendió mucho que, a los cinco meses de dejarla

en manos de una inmobiliaria, una persona se interesara por ella y decidiera adquirirla sin pedir rebaja alguna sobre el precio. El comprador, un abogado, llevaba tiempo buscando un piso exactamente en esa misma calle, donde vivían sus padres, ya mayores y delicados de salud. Quería vivir cerca de ellos y aquel piso estaba justamente enfrente. Le bastaba cruzar la calle si se producía una emergencia. «Un capricho de quien tiene dinero», pensó Tresser, a quien le parecía excesiva aquella urgente necesidad del abogado de vivir pegado a sus padres. ¿Por qué no se los llevó a su casa directamente? «Yo también podría haber vivido con mi madre y no lo hice. Quién soy yo para juzgar», se reprochó.

El cuerpo de la funcionaria Pepa Ordovás, por un lado; la cabeza, por otro. Entre sangre y cristales. La imagen era atroz.

—Qué pena... —fue lo primero que comentó la guardia civil Brancho al acercarse al cadáver con el teniente y retirar la manta que cubría a la víctima. Brancho era una joven a la que no inquietaban las truculencias de su oficio, por eso se recreó secretamente en aquella cabeza cortada. «Qué pequeñas parecen todas cuando se separan del cuerpo», pensó; o quizá lo musitó sin darse cuenta, porque observó en su teniente un gesto de reproche.

—Brancho, ¿qué murmura? Deje de mirar el cadáver como si fuera el primero y póngase a trabajar.

—A sus órdenes, mi teniente. ¿Por dónde empezamos?

—Comience por mostrarle respeto y cúbralo de nuevo.

La agente lo hizo, pero con tanta delicadeza que dilató demasiado el movimiento.

—¡Vamos, hágalo de una vez! ¿Hoy tiene usted un día tonto?

—En absoluto, mi teniente.

Julián Tresser estaba de mal humor. No dejaba de pensar en aquella silicona que sellaba el cajero del banco y que le había condenado a seguir sin un euro en el bolsillo. «¿Por qué esas ganas de fastidiar?», se preguntó, al tiempo que deseaba un buen café, precisamente cuando no podía pagárselo. Debía amordazar su indignación para centrarse en aquella mujer decapitada. Según órdenes de la Comandancia, la primera patrulla de la Guardia Civil que había llegado al luctuoso escenario retenía en la oficina a los funcionarios y a los testigos, mientras la Policía Local acordonaba la zona y ocultaba tras un biombo a la fallecida. Aún se aguardaba la llegada de la comisión judicial y de la policía científica, que realizaría la inspección ocular del cadáver y

recogería muestras. Cuando el teniente y Brancho entraron en la delegación de la Seguridad Social, hubo que poner orden inmediatamente. Se habían formado corrillos, se hablaba o se gemía en voz alta; una mezcla pastosa de histeria e indignación se había apropiado del ambiente.

—¡Hagan el favor de permanecer en silencio! —gritó el teniente con firmeza.

Allí había alrededor de treinta personas tan impactadas que no eran capaces de sujetar sus emociones, cuando en aquellos momentos era tan necesario que las contuvieran para que relataran con serenidad lo que acababa de ocurrir. Los guardias civiles les proporcionaron agua y les tranquilizaron con palabras de aliento. Durante dos horas se les interrogó a todos, uno por uno, en un pequeño despacho. Quienes presenciaron el suceso —cuatro compañeros de la víctima y otras seis personas que entraban o salían de la oficina en aquel momento— coincidieron en que era una mujer quien empujó mortalmente a la funcionaria, aunque no acertaban a definir con exactitud sus rasgos físicos, sobre todo por el sombrero de ala ancha que cubría su cabeza. Era joven, no más de treinta y cinco años, y nadie supo determinar de dónde había salido. «Apareció de repente», fue la frase que más se escuchó. ¿Y quién era Pepa Ordovás? Una funcionaria de cuarenta y cuatro años, sindicalista, casada con un funcionario del Ministerio de Industria, con dos hijos adolescentes. Había otros detalles que el teniente quiso comentar con la directora de la delegación, a la que se ordenó que permaneciera en su despacho hasta que finalizaran los interrogatorios.

Testimonios de voces entrecortadas, ordenadores expulsando lentamente los listados de todas las personas que habían hecho gestiones aquella mañana, el escrupuloso visionado de las cámaras de seguridad... Fue una mañana intensa para el teniente Tresser, en la que no pudo tomarse ese café caliente y tuvo que conformarse con agua fría en vaso de plástico. La imagen de la misteriosa mujer con sombrero había quedado grabada en las cámaras: cuando entró en la oficina, cuando se sentó a esperar junto a otras veinte personas más y revisó unos papeles que sacó de una carpeta y, finalmente, cuando se levantó y avanzó por el pasillo hacia el departamento donde trabajaba Pepa Ordovás. Allí se perdía su rastro en el vídeo, pues, inexplicablemente, no había cámara alguna en esa área tan expuesta a la ira ajena, ya que era donde se fraguaba la ejecución de deudas y embargos. Además, la mujer no se quitó el sombrero en ningún momento, lo cual dificultó su identificación facial. De hecho, en sus

rasgos solo podían adivinarse los labios y el mentón, pero tampoco aparecían nítidos. La cámara volvió a captarla minutos después, al salir de la oficina. Ya en la puerta, en la calle, pasó por delante de Pepa Ordovás y sus compañeros, todos con sus panderetas y sus campanillas, y pareció que proseguía su camino cuando detuvo su marcha, volvió sobre sus pasos, se acercó a la funcionaria, le escupió a la cara, la empujó con fuerza, se sobresaltó cuando constató que la mujer se estrellaba contra la cristalera y se quedaba sin cabeza —parecía impactada por el violento resultado del empujón— y se alejó corriendo. Más tarde se encontrarían su sombrero y su anorak en un contenedor de basura cercano a la delegación. A partir de entonces, sin las prendas que la singularizaban, su huida le resultó más fácil y para los investigadores todo se volvió más complicado.

En las estrechas y laberínticas calles del centro de Uvés no había cámaras. Esa zona era el único vestigio que quedaba del pasado, casi cuatro décadas atrás, cuando se construyó una pequeña urbanización junto a un arroyuelo y se fue agigantando con los años. Uvés era un pueblo sin historia, a diferencia de otros de la zona noroeste de Madrid, y cuando logró ser elevado a la categoría de municipio se imitó la vetustez de un casco antiguo, diseñando callejuelas de adoquines en torno al ayuntamiento, construyendo casas bajas de mampostería —muchas de las cuales se adjudicaron a los funcionarios municipales— y embelleciendo el entorno con fuentes de piedra envejecida para dotar al pueblo de un linaje del que carecía. Ahora, ese falso centro histórico se había quedado sin vida, sin apenas tiendas, con un par de bares y un estanco, porque los moradores de las muchas urbanizaciones que lo circundaban disponían en los alrededores de centros comerciales para hacer sus compras y aparcar con facilidad. Ni siquiera el edificio del consistorio y, muy cerca de él, la delegación de la Seguridad Social habían logrado revitalizar la zona, arrinconada casi definitivamente por la modernidad. La mujer que empujó fatalmente a Pepa Ordovás no dejó su rastro en aquellas calles, ningún vecino la vio, todos fueron interrogados puerta por puerta. No se pudo conocer siquiera el color de sus cabellos ni la prenda que llevaba bajo el anorak. Tan solo se sabía que llevaba pantalones y botines de color negro, tal como mostraron las cámaras. Su complexión era la de una joven alta y delgada. Uno de los testigos, una mujer, había recordado también que olía a perfume caro. «Lo reconocí. Mi hermana lo usa desde hace muchos años. No cuesta menos de ochenta euros», afirmó.

Una mujer joven, un perfume caro. Era lo único que tenían hasta que se cotejaron todos los nombres de quienes habían visitado la Tesorería esa mañana: alrededor de cincuenta personas, de las cuales veinte eran mujeres y ocho se correspondían con la edad de la agresora. Únicamente tres de ellas estaban en la oficina en el momento del suceso y fueron interrogadas. Era necesario contactar con las otras cinco. Y había que hacerlo rápido, pues la muerte violenta de Pepa Ordovás había soliviantado a los funcionarios de la Administración y, menos de una hora después del mortal empujón, ya se estaban manifestando en las puertas de las delegaciones de la Seguridad Social y del Inem de buena parte del país, reclamando más seguridad, mayores penas para los agresores y exigiendo la rápida captura de quien había segado la vida de su compañera. «Nosotros no tenemos la culpa de la crisis», escribieron en sus pancartas.

En la Comandancia de la Guardia Civil de Madrid, el capitán Díaz Visedo llevaba toda la mañana al teléfono. Sus superiores le presionaban para resolver lo antes posible el caso Ordovás y él a su vez también presionaba al teniente Tresser. Ahora lo tenía frente a él, en su despacho, y le apremió aún más.

—Es urgente saber quién es la maldita mujer del sombrero y cuando digo *urgente* me refiero a que hoy ya deberíamos saber algo.

—Mi capitán, hay cinco mujeres que se corresponden con la edad que suponemos que tiene la agresora y...

—Ya lo sé, Tresser —le interrumpió—, le faltan recursos, no tiene suficientes efectivos. No quiero oírlo más. Tendría que estar más que acostumbrado a trabajar así, todos lo estamos. No debería tener que recordárselo.

Díaz Visedo no era la misma persona que el teniente había conocido varios años atrás. Hacía once meses que había perdido a su esposa, atropellada por un camión cuyo conductor aparcó sin echar el freno de mano cuando ella cruzaba una de las avenidas de Uvés. Regresaba del centro de salud, a donde había ido a recoger una analítica rutinaria. Quedó atrapada bajo las ruedas y murió en el acto. Desde entonces, el capitán perdía el humor con frecuencia, combinaba actitudes hurañas con otras taciturnas y había abandonado su pasión: la micología. Su entusiasmo por el estudio de las setas se había volatilizado como el humo azotado por el viento. Ya no las mencionaba nunca, tan aficionado como había sido a establecer símiles con los casos que

investigaba. En su despacho tampoco se exhibían las placas de reconocimiento a sus estudios sobre las setas, que con tanto orgullo había expuesto hasta entonces, y no frecuentaba las sociedades de micología a las que pertenecía. Era un hombre derrotado por la pérdida. A pesar de que se le había obligado a someterse a terapia psicológica y se le dio la baja por depresión tras el fallecimiento, Díaz Visado no soportaba la inactividad y no tardó ni un mes en reincorporarse al servicio. Tras compartir un par de semanas con su hija y su yerno en Las Palmas, ambos guardias civiles y destinados allí, regresó a Madrid y, aunque antaño había desdeñado promocionarse en el Cuerpo, solicitó la evaluación para ascender a comandante, aunque ello pudiera implicar que se le asignara un nuevo destino. Ya no le importaba abandonar Uvés y vivir en otra ciudad. A sus cincuenta y ocho años, a solo tres de pasar a la reserva, había perdido todo interés por lo que la vida pudiera depararle.

—Pero ya que usted se queja tanto, Tresser —expresó, molesto—, le diré que, si pudiera, le asignaría de nuevo al cabo Coira en comisión de servicio, pues los dos trabajan bien juntos, pero está de vacaciones en Galicia hasta el 2 de enero. Llevaba cuatro años sin pasar las Navidades con los suyos y le concedí el permiso. No podía imaginar el lío que se ha organizado, con los funcionarios manifestándose en toda España. No sé qué quieren. ¿Cuatro patrullas de policía en la puerta de cada oficina, como si fueran ministerios? Pues no se puede. La crisis es así. Ya nadie es amable —zanjó.

—Tiene razón. —Y la tenía, pero el teniente se la habría dado también si no fuera así. Ya había aprendido a manejarse con el *nuevo* Díaz Visado.

A Tresser le desalentó saber que no podría contar con Coira, cuando él lo daba por hecho. Era cierto que se entendían bien, y más desde que el cabo, que ya había decidido opositar a sargento, había finalizado el curso de Policía Judicial y eso, sin duda, mejoraba sus aptitudes para cualquier investigación.

—De todos modos, mi capitán, este parece ser un caso de homicidio involuntario si la investigación no señala lo contrario. Hemos visionado las grabaciones de las cámaras de seguridad, de las que le he traído una copia, y da la sensación de que la mujer no tenía intención de matar a la funcionaria cuando le dio el empujón.

—¿Y por qué la agredió a ella y no a otro compañero? ¿Fue por azar? ¿Le servía cualquier funcionario para volcar su ira, si es que eso fue lo que la impulsó, o realmente la conocía de algo?

—Eso no lo sabremos hasta que no se identifique a todas las mujeres que

han estado esta mañana en la oficina de la Seguridad Social. Brancho y dos guardias más ya están con los listados en el cuartel de Uvés, comenzando obviamente por las que atendió Ordovás. Se las visitará una a una, pero estamos en Navidades y eso complica las cosas. Por otra parte, el interrogatorio realizado individualmente a cada funcionario nos ha permitido saber que la víctima se mostraba bastante hostil en su atención al público. Sus compañeros ya le habían advertido de que debía cuidar más las formas e incluso hubo personas, cinco en los últimos dos meses, que solicitaron ser atendidas por otro funcionario que no fuera ella. A la directora de la delegación no le consta que fuera así, porque ningún ciudadano presentó denuncia alguna.

—Pero ¿qué es lo que hacía esa mujer para suscitar tanta antipatía?

—Según sus compañeros, tenía un carácter bastante exaltado. Aunque era militante de UGT, cuestionaba a Zapatero. Decía que le había decepcionado por sus políticas contra los trabajadores y, sin confesarlo abiertamente, soliviantaba a los cotizantes morosos para que ellos a la vez se crisparan contra el presidente del Gobierno. Por lo visto, hizo lo mismo cuando gobernaba Aznar. No tiene sentido, pero al parecer ese era su comportamiento. Les decía cosas como «Si usted no puede pagar su cuota de autónomo, cierre su negocio». Tampoco hacía demasiados esfuerzos para consultar con la directora una posible regularización de las deudas, cuando los otros funcionarios sí lo hacían habitualmente. En suma, no facilitaba las cosas.

—Hay que ser estúpida para exponerse así ante personas desconocidas que pueden perder los nervios en estos tiempos de crisis —comentó Díaz Visedo mientras miraba el reloj—. Quizá es lo que le sucedió a la joven que la empujó. Me cuesta creer que nadie se acuerde de una mujer que llevaba un ostentoso sombrero de ala ancha y que, como usted me ha comentado, no se quitó en ningún momento. También me pregunto por qué huyó, cuando parece claro que no pretendía matarla. Le dio un empujón y la cristalera hizo el resto. Por cierto, ¿cómo pudo romperse entera? Estos vidrios suelen ser bastante gruesos y resistentes, y más lo deberían ser cuando se trata de un edificio oficial.

—Ha sido una cuestión de mala suerte, mi capitán, porque pocos días antes el cristal había recibido una pedrada. No se rompió, pero sí generó tensiones en el vidrio que facilitaron su rotura tras el empujón. En fin, de un modo o de otro encontraremos a la agresora —afirmó Tresser sin demasiada convicción.



Tardarían días en identificarla entre las mujeres que visitaron la Tesorería, en plenas fiestas navideñas, cuando tantas familias se trasladaban de un lugar a otro del país.

—Sí, ya sé que la encontrarán, Tresser, solo faltaría que no fuera así, pero la pregunta es cuándo. *Cuándo*, se lo subrayo a usted. Ahora tengo que dejarle.

—Volvió a mirar el reloj—. Me espera el portavoz de la Comandancia para que le informe antes de hablar con la prensa y calmar a los funcionarios. ¿Me ha traído el atestado y las diligencias?

—Por supuesto, mi capitán.

—¿Ha hablado con el marido?

—Está hospitalizado. Ha sufrido un amago de infarto al conocer la noticia.

—Es duro quedarse viudo —reflexionó el capitán con pesar—. No sabe la suerte que tiene usted por estar soltero a sus cuarenta y tantos, Tresser.

—Nunca me lo había planteado así.

Julián no supo en aquel momento cuántos años habían transcurrido desde que se había divorciado de su mujer. Ya no los recordaba, pero además tampoco lograba fijar en su mente el rostro de ella, que se le aparecía desdibujado, como reflejado en un espejo roto. No le incomodó aquel lapsus y tampoco se preguntó qué habría sido de ella. Estaba más pendiente de un inminente desahogo del capitán sobre la soledad de la viudez, porque no hubiera sabido qué contestarle. Todo duelo por una pérdida es inconsolable, por mucho que los demás se empeñen en aliviarlo. Cualquier intento por hacerlo, pensó, es inútil y, aún peor, torpe. Había pasado por la experiencia de la pérdida, de otro modo, en diferente situación, pero sabía que en tales casos es mejor escuchar y no abrir la boca o hacerlo tan solo para respirar.

—Hace bien, Tresser. Soltero y sin cargas familiares que le aten a la vida, porque si un día se soltaran, como me ha sucedido a mí, se pasaría el resto de su existencia en caída libre.

El teniente no le contestó. Se limitó a bajar la mirada y soportar el silencio triste que se generó entre los dos. Luego, se cuadró ante su superior, le entregó los informes y las copias de las imágenes de videovigilancia y abandonó el despacho. Ya en el pasillo, sintió que necesitaba refrescarse la cara y se dirigió al lavabo. Como siempre, la calefacción de la Comandancia le resultaba insoportable. Por lo visto, no había manera de ajustar el termostato a los veintiún grados que se recomendaban para que el calor no fuera tan sofocante. Dedujo que allí se estaban sobrepasando los veinticinco, cuando en

tantos cuarteles del país el mal estado de las calderas condenaba a los guardias civiles a pasar tanto frío que se compraban estufas de butano pagadas de sus propios bolsillos. Pero en la Comandancia el derroche de calor parecía no importar a nadie. Y en verano, con el aire acondicionado, sucedía justo lo contrario: uno salía del edificio con las manos heladas. Sí, en la Guardia Civil las cosas eran así, nunca existía presupuesto para procurar un mínimo confort a los agentes y sí mucho dispendio para asegurárselo a los mandos superiores. Sabía que, al plegarse a la resignación ante aquellos injustos desequilibrios, perdía algo por el camino, quizá a sí mismo, y eso a veces le incomodaba, pero tampoco hacía nada para cambiar las cosas. De hecho, a pesar de que habían transcurrido dos años desde que se inhabilitara por aluminosis una amplia zona del puesto principal de San Lorenzo de El Escorial y muchos agentes, incluida su propia Unidad de Policía Judicial, continuaran reacomodados en el cuartel de Uvés de San Juan, el teniente no había presentado queja alguna sobre tan inexplicable retraso en las obras de rehabilitación. Estaban paradas desde hacía diez meses. «Nueva reasignación de presupuesto», había sido la justificación por escrito, sin más. Pero Julián Tresser vivía desde hacía tiempo en Uvés, a pocos kilómetros de San Lorenzo de El Escorial, a solo cuatro minutos en coche del cuartel provisional y a diez caminando. Era tan cómodo vivir tan cerca de su lugar de trabajo que no había protestado sobre la situación. Tampoco los agentes bajo su mando estaban descontentos. Además, la sargento Varela, la nueva comandante de puesto, una mujer tan afable como eficaz en su cometido, les facilitaba tanto las cosas a los *intrusos* que nadie parecía echar de menos volver al cuartel primigenio. Bien sabía el teniente que esa relajación en las reivindicaciones no era el proceder más correcto, pues los mandos podían utilizarla como ejemplo de paciencia y comprensión frente a las quejas de otros cuarteles, sobre todo los rurales, en muchos de los cuales el mantenimiento era prácticamente nulo. No hallaba contrapeso alguno a esa dicotomía entre comodidad y solidaridad. Se reprochaba a sí mismo esa falta de compañerismo, aquella comfortable desidia a la que todos los *reacomodados* parecían haberse abandonado, él a la cabeza. Dejaba pasar el tiempo. No estaba haciendo nada. A lo mejor era su forma de ser, alegó a su favor.

Se echó agua sobre la cara y se miró en el espejo. En realidad, no solo había entrado en el lavabo para refrescarse, sino también para victimizarse en soledad. Cuando el capitán le felicitó por no tener cargas familiares, le

molestó que hubiera olvidado que llevaba dos años buscando a Luba. La búsqueda de aquella niña desaparecida dos años atrás se había convertido casi en una obsesión. Antes de dirigirse cada mañana al cuartel, Julián entraba en la habitación que había preparado para acogerla cuando la encontrara y permanecía unos minutos dejándose envolver por la pesadumbre. Todos los muebles eran rosas, como él pensaba que debía ser el dormitorio de una niña, aunque en aquel momento ya tendría catorce años, una adolescente. Cuando los eligió, la dependienta de El Corte Inglés que le atendió le sugirió: «Quizá ese color sea demasiado infantil. A los catorce años ya no están mucho por el rosa». Pero él estaba empeñado. «Es para mi hija y le gusta», mintió. Luba tenía solo doce cuando desapareció sin dejar rastro, tras la resolución del caso que el teniente estaba investigando en aquel momento. Fue entonces cuando se enteró de que ambos podían tener vínculos familiares. Cabía esa posibilidad, esa realidad sorprendente. Desde entonces, era *su* niña. Él se consideraba *su* padre, aunque los lazos de sangre fueran lejanos y ni siquiera estuviera seguro de que tales nexos existieran de verdad. Desoyendo las sugerencias de la dependienta, que sin duda sabía mucho más que él sobre los gustos de las adolescentes, Julián seleccionó el mobiliario más cursi. La cama, con un cabecero de forja lleno de mariposas de colores, estaba cubierta por un edredón con grandes corazones rosas estampados sobre un fondo azul celeste. El conjunto no era barato, pero no le importaba el dinero gastado para esperar a Luba. La habitación tenía su propio baño, con mullidas toallas también de color chicle, en las que había encargado bordar unas iniciales: «LT». Luba Tresser.

Únicamente en aquel dormitorio la sentía cerca, la sentía viva. Le causaba tal desasosiego suponerla muerta que, cuando le atenazaban los malos presagios, compraba un objeto más para aquel dormitorio. Poco a poco lo había llenado de lápices y rotuladores de colores, novelas infantiles, una cadena de música, un pequeño televisor, un ordenador portátil, vestidos de verano, anoraks de invierno, calzado deportivo, cedés de cantantes de moda. Al final de cada semana añadía nuevos elementos a la estancia con una perseverancia obsesiva. Su gata Greta también parecía esperar a Luba. Dormitaba casi siempre en su cama y cada mañana, al despertar, se encaramaba a la cornisa de la gran ventana y pasaba un buen rato mirando al otro lado del cristal, sentada sobre las patas traseras, aguardando a la ausente como una pequeña esfinge negra de ojos azules.

Serían estas las segundas Navidades sin Luba, quizá la única familia que le quedaba. Sus padres estaban muertos. Solo faltaba ella en aquel ático dúplex con amplia terraza, tres dormitorios, uno en la planta baja, el suyo, y dos en el piso superior; el que aguardaba a Luba era abuhardillado, con una pequeña terraza. Lo había estrenado hacía un año en la mejor zona de Uvés. Lo adquirió con el dinero de la venta de la vivienda de su madre, más una pequeña hipoteca que no le costaba esfuerzo pagar, pues además había arrendado como hostería rural la casa familiar del pueblo de Ávila donde había pasado los veranos de su infancia. Había encargado la gestión a una inmobiliaria abulense y de lo único de lo que se ocupaba era de recibir su renta mensual. Así que, con el dinero de sus transacciones inmobiliarias, Julián había abandonado su pequeño apartamento de Uvés y se había mudado a uno de sus barrios más caros, el de Los Océanos, denominado así porque sus cinco calles principales tenían nombre de grandes mares. Su calle era la del Ártico.

Sin Luba en su vida, nunca habría optado por esa zona tan exclusiva, con aquel vecindario tan alejado de su austero estilo de vida, un vecindario tan absurdamente ostentoso desde la discreción, con ese trato cotidiano que aparentaba naturalidad, pero que, a la vez, establecía tal distancia con quien no pertenecía al clan, como era su caso, que uno se sentía permanentemente desubicado. Pero Julián había elegido ese barrio porque anhelaba para Luba lo más parecido a un paraíso, una especie de Camelot donde ella, cuando Julián la encontrara, se sintiera una reina con el trono recién estrenado, blindada por la suntuosidad frente a la fealdad del mundo. La aparición de aquella niña, pensaba, podría salvarle de una amargura de la que no lograba desprenderse. Recordaba el relato bíblico en el que Edith, la esposa de Lot, quedó convertida en estatua de sal cuando volvió la vista hacia la ciudad de Sodoma, de la que huía con su familia mientras estaba siendo destruida por los enviados de Dios. La última mirada hacia la destrucción la petrificó. Julián sentía que a él podía sucederle lo mismo: si miraba hacia atrás, aquel gesto lo paralizaría. Necesitaba comenzar una nueva vida, cerrar su propio círculo infernal recuperando a Luba, pero ninguna de sus pesquisas había dado resultado. Dos años, veinticuatro meses, cerca de ochocientos días sin saber de ella.

Se refrescó de nuevo el rostro, sintiendo en aquel lavabo de la Comandancia el latigazo desmesurado del calor ambiental. Se estaba secando

las manos con una toalla de papel cuando notó en el bolsillo del pantalón la vibración de su teléfono móvil y atendió enseguida la llamada.

—Julián, soy Teresa.

Teresa Nanclar era subinspectora del Cuerpo Nacional de Policía y una buena amiga desde hacía años. Había contactado con ella tras la desaparición de Luba, para que estuviera al tanto de que el teniente la estaba buscando.

—Te he llamado varias veces y no te he localizado —le dijo la agente—. ¿Qué te ocurre con el teléfono? Es tan importante lo que debo decirte que me he puesto nerviosa y he llamado a tu subordinado, el cabo Coira. Me diste su móvil por si no te localizaba y había noticias. Por fin las hay. Hace dos días se desmanteló un casino ilegal donde se explotaba sexualmente a varias chicas. Ha aparecido el nombre de Luba.

—¿Luba? —Tresser pronunció su nombre y un escalofrío le recorrió el cuerpo—. ¿Está viva?

—Hasta hace dos días, sí.

A Julián le pareció que su corazón se detenía abruptamente. No lo escuchó latir. Solo fue un instante de silencio, pero durante aquel ínfimo momento, paradójicamente, tuvo la extraña sensación de revivir tras la muerte.

## CAPÍTULO II

Luba estaba viva. Hasta hacía dos días lo estaba, le había asegurado Teresa. Dos días son demasiados cuando la incertidumbre lo llena todo, y poco o nada si la desgracia o la muerte se han puesto a trabajar. Desde que desapareció, no había encontrado ningún dato sobre ella. Aparecieron varias *lupas* en los ordenadores policiales, pero pocas en España, ninguna menor de treinta años. Los buscadores de Internet Yahoo y Google tampoco afinaron más: Luba, ciudad isleña de Guinea Ecuatorial, municipio de Filipinas, etnia bantú de África Central, soprano eslovaca, cantante canadiense, unos cuantos perfiles en Facebook de *lupas* rusas, ucranianas y bosnias, ninguna de la edad de Luba. Parecía no existir. La posibilidad de que ahora estuviera viva le supuso a Julián alegría, pero no era suficiente; regresaba la esperanza, pero a la vez se mantenía la angustia de lo incierto. ¿Cuántos grados separaban lo imposible de lo improbable, y cuántos más mediaban entre lo improbable y lo factible? Para él, demasiados. Se resistía a entregarse a los designios ciegos del azar. Quería intervenir e influir en el estado de las cosas, quería situarse en un nuevo punto de partida y seguir las huellas de *su* Luba con la ansiedad de un perro perdido, con el hocico pegado al suelo, olfateando con desesperación el rastro de su dueño. En pocos minutos se encontraría con Teresa, su amiga en el Cuerpo Nacional de Policía, y conocería los detalles. Tendría que estar investigando el caso de la funcionaria decapitada, era su deber, pero todo lo que pudiera exigirle el mundo en esos momentos le resultaba indiferente. Así que se limitó a ordenar a la guardia civil Brancho que contactara con las cinco mujeres que habían visitado aquella misma mañana la delegación de la Seguridad Social y cuya edad se correspondía con la que empujó a Pepa Ordovás. «Búsquelas mientras yo investigo por otro lado», mintió a su subordinada. No había sido un crimen, ningún peligroso asesino andaba suelto, podía permitirse la demora. Al fin y al cabo, solo fue una agresión, aunque con un trágico resultado. Evadirse de una investigación en curso no era lo correcto, «pero es

lo que hay», se dijo, una frase recurrente que detestaba, pero fue la primera que encontró para justificar sus prioridades.

Julián condujo aquella tarde por la calle de Arturo Soria de Madrid en dirección a la cafetería donde se había citado con Teresa. Cerca del local se encontraba la casa que ofrecía refugio y reinserción a mujeres rescatadas de la prostitución. Iban a visitar a una muchacha llamada Fanny, que había logrado escapar del burdel donde había compartido infortunio con Luba. Fue la última persona que la vio con vida, dos días antes. El Grupo de Apoyo Flora Tristán la había acogido y les iban a permitir hablar con ella. Al escuchar de Teresa la palabra «burdel», Julián confirmó sus peores presagios desde que comenzó a buscarla. Ya la había imaginado apresada en ese mundo tan atroz. A veces, sin darse cuenta, mitigaba su desconsuelo deseando que estuviera muerta. Quizá hubiera sido lo mejor. Si lograba encontrarla, no sabía cómo conseguiría devolverla a la vida, una niña cuyo cuerpo debió de ser profanado cientos de veces por hombres desconocidos que pagaron por infligirle tormento. Era el horror, lo veía y lo palpaba. Aprovechando que el semáforo estaba en rojo, se pasó las manos por el rostro para limpiar el repentino sudor que había invadido su piel. Alguien golpeó su cristal. Era un motorista. Instintivamente, acercó su mano a la pistola que guardaba bajo el asiento. La banda terrorista ETA había cometido seis atentados a lo largo de aquel año 2009 que estaba a punto de concluir y los guardias civiles se hallaban en situación de alerta permanente. Sin embargo, no fue necesario coger el arma. Lo comprobó cuando el motorista se levantó la visera del casco: era una mujer, era Adelaida, con su imponente moto dorada de siempre, su fabulosa Honda Goldwing. Hacía más de un año que no la veía. Ambos disponían de pocos segundos para comunicarse, lo que durara el semáforo en rojo. Bajó el cristal de la ventanilla, sorprendido por aquel encuentro fortuito.

—Hola, Adelaida.

—Hola, Julián. Llámame y nos vemos, si te parece.

No hubo tiempo para más. El semáforo transitó al verde, ella arrancó su moto y él hizo lo mismo con el coche. Adelaida y su Honda Goldwing se alejaron sorteando los coches, dibujando entre ellos un suave trayecto, elegante, como una cinta de seda movida por el viento. Él condujo los primeros metros con inusitada lentitud, pues su mente se estaba tomando su tiempo para procesar aquella casualidad. Adelaida, la psiquiatra bella, independiente y altiva. Le había ayudado en la investigación que culminó con

la desaparición de Luba. Aquella mujer le había atraído desde el primer momento, aunque no supo cuánto hasta que el caso quedó resuelto. Le envió entonces un ramo de fragantes lilioms blancos y una nota. «Le agradezco su apoyo durante la investigación, doctora. ¿Me permitiría invitarla a cenar?», le propuso en el quinto y definitivo tarjetón, pues los anteriores acabaron en la papelera porque estaban escritos con trazo torpe e inseguro. Era la primera vez que hacía algo así y se sentía un caballero decimonónico.

Adelaida aceptó la invitación y en la cena dejaron de tratarse de usted, como habían hecho hasta entonces. Les costó tutearse, pues ambos compartían personalidades distantes, reservadas. Al principio se comportaron como si acabaran de conocerse. Luego conversaron sobre temas recurrentes y poco arriesgados, como la pasión motera de Adelaida y el oficio de guardia civil de Julián. Más tarde, ella le preguntó por Luba y él, sin darse cuenta, acaparó la conversación durante largo tiempo relatándole la vida que había imaginado para ella cuando la encontrara. Adelaida le escuchó, aunque no quiso intervenir: tenía ante sí a un hombre apresado en la cárcel del dolor, pero no quería convertir aquella cena en una consulta de psiquiatría, aunque en varias ocasiones estuvo tentada de ofrecerle herramientas emocionales para mitigar la desazón que entreveía en sus palabras.

Tras la cena, fueron a una coctelería cubana próxima al restaurante y tomaron un par de daiquiris cada uno. Bastante más relajados que al principio, pasearon después por las calles del barrio madrileño de Malasaña. Inesperadamente, ella se cogió del brazo de Julián. Inesperadamente también, él se atrevió a besarla. Tales cortejos avivaron la pasión sexual, el arrebató al que ninguno de los dos se resistió. Se estaban atreviendo a descifrar una atracción que había permanecido blindada desde que se conocieron, y se avinieron a liberarla, aun con el temor de que la decisión fuera la equivocada. Eligieron un moderno hotel del centro de Madrid, una confortable habitación con vistas sobre la Gran Vía. Sin transición alguna, sin que mediaran un par de cenas más o una romántica escapada de fin de semana para conocerse un poco mejor, volcaron su intimidad sobre la cama. Se dieron placer, sí, pero mientras sus cuerpos parecían estremecerse de gozo bajo las sábanas, sus almas no estaban allí. Una se estaba hiriendo con la duda sobre si aquel impulso de amarse en un hotel había sido una buena idea, mientras que la otra se preguntaba si debían dormir juntos aquella noche o abandonar la habitación tras el último orgasmo y una ducha. Los daiquiris no habían logrado desinhibir



del todo aquellas dos mentes prisioneras de sus propios mecanismos de freno. A Julián le incomodaba además hacerle el amor a una mujer que, por su profesión, podría leer su mente en aquellos momentos de intimidad. A Adelaida le turbaba ser acariciada por unas manos que también empuñaban pistolas. Sus almas no lograron fundirse con sus cuerpos. «Tengo que irme», le dijo ella de madrugada, mientras se vestía en la penumbra de un rincón de la habitación. «¿Te puedo llamar?», le preguntó él. «No, lo haré yo», le replicó Adelaida antes de desaparecer tras la puerta. Pero no le telefoneó nunca y Julián no insistió. Su orgullo tampoco se lo permitía. Casi dos años después de aquello, la casualidad los había reunido de nuevo. «Llámame», le acababa de proponer ella momentos antes de que el semáforo en verde los separara. Estaba decidido a hacerlo. No había logrado olvidarla. Pero antes, y sobre todo, estaba Luba.

Al atardecer, en una acogedora cafetería de la calle de Arturo Soria, con sus ventanas recorridas por lucecitas de colores, pues faltaba solo un día para celebrar la Nochebuena, Teresa, la subinspectora del Cuerpo Nacional de Policía, le relató:

—Hace dos días, de madrugada, mis compañeros de la Brigada Especial de Juego acudieron a una mansión en una urbanización de lujo de Pozuelo. Tenían información de que era una casa de juego ilegal, un casino clandestino de torneos de póquer donde se movía cada día mucho dinero. Solo por acceder al garito, cada jugador pagaba cien euros. Pero alguien les dio el chivatazo con demasiada antelación, quizá uno de los nuestros, ya se está investigando, y cuando irrumpieron mis compañeros se habían eliminado todos los indicios. Ni dinero ni cartas de póquer ni fichas de juego, pero sí muchos whiskies y cubatas, camareros que demostraron trabajar para una empresa de catering, un pianista amenizando la velada y unos cincuenta *amigos* —subrayó Teresa la palabra, dibujando en el aire con sus dedos las comillas tipográficas— que se habían reunido allí a tomar unas copas, animados por la cercanía de las Navidades. Eso dijeron. Nada se ha podido hacer hasta el momento contra el garito ni contra los presuntos jugadores, algunos de ellos profesionales del desplume y viejos conocidos de la policía, pero a los que la redada pilló únicamente con un cubata en la mano. Se les ha identificado y poco más. Sin pruebas no hay delito, ya lo sabes.

Teresa hizo una pausa en su relato y bebió un sorbo de café con leche, sujetando el vaso con sus manos huesudas de dedos largos y finos.

—Bebe tu cortado, Julián, que se te va a enfriar.

En aquel momento, el teniente recordó que no tenía ni un euro en el bolsillo. Entre unas cosas y otras, se había olvidado de pasar por un cajero. Sintió vergüenza al no poder invitar a su compañera, cuando se había tomado tantas molestias para ayudarle.

—Estoy sin un euro, Teresa. No me ha dado tiempo de ir al banco. No te voy a poder invitar a los cafés.

—Menudo drama. Déjate de tonterías —le dijo con una sonrisa que a Julián le pareció acogedora. Era lo que necesitaba—. Como te decía, aunque el garito no pudo ser desmantelado al no existir pruebas de que lo era, se inspeccionó la mansión y en la planta superior se encontró un prostíbulo con diversas habitaciones donde se explotaba sexualmente a unas diez chicas, muy jóvenes, muchas de ellas extranjeras. Y sucedió lo de siempre: todas aseguraron que ejercían la prostitución por voluntad propia y que pagaban alquiler por las habitaciones, así que tampoco se ha podido actuar contra un delito de proxenetismo y trata de mujeres. Dos días antes de la redada, una chica de diecinueve años se había presentado en la comisaría de Pozuelo asegurando que había logrado escapar de un burdel. Era Fanny, la muchacha con la que vamos a hablar ahora y, al parecer, compañera de tormento de Luba. Su estado era lamentable. Se la acompañó a un hospital para el parte de lesiones y el informe médico fue desolador: desnutrición, moratones y arañazos de antiguas palizas, un legrado uterino tras un aborto... En fin, para qué seguir.

—No, no sigas por ahí, Teresa.

—Lo siento, Julián. Sé que esto es duro. Voy a avanzar por otro lado si te parece.

—Sí, mejor.

—Se tomó declaración a Fanny y la chica describió precisamente esa mansión de Pozuelo como el lugar de su cautiverio, pero se sentía tan aturdida que no supo indicar su ubicación exacta. Eso sí, aseguró que se hallaba a pocos kilómetros de Madrid, pero podía ser Pozuelo y también Majadahonda o Boadilla del Monte. Además, huyó de noche, cuando se le presentó la oportunidad. No imaginábamos que estaba ya en marcha, precisamente, un operativo para desmantelar una casa de juego ilegal y que sería el mismo lugar que ella había descrito. Cuando se hizo cargo de ella la UFAM, la Unidad de Atención a la Familia y Mujer, Fanny preguntó insistentemente por una chica,

menor que ella. «Una niña», aseguró. Dijo que en el burdel la llamaban Alexia, pero que su nombre verdadero era Luba. Al parecer, le había prometido que mandaría a la policía cuando se hallara a salvo. Al comentarle mis compañeros que en la redada no había aparecido nadie con alguno de esos dos nombres, supuso que también había logrado escapar. Fue entonces cuando una agente de la Brigada de Juego recordó que yo estaba buscando a una niña llamada Luba y contactó conmigo. Ahora intentaremos que Fanny nos dé más detalles. La niña está viva, lo sé, Julián. Quizá escapó y también acuda a una comisaría, porque en el registro del garito no se encontró rastro de ella.

—O quizá esté muerta. —El teniente se atrevió a enunciarlo.

—No digas eso, ni lo pienses. Luba, o mejor dicho, Alexia, estaba con un cliente en el momento de la redada, y él la mencionó por ese nombre, pero cuando mis compañeros entraron en la habitación, la niña había desaparecido. No sabemos cómo, porque todas las ventanas de los dormitorios estaban selladas.

—Pero ¿estaba bien cuando Fanny escapó?

—Sí, lo estaba. He visto en vídeo el dormitorio donde abusaban de Luba. Era como el de una niña, todo con corazones rosas, la colcha y las paredes. Son unos depravados.

Aquel detalle le impactó. Debía replantearse la decoración del dormitorio que había preparado para Luba. Como tantas otras veces, de nuevo acuciaba a Julián la impunidad que las leyes otorgan a algunos delitos. Alguien dio el soplo, pero no para ocultar el prostíbulo, que apenas tiene castigo penal, sino el garito. El delito de juego ilegal es mucho más grave y tiene elevadas sanciones económicas por parte de la Agencia Tributaria, mientras que en la prostitución solo se penaliza al proxeneta y ni siquiera eso, porque la mayoría de las mujeres explotadas ya están adiestradas, más bien amenazadas, para declarar que practican el sexo libremente. Si la prostitución no es forzada, la ley no actúa, salvo en el caso de menores.

—¿Se sabe quiénes son esos proxenetas a los que nadie va a detener? —preguntó Julián, desalentado.

—La vivienda está a nombre de un club de amigos de la caza mayor, no recuerdo el nombre exacto, pero en todo caso es una especie de asociación sin ánimo de lucro, mira tú qué cinismo —apuntó Teresa—. Y aquí nos encontramos de nuevo con lo de siempre, la ingeniería financiera, el entramado societario, pues el club, que además tiene licencia para hostelería,

pertenece a su vez a una empresa que organiza safaris en África y está radicada en Irlanda, lo más parecido a un paraíso fiscal en la Unión Europea. La investigación no ha hecho más que empezar. Vamos a pensar que lograremos descabezar a esta gente. Por el momento, no hemos podido citar en comisaría al presidente de ese extraño club de cazadores, por encontrarse de viaje en el extranjero. Tampoco se encontraba allí ningún socio de la junta directiva, qué casualidad, ¿verdad? Imagino que el chivatazo les permitió escaquearse. Solo ha declarado en comisaría el encargado de seguridad de la mansión, pero él no es más que un empleado contratado. Encontraremos a Luba, Julián. —Teresa posó su mano sobre la de Julián y la presionó suavemente—. Te lo prometo.

Aquella joven mujer policía era una de las personas más extraordinarias que conocía Julián. Y había vuelto a demostrárselo. Estaba casada con un médico del Samur, perdieron a su primer hijo en un accidente de autobús cuando el niño se dirigía con sus compañeros a un campamento de verano. Fue el único que falleció. Tres años después nacía la segunda hija de la pareja, María. Fue una niña sana hasta que, casi a punto de cumplir el año y medio, sus padres se dieron cuenta de que no se comunicaba, no gateaba, no se ponía en pie ni usaba las manos, sino únicamente para golpearlas entre sí o metérselas en la boca, a veces de modo compulsivo. Le diagnosticaron una enfermedad poco frecuente, el síndrome de Rett, que afecta al desarrollo psicomotor. La padece una de cada diez mil niñas y le tocó a ella. A pesar de haber perdido a un hijo y de tener a aquella hija que no podía hablar ni tampoco andar sin ayuda, Teresa era una mujer extravertida, generosa, buena gente y buena profesional. Julián la había conocido cinco años atrás, precisamente en una carrera de policías y guardias civiles con el fin de recaudar fondos para la investigación sobre esta enfermedad tan poco frecuente, una de las «raras» en las que no suele fijarse la ciencia. María tenía entonces seis años y corrió la carrera en su silla de ruedas, empujada por su madre. Por supuesto, los policías y guardias civiles la aplaudieron cuando llegó a la meta. Cuando Julián contactó con Teresa para solicitarle ayuda con Luba, ella no tardó ni un segundo en asegurarle: «La voy a buscar como si fuera mi propia hija, Julián».

—¿Cómo está María? —le preguntó el teniente tras apurar el último sorbo del café cortado; en la televisión de la cafetería aparecía una y otra vez la imagen de Pepa Ordovás, entremezclada con las manifestaciones de

funcionarios y sindicatos en varias ciudades españolas. Julián sintió que el remordimiento por no estar cumpliendo con su deber intentaba entrar en su mente, pero, raudo, le cerró la puerta.

—María es fuerte. Ahora le atraen los dibujos de dinosaurios, reacciona y sonríe cuando los ve. Hace unas semanas la llevamos al Museo de Paleontología de Castilla-La Mancha, en Cuenca, donde pudo ver recreaciones de dinosaurios a tamaño natural. ¡Qué bichos aquellos, Julián! —exclamó con una mezcla de asombro y fascinación—. Me alegro de que se extinguieran, porque no sé cómo habiéramos podido convivir con esos lagartos gigantes.

—Eres admirable.

—No, María lo es. Yo solo intento estar a su altura.

Teresa pagó los cafés y Julián sintió cierto bochorno cuando ella dejó el dinero sobre el tique. Ya en la calle, caminando ambos bajo el fulgor de las luces navideñas y con un viento frío y desapacible que no les animó a seguir charlando, Julián observó a los transeúntes con los que se cruzaban. Parecían felices con sus bolsas de regalos colgando de las manos, con los niños excitados mirando los escaparates de las jugueterías, marcando los cristales con sus pequeños dedos índices para señalar a sus padres el objeto que ansiaban poseer. Era como si todos hubieran decidido detener la crisis por unas horas, dejándola suspendida en sus propios abismos, soñando con que había regresado la felicidad desde el lugar ignoto al que había sido desterrada. A Julián todo aquello le generó una pesadumbre extraña que cruzó su cuerpo como un fantasma. «¿Dónde estás, Luba?», se preguntó.

La casa donde se había dado refugio a Fanny se encontraba al final de una bocacalle de Arturo Soria, en un recinto cerrado con un bonito parque privado que tenía incluso su propia laguna, con unos cuantos patos dándole vida.

—Asombra tanto lujo para albergar a unas pobres prostitutas rescatadas, ¿verdad? —le comentó Teresa, ya a pocos metros de la casa, grande, elegante y discreta, con fachada blanca, tejado de pizarra, sin terrazas ni balcones, solo ventanas—. Por lo visto, el chalé lo ha cedido a la asociación una mujer rica, la esposa del dueño de una firma farmacéutica cuya hija se enganchó a la heroína y murió de una paliza intercambiando sexo por droga. Nadie está a salvo de la tragedia cuando te elige.

«Y tú de tragedias sabes mucho, Teresa, como yo», le habría dicho mientras aguardaban en la puerta del chalé, pero desistió por pudor. «A pocas vidas las elige la comedia; casi siempre nos gana el drama», concluyó el teniente. Todo

lo que acababa de descubrir sobre Luba, y lo que aún faltaba por completar sobre su desgraciada historia, le generaba tristeza, pero también rabia y frustración. Les recibió una mujer sexagenaria, de cabellos ondulados y blancos, manos finas y cuidadas, vestida con un sencillo traje negro de punto, largo y recto, complementado con un fular de color azulón. Era una mujer elegante. «Aunque vistiera un chándal, seguiría siéndolo», pensó Julián, al tiempo que conjeturaba sobre si sería precisamente la madre de aquella hija toxicómana engullida por las tinieblas.

—Les estaba esperando. Soy Melinda, la directora del centro —les saludó mientras les estrechaba la mano.

—Soy Teresa Nanclar, subinspectora del Cuerpo Nacional de Policía —se presentó la agente—, y me acompaña Julián Tresser, teniente de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Gracias por recibirnos.

—Tengan la amabilidad de pasar, por favor —les invitó.

Al entrar en el gran recibidor de la casa, de brillante suelo de mármol blanco, desnudo de muebles, pero sí con un gran árbol navideño con bolas y espumillón, ambos agentes se fijaron en un gran mural cerámico que exhibía el lema: «Quienes no se mueven, no notan sus cadenas. Rosa Luxemburgo». Dos perritos cruzaron la estancia con la velocidad de un bólido, persiguiendo una pequeña pelota.

—¿Les molestan los perros? Por aquí van a ver más de uno —les advirtió Melinda.

—No, en absoluto —contestó Julián—. De hecho, yo tengo una gata. Se llama Greta —dijo con orgullo.

—A mí también me encantan los animales —añadió Teresa.

—En el centro tenemos varios perros, machos y hembras. Proceden de un refugio de animales —comentó la directora mientras los tres dejaban atrás el recibidor y se adentraban por un largo pasillo—. La mayoría sufrieron torturas por parte de sus dueños; del mismo modo que nuestras chicas, vienen de un mundo horrible. Ellos necesitan mucho cariño y ellas también. No pueden imaginarse lo bien que funciona esta terapia de intercambio de ternura. Estamos sorprendidas con los resultados. Muchas de ellas se los llevan consigo a sus nuevas vidas. Así, los perritos acaban teniendo dueña y eso nos permite adoptar a otros en el refugio. Cerramos círculos de cariño y solidaridad constantemente —afirmó con una voz suave y serena que parecía elevarse en el aire, como purificándolo para que aquellas vidas desgraciadas

que tenía a su cargo pudieran respirarlo.

Melinda les condujo a una estancia bastante pequeña para lo grande que parecía aquella casa. Era una sala acogedora, con dos sofás enfrentados y una mesa baja de cristal entre ellos, con las paredes pintadas de un cálido color gazpacho y un gran óleo que representaba a una bella hada con su varita mágica salpicada de estrellas.

Melinda se sentó en un sofá y Teresa y Julián, en el de enfrente.

—Fanny llegó aquí muy mal, como pueden suponer. Se encaprichó enseguida con una perrita tuerta, Mirucha, y no se despega de ella. Habla poco con sus compañeras y con las psicólogas, pero a Mirucha sí le habla, le susurra cosas al oído. No sé si les contará algo a ustedes sobre la chica que buscan. Se llama Luba, ¿no?

—Así es —contestó Teresa—. El teniente que me acompaña es familiar suyo. Ya le relaté a usted la historia cuando hablamos por teléfono.

—Una historia terrible, desde luego. Lo siento mucho, señor Tresser. Espero que Fanny pueda ayudarle. La chica ha tenido también una existencia que no se la desearía a nadie. De lo poco que nos ha contado, hemos deducido que su padre, politoxicómano, la prostituyó a cambio de droga desde que tenía trece años, justo cuando su madre falleció de una septicemia. Luego la vendió a una organización de trata de mujeres y ha ido pasando de prostíbulo en prostíbulo hasta hoy. Solo tiene diecinueve años... —musitó—. Vamos a intentar devolverla a la vida, ilusionarla con su futuro. El noventa por ciento de las muchachas que pasan por aquí lo consiguen, pero lo más importante es que empiecen a quererse a sí mismas, a valorarse, porque llegan aquí convencidas de que solo son objetos de uso por parte de los hombres. Qué desgracia de sociedad, ¿verdad?

Melinda miró de frente a los dos agentes. Quizá esperara una respuesta, un comentario, pero no lo obtuvo. Ni Teresa ni Julián podían añadir una palabra más. Ambos estaban impactados por esa venta de una niña de burdel en burdel por parte de su propio padre, sin que las instituciones lo hubieran evitado. A Julián le estremeció que Luba pudiera deambular en aquellos momentos por el mismo infierno. Quizá había logrado escapar, pero ¿y si la habían capturado de nuevo? La desesperanza se adueñó de él.

Fanny entró en la estancia con la perrita Mirucha entre sus brazos. Era una joven con un cuerpo estilizado, grácil, pero escuálido. Sus largos cabellos de color castaño caían desordenados sobre Mirucha, una perrita bodeguera

mestiza, blanca y negra, con una cicatriz que sustituía a uno de sus ojos; aún sobrevivían en su pelaje las huellas de cortes y quemaduras de cigarrillos. La muchacha se sentó junto a la directora, con la cabeza gacha, al igual que lo haría una colegiala tras recibir una reprimenda de su profesor. Por su parte, Mirucha miraba a los dos agentes de frente, con su único ojo, vívido e incluso desafiante. Les dedicó un par de suaves gruñidos, como defendiendo a su ama frente a aquellos desconocidos. Fanny la tranquilizó acariciándole la cabeza.

—Este señor es un familiar de tu amiga Luba —le dijo Melinda señalando al teniente—. Es guardia civil y necesita tu ayuda para encontrarla.

—No sabía que tuviera familia. Ella siempre me dijo que no la tenía, que en este mundo no era nadie.

—Es que ella no lo sabe, Fanny —puntualizó Julián—. De hecho, yo tampoco lo supe hasta hace dos años, cuando desapareció. —Sacó de un bolsillo de su cazadora tres pequeñas fotografías de carné y las colocó sobre la mesa, frente a la muchacha—. Son las únicas imágenes que tenemos de ella. ¿La reconoces?

La chica se inclinó sobre la mesa, apretujándose un poco más sobre la perrita, y las observó con atención.

—¿Las tres son de Luba?

—Sí. Como verás, lleva diferentes pelucas —comentó el teniente—. Seguramente se las hicieron para fabricarle pasaportes falsos. De eso hace dos años. Tendría entonces unos doce. ¿La reconoces?

—Sí, es ella, pero ahora lleva el pelo más largo. ¿Y no saben dónde está? —preguntó la muchacha sin levantar la vista de las fotos, manteniendo el cuerpo abrazado a Mirucha.

—Hasta el momento, no —contestó Teresa—. El hombre con el que se hallaba en aquellos momentos en la habitación nos aseguró que Alexia, el nombre por el que se la conocía allí, según nos dijiste, estaba con él instantes antes de que llegaran los agentes. Sin embargo, cuando la policía entró, Luba ya no estaba allí.

—Puede que sí estuviera, pero escondida en su refugio secreto.

—¿Qué refugio? —preguntó Julián.

—No lo sé, nunca me lo dijo. Pero si estaba en la habitación poco antes de que llegara la policía y no la encontraron al entrar, entonces es que su escondite estaba dentro. Me decía que a veces quería encerrarse allí para pensar en cosas bonitas.



—¿El armario, quizá? —apuntó Teresa.

—No creo. Sería el primer lugar donde miraría la policía, al igual que debajo de la cama —comentó la muchacha, que ahora se había reclinado sobre el respaldo del sofá y acariciaba suavemente el lomo del animal.

—Pero la policía la hubiera rescatado —comentó ahora Melinda—. ¿Por qué esconderse si la iban a salvar?

—Ella tenía terror a que la llevaran a un orfanato.

—¿Y eso por qué? —preguntó Julián.

—Pensaba que allí le darían palizas, una al levantarse y otra al acostarse, como en la mansión.

—Pero eso no es verdad, Fanny. Los orfanatos ya no son así —replicó la directora.

—Yo eso no lo sé, nunca he estado en ninguno. —De repente, alzó la vista y exclamó—: ¡Ah, ya lo sé! ¡La mesilla! ¡Se escondió en la mesilla! Tuvo que ser allí, porque ya no hay ningún mueble más en la habitación. Esperó ahí a que se fuera todo el mundo y se largó. Es muy lista.

—¿Cómo pudo ocultarse dentro de una mesilla? —preguntó Julián.

—Luba es bastante canija, cabe en cualquier sitio. Esas mesillas de las habitaciones son más grandes de lo habitual y están huecas por dentro, para que el cliente se esconda allí si viene la policía, pero por lo visto Luba se le adelantó. Estoy casi segura de que eso es lo que ha hecho. Por la ventana no podía escaparse, porque todas están selladas para que no podamos pedir socorro. ¿Han mirado en esa mesilla? Puede que todavía esté allí dentro, muerta de miedo y de sed. ¿Por qué no van a mirar allí ahora mismo? —les pidió, angustiada.

—Tranquila, ahora mismo lo comprobamos —le aseguró Teresa—. Voy a hacer unas llamadas. Melinda, ¿podría indicarme algún lugar donde pueda hablar en privado?

—Por supuesto, yo la acompaño. Vuelvo enseguida, Fanny. ¿Te importa quedarte unos minutos con el teniente?

—¡Lo que me importa es que se den prisa y encuentren a Luba! —exclamó la chica a punto de llorar, apretujando a Mirucha contra su cuerpo mientras la perrita le acariciaba el rostro con su diminuta lengua.

Teresa y Melinda abandonaron la estancia con premura, tanta que la agente empezó a marcar un número en su móvil incluso antes de salir por la puerta. Julián quiso quedarse acompañando a Fanny y aprovechar el momento para

conocer más sobre Luba, aunque también le hubiera gustado irse con Teresa y enterarse al mismo tiempo que ella de si la niña seguía allí, escondida en el interior de la mesilla, desfallecida de hambre y de sed, pero viva. Sabía que un ser humano puede aguantar entre tres y cinco días sin beber agua, pero ¿en qué condiciones estaría Luba para soportarlo? En aquel diminuto escondrijo, sin ventilación, el sudor aceleraría la deshidratación del organismo. Quizá estuviera ya al límite de sus fuerzas. «Sé valiente y sal de ahí. ¡Vamos!», la animó desde su mente, con tal intensidad que se mordió el labio y sintió dolor.

—Si Águila la encuentra, la matará —oyó Julián que le susurraba Fanny a la perrita. Había allí demasiado silencio como para no escuchar sus palabras.

—¿Quién es Águila?

A la vez que hacía la pregunta, halló la respuesta y se estremeció. Hasta desaparecer en la nada, Luba había vivido sometida por dos hombres con nombre de rapaz. Y ahora aparecía un tercero, Águila, probablemente tan malvado como los anteriores. No podía tratarse de una coincidencia.

—Por favor, contéstame, ¿quién es? —la apremió con toda la calma que le fue posible, pues no quería asustarla con su habitual rudeza.

—No lo sé, señor —murmuró, cabizbaja. Mirucha miró al teniente con su único ojo y le lanzó un gruñido de advertencia.

—Aquí estás a salvo, Fanny. Este lugar no aparece en ningún ordenador, no existe para el mundo, para que nadie os encuentre y os pueda amenazar o hacer daño. Es un sitio seguro y secreto. Insisto en que aquí estás a salvo, pero Luba no lo está. ¿Eres consciente de ello? Tienes que ayudarme para que yo la ayude a ella. ¿Águila era el dueño del sitio de donde te escapaste?

—No lo sé —insistía en su respuesta.

—Fanny, por favor... —Julián estaba dispuesto a arrodillarse ante ella si fuera preciso.

—Es que no sé si era el dueño.

—Entonces, ¿quién era?

—Es el hombre que la trajo hace dos años. Le dijo que se llamaba Águila y que la mataría en cualquier momento que le apeteciera porque ella sabía demasiado sobre los hombres-pájaro.

—¿Hombres-pájaro?

—Así llama Luba a los hombres con los que vivió antes de llegar al burdel.

—¿Y a Águila lo conociste?

—No, nunca vi su cara, pero solía venir por la casa. Luba reconocía su voz

y a veces, al oírla, se hacía pis encima.

—¿Te describió cómo era físicamente?

—No. Nosotras solo tratábamos con Olga, a la que teníamos que llamar «señora» y que nos arañaba en la cabeza con sus uñas largas cuando le decíamos que estábamos cansadas. Nos daba cocaína para que trabajáramos más, pero Luba y yo conseguimos engañarla metiéndonos una bolita de papel en la nariz cada vez que nos obligaba a esnifar. Preferíamos los cubatas de ron porque... —Fanny detuvo sus palabras y comenzó a llorar—. No me obligue a hablar más de eso, por favor...

—Tranquila, Fanny, me has ayudado mucho. No voy a insistir.

La muchacha se abrazó con fuerza a Mirucha. A Julián le desarmaba ver las lágrimas de la muchacha, su figura derrotada, la falta de esperanza que transmitía su cuerpo, encogido sobre su mascota. Sintió el impulso de sentarse a su lado y abrazarla, convencido de que nadie en su corta vida lo habría hecho; abrazarla egoístamente también, imaginando que era Luba, respirando ambos el mismo dolor y, si pudiera, quedándose él con la mayor parte. Pero él era un hombre que pertenecía al mismo género que todos los individuos deleznable que abusaron de ella, de Luba y de tantas otras muchachas. Aquel abrazo no podía dárselo. Estaba envenenado.

## CAPÍTULO III

Fanny era la única amiga que tuvo Luba en aquel mundo sórdido donde se encontraban cautivas. Dos días antes de la redada le había dicho: «Al fin he encontrado un modo de salir de aquí, pero no te lo voy a contar por si te interrogan. Aguanta los golpes, porque serán los últimos. Si lo logro, mandaré a la policía y te rescatará. Ten ropa preparada en tu refugio». Luba le suplicó varias veces que la llevara con ella, pero su amiga le dijo con tristeza: «Imposible huir juntas. Nos descubrirían». Fanny lo consiguió, Luba soportó los golpes y, dos días después, de madrugada, escuchó de repente ruidos secos y rotundos en la casa, puertas abriéndose y cerrándose de un modo violento y un grito repetido varias veces: «¡Policía!». En aquel momento estaba siendo el juguete sexual de un hombre disfrazado de Papá Noel. A ella la habían vestido con un pijama infantil con corazoncitos rosas. Quedaba ya muy poco para la llegada de la Navidad y del nuevo año 2010.

—¿Qué hace la policía aquí? —preguntó el individuo, desconcertado, al tiempo que saltaba de la cama y se arrimaba a la pared.

—Vienen a por ti y a por los demás como tú —le replicó Luba aparentando calma, pero su alma bullía de esperanza.

Papá Noel asomó la cabeza hacia el pasillo y el ruido de botas pesadas sobre el suelo penetró en la estancia. Cerró inmediatamente la puerta y buscó con su mirada a Luba, pero ya no la vio por ninguna parte. Sin tiempo para preguntarse dónde se habría escondido, comenzó a desembarazarse de su disfraz con tanta rapidez como torpeza, pero desistió porque proseguir le dejaría completamente desnudo. Los policías abrieron la puerta de una patada y le ordenaron: «¡Tumbese sobre la cama boca abajo y no se mueva!». Luba escuchó desde su escondite cómo el hombre farfullaba palabras mezcladas con gemidos. Ella se mantenía inmóvil, respirando un aire mínimo, ovillada en el hueco trasero de una de las dos mesillas del dormitorio, donde se había encajado con la habilidad de una contorsionista. Tenía un cuerpo tan menudo y

desnutrido que incluso pudo hacerle espacio ahí dentro a una bolsa de plástico donde había guardado, tras la huida de Fanny, unos vaqueros, un extravagante jersey negro con lentejuelas y unas viejas botas de tacón. No pudo encontrar una ropa ni más cómoda ni más discreta.

Siempre se había fijado en aquellas dos mesillas de forma cúbica, más grandes de lo habitual y en cuyo único cajón se apiñaban preservativos de distintos colores. Cuántas veces había deseado huir de su mísera realidad colándose en la pequeña oscuridad trasera de aquel cubículo, el único lugar donde pensaba que estaría a salvo. Se imaginaba allí dentro soñando con mundos bonitos, corriendo libremente por la orilla de una playa, dejando que las olas jugaran con sus pies, para luego elevarse y sobrevolar el mar con la tranquilidad y elegancia de una gaviota. «Tengo un refugio secreto donde nunca he entrado porque, si me pillaran, me darían una paliza, pero imagino que estoy allí, pensando en cosas agradables», le comentó una vez a Fanny en un momento de las únicas cuatro horas libres que tenían al día, tumbadas ambas sobre uno de los viejos colchones del cuartucho del sótano donde dormían, un cuchitril sin luz natural, con la atmósfera siempre atrapada en un aire denso y maloliente.

—Un día vendrán a rescatarnos, lo sé —aseguró su amiga.

—Han pasado dos años desde que nos trajeron aquí y no ha venido nadie —se lamentó Luba.

—Pero lo harán.

Y lo hicieron, al fin.

En su refugio, Luba aguardó varias horas, no sabía cuántas, pero le dio tiempo a dormir unas veces, a soñar con sus mundos inventados otras tantas más, a desesperarse por la incertidumbre que se cernía sobre ella si lograba huir, pero a la vez excitada por la idea de imaginarse libre. Llegó un momento en el que cesaron los ruidos y las voces. Escuchó el silencio y se atrevió a salir de su escondrijo. No sabía si era de día o de noche. Se asomó con temor a ese pasillo que nunca tuvo ventanas. Había tal oscuridad y era tan negra que sintió pánico y estuvo tentada de volver sobre sus pasos, pero el ansia de huida era más potente que el miedo, y eso la impulsó finalmente a abordar aquel pasillo. En vez de palpar las paredes para avanzar en la oscuridad, se tiró al suelo y comenzó a reptar sobre la moqueta que lo recorría. Arrastrándose se sentía más protegida. No podía permitirse encender la luz y alertar de su presencia a alguien que todavía permaneciera en la casa, quizá

algún policía, aunque el silencio era absoluto. ¿Cómo habría escapado Fanny?, se preguntó. ¿Cómo iba a escapar ella? De aquella casa solo conocía el dormitorio donde los hombres abusaban de su cuerpo decenas de veces al día, además del pequeño baño donde se aseaban todas y el sótano pestilente en el que dormían apenas unas horas, nunca antes del amanecer, y donde recibían también una comida al día, solo la suficiente para no quedarse en los huesos.

Llegó al rellano que precedía a la serpenteante escalera de madera noble que conducía a la planta baja, la que estaba sobre el sótano desde donde, cada día, percibía aquel bullicio, aquellas voces siempre masculinas, aquellas risotadas que la aturdían, el ruido del cristal de las copas y las botellas, la música constante de un piano, lo único que le resultaba agradable. No volvería jamás a ese mundo, aunque le costara la vida.

Descendió los escalones sentada sobre ellos, peldaño a peldaño, muy despacio, para que no crujiera la madera. Cuando al fin llegó al último descansillo, la oscuridad fue dando paso a la tenue luz que procedía de un gran ventanal con cristales opacos de un brillante color blanco. No estaba acostumbrada a aquella luminosidad, que no solo deslumbró levemente sus ojos, sino también su corazón: quizá se hallaba allí, en aquella refulgente ventana, la libertad. La entreabrió para mirar a través de la rendija. Ya era de día; el sol centelleaba en un cielo límpido y azul y los pájaros cantaban al unísono con la armonía de un coro. Le llegó un soplo de aire fresco que recibió con placer sobre la piel. Bajó la mirada y vio arbustos de pequeñas hojas verdes que configuraban un murete vegetal en torno a la fachada. Tras ellos observó que se abría un inmenso jardín alfombrado de césped y de rocallas con pequeños grupos de flores de distintos colores, a pesar de ser invierno. Le sorprendió que la belleza de aquel jardín conviviera con la fealdad y la mezquindad que habitaban dentro de la casa. Al fondo observó una alta verja de hierro que recorría la parcela, coronada, al igual que la gran puerta de acceso, por amenazantes puntas de lanza. Imposible escalarla sin acabar ensartada en ellas. Abrió un poco más la ventana, constató que se hallaba a poca distancia del suelo y saltó con decisión al exterior. Cayó con firmeza sobre los arbustos, a pesar de sus botas de tacón, y rápidamente se ocultó tras ellos. No llevaba ropa de abrigo y sintió frío. Se abrazó a sí misma mientras pensaba en el siguiente paso. De repente escuchó el ruido de un motor. Alzó la cabeza y observó una camioneta que se encontraba al otro lado de la valla, en la calle, aguardando tras la puerta de acceso a la casa. Desde

una de las esquinas del jardín apareció un policía que, moviendo un brazo de un lado a otro, le indicó que allí no se podía entrar. Durante su huida no había estado sola. Allí había policías también. ¿Cómo no la habían descubierto? «Si lo hacen, me encerrarán». Se sobrecogió. Recordaba ahora lo que tantas veces le había dicho Halcón, uno de los hombres que la esclavizó antes de su cautiverio en el burdel: «Si te escapas, te llevarán al orfanato y te matarán a palizas. Solo estás a salvo conmigo». Aquel hombre, del que nunca supo su verdadero nombre, la adoptó cuando era un bebé. Su madre no quiso hacerse cargo de ella al terminar la guerra, le explicó él justo después de soplar las velas de la tarta de su quinto cumpleaños.

—¿Qué guerra? —preguntó.

—La de los Balcanes, muy lejos de aquí, de Estepona. Tu madre era una cobarde que nunca te quiso, una maldita musulmana. Tuviste suerte de que yo te rescatara.

Con Halcón aprendió a hacer felaciones. «Es un juego nuevo. Imagínate que esto es el chupete con el que te dormías cuando eras un bebé. Si lo haces, te daré dulces muy ricos cada mañana», le dijo cuando cumplió los seis años. Así fue como se aficionó a los donuts de chocolate en el desayuno. Al tiempo que recordaba sin poder evitarlo aquel pasado aterrador —imposible refugiarse en otro distinto, pues no existía—, Luba permanecía atenta a los movimientos en torno a la mansión. Ahora el conductor había salido de la camioneta y hablaba con el policía a través de las rejas. Después, la gran puerta se abrió. El vehículo se adentró en el gran jardín a través de un camino empedrado y desapareció tras la casa. Luba recorrió en cuclillas el estrecho sendero de arbustos que bordeaba la fachada hasta llegar a una esquina del edificio, desde la que pudo observar cómo la camioneta se detenía junto a una caseta de madera. Allí estaba también estacionado el coche azul de policía, similar al que había visto tantas veces en la televisión de la casa de otro de los hombres con alias de pájaro que la ató a su vida.

¿Cómo salir de ese gran jardín sin ser descubierta?, se preguntó mientras espiaba, agazapada, a aquel hombre. «Debe de ser el jardinero», dedujo cuando vio cómo retiraba la lona de la parte posterior de la camioneta y comenzaba a cargar aperos que iba sacando de la caseta, mientras el policía que le había franqueado la puerta charlaba y se fumaba un cigarrillo junto a otro compañero. Era su oportunidad. No tendría otra.

«No hay rastro de Luba en la mansión, Julián», afirmó Teresa cuando

irrumpió en la habitación. Explicó que los agentes de Policía que custodiaban la casa por orden de la jueza acababan de revisar cada una de las habitaciones y cada una de las mesillas, además de los armarios de la cocina, el jardín y todo lugar susceptible de ser utilizado como escondite. «Nada», concluyó.

—Entonces quizá haya logrado escapar —aseguró Fanny. Era la primera vez que el teniente la veía sonreír.

—¿Cómo huiste tú? —le preguntó Teresa—. ¿Qué recorrido hiciste hasta llegar a la comisaría de Pozuelo?

—No puedo decirles cómo lo hice, es mi secreto, pero me subí al primer autobús que pasó por allí, me dejó en una avenida muy grande, vi a unos policías y me acompañaron a la comisaría.

—Tendremos que revisar las cámaras de seguridad de la calle —apuntó Julián—. Es posible que Luba hiciera lo mismo y podamos seguir su trayecto.

—Claro, por supuesto —replicó Teresa—. Vamos a hablar de ello.

—¿Qué quieres decir?

Pero Teresa no le contestó. Le miró de soslayo y Julián entendió enseguida que existía más información que, por algún motivo, Teresa no quería comentar delante de Fanny.

Llegó ahora Melinda. El tiempo de conversación había finalizado.

—Fanny, hora de cenar. Potaje de verduras, tortilla francesa con tomates cherry y mousse de limón. ¿Te parece bien?

—¿Y café con leche después? —preguntó la muchacha.

—Sí, no te preocupes, tendrás tu café con leche de siempre.

—¿Cómo sabré que han encontrado a Luba?

—Porque te lo diremos enseguida. Serás la primera en saberlo —le contestó Julián.

—Luba es muy fuerte, señor. Se inventa esos mundos bonitos para sobrevivir y eso la ayudará. ¿Usted la tratará bien cuando la encuentre?

—Por supuesto, Fanny. No lo dudes.

El guardia civil se estremeció íntimamente ante el cálculo infinito de amor que ofrecería a la niña, pero, aun así, le inquietó que no fuera suficiente.

La muchacha se fue a cenar con la perrita Mirucha siguiéndole los pasos, pegada a sus pies, tras despedirse de Julián y Teresa con una mirada que, en silencio, transmitía muchas cosas a la vez: esperanza, incertidumbre, dolor, miedo, ilusión. Julián captó en sus ojos esos sentimientos contrapuestos porque eran también los suyos. Fanny había empezado a construirse un futuro



en aquel refugio y él quería darle a Luba otro también, pero una ya estaba a salvo y la otra, no. «Espero que me dé pronto buenas noticias, teniente», le dijo Melinda cuando se despidieron en la puerta. Él tan solo le sonrió mientras le estrechaba la mano.

—Hay algo más que no has querido contarme delante de Fanny, ¿verdad? —le preguntó a su amiga nada más salir por la puerta de la casa.

—Sí, hay algo más. Me ha llegado nueva información.

—¿Son buenas o malas noticias?

—Las dos juntas.

Caminaron unos metros en dirección a la calle de Arturo Soria. Sonaban cada vez más cercanos los villancicos de los altavoces de los comercios y el intenso ruido del tráfico del que nunca lograba librarse aquella avenida de Madrid, en la zona norte de la ciudad. Teresa se adentró en un pequeño parque que encontraron en su camino, semioculto tras los muchos coches aparcados a ambos lados de la calle.

—¿Qué haces? —le preguntó Julián al ver que se desviaba de su camino.

—Aquí podremos hablar con tranquilidad. Serán solo unos minutos.

—Teresa, no retrases más lo que tengas que decirme.

Se sentaron en un banco de aquel minúsculo oasis verde, solitario en la noche, con un par de columpios, un tobogán y algunos árboles que, tras el ocaso, ya habían perdido su luz. Teresa comenzó a relatarle un suceso que había ocurrido la tarde anterior. En los alrededores del Planetario de Madrid, en el parque Tierno Galván, un hombre había acabado con el pene casi seccionado cuando pagó a una prostituta por una felación. Estuvo a punto de desangrarse porque, quien se la hizo, apretó bien los dientes. Unos chavales que estaban haciendo botellón oyeron sus gritos y llamaron enseguida a la policía. Una ambulancia lo había trasladado al hospital, donde fue intervenido quirúrgicamente para suturarle el miembro. El hombre describió a la prostituta como una mujer joven, muy menuda y rubia, que huyó cuando él comenzó a gritar de dolor.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Luba? —preguntó el teniente. Se resistía a escuchar la frase siguiente porque intuía cuál iba a ser.

—Es que existe una posibilidad de que sea ella. Al menos, creo que no debemos descartarla. La chica le dijo a ese individuo que se llamaba Alexia, el nombre impuesto a Luba en el burdel. Mis compañeros le han mostrado al hombre varias fotos de chicas desaparecidas, entre ellas las de Luba.

Recuerda que me diste varias copias cuando comenzamos a buscarla y yo las distribuí por las comisarías. El individuo se ha negado a mirarla porque, evidentemente, Luba es una menor, pero su abogado le ha convencido para que colabore, puesto que, además, podría ser multado por pagar servicios sexuales en un lugar público y nos consta que está casado. Esta tarde, mientras estábamos con Fanny, la ha reconocido: es Luba. La mala noticia es que, si fuera realmente ella, por lo visto ha logrado huir del burdel y por algún motivo está ejerciendo la prostitución en la zona chungu del parque Tierno Galván, que ya sabemos tú y yo que la tiene. No sé, quizá necesite dinero y ha hecho lo único que le han enseñado a hacer, desgraciadamente. La buena noticia es que podemos seguirle la pista.

—¿Y por qué vamos a creer la versión de un putero, Teresa? ¿Y si intentó abusar de ella y lo que hizo Luba fue defenderse?

—También puede ser, por supuesto. Sabremos la verdad cuando la encontremos.

La verdad habita en un lugar donde ella es la reina y sus súbditos, los matices. Y lo que había sucedido en realidad no era exactamente como lo había relatado Teresa. Luba se asustó cuando ocurrió. «¿Cómo te llamas?», le había preguntado ese hombre. «Alexia», contestó. «¿Me haces una por diez euros?», le había propuesto aquel individuo corpulento que surgió de las sombras. Ella, perdida en aquel parque, hambrienta y trémula de frío, le había dicho que sí y cogió el dinero. «Esta será mi última vez», se prometió mientras él se desabrochaba la bragueta. Llevaba tantas horas sin comer que se consoló pensando en el gran bocadillo que se compraría tras la humillación. Pero a los pocos instantes de iniciar la tarea, el hombre la agarró con tal violencia de los cabellos, dirigiendo los movimientos de su cabeza y de su boca, que Luba no había podido evitar el impulso involuntario de apretar los dientes con fuerza. Sintió de nuevo el mismo desagradable sabor a hierro y sal que se pegaba a sus encías cada vez que le daban una paliza, pero esta vez la sangre no era suya.

Tantas veces la habían agarrado del pelo durante las felaciones, y no con menor violencia, que no entendió por qué ahora había sido diferente. Aquel hombre comenzó a gritar, se estaba desangrando, y Luba se tapó los oídos para hacer enmudecer aquellos alaridos, mientras ordenaba a sus piernas que se despegaran del suelo donde parecían ancladas. Ella también empezó a gritar. Lo que menos deseaba era llamar la atención, pero sus chillidos impulsaron

las lágrimas a sus ojos y el llanto la desbloqueó. Con su billete de diez euros en la mano y alejándose veloz de los alaridos del hombre, corrió con la agilidad de una galga sorteando los árboles del parque, bajo un frío punzante y una densa niebla que lo difuminaba todo. Hacía solo unas horas que estrenaba su libertad y ya había cometido el primer error, dejando el mensaje sangriento de que existía, cuando ella siempre pensó que no era nadie.

—Deja que yo me ocupe de visionar las cámaras de videovigilancia del parque —le pidió el teniente a Teresa.

—Claro, sin problema, yo te organizo el visionado. Esto va a salir bien, Julián —afirmó, animada—. Quizá antes de lo que esperas puedas tenerla contigo. Por cierto, ¿quieres pasar con nosotros la Nochebuena? No me digas que no, como el pasado año.

—Te lo agradezco, pero ahora prefiero centrarme en Luba. Quiero ver a ese putero del parque. —Así había decidido Tresser referirse a él a partir de ese momento, no tenía otro modo de subrayar su desprecio hacia ese tipo de hombres; nunca hasta ahora le habían importado demasiado, pero las cosas habían cambiado.

—Es el único testigo que tenemos y no conviene amedrentarlo.

—No lo haría.

—Sí lo harías, y eso complicaría el curso de la investigación, porque podría acusarte de agresión si tú perdieras los papeles. Yo lo entendería si lo hicieras, porque esto es más de lo que puedes soportar, pero olvídate de él por el momento y centrémonos en la búsqueda de la niña.

—De acuerdo —contestó con una resignación que le incomodaba—. Pasemos a otra cosa, Teresa.

—Dime.

—Mientras telefoneabas, Fanny ha mencionado a una tal Olga, la mujer que estaba a cargo de las chicas, una de esas *mamis* de los burdeles, para entendernos. ¿Se sabe algo de ella?

—Posiblemente huyó cuando dieron el chivatazo y dismantelaron rápidamente el garito de juego, porque allí no estaba. Solo una de las chicas la nombró, pero únicamente dijo que era una mujer de mediana edad que les concertaba las citas con los clientes. La chica insistió, como todas las demás, en que estaban allí porque querían, que sus clientes les pagaban muy bien y en la mansión les cobraban muy poco por el alquiler de la habitación. Ninguna dijo nada diferente. Les ofrecimos refugio, pero no quisieron. Temen las

represalias contra sus familias, tú y yo ya sabemos cómo va esto. Fanny y Luba pudieron escapar precisamente por eso, porque no tienen. A una la vendió su padre y la otra no sabe que te tiene a ti. Han podido jugar con ventaja por estar solas en la vida, mira qué paradoja. Vas a cambiar el sórdido mundo de Luba cuando la encontremos, lo vas a iluminar. Es una suerte, míralo así.

Suerte no era la palabra más adecuada cuando todo sucede en la oscuridad y bajo la dictadura del abuso. Julián se preguntó si con Luba ya se llegaba tarde para incorporarla al mundo de los humanos, si se habría convertido en una bestia, como aquellas que la sojuzgaron, y ahora estaba aplicando su venganza mordiendo con violencia los penes de todos los hombres que se los introducían en la boca. Pero aun así se resistía a pensar en su pequeña como una justiciera y quiso convencerse de que, en realidad, lo único que hizo fue defenderse. Recordaba lo que le había dicho Fanny: Luba se inventaba «mundos bonitos» para sobrevivir, y nadie que soñara con cosas bellas se abandonaría a la maldad y a la venganza. La maldad era la de los demás, la de quienes la secuestraron y la esclavizaron, y estaba dispuesto a demostrarlo y a llevarlos ante un juez, aunque fueran tan escurridizos como las sanguijuelas, tan carroñeros como las hienas.

—Quizá podamos obtener del encargado de seguridad del garito alguna pista, porque el seguimiento de las cuentas de paraíso en paraíso fiscal va a ser lento, demasiado lento para lo que necesito yo ahora —comentó desesperanzado Julián.

—Me temo que no vamos a conseguir nada. Es un empleado más en la base de la pirámide. Se limita a hacer su trabajo de seguridad. No es el hombre que buscamos y no creo que pueda aportar nada —afirmó Teresa con escepticismo—. ¡Vaya! Ahora me suena el móvil —exclamó mientras sacaba el teléfono del bolsillo del anorak—. Hace una hora que debía estar en la comisaría. Seguro que me llaman para recordármelo. Mira, pues no. Es tu cabo.

—¿Sí, Coira? —contestó Teresa la llamada.

—*É ai onde che lavan a roupa?* —sonó una voz infantil al otro lado del auricular.

—¿Cómo? —preguntó ella con extrañeza.

—Que si es ahí donde lavan la ropa —insistió, ahora en castellano.

—No, pero...

—*Pois entón é vostede un pouco sucia, ¡ja, ja, ja!*

Teresa oyó la risotada y cómo una voz adulta le recriminaba también en

gallego.

—*Que diaños fas, Goio? Dáme o teléfono agora mesmo!* —le escuchó gritar—. Discúlpeme, subinspectora, soy el cabo Coira. Mi sobrino ha trasteado con el móvil. Es que acabo de ver que tenía tres llamadas perdidas de usted y...

—Le paso con su teniente, lo tengo al lado —zanjó.

Teresa le tendió el teléfono a Tresser y se alejó unos pasos, hacia la zona de los columpios. Se sentó en uno de ellos y dejó que balanceara levemente su cuerpo. Estaba a punto de sufrir un ataque de risa floja. A veces le sucedía, tras algún momento de tensión y siempre por algo sin importancia. La última vez le sobrevino hacía una semana, cuando de madrugada llevó a su hija María a urgencias por una fuerte bronquitis. Temió que fuera una neumonía, pero la niña tenía solo un serio catarro y Teresa respiró aliviada tras un par de horas de incertidumbre. Sin embargo, cuando observó que el médico que la atendió llevaba un calcetín de cada color, uno marrón y el otro azul, le asaltó esa risa que no podía reprimir y tuvo que refugiarse en los lavabos hasta apaciguarla. Ahora, la broma de ese niño al teléfono la había desencadenado de nuevo. «La enfermedad de tu hija te sobrecarga de tensión, y si a eso añades la que te provoca tu profesión de policía, pues es normal que la mente se descargue de vez en cuando con la risa, que no es ni mucho menos la peor forma, te lo aseguro. No les des mucha importancia y sigue con los ansiolíticos», le había aconsejado su médico de cabecera cuando se lo comentó. Pero a Teresa le desconcertaban aquellos ataques y le preocupaba que le sucedieran en el trabajo, algo que no le había ocurrido nunca, pero ahí estaba esa maldita posibilidad. El teniente, mientras conversaba con Coira, la veía sentada en el columpio y le pareció que se reía sin parar, encogida con los brazos sobre el estómago, dejándose mecer por el balanceo.

—Espere un momento, Coira —le dijo a su subordinado.

Julián se acercó a Teresa y, cuando llegó hasta ella, la policía frenó su risa de repente y forzó el gesto del rostro, que se tornó serio.

—¿Estás bien?

—Lo estoy.

—Me había parecido que te estabas partiendo de risa y no entendía nada...

—¡Qué va! He tenido un retortijón. A veces me pasa. Me alimento fatal. Tengo que irme a la comisaría, Julián.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, tranquilo.

—Coira, le llamo ahora por mi teléfono. —Julián le entregó el móvil a Teresa—. No sé por qué te ha telefoneado a ti.

—Le he dejado varias llamadas perdidas cuando no te localizaba, ¿no te acuerdas de que te lo he dicho esta mañana?

—Es verdad, me lo has dicho. No te olvides de darme el nombre del encargado de seguridad del garito.

—No me olvido. Y ahora tengo que irme. Llevo horas fuera de la comisaría.

—Gracias por todo, amiga.

—No me las des, ya lo harás cuando la encontremos.

Teresa contactó con la central de la Policía y le enviaron el coche patrulla que se hallaba más cercano al lugar donde se encontraba. De camino a la comisaría, volvió a avergonzarse de aquella risa desbocada que llegaba sin avisar. Su mente había elegido un modo de soltar lastre que no le gustaba, pues en su vida no había motivos para la risa y se esforzaba mucho por aparentar normalidad y no transmitir a los demás su desazón de madre de una niña discapacitada en una sociedad tantas veces sorda, ciega y muda ante quienes no han recibido el don de la salud. Al contrario, intentaba siempre mostrar positividad, sobre todo ante María y también ante sus compañeros de trabajo. Su marido se implicaba tanto o más que ella en el cuidado de María, pero últimamente tenía la impresión de que hacía más guardias en el Samur de las que debía. Se estaba alejando de ella. Teresa lamentó ser la más fuerte de los dos.

—¿Entonces Luba podría estar viva y quizá más cerca de lo que pudiéramos pensar, mi teniente? —le preguntó Coira, admirado, cuando reanudó la conversación telefónica con su superior.

—Sí, podría estarlo, pero usted despreocúpese. Ya me las arreglaré.

«Ya me las arreglaré». El cabo de la Guardia Civil se preguntó si aquello era un mensaje sutil reprochándole que no estuviera en Madrid para ayudarle a encontrar a la niña. En esos momentos no se sentía con fuerzas para dilucidar si debía proseguir sus vacaciones navideñas o acudir en ayuda de su teniente. El día anterior había sufrido un cólico tras cenar unos chocos en su tinta en casa de uno de sus hermanos. A ningún comensal le había sucedido nada, solo a él, lo cual indicaba que el guiso estaba en perfecto estado. Había pasado la noche entera vomitando en medio de fuertes dolores abdominales. «*Pero neno, volvésche frouxo en Madrid ou que?*», le dijo su padre con retranca. Llevaba

cuatro días en el pueblo y no había parado de comer. En casa de los padres, de uno de sus dos hermanos, de los tíos. Marisco, pulpo, bacalao, congrio, orujos. Desde la cama de su dormitorio, convaleciente y en pijama, mientras conversaba con el teniente le llegaban desde la cocina de la casa familiar los olores del potaje de la cena y sentía náuseas. Su sobrino Goio, el hijo de su prima Antía, el niño de siete años que acababa de devolver la llamada perdida a Teresa para gastarle esa broma tan tonta, se había acostado a su lado y le estaba dibujando algo en el brazo con un rotulador. Se sentía enfermo y sobrepasado.

—Mi teniente, si es necesario, me voy para allá, no me importa.

—Coira, si esa fuera mi intención ya se lo habría dicho. Estamos hablando porque usted no respondió a las llamadas de la subinspectora cuando ella no me pudo localizar a mí.

—Sí, y lo siento, pero tuve un cólico y estoy en cama. Me sentaron mal unos chocos o qué sé yo. No paran de darme de comer desde que llegué, como si fuera un cerdo al que tienen que cebar, y claro, parece ser que reventé —se quejó, usando el pretérito y con un acento gallego que nunca, hasta entonces, había percibido el teniente.

—Pues mañana será peor, porque es Nochebuena. Cuídese, Coira.

Le colgó el teléfono sin siquiera felicitarle las fiestas. Qué le importaban los atracones gallegos del cabo. En el fondo, le fastidiaba no poder contar con él, y eso le impedía ser amable. Él pasaría esa noche solo, sin Luba. Eso le entristecía, pero a la vez le alegraba no tener que rodearse de familiares con algunas copas de más y la lengua desatada. Sin embargo, sus planes en soledad se rompieron una hora después de hablar con Coira, cuando el capitán Díaz Visedo le telefoneó y le preguntó:

—¿Con quién va a pasar mañana la Nochebuena, Tresser?

—Con mi gata.

—¿Le importa que seamos tres?

—¿Tres? No entiendo...

—Le estoy pidiendo que me invite mañana a su casa. ¿Se lo deletreo?

—Ah, por supuesto, mi capitán.

Pero ¿qué desfachatez era esa?, se preguntó, indignado. Tendría que abrirle las puertas de su intimidad, de su ático dúplex en la zona más exclusiva de Uvés, cuando lo había mantenido en secreto hasta entonces. Simplemente comunicó en su momento que se pedía dos días libres para una mudanza. Dijo

que se había cambiado de casa y no dio más explicaciones. Ahora tendría que darlas, no le quedaba más remedio si no quería arriesgarse a que el capitán pensara que esa vivienda estaba por encima de su sueldo, con las lógicas sospechas que eso despertaría en su superior.

—Mi hija y mi yerno iban a venir a Madrid desde Canarias, pero mi nieta está con anginas y con mucha fiebre, no puede viajar así, y yo no voy a ir para allá, demasiado lío coger un avión en estas fechas. Es la primera Navidad sin mi mujer, me cuesta mucho, ya se lo puede imaginar. Llevaré un guiso de venado, sin sal, eso sí, porque ya sabe que soy hipertenso, pero usted se la añade a su plato y listo. ¿Le parece?

—Sí, mi capitán —le contestó Tresser, todavía sin salir de su asombro.

Díaz Visedo había comenzado la conversación en la Comandancia recriminándole el hecho de que aún no se supiera nada de la mujer que empujó a la funcionaria Pepa Ordovás. Y ahora le llamaba para autoinvitarse en Nochebuena.

—Hoy por la noche, el sindicato de funcionarios ha convocado una vigilia en su memoria en la Puerta del Sol. Y seguimos sin respuestas, Tresser. ¿Está haciendo usted todo lo posible? A mí no me lo parece.

—Mi capitán, ha sucedido esta mañana y estamos investigando a las cinco mujeres que...

—¡Sí, sí, sí! —exclamó malhumorado—. Están investigando a las cinco mujeres que estuvieron con Ordovás y que responden al perfil, eso ya lo sé. Pensaba que ahora me diría algo distinto y me vuelve a contar exactamente lo mismo. De acuerdo, me dice que han investigado, pues entonces dígame qué resultados han obtenido.

—De las cinco, se han descartado dos. —Brancho ya le había informado a Tresser de los avances—. En el momento de la agresión a Pepa Ordovás, ya no estaban allí y lo han podido demostrar. Quedan otras tres que estamos intentando localizar, porque no se hallan en su domicilio. Confío en que el lunes logremos resolverlo.

—¿Quiénes son esas tres mujeres que no se han descartado?

—Una tiene un taller de bisutería, otra se dedica a cuidar a personas mayores y la tercera trabaja en publicidad o algo así. Todas ellas dadas de alta en el régimen de Autónomos. Estamos intentando localizarlas. Son fechas complicadas —insistió en esa circunstancia.

—El lunes quiero a las tres interrogadas, sin más excusas, Tresser.



—A sus órdenes, mi capitán —se resignó el teniente; le incomodaba la presión a la que le estaba sometiendo su superior.

Tras los reproches de Díaz Visedo, Tresser no sabía cómo encajar en la conversación las noticias que acababa de recibir sobre Luba. Estaba seguro de que el capitán lo consideraría un obstáculo en el caso de Pepa Ordovás. No se equivocó. Le relató todo lo sucedido desde que Teresa le telefoneó, aunque ocultó que había acompañado a la subinspectora a la casa-refugio.

—Me alegro de que al fin tenga noticias —le dijo Díaz Visedo, pero le advirtió—: Ahora mismo lo importante es saber quién empujó a la funcionaria y salió huyendo. Si quiere seguir la pista de Luba, tendrá que hacerlo en sus horas libres. Además, el caso no le corresponde a usted, sino a la Comandancia de Ávila, pues fue allí donde desapareció la niña y el juez, ante la falta de avances en la investigación, lo archivó provisionalmente hace unos meses, como usted me comunicó y yo ahora le recuerdo, por si lo había olvidado. Cuando tenga más pruebas quizá logre que se reabra, pero ahora céntrese en la funcionaria, Tresser.

Tras el trágico fallecimiento de su esposa, Díaz Visedo no solo se había vuelto huraño, sino, incluso, cruel. Al escuchar aquellas duras palabras que destilaban tal indiferencia hacia Luba, tuvo ganas de solicitar una baja por depresión y dejar a su capitán con el culo al aire en el caso Ordovás, pero su sentido del deber se lo impidió y se sintió estúpido por ello, más aún cuando su superior, como si fueran amigos de toda la vida, se había autoinvitado en Nochebuena. Cuánto lo despreciaba en aquellos momentos. Ya al filo de las nueve de la noche, telefoneó a Brancho con la esperanza de que hubiera habido más avances en el caso Ordovás.

—De las tres mujeres que nos quedan, mi teniente, acabamos de descartar a otra más, la chica que tiene un taller de bisutería. La he localizado y, cuando se produjeron los hechos, ella acababa de abandonar la delegación y estaba saliendo con su coche de un garaje. Me ha enviado foto del tique con la matrícula del vehículo y la hora exacta.

—Pero el coche lo podría haber conducido otra persona, Brancho.

—Tiene razón, por eso me he acercado al garaje para visionar las grabaciones de videovigilancia. Era ella la que iba al volante.

—Siga con las otras dos mujeres que quedan.

—A sus órdenes, mi teniente.

La joven Lucía Brancho estaba demostrando tanta o mayor resolución que

Coira. Le había costado acostumbrarse a su carácter risueño y locuaz y a ese casi constante tarareo de melodías cuando ambos compartían el coche patrulla. Tampoco acababa de acomodarse a su modernidad, con ese cabello corto y marcadas mechas rubias en distintos tonos, y el discreto tatuaje en grafía oriental en la parte posterior del cuello, debajo de la nuca. No les estaba permitido llevarlos en zonas visibles del cuerpo, pero Brancho había elegido esos escasos centímetros de piel que quedaban ocultos bajo el cuello de la camisa.

—Es el nombre de mi exnovio, también guardia civil, destinado en Valdemoro —le dijo un día, señalándose detrás de la cabeza mientras le acompañaba en el coche patrulla hacia los juzgados de San Lorenzo de El Escorial, donde el teniente tenía que testificar en un caso—. Nos lo hicimos los dos en japonés, para que solo lo pudiéramos leer nosotros. Él lleva el mío tatuado en el mismo sitio, pero al final la relación no funcionó, aunque nos llevamos bien.

—¿Y por qué me cuenta todo eso, Brancho? ¿De verdad piensa que puede interesarme? —le preguntó Tresser con su habitual rudeza hacia los subordinados.

—Es que de repente me he acordado de él, es buena gente, pero a él le gusta escalar montañas y a mí en absoluto, y eso nos distanció —replicó ella, con esa simpatía que parecía inmunizarla frente a las brusquedades de su superior.

—Pues ahora ya no puede borrarlo, Brancho. Es usted muy joven para marcarse nombres en la piel.

—Pero queda bonito y, como está en japonés, siempre puedo inventarme otro significado, mi teniente —afirmó ella con seguridad.

—Brancho, se acaba de pasar la calle de los juzgados. Deje de contar tonterías y céntrese.

Aquella joven era, por el momento, la primera mujer guardia civil que tenía en el grupo que él dirigía. Lucía Brancho y David Fernández se incorporaron a su Unidad dos años atrás. Recién terminadas las prácticas, realizaban tareas de apoyo en las investigaciones de la Policía Judicial. Ahora, al igual que el teniente, trabajaban en el cuartel de Uvés a la espera de que concluyeran las obras de rehabilitación del puesto de San Lorenzo de El Escorial. Al fornido Fernández se le habían asignado ahora tareas de vigilancia y protección de cuatro mujeres maltratadas por sus parejas, además de otros casos, mientras que Brancho realizaba labores de soporte e investigación para el teniente.

Ambos guardias ya habían decidido opositar a cabo.

«El amor, qué es eso», se preguntó el teniente recordando la conversación con Brancho y pensando a la vez en Adelaida, a la que había quedado en llamar tras su encuentro fortuito de aquella misma tarde en la calle de Arturo Soria. «En algún momento tendré que hacerlo», se impuso mientras atravesaba con su coche Madrid para regresar a Uvés. Fue entonces cuando recibió en el móvil un mensaje de Teresa: «Pásate por el Cisevi. Chica parecida a Luba en cámaras seguridad parque Tierno Galván. Mañana me cuentas. bss».

En efecto, había imágenes de ella. Lo comprobó poco después en el Centro Integrado de Señales de Vídeo —conocido por sus siglas, CISEVI— del Ayuntamiento de Madrid. Llegó allí sin perder un minuto tras recibir el mensaje. Teresa les había pedido a los agentes de la Policía Municipal que visionaran la videovigilancia del día anterior en el parque Tierno Galván, cuando Luba le hizo la felación a aquel hombre. La zona no tenía tantas cámaras como el teniente hubiera deseado, pero ahí apareció, ahí estaba ella, a las 18.37 horas exactamente, descendiendo a toda prisa por un terraplén, en algún momento incluso cayendo al suelo y rodando por él, hasta llegar a la avenida del Planetario. Allí se perdía momentáneamente su rastro, pero los policías empalmaron esa imagen con otra y se la veía claramente subirse a un autobús urbano. Julián pudo ver al fin una imagen real y reciente de Luba. Le conmocionó verla tan menuda, sin abrigo, tan solo con un jersey, cuando aquellos días las temperaturas no superaban los ocho grados. La baja calidad de las imágenes, debido a la niebla que cubría el parque, no le permitió ver más detalles. Siguiendo a través de las cámaras el recorrido del autobús, se constató que la niña no se apeó en ninguna parada hasta llegar a la plaza de Legazpi, donde la línea finalizaba su trayecto. Ahí se perdió su pista. En el centro de Madrid, sin dinero, sin documentación, con solo catorce años y sin conocer nada del mundo. «Luba, resiste, por favor», le dijo desde lo alto de un pozo imaginario, observándola allá abajo, en el fondo, acurrucada en la oscuridad fría, húmeda y maloliente de las aguas.

Decidió entonces acercarse a la plaza de Legazpi, donde se había perdido su pista. Tenía la esperanza de encontrarla aún refugiada del frío en la entrada del metro o en el cajero de un banco. Anduvo una hora por la zona, buscando en esos lugares y en otros tantos donde el teniente consideraba que podría haberse resguardado. Mostró también su foto en los bares cercanos a la glorieta, pues los comercios ya estaban cerrados; eran más de las nueve de la

noche. No encontró a Luba, pero, sorprendentemente, la camarera de un pequeño bar la reconoció cuando Tresser le mostró su foto tras identificarse como teniente de la Guardia Civil.

—Sí, estuvo ayer aquí a última hora de la tarde. Pidió un bocadillo de queso y una Coca-Cola y luego se marchó. La recuerdo porque parecía no manejarse bien con el dinero y la tuve que ayudar a pagarme, pues no diferenciaba bien entre euros y céntimos. Pensé que sería alguna chica rumana de esas que piden limosna por el barrio, aunque, ahora que lo pienso, tenía acento español.

—¿Estaba bien? —preguntó Julián.

—Sí, no sé, tampoco me fijé tanto. Un poco sucia sí estaba, por eso supuse que era una mendiga.

—Y no sabrá, claro, hacia dónde se fue al salir del bar.

—Pues no, ni idea.

Luba había estado allí y se alimentó con un bocadillo. Eso tranquilizó al teniente. Continuó buscándola en las proximidades de aquel bar, pero no tuvo suerte. Si tenía dinero para pagarse algo de comida, quizá también lo tendría para coger un autobús o un metro y, por alguna razón que él desconocía, trasladarse a otro barrio. Podría ser cualquiera. Por dónde seguir buscándola en una ciudad de más de tres millones de habitantes. Eso le desalentó, aunque él siempre se decía a sí mismo que la rendición es una palabra que no existe.

## CAPÍTULO IV

«Luba, resiste», la había alentado Julián. Y es lo que había hecho la niña. Aquella mañana del 23 de diciembre, cuando el teniente Tresser se encontraba en la oficina de la Seguridad Social de Uvés ante el cadáver mutilado de Pepa Ordovás, ella ya había huido el día anterior de la casa donde había estado cautiva dos largos años. Vio aquella camioneta del jardinero dirigiéndose hacia la puerta de salida de la mansión y corrió sobre el césped agachada y veloz como una rata, descalza, con las botas de tacón sujetas bajo el brazo. Saltó a la parte trasera del vehículo en marcha, arriesgándose a aterrizar sobre una azada o una pala y partirse el cuerpo por la mitad. Afortunadamente, la recibieron dos mullidos sacos de tierra a los que se abrazó con la fuerza de una lapa. Por primera vez en la vida, sintió que la fortuna le había dedicado una sonrisa. El vehículo franqueó la puerta con ella oculta en el remolque y fue entonces cuando se tumbó boca arriba sobre los sacos y levantó ligeramente la cabeza. Nunca había visto el aspecto exterior de aquella condenada casa. Se sorprendió al descubrir que se trataba de una gran mansión, bonita, con fachada de piedra y grandes ventanales blancos, con la techumbre exterior cubierta de tejas ocre de las que emergían varias chimeneas. Cuanto más se alejaba de ella, más grande le parecía. Había vivido en un palacio y solo se enteró de que lo era cuando huyó de sus mazmorras.

Mecida por el traqueteo del motor, tumbada sobre los sacos de tierra, observó el cielo azul y expuso su rostro de sol. El frío le llegaba helado al secar el sudor que empapaba su piel. Sudaba por el esfuerzo, pero también por la agitación que le provocaba la fuga. Las densas copas de los pinos y, tras ellas, otras mansiones parecidas a la que acababa de abandonar se deslizaban veloces sobre su cabeza, unas tras otras, sin darle tiempo a fijarse en los detalles, preguntándose si dentro de aquellas casas habitaría el mismo horror que ella había padecido. Se recreó contemplando el firmamento, tan azul. Una pequeña y única nube blanca en forma de huevo frito, con un círculo rosado en

el centro, se fue desmadejando a medida que se acercaba al sol, hasta convertirse en una triste línea rota. Más tarde desaparecieron las mansiones y las arboledas y su lugar lo ocuparon altos edificios de viviendas, algunos de ladrillos, otros de cristal que reflejaban el cielo. Luba sabía que todo aquello era Madrid. Fanny se lo dijo y también se lo habían comentado algunos de los hombres que la violaban varias veces al día. No hablaban mucho, solo le ordenaban que hiciera esto o aquello, y enmudecían cuando ella, sobre todo al principio de su cautiverio, les suplicaba que la sacaran de allí.

Empezaba a percibir los efectos del frío. Tenía los pies agarrotados. Seguía descalza y sus calcetines eran demasiado finos. Se calzó las botas economizando al máximo sus movimientos, para no provocar algún ruido en el remolque que pudiera alertar al conductor. Debía estar preparada para escapar cuando la camioneta se detuviera. Escuchaba ahora un intenso sonido de coches. Levantó la cabeza ligeramente y se asomó al exterior. Estaba recorriendo una gran avenida repleta de vehículos, que la sobrepasaban emitiendo ruidosos zumbidos. Se encogió sobre sí misma, sintiendo la hostilidad de la gran ciudad. La camioneta circuló durante un tiempo que se le hizo muy largo, hasta que se detuvo en un lugar donde de nuevo los árboles la miraban desde lo alto. El conductor apagó el motor y aquello a Luba le llegó en forma de amenaza: el paso siguiente del hombre sería descender del vehículo y quizá volver a cargar o a descargar aperos. La iba a descubrir. Se incorporó rápidamente y, en efecto, vio cómo el jardinero dirigía sus pasos hacia donde ella se hallaba oculta. Al mismo tiempo que lo veía, él la vio a ella.

—¿Quién coño eres tú y qué haces en mi camioneta? —le preguntó, perplejo, aquel hombre bajito, obeso y calvo.

—No soy nadie —murmuró Luba al tiempo que se descolgaba de la barandilla del remolque y se lanzaba a la carrera velozmente, a pesar de sus botas de tacón.

Corrió sin mirar atrás, desoyendo los gritos airados del jardinero. Corrió también sin mirar adelante, sin siquiera plegarse a la fugaz curiosidad por saber en qué lugar de la ciudad se encontraba. Solo sabía que ascendía por una larga pendiente cubierta de césped, enmarcada por enormes árboles, algunos frondosos, otros, los más, condenados por el invierno a la desnudez. Corrió y corrió hasta que la hierba se tornó asfalto y se encontró, a pocos metros de ella, frente a una gigantesca cúpula blanca que refulgía bajo el cielo. Emergía

la bóveda junto a una pasarela de metal por donde avanzaba una larga fila de personas, entre ellas varios niños. Todos iban adentrándose en un edificio gris en forma de cubo, que parecía tragárselos a medida que avanzaban.

Algunas de las personas que permanecían en la fila volvieron la vista hacia Luba y aquel gesto la inquietó. Quizá tuviera un aspecto lamentable. Hacía frío, todos estaban abrigados con anoraks, abrigos, gorros de lana y bufandas, y ella solo llevaba encima un jersey negro de lentejuelas que le iba largo de mangas. A lo peor también estaba sucia tras el viaje en la camioneta y su apariencia era la de una pordiosera. La observaban, sí, incluso una niña la señaló con el dedo y se rio. No soportaba aquellas miradas. Oyó un rumor de agua a sus espaldas y vio a pocos metros una fuente con un surtidor. Qué sed tenía, pensó. Era la resaca de todos los días, y en aquella trepidante jornada, además, había experimentado la intensidad de una fuga. La noche anterior, horas antes de la redada, se bebió cuatro cubatas de ron. Había desarrollado tal tolerancia al alcohol que nunca se emborrachaba, pero sí se anestesiaba lo suficiente como para soportar a los individuos que la visitaban uno tras otro en el dormitorio desde el atardecer hasta el amanecer. Había pasado su corta vida a merced de lo que los hombres quisieran hacer con ella. Ahora, liberada de aquella mansión, su futuro sería incierto, pero mejor huir hacia lo incierto que resignarse a lo previsible.

Se acercó a la fuente y bebió con la avidez de un animal sediento. Después, se lavó la cara varias veces, encerrando el agua en el cuenco de sus manos y arrojándola contra su rostro con violencia, castigándose por la mirada de aquella chiquilla que se rio de ella y la señaló con su dedo. «Un día te pueden secuestrar a ti, como hicieron conmigo, y entonces será otra quien te señalará», la recriminó desde su interior, secándose el rostro con la larga manga del jersey. Cuando volvió de nuevo la vista hacia aquella cúpula brillante y blanca, la fila de personas había desaparecido. Aprovechó que ya no había casi nadie y se acercó a la puerta. Quería saber qué era aquel extraño edificio y por qué había gente aguardando entrar. Vio un gran letrero en la fachada y recorrió en el aire con su dedo índice la primera letra. Era una «p».

Fanny le había enseñado a reconocer las letras e incluso a leerlas hasta formar las palabras —aunque lo hacía con tanta torpeza, inseguridad y lentitud como una niña pequeña—, y también a contar los números hasta cincuenta. Nadie le había descubierto hasta entonces ese mundo y vivió aquellas enseñanzas, aunque fueran pocas, con una fascinación tan extrema que se

emocionó cuando logró por vez primera, tras varios intentos fallidos, escribir su nombre y su edad. Uno y cuatro: catorce. La ele, la u, la be y la a: Luba. «Este es tu nombre sobre el papel, este es el dibujo de las letras que lo forman», le dijo Fanny la primera vez que lo consiguió. Sí, ese era su nombre, aunque desde que la secuestró Águila, el tercer hombre con nombre de pájaro que la amarraba a su vida, la obligaron a llamarse Alexia cuando se la llevaron inconsciente en aquel coche, tras golpearla en la cabeza, mientras caminaba sin rumbo por la nieve a través de un solitario páramo de Ávila. Cuando despertó, se hallaba en un cuartucho, atada a una silla, frente a un individuo de cabellos canos y vestido con traje y corbata. «Soy Águila y a partir de ahora eres de mi propiedad», le dijo. Otro nombre de pájaro en su existencia, ya eran tres seguidos. Comenzaba entonces un nuevo infierno para ella, del que ahora estaba intentando huir. Alexia había muerto. Volvía a ser Luba. Era lo único bueno que podía atesorar: su nombre.

¿Qué letras seguían a la «p» de aquel edificio y su gran cúpula blanca? Las recorrió una tras otra y volvió a emocionarse al conseguirlo: «Planetario». Durante el año que había vivido en una finca de Ávila, encerrada también en una casa con otro de los hombres-pájaro y sin contacto alguno con el exterior, la televisión le había mostrado muchas cosas sobre el mundo. Sabía que existían los planetas, globos celestes que flotaban en el universo y en los que no existía la vida como en la Tierra, pero nada sabía acerca del significado de «planetario». Era analfabeta, pero no tonta, así que desechó la primera idea que le vino a la cabeza: planetario, el lugar donde se guardan los planetas. Sonrió ante aquella ocurrencia, simple pero divertida, y pensó inmediatamente en comida. Tenía hambre, pero no disponía de dinero. Se encontraba dentro de un inmenso parque con fuentes, árboles y césped, pero no vio bar alguno donde al menos pudiera llevarse algún trozo de pan abandonado sobre una mesa. Observó, no obstante, que tras las arboledas asomaban numerosos edificios de viviendas. Allí habría cafeterías, seguro, o quizá cubos de basura donde encontrar algo que llevarse a la boca. Dirigió sus pasos en esa dirección. Por el camino se cruzó con varios paseantes de perros, perritos la mayoría. Deseó acercarse y acariciarlos, pero no se atrevió. Añoró a los dos canes famélicos que tanto la querían y a los que daba de comer sobras cuando otro de los hombres-pájaro se ausentaba de la finca de Ávila y ella se escapaba de la casa a través de una gatera para corretear por el campo. ¿Qué habría sido de aquellos perros? ¿Estarían ya muertos o habrían intentado



sobrevivir al infortunio, como estaba haciendo ella?

Durante toda aquella mañana había apartado de su mente las violaciones, las palizas y las humillaciones a las que había sido sometida durante los dos últimos años. Si pensaba en todo ello, no lograría avanzar. Necesitaba viva su mente, trabajando sin cesar, para que la ayudara a resistir, a huir hacia no sabía dónde, libre pero encarcelada a la vez por lo incierto. Seguía caminando por el parque hacia los edificios de viviendas, bordeando ahora otra fuente con surtidores. Se acercó a un mirador desde donde se veía Madrid y le impresionó lo enorme que era, una ciudad tan inabarcable que sintió miedo al tener que sobrevivir en ella. Continuó deambulando y se cruzó de nuevo con paseantes de perros y con ancianos sentados en los bancos recibiendo el calor del sol, inmóviles como lagartos; también con corredores que la adelantaban con indiferencia y con grupos de chavales que se jaleaban unos a otros con ruidosas carcajadas. Uno de los muchachos le gritó: «¡Feliz Navidad, guapa!». Y prosiguió su camino como si nada. ¿Guapa? Nunca le habían dicho algo así. Repentinamente ilusionada, se acercó correteando a la fuente del mirador y se miró en las aguas. Pero no vio en ellas belleza, sino el reflejo decepcionante de sus fealdades, deformadas además por el movimiento ondulante del agua: sus cabellos rubios estaban despeinados y enmarañados, su cara aún tenía rastros de tierra de su viaje en la camioneta y su piel se mostraba deslucida. Le dio la impresión de aparentar diez años más de los que tenía. No estaba guapa. Estaba fea, desaliñada y sucia. Aquel muchacho se había reído de ella. Aunque se había prometido no hacerlo, lloró. Su nariz se llenó de mocos acuosos, que limpió con la manga del jersey, pero no hubo tiempo para victimizarse más, porque vio a una pareja de policías a pocos metros de ella. Caminaban lentamente, ajenos a su presencia, pero Luba se alejó de ellos como si fueran un par de demonios.

Corrió hacia una arboleda y se ocultó entre unos arbustos, con tal suerte que vio bajo ellos un viejo suéter abandonado. Se acurrucó sobre él, protegida por el manto de ramas, y regresó de nuevo el llanto. Lloró porque un chico la había piroleado y no era verdad, lloró porque en invierno anochece enseguida y podía morir de frío si no encontraba un refugio mejor, lloró porque su corta vida había transcurrido entre cadenas y lloró, sobre todo, porque no sabía qué sería de ella. Ya se imaginaba una existencia viviendo de la mendicidad, matando el miedo con el alcohol, durmiendo en los agujeros sucios de la ciudad, siempre con un ojo abierto por si alguien la atacaba en plena noche,

huyendo de los policías y de su obsesión por no acabar en un hospicio. Se defendió de aquella aniquilación que sentía fantaseando de nuevo con el mar, con sus vuelos de gaviotas, con el perfume del salitre y las caricias de la brisa, hasta que la venció el sueño.

Cuando despertó, el invierno ya había expulsado al sol del firmamento para que acudiera tempranamente la noche. No eran ni las seis de la tarde, pero Luba pensó que ya acechaba la madrugada. Su cuerpo temblaba de cansancio y de frío. Y, además, tenía inmensas ganas de orinar. Salió de su escondrijo y ahora todo a su alrededor era niebla, tenebrosa, espesa, marcada por la luz de las farolas, cuyos halos no conseguían siquiera proyectarse sobre el suelo; tal era su densidad. Ya no había paseantes de perritos, ni jubilados, ni corredores ni risotadas de chavales. No había nadie. Solo el silencio. No quería vaciar la vejiga en el lecho improvisado donde se había quedado dormida, por si tuviera que pasar allí la noche, así que se alejó unos metros, hacia otros arbustos cercanos. Eligió el lugar, se bajó los pantalones y se puso en cuclillas. Un segundo más y se hubiera orinado encima. «Fea y sucia y encima oliendo a meado», pensó, avergonzada. Se incorporó y, al ir a subirse las bragas, un hombre surgió desde las brumas. Luba estaba de pie, desnuda de cintura para abajo, únicamente con las botas calzadas y el jersey de lentejuelas que le llegaba hasta los muslos. «¿Me haces una por diez euros?», le propuso el desconocido. Ella supo enseguida a qué se refería. Quizá con ese dinero podría comer, reponer fuerzas y caminar hasta encontrar el metro para pasar la noche allí. Recordaba un reportaje en la televisión donde aparecían mendigos durmiendo en los andenes durante las noches más frías del invierno. ¿O era una película? No sabía. En cualquier caso, debía intentarlo. Allí tendría el calor asegurado. «Pero me pagas antes, ¿vale?», le dijo a aquel hombre de cabello cortado a ras, robusto aunque menudo, de unos cuarenta años, de aspecto tan anodino como los que acudían cada noche al dormitorio abuhardillado, bonito y confortable donde todos disponían de su cuerpo como si fuera un juguete. Cuando la agarró del pelo de modo tan violento, ella reaccionó apretando los dientes involuntariamente y comenzó a brotar sangre a borbotones, parte de la cual se quedó en su boca, llenándola de una textura líquida y caliente, Luba supo que aquello iba mal. Muy mal. Acabó huyendo con los diez euros en la mano, sin tiempo siquiera para recoger aquel viejo suéter sobre el que había dormitado y que le habría proporcionado algo de abrigo para aquella noche que la atenazaba.

Asustada, corrió primero en dirección a la fuente del mirador. Le costó encontrarla bajo aquella niebla inescrutable. Se alegró de que su sentido de la orientación fuera bueno, a pesar de que había pasado toda la vida encerrada entre paredes. Se enjuagó la boca en las aguas, escupió saliva varias veces hasta comprobar que estaba limpia de la sangre ajena y prosiguió con celeridad su camino. Tenía que alejarse de aquel parque. La policía no tardaría en acudir para auxiliar al hombre desangrado. Vio a lo lejos la cúpula del planetario emergiendo de la niebla, una cúpula tan luminosa en la noche, tan gigantesca y tan blanca que le pareció que la Luna se había desprendido del universo. Recordó que cerca de allí estaba aquel terraplén cubierto de césped por el que había huido de la camioneta del jardinero. Decidió que llegaría hasta él. Quizá pasara algún autobús. Tenía diez euros y podría pagarse un billete hacia alguna parte. Antes de abandonar el Planetario, detuvo un instante la carrera para observar por última vez aquella *luna* tan enorme. «Eres bella», le dijo. Y siguió corriendo, ahora entre los árboles del parque, hasta encontrar el terraplén, desde donde vio que se acercaba un autobús por la avenida. A pesar de la niebla, distinguió que era rojo, grande y avanzaba rápido. ¿Llegaría a tiempo? Descendió tan deprisa como pudo por la cuesta, tropezó con sus propios pies, cayó al suelo, pero prefirió no incorporarse y rodar unos metros sobre la hierba para avanzar más veloz. Al fin alcanzó el asfalto, se puso en pie y vio que el autobús se había detenido a pocos metros. Corrió de nuevo. Ya estaba sin aliento y las piernas le flaqueaban, pero logró alcanzarlo.

Subió de una zancada y le tendió el arrugado billete de diez euros al conductor.

—¿No tienes más pequeño?

—No... —le contestó ella mientras miraba de reojo a los pasajeros y se sacudía la hierba del jersey de lentejuelas. Temía que volvieran a reírse de ella o, peor, que alguien se fijara en que era una menor y llamara a la policía. Pero el autobús iba lleno de gente y nadie parecía reparar en su presencia; mucho menos el conductor, que parecía haber perdido la paciencia.

—Vamos, coge el billete y el cambio, que tengo que arrancar —le apremió con voz hosca, al tiempo que le tendía una mano llena de monedas.

Luba recogió el dinero pero se olvidó de coger el billete.

—Llévate el tique, por favor.

—¿Dónde está? —preguntó con ingenuidad.

El conductor lo arrancó casi de un zarpazo de la máquina expendedora, se lo entregó y reanudó la marcha con brusquedad. Luba estuvo a punto de caerse al suelo. Nunca había viajado en un autobús y no sabía dónde sujetarse, pero el instinto le hizo agarrarse a una de las barras y se abrazó a ella con fuerza para no perder el equilibrio. Pensó que aquel gesto torpe llamaría la atención, pero los pasajeros seguían indiferentes a lo que le ocurriera. Tanto los que se hallaban sentados como los que estaban de pie viajaban inmersos en sí mismos, dejando vagar sus miradas a través de los cristales, que solo mostraban una sucesión interminable de avenidas y edificios de viviendas iluminadas en la noche. Luba evitaba ver su imagen reflejada en las ventanas. Temía haber empeorado el lamentable aspecto de sí misma que había visto en las aguas de la fuente, instantes después de que aquel chico la llamara guapa y le felicitara la Navidad. Dos años atrás tenía el pelo muy rubio y muy corto. No quiso dejarlo crecer. Había sido su primer acto de rebeldía contra Halcón, uno de los hombres-pájaro que la sometió. Él insistía en que se lo dejara crecer, para que aparentara más edad de la que tenía.

—Tienes una maldita cara de pajarito, y aún más con ese pelo corto que llevas —le reprochó—. Si alguna vez huyeras de mí, te aseguro que en un día laborable, por ejemplo a las diez de la mañana, los municipales te preguntarían por qué no estás en la escuela. Y empezaría tus problemas. Si quieres sobrevivir, haz lo que yo te digo.

—Y lo hago.

—Pues no, Luba, no lo haces. Déjate crecer el pelo, luego te haré rizos y parecerás una veinteañera y no una cría de doce. Los vecinos nos ven cada día, ven que no vas a la escuela, y aunque me respetan porque les miro mal, nunca se sabe. En cualquier momento pueden comentar cosas que no nos beneficiarían. Debemos ser discretos. Hace dos días me emborraché y me equivoqué de puerta. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Pues en aquel momento lamenté más que nunca haberme responsabilizado de ti cuando tu madre te abandonó. ¿Sabías que se ahorcó pocos meses después?

—No... —Luba no conocía ese detalle y se estremeció al saberlo.

—Pues ahora ya lo sabes. Eres un jodido lastre. Por eso bebo —le dijo mientras agotaba el último trago de vodka y volvía a rellenar el vaso—, porque quiero olvidar que existes. Pero estás aquí conmigo en Estepona y ya

no puedo recular. Te oculto, miento, me esfuerzo por ti y tú sigues empeñada en parecer una niña con ese pelo corto y esos zapatos planos. Tendremos que pensar en los tacones, bajitos, discretos, pero tacones.

—Vale, de acuerdo.

—Aquí en España la educación es obligatoria hasta los dieciséis años, y tú tienes doce. Te lo he dicho un millón de veces y no te enteras. ¿Tú escuchas cuando te hablo? Me parece que no, y eso quiere decir que no me respetas, y si no lo haces, ¿cómo te voy a respetar yo a ti? Haz el favor de dejarte crecer el pelo. Te lo cortas siempre y, además, de cualquier forma, a tijeretazos. Pareces una delincuente, una lumpen de mierda, y si aparentas ser una marginada y te obligan a hablar, les conducirás hasta mí. Antes de que eso suceda, te mataré si es necesario. ¿Lo entiendes?

—No me corto el pelo, te lo juro. ¡Es que no me crece! —argumentó Luba.

En realidad, desde que había descubierto que la longitud de su cabello preocupaba a Halcón, se había empeñado en no dejarlo crecer. Había alcanzado ya la preadolescencia y era el único deseo de reafirmación que podía permitirse. La cautela la obligaba a ir con cuidado con aquel hombre que la encerraba en casa y la obligaba cada noche a hacerle felaciones a cambio de donuts de chocolate en el desayuno, pero existía en ella un impulso irredento que la impulsaba a mantener el cabello a ras del cráneo.

—He oído en la tele que a veces el pelo se cae por una enfermedad grave que se llama estrés —se defendió.

—¡Siempre con esa caja tonta, Luba! Todo lo que cuentan es mentira. Pero claro, eres una analfabeta, qué se puede esperar de ti.

Ahora lo llevaba a la altura de los hombros, menos rubio que cuando era más niña. No sabía por qué se le había oscurecido. «Quizá el cabello vaya perdiendo color al tiempo que los problemas crecen», pensó abrazada a aquella barra del autobús, dando la espalda al cristal, evitando reflejarse en él. Sin embargo, cuando el vehículo se detuvo en una de las paradas, unos muchachos que entraron lo hicieron con tal brusquedad que la obligaron a girar sobre sí misma y, de repente, vio su rostro en la ventana. No se reconoció: vio a una vieja. ¿Dónde habían ido a parar sus catorce años?

El autobús se adentró ahora en una zona que nada tenía que ver con el solitario paisaje anterior. Había gente en las calles, había comercios, luces, bares, tráfico, viviendas: lo que Luba había esperado ver de una gran ciudad como Madrid. Aprovechó la parada y se bajó del autobús. Estaba en la

glorieta de Legazpi, en el centro de Madrid, a pocos minutos del río Manzanares, cerca de la concurrida estación de Atocha. Buscó una cafetería para comprarse un bocadillo y eligió la primera que vio. Tenía tanta hambre y se encontraba tan cansada que no quiso demorar más el alimento. Había contabilizado nueve monedas, el cambio que le devolvió el conductor. En cada una de ellas leyó «1 euro». Tenía, pues, nueve euros. Ignoraba su valor, pues nunca había manejado dinero, pero deseó intensamente que los nueve fueran suficientes.

—¿Cuánto cuesta un bocadillo? —le preguntó a la única camarera del bar, una mujer bajita y sonriente.

—Cuatro euros el bocadillo y dos cincuenta el montado, cariño.

—¿Y la Coca-Cola?

—Dos cincuenta.

«Cuatro y dos son seis», contó Luba. «¿Y esos cincuenta? ¿Qué son?». Fanny no le había explicado nada sobre los decimales. Se sintió perdida. ¿Cómo iba a conducirse por la ciudad siendo una analfabeta? Y, además, ¿qué era un montado? Si costaba menos que el bocadillo, dedujo que sería más pequeño.

—¿Y de qué son? —preguntó para ganar tiempo mientras decidía si pedía o no el refresco.

—Tienes de jamón, queso, sobrasada, beicon, panceta, lomo...

—Uno de queso —la interrumpió. No sabía qué eran el beicon ni la panceta, y tampoco quería preguntar y parecer una idiota.

—¿Quieres la Coca-Cola?

—Sí —se arriesgó. Le apetecía mucho tomarla—. ¿Cuánto cuesta todo?

—Pues serán seis cincuenta, IVA incluido.

¿Qué era el IVA? ¿Una salsa? Luba se estaba poniendo nerviosa. Demasiada palabra desconocida.

—Vale, pues póngame el bocadillo de queso y la Coca-Cola. ¿Puedo ir al baño?

—Al fondo a la derecha.

Un nuevo espejo donde constatar su aspecto lamentable, se dijo mientras se refrescaba y limpiaba la cara sobre el lavabo. Se preguntó qué haría cuando saciara el hambre, dónde dormiría aquella noche, cómo lograría abrigarse, con qué dinero compraría más bocadillos. Llegó a la barra del bar intentando contener las lágrimas. La cafetería era muy pequeña, apenas la barra y cuatro

mesas y sillas arrimadas a la pared. Solo había dos hombres en el local. Uno jugaba en la máquina tragaperras y el otro, un anciano, leía un periódico sentado en un taburete. Ninguno de los dos reparó en ella, de lo cual se alegró. Le incomodaba estar ante la presencia de hombres adultos.

El bocadillo era enorme y el queso le pareció tan rico que persiguió con el dedo los trocitos que habían quedado en el plato para llevárselos a la boca. Lo mismo hizo con las migas. Mientras apuraba el último trago de Coca-Cola, pensó en lo bien que le hubiera ido añadirle un poco de ron, pero no se atrevió a pedirlo, por si no podía pagarlo. Frente a ella, había un gran reloj sobre un póster de un prado verde con vacas. Del reloj colgaba también un dibujo de un Papá Noel. Lo reconoció enseguida. En los últimos días, algunos de los hombres que la sometían lo hacían disfrazados de ese viejecito de densa barba blanca. «Aunque parezca increíble, es un hombre bueno que trae regalos a los niños durante la Navidad. Aquí donde estamos es el diablo», le había comentado Fanny. No entendía Luba cómo la bondad y la maldad podían entremezclarse tan fácilmente. Nada tenía sentido en su corta y desgraciada vida. Miró las agujas de aquel reloj. El hombre-pájaro Halcón le había enseñado a leer la hora. Eran las siete y media de la tarde, cuando ella pensaba que la noche estaba más avanzada. No sabía qué iba a hacer a partir de aquel momento. Desplegó sobre la barra sus nueve monedas y la camarera le devolvió dos de un euro y una donde pudo leer «50 cent».

—¿Esta cuánto vale? —se le escapó preguntarle a la mujer.

—Medio euro —le contestó ella, desconcertada—. ¿No lo sabías?

—Sí, pero se me había olvidado —replicó Luba mientras recogía el cambio y abandonaba el local antes de que le hicieran más preguntas.

Un día después, el teniente Tresser entraría en ese bar preguntando por ella. No quiso el destino que se encontraran. Él llegó demasiado tarde.

La glorieta de Legazpi le pareció muy grande a Luba y le sorprendió el enorme y extraño armatoste que emergía en medio de la plaza, forrado con una lona gris que se ceñía a su contorno. Lo observó detenidamente y no le halló sentido, pues no tenía ni forma humana ni, le pareció, tampoco animal. ¿Qué era aquello?, se preguntó con curiosidad, aunque desistió de preguntarlo a algún transeúnte. Nunca sabría, pues, que se trataba de un caballo alado, un Pegaso que formaba parte de un conjunto escultórico de finales del siglo XIX dedicado al Progreso. El Ayuntamiento de Madrid no tenía presupuesto para

restaurarlo de su deterioro y, a la espera de hacerlo, optó por cubrirlo de tal modo que parecía una momia. De hecho, en el barrio de Legazpi se le conocía así, como «la momia». Luba se olvidó de ella, incapaz de entenderla, y caminó por el entorno de la plaza, deteniéndose en cada escaparate de las tiendas, fascinada por los productos que se ofrecían a su mirada. ¿Cuánto costaría ese bonito anorak de color azul y capucha con estampado de flores que acababa de ver en uno de los establecimientos? «Desde luego, mucho más que un bocadillo de cuatro euros», pensó con frustración. Sin embargo, no pudo evitar la tentación de entrar en la tienda, buscarlo y probárselo. Probarse ese y quizá otros más. En el interior había numerosos clientes. Daba esa sensación porque el local era pequeño, una tienda de barrio donde las prendas estaban apelotonadas en estanterías y colgadores. Había dos dependientas atendiendo y una de ellas abandonó inmediatamente lo que estaba haciendo cuando vio entrar a Luba. Se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó mirándola con desconfianza.

—Solo quería ver el anorak azul del escaparate —contestó Luba un tanto asustada ante la aparición súbita de aquella mujer.

—Cuesta cuarenta y cinco euros. Igual es muy caro para tu presupuesto —afirmó mientras la recorría con la mirada de arriba abajo.

—Sí lo es. Gracias.

Luba abandonó la tienda abochornada. «Parezco una mendiga, eso es lo que ocurre», se dijo mientras notaba cómo le temblaban las piernas e intentaba reprimir el llanto. Siguió deambulando por las calles aledañas a la plaza, pero ya no miraba escaparates, solo se miraba a sí misma desde la desdicha. Vagó sin rumbo hasta que, aterida de frío, se sentó en un banco de la acera, abrazándose para lograr un poco de calor. Notaba la piel gélida. Se hallaba en una zona de bares de tapas y Luba se fijó en los corrillos de gente que se habían formado en la puerta de los locales; unos parecían despedirse y otros se saludaban porque acababan de encontrarse. Se fijó en ellos y en la felicidad que mostraban, en sus risas y en aquellos cuerpos bien abrigados. Maldijo su existencia, maldijo a los hombres, los causantes de su desgracia. Sentía tanta rabia que se apretujó aún más sobre sí misma y se clavó las uñas en los brazos. Le dolió y emitió un quejido que nadie escuchó. Iba a levantarse del banco para buscar el metro, el único refugio cálido que tenía en aquellos momentos, cuando vio cómo una chica salía de uno de los bares empujada violentamente por un hombre. Ya en la calle, él la agarró del cabello y la



arrastró unos pasos. La joven gritaba de dolor. La gente los miraba, se apartaba de ellos sin decir o hacer nada. Luba se sintió impulsada por un sentimiento de furia, desconocido en ella hasta entonces. Se fue corriendo hacia ellos, cogió uno de los taburetes que había frente a la puerta del bar, se acercó al hombre y lo descargó sobre su espalda, con tal ímpetu que el agresor cayó el suelo.

—¡No se pega a las mujeres! —gritó a aquel cuerpo desplomado.

La joven agredida la miraba asombrada y también todos los demás. Luba también estaba sorprendida de lo que acababa de hacer. Y de nuevo corrió, corrió y corrió para alejarse cuanto antes de allí. En su carrera sin rumbo, abandonó aquella calle y dobló por un estrecho callejón. Inmersa en la angustia de la huida, avanzó deprisa hacia el fondo del pasaje y la inercia la impulsó a subir por una rampa. Tuvo que frenar en seco el recorrido para no darse de bruces con unos voluminosos objetos envueltos en celofán. Sin darse cuenta, se había subido a un camión de reparto de cestas de Navidad. Jamás había visto ninguna y desconocía que lo eran, pero sí sabía que involuntariamente había entrado en una ratonera. Tenía que salir rápidamente de allí. Cuando iba a hacerlo, escuchó unas voces cercanas. Apresuradamente, se coló por un diminuto espacio entre cesta y cesta y se ocultó tras ellas. Dos hombres ascendieron por la rampa con un carro repleto de muchas más y las fueron colocando hasta que el camión se llenó. Anclaron entre las paredes una barra de hierro para sujetarlas e impedir su movimiento y descendieron de nuevo por la rampa. Luba escuchó cómo uno le reprochaba al otro: «¡Me las habéis dado con una hora de retraso, joder!». No hubo contestación, o al menos Luba no la escuchó. La rampa se replegó automáticamente y luego se cerraron las puertas. Se quedó encerrada en la oscuridad. No se movió ni un centímetro cuando el camión arrancó el motor. Estaba aterrorizada. Con cada giro de volante, algunas cestas se le echaban ligeramente encima para luego volver a su posición original. Dedujo que albergaban comida al percibir los intensos aromas de los embutidos que contenían. No iba a caer en la tentación de sustraer alguno y alimentarse. La frenética carrera por las calles ya había fulminado todas las calorías del bocadillo y sentía de nuevo mucho apetito, pero el hambre era en aquellos momentos el menor de sus problemas. Al cabo de un tiempo, que Luba no supo cuánto fue, el vehículo detuvo su marcha, se abrieron las puertas y descendió otra vez la rampa. Oculta tras las cestas del fondo, vio que se encontraba en un gran garaje y que varias personas se

arremolinaban en torno al camión. Se acurrucó todo lo que pudo, mientras escuchaba una voz de mujer.

—Llevamos dos horas esperando y los trabajadores ya se estaban yendo a casa sin sus cestas —le recriminó al conductor.

—Lo siento, pero es que me las han entregado con retraso. ¿Las voy bajando y colocando donde usted me diga?

—No hay tiempo para eso. Que las recojan del mismo camión. Vaya acercándolas a la rampa. ¡Atención todos! Las vamos a entregar por orden alfabético. Os voy a ir nombrando. Empecemos. Toni Álvarez, Eugenio Antón, Maribel Areilza...

Desde su escondite al fondo del camión, Luba escuchaba cada uno de los nombres de la lista, el jolgorio de voces e incluso pudo distinguir algún que otro comentario. «¡Qué pasada, con jamón de Huelva!», escuchó. Hubo risas. Todos parecían felices. Pero a medida que se las llevaban, Luba se iba exponiendo cada vez más a ser descubierta. Ya quedaban pocas y ella permanecía oculta en el fondo, tras las últimas. Ya se imaginaba el estupor de aquellas personas cuando apareciera ella al final de la entrega, con su pelo sucio y su horrible jersey de lentejuelas. El conductor se acercaba a ella y aún no entendía cómo no la había visto ya. ¿Habría allí algo donde pudiera ocultarse? Lo había. Al menos, ella imaginó que podría servirle: una recia manta gris apartada en un rincón del fondo del camión, a su izquierda. Pero ¿de qué le servía? Aunque su cuerpo fuera diminuto, se notaría que alguien se ocultaba bajo ella. Ya quedaban pocas cestas. La iban a descubrir. Dirigió su mirada hacia el rincón de la derecha, por si hubiera algo más contundente donde esconderse. No lo había, pero sí existía allí una zona oscura, un reducto de densa sombra donde no llegaba la luz del exterior. Alargó el brazo, deslizó la manta hacia ella, la pegó a sus piernas y se desplazó hacia la penumbra. Reptó por el suelo, se tumbó de lado, flexionó las piernas hasta que las rodillas rozaron su boca y se cubrió con la manta. Todo en segundos, rápido, con el corazón latiendo con violencia.

La manta solo le proporcionaba la vana ilusión de sentirse camuflada, porque, en realidad, y a pesar de sus esfuerzos, a cualquiera le hubiera llamado la atención aquel bulto de formas irregulares. Lo que realmente la protegía era la oscuridad. Y también la premura del repartidor, que realizaba su tarea de modo tan mecánico y apresurado que no reparó en nada más que en el tiempo, en el retraso de la entrega, en hacer su trabajo lo mejor posible para

que aquella empresa no se quejara de la demora, porque si fuera así le penalizarían, aunque él no tuviera la culpa. Luba escuchó sus pasos tan cercanos que incluso pudo percibir cómo temblaba ligeramente el suelo metálico del camión bajo su cuerpo. Oyó el ruido del celofán, el de las cestas siendo arrastradas y la voz de aquella mujer recitando los últimos nombres: «María del Mar Vázquez y Alfredo Viamonte. Sois los últimos. Hemos terminado. ¡Feliz Navidad a todos!». Hubo un aplauso espontáneo, que le llegó a Luba al mismo tiempo que percibía los pasos del conductor alejándose de ella, descendiendo ya del remolque. Segundos después, las puertas se cerraron. El motor arrancó y Luba lloró. ¿Cuántas veces lo habría hecho ya a lo largo de aquel intenso día? Pero esta vez el motivo era distinto: el llanto había aflorado por la emoción de no haber sido descubierta. ¿A dónde la llevaría ahora? ¿Podría escamotearse con igual suerte en la próxima parada? Inútil anhelar que seguiría teniendo suerte gracias a los descuidos de los demás.

De nuevo en la oscuridad absoluta, sin contrastes de luces y sombras, transcurrieron las horas sin que el camión abriera de nuevo sus puertas. El vehículo se detuvo dos veces, pero por poco tiempo. Dos sobresaltos más para Luba, que viajaba envuelta en la manta, sintiendo cada vez más frío a pesar de estar protegida por ella. Aunque advertía que el vehículo no iba a mucha velocidad, sino inexplicablemente lento, el más mínimo desvío de la línea recta o el ascenso o descenso de pendientes la hacían rodar levemente de un lado a otro o de arriba abajo, impulsada además por aquella manta, que parecía tener patines. Pero acabó por acostumbrarse al bamboleo y, colocando las manos sobre la cabeza para evitar algún golpe que pudiera hierirla, se durmió por agotamiento. Estaba tan cansada que ni siquiera soñó.

La despertó abruptamente una luz intensa, blanca, tan deslumbrante que sintió dolor en los ojos. No entendía aquel resplandor que estalló en la oscuridad, pero sí escuchó los gritos del conductor. La había descubierta. Aunque estaba aturdida, el instinto de supervivencia la impelió a zafarse de sus zarandeos airados, a escabullirse de aquel hombre, saltar del camión y, de nuevo, lanzarse a la carrera, esta vez campo a través. Ahora comprendía aquel fulgor que había cegado sus ojos cuando se abrieron las puertas del camión: era el resplandor de la nieve tras el amanecer de un nuevo día, bajo un cielo nublado de un deslumbrante color blanquecino. Todo era blanco en aquellos paisajes que acababa de estrenar a su pesar. La nieve virgen la cubría hasta las

rodillas cada vez que daba un paso. No sabía dónde pisaba. Si hubiera zanjas, hondonadas o acequias ocultas, no las vería. Eran auténticas trampas. Sentía que caminaba sobre un mar helado que aprisionaba sus pies. Al dar un paso más y clavar las botas en la nieve, notó un atroz dolor en una pierna, tan intenso que perdió el equilibrio, justo sobre un desnivel del terreno. Cayó rodando por la pendiente nevada hasta que un pino la frenó. El miedo había cerrado sus ojos durante la caída. La perplejidad del golpe los abrió. Lo primero que vio fue el rastro en la nieve de su azaroso recorrido hasta estrellarse contra el árbol, un rastro manchado de sangre. Esta vez sí era la suya.

## CAPÍTULO V

A Luba no le inquietaba tanto el rastro de sangre que había dejado sobre la nieve tras el batacazo como aquel dolor en la pierna, tan intenso que le costaba respirar. Había sido como un profundo y largo navajazo que le abrió la piel y la dejó en carne viva. Quizá lo causó una rama oculta bajo el manto helado, quizá un hierro abandonado, pero actuó con la crueldad de un puñal. Tenía un chichón en la frente, nada grave; el impacto contra el árbol podría haber sido peor, pero la bota alta de tacón que cubría una de sus piernas estaba rasgada y, a través de ella, constató una herida honda. Contemplaba con aprensión los entresijos de los músculos subcutáneos, rojos, húmedos y brillantes. Sentía cómo el frío se colaba por ahí dentro. Rellenó con nieve aquella carne rajada pensando que quizá le aliviaría, pero lo hizo también para no verla. ¿Dónde estoy?, se preguntó, angustiada. Su pequeña figura malherida estaba en medio de un solitario bosque de árboles altos, con sus espigados troncos oscuros y sus ramas cobijando la nieve, que pincelaba de blanco sus trazos desnudos. Árboles, muchos árboles que no se sabía dónde terminaban y que en la lejanía semejaban grandes ovillos de lechoso alambre. Le inquietó el silencio, aquel silencio misterioso de la nieve que no se parecía a ningún otro; un silencio extraño que parecía detener el tiempo. Si permanecía allí, sentada bajo el árbol, moriría congelada al anochecer y se la comerían los lobos. Cerró los ojos, apretó los dientes y se alzó a sí misma invirtiendo toda la fuerza que le fue posible. Si hubo dolor, no le hizo caso. Lo primordial era ponerse en pie. Lo consiguió y no sintió en la herida más quemazón que la que había sufrido hasta entonces. Arrastrando la pierna maltrecha para hacerla trabajar lo menos posible, comenzó a caminar a través de aquel bosque helado. Huía por la nieve cuando Águila la capturó. Ahora que había recobrado su libertad, volvía otra vez a aquella insistente blancura, como si la fatalidad que se cebaba con ella se empeñara siempre en el frío y en el hielo.

Anduvo un trecho sin rumbo, sintiendo el crujir de la nieve bajo los pies, el único sonido que rompía el silencio sagrado. Caminaba con dificultad, pero empecinada en avanzar, a pesar de las bajas temperaturas, sin abrigo, con las manos heladas, con la pierna recordándole en cada paso que la lesión iría empeorando. Por qué no rendirse, pensó amargamente cuando, tras una larga caminata, comenzó a descender por una suave colina que entrevió en uno de los flancos del bosque. Sorteando más árboles y tropezando a veces con los arbustos leñosos que se ocultaban bajo la nieve, se sentía derrotada por el cansancio, el esfuerzo y el dolor. «Dicen que la muerte por congelación es dulce. Me dormiré poco a poco y ya no me despertaré», se consoló. Sin embargo, verse a sí misma cadáver y devorada por las alimañas la convenció de que debía proseguir. Aquella colina dibujaba una pendiente ligera, por lo que abordarla no fue el calvario que imaginaba. Atravesó otro pequeño bosque y, tras él, encontró no muy lejos de allí algo ilusionante: un pueblo. No tendría más de treinta casas, todas de piedra de color ocre, con sus tejados nevados y sus chimeneas humeantes. Quizá en alguna de ellas pudiera ocultarse en el garaje o en el granero para entrar en calor y pedir auxilio si la pierna empeoraba, pero únicamente en ese caso, porque le atenazaba la idea de volver a vivir encerrada. Había saboreado la libertad, no iba a dejar que se convirtiera de nuevo en humo y desapareciera en el aire; era *suya*, la sentía corretear por su espíritu, esparciendo por él una estela de promesas.

Se hallaba ya muy cerca de las primeras casas. Sus labios y su mandíbula temblaban descontrolados por el frío. No sentía los dedos de los pies y lo consideró una pésima señal. O pedía socorro o moriría. De repente, apareció ante sus ojos una persona, la primera que veía tras su peripecia entre la nieve. Caminaba bordeando las afueras del pueblo y Luba avanzó perpendicularmente hacia ella, pero a medida que se acercaba en línea recta, la otra se alejaba más hacia la derecha. Aceleró el paso cuanto pudo y se incorporó al estrecho sendero de nieve sucia por donde transitaba aquel ser humano, el único que parecía existir en aquel pueblo perdido. Le pareció que se trataba de una mujer, pues iba cubierta por un largo anorak rojo y un gorro de lana negro coronado por una borla blanca. Consideró que un hombre no se vestiría así. Ella andaba deprisa y Luba, a su espalda, caminaba demasiado lenta. Mientras intentaba alcanzarla, le gritó varias veces: «¡Por favor! ¡Ayúdeme!». Pero parecía no escucharla. La mujer dobló por un camino a su izquierda, ya traspasado el pueblo, y Luba hizo lo mismo unos minutos

después. La vio ascender entre la nieve, de nuevo limpia y virgen, en dirección a una gran casa de piedra con un alto torreón en uno de sus lados. Era tan grande como un castillo, aunque sin almenas ni puente levadizo.

«¡Por favor! ¡Ayúdeme!», insistió. Pero la señora seguía andando, indiferente. Pensó en lanzarle una bola de nieve —¿cómo no se le había ocurrido antes!— y estaba a punto de hacerlo cuando la puerta de la valla de aquel *castillo* se abrió automáticamente hacia un lado, aunque se detuvo antes de culminar su recorrido. La mujer entró por un resquicio y el portón comenzó a cerrarse de nuevo. En pocos segundos quedaría sellado. No podía perder aquella oportunidad, ya no tenía fuerzas, pero un último impulso le permitió colarse a través de apenas cincuenta centímetros y pasar al otro lado del fortín. El instinto la hizo esconderse tras uno de los abetos que recorrían la valla. Se abrazó a su tronco para no desfallecer y observó cómo aquella mujer abría la puerta, también automática, de lo que parecía un garaje junto a la casa. Esperó oculta tras el árbol y vio cómo se adentraba en él tras cruzar un gran jardín nevado. Ni siquiera se volvió antes de entrar. Aquella indiferencia animó a Luba a acercarse hasta allí, aunque aquello era una propiedad privada y acababa de convertirse en una intrusa. Caminó sigilosamente hacia el garaje y, tras comprobar que la mujer ya no se encontraba allí, entró y se acurrucó en un rincón, junto a una estantería metálica repleta de cachivaches. Buscó algo que le sirviera de abrigo y su mirada se fijó en un recio impermeable amarillo sobre una caja de cartón. Con la tiritona propagándose por todo el cuerpo, se cubrió con aquel chubasquero. Sus prendas estaban mojadas e incrementaban aún más la sensación de frío. Friccionó entre sí las manos para calentarlas y, cuando comenzó a notar la piel tibia, se descalzó con cuidado las botas, lo que añadió dolor a su pierna herida; se quitó también los calcetines, empapados de nieve, y se masajeó los pies durante un largo rato. Poco a poco iba entrando en calor, pero no era el suficiente. «¿Cuánto tardaré en descongelarme?», pensó, sintiéndose un trozo de carne helada.

Había una puerta que supuso que conduciría a la vivienda. Ya se había fijado en ella cuando entró, pero no se atrevió a franquearla. Ahora se lo replanteó de nuevo, porque le dolía el frío. Se acercó a ella, la abrió ligeramente y recibió una agradable oleada de calor, al tiempo que escuchaba el sonido de una aspiradora. Aquella mujer podría no ser la *señora del castillo*. Sería absurdo que, con ese formidable caserón, dedicara su tiempo a las labores domésticas. Debía de ser la asistente de la casa, una asistente

sorda, por lo visto. Abandonó el garaje y, con prudencia, atravesó un estrecho pasillo que la condujo a un gran salón con chimenea, vistosos sofás y sillones tapizados con telas de flores, una gran mesa con sillas y unas bonitas alfombras sobre un reluciente suelo de parqué. Todo aquello le resultó precioso, y aún más porque los grandes ventanales mostraban el paisaje nevado y se convertían en cuadros que dotaban de mayor belleza a la estancia. Descalza, con las botas y los calcetines en la mano, abrigada con el chubasquero amarillo y todavía tiritando de frío, se ocultó detrás de una robusta columna de madera tallada, cercana al pasillo que acababa de recorrer y tan ancha que allí hubieran cabido dos niñas como ella. Desde allí miró con atención a la mujer. Ya no llevaba encima el anorak rojo, sino una cómoda sudadera azul y unos pantalones negros. Joven y corpulenta, de cabellos muy cortos y oscuros, su cara era grande y cuadrada. Pasaba distraída la aspiradora por las alfombras, bailoteaba de vez en cuando, canturreaba melodías de forma inconexa, con palabras y lalalás entremezclados. Entonces la niña se fijó en esos dos finos cables que colgaban de sus oídos. Eran unos auriculares, los mismos que llevaba Olga, la *madame* del burdel de donde había escapado el día anterior, para escuchar música cuando aún no habían llegado los clientes. Ahora lo entendía todo; ese era el motivo por el que no la oyó pedir auxilio. Ahora tenía la oportunidad de hacerlo, pero el confort térmico de aquel gran salón la iba envolviendo poco a poco, notaba la entrada de calor en su cuerpo de un modo tan gratificante que desistió. Presentarse ante ella le crearía problemas: primero se asustaría, luego le haría preguntas, finalmente llamaría a la policía. Decidió aplazar aquel momento hasta examinar su pierna. La sentía inflamada y necesitaba encontrar algún botiquín, y también agua y comida. Parecía no haber más personas en la casa, de lo contrario ya hubieran aparecido por allí, así que decidió aventurarse y abandonar la columna tras la que se había escondido.

En aquel gran salón había tantas alfombras que la asistenta estaría un buen rato entretenida pasando la aspiradora y escuchando música. Confiada en que no la oiría deambular por la casa, siempre que evitara situarse en su punto de mira, aprovechó cuando trajinaba de espaldas a ella para cruzar el salón de puntillas y desaparecer por la primera puerta que encontró, que conducía a la cocina, también enorme; en aquel lugar todo era muy grande. Seguía escuchando la aspiradora, le daba tiempo a abrir la nevera y ver qué encontraba. El frigorífico, de un brillante color plateado, estaba repleto de



envases, botellas y alimentos, pero Luba eligió lo que le parecía más urgente. Una frasca de cristal llena de agua. Bebió con avidez varios sorbos. Cuatro mandarinas. Las introdujo en el interior de su pantalón. ¿Qué más podía hurtar sin que se notara? Dejó de escuchar la aspiradora. Se acabó: las alfombras ya estaban limpias. Tenía que salir de allí rápidamente. Lo hizo y, sin demasiadas alternativas, vio frente a la cocina unas estrechas escaleras, encajadas entre dos paredes, que descendían hacia no sabía dónde. Bajó los peldaños con sigilo y, al final de ellos, había otra puerta. Detuvo el movimiento de abrirla: antes debía saber dónde se encontraba la asistenta. Ahora escuchaba sonidos tintineantes en la cocina; le pareció que trajinaba con objetos de cristal. Si hubiera permanecido allí unos segundos más, la habría descubierto. La mujer seguía entretenida con lo suyo, así que se avino a descubrir a dónde conducían aquellas escaleras: era el sótano de la casa, amplio, cálido a pesar de estar por debajo del suelo, umbrío, pues tan solo le llegaba la luz de un ventanuco en lo alto de la pared, casi pegado al techo. A pesar de la escasa iluminación, pudo observar con claridad qué había a su alrededor. Lo primero que llamó su atención fue un fregadero. «¡Tengo agua!», exclamó, feliz. La pila era estrecha, de loza amarillenta y vieja. En el fondo, sobre una fina capa de polvo, yacían abandonadas unas grandes tijeras de podar y dos martillos, también polvorientos. El grifo, que un día debió de ser dorado, lucía un feo color marrón oxidado. ¿Estaría inservible?, temió. Lo accionó y manó un hilillo de agua fresca y transparente. Ya no moriría de sed durante aquel encierro forzoso. Un encierro más. Su corta vida se resumía en pocas líneas, encarcelada siempre de casa en casa, a cuál peor. Al menos, en aquel sótano nadie la vigilaba, nadie la violaba, nadie la golpeaba. Pero no dejaba de ser una prisión, pues no podía abandonarla sin ser descubierta. A aquello no se le podía llamar libertad. Quizá su destino fuera no alcanzarla jamás, le dijo una sombra que se coló en su mente.

Compensó su angustia vital con la sensación placentera que experimentó al beber agua bajo el grifo y refrescarse la cara. Le sentó bien. Además, la tiritona ya casi había desaparecido y empezaba a percibir, ahora sí, que el calor circulaba por su cuerpo. Continuó examinando la estancia: una estantería con numerosas botellas de vino, sillas de jardín apiladas en un rincón junto a una sombrilla y un par de hamacas plegadas, dos armarios metálicos, altos y estrechos, y tuberías, gruesas tuberías que recorrían las paredes y desaparecían por el techo en uno de sus extremos; por el otro, todas confluían

en un gran contenedor sellado que, supuso, sería la caldera de la calefacción. Hacía calor allá abajo y se estaba bien, muy bien. Abrió uno de los armarios con tiento y encontró varias mantas cuidadosamente dobladas. No eran las que se utilizaban en las camas, pues su textura era recia, pesada, y además eran feas, de un sucio color gris, pero le servirían de abrigo cuando cayera la noche. Estaba retrasando examinar su pierna dolorida. Aguzó el oído y de la cercana cocina le llegaron los canturreos de la asistenta, mezclados con los ruidos del manejo de cacharros, que le hacían de orquesta. En aquel momento tenía una nueva oportunidad para solicitarle ayuda, quizá la última, porque imaginó que finalizaría pronto sus tareas. Sin embargo, algo le impedía pedir auxilio, algo más fuerte que ella, un sinsentido, porque a dónde iría si no demandaba amparo, qué destino le aguardaba en un pueblo cubierto de nieve, tan recóndito y pequeño que incluso ni aparecería en los mapas.

Ahora llegaron de arriba otros sonidos diferentes. La asistenta estaba cerrando puertas y bajando persianas, o eso le pareció. Oía el crujir de la madera en cada una de sus pisadas. Luego, el silencio. Después, cuatro pitidos agudos, tres cortos, uno más largo, los mismos que escuchaba cada amanecer en la mansión, cuando todos los clientes ya la habían abandonado. Aquello era una alarma. Imposible ya moverse con libertad por la casa. Tras unos minutos de tensa espera, escuchó el ruido mecánico de la puerta del garaje. La asistenta había abandonado la casa. Se dirigió a la ventana del sótano y se aupó a ella con ansiedad. La vio caminar sobre la nieve; imaginó que seguía sorda para el mundo, disfrutando de la música. ¿Tan bonito era el sonido que le llegaba a los oídos que no podía dejar de escucharlo ni un segundo? La puerta del jardín se abrió, no del todo, al igual que antes, y desapareció tras ella. Segundos después, se cerraba irremisiblemente. Se había quedado sola y encerrada en aquel *castillo*, sin posibilidad de abandonar el sótano porque saltaría la alarma, sin posibilidad de salir de la fortaleza. Había desperdiciado la última oportunidad para ser salvada.

Se quitó el chubasquero y colocó las botas, los calcetines, el jersey y los pantalones junto a las tuberías de calefacción, para que se secaran al calor que desprendían. Cogió una de las mantas grises y envolvió en ella su cuerpo semidesnudo, desplegó una de las hamacas y se sentó. Era el momento de la pierna. Debía enfrentarse a ella. La piel estaba roja y turgente. La herida se le mostraba como una inquietante amalgama de sangre y carne en forma de surco, cuyo fondo era oscuro, mejor no saber hasta dónde llegaba. Debía buscar algo

con qué limpiarla y cubrirla y se levantó de la tumbona. Abrió otro de los armarios y dentro aparecieron un par de flotadores y toallas de playa. La casa debía de tener una piscina en algún lugar, todas las mansiones tenían una. ¿Quién viviría allí realmente? ¿Por qué la asistenta hizo la limpieza y encendió la calefacción si allí no había nadie? ¿Por qué el frigorífico estaba repleto de alimentos?, se preguntó. «Eso significa que alguien va a venir, y esta vez sí pediré ayuda», se prometió. Revolvió en los estantes y halló una linterna en un rincón. Funcionaba. Estupendo, le serviría para cuando anocheciera, pues no le convenía encender la luz, que se limitaba a una única bombilla colgada del techo. En el estante superior halló unas toallas limpias, para su sorpresa. Estaban envueltas en papel de celofán transparente, con un lazo en una esquina y una tarjeta adherida con celo en la que alguien había escrito a mano unas líneas. Las iluminó con la linterna y, con extrema lentitud, recorriendo con el dedo cada una de las letras, descifró el mensaje: «Elsa, soy una fan tuya y sigo tu serie en televisión. Soy bordadora y vivo en Valladolid. Espero que le gusten estas toallitas con sus iniciales. Felicidades por tus éxitos. Alicia». Invertió quince minutos en descifrar el texto.

«Serie» y «televisión», había leído. ¿Sería una actriz la dueña de aquella mansión? Si aparecía alguien por allí, lo único que le importaba es que fuera una buena persona y la ayudara, pero el feo detalle de abandonar un regalo en el sótano, sin siquiera abrirlo, le generó desconfianza. Cogió aquellas toallas —blancas, esponjosas, suaves— con las iniciales «ED» bordadas, preguntándose por qué esa tal Elsa las habría arrinconado, por qué ese desprecio. Humedeció con agua una de ellas para limpiar la herida, aunque no se atrevió a rozar el surco sanguinolento y su tenebroso fondo, pero al menos sintió que el dolor disminuía al recibir frescor. «Si por aquí hubiera alcohol, podría también desinfectarla», se dijo. Recordó que en aquel sótano había botellas de vino, muchas, y encontró entre ellas cuatro frascas de licor. Cada una mostraba una etiqueta con una palabra escrita a mano: «Moras», «Cerezas», «Limoncello», «Orujo», leyó no sin dificultad. Escogió la de orujo, porque algunos de los hombres que abusaban de ella lo bebían en chupitos y su aliento apestaba muchísimo a alcohol. Destapó la frasca, aspiró su olor e, instintivamente, echó la cabeza hacia atrás. «¡Es fuerte!», exclamó. Bebió un largo trago que le incendió la garganta. «Sí, este será perfecto», decidió. Se sentó en la hamaca playera, extendió la pierna y, sin pensárselo demasiado, vertió sobre la herida el destilado. No pudo evitar el grito al sentir

el fuego en la carne abierta y el dolor eléctrico en la boca del estómago. Se le cortó la respiración durante unos instantes. Encogida sobre sí misma, depositó la frasca de orujo en el suelo con la mano trémula y se desmayó. Recuperó la consciencia unos minutos después, pero cerró los ojos y se durmió, extenuada.

Despertó cerca de la una de la tarde, aunque Luba no lo sabía, pues no llevaba reloj. Nunca tuvo uno. Aún sin recuperarse de la violencia del orujo sobre la pierna, miró la herida y le pareció que la carne había adquirido un color rosáceo, como si estuviera recién hervida. ¿Eso era bueno o malo?, se preguntó. Empleó un tiempo en cubrirla con dos de las toallas y sujetarlas con el lazo, desliado, que adornaba el celofán que las envolvía. Se tumbó de nuevo en la hamaca y se comió media mandarina. Debía dosificar el poco alimento que tenía. El jugo del cítrico que estallaba en su boca cuando aplastaba cada gajo le resultó tanto o más placentero que el gran sorbo de agua fría que había bebido del grifo. Ciñó la manta a su cuerpo, entrecerró los ojos y dejó que su imaginación la trasladara a otro lugar. Al mar, siempre la llevaba al mar cuando, en el prostíbulo, se evadía del suplicio viajando allí con su mente. Sentada sobre la arena, en medio de una playa vacía, contemplaba ahora cómo las dos únicas bañistas, dos niñas, jugueteaban con las olas en la orilla, dejando que la espuma furiosa se estrellara contra sus cuerpos. Una de ellas se estaba adentrando demasiado en el mar y eso la estaba angustiando. Se fue de allí, abriendo de nuevo su mente a la realidad, pero regresó enseguida a aquel escenario imaginario: «No puedo dejarlas así, en una situación tan peligrosa», pensó, inquieta.

—¿No ves que te puedes ahogar? —le gritó a la imprudente chiquilla mientras la sujetaba por un brazo, la arrastraba hacia la orilla y combatía la embestida de las olas intentando mantener el equilibrio; mientras, la otra niña, más cauta, salió enseguida del agua y se puso a salvo.

—¡Pero si no me cubre! —exclamó la rescatada a su salvadora.

—Eso es lo que decís todos los niños antes de ahogaros. ¡Vamos, ven conmigo! —le ordenó Luba.

Al fin logró dejarla en la orilla, donde se reunió con su compañera. Indiferentes hacia aquel mar que había intentado tragárselas, le dieron la espalda, se arrodillaron sobre la arena y comenzaron a cavar con las manos.

—¿Quieres hacer un pozo con nosotras? —le preguntó una.

—No me gustan los pozos —replicó Luba.

—¿Por qué? —preguntó la otra.

—En el fondo puede haber monstruos. —A las niñas se les ensombreció la mirada—. Si continuáis cavando, puede que un tiburón asome sus fauces y os arranque el brazo de un mordisco. Tienen miles de dientes, ¿lo sabíais? No imagináis cuánta oscuridad cruel acecha bajo la belleza del mar —les advirtió.

Las niñas dejaron de excavar, impresionadas por tan truculenta revelación, y, asustadas, echaron a correr por la playa, alejándose hasta que sus figuras, como dos pequeños fantasmas, se diluyeron entre la calima. Satisfecha por haberlas salvado del mar y de sus monstruos, Luba retornó a la realidad, donde la penumbra del sótano sustituyó abruptamente al fulgente cielo azul de aquella playa inventada. Escuchó entonces el ruido del motor de un coche. Debía de estar muy cerca de la casa, pues su sonido traspasó el ventanuco del sótano. Se levantó de la hamaca todo lo rápido que le permitió su pierna malherida y se acercó hasta allí envuelta en la manta. Se aupó y pegó el rostro al cristal: acababa de adentrarse un vehículo en el jardín y la puerta automática comenzó a cerrarse tras él. Habían llegado los dueños, supuso; o la dueña, se dijo, pensando en la actriz. El coche, un todoterreno azul turquesa, se dirigió directamente al garaje. Pocos minutos después, Luba escuchó cómo alguien desconectaba la alarma. Oyó voces en el salón. Palpó las prendas que había dejado junto a la caldera y comprobó que estaban casi secas. Se vistió con el jersey de lentejuelas, los vaqueros y los calcetines y no solo se arriesgó a traspasar la puerta del sótano, sino que, más imprudente todavía, subió los peldaños de la escalera, agachada para no ser vista, hasta aproximarse al pequeño rellano que los precedía y visualizar desde allí el salón. No lo veía en su totalidad, pero sí la zona de los dos grandes sofás de flores, donde en ese momento estaban sentándose dos mujeres, una en cada uno, ambas de pelo oscuro, una bastante más alta que la otra. Mientras no se movieran de allí, podía escuchar su conversación sin temor a ser descubierta.

—Elsa, cálmate o esto va a ser más difícil todavía —escuchó Luba decir a la mujer más alta, cuyo rostro no pudo ver porque estaba sentada de espaldas a ella; solo veía su cabello sobresaliendo por el respaldo del sofá. Hablaba en un tono elevado, aunque sin llegar a gritar. Su voz le sonó grave, ronca.

—¿Cómo me voy a calmar después de lo que ha ocurrido, Muriel? —Ahora Luba ya sabía el nombre de las dos—. Todo el viaje insistiendo en que me tranquilice y, cuanto más insistes, más nerviosa estoy. Soy actriz, soy un ser miedoso, vulnerable, frágil. Estoy bloqueada. ¿No te das cuenta?

Elsa era, pues, la actriz de televisión, la destinataria de aquel regalo de una admiradora, confinado en el sótano sin ser abierto. La observó en la distancia y le pareció guapa, con su melena corta cayéndole sobre los hombros, una nariz respingona y unos ojos pequeños y risueños. Su voz era fina, atiplada y cristalina.

—Esto también es demasiado para mí —comentó Muriel—. Necesito algo fuerte. ¿Queda algo del tequila de este verano?

—Ahora no, por favor. Estoy al límite. Quiero acabar cuanto antes con esta pesadilla. Vayamos al garaje a limpiar bien el maletero con lejía. No puede quedar ni el más mínimo rastro del cadáver.

A Luba se le desvanecieron las esperanzas de pedirles auxilio. Esas dos mujeres hablaban de un muerto y de un maletero. Podían ser unas asesinas, estaba claro que lo eran, si no, ¿por qué querían borrar el rastro de un cadáver? «Si me descubren, me matarán a mí también», temió mientras ya pensaba en huir de aquel maldito *castillo* al amanecer. Escapar a través de la nieve era una opción casi suicida, pero más lo era permanecer junto a aquellas dos criminales. ¿Toda su existencia iba a ser así, transitando de una fatalidad a otra sin ningún respiro, sin ningún momento de dicha que le aportara algo de sentido a su vida?

—Igual nos sienta bien ese tequila, tienes razón, así soltamos lastre. Voy a por hielo y a por dos vasos —decidió Elsa.

Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina, frente a las escaleras donde se ocultaba Luba. Rápidamente, agachó la cabeza y encogió el cuerpo. El corazón se le desbocaba y tuvo la sensación irreal de que su pierna aullaba de dolor. Escuchó a Elsa en la cocina verter lo que supuso era el tequila y después el sonido del hielo al introducirlo en los vasos. Regresó al salón, sin imaginar lo cerca que tenía a la intrusa, y se aposentó de nuevo en el sofá.

—No voy a poder con esto, Muriel. No sabemos ni quién es —le manifestó con la voz quebrada—, solo recuerdo que se llamaba Alejandro y que era abogado. Cuando lo encuentren, qué desastre... —Escondió el rostro entre las manos.

—Yo estoy tan preocupada como tú y no me haces ningún favor poniéndote tan intensa. Ya sabemos lo que hay, de nada sirve castigarnos más. Apuremos el tequila y solucionemos lo del maletero.

Luba estaba asombrada de todo lo que acababa de escuchar. Iban a limpiar con lejía el coche donde se suponía que habían trasladado un cadáver del que

apenas sabían nada. ¿Dónde lo habían dejado? ¿Y cómo había muerto? Quizá les había atacado y lo habían matado para defenderse. En tal caso, ¿por qué no habían llamado a la policía? En su corta vida había conocido a gente tan abyecta que ya debería estar acostumbrada a la vileza de la condición humana, pero algún lugar de su alma limpia se resistía a calificar a todas las personas como seres infames, violentos y sin misericordia. «A lo peor, solo los animales merecen ser amados», le sugirió su mente.

Durante las cavilaciones de Luba, las dos mujeres ya se habían ido al garaje utilizando la puerta del salón. Las oía hablar entre ellas a lo lejos, pero no entendía qué decían. Necesitaba conocer, comprender, acumular información para saber a qué atenerse, aunque ya había decidido que se iría al día siguiente. Aprovecharía la noche, cuando durmieran, para hacerse con un abrigo y llevarse comida y bebida, porque, de lo contrario, no sobreviviría en la nieve. Aguardó un tiempo eterno en las escaleras del sótano. Le dolían los huesos, todo el cuerpo, la pierna malherida. Muy atenta siempre a los sonidos de la casa, escuchó pasos en el salón. La actriz y su amiga estaban allí de nuevo. Se sentaron en los sofás, una frente a la otra, como la primera vez.

—Santa María del Espíritu Santo... —suspiró Muriel, al tiempo que se santiguaba—, me huele toda la ropa a lejía. Estoy incluso mareada.

—A mí también me daban vahídos de vez en cuando, pero ya lo hemos hecho, ya está todo limpio. ¿Tú crees que las monjas lo habrán descubierto ya?

—No lo sé, Elsa. La verdad es que no sé nada.

—Cuánto lamento haberte metido en esto. Estaba desesperada. Si hubiera podido hacerlo sola, te juro que lo habría hecho.

—No te preocupes ahora por eso. ¿Cuándo has encendido la calefacción?  
—le preguntó Muriel.

—No lo he hecho, pero es verdad, la casa está caldeada. Se la habrá dejado encendida Mariví. A saber cuándo fue la última vez que vino a limpiar y la factura de electricidad que me habrá dejado. Y ahora que lo pienso, ¿por qué la nevera está llena si ella no sabía que íbamos a venir? No entiendo nada. Esta tarde la llamaré para que sepa que estamos aquí, ahora no me apetece hablar con nadie. A un mes del estreno de *Casa de muñecas*, ya tan cerca de ganarme el prestigio de hacer teatro, tan saturada como estoy de la serie, y me ocurre todo esto. No sé si saldré limpia. —A Elsa se le volvió a romper la voz.

—¿Limpia? ¿A qué te refieres?

—Sí, limpia, sin que me detenga la Policía y arruine mi carrera.

—Eso no va a suceder.

—¿Y por qué no? Encontrarán el cadáver y yo seré la famosa actriz que...

—¿Te importa no hablar más del tema? —la interrumpió Muriel.

Una se santiguaba y la otra lloraba. No le pareció a Luba la actitud de dos asesinas. Las notaba apesadumbradas, pero habían limpiado con lejía el maletero de un coche para eliminar el rastro de un cadáver.

—Necesito dar un paseo por aquí cerca, que me dé un poco el aire, no me importa el frío. ¿Te vienes? —propuso Elsa—. Nos irá bien despejarnos un poco. Damos la vuelta a la casa, por el bosque que hay detrás, volvemos y comemos algún plato congelado.

—¿Por qué no nos vamos a la taberna del pueblo y picamos algo? —sugirió Muriel—. Seguro que nos preparan algo mejor que la comida congelada.

—No me apetece ver a gente, no quiero hablar con nadie. En los pueblos no tienen otra cosa que hacer que cotillear. ¿Te vienes o no a dar ese paseo?

«Sí, Muriel, acepta, por favor», susurró Luba. Era quizá la única oportunidad que tendría para salir de su escondite y hacerse con todo lo imprescindible para huir. Solo necesitaba que no conectaran la alarma al salir, que por una vez la vida se posicionara a su favor.

—De acuerdo, Elsa, pero solo por los alrededores de la casa, no me gusta caminar por la nieve. Soy muy friolera, ya lo sabes. Hubiera preferido echarme una siesta, que el tequila me ha amodorrado.

—¿Ves? Pues mayor razón para pasear. Te compensaré haciéndote algo bueno para comer cuando volvamos.

Se levantaron del sofá y se entretuvieron en el recibidor poniéndose los abrigos. Aunque Luba no las veía desde las escaleras, oyó la voz áspera de Muriel quejándose ante su amiga de que, con las prisas al salir de Madrid, se había traído un chaquetón demasiado ligero para el frío que hacía allí. Abrieron la puerta para salir.

—¿Pero aún te estás abrochando el abrigo? —escuchó decir a Elsa.

—Yo todo lo hago con mis tiempos, no con los tuyos. Sal tú y ya te alcanzaré.

Luba dejó de oír sus voces, pero no oyó que se cerrase la puerta. Supuso que Muriel se estaba tomando su tiempo en abrigarse, como le había reprochado su amiga.

—¡Elsa! —la oyó de repente alzar la voz—. ¡Te has ido sin conectar la



alarma!

—¡No importa, volveremos enseguida! —escuchó la voz lejana de la actriz. Muriel salió y cerró la puerta. Luba suspiró aliviada.

No tenía demasiado tiempo, así que se puso en pie, olvidó el dolor de la pierna y entró enseguida en la cocina. Abrió el frigorífico; estaba tan surtido que le sería fácil sustraer algunas cosas sin que las echaran en falta. Eligió un trozo de queso y otro de salchichón, dos plátanos, dos botellas pequeñas de agua, dos yogures y dos latas de Coca-Cola. Encontró bolsas de plástico en uno de los cajones, introdujo en una de ellas su botín alimenticio y lo guardó en el sótano. Arrastrando la pierna, caminando todo lo deprisa que podía, subió de nuevo y buscó un cuarto de baño, no solo para orinar, pues sentía la vejiga llena, sino también para conseguir unas vendas y algún desinfectante para la herida. En el de la planta baja, junto al salón, descargó la vejiga, pero no encontró nada que le sirviera para la lesión. Decidió intentarlo, a contrarreloj, en la planta superior. Ascendió con dificultad por una escalinata de madera brillante, suntuosa, con barandilla de forja, nada que ver con los estrechos y humildes peldaños que conducían al sótano. Ya en lo alto de la escalera, se encontró con un espacioso rellano, tan amplio que parecía otro salón, con una estantería llena de libros y cuadernos, todos bien ordenados e impolutos, y dos sofás granates con lunares blancos, dispuestos en torno a una amplia mesa baja de un brillante color negro lacado. La estancia se abría por uno de sus extremos a un pasillo. Se adentró en él, abrió la primera puerta de las muchas que había —más que una casa, parecía un hotel— y entró en un dormitorio, con una gran cama con dosel del que pendía una liviana y transparente tela blanca. No se detuvo en más detalles. Tenía que encontrar el baño. Descubrió que había uno en la misma habitación. Entró, rebuscó en armarios y cajones y, sorprendentemente, halló lo que buscaba: una caja de plástico rígido y, dentro de ella, no podía creérselo, vendas, tiritas, unas tijeras pequeñas y dos diminutos envases de color naranja, iguales a los que utilizaba Olga cuando curaba con desprecio las pequeñas heridas que Luba se autoinfligía en brazos y muslos para librarse de los abusos de los hombres. Solo lograba retrasar un día como máximo las humillaciones de los clientes y, además, la *señora*, como las obligaba a llamarla, le propinaba como castigo varios tortazos en la cabeza. Tenía ganas de llorar al recordarlo, pero no podía entretenerse. Metió en la bolsa de plástico que se había llevado consigo algunas gasas, un par de vendas y uno de los dos envases de mercromina.

Antes de irse, se miró en el espejo. Le avergonzó el desaliño de sus cabellos rubios, una mata de pelo pegajosa y sucia. Agarró las tijeras con una mano y, con la otra, sujetó la melena y la cortó de cuajo, con un solo movimiento. Volvía a ser Luba, no Alexia, el nombre que le habían asignado cuando la convirtieron en puta. De nuevo con el pelo corto, como siempre lo había tenido, sintió que, al recuperar su imagen, también recuperaba su dignidad. Se guardó los restos de cabello en los bolsillos de los vaqueros y, con pasos furtivos, bajó las escaleras en dirección al sótano. ¿Y si huía en aquel mismo momento? Ya tenía todo lo necesario para sobrevivir durante la escapada y el día aún conservaba su luz. Cruzando el salón, oyó que la puerta se abría. Unos segundos más y aquellas asesinas la hubieran descubierto, pensó, porque cuando entraron Luba ya había logrado alcanzar las escaleras del sótano. Ya no podría escapar hasta el día siguiente. Otra posibilidad de salvarse que se había diluido.

Permaneció escondida en el sótano largas horas, hasta que anocheció. Comió un trozo de queso y un par de gajos de mandarina y retrasó la cura de la pierna: cuando iba a hacerlo, vio su mal aspecto, se asustó y la cubrió de nuevo. Le inquietaba verla, le tenía miedo, como si la herida fuera una prolongación de la angustiada situación en la que se encontraba. Le vencía el sueño e intentó no dormirse, para permanecer alerta a los movimientos de la casa, para esconderse aún más si aquellas mujeres bajaban al sótano. Pero, finalmente, se durmió. Soñó que dos hombres con máscaras la ataban a una cama y estaban a punto de apuñalarla. Se despertó aterrorizada y, durante los primeros segundos, no recordaba dónde estaba, a su alrededor todo le parecía extraño, hasta que su memoria la ubicó en aquel sótano, que ahora estaba a oscuras; solo la tenue luz de las farolas del jardín que se colaba por la ventana iluminaba exiguamente los muebles y objetos, reducidos ahora a meras sombras. Encendió la linterna, aguzó el oído y todo era silencio. ¿Habrían vuelto a salir? Abandonó el sótano con sigilo y se situó de nuevo en el tramo final de las escaleras, aquel improvisado palco desde donde asistía como una espectadora fantasma a lo que acontecía en la casa. No vio a ninguna de las dos mujeres en el salón. Al cabo de unos minutos de impaciente espera, apareció Elsa en uno de los sofás. Luba dedujo que estaba recostada y se había incorporado súbitamente.

—¡Dios mío, Muriel! —exclamó la actriz.

—¿Qué? ¿Qué ¿Qué? —preguntó sobresaltada, sentándose en el sofá—.

¿Qué ocurre?

—Mañana es Nochebuena. Se me había olvidado por completo. No hemos faltado ni un solo año a casa de Marita y Pedro. ¿Qué vamos a hacer?

—Nos inventamos algo y ya está. Ahora es el menor de nuestros problemas. Déjame dormir un poco más. Estoy muy cansada.

—Tenemos que decidir qué hacer, Muriel. Ve tú y les dices que estoy con una terrible migraña.

—Esa excusa no es muy original. No, nos vamos las dos a Madrid mañana y asunto solucionado.

—¿Y volver a mi casa, el escenario donde ha ocurrido todo? No estoy preparada todavía.

—No te voy a dejar sola, Elsa. Es la primera vez que vienes aquí en invierno. Se te puede caer la casa encima.

—¿Por la nieve?

—Pero ¿qué dices? No es por la nieve, es por ti, cariño, por tu estado emocional, porque no sabes manejar tus emociones a pesar de que eres actriz, porque las controlas delante de las cámaras y luego, cuando se apagan los focos, dejas que se desparramen. Está decidido, me quedo. Recuerda las veces que tú has cuidado de mí. Ahora lo voy a hacer yo.

—No podemos faltar las dos. Pensarán que nos ocurre algo y se mosquearán. El hombre muerto no llevaba documentación encima cuando registré su ropa, no sé, quizá perdió la cartera por la calle, iba pasado de copas, como yo, no sabemos quién narices es. Me dijo que era abogado, pero vete tú a saber. Aquí estoy lejos de donde ocurrió todo, a salvo, y debo estar pendiente de los periódicos por si lo han encontrado. Esto es más grave de lo que imaginas. Además, no quiero involucrarte más y necesito que aparentes normalidad ante los demás. Ve a la cena de Nochebuena, luego regresas y me cuentas. Hazme ese favor.

Luba ya no soportaba más oírlas mencionar al hombre muerto y se retiró de aquel escenario tan desasosegante. Regresó al sótano y lloró en medio de la oscuridad, con la única luz de la linterna. No podía escapar, no podía quedarse. Quizá a la mañana siguiente se levantara con mayor valentía para afrontar sus dilemas. Acercó la hamaca al rincón más oscuro para permanecer oculta si alguna de las mujeres bajaba hasta allí, se colocó un flotador de piscina como almohada y se cubrió con la manta. No tenía hambre, únicamente sueño. Retrasó de nuevo la cura de la pierna hasta el día siguiente. No tenía

ganas de hacer nada, no solo por el desánimo, sino porque sentía malestar en todo el cuerpo. Se palpó la frente. Quizá tuviera fiebre. Lo mejor que podía hacer era dormir. Si al menos alguien la estuviera buscando, pero ¿quién? No tenía familia, no tenía a nadie. «Si intentas escaparte otra vez, acabarás con una bala en la frente en el fondo de un pantano. ¿Has oído alguna vez “Se busca a una puta desaparecida”? No, ¿verdad? Pues eso es lo que vale tu vida. Nada», le advirtió la maléfica Olga tras un intento desesperado de fuga. Ahora ansiaba huir de aquel *castillo*, quería una nueva vida, darse otra oportunidad, quería ser alguien y dejar de ser nadie, quería... Pensando en sus deseos, se durmió.

—No me voy ni a desvestir —afirmó Elsa mientras arrastraba sus cansados pies por la escalinata—. Me tumbaré en la cama tal cual estoy. ¿Qué hora es?

—Cerca de las diez de la noche, pero yo estoy tan cansada como si fueran las tres de la mañana. Me daría una ducha bien caliente antes de acostarme, porque aún sigo oliéndome a lejía, pero me da pereza —comentó Muriel, también agotada.

Llegaron al salón de la planta alta y, sin siquiera darse las buenas noches, cada una se fue a su dormitorio. Cuando Muriel ya se había acostado, Elsa se asomó por la puerta de la habitación.

—¿Puedo entrar?

—¿Qué ocurre? —musitó.

—¿Me dejas dormir contigo?

—¿Te pasa algo? —Abrió los ojos y, en efecto, allí estaba su amiga, descalza, con los vaqueros y el jersey negro de cuello de pico. Muriel ya había entrado con placer en un profundo sueño y ella acababa de rompérselo.

—No quiero estar sola pensando en el muerto.

—¿Ves? ¿Cómo me voy a ir a Madrid y dejarte aquí comiéndote el coco?

—Mañana lo veré de otra forma. ¿Me dejas dormir contigo o no?

—Vale, te hago sitio.

Elsa se acostó al lado de Muriel y se abrazó a su espalda.

—Llevo todo el día intentando pedirte perdón por una cosa que te dije ayer noche en Madrid, cuando viniste a ayudarme con el cadáver.

—Elsa, ahora quiero dormir...

—¿No lo recuerdas? Yo no podía con el muerto, estaba histérica y te grité sin querer: «¡Muriel, haz un poco más de fuerza, por favor, que se note que una vez fuiste un hombre!»). Lo lamento muchísimo. Estoy avergonzada.

—No lo recuerdo, y en todo caso, no tiene importancia. Duérmete, vamos.

Pero Muriel sí lo recordaba. Le habían dolido esas palabras, aunque más exacto sería decir que le extrañaron, porque ya casi nunca pensaban las dos en ello. El *hombre* al que se había referido Elsa hacía años que no existía. Se sentía tan orgullosa de ser plenamente una mujer que sonrió antes de dormirse de nuevo. Sin embargo, a los pocos minutos se despertó sobresaltada. Su mente le expuso la imagen del cadáver, las dos arrastrándolo por el salón de Elsa, por el pasillo, por las escaleras del garaje, subiéndolo al maletero del coche. Cuánto se había arriesgado ayudándola. Si las descubrían, la prensa y las televisiones hurgarían en su pasado y titularían: «La cómplice es un transexual». La noche y su oscuridad acrecentaban en Muriel toda suerte de pensamientos negativos, acudían como un torrente de malos presagios, cada uno peor que el anterior. «Se relaciona a la actriz Elsa Davín y a un transexual con la muerte de un abogado», leía en periódicos imaginarios que transitaban por su mente. Horrorizada, se fue al baño y vomitó. Se refrescó la cara y el agua se fundía con las lágrimas. Sentía un miedo tan parecido a aquel tan paralizador que le aprisionó cuando huyó aquella lejana noche de su familia, de su casa, de su calle, de su ciudad y de su país. Las piernas le flaquearon y se apoyó en el lavabo para no caerse. El corazón, de repente, le dio un golpe en el pecho. Fue un latido desacompañado y potente, provocado por algo que vio y que le sobresaltó: alguien acababa de entrar en el dormitorio. Era un hombre, un hombre cuya sombra distinguía en el umbral de la puerta. Muriel, petrificada, se santiguó.

—¿Eres el muerto? —le preguntó sin apenas voz, convencida de que estaba viendo un fantasma.

—¿Que si soy un muerto? ¿Qué os habéis tomado? —contestó aquel individuo.

Se acercó a Muriel y ella supo entonces quién era, por eso no retrocedió, ya no le tenía miedo. Le conocía perfectamente. Se acercó hasta la cama donde dormía su amiga y la despertó.

—Elsa, está aquí tu hermano...

—¿Luca? —preguntó ella, sorprendida, tras encender la luz—. ¿Qué hace aquí?

—La pregunta te la debería hacer yo, Elsa: ¿qué hacéis vosotras aquí? Quedamos en que me dejabas la casa estas Navidades. He estado cenando en Aguilar de Campoo, llego aquí y me encuentro con que la casa no es

enteramente para mí y, además, Muriel me confunde con un muerto. ¿De qué va esto?

«Luca, la peor persona en la vida de Elsa», pensó Muriel. «Luca, el hermano al que siempre temo», pensó Elsa. Allí estaba, acompañado de una desconocida que le esperaba en el pasillo.

Luba dormía en el sótano, inmersa en sueños extraños y agitados. La fiebre la libró de conocer a los nuevos personajes de aquel escenario.

## CAPÍTULO VI

¿Dónde estaría Luba en aquellos momentos, cuando en las casas ya estaban preparándose las mejores vajillas y los más pulcros manteles para celebrar la Nochebuena? Julián pensaba en ello saliendo de la ducha. Tal era su inquietud que olvidó afeitarse. Se dio cuenta cuando estaba a punto de salir hacia el cuartel de Uvés y tuvo que entrar en el baño para peinarse de nuevo por culpa de Greta. Como acostumbraba a hacer, había desayunado en la cocina con la gata ovillada sobre sus rodillas; intuía cuándo su dueño estaba a punto de irse y quería aprovechar esos momentos para estar cerca de él y, en esta ocasión, también para incordiarle un poco, porque, de repente, se colocó de pie sobre las patas traseras y con las otras dos comenzó a jugar con los cabellos de su amo, que eran cortos, pero lo suficientemente largos como para *peinarle* una diminuta cresta en la coronilla. «Pero ¿qué tonterías estás haciendo?», le dijo con ternura mientras la tomaba en brazos y la depositaba en el suelo. Se rio de sí mismo frente al espejo al observar esos pelos de punta tan sumamente ridículos con los que Greta le había dado los buenos días. La gata, una vez más, había conseguido arrancarle una sonrisa, pero le fastidió olvidarse del afeitado, por el tiempo que iba a perder en la tarea. Julián siempre salía impecable de su casa cada mañana, como si fueran a pasarle revista en el cuartel. Formaba parte de sus pocos rituales: no fregar jamás la vajilla de la cena hasta la mañana siguiente, ducharse con agua fría los días de servicio, cepillar el pelaje de Greta antes de acostarse y, sobre todo, dar las buenas noches a Luba, entrando en su habitación vacía y bajando la persiana, que volvía a subir por la mañana, al levantarse.

Ya peinado y afeitado, salió de casa y lo primero que hizo fue ir a un cajero para sacar dinero. No quería repetir de nuevo la experiencia vergonzosa de sobrevivir todo un día sin un euro en el bolsillo. Comprobó que ya le habían ingresado la paga extra de Navidad y pensó que quizá esta fuera la última en años, pues el presidente del Gobierno había insinuado que en el año que

estaba a punto de comenzar, 2010, se bajarían un cinco por ciento los salarios de los funcionarios para reducir el déficit público, descontrolado por la crisis económica. Los recortes en las pagas extras serían lo siguiente, estaba seguro. Contra todo eso se había quejado Pepa Ordovás y le costó la vida, una muerte tan tonta como podría serlo la provocada en una discusión de tráfico. El ánimo de las gentes se estaba desmoronando a medida que aumentaba la desesperación que, inevitablemente, conduciría a la ira. Julián lo percibía en el ambiente y lo había constatado con la muerte fatal de aquella funcionaria. Lo notaba también en el Cuerpo y en su endémica precariedad, que ahora era más palpable que nunca, cuando siempre pensó que no podía empeorar. En no pocos cuarteles se estaban reforzando plantillas con guardias en prácticas, obviamente sin experiencia; en otros, las bajas por enfermedad obligaban a anular servicios de patrulla por falta de efectivos. El propio edificio de su Compañía, el puesto principal de San Lorenzo de El Escorial, continuaba con las obras de rehabilitación detenidas hasta no se sabía cuándo. Pero qué podía hacer él contra la inoperancia de quienes asignaban y distribuían los presupuestos. Alguna que otra vez le habían propuesto afiliarse a la Asociación Unificada de Guardias Civiles, porque se le respetaba a pesar de su carácter huraño y solitario, pero él siempre había declinado la invitación con una u otra excusa. El motivo verdadero era bien simple: la pereza, una actitud paradójica en alguien que pertenecía a un cuerpo policial abnegado y con tanto espíritu de sacrificio. Pero Julián ya se había acostumbrado a convivir con sus contradicciones. Únicamente se avenía a resolver algunas para dejar sitio a otras nuevas.

Al entrar en el cuartel de Uvés, recordó una vez más que solo contaba con tres efectivos en su Unidad de Policía Judicial, todos guardias rasos. Los dos cabos que tenía bajo su mando habían solicitado destinos en Madrid hacía un año y se los habían concedido. A los jóvenes guardias civiles no les gustaban las localidades pequeñas como Uvés o San Lorenzo de El Escorial, aunque estuvieran tan cerca de la capital. El teniente llevaba meses esperando refuerzos y ni siquiera podía solicitar a Coira en comisión de servicio hasta que finalizaran las Navidades. La falta de recursos se hizo aún más patente al comprobar que la guardia Brancho ni siquiera estaba en el cuartel cuando llegó. Le había dejado una nota informándole de que había salido con otro compañero para proseguir con las pesquisas del caso Ordovás. El teniente se preguntó si se estaría evidenciando demasiado la relativa dejadez con la que



trataba la investigación, pero pospuso los reproches que podía hacerse a sí mismo para centrarse en otras gestiones que le urgían: la primera, pedir una cita con el juez de Ávila que había archivado provisionalmente el caso de Luba para mostrarle las imágenes de la niña en el parque Tierno Galván y solicitarle que lo reabriera. El magistrado se encontraba de vacaciones, le dijeron en el juzgado. Poco podía hacer hasta que pasaran las fiestas navideñas, pero no se desanimó: quizá para entonces hubiera reunido más indicios sobre el paradero de la niña.

Se puso ante el ordenador y tecleó el nombre y los apellidos de Juan José García García, el guardia de seguridad del garito. Nada interesante. Algunas multas de tráfico y poco más. Soltero, cincuenta y tres años, propietario de la empresa de seguridad Malama S. L., constituida una década atrás y subcontratada por Monterías Laberrea, la propietaria de la mansión donde, supuestamente —aún no se había probado—, se obligó a una menor, Luba, a prostituirse y que, a su vez, pertenecía a Oh Oh Safari S. L, con sede social y fiscal en Clifden, Irlanda. Lo mismo que ya le había comentado Teresa. Juan José García trabajaba en la seguridad de aquel burdel que se disfrazaba de asociación de cazadores, pero no era el jefe del entramado, sino una pieza más del escalafón, quizá el más bajo de la cadena. Detrás de esas empresas imaginaba a una cohorte de ingenieros fiscales trabajando para que a la Agencia Tributaria le costara años abatir a la presa, dando vueltas en círculo sin lograr alcanzar el núcleo. Hacía pocos meses, un juez había puesto en libertad a un conocido capo del narcotráfico con una mísera fianza de 45.000 euros, cuando la Guardia Civil había invertido cinco años en capturarlo. Mientras la mayoría de sus compañeros del Cuerpo vivían con frustración la laxitud punitiva de algunos magistrados con los jefes de la droga o de la prostitución, Julián protegía su indignación con el escepticismo: la droga y los prostíbulos mueven tanto dinero, con cifras tan obscenas, que creía imposible que pudieran hacerlo sin la ayuda y la complicidad del sistema, como precisamente había sucedido con el soplo que se recibió en el garito de juego antes de la redada. Así estaban las cosas. «Si la voluntad de acabar con estas lacras fuera real, haría tiempo que ya no existirían», se lamentó.

Dejó de imaginar mundos mejores y apuntó el domicilio del tal García; quizá supiera quién era Águila, el individuo que secuestró a Luba, la sometió al suplicio de la prostitución y, posiblemente —ese era su temor—, la estaba buscando con el mismo empeño que el propio Julián, aunque por razones bien

distintas: el teniente lo hacía para salvarla y aquel hombre con alias de rapaz lo haría para silenciarla para siempre. Podría encarcelarlo varios años con lo poco que contara Luba sobre él, un hombre tan atroz que ella se orinaba encima de terror cuando escuchaba su voz en el burdel. Así se lo había revelado Fanny y aún atronaban en su mente aquellas palabras que traducían el espanto. El teniente debía encontrar a Luba antes que Águila, o encontrar a Águila y entonces... Frenó sus pensamientos. La venganza no era una opción, no solo por ser guardia civil, sino también porque, si por fin lograba encontrar a la niña, estaba decidido a adoptarla y pretendía ser el mejor padre para ella. No podía permitirse actuar como un vulgar justiciero, por mucho que aquel despreciable proxeneta alentara en él los sentimientos más oscuros. Debería preocuparse más, admitió, por limar los afilados bordes de su propio carácter huraño y solitario, esa personalidad arisca y esquiva que, de no suavizarla, supondría un obstáculo en su futura —y deseada— relación con Luba.

Juan José García residía en una zona humilde del madrileño distrito de Hortaleza. Hasta allí se dirigió Julián en coche desde Uvés, atravesando Madrid hacia el noreste, bajo las estructuras de la iluminación navideña que coronaban calles y avenidas y que a esas horas de la mañana estaban desnudas de la luz nocturna que las embellecía. Hasta que el crepúsculo les devolviera su esplendor, aquellas tramoyas huérfanas de destellos le produjeron al teniente una tristeza que recibió en forma de escalofrío. Otra Navidad sin familia, sin Luba, con una aburrida Nochebuena frente a su capitán. Tendría que esforzarse en disimular lo poco que le importaba su mundo.

Aparcó a unos metros de la vetusta y modesta casa de dos plantas donde García tenía declarada su residencia, en una estrecha calle repleta de muchas viviendas similares, antiguas, humildes, construidas en los años sesenta para acoger a la emigración procedente de aquella España rural y pobre que perseguía un mejor futuro en la capital. El frío invernal y el cielo nublado de la mañana habían vaciado la calle de viandantes. Ni siquiera vio chiquillos jugueteando en las aceras, a pesar de ser días de vacaciones escolares. Tampoco era aquella una zona para pasear, pues estaba desprovista de comercios y no había ningún bar por los alrededores. Se acercó hasta la casa de García y, desde una distancia prudencial, contempló las dos ventanas enrejadas a ambos lados de la puerta, una puerta diferente a las demás de aquella calle. Esta era más nueva. Blanca, brillante y acorazada. No tuvo duda de que lo era al observar a simple vista algunos de sus elementos: el marco

era de acero en vez de madera y tenía dos gruesas cerraduras de cilindro independientes, posiblemente con llaves que solo podían duplicarse en el distribuidor autorizado por el fabricante. ¿Por qué tanta seguridad en una vivienda aparentemente tan humilde?, se preguntó con suspicacia mientras fijaba su atención en las persianas bajadas. O bien el tal García estaba dentro durmiendo —aunque eran más de las doce de la mañana— o no se encontraba allí. Se atrevió a llamar al timbre, ya inventaría algo si alguien abría la puerta. Pero nadie la abrió. Llamó a la casa de al lado, esperó, y tampoco nada. Regresó a la de García con la intención de intentarlo de nuevo. Por un extremo de la acera, a escasos metros, vio que caminaba hacia él un anciano obeso, con boina, bastón y pasos fatigados, con las piernas exhaustas de cargar con tan pesada estructura corporal.

—No se moleste en llamar. Ese no viene casi nunca por aquí —le dijo al teniente cuando se encontraba a pocos pasos de él, con una voz ronca y profunda que parecía salir del interior de una gruta—. Tampoco se moleste en llamar a la vieja de al lado. Nunca abre la puerta a desconocidos —prosiguió el anciano; ya había llegado al punto donde se encontraba Tresser.

—¿Usted conoce a Juan José García? —le preguntó el teniente, siguiendo su recorrido con la mirada.

—Cómo lo voy a conocer si apenas aparece —le contestó el abuelo sin dejar de caminar, sobrepasando a Julián con indiferencia.

—Pero alguna vez lo habrá visto, ¿no? —replicó el guardia civil, aunque el hombre continuaba avanzando y ya le daba la espalda.

—Sí, alguna vez lo he visto, de refilón, porque nunca saluda a nadie —le pareció oír que le decía mientras se alejaba apoyado en el bastón.

—¿Podría decirme con cuánta frecuencia viene por aquí? —insistió, al ver que se alejaba cada vez más.

—¡Y yo qué sé! —le contestó.

—Maldito viejo idiota... —murmuró Julián.

—¡Le he oído! —gritó a lo lejos, sin volverse y agitando en el aire el bastón.

Julián ni le contestó. La única persona que se había encontrado en aquella callejuela era un abuelo cascarrabias al que no estaba dispuesto a seguir la corriente. Aun así, había obtenido un dato interesante: García tenía una casa por donde apenas aparecía y, además, la protegía con una puerta acorazada. Tendría que hablar con Teresa y contarle su descubrimiento, para que se le

investigara. Era un caso de la Policía Nacional y Julián no podía tomar la iniciativa, pero sí alentar a que la tomaran otros. «Voy a ir a por tus secretos, señor García», se dijo caminando hacia su coche. Una vez al volante, recibió una llamada en el móvil. «Lo que me faltaba», murmuró cuando vio el nombre de su interlocutor.

—¿Julián?

—Dime, Norberto —contestó con aspereza—. No tengo mucho tiempo.

—Me he enterado de que tienes pistas sobre Luba. ¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto.

—Y ¿por qué no me lo has dicho?

De todos sus contactos —que no eran muchos— en la Unidad Central Operativa (UCO) de la Guardia Civil, el capitán Norberto Sorar Molina era el único con el que había contactado cuando desapareció la niña. Habló con él en su momento para relatarle la historia someramente, pero luego no insistió más. Era tan pesado que no lo podía soportar. A su hermano Ignacio, un teniente de la Guardia Civil de la misma promoción que Julián y destinado en el País Vasco, lo había asesinado ETA años atrás cuando se dirigía al cuartel. Un motorista se acercó a su vehículo en un semáforo, colocó una bolsa con un imán y una bomba en el techo del coche, salió huyendo y detonaron el explosivo a distancia segundos después, para que no tuviera margen de reacción. Norberto, su hermano mayor, ya entonces en la UCO, quedó tan traumatizado que estuvo un año sin articular palabra alguna, encerrado en su casa, sentado en el sillón frente al televisor y por las noches, en la cama, escuchando la radio a alto volumen, lo que provocó conflictos con los vecinos. Solo el empeño de sus padres, que le llevaban platos cocinados cada día y le persuadían para que comiera e ingiriera líquidos, lo salvó de una muerte por inanición y tristeza. Julián le visitó en numerosas ocasiones, pues le debía a su compañero asesinado intentar salvar al hermano de la autodestrucción. Con ayuda médica y psicológica, Norberto remontó el vuelo, pero regresó distinto de su muerte en vida. Si hasta entonces había sido una persona de pocas palabras, discreto e incluso algo distante, se convirtió en un hombre locuaz, aquejado de una verborrea y de una simpatía tan excesivas que eran capaces de provocar jaqueca a cualquiera que lo escuchara. Tuvo que corregir esos excesos cuando de nuevo se reincorporó a la UCO, tras superar numerosos exámenes psicológicos. Era un agente muy valorado por los mandos y, curiosamente, su locuacidad solo se desataba cuando no estaba de

servicio. Con Julián tenía la obsesión de que debía agradecerle constantemente su apoyo durante aquel año de duelo tan duro, y esa insistencia en la gratitud le agobiaba tanto que Tresser decidió alejarlo de su vida. Ahora, Norberto regresaba a ella.

—Pues no te he dicho nada porque tampoco tengo mucho —contestó el teniente a la pregunta de su amigo sobre Luba.

—Ahora estoy en el trabajo y no puedo extenderme demasiado —lo cual agradeció Julián—, pero quiero que nos veamos y me cuentes todos los detalles sobre lo que has descubierto, porque te voy a ayudar, te lo debo y quiero hacerlo. A muerte contigo, compañero. ¿Dónde estás ahora? ¿Quieres que comamos hoy juntos?

A Julián le desquiciaba la sola idea de compartir una comida con Norberto, pero contar con una colaboración tan entregada por parte de un agente de la UCO, el cuerpo de élite de la Guardia Civil, le animó a aceptar.

—De acuerdo. ¿Dónde quedamos y a qué hora?

—¿Puedes acercarte a la zona del parque del Capricho, por ejemplo? Por la M-40 llegas enseguida, estés donde estés. Conozco un restaurante muy tranquilo donde suelo ir de vez en cuando. No siempre, porque, sin ser caro, tampoco es para ir allí cada día, que el sueldo no me da, pero, sin embargo...

—Pásame la dirección por el móvil —le cortó Julián.

Era cierto, no invirtió demasiado tiempo en el trayecto en coche desde el barrio de Hortaleza hasta el de Alameda de Osuna, en el distrito de Barajas; incluso llegó una hora antes de la cita. El restaurante, cercano al evocador y romántico parque del Capricho, se encontraba bajo una frondosa arboleda que subsistía en pleno invierno. Escogió una mesa junto a una ventana acariciada por las hojas de los árboles, en el fondo del comedor, una sala con pocas mesas, todas ellas con pulcros manteles de cuadros blancos y rojos. A esa hora, la una de la tarde, era el único comensal y el camarero comenzaba a colocar los platos y cubiertos, así que decidió facilitarle el trabajo y, tras colgar en el respaldo de la silla su cazadora de cuero, se acercó a la barra —ahí sí que había algunos clientes tomando el aperitivo— y pidió una cerveza sin alcohol, que le sirvieron junto a una tapa de un rebozado que no supo reconocer.

—¿Qué es? —le preguntó al camarero.

—Una rodaja de chireta. Pruébela, le gustará —le animó con simpatía. A Julián no le disgustó el sabor—. ¿A que está buena? Tiene una mezcla de arroz

y casquería condimentados, todo ello envuelto en tripa de cordero. Hoy las tenemos en el menú, pero enteras y cocidas. Las rebozamos solo para la barra. Están recién hechas.

Hubiera preferido no saber que se había comido un trozo de estómago de cordero a la hora del aperitivo, pero era innegable que tenía un sabor muy agradable.

—Está muy buena —le contestó sin querer extenderse más; temió que fuera un camarero tan locuaz como el propio Norberto.

—Lo sabía, ya se lo dije —le comentó mientras colocaba otras tantas chiretas rebozadas a los clientes de la barra.

Julián decidió matar el tiempo de espera hojeando un periódico que vio sobre la barra. «El desempleo aumenta en doscientas mil personas en el último trimestre de 2009. España se acerca a los cuatro millones y medio de parados», «El déficit público se dispara y alcanza el 11,1% del PIB», «Sigue el mutismo en la Casa Real tras el divorcio de la Infanta Elena y Jaime de Marichalar», leyó en la portada. Ninguna de esas noticias suscitó su interés, así que continuó con las páginas interiores. Vio entonces una que le divirtió: «Una empresa de informática recibe por error las cestas navideñas destinadas a unos directivos de banca», leyó en el titular. Y en el subtítulo: «Los trabajadores se niegan a devolverlas». Qué lejos estaba de imaginar que Luba se había ocultado precisamente en el camión que las había transportado y que, además, aquel conductor desbordado por el reparto navideño la había llevado inadvertidamente lejos de Madrid, hasta las nevadas tierras de la Montaña Palentina. Dos páginas más adelante, junto a una noticia que trataba sobre la venta de cachorros de perros en Navidad y en la que se advertía que no eran juguetes para regalar, sino seres vivos, se sorprendió al leer: «Una prostituta muerde con violencia el pene de un cliente durante una felación». Se sumergió en el texto con ansiedad. Sí, se referían a Luba, al suceso ocurrido dos días atrás en el parque Tierno Galván; allí estaba ella, entre aquellas líneas que la citaban como «la meretriz vengativa». No mencionaban que se trataba de una niña y ni siquiera apuntaban la hipótesis de que podría tratarse de un abuso y no de un encuentro sexual comprado. Comprar. Alquilar. Alquilar un cuerpo y reducirlo a la categoría de cosa, a una nada. Quizá Luba ya no pudiera sentirse jamás una persona. Le habían arrebatado la conciencia de serlo.

—¡Julián, querido amigo! —Norberto había llegado y le volcó encima su corpulencia, similar a la suya, abrazándole con fuerza—. Qué feliz estoy de

verte, ya verás como esto lo vamos a solucionar, este es un restaurante aragonés con una cocina casera que te va a gustar, feliz Navidad, amigo, te veo igual que siempre, te mantienes en forma, ¿vas al gimnasio?, eso está bien, yo también voy un par de días a la semana.

Norberto le ametralló con una artillería de frases desconectadas entre sí mientras se dirigían a la mesa. Temió no soportarlo ni cinco minutos más. Le daba la impresión de que utilizaba aquella verborrea para no escucharse a sí mismo y librarse por algunos momentos de aquel hermano asesinado por la banda terrorista. Quienes lo mataron seguían libres, porque su caso formaba parte de otros tantos crímenes de ETA que no se habían resuelto, crímenes sin sus autores juzgados y encarcelados, lo cual añadía a la pérdida aún más dolor y frustración.

—Mira, hoy tienen longaniza de Graus y chiretas —le comentó Norberto a Julián cuando el camarero le entregó la carta y leyó el menú—. ¿Te parece que pidamos la ensalada ilustrada aragonesa y la longaniza? La chireta es muy peculiar, igual a ti no te gusta, pero está muy rica. No, mejor la longaniza de Graus —decidió—, un pueblo que no conozco todavía, cercano al Pirineo aragonés y donde hacen las mejores de Aragón. Este es de los pocos restaurantes de Madrid donde las ofrecen. ¿Tú sabías que mi abuela materna era altoaragonesa, de Barbastro? Bueno, ¿qué te parece? ¿Pedimos la longaniza?

—Me parece bien —contestó Julián; no quiso comentarle que ya había probado la chireta, por si eso abría una nueva subtrama en la conversación.

—Pues no se hable más. Pónganos también una copa de vino del Somontano —le pidió al camarero, quien comenzó a escribir en su bloc de comandas. Fue aquel el único minuto en toda la comida en el que hubo silencio en la mesa.

—Estoy al tanto de todo, Julián —afirmó su amigo, ahora con gesto grave y bajando la voz; no parecía el mismo que unos instantes antes—. En la Policía Nacional tienen agentes corruptos, como nos pasa a nosotros, por eso sucedió lo que sucedió en la redada fallida del garito, pero el asunto es más grande de lo que crees. En la UCO les estamos investigando desde hace meses.

—¿A quiénes?

—A los del garito de juego ilegal.

—Juego ilegal y prostitución de menores —puntualizó Julián.

—Sí, claro, no quería mencionártelo porque es un tema duro para ti.

—Pues resulta que para mí es lo más importante. ¿No estamos aquí para

hablar de eso?

—Claro, por supuesto. Solo quería que supieras que ese garito, y también el burdel, forman parte de lo que suponemos es una de las mayores organizaciones criminales de España. Lo tienen todo tan blindado, a través de decenas de sociedades interpuestas que les dan una apariencia de legalidad, que nos está costando mucho dismantelarlos y llevarlos ante un juez. Tienen juego ilegal y prostitución, pero también se dedican al blanqueo de dinero y al tráfico de armas, que es donde hemos puesto el foco. Te lo comento para que sepas que es una ballena enorme, no un pez pequeño.

—¿Y quién es el capo de toda esa mierda?

—Es difícil saberlo, porque funcionan como una especie de franquicias. Cada negocio tiene un encargado que rinde cuentas a otro, y así sucesivamente. La mayoría no se conocen entre sí. Es una estructura piramidal y en la cúspide puede que haya un fondo de inversión opaco o incluso varios. Nos puede llevar años demostrar que son unos delincuentes, muy hábiles, pero delincuentes al fin y al cabo.

—¿Y eso en qué afecta a Luba?

—No lo sé, Julián. ¿Qué pistas tienes ahora mismo sobre su paradero?

Llegaron las ensaladas ilustradas, tan ilustradas que no había un ingrediente más en los platos, incluidos embutidos como el fuet y la longaniza curada. Mientras Julián la aliñaba con una vinagreta que les habían servido aparte e intentaba mezclarlo todo sin que se desparramara fuera del plato, le contó a Norberto todo lo que sabía sobre Luba, desde su huida de la mansión hasta perderle el rastro en la plaza de Legazpi. Se lo relató con tanto detalle que finalizó cuando, ya terminado el primer plato, llegaron las longanizas de Graus, a la brasa y acompañadas de patatas fritas.

—Y hay un hombre con el alias de Águila que fue quien la esclavizó en el burdel —prosiguió Julián, al tiempo que se llevaba a la boca un trozo de longaniza.

—No me digas que no está exquisita.

—Pues sí, está muy rica. Es diferente.

—Lástima que estemos de servicio y no podamos acompañarla con algo más de vino del Somontano. ¿Águila, has dicho?

—Sí. ¿Te suena?

—No, ahora mismo no.

—Cada vez que Luba oía su voz por el burdel, se orinaba encima.



—Eso es terrible...

—No sé si era el encargado de todo aquello, de esa franquicia, como tú la llamas, o un simple mafioso a sueldo, pero estoy convencido de que también fue un mercenario, y eso no es casualidad. Ya te conté en su momento la historia de esas bestias con nombre de rapaces que confinaron y abusaron de Luba hasta que desapareció. Voy a encontrar a Águila, y debo hacerlo antes de que él la encuentre. Tiraré de mis confidentes. Un contacto que tengo en la Policía —no considero necesario mencionar a Teresa— también está en ello.

—Dame cuarenta y ocho horas antes de hacerlo.

—Y eso, ¿por qué?

—No sabemos la importancia que tiene ese Águila en la organización. Si lo buscas, podríamos ponerles sobre aviso. Ya estarán bastante mosqueados con la redada que, por cierto, nos pilló de improviso, porque la llevaron a cabo, por su cuenta, agentes de la Brigada Especial de Juego. Otra vez la maldita descoordinación entre los distintos cuerpos policiales, que nos sale cara, pero que nadie enmienda. Por lo visto, el garito fue denunciado por un casino legal, como suele suceder, y se solicitó rápidamente la orden judicial para la intervención. Mientras llegaba, alguien les dio el chivatazo y nos metieron el gol. Y fíjate, hoy mismo sus abogados han logrado que se levante el precinto de la mansión y se retire la custodia policial del edificio, ya que no se ha podido demostrar el delito de juego ilegal porque lo limpiaron todo antes del operativo.

—Estás muy al tanto de todo, por lo que veo. —Julián estaba sorprendido de lo mucho que sabía Norberto sobre el caso, lo cual le generaba una desconfianza extraña; aunque no encontraba motivos para aquel recelo, lo cierto es que estaba anidando en su mente sin saber por qué.

—Ya sabes que en la UCO trabajamos mano a mano con el SIGC —dijo refiriéndose al Servicio de Información de la Guardia Civil—. Confía en mí. Espero que pronto pueda darte noticias sobre Águila.

—Investiga también, de paso, a Juan José García García, el encargado de seguridad del garito.

—Juan José García García, vale, lo memorizo. Pero, Julián, por favor, no hagas nada por tu cuenta. Podrías arruinar meses de investigación. Y, además, te aseguro que son peligrosos —le previno Norberto tras acabar la longaniza y beber un sorbo de vino—. En el último año, cinco personas relacionadas de algún modo con la organización han fallecido en extrañas circunstancias, la

mayoría en accidentes de tráfico inexplicables. No puedo decirte más, pero saben matar sin dejar huellas.

—¿Y me pides cuarenta y ocho horas para que deje de buscar a Luba? Esa gentuza podría llegar antes que yo. Soy guardia civil como tú, sé investigar sin levantar sospechas. Me parece increíble que te lo tenga que recordar —le dijo el teniente sin disimular su enojo.

—No es eso, Julián, no te cabrees —replicó Norberto en tono conciliador—. Solo he dicho que hay que ir con cuidado, que ellos van siempre un paso por delante y que podrías poner en peligro la vida de Luba si vas por tu cuenta.

—Eso ha sido un golpe bajo. No sigas por ahí.

—De acuerdo, te pido perdón por ello.

Tresser detectó en su tono de voz que la disculpa no era del todo sincera; percibía en ella esa tozuda resistencia de quien siempre cree que tiene razón.

—No vuelvas a utilizar a Luba, Norberto —le advirtió el teniente.

—No lo haré, te lo prometo. ¿Te apetecen unos crespillos de postre? —zanjó así la conversación, lo cual disgustó a Julián.

—Crespillos, no sé qué es eso —contestó con indiferencia.

—Es un postre típico de Barbastro, borraja rebozada y espolvoreada con azúcar. Mi abuela nos lo hacía de pequeños. Una exquisitez, te lo aseguro. ¡Vamos, Julián, alegra esa cara, que todo va a salir bien! —exclamó con una amplia sonrisa.

Regresaban Norberto y su locuacidad, pensó —y temió— Julián. Y así fue. Degustaron los crespillos —el teniente nunca imaginó que una verdura con azúcar pudiera estar tan rica— y luego tomaron los cafés mientras Norberto daba rienda suelta a su palabrería incontenible y vacua. Julián dejó de escucharle, siempre lo hacía cuando un tema no le interesaba. Aprovechó, como acostumbraba, para pensar en sus cosas. En esta ocasión, no solo pensó, sino que imaginó, pues se castigó permitiendo que su mente lo maltratara con la imagen de Luba atropellada por alguien de esa oscura organización que asesinaba simulando accidentes de tráfico, deshecha la niña bajo las ruedas de un coche o lanzada por el impacto a varios metros como una muñeca de trapo. Muerta sin haber vivido una existencia plena. «Muerta». Esa palabra acudió a él como una tea encendida. Atraparía a Águila, sería capaz de casi todo para rescatarla.

Lejos de aquel restaurante, de aquel pequeño festín de gastronomía

altoaragonesa que finalizó con un abrazo de los dos guardias civiles, sobreactuado por parte de Norberto, frío por parte de Julián, Juan José García entraba en su vivienda. No en la del barrio de Hortaleza, sino en una mucho más nueva, ostensiblemente más grande y en una de las zonas residenciales más exclusivas de la localidad de Pozuelo, a escasos kilómetros de la capital. Aparcó su Renault Clio en el garaje, junto a dos Audis y un potente Land Rover. Estaba desconcertado. Una hora antes, sobre las doce del mediodía, un desconocido había husmeado a través de las ventanas de su casa de Hortaleza, a donde se había acercado para recoger el correo. No pudo abandonar la vivienda hasta que aquel hombre se alejó en su coche, un Audi S3 rojo cuya matrícula no pudo ver con claridad, pues las persianas estaban casi bajadas y había seguido sus movimientos a través de los minúsculos espacios entre las rendijas. Alguien estaba vigilando sus pasos. Descartó la idea de que la Policía le hubiera sometido a un seguimiento. En su declaración en comisaría la noche de la redada lo había llevado todo preparado para no levantar ni una sola sospecha.

—¿Sabía que en esa mansión de cuya seguridad se encargaba usted se ejerce la prostitución? —le inquirió el agente que le interrogó.

—A las chicas se les alquila la habitación y lo que hagan de puertas para dentro no es asunto mío —contestó con rapidez—. La prostitución voluntaria no es delito. Por eso acepté el trabajo. Yo solo estaba allí para evitar trifulcas si alguien se pasaba con el alcohol, nada más.

—¿Y qué me dice de los campeonatos de póquer clandestinos? Sabemos que los hay y que existen varias denuncias por parte de los casinos que funcionan dentro de la legalidad.

—Yo nunca he visto allí ningún tipo de juego ilegal. Eso sí que es delito. Nunca hubiera aceptado encargarme de la seguridad de un negocio de ese tipo. De hecho, en la redada no han encontrado ningún indicio de lo contrario, porque no existe.

—¿Qué me puede decir de la empresa Laberrea S. A., que a su vez ha contratado a la suya, Malama S. L.?

—No puedo decirle mucho. Solo me ocupo de lo mío. Estoy en contacto con muchas empresas que requieren apoyo de seguridad y esta es una más. Firmé un contrato con un abogado de la empresa, me pagan con puntualidad y no conozco personalmente a sus propietarios.

—Usted tiene diez trabajadores a su cargo. ¿Es así?

—Lo es.

—Siendo el propietario, ¿por qué estaba trabajando usted y no alguno de sus empleados la noche en la que nos personamos allí?

—Suelo hacer una ronda nocturna por los lugares que han contratado conmigo la seguridad, y dio la casualidad de que me encontraba allí en ese momento.

—¿Y qué lugares son esos?

—Lugares de la noche, como clubes privados de alterne o discotecas, ya sabe. Todo legal, tengo todos los papeles en regla, estoy al día con mis obligaciones fiscales y todos mis empleados están dados de alta en la Seguridad Social.

Estaba habituado a que lo citaran a declarar y que al final todo quedara en nada. Conocía las leyes aún mejor que los jueces, los abogados y los policías, presumía. Pero aquella era la primera vez que se había sentido vigilado, porque estaba seguro de que el hombre del Audi rojo iba a por él, lo había visto husmeando en la misma puerta de su casa. ¿Quién narices era y por qué seguía sus pasos? Cerró su Renault Clio de un portazo, cuyo eco resonó por el amplio garaje. Su mujer, Noelia, respiró con alivio al oírlo llegar a casa. El gran árbol de Navidad refulgía con sus luces en medio del imponente salón de suelos de mármol. También brillaba la barandilla de la escalinata que conducía a la primera planta, a la segunda y a la tercera, iluminada con bolitas blancas y azules enroscadas a lo largo del pasamanos. Todo estaba preparado para compartir en familia la Navidad, que comenzaría por la noche con la cena de Nochebuena. Sin embargo, cuando llegó Águila aquel mediodía, había un *elemento* en la casa que, consideraba Noelia, afeaba el ambiente: Olga. Aquella odiosa mujer de afiladas uñas largas se había presentado allí unos minutos antes, nerviosa, amenazante, poniendo en peligro la belleza que Noelia había creado en torno a su vida y a la de su familia.

Ambas mujeres se habían conocido años atrás, cuando Olga, cuyo verdadero nombre era Kalika, llegó a España desde El Pireo, el gran puerto de Atenas, huyendo de la policía griega, que la acusaba de pertenecer a una organización que obligaba a prostituirse a menores refugiados que arribaban huyendo del caos y la desesperanza en Irak, tras la ocupación del país por parte de Estados Unidos. Una vez en España, Olga trabajó como encargada en uno de los muchos prostíbulos de La Junquera, en la frontera catalana con Francia. Pero su mal carácter y su tendencia a no obedecer a quienes le

pagaban, los proxenetas, la obligó a hacer las maletas rumbo a Madrid. Allí conoció a García, quien la reclutó no sin antes dejarle claras las condiciones: «La primera vez que me desobedezcas será la última. Ya no te quedan muchos lugares adonde ir, todos conocen lo tocapelotas que eres. No sé por qué no has acabado enterrada en cal viva». Noelia la había conocido durante la supervisión de una nueva remesa de muchachas vendidas por las mafias a la organización para la que trabajaba García. «No me gusta esta mujer. Mira mal», le advirtió a su marido sobre ella. «Limítate a valorar la mercancía, Noelia, y no te metas en mis asuntos», le contestó él. Olga, que había estado escuchando aquella conversación, se acercó a la pareja y, sin inmutarse, preguntó con su singular acento, una extraña mezcla de castellano, griego y catalán: «¿Quién se va a encargarse de esto, García, tu mujer o yo? O sobra ella o sobro yo», espetó. Noelia dejó de ocuparse de la selección, como había hecho hasta entonces, y decidió que iba a detestar de por vida a esa malcarada de la que nunca se fió. Ahora la tenía sentada en el sofá de su propia casa, profanando el templo sagrado de su privacidad, manchándolo con la fragancia de su perfume caro sobre una piel de puta vieja. Ni siquiera le había ofrecido un café cuando no tuvo más remedio que hacerla pasar al salón hasta que llegara su marido.

—Un hombre me ha estado siguiendo, Noelia —le contó García, malhumorado, nada más entrar en la casa y cerrar la puerta con tal ímpetu que cayó al suelo la orla navideña de acebo y bayas rojas que colgaba del picaporte—. Ponme un vermú, tengo que pensar —le ordenó mientras se quitaba el abrigo y lo tiraba sobre una butaca estilo Imperio del recibidor.

—Juanjo, está aquí Olga. Dice que quiere hablar contigo.

García entró enseguida en el salón y, perplejo, se acercó a aquella mujer que le miraba desde uno de los grandes sofás con chaise-longue a cada lado, con sus cabellos rubios quemados por el exceso de tinte y reunidos en un moño descuidado, con su rostro de piel nívea y sus minúsculos ojos, dos ranuras azules que parecían líneas rectas trazadas con una regla.

—¿Quién te ha dado mi dirección? —le preguntó García, situándose de pie frente a ella, exhibiendo su corpulencia, empequeñeciéndola.

—Eso no es importante ahora —contestó ella, retocándose su desastroso moño con las manos trémulas y las largas uñas violetas de puntas afiladas; en su tono de voz se adivinaba un miedo enmascarado de arrogancia.

—Eres una mierda, Olga. O me dices quién te ha dicho dónde vivo o te

pego un tiro ahora mismo —le amenazó García sin perder la calma—. Noelia, ve al dormitorio y bájame la nueve milímetros de mi mesilla —le ordenó.

—Juanjo, ni se te ocurra llenar de sangre esta casa —replicó ella, elevando la voz, horrorizada—. Tus hijas llegarán en una hora. No voy a darte esa pistola. Hablemos tranquilamente, escuchemos lo que quiere decirte y que se largue.

—Vamos a ver, Olga, dejé que te fueras unos minutos antes de la redada para que no te pringaras. ¿Qué coño quieres ahora? —le reprochó García.

—Esta mañana han intentado atropellarme con un coche y me he librado por los pelos. Quiero dejarlo.

—¿Y qué hacías en la calle, cuando te ordené que estuvieras unos días sin dejarte ver?

—No podía aguantar más encerrada, pero algo está pasando. Esta vez ha sido distinto a otras redadas, lo noto, lo sé. Ya no nos quieren dentro. Ni a mí ni a ti. Nos aplastarán como a una colilla.

—Estás paranoica. A ver, ¿qué ocurre en realidad? Dime la verdad, vamos.

—¿La verdad? ¿No te parece suficiente lo que te he contado? ¡Me han intentado atropellar! Diles que, si me dan cien mil euros, me voy de España y me pierdo por ahí para siempre. Desaparezco.

—¿O si no?

—Tendré que buscar protección.

—Si hablas con la Policía, estás perdida. Además, ¿quién va a creer a una vieja puta como tú? No me pongas a prueba. ¿Dónde tienes a Alexia?

—Desapareció durante la redada.

—¿Cómo que desapareció? ¡Te dije que te la llevaras contigo, joder! —le gritó García, al tiempo que daba una patada al sofá donde Olga estaba sentada.

—No me dio tiempo —contestó ella, impasible—. Tuvimos que hacer desaparecer las fichas, las cartas, los tapetes, todo, cambiar el escenario en minutos. Me avisaste con poca antelación.

—¡Pero Alexia era la única menor que teníamos allí! Te ordené que te la llevaras para que no la descubrieran. ¿Te das cuenta de la que me has montado?

—Ya te dije muchas veces que esa niña era un riesgo. Ahora ni la tenemos nosotros ni la tiene la pasma, porque me he enterado de que no la tienen.

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó García con desconfianza.

—Tengo mis contactos, pero no te preocupes, no te voy a traicionar. Ella sí

que largará cuando aparezca, te lo aseguro. No sé por qué no la vendiste a otros en vez de quedártela. Era rebelde y muy rara. La oía hablar con Fanny de refugios secretos y de hombres-pájaro y otras cosas sin sentido. Me daba mal fario, mira que te lo dije. ¿Y Fanny dónde está? Esa es otra. También se te escapó. Estamos acabados.

—*Tú* estás acabada —remarcó él con arrogancia.

—A lo peor yo solo soy el mensaje y luego irán a por ti. ¿Por qué han querido atropellarme y quitarme de en medio? ¿Lo sabes?

—No sé por qué iban a querer atropellarte si tú no eres nadie. Nos importas un carajo. Te podemos cambiar por otra en treinta segundos. Estoy harto de ti y de tu histeria. A partir de ahora, vas a hacer lo que yo te diga. Ponme un vermú, Noelia, ya es la segunda vez que te lo pido.

—Es verdad, perdona. Voy a por él —se disculpó ella.

La esposa de García estaba de pie tras el sofá en el que estaba sentada Olga, asistiendo a la conversación como convidada de piedra, vigilando que la ira de García no se desbocara y estudiando a aquella mujer para adivinar qué quería realmente. Ya no le quedaba ninguna duda de que iba a hablar con la policía; estaba segura de que a su marido, tampoco. Aquello parecía no tener solución.

—Déjalo, Noelia. Iré yo a por el vermú. Así me libro unos minutos de esta basura —decidió él, mirando con desdén la mujer.

—Tráeme otro a mí. Tengo la boca seca —le exigió Olga.

—Las cosas se piden por favor —intervino Noelia.

—No en nuestro pequeño mundo, donde tampoco se dan jamás las gracias —replicó ella.

—Un vermú y te vas. No quiero volver a verte por aquí —le advirtió él mientras se dirigía a la cocina.

Ambas mujeres se quedaron a solas, momento que aprovechó Noelia para acercarse por detrás a Olga y susurrarle al oído:

—Yo que tú tranquilizaría a Juanjo. No le pongas a prueba. Dile que le vas a hacer caso en todo, lárgate y mantén la boca cerrada.

Olga volvió el rostro hacia ella y clavó su mirada de ranuras azules, que centelleaban de soberbia.

—¿Es una amenaza, marquesa de polígono industrial? Haré como si no te hubiera oído.

—Pues harías bien en aceptar mi consejo.

—Y tú harías bien en dejarme en paz. No pintas nada en esto.

—¡Dejad de cacarear, joder! —les gritó García al entrar en el salón.

Llevaba entre las manos una bandeja con tres copas de Martini rojo, un plato con patatas fritas y un cuenco con aceitunas. La colocó sobre la mesa de centro, en medio de los sofás, cogió uno de los vermús y, permaneciendo de pie, bebió un sorbo mientras comenzaba a pasearse por la estancia. Noelia se sentó frente a Olga, siguiendo con la mirada los pasos de su marido, que deambulaba de un lado a otro con la copa en la mano, concentrado en sí mismo como un monje orando en un claustro.

—¿Cómo sé que no te han seguido, Olga? ¿Te das cuenta de que nos has puesto en riesgo al venir aquí?

—Tranquilo, Juanjo, he venido en autobús, he bajado dos paradas antes y me he asegurado de que nadie me seguía —contestó mientras bebía un largo trago de Martini y luego se llevaba a la boca una patata frita—. A ver cómo solucionamos esto. Cien mil euros y desaparezco, ya te lo he dicho.

—Hablaré con ellos. Es mucho dinero.

—¿Mucho dinero? Es calderilla en comparación con lo que sacáis cada noche con el póquer y las putas.

García depositó la copa en uno de los estantes de la gran librería, sin apenas volúmenes —solo una lujosa enciclopedia encuadernada en piel—, pero con mucha cristalería expuesta. A partir de entonces, todo sucedió muy rápido: el hombre sacó de su bolsillo una bolsa de plástico, se acercó a Olga por detrás y se la enfundó en la cabeza, cerrándola sobre el cuello con las manos. La mujer se revolvió, elevó los brazos hacia atrás para librarse de los de García, emitió extraños gruñidos ahogados, dio patadas al aire, tan desesperadas que a punto estuvieron de tirar al suelo la bandeja con los martinis y los aperitivos, pero Noelia lo evitó apartándola de Olga con un movimiento rápido y preciso. Veía su rostro desdibujado bajo la bolsa, observaba el plástico hinchándose y deshinchándose como un globo fallido, sin aire que lo llenara, cada vez menos aire, cada vez más muerte. Finalmente, las piernas de la víctima, tras ser recorridas por varios espasmos, dejaron de agitarse y el cuerpo se relajó hasta quedar inerte. Estaba muerta.

—Y sin una gota de sangre, Noelia, como tú querías —subrayó García.

Retiró las manos del cuello del cadáver y se las limpió en el pantalón. Sentía la adrenalina recorriendo todo su cuerpo. Había transcurrido tiempo, demasiado para él, desde que asesinó a alguien con sus propias manos. Ya no



recordaba ni cuándo fue, pero rememoró el placer de hacerlo. Cuánto había echado de menos a Águila, aprisionado hasta entonces tras su nombre y sus apellidos mediocres, Juan José García García. La gran ave depredadora había regresado. Sentía su fulgor.

—¿Por qué se te ha ocurrido hacerlo aquí, en nuestra casa? Las niñas estarán de vuelta en menos de una hora, Juanjo —le reprochó Noelia, sin inmutarse por lo que acababa de ocurrir.

—Ha vuelto Águila a mí —declaró él con orgullo; sus ojos brillaban como los de un ave rapaz en la noche—. Y quiero que se quede conmigo para siempre —afirmó mientras se sentaba en el sofá, justo al lado del cadáver de Olga.

La mujer yacía desmadejada sobre la tapicería blanca de piel, arañada desesperadamente durante su agonía. Le quitó la bolsa de plástico que le cubría la cabeza, la tiró al suelo con desprecio y se volvió a limpiar las manos en los pantalones. El cadáver se exhibía de un modo que a Noelia le pareció grotesco: el rostro con la boca abierta, la lengua cianótica colgando entre los labios y los ojos en blanco, bajo la ostentosa lámpara del techo de la que colgaban cientos de lágrimas de cristal. La mujer la contempló. Era la primera vez que veía a la muerte, su gesto impasible, la paz tras la violencia. Aunque se esforzó en que aquella vida segada le impresionara, no lo consiguió; más bien le alegró que Olga ya no existiera, y le excitó la idea de abofetearla —tantas veces había deseado hacerlo— sin que ella pudiera ya devolverle los golpes.

—Nunca has dejado de ser Águila. No se puede dejar de ser lo que uno es.

—Es cierto.

Noelia nunca lo había visto matar, aunque sabía perfectamente con quién dormía cada noche. Quince años atrás, ella trabajaba en una floristería del centro de Madrid y él entró a encargar una corona mortuoria para un amigo. Se enamoró en aquel mismo instante de sus ojos tristes, de su figura elegante, y se ruborizó. Él se dio cuenta y se sintió halagado. Al día siguiente, la invitó a cenar al restaurante del hotel Palace. Quedó fascinada al verse a sí misma formando parte de aquel escenario fastuoso, pero tuvo mucho cuidado en no denotarlo. Quería probar si encajaba en aquel mundo de lujo recién estrenado y enmascaró su origen humilde con la soberbia de una dama.

—Te agradezco la invitación, Juanjo, aunque a mí no me impresiona el lujo. Forma parte de la vida, es una posibilidad, como todo lo demás. No le

concedo mucha importancia —se le ocurrió decir mientras bebía un burbujeante sorbo de champán francés, un carísimo Krug Vintage.

—¿Y qué te impresiona a ti, Noelia?

—Nada.

—Entonces tú y yo nos vamos a llevar bien.

No le impresionaba tampoco ahora estar compartiendo con su marido — aunque no estaban casados— un Martini y unas aceitunas junto a un cadáver.

—¿Quién la querría atropellar y por qué? —preguntó ella, paseando por su boca una aceituna.

—No sé, tengo que pensar.

—¡Tengo que pensar! ¡Tengo que pensar! ¡Siempre dices lo mismo! —le recriminó, repentinamente enojada—. No hay tiempo para pensar. ¿Estamos en peligro? ¿Están en peligro las niñas? ¿Está en peligro nuestro mundo? — Noelia elevó la voz y, cuando iba a incorporarse del sofá, nerviosa y agitada, Águila, el genuino Águila, se lanzó contra ella y le dio un bofetón con tal ímpetu que la tiró al suelo. Fueron unos pocos centímetros milagrosos los que evitaron que su cabeza se estrellara contra el amenazante borde de una mesa rinconera de metacrilato, tan transparente que parecía invisible junto al sofá.

Un guantazo más. Había perdido la cuenta de cuántos había recibido ya. Su cara y a veces su cuerpo eran el contenedor donde Águila volcaba su ira. Juanjo, el otro hombre que habitaba en él, le pedía perdón inmediatamente y luego, por la noche, le dejaba bajo la almohada un sobre con dos o tres mil euros para que se concediera un lujo caro. Ella lo aceptaba sin comentarios, sin evidenciar que lo recibía para compensar sus palizas, y se gastaba el dinero en una sola mañana, disfrutando al ser tratada como una reina en una boutique exclusiva, eligiendo un bolso o unos zapatos con una copa de cava en la mano. Perdió la dignidad el día en que se enamoró de García. Jamás volvió a pensar en ella, porque lo que más apreciaba en la vida era la belleza del dinero y todo lo bello que genera, sus eternas promesas y su esperanza sin fin. Apretó su mano contra el labio partido, del que manaba un hilillo de sangre, y se acercó al gran abeto de Navidad. Con la otra mano libre y de espaldas a su marido y al cadáver, comenzó a retocar distraídamente el espumillón que colgaba de las ramas.

—Noelia, maquíllate el labio y ve a por las niñas —le oyó decir a Águila desde un extremo del salón—. Yo me ocupo de Olga mientras tanto. ¿Me has oído, cariño?

—Sí —contestó ella sin volver el rostro, contemplando aquel abeto navideño inmenso, brillante, ilusionante—. Llévatela rápido. Va a empezar a oler mal y no lo soportaré.

—Deja de mirar el maldito árbol y ven aquí conmigo.

Noelia, esta vez sí, volvió la vista hacia su marido. Lo vio apurar el vermú y comerse la última aceituna que quedaba, sentado junto a Olga, mirando a su mujer con los ojos tristes de siempre, los que disfrazaban su brutalidad con la melancolía y, ahora, con la ternura.

—Se te ha hinchado el labio, pobrecilla —fue lo primero que le dijo cuando se acercó a él para sentarse su lado—. ¿Podrás maquillártelo bien para que las niñas no lo noten?

—Ya sabes que siempre lo hago —le contestó ella, esquivando de nuevo su mirada y fijándola ahora en el cadáver, aquel cuerpo inmóvil con las piernas abiertas y los brazos extendidos, con los cabellos rubios ahora tan revueltos que parecían un estropajo sobre su cabeza—. Hasta muerta está ridícula —se le ocurrió decir.

—La muerte nos deja igual que lo que éramos —agregó él.

—Va a empezar a oler mal, Juanjo...

—Ahora es posible que sí. Siempre tenemos la calefacción demasiado alta. Anda, vete y yo me deshago de ella, pero antes voy a besarte el labio herido. —Acercó su boca a la de Noelia, pero ella la rechazó.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Hoy te ha seguido un hombre y a ella la han intentado atropellar. Eso no es cosa de la policía. Ha habido muchas redadas antes que esta y nunca había sucedido nada. ¿Qué hemos hecho mal? Recuerda lo que ha dicho Olga: por alguna razón, quieren librarse de nosotros. ¿Qué está pasando en el otro lado, en el de los nuestros?

—No lo sé. Lo solucionaré, no te preocupes.

—¿Y esa Alexia? ¿Qué sabe sobre ti?

—En realidad se llama Luba. La secuestré y la metí en el burdel. Ya sabes lo bien que se paga por las niñas. Me ha dado mucho dinero.

—Si eso se demuestra, son muchos años de cárcel... —musitó Noelia, percibiendo ahora todo el horror que no había sentido tras asistir al asesinato de Olga.

—Tengo que pensar —replicó él.

A Noelia ni se le pasó por la cabeza reprocharle de nuevo esa frase recurrente que le había costado un bofetón, pero sentía que su mundo bello

corría el riesgo de resquebrajarse.

—Pues piensa, pero antes deshazte de Olga de una vez. Luego busca a esa Luba y deshazte de ella también.

## CAPÍTULO VII

De nuevo la lluvia que oscurecía las piedras, la brisa que tantas veces se volvía furia, el perfume que emanaba del Atlántico. Coira sentía por fin la Galicia que le pertenecía mientras caminaba por el puerto de Cieña, la pequeña villa marinera de la Costa da Morte donde nació, donde creció queriendo ser guardia civil, aunque nadie lo comprendiera, porque él nunca quiso dedicarse a los oficios de la mar ni a otros tantos habituales entre sus vecinos, ni tampoco plegarse a la riqueza fácil y oscura del contrabando. Él ansiaba el poder del uniforme, el orgullo militar y la aventura, para él excitante, de pertenecer a la Benemérita. Ya culminado el sueño de ser guardia civil, siempre que regresaba a Cieña percibía, primero con tristeza y más tarde con resignación, cómo los lugareños y hasta su propia familia le trataban como a un extraño, casi como a un intruso. Ni siquiera le hablaban enteramente en galego, sino que lo mezclaban siempre con el castellano para evidenciar — así lo entendía Coira— que ya no era del todo gallego. Ahora, en Navidades, creía también que su familia lo había puesto a prueba con esas comilonas prenavideñas, a ver si lo tumbaban en la primera para demostrarle que ya no pertenecía al clan. Quizá solo fueran fantasías suyas esas paranoias sobre conspiraciones familiares urdidas en torno a la mesa y el mantel, pero en verdad que no acababa de entender tanta celebración gastronómica en los días previos a la Navidad, tanto homenaje al «hijo pródigo». Al fin y al cabo, tan solo habían transcurrido cuatro Navidades sin estar juntos, y había hecho varias escapadas de fin de semana a Cieña durante esos años. Ahora tenía tal saturación familiar que estuvo tentado de inventarse una excusa y regresar a Madrid. El día anterior, cuando habló con el teniente Tresser y se enteró de que había noticias sobre Luba, deseó que su superior le pidiera que regresara. Pero no lo hizo y Coira ya se había resignado.

Después de comer en casa de sus padres un pote demasiado rotundo, del que solo tomó el caldo y comió los grelos —«Sigo flojo, papá, espero que

algún día me lo perdones», se excusó ante su padre utilizando ahora su propia retranca—, cogió el coche y se dirigió a los acantilados del pueblo, sintiendo intensamente la necesidad de estar solo y de liberar la mente frente a la inmensidad del océano. Además, una nueva paranoia estaba creciendo en él y le urgía desterrarla cuanto antes. Sentía que el regreso a Galicia le estaba neurotizando y solo el horizonte abierto e infinito podría calmarle.

Aparcó en los alrededores del bosque de eucaliptos que conducía al acantilado de Os Desgraciados. Allí naufragó, a mediados del siglo XIX, un barco inglés repleto de hombres, mujeres y niños, familias enteras que emigraban desde Irlanda hacia América durante la Gran Hambruna que se cernió sobre el país y que segó la vida de un millón de personas. El buque, un viejo navío que antaño había sido utilizado en el comercio de esclavos, no pudo soportar ni siquiera los inicios de la travesía y fue abatido por un temporal que lo atrajo fatalmente a la Costa da Morte. Todos murieron, entre ellos decenas de críos que las olas estrellaron una y otra vez contra las rocas hasta despedazarlos. Se contaba que viajaban hacinados y que muchos ya estaban muertos antes de naufragar, debido a la escasez de alimento y a las enfermedades. Un naufragio más entre los cientos acaecidos en esas iracundas aguas donde se fusionan en un maremágnun furioso el Cantábrico y el Atlántico. Nunca habría suficientes nombres de acantilados en la Costa da Morte para dedicarlos a los barcos que el mar se fue tragando, pero la tragedia de aquel buque estremeció a Cieña y a los otros pueblos marineros de la zona; qué menos que hacerles un homenaje eterno a los muertos recordando la catástrofe. Aquella historia tan atroz que sufrieron *os desgraciados* huyendo del hambre impresionaba a Coira, y siempre elegía ese acantilado para pasear, porque de algún modo le recordaba el privilegio de tener comida en la mesa y lo terrible que sería que faltara, hasta el punto de cruzar un océano que, más que alentar los sueños, lo más seguro es que acabara anegándolos.

Aquel lejano y desdichado suceso había acrecentado aún más la paranoia que atenazaba a Coira. Intentaba quitársela de encima, pero insistía en quedarse. Tampoco el bosque de eucaliptos que estaba atravesando hacia el acantilado le facilitaba las cosas. Tan altos, tan tenebrosos, tan feos, emergiendo como gigantes silenciosos, siempre al acecho para perpetuar su estirpe, incluso aprovechando el fuego. Para Coira eran una maldición, todo lo contrario que las *carballeiras*, los robledales autóctonos de Galicia, hermosos

y mágicos, dignos habitantes de la tierra en la que nació. Caminando entre los eucaliptos, intuyendo su corazón oscuro entre la savia que los alimentaba, la sospecha se acrecentó. Había germinado horas antes, cuando su madre le mostró en el móvil un vídeo de su prima Mae donde les felicitaba las Navidades. Eran las primeras que no iba a estar en Cieña y lo había enviado desde Londres, donde residía desde hacía unos meses. «Siento no estar allí con vosotros estas fiestas, pero estoy feliz con esta oportunidad y me encanta Londres. La gente es amable y en el trabajo me tratan bien. Sé que entendéis que en España las cosas están muy mal por la crisis. Os quiero, papá, mamá, Antía, tíos, primos. Un beso enorme a todos y felices fiestas», había grabado ante la cámara con voz lánguida e incluso trémula. Aquella no era la Mae que él conocía, la prima arrogante y pija que le hacía sentirse pequeño, la diosa sagrada para toda la familia. Él era cabo de la Guardia Civil a punto de opositar a sargento, con una buena puntuación en el curso de Policía Judicial y una medalla que había recibido por la resolución de un caso en el que había participado bajo las órdenes del teniente Tresser. Ya tenía cierta experiencia en su oficio y sabía *leer* más allá de las palabras e interpretar los gestos. Y eso hizo tras visionar aquel vídeo de Mae por segunda vez, porque en la primera observó algo extraño pero no sabía el qué.

—Déjame verlo otra vez —le pidió a su madre.

—¿Por qué, cariño? ¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar! ¡Nada! —exclamó, disimulando sus recelos—. Es que no estuve atento.

Ahora sí lo había estado y lo analizó con detalle. No fue un elemento concreto el que había llamado su atención la primera vez, sino el conjunto de todos ellos. Mae tenía profundas ojeras que no había podido ocultar con un maquillaje que fue aplicado con prisas, de un modo tan descuidado que algunas áreas de la cara se habían quedado sin color; su pelo corto y despuntado, teñido con mechas que alternaban el color del trigo y el del carbón, estaba mal peinado y casi podría decirse que sucio; las facciones aparecían tensas, crispadas, y la mirada andaba perdida y sin luz, por mucho que ella se esforzara en sonreír para intentar iluminarla. Y luego estaba el escenario que centraba la imagen: ninguno. En aquel vídeo, el plano estaba tan cerrado sobre el rostro de Mae que resultaba imposible saber en qué lugar se encontraba. Todo lo que le había relatado el teniente Tresser sobre Luba el día anterior, el horror de saber que la niña desaparecida había permanecido

cautiva de la prostitución en una mansión de Madrid, había impresionado a Coira hasta el punto de proyectar sus miedos sobre su prima.

—Pero, mamá, ¿no ves que Mae está rara?

—Pues no... —contestó su madre, desconcertada—. Tu prima está cansada, trabaja mucho e incluso le ha tocado hacerlo hoy en Nochebuena, por eso ha enviado el vídeo. ¿No será que el que estás raro eres tú? Es que no sé a qué viene esa pregunta, Guille.

—Pues es que la veo bastante desmejorada.

Algo le ocurría a Mae, estaba seguro de ello y no podía explicarlo, eran sensaciones, sospechas. Su prima estaba en Londres, una metrópoli de casi nueve millones de habitantes, con miles de inmigrantes y etnias, con tantos barrios conflictivos y tanta soledad y desprotección para una joven de veintiocho años...; no entendía por qué la familia no había visto en aquel vídeo lo mismo que él. También lo había comentado durante la comida, pero sus padres no le concedieron importancia.

—¿Tú no has visto nunca la cara que trae tu madre después de pasar horas en el puerto cosiendo las redes? ¿O la de tus hermanos Monxo y Lorenzo cuando llegan de faenar? Pues a la *rapariga* le pasa lo mismo, que el trabajo muda la cara. ¿A los guardias civiles no os pasa o qué?

—Sí, papá, nos pasa —contestó, resignado.

Fue entonces, tras la comida con sus padres, cuando decidió subirse al coche y darse un paseo hasta el mar bravo, pues durante los tres días que llevaba en Cieña únicamente había podido contemplar las aguas tranquilas de la ría, con sus barcas, sus gaviotas y los montes y pueblos cerrando el horizonte, un bonito paisaje de postal que a Coira le sabía a poco: quería ver esa bravura. Tras abandonar el bosque de eucaliptos y sus espíritus oscuros, llegó a Os Desgraciados y avanzó por la hierba mojada hasta alcanzar los límites, luchando contra el viento y la lluvia, que ahora habían arreciado bajo un cielo de nubes sombrías que ya adivinaba su final ante el prematuro ocaso invernal. Se abrochó el chubasquero y se dejó azotar con placer por los elementos, contemplando el infinito mar a sus pies, pero sin atreverse a asomarse al abismo para ver lo que se cocinaba trescientos metros más abajo, con las rocas soportando una y otra vez la embestida de las olas, que vestían su furia de espuma blanca. Se sintió pequeño frente a aquel paisaje donde todo era gigantesco —el acantilado, las olas, el océano— y recordó con rencor la única vez que vio a Mae en Madrid.



«Queda con tu prima por si necesita algo», le había pedido su madre, Amparo, cuando, dos años atrás, Mae se trasladó a Madrid para montar un pequeño estudio de diseño gráfico. Había estudiado la carrera en Barcelona, en el Centro Universitario de Diseño y Arte Eina, uno de los más prestigiosos del país. Cuando la finalizó, decidió que tendría más oportunidades en la capital y alquiló una amplia buhardilla en el barrio de Las Letras, próximo a la Puerta del Sol, en una zona cara, rescatada por las inmobiliarias de lo que antaño fueron pisos viejos y destartados, muchos de ellos de renta antigua. Se marcharon de allí los ancianos humildes y llegaron los profesionales con dinero que querían residir en un barrio céntrico con encanto. Allí llegó también Mae, ávida de mezclarse con los afortunados. Coira se quedó asombrado al ver su buhardilla tan diáfana, tan impoluta, recién rehabilitada, con suelos de parqué y dos amplios ventanales en el techo que durante el día se llenaban de sol y, por la noche, de estrellas.

—¿Y esto te lo pagas tú? —fue lo primero que se le ocurrió preguntarle a su prima.

—¡Qué va! —contestó ella con desparpajo—. Me ayudan mis padres. Es lo normal, ¿no? Estoy empezando.

—Pero ¿tienes trabajo?

—No, tengo contactos. Ya me saldrá algo. Ahora lo primero es instalarme aquí y montar un estudio bonito que pueda enseñar a los clientes.

Mae llegó a la vida cuando sus padres no la esperaban. Tenían una hija de dieciséis años, Antía, y habían intentado tener más descendencia, pero sin éxito. «Si Dios no quiere mandarnos otro hijo, pues habrá que conformarse», se había resignado ya Asunta, la madre, y no quiso someterse a ningún tratamiento de fertilidad, a pesar de que sus ovarios se habían vuelto débiles y ya había sufrido dos abortos. Pero un día se quedó de nuevo encinta y esta vez el embarazo llegó a buen término, aunque la mujer ya había cumplido los treinta y cinco. A la niña la llamaron Asunta, como la madre, pero a la pequeña no le gustaba el nombre.

—*E entón como quieres chamarte, filla?* —le preguntó Vicente, el padre.

—Mae —contestó ella, con demasiado aplomo para sus cuatro años.

—*E de onde sacaches ese nome raro?*

—*Dos meus sonhos.*

Y con ese nombre nacido en sus sueños se quedó Mae para siempre. Guapa y graciosa, había crecido contemplada por todos, admirada como si fuera una

reina. Su hermana Antía, lejos de tener celos, la adoraba. Todos la adoraban. Era lista, aplicada, divertida y simpática. Al finalizar sus estudios, dijo que quería ser diseñadora gráfica y sus padres, sin saber siquiera en qué consistía exactamente esa profesión, le pagaron la carrera en Barcelona sin rechistar. Lo mismo hicieron cuando finalizó la carrera y decidió mudarse a la capital del país, desdeñando las posibilidades que podría ofrecerle Barcelona y, más aún, Galicia.

—*Non queres probar antes en Arteixo, en Inditex? Dan traballo a moita xente e Zara está en todo o mundo.* —Su madre intentó convencerla. No quería perderla de nuevo, tras su ausencia de tres años en Barcelona.

—Por ahora no, mamá. Tengo que probar lejos de aquí —contestó ella. A partir de la adolescencia ya apenas hablaba en gallego, prefería siempre el castellano.

Y ahí estaba la diseñadora, alejada voluntariamente de su tierra, en medio de su gran buhardilla madrileña, de pie, dándole la espalda a Coira, recorriendo absorta aquel espacio todavía desnudo, decorándolo en su imaginación.

—Lláname si quieres y te ayudo a colocar los muebles —se ofreció su primo.

—No hace falta, ya me las apañaré, gracias —le contestó con frialdad.

—Somos primos, ya sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

—Tú estás muy ocupado con tu trabajo de guardia civil. Me las arreglaré, ya te lo he dicho.

A Coira le pareció que le hablaba con desdén, incluso mirándole por encima del hombro. Ese tipo de miradas no tienen matices, llegan hirientes y rotundas, sin dejar espacio alguno a la duda sobre si la percepción ha sido o no equivocada. Ella, la diseñadora gráfica, una profesión moderna cuyo nombre sonaba bien. Él, un cabo de la Guardia Civil que redactaba denuncias en las oficinas de la Comandancia de Madrid, a pocos meses, él no lo sabía entonces, de conocer al teniente Tresser y abordar su primera investigación criminal. Se sintió tan poca cosa ante Mae, tan humillado por la indiferencia de su prima, que se despidió de ella con dos besos en las mejillas, tan fríos que ni siquiera le rozó la piel, tan rápidos que, instantes después, ya estaba bajando en el ascensor de aquel edificio señorial de solo cuatro plantas. Pero más tarde aquel capricho de Mae se apagó y su ambición la llevó más lejos:

en aquellas Navidades hacía ya medio año que había conseguido un trabajo en Londres, en una importante agencia de comunicación. En su momento, Coira había recibido la noticia con indiferencia. No le interesaba saber de su prima y tampoco a ella le había interesado él, pues jamás lo había telefonado mientras vivió en Madrid. Pero esa joven tan arrogante se había esfumado en aquel vídeo navideño. Era totalmente distinta. Nadie parecía darse cuenta de que no estaba bien. Esa mirada perdida... ¿Se habría enganchado a la cocaína? Una ola se lanzó con fuerza contra las rocas y generó un potente estallido. El ruido despertó a Coira de sus recelos. «¿Y si Galicia me está volviendo loco?», se preguntó, alejándose del acantilado. El atardecer ya le estaba robando la luz al aire, el mar se enfurecía aún más y la lluvia también, y tenía que atravesar de nuevo el bosque de aquellos odiosos eucaliptos para regresar a casa. Se dio la vuelta y corrió veloz sobre la hierba, como si huyera de algo. Huía de sí mismo y de sus miedos, avergonzado de sus paranoias. Sin embargo, cuando llegó a Cieña, se fue directo a la taberna que regentaba Antía, la hermana de Mae, dispuesto a obtener información. Sí, era un guardia civil, no podía evitarlo.

A sus cuarenta años, viuda de un marinero al que se llevó la mar y con un hijo de siete años, Goio, la prima de Coira era una mujer reservada y de palabra escueta, muy diferente a Mae. Su ambición en la vida era cocinar, siempre había querido dedicarse a los fogones. Harta y aburrida de su trabajo como administrativa en la lonja, cinco años atrás había rescatado un viejo bar del puerto a donde solo acudían los jubilados para convertirlo en O Mar de Antía, una de las mejores tabernas marineras de Cieña, con vistas a la ría y donde se ofrecían buenos pescados, buenas carnes y el pulpo más rico de la zona, decían. Pero ahora, con la crisis dejando los bolsillos casi vacíos, O Mar de Antía era una taberna triste y solitaria entre semana; solo los viernes y los sábados se llenaban las mesas, y tampoco todas. Antaño había que reservar los fines de semana y Antía tenía un cocinero, un pinche y dos camareros. Ahora solo estaban ella y Aurelio, hijo de una amiga suya, un chaval voluntarioso que acababa de salir de la droga y cuyo salario subvencionaba en parte la Xunta de Galicia.

Cuando Coira entró en la taberna, al filo de las seis de la tarde, vio a Antía tras la barra sirviendo ribeiros y algún que otro albariño, raciones de pulpo y también de nécoras, aunque esas eran las menos. El bar estaba lleno. Faltaban ya pocas horas para celebrar la cena de Nochebuena y nadie deseaba pensar

en la crisis y en la aflicción que provocaba. El día anterior, su prima se había quejado a Coira de que no estaba haciendo buena caja a pesar de las fiestas, y ahora la veía feliz trajinando con las comandas.

—Casi no cabe ni un cliente más. Me alegro, Antía —le dijo cuando llegó a la barra, haciéndose un hueco entre varios hombretones que se reían a carcajadas tras escuchar algo gracioso que había dicho uno de ellos y que Coira no entendió.

—*Non me queixo*, aunque quizá sí —le replicó ella con su gesto adusto de siempre y esa ambigüedad tan gallega que no quiso disimular.

Antía era flacucha y alta, de tez cetrina y cabellos rizados que dejaba crecer como una bola esponjosa y oscura en torno a su rostro. A toda la familia le recordaba a la abuela cubana, Marisé, la mujer que enamoró al abuelo paterno Calisto cuando, muy joven, emigró a La Habana.

—¿Qué te pongo, primo?

—Una Coca-Cola.

—*Carallo*.

—¿*Carallo* por qué?

—*Non sei*, yo no digo nada, tú mismo.

—Venga, pues ponme una *taciña* de ribeiro.

En aquel ambiente festivo no tenía más remedio que claudicar, a pesar de que quería cuidar su hígado tras el cólico del día anterior. Debía hacer el esfuerzo por integrarse en el clan, aunque no confiara en que le sirviera de mucho. Un ribeiro, dos, tres. Una ración de pulpo y un par de nécoras, ese fue el tributo forzoso que Coira quiso rendirle a la familia, pero también el que le permitió aguardar a que, ya cerca de las ocho de tarde, la taberna se vaciara y Antía y Aurelio empezaran a recoger para llegar a tiempo a sus respectivas cenas de Nochebuena. Era el momento de hablar con su prima.

—*Isabela preguntoume por ti* —le comentó ella, sin mirarle, de espaldas a él porque estaba limpiando la cafetera.

—¿Isabela la del instituto?

—Sí, cuál va a ser. *Agora é concelleira do Concello*.

—Concejala, vaya...

—Pues sí, *é lista a rapariga, pero tamén parva*, porque le diste calabazas y sigue preguntando por ti.

Se había olvidado completamente de Isabela, la más empollona del instituto y también la más atractiva, pero a él nunca le había llamado la atención, a

pesar de que ella siempre mostró más interés por él que por los demás.

—Éramos muy jóvenes. Además, ella iba mucho a su bola, demasiado independiente para mí, ya sabes cómo era.

—Y lo sigue siendo. *Non ten noivo*, y mira que pretendientes no le faltan.

No le apetecía en absoluto encontrársela por Cieña ahora que sabía que había preguntado por él. Le estaba costando superar la ruptura con Lola, su novia durante cinco años. No podía quitársela de la cabeza por mucho que lo había intentado, porque algo le impedía suturar la herida de aquel desamor. Tras separar sus vidas dos años atrás, estuvo un tiempo siguiéndola y vigilándola para saber si había otro hombre en su existencia. Una de las muchas noches en las que él se quedaba en la calle bajo su casa, espiando sus movimientos tras las cortinas de la ventana, sintiéndose ridículo y absurdo, pero impulsado por algo más fuerte que él mismo para permanecer allí, observándola desde la oscuridad, Lola le lanzó una cuartilla desde el balcón del tercer piso donde vivía. Aquel papel describió un planeo errático en el aire, como una paloma blanca herida e incapaz de remontar el vuelo, hasta que Coira logró capturarlo entre sus manos. «Guille, voy a tener que denunciarte por acoso si vuelves por aquí», le había escrito. No volvió jamás. No podía permitirse esa mancha en el expediente cuando por aquel entonces estaba a punto de iniciar el curso de Policía Judicial de la Guardia Civil que tanto había anhelado. Pero el dolor por haberla perdido subsistía en su alma y ya era demasiado tarde para intentar recuperar aquel amor fallido. Tras la ruptura, había tonteado con Marieta Baldellou, una sargento de la Guardia Civil a la que había conocido durante la compleja investigación que le valió una medalla. Él viajó un par de veces a Gerona, donde ella estaba destinada, para dilucidar si podía cuajar la relación y así olvidar a Lola, pero Marieta, al igual que Isabela en su momento, era una mujer que le generaba inseguridad por su carácter indómito y su poca disposición a ceder espacio en una relación de pareja. Ambas se comportaban como reinas absolutas de su propio palacio y no había sitio en sus vidas para un rey. ¿Así iba a ser siempre?, se preguntó con desesperanza mientras se bebía el ribeiro.

—Qué pena que no esté Mae estas Navidades —le comentó a su prima, ahora afanada al otro lado de la barra en vaciar de copas y vasos limpios el lavavajillas, con un estruendo de cristales chocando entre sí que a Coira le molestaba; tanto ribeiro le había dejado aturdido y con los primeros síntomas de una jaqueca.

—Sí, es una pena, pero *o traballo é o traballo*.

—¿Y dónde vive en Londres? ¿En un piso compartido con otras chicas?

—Sí, con dos suecas y una sudafricana, pero no negra, sino blanca. Parece que *a rapariga* está contenta.

—¿Hablas mucho con ella?

—Más que hablar, nos enviamos mensajes por el móvil.

—¿Cómo le va?

—*A que vén tanta pregunta?* —Antía había terminado de colocar la vajilla y miró a su primo con desconfianza.

—Hace mucho que no la veo, es normal que pregunte. ¿Te molesta?

—¡Los guardias civiles siempre preguntáis mucho, *carallo!* —exclamó en voz baja, como si se le hubiera escapado ese pensamiento y llegado a su voz de forma involuntaria.

A Coira le dolió el comentario. Para Antía y Mae seguía siendo un guardia civil, no el Guille que siempre estuvo presente en la infancia y adolescencia de sus primas, sino el que compartía oficio con los agentes que combatían el narcotráfico, el contrabando de tabaco y la pesca furtiva, aunque sabía que algunos de sus compañeros gallegos se habían dejado sobornar para mejorar sus vidas y las de sus familias, de espaldas al honor y a la lealtad al Cuerpo. Por eso solicitó un destino lejos de Galicia. Ya nunca sabría, y eso para él suponía un alivio, si hubiera pertenecido al grupo de los leales o al de los corruptos.

—Yo no estoy aquí como guardia civil, Antía, sino como tu primo Guille. Pero mira, ya que estás tan susceptible, te diré que he visto el vídeo de Mae que circula por toda la familia y la veo rara, desmejorada, no es la Mae que yo recuerdo cuando la vi en Madrid —afirmó, animado por los vinos y herido por el comentario de su prima—. Parece que ninguno os habéis dado cuenta, pero yo sí, y por eso te lo estoy diciendo.

Aurelio subió de la bodega con varias cajas de leche y la conversación se interrumpió.

—*Vai para casa, neno, que xa acabo eu* —le dijo Antía, con un tono de voz maternal.

—*Teño que subir un par de barrís de cervexa.*

—*Non te preocupes. Axudárame o meu primo. Anda, vaite.*

Aurelio obedeció, colocó junto a la cafetera varios tetrabriks de leche, cogió su anorak y se despidió con un «feliz *Noiteboa*» taciturno, pronunciado

sin fuerza en la voz, como si la forzosa abstinencia le hubiera succionado la poca vida que le dejó el enganche a la droga. Hasta que el muchacho salió por la puerta de la taberna, Antía y Coira se mantuvieron en un silencio tenso. Él apuró el último trago de ribeiro y ella recogió el dinero de la caja con los tiques y los introdujo en su bolso.

—Pues yo no veo a Mae desmejorada, como tú dices. *O que pasa é que traballa demasiado e está soa en Londres.* Pero tiene solo veintiocho años y puede soportarlo todo, la juventud lo soporta todo. Tú, en cambio, tienes solo dos años más que ella y a veces pareces un viejo. Y te lo digo desde el cariño, primo, *pero é o que penso.*

—Anda, dilo.

—¿El qué?

—Que soy un maldito guardia civil, que soy ajeno a vosotros, que no queréis tener a un picoletto en la familia. —Coira se arrepintió de decirlo, pero ya era tarde.

—*Pero que bouberías dis!* —exclamó Antía mientras se dirigía al sótano—. Has bebido demasiado ribeiro y aún tienes por delante la cena de Nochebuena. Anda, *déixate de neuras e axúdame a subir os barrís.*

Y la ayudó, lo hizo en pocos minutos. Primero subió un barril y luego el otro, transportándolos por las angostas escaleras entre sus robustos bíceps como si fueran rollos de papel, exhibiendo su fuerza bruta, lo único que podía ofrecer de sí mismo a aquella prima que le menospreciaba, al igual que Mae. En aquel mismo momento, quiso coger el coche y huir de Cieña apretando el acelerador, pero se avergonzó de su cobardía y disolvió en su espíritu aquel sueño liberador.

—¿Vas a llevar en el bolso todo el dinero de la caja? —le preguntó a Antía cuando echó el cierre a la taberna, ambos bajo la misma lluvia que había caído durante todo el día, persistente y tozuda—. Ya es de noche, deja que te acompañe a casa.

—*Que pensas que é Cieña, ¿uno de esos barrios chungos de Coruña?* Aquí nos conocemos todos, no necesito guardaespaldas, *nenos* —replicó ella con altivez—. Tengo aquí al lado el coche. Vete y ayuda a tu madre, que esta noche vamos a ser muchos en la cena. El *meu fillo Goio* ya estará allí. Yo me arreglo un poco y voy para allá.

Sin embargo, Antía no se dirigió hacia su casa. No es que Coira quisiera vigilarla, pero la siguió con su coche hasta el barrio de As Rocas —en el

monte de A Cova de Cieña, la zona con mejores vistas sobre la ría— para asegurarse de que llegaba sin contratiempos. Le inquietaba que llevara en el bolso todo el dinero ganado en el día. En el cruce donde ella debería haber girado hacia la derecha, para adentrarse en la carretera hacia As Rocas, lo que hizo, sorprendentemente, fue virar hacia la izquierda, un camino que solo conducía a la playa de Nosa Virxe, a los pies del acantilado de Áncoras, uno de los más frecuentados por los mariscadores furtivos. Si Antía quería aportar a la mesa de Nochebuena buen marisco a un precio mucho menor en comparación con el que se vendía en la lonja en Navidades, no necesitaba llegar hasta allí para comprarlo, qué locura era esa. En Cieña, como en otras tantas localidades, todos sabían de todos, todos sabían quiénes eran los mariscadores ilegales. Nadie acudía a sus lugares de faena, porque servían incluso a domicilio. Aunque esquilmaran los percebes de los acantilados o las navajas del fondo marino, la violencia de la crisis económica no dejaba otra opción que situarse al otro lado de la ley. Coira sabía perfectamente que el marisqueo clandestino había sido desde siempre el sustento de muchas familias, y más aún en aquella recta final del 2009, un año en el cual el nivel de pobreza en todo el país se había multiplicado por tres. ¿Qué hacía su prima conduciendo de noche hacia aquella playa? Si la seguía, lo descubriría en aquel camino solitario. Si desistía, no averiguaría a dónde se estaba dirigiendo en su extraño trayecto. No podía arriesgarse. Se dio la vuelta, marcándose como objetivo del día siguiente visitar aquella playa y su acantilado. A ver qué descubriría. Dos horas más tarde, ya con toda la familia en torno a la mesa, con los padres de Mae lamentándose de que su hija pasara aquella Nochebuena trabajando y tan lejos de allí, llegó Antía y pidió disculpas por la demora.

—*Síntoo. Quedei durmida no sofá* —se justificó, nerviosa.

Al observarla, Coira tuvo la misma sensación que al ver a Mae en el vídeo. El rostro de Antía aparecía tenso, con un rictus que denotaba crispación, y su mirada parecía alejada del mundo. Al guardia civil le dio la impresión de que incluso le temblaba la voz cuando les deseó a todos feliz *Noiteboa*, al igual que le había ocurrido a su hermana en su felicitación navideña. De nuevo, nadie pareció darse cuenta, inmersos ya todos en el ritual de colocarse las servilletas. ¿Qué había sucedido en aquella playa? Fijándose en ella con mayor atención, halló el sustantivo adecuado para definir su estado: atemorizada. Mae también le pareció que lo estaba en aquel vídeo. Ahora lo



entendía. Ya había aprendido a *leer* en los rostros la culpa, la mentira, el miedo. Y ese miedo lo acababa de *leer* en un mismo día en las dos hermanas. Ya no era paranoia. Algo grave les estaba sucediendo y, fuera lo que fuese, les afectaba a las dos, aunque mediara entre ellas el inmenso océano.

Eran nueve comensales en la mesa de Nochebuena, dos familias bien avenidas, sobre todo porque las dos matriarcas, las hermanas Mariño, Asunta y Amparo, estaban tan unidas entre ellas que, si alguna vez surgía algún pequeño conflicto entre las familias de ambas, el pacto casi sagrado era solucionarlo antes de que llegara a sus oídos. Las hermanas, por supuesto, se sentaron juntas en un extremo de la mesa ovalada del comedor de los Coira Mariño, en la casa familiar cercana a la ría y anclada en la ladera del monte, pintada la fachada de azul pastel con balconadas blancas, impregnada de los vistosos colores de la arquitectura atlántica. Junto a las dos hermanas se sentó Antía. En el otro extremo de la mesa, los hombres: Coira junto a su padre, Anastasio, sus hermanos Monxo y Lorenzo y su tío Vicente con su nieto Goio. Tras escuchar el tradicional discurso del rey, momento que se aprovechó para servir los vinos y distribuir entre todos tres grandes centollas, además de langostinos, nécoras y navajas, comenzó el festín, que se completaría después con un guiso de bacalao con coliflor, uno de los platos tradicionales gallegos que nunca faltaba en la mesa de Nochebuena de aquellas dos familias.

Coira no dejó de mirar a su prima durante la mariscada. Abstraída, ajena a las conversaciones de unos y otros, solo se sirvió una pata de centolla que apenas probó, aunque nadie, salvo el guardia civil, reparó en su falta de apetito y en su mirada perdida. Los hombres degustaron el marisco mientras se quejaban del temporal que les había impedido faenar, pues los dos cuñados, Anastasio y Vicente, armadores, compartían una pequeña flota de barcos pesqueros de bajura donde también trabajaban los hermanos de Coira. Asunta y Amparo Mariño, por su lado, también conversaron sobre el temporal, pero en otra dirección, pues temían que la crisis económica se llevara por delante el *seguro del mal tiempo* que, subvencionado en su mayor parte por la Xunta, permitía algún ingreso a la flota gallega cuando la climatología adversa impedía faenar, como estaba sucediendo aquella Navidad. «*Dannos pouco é quítannos máis*» se lamentó Asunta. Su hija, con la mente a kilómetros de distancia de aquellas conversaciones, regresó a la realidad cuando en la mesa ya solo quedaban las carcasas vacías de los mariscos.

—*Eu recollo os pratos* —se ofreció cuando vio que su madre y su tía se

levantaban para hacerlo.

Los recogió con la habilidad de una camarera, de tal modo que se llevó diez platos juntos sin que peligrara ninguno de ellos. Sin embargo, en vez de llevarlos a la cocina, se fue con ellos en dirección al baño.

—*Pero que fas, filla?* —le preguntó su madre, extrañada.

—*Ir ao baño* —contestó, absorta.

—¿Con los platos en la mano? —añadió entonces el padre, lo que provocó risas en la mesa.

—*Anda, pois é verdade* —contestó sin dar otra explicación.

—*Estás bébeda ou que?* —comentó de nuevo su padre, disgustado, puesto que lo primero que pensó es que su hija había bebido demasiado vino.

—*No, papá, teño xaqueca e non probei o viño* —contestó mientras volvía sobre sus pasos y se encaminaba hacia la cocina con la pila de platos.

—*Tómate un anaxélsico, filla* —le aconsejó su madre—. *Tes paracetamol, Ampariño?* —le preguntó a su hermana.

Antía ya se había ido a la cocina y no la oyó. Coira aprovechó el momento —lo estaba deseando— para estar un momento a solas con ella. Quería saber qué le estaba ocurriendo en realidad a su prima, porque pensaba que aquella extraña actitud no se debía a un simple dolor de cabeza.

—Yo se lo doy, sé dónde está el paracetamol —dijo él, levantándose de la mesa.

Ya había abandonado Coira el comedor cuando su hermano Lorenzo, el mayor de los tres, bromeó entre susurros, tapándose la boca con las manos:

—¡Cuidado, Antía, que llega la Guardia Civil!

Nadie pudo evitar reírse de la ocurrencia, pero su madre, Amparo, se la reprochó.

—*Iso estivo feo, Lorenzo.*

Coira no oyó aquella chanza. No le habría gustado, sabiendo como sabía que a su familia nunca le gustó que perteneciera a la Benemérita. Pero en aquellos momentos estaba centrado únicamente en su prima, a la que no encontró en la cocina, sino en el pequeño jardín trasero de la casa, presidido en el centro por un gran limonero del que, a pesar de ser invierno, colgaban numerosos limones, gordos y fragantes; ni siquiera la lluvia lograba robarles su intenso perfume, que las ráfagas de viento paseaban por el aire. Antía se había sentado en un pequeño banco de madera oscurecida por el salitre, bajo un tejadillo que la protegía de la lluvia. Había encerrado su rostro entre las

manos —parecía preocupada, quizá desesperada—, pero las liberó enseguida cuando vio entrar a su primo.

—¿Qué es lo que está ocurriendo, Antía? —le preguntó, sin rodeos.

—Me encuentro mal, ya os he dicho que tenía jaqueca.

—¿Jaqueca y nada más?

—*A que vén iso? Estou farta das túas preguntas, Guille!* —Denotaba una crispación que a Coira no le afectó. Estaba decidido a descubrir qué estaba sucediendo.

—Escúchame, prima, te hablo muy en serio. Si a Mae le ha ocurrido algo, porque estoy convencido de que es así, no vas a poder solucionarlo tú sola.

—¡Y dale con Mae! Estás paranoico. *Podes deixarme en paz dunha vez?*

—Lámala.

—¿Qué?

—Que la llames al móvil. Quiero oír su voz.

—*Agora está a traballar, non podo molestala.* Su empresa es quien lleva la prensa o algo así de un concierto benéfico que se celebra mañana en el centro de Londres, donde actúa... *Non sei agora como se chama...* —Interrumpió sus palabras y miró hacia el firmamento nocturno, como si allá arriba pudiera encontrar el nombre que no hallaba abajo—. ¡Ah, sí! Actúa ese cantante famoso, Elton John. Es un asunto importante para ella. ¿No lo entiendes?

—Solo una llamada de treinta segundos, Antía —insistió su primo.

—*Non on vou a facer! Xa vale!* —exclamó, cada vez más airada ante la insistencia de Coira.

Ambos escucharon cómo se abría la puerta de la cocina que conducía al jardín.

—¿El bacalao sin servir y vosotros de cháchara? —les recriminó Asunta, la madre de Antía, que irrumpió junto a su hermana—. *Se che doe a cabeza, vaite para casa, Antía, pero deixa de facer o parvo como o fixeches durante toda a cea* —le advirtió.

—*Si, voume a casa, xa non podo máis. Voullo dicir a Goio. Pódese quedar a durmir aquí? Mañá recóllo.*

Su prima se fue y Coira no tuvo otra opción que quedarse. Se dedicaron un par de comentarios a Antía y su jaqueca. Entendieron que se fuera a casa, ya que al día siguiente tenía varias reservas de mesas para la comida de Navidad. El guardia civil hubiera querido comprobar si realmente se había ido a su casa o a otro lugar, quizá de nuevo a la playa de Nosa Virxe. ¿Por qué no quiso

telefonar a su hermana ni siquiera durante unos segundos? ¿Por qué se mostró tan agresiva con él? La veía sobrepasada. No dejó de cavilar durante toda la cena, que continuó con el bacalao con coliflor y unas torrijas con vino tinto de postre, para culminar con una queimada y orujos de hierbas. Otra nueva comilona que, esta vez, no le pilló por sorpresa, así que comió y bebió poco de todo. El ágape finalizó bien entrada la madrugada. Cuando se aseguró de que sus padres ya se habían acostado, buscó en Internet el concierto benéfico en Londres que había mencionado Antía. Lo comprobó una y otra vez: Elton John se estaba recuperando de una fuerte gripe que lo había mantenido hospitalizado unos días, lo que le obligó a cancelar todos los conciertos hasta el próximo año. Antía le había mentado. O Mae les había mentado a todos.

## CAPÍTULO VIII

Julián Tresser detestaba cualquier manifestación de felicidad colectiva. Le resultaba desasosegante, y más cuando tocaba el Gordo de la lotería de la Navidad y los agraciados daban saltos de alegría y se dejaban regar por manguerazos de champán. Ahora, durante la copa navideña en el puesto de Uvés, recién llegado del cuartel de San Lorenzo de El Escorial, donde también se habían celebrado las fiestas, sentía el mismo desasosiego al ver a sus compañeros comiendo tacos de tortilla de patata y empanada de atún y bebiendo cerveza sin alcohol, todos juntos y apretujados en la sala de vestuarios, en una camaradería que se exageraba con ruidosas risotadas y chistes malos. Desde un rincón de la estancia, Julián apuraba su cerveza ajeno al jolgorio, al igual que había hecho en el cuartel de El Escorial. Mientras los demás se felicitaban mutuamente la Navidad, él se dejaba llevar por las incógnitas sobre Luba y no paraba de darle vueltas a su conversación con Norberto. Ya tenía decidido que, a pesar de la insistencia del capitán de la UCO de que no lo hiciera, iba a usar sus contactos para saber quién era Águila y encontrarlo. Además, le acechaba aquella cena de esa misma noche con su capitán. Sintió la necesidad de un cigarrillo y ya salía hacia el aparcamiento del cuartel para fumárselo cuando se acercó la sargento Varela, la comandante de puesto en Uvés, una de las poquísimas guardias civiles que mandaban en un cuartel. Solo el tres por ciento de todos los efectivos del Cuerpo eran mujeres, y, aun siendo un porcentaje tan nimio, al teniente Tresser le había costado aceptarlas como compañeras de oficio. Habían pasado ya más de dos décadas desde la primera promoción de mujeres guardias civiles y el teniente empezaba ahora a ser consciente de que habían llegado nuevos tiempos; oía por aquí y por allá la palabra «igualdad» y, aunque aquella reivindicación no le ilusionaba, ya no se resistía a que avanzara.

—Feliz Navidad, mi teniente, aunque sé que son unas fechas tristes para usted y yo lo lamento —le dijo la comandante de puesto con su cordialidad

habitual. Aquella mujer dirigía el cuartel con mano firme, pero el suyo era de los pocos donde no se generaban conflictos ni rencillas ni apenas se abrían expedientes disciplinarios. «Nuevos tiempos, nuevos modos», volvió a repetirse el teniente.

—Gracias, sargento Varela —se limitó a contestar, sin más, para no dar pie a una conversación que, temía, se centrara en la ausencia de Luba.

Tenía la impresión de estar recibiendo pésames continuamente, como si la niña hubiera muerto, y le molestaba exponer tanto su vulnerabilidad cuando él se había construido a sí mismo como un ser rocoso, esculpido en piedra, invulnerable, sin pensar que el agua, con su insistencia, era capaz de horadar las rocas más resistentes. Todos sabían que llevaba tiempo buscando a Luba y estaban pendientes de si aparecía su nombre en las distintas pesquisas e investigaciones que desarrollaban en su trabajo, pero el teniente no soportaba ni una conmiseración más. Sin embargo, enseguida descubrió que la sargento solo quería ser amable y no tenía intención alguna de iniciar una charla.

—Si me lo permite, mi teniente, voy a seguir deseando felices fiestas a todos. No me quiero dejar a nadie.

—Claro, por supuesto —le dijo, sintiéndose estúpido por su propia arrogancia.

Salió hacia el aparcamiento del cuartel. Cuando ya tenía el encendedor en la mano, se acercó la guardia Brancho.

—¿No tendrá un cigarrillo, mi teniente? Me han empezado a pedir unos y otros y me han vaciado el paquete.

—¿Y por qué se ha dejado? —le preguntó mientras le tendía un pitillo.

—Es verdad, parezco tonta. La verdad es que me quedaban ya pocos.

—Pues más tonta todavía —se le escapó al teniente.

Lejos de molestarse, la guardia Brancho replicó con una amplia sonrisa.

—Feliz Navidad, mi teniente. —Sin embargo, su rostro se ensombreció enseguida—. Lo siento, quizá para usted no sea precisamente feliz.

—No lo es —dijo Tresser, resignado de nuevo ante las continuas muestras de compasión. Cuánto deseaba que finalizaran de una vez las fiestas y cuánto lamentaba que apenas hubieran comenzado.

—En mi casa somos quince a la mesa esta noche, y muchos son del Cuerpo: mi padre, mi tío, mi hermano y mi prima —comentó Brancho, dándole una larga calada al cigarrillo, al tiempo que miraba hacia el firmamento, plagado de brillantes estrellas que anunciaban helada en la madrugada; de hecho, hacía

frío fuera del cuartel y pequeñas nubes de vaho, que se unían al humo del tabaco, se escapaban de sus bocas mientras ambos conversaban—. ¿Tiene invitados usted, mi teniente?

—Sí, claro —contestó Tresser sin dar más explicaciones.

—¿Y qué va a cocinarles? —preguntó ella con interés.

—¿Por qué lo pregunta? —replicó el teniente, receloso.

Le había costado lo suyo acostumbrarse al carácter extravertido de aquella joven guardia civil, pero ya había asumido que siempre iba a ser así y que era mejor adaptarse a su modo de ser, que tampoco le disgustaba demasiado porque, a veces, aunque le costara admitirlo, su espontaneidad le resultaba agradable.

—Por si le sirve la idea, yo hago una ensalada de lombarda que está muy rica y se hace en pocos minutos. ¿Quiere que se la apunte antes de irse?

El teniente no sabía qué contestar. No había cocinado en su vida —se alimentaba de frutas, ensaladas preparadas y precocinados—, pero tampoco tenía que enterarse nadie.

—Sí, apúntemela, Brancho —decidió, recordando de nuevo que debía cenar con el capitán Díaz Visedo y, a esas horas, las seis de la tarde, aún no había decidido qué poner en la mesa para completar el guiso de venado que había prometido llevar su superior.

—¡Eso está hecho! —exclamó ella con entusiasmo.

—Brancho...

—¿Sí, mi teniente?

—Ya sabe lo urgente que es resolver el caso Ordovás. Hoy es el día que es, pero mañana por la tarde nos reuniremos usted y los demás para repasarlo. No libran, ¿verdad?

—Entramos de servicio por la tarde, a las cuatro. Estoy investigando a una posible sospechosa, me da ese palpito, pero tengo que ordenar la información que he recopilado para argumentar ante usted mis sospechas.

—Pues hágalo y mañana hablamos.

—A sus órdenes, mi teniente —dijo la guardia civil, aplastando el cigarro contra el suelo y cuadrándose ante su superior.

En el momento del brindis, entraron todos en el cuartel, entrechocaron vasos y copas por la Navidad, por los compañeros asesinados por ETA, por la Benemérita y por España. Aplaudieron al unísono y quienes libran aquella Nochebuena se fueron a sus casas, envueltos en esa felicidad colectiva que

tanto molestaba al teniente.

Con la receta escrita por Brancho, Julián se fue directo a un supermercado cercano al cuartel de Uvés y compró lo necesario para aquella ensalada que, era cierto, no parecía complicada. De hecho, bastaba con cortar en juliana las hojas de la lombarda, escaldarlas un par de minutos en agua hirviendo y escurrirlas, agregar avellanas y almendras picadas, nueces, un mango troceado y, finalmente, culminarla con aceite de oliva y sal. «Remuévala mucho antes de servirla, mi teniente. Es la clave del éxito. Si le sobra, al día siguiente seguirá estando perfecta. Es de las pocas ensaladas que se pueden conservar aliñadas de un día para otro», le había comentado Brancho cuando le entregó la receta, redactada en mayúsculas. «Mi letra es penosa. No la entendería usted si la escribiera en minúsculas», le confesó. Julián tuvo que consultar en Internet en qué consistía el corte en juliana. Es lo que le llevó más tiempo: debía cortar la lombarda en tiras largas y finas. Salvo esa tarea minuciosa, todo lo demás le resultó más fácil de lo que imaginaba.

En menos de una hora elaboró la ensalada, vistió la mesa de la mejor manera posible, utilizando la vieja vajilla de porcelana de su madre, e hizo sitio en el frigorífico para una botella de cava. A las ocho de la tarde todo estaba preparado, incluso el postre, unos profiteroles congelados a los que añadiría un chocolate instantáneo antes de servirlos. A las nueve debían estar sentados a la mesa él y su capitán, para escuchar el discurso del rey Juan Carlos, que a Julián nunca le había interesado demasiado, ya que le parecía que apenas cambiaba de un año para otro, pero se trataba del Jefe del Estado y era inexcusable, como guardia civil, escucharle cada Nochebuena. Quizá en esta ocasión, pensó, hiciera alguna mención a la crisis económica, a los desahucios que de un día para otro dejaban en la calle a familias enteras por no poder pagar sus hipotecas o sus alquileres, expulsados de sus hogares con brutalidad, con policías y porras. Le alegraba no ser un agente de antidisturbios en aquella España triste y empobrecida, porque hubiera tenido que cerrar los ojos y cumplir con su deber, cumplir con la ley, aunque fuera injusta. Sin embargo, tampoco entendía por qué la gente se había comprometido con hipotecas tan altas, creyéndose que eran reyes cuando en realidad nunca dejaron de ser vasallos. Y, precisamente por eso, porque alguien descubrió que no era más que un simple vasallo que soñó con ser rey, pudo comprar su ático dúplex a un precio realmente bajo, impensable tan solo dos años atrás. El banco se lo había quedado por impago y se lo ofreció a



Julián casi como un saldo, «una gran oportunidad», le aseguraron. Los peces grandes se comen a los pequeños y los pequeños, a su vez, a otros más pequeños, en una cadena trófica sin fin. Él era una pieza más del engranaje alimenticio, se justificó.

Tras una ducha, se vistió con ropa limpia y se sentó en el sofá del salón para fumar un cigarrillo. Buscó con la mirada a Greta. ¿Dónde narices estaba? Desde que se había mudado a la nueva casa, la gata desaparecía de vez en cuando y la encontraba en los lugares más recónditos: dormitando sobre la cesta de ropa para lavar, sobre las toallas dobladas y limpias o incluso, en una ocasión, la pilló jugueteando con su tricornio de gala, que inadvertidamente había dejado fuera del armario al ordenar la ropa. Le hubiera gustado que Raimundo, el antiguo vecino que se la donó y que ahora vivía en una residencia geriátrica de Torrelodones, compartiera con él la Nochebuena, pero había viajado a Bilbao, donde residía su hija. Lo hizo a regañadientes, porque no soportaba a su yerno, un hombre, según le había comentado, que bebía demasiado y no la trataba bien.

—¿Quieres que haga algo? —se ofreció el teniente en una de las frecuentes visitas a la residencia; le llevaba a Greta para que el anciano, cumplidos ya los ochenta años, disfrutara de su gata. La llevaba en brazos durante los paseos que ambos daban por las cercanías de la residencia y a Julián le reconfortaba verlo feliz con el animal. No quería que ni Raimundo ni Greta perdieran nunca sus vínculos de cariño.

—¿Hacer algo? ¿A qué te refieres, Julián? —le preguntó Raimundo con la gata en brazos, ambos caminando bajo los pinos y abetos de una avenida de Torrelodones, el anciano del brazo del teniente, pues el hombre se estaba quedando ciego—. ¿Me lo dices como guardia civil?

—Pues no sé, quizá sí.

—¿Y qué puedes hacer tú?

—Algo se podrá hacer —contestó Julián sin pensárselo ni un segundo. Raimundo era el único amigo que tenía y lo quería y lo cuidaba como a un padre—. Puedo hablar con mis compañeros de la Comandancia de Bilbao para que estén vigilantes con este individuo, aunque si ella no lo denuncia, poco se puede hacer.

—Solo deseo que le reviente el hígado de una vez, pero eso no está en nuestra mano. Mi hija tiene mucha vida por delante, solo tiene cuarenta y dos años, y estaría bien que Dios la liberara de ese lastre. Habrá que esperar. Lo

único que te pido es que estés pendiente de ella cuando yo me vaya de este mundo. ¿Me lo prometes?

—Por supuesto, Raimundo, ya sabes que sí.

En más de una ocasión Julián le había ofrecido vivir en su casa. Ya se las ingeniaría para que alguien le atendiera. Pero él siempre se había negado. «Tienes que vivir tu vida, Julián. Yo ya he vivido la mía. Tráeme a mi gatita de vez en cuando y me harás feliz», le había dicho la primera vez que se lo propuso. Ya no insistió.

Tras dejar lista la cena que iba a compartir con su capitán, encontró a Greta dormitando sobre la almohada de la cama de Luba. La gata solía hacerlo con frecuencia, dotando de alguna vida a ese dormitorio que aguardaba a su dueña. Le gustaba verla allí y no la despertó. Fumándose ahora un cigarrillo en el sofá, decidió impulsivamente llamar a Adelaida. Quizá estuviera preparando la cena, quizá no estuviera en Madrid, quizá esto, quizá lo otro. «¡Lámala y déjate de excusas!», se impuso.

—Hola, Julián. Feliz Nochebuena. —Adelaida no tardó en contestar su llamada; su voz sonaba extrañamente triste.

—Feliz Navidad a ti también. —Estaba nervioso y le preocupaba que ella se diera cuenta. Hubiera deseado que no atendiera el teléfono y dejarle así una llamada perdida, para librarse de volver a tomar la iniciativa, pero ya era tarde.

—¿Tienes cena de Nochebuena?

—Más o menos. ¿Y tú?

—Más o menos, también —contestó ella con una voz lánguida, como si le costara esfuerzo hablar.

—¿Estás bien, Adelaida?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, tienes una voz distinta.

—Estoy un poco cansada, será eso.

—¿Has trabajado hoy en el hospital?

—No, tengo unos días libres.

—Igual estás de viaje y te estoy molestando.

—No, en absoluto, estoy en Madrid. ¿Sigues viviendo en Uvés?

—Sí, me mudé de casa, pero aquí sigo.

—¿Encontraste a Luba? Hace tanto tiempo que no nos vemos... —Adelaida dejó en suspenso la frase; quizá se estuviera arrepintiendo de no haber

contactado con él desde hacía casi dos años.

—No, todavía no la he encontrado, pero sé que está viva.

—Eso es una magnífica noticia, Julián —le dijo con un timbre de voz menos apagado; parecía haberse alegrado sinceramente.

—Sí, puede ser una buena noticia, pero no sé. Estoy siguiendo su pista, solo eso.

—¿Te apetece que nos veamos después de la cena si estás libre de otros compromisos? —le preguntó de repente.

Julián no estaba preparado para esa propuesta inesperada. Lo cierto es que sí quería verla, y en aquel momento incluso lo deseaba intensamente, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea. Del mismo modo que lo había abandonado una vez, podría hacerlo de nuevo.

—Claro que sí, por qué no —decidió finalmente—. ¿Dónde quieres que quedemos, Adelaida?

—En un lugar tranquilo, aunque en Nochebuena después de las doce y en Madrid va a ser complicado. Te invitaría a mi casa, pero cenaré aquí con mis padres y se van a quedar a dormir.

No le quedaba más remedio que ofrecerle la suya. Había captado la sugerencia. ¿Qué querría de él, irrumpiendo de nuevo en su vida y de esa forma, obligándole prácticamente a invitarla a su casa? Ya había tenido suficiente con el capitán. Adelaida le daba vértigo.

—En realidad, Julián, necesito hablar contigo. Debo darte una explicación, contarte por qué no te llamé cuando te dije que lo haría. Me han pasado cosas, quiero que las sepas. Entonces lo entenderás todo y me perdonarás.

—No tengo nada que perdonarte.

—Eso no es verdad. Sé que mi actitud te hirió.

—¿Cómo puedes saberlo si no estabas? —Julián se arrepintió de lo que acababa de decir; incluso le causó dolor esa salida de tono—. Perdóname, Adelaida, yo no quería...

—No te preocupes —dijo, evitando que él terminara la frase—. Ha pasado demasiado tiempo, lo entiendo. Ya hablamos en otro momento.

—No, por favor, no cuelgues.

Julián le dio su dirección, quedaron a las doce y media, ella iría en su moto, como siempre, y llevaría una botella de vino. «Me alegra muchísimo volver a verte, no imaginas cuánto», le aseguró Adelaida al despedirse.

El capitán llegó puntual y, como ya había supuesto el teniente, le sorprendió

aquel moderno dúplex con dos terrazas y un gran salón con puertas acristaladas.

—Vaya, Tresser, no vive usted mal para ser guardia civil, y además en la mejor zona de Uvés —comentó nada más cruzar la puerta, con un táper entre las manos.

—Ya le comuniqué en su momento que me había mudado, mi capitán. Lo compré tras vender el piso de mi madre en el centro de Madrid. La crisis ha dejado las viviendas a precio de saldo y había que aprovechar —se justificó, con la intención de calmar los recelos de su superior.

—Eso es verdad, la maldita crisis, pero si no le conociera, pensaría que es usted un corrupto —afirmó el capitán sin ambages mientras le tendía el táper—. No se lo tome a mal, pero comprenderá que esta casa excede en mucho lo que puede permitirse un teniente de la Guardia Civil. Ha tenido usted suerte al recibir un patrimonio, aunque no sé para qué quiere tanta casa si vive solo.

—Luba vivirá conmigo cuando la encuentre. —Julián no sabía si podría soportar una impertinencia más de su superior.

—Ah, Luba, es verdad. ¿Sabe algo más de ella?

—Bueno, la verdad es que...

Díaz Visedo no le dejó terminar. Demostró tener otras prioridades.

—¿Tiene microondas para calentar mi venado? Me tiene aquí de pie con el táper y el abrigo puesto.

—Sí, mi capitán, tengo microondas. —Julián fantaseó con arrojarle encima el guiso.

—Pues caliéntelo mientras escuchamos al rey, que está a punto de hablar —le ordenó tras mirar su reloj.

Ya no cruzaron palabra hasta que el monarca finalizó su discurso. Ambos se habían sentado en el sofá del salón para escucharlo frente al televisor, y permanecieron en respetuoso silencio mientras habló Juan Carlos I. Cuando mencionó como un hecho positivo «las medidas a escala internacional, europea y nacional para detener la crisis y paliar sus efectos», no pudieron evitar mirarse de reojo. Los dos pensaron a la vez que aquello no era cierto, que no se estaba haciendo nada realmente, o al menos en la calle no se percibía así, y además la Benemérita estaba sufriendo auténticos zarpazos en los presupuestos. Se miraron de soslayo no para buscar complicidad ante lo evidente, sino porque Tresser temía haber mostrado su desacuerdo, aunque fuera con un mínimo gesto, y el capitán, también. Desautorizar íntimamente

unas palabras del Jefe del Estado había incomodado a los dos guardias civiles.

—Tiene usted un televisor pequeño para una casa tan grande —insistió el capitán en el tamaño de la vivienda cuando ambos se levantaron del sofá y se dirigieron al espacio del salón donde Julián había preparado la mesa de Nochebuena—. Pero hace usted bien, quién quiere uno de esos armatostes que venden, cuando los guardias civiles tenemos tan poco tiempo libre.

«Y ahora dirá que, para lo que hay que ver en la tele, mejor no gastarse mucho en el aparato», aventuró el teniente.

—Claro que, con lo que echan en la tele, para qué dejarse la nómina en una gran pantalla. No tiene sentido.

Díaz Visedo se había convertido no solo en un cascarrabias, sino también en un ser previsible. Sin hacer comentario alguno sobre la ensalada de lombarda que había preparado Julián —aunque no dejó ni un resto en el plato—, el capitán alabó su propio venado en salsa de vino no una, sino varias veces.

—Sí, está rico —manifestó Julián solo en una ocasión, a la espera de que el capitán hiciera referencia a su ensalada, algo que no se produjo.

Apenas conversaron. En aquella cena solo flotaron en el aire frases sueltas y banales sobre el paso del tiempo, la magia de la Navidad en la niñez, los bonitos encinares y pinares que rodeaban Uvés y los futuros coches eléctricos de los que tanto se hablaba.

—¿Qué ha preparado de postre? —preguntó el capitán cuando terminaron de cenar, apurando el Ribera de Duero que le quedaba en la copa, la única que tomó durante la cena, al igual que Tresser.

—Profiteroles con un poco de chocolate por encima. —Díaz Visedo torció el gesto—. ¿No le gustan, mi capitán?

—No es de mis postres favoritos, siento decírselo —replicó sin importarle parecer desconsiderado.

Julián se esforzó en no evidenciar su enfado ante tal descortesía. Él mejor que nadie entendía que la muerte de un ser querido, como era el caso de la esposa del capitán, podía descomponer el carácter y fulminar cualquier empatía con el mundo, pero esos continuos desaires le parecían excesivos. ¿Y los suyos propios? Tuvo que admitir que se reconocía en aquel desdén del superior hacia su subordinado. Cuántas veces el teniente había aplacado sus sinsabores usando a los demás como diana de sus flechas, para no clavárselas él mismo. Eran dos seres amargados, los dos, cada uno a su modo. Deseó que

aquella cena de Nochebuena terminara cuanto antes.

—¿Entonces no quiere los profiteroles, mi capitán? —insistió Julián.

—No, mejor un café solo. ¿Tiene descafeinado? La hipertensión no me permite tomar más de una vez al día uno de los de verdad.

—Ahora se lo preparo.

—¿Y usted, Tresser, no va a comer profiteroles?

—No, los dejaré para mañana. —Julián no deseaba prolongar más esa Nochebuena y, además, quería recibir a Adelaida con la mejor versión posible de sí mismo. En aquellos momentos se sentía agotado por la tensión que le generaba su invitado.

Preparó los cafés y ambos los tomaron en silencio. El capitán parecía repentinamente taciturno, abstraído en sus pensamientos, y Julián no hizo esfuerzo alguno por traerlo a la realidad. El avance de las agujas del reloj se encargó de hacerlo.

—Ya son las once —dijo Díaz Visedo mirando la hora y despertando de su leve letargo—. Voy a irme ya. Mañana tengo que madrugar. Quiero pasear por el campo y luego ir al cementerio a saludar a mi mujer.

—Es un buen plan, mi capitán —comentó el teniente, contento por su inminente partida.

—Yo ya no tengo planes, Tresser —sentenció. Julián no quiso consolarle por su viudez y le satisfizo no hacerlo.

Díaz Visedo se incorporó de la mesa, se puso el abrigo y, mientras ambos se dirigían a la puerta, le dijo:

—Tres cosas antes de irme, Tresser.

—Dígame, mi capitán.

—La primera, gracias por la cena. La segunda, lléveme el táper del venado a la Comandancia cuando nos veamos. La tercera, esta noche a las doce y media hay una nueva vigilia en la Puerta del Sol por Pepa Ordovás y seguimos sin tener una sospechosa —comentó ahora en tono severo.

—Puede que eso cambie, mi capitán.

—Pues infórmeme, vamos —le apremió con interés.

—Mañana tengo una reunión con mi Unidad y creo que de allí saldrá un nombre —afirmó sin saber si eso era cierto o no, pero era lo que aquella tarde le había avanzado Branchó.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes, teniente? —En la voz de su superior había enojo.

—No me parecía correcto hablar de la investigación durante la cena.

—Pues a lo mejor me hubiera dado una alegría, porque me preocupa la falta de avances en este caso y espero que no se deba a la dispersión que pueda causarle su búsqueda de Luba en sus ratos libres, y le recalco lo de ratos libres.

—Con mis respetos, mi capitán, solo hace un día que murió Ordovás y sabemos que hay casos que tardan meses en resolverse o que no se resuelven jamás. Mañana tendremos un nombre sobre el que investigar —afirmó con decisión.

—Pasado mañana le quiero a usted con el informe en la Comandancia.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Acuérdese de traerme el táper del venado. Buenas noches, Tresser.

Cuando lo despidió en el ascensor, el teniente percibió cómo se relajaban de golpe sus músculos y sus cervicales. Aun así, tuvo la urgente necesidad de fumar y de beberse un whisky con hielo. Acababa de vivir la Nochebuena más cargante de su vida. Al entrar en casa tras despedir a su superior en el ascensor, Greta le esperaba frente a la puerta, sentada sobre las patas traseras, mirándole con sus penetrantes ojos azules, que parecían dos pequeños mares en medio de su brillante pelaje negro.

—Gata lista, has hecho bien en escaquearte —le dijo mientras se agachaba y le acariciaba la cabeza.

Recogió la mesa, fregó la vajilla dejando que Greta se paseara por la encimera de la cocina y se esmeró en borrar todo indicio de que allí hubiera tenido lugar una cena. Y, entonces sí, salió a la terraza, se fumó ese cigarrillo y se bebió ese whisky. Le apetecía recibir el frío de la noche, un frío intenso. Se entretuvo mirando el firmamento rebosante de estrellas; pensó ilusionado en la inminente visita de Adelaida mientras recorría con la mirada los trazos de la Osa Mayor y la Osa Menor. ¿Y si en aquel momento Luba estuviera mirando también las estrellas desde algún lugar? Había una entre un millón de posibilidades de que fuera así, pero todo el mundo se impregna de magia cuando contempla el firmamento estrellado, y él no era diferente, pensó tras apurar —demasiado rápido— el whisky.

Luba, sin embargo, no estaba mirando las estrellas, como había fantaseado Julián. Sucedió que alguien había abierto la puerta del sótano donde ella dormía sobre la tumbona, presa de sueños agitados, sudorosa, febril. Se había despertado al oír el sonido de pisadas en las escaleras y puso todos sus

sentidos en alerta. La iban a descubrir y ella apenas tenía fuerzas para ocultarse, pues su cuerpo le pesaba tanto que le costaba incluso mover los dedos de las manos. Aun así, logró tirarse al suelo y acurrucarse rápidamente bajo la hamaca, tan baja que apenas le dejaba espacio, pero no tuvo una idea mejor. Notaba en la pierna herida un intenso hormigueo y no sentía los dedos del pie; intentaba moverlos, pero no lo conseguía, no le obedecían.

La luz del sótano se encendió y desde su escondite vio unos pies masculinos calzados con mocasines negros. Era un hombre, y hasta entonces en la casa solo había mujeres. Lo escuchó tararear una melodía mientras dirigía sus pasos hacia el fondo del sótano, donde estaba el botellero con los orujos. Oyó el ruido del cristal de las botellas al ser manipuladas. Luego, unos segundos de silencio; después, las pisadas que se acercaban de nuevo y que, cuando llegaron a la altura de la hamaca, se detuvieron. Se había olvidado de recoger las mondas de la mandarina que se había comido antes de dormirse. Ahí estaban, denotando su presencia. ¿Quién si no un intruso podría haber bajado al sótano para comerse una fruta?, reconoció Luba. Estaba perdida. Unas manos grandes dejaron sobre el suelo una frasca de orujo y recogieron los restos de la mandarina, tan cerca de ella que detuvo su respiración para no ser descubierta. Oyó cómo aquel desconocido aspiraba el olor del cítrico, imaginó Luba que para saber si eran restos recientes, lo cual la traicionaría. Sabía perfectamente que aquel no era lugar para aquellas mondas.

—¡Luca, sube de una vez, que me quiero ir a dormir! —escuchó la lejana voz de Elsa en la planta superior.

—¡Ahora voy con el orujo! —gritó él.

—¡No bebas más, por favor! ¿Me has oído? ¡Sube!

—Qué coñazo eres, por Dios —musitó con la voz arrastrada.

Estaba borracho. Luba sabía diferenciar perfectamente una voz marcada por el alcohol. El hombre tiró las mondas al suelo, cogió la frasca, subió las escaleras y apagó la luz. Aquello era un aviso serio. Estaba tan asustada que no se movió de debajo de la hamaca, pero al final tuvo que hacerlo porque se encontraba mal, muy mal. El sobreesfuerzo que hizo al esconderse le había robado las pocas fuerzas que le quedaban y, al levantarse, le asaltó una tiritona que le hizo castañear los dientes y morderse la lengua. Sintió mucho dolor. Debía hacer un último esfuerzo para tumbarse de nuevo. Lo logró, pero el trabajo físico que invirtió en ello la dejó molida. Tuvo la sensación de que ya había traspasado todos los límites, que ya no iba a aguantar más.



## CAPÍTULO IX

Julián se sintió grotesco observando las estrellas como un poeta ensimismado, cuando en su vida nunca hubo poesía ni él tampoco la había buscado jamás. Le costaba reconocer la belleza de las cosas, por eso se avergonzó de haber fantaseado con que Luba y él pudieran estar contemplando el mismo universo. Esa niña raptada y vejada no tenía tiempo para la poesía. Podría estar encogida de puro frío en cualquier agujero de la ciudad, o herida, o enferma. O muerta. Cuánto deseaba la soledad en aquella terraza desde la que ahora ya no contemplaba las estrellas, sino el pozo oscuro en el que se había convertido su alma desde hacía dos años. No le hubiera importado hacer un pacto con el diablo en aquellos momentos, ofreciéndole su honor y su integridad a cambio de recuperar a Luba.

No estaba, pues, en su mejor momento cuando pulsó el botón de su videoportero para abrirle la puerta a Adelaida. A través de la pequeña pantalla observó su rostro difuso, desdibujado como el de un fantasma. ¿Acaso no lo era? Había desaparecido de su vida volatilizándose y ahora reaparecía de nuevo, quizá para luego esfumarse otra vez. La vio salir del ascensor, con ese caminar tan singular que ella tenía, hecho de pasos largos, lentos pero decididos a la vez, cabeza alta, cuerpo recto, atravesando el aire con arrogancia. Era la misma, pero a la vez estaba distinta, sin saber Julián qué parte no encajaba en el recuerdo que tenía de ella. Ambos se besaron fugazmente en las mejillas, como si acabaran de conocerse, olvidando intencionadamente la intimidad que un día vivieron en aquella habitación de hotel. Como siempre, olía a jazmines. Llevaba una gabardina abrochada de modo descuidado con un cinturón. Su rostro, apagado, no había perdido sin embargo el encanto que antaño le deslumbró.

—Feliz Navidad, Julián —le dijo con una voz dulce, muy alejada de la que él recordaba, determinante y rotunda.

—Feliz Navidad, Adelaida —contestó él, intentando apartar de sí el

resentimiento y la desconfianza.

—He traído una botella de vino blanco verdejo. —Se la entregó—. La he preferido a un cava, no sé si te parecerá bien. Estos días no me apetece champán.

—A mí tampoco, aunque tengo un cava en la nevera por si nos arrepentimos. —Se dio cuenta de que ambos permanecían uno frente a otro en la entrada del dúplex, como si ninguno de los dos se atreviera a dar un paso más—. Pero ¿qué hacemos en la puerta? Adelante, pasa, por favor.

Al descubrir aquel amplio y moderno salón de techos altos y grandes puertas correderas de cristal, le preguntó, sorprendida, si los guardias civiles podían permitirse una vivienda así.

—Y, además, con jardines y piscina comunitaria —añadió—. ¿Vivís así de bien?

—En absoluto, todo lo contrario —le interesó recalcar—. De hecho, muchos de los nuestros aguardan años en lista de espera hasta que se les adjudica un piso gratuito de la Guardia Civil, un pabellón, como nosotros lo llamamos, que muchas veces se recibe en un estado lamentable. Hasta entonces tienen que alquilar un piso y pagarlo de su bolsillo. Yo soy un privilegiado, porque he vendido el piso de mi madre en Madrid y he comprado este por mucho menos de lo que vale debido a la crisis. Pero el dúplex no es para mí, será para Luba.

—Así que estás convencido de que la vas a encontrar.

—Sí, claro —aseguró Julián sin pensarlo demasiado, aunque sintiera que aquella afirmación estaba muy alejada de la realidad—. Tengo alguna pista, pero ahora quiero saber de ti. Voy a la cocina a por dos copas para el vino.

Adelaida se quitó la gabardina y la dejó junto a su bolso, sobre el respaldo de uno de los dos sofás; llevaba un jersey de cuello alto sin mangas, unos pantalones ajustados y unas botas planas de caña. Todo negro, como su cabello, que caía suelto y lacio sobre sus hombros. Ni una concesión al color, ni siquiera en el maquillaje, limitado a un poco de sombra sobre los párpados y a un leve perfilado, negro igualmente, en la línea de las pestañas. Cuando la vio sin la gabardina, Julián se preguntó si aquel luto riguroso obedecía a la pérdida de algún familiar, aunque ya casi nadie lo usaba en los duelos, o bien vestía así porque, simplemente, le gustaba. En cualquier caso, concluyó que el negro realizaba aún más su atractivo.

—No sé si el vino estará lo suficientemente frío —comentó ella.

—Está perfecto —afirmó al notar entre sus manos el frescor del cristal de la botella.

Se sentaron en uno de los dos sofás de color burdeos del salón, dispuestos en ángulo recto en torno a una austera mesa baja de madera y cristal. En la estancia había pocos muebles más: una librería prácticamente vacía —tan solo con unos pocos volúmenes apilados en un rincón—, una mesa de comedor con cuatro sillas, un mueble que sustentaba un pequeño televisor y una lámpara.

—¿Te acabas de mudar?

—Vivo aquí desde hace un año. ¿Lo dices por la escasez de muebles? Es que a mí me gusta vivir así, con poca cosa, solo lo necesario y nada más. — Julián no mencionó el dormitorio de Luba, el único diferente al resto de estancias, recargado, florido, vistoso. No quería hablarle de *su* niña. Escanció el vino y propuso un brindis.

—Por este reencuentro, Adelaida, después de tanto tiempo.

Entrechocaron sus copas y bebieron un pequeño sorbo.

—Tú lo has dicho, tanto tiempo... —musitó ella—. Ya te he dicho por teléfono que te debía una explicación.

—Y yo te he contestado que no me debías nada.

Adelaida volvió a beber vino y mantuvo la copa entre las manos.

—Me avergüenza no haberte dado noticias de mí en casi dos años, Julián. Aquel día te dije que te llamaría y pensaba hacerlo tras la boda de mi hermano, que se casaba una semana más tarde.

—No me dijiste nada...

—No lo consideré importante, era solo una boda, aunque quizá evité decírtelo porque me sentía agobiada y no me apetecía darte la paliza con los detalles. Iban a asistir cuatrocientos invitados y aquello era una locura.

—¿Cuatrocientos? —preguntó Julián, atónito; le pareció una cifra desmesurada.

Nunca se había planteado a qué tipo de familia pertenecía Adelaida. Ella era refinada, elegante, distante y educada. Se reunían en ella los tópicos más básicos de la gente adinerada. No se le había ocurrido que fuera así, pero aquella boda palaciega lo acababa de evidenciar.

—Sí, cuatrocientos invitados nada menos. Mi padre es abogado, tiene un bufete importante y muchos compromisos sociales. Aquella boda era, además, una especie de unión entre dos reinos. La novia, Carolina, era hija de un abogado con otro importante despacho en Madrid. Ella también es abogada,

como Gonzalo, mi hermano. Sin embargo, la boda nunca llegó a celebrarse. La noche anterior, el novio desapareció —afirmó tras beber más vino, casi hasta apurar la copa.

—¿Cómo que desapareció? —Ese final de la historia no se lo esperaba.

—Nos dejó una breve carta escrita a mano en la que nos decía: «Perdonadme. He descubierto una nueva vida y quiero vivirla. Siento la decepción que os voy a causar. No me busquéis. Sabed que seré feliz». La he leído tantas veces, intentando comprender su sentido, que me la sé de memoria. Se llevó cincuenta mil euros de su cuenta, aunque dejó en ella muchos más, y se alejó de nuestras vidas.

—Joder... —se le escapó a Julián.

—Esa es la razón por la que no te llamé.

—Pero yo te hubiera ayudado, Adelaida. —No supo Julián añadir una palabra más.

—¿Ayudarme a qué? ¿A buscarlo? Él quiso abandonarnos, abandonar a su novia con la que llevaba cinco años de relación, rompernos a todos. —Brilló ahora su mirada, le pareció a Julián que estaba intentando contener el llanto.

—¿Sabes algo de su paradero?

—Es complicado. ¿Me pones un poco más de vino, por favor?

Adelaida relató a Julián la tragedia que había irrumpido en las vidas de las dos familias. La novia, humillada, había estado un mes en la cama, llorando escondida bajo las sábanas, provocándose vómitos continuamente, enloquecida. Su salud fue empeorando día a día hasta que sufrió un fallo renal. Fue ingresada en el hospital y, una vez estabilizada, Adelaida la trató en su unidad de psiquiatría, donde logró convencerla de que Gonzalo no se merecía que muriera de tristeza y decepción. «Olvídate de mi hermano, Carolina. Sal de tu cueva y vuelve a descubrir el sol, que continúa ahí, donde ha estado siempre. Recupera la vida que te pertenece. Hallarás el modo». Recordó algunas más de las muchas palabras que le dijo, aunque no se las mencionó a Julián.

—Carolina tardó seis meses en volver a la vida —prosiguió—. Sus padres evitaron y siguen evitando cualquier relación con los míos. Nuestros mundos se derrumbaron, los de todos. Mi padre era un hombre simpático, social, con muchos amigos. Gonzalo era el heredero natural del bufete y su huida le dejó destrozado. Ahora se comporta como un zombi. Se limita a trabajar, se queda en el despacho hasta la madrugada, llega a casa y apenas se comunica con mi

madre, aunque tampoco importa, porque ella se ha encerrado en sí misma y únicamente sale de casa para ir a misa cada día y rezar, reza sin parar, siempre está con el rosario en la mano murmurando oraciones. Se sienten tan humillados por lo que les hizo mi hermano que se niegan a levantarse tras la caída. Les da vergüenza ponerse en pie.

—¿Y tú?

—¿Yo? Intento estar pendiente de ellos. Les receto ansiolíticos, me voy a su casa los fines de semana, que es cuando libra la empleada de hogar que vive con ellos y la que se asegura de que coman, porque casi nunca tienen apetito.

—Pero ¿cómo estás tú? —insistió Julián.

—Yo siento la enorme frustración de no poder ayudarlos, ni como hija ni como psiquiatra, porque también estoy rota. Me temo que te estoy amargando la Nochebuena, Julián —comentó con una triste sonrisa.

—No digas eso, y además me importa un bledo la Nochebuena, para mí es un día como cualquier otro.

Greta apareció de repente. Un salto silencioso la colocó en lo alto del respaldo del sofá, entre las cabezas de ambos. Adelaida se sobresaltó, pero sonrió cuando se dio cuenta de que aquella sombra imprevista era una gata.

—¿Cómo se llama?

—Greta.

—Es preciosa —dijo, acercándose a ella para acariciarla, pero la gata se escabulló y saltó al regazo de su dueño, desde donde observó a la invitada con sus magnéticos ojos azules—. Nunca te hubiera imaginado con un animal de compañía, Julián.

—Ni yo tampoco, hasta que me la cedió un vecino que no podía ocuparse de ella. Ahora es mi única familia —confesó—. ¿Te apetece comer algo? Tengo profiteroles. —Se alegró de que su capitán los hubiera desdeñado, porque no tenía nada más que ofrecer.

—Sí, claro que me apetecen. Últimamente me gusta más que nunca el dulce, un calmante natural de la ansiedad. Menos mal que me castigo cada día haciendo varios kilómetros en la bicicleta estática, porque he descubierto que el chocolate me encanta y no me resisto nunca a él.

—Dame cinco minutos para prepararlos.

—¿Te importa si mientras tanto salgo a la terraza a que me dé un poco el aire?

—¿Estás bien? Casi nos hemos bebido la botella entera de vino...

—Estoy bien, deja de preocuparte por mí y ve a lo tuyo —replicó, recuperando ahora su tono de voz expeditivo de siempre.

Julián estaba impactado por todo lo que le había contado Adelaida. Se sintió avergonzado por sus resentimientos contra ella durante aquellos dos años en los que desapareció de su vida. Nunca imaginó que los motivos fueran tan graves y empezó a hacerse preguntas mientras atemperaba en el microondas los profiteroles congelados y calentaba la leche para preparar el chocolate instantáneo. Greta le había seguido hasta la cocina y merodeaba por la encimera, sorteando todos los objetos sin rozarlos siquiera, con una destreza que a Julián siempre le asombraba.

Un novio que se fuga la noche anterior a la boda, una novia humillada que pierde la cordura, dos familias destrozadas, vidas suspendidas en sus propios abismos. ¿Cómo estaba tan segura Adelaida de que aquella fuga fue voluntaria? ¿Habían realizado un análisis psicografológico de la nota escrita por su hermano para saber cuál era su estado de ánimo cuando la redactó?, se preguntó con suspicacia policial. Los bufetes de abogados tienen contactos hasta en el infierno, pensó, y el chico podría haberse visto involucrado en algún lío que le había sobrepasado y que era lo suficientemente espinoso como para huir sin retorno. Si, por el contrario, dejó a su novia plantada ante el altar y había desaparecido voluntariamente, ¿por qué lo hizo? ¿Qué tipo de persona cobarde podría hacer algo así, destruyendo a su familia y a su pareja de un modo tan cruel? Pero no se atrevía a hacerle todas esas preguntas a Adelaida. No deseaba hurgar en su dolor. Debía permitir que fuera ella quien decidiera lo que quería contarle y lo que prefería ocultar. «Olvídate por una vez de que eres guardia civil», se reprochó. Ya tenía listos los profiteroles y también el chocolate. Los dejó sobre la encimera, cubiertos con papel de aluminio para que Greta no husmeara en ellos, y salió a la terraza.

Adelaida estaba apoyada en la barandilla, abrigada con la gabardina, mirando el sinuoso mar de luces en el que se convertían las numerosas urbanizaciones cuando caía la noche. Estaba tan absorta que no se había dado cuenta de que Julián se acercaba a ella. La encontró llorando, un llanto silencioso, íntimo, triste. Eso le desarmó y no se resistió al impulso de aproximarse un poco más y rodearla con el brazo, deseando que aquello lo entendiera como un gesto de apoyo, aunque, cuando sintió el contacto con su cuerpo, recordó el instante mágico que vivió aquel día lejano —apenas acababan de conocerse— en el que ella perdió el equilibrio al sortear un

charco bajo la lluvia y él la sujetó por la cintura para evitarle la caída. Ese momento extraordinario había regresado a él y lo estaba viviendo con la inocencia e ilusión de la primera vez, la primera vez que besas, la primera vez que palpas la piel, la primera vez que el corazón late de modo distinto. Ella se volvió hacia él y lo abrazó con fuerza, Julián pensó que con desesperación. Sentía su dolor al acariciarle el pelo, sentía su desgarró al rodear su cintura, aspiraba su fragancia de jazmines, pero no la veía, no veía su rostro y se separó unos centímetros de ella para enfrentarse a él, sabiendo que su llanto le quebraría. Pero sucedió todo lo contrario: cuando sus miradas se encontraron, ambos se besaron, se besaron largamente, con la timidez de dos adolescentes que funden sus labios por primera vez. La primera vez. Todo aquello estaba sucediendo como si fuera la primera vez, olvidando aquella habitación de hotel donde sus almas no lograron fundirse. Ahora, sí.

Tras el beso volvieron a abrazarse y, después del abrazo ella se separó de Julián, le miró y, sonriendo a la vez que lloraba, le dijo en un susurro casi imperceptible:

—Mi hermano está muerto. Falleció hace cuatro meses.

A Julián le costó encajar aquella noticia que Adelaida le comunicó de forma tan abrupta.

—¿Muerto? —le preguntó, descolocado.

—Siento decírtelo ahora, cuando acabamos de vivir un momento tan especial, para mí por lo menos lo ha sido y creo que para ti también, pero algo me ha impulsado a hacerlo y lamento que la muerte haya roto la magia, lo siento de verdad. Quizá debería irme.

—¿Irte para no volver en otros dos años o no regresar nunca? No, Adelaida, esta vez no dejaré que lo hagas —le dijo mientras cogía sus manos, que notó gélidas; el frío aquella noche era realmente intenso—. Vamos dentro y charlemos mientras nos comemos los profiteroles. Voy a abrir la botella de cava —decidió—. No hay nada que celebrar, lo sé, todo lo contrario, pero no tiene mucho sentido tomar un postre con vino tinto o con whisky, que es lo único que tengo.

—Julián...

—No, Adelaida, déjame ayudarte.

Ya en la cocina, descorchó la botella de cava, cubrió los profiteroles con chocolate caliente, los colocó en dos platos con sus cubiertos, buscó otras dos copas limpias y lo llevó todo al salón en una bandeja. Greta se había

acomodado en un extremo del sofá. En el otro, Adelaida la animaba de nuevo a acercarse, pero la gata le mostraba una indiferencia absoluta, ocupada en lamerse las patas.

—Me gustaría volver a ser la misma de siempre, detesto ser el alma errante que soy, el coñazo de tía en el que me puedo convertir si no supero todo esto —afirmó ella cuando Julián llegó con la bandeja, la colocó sobre la mesa y se sentó a su lado—. El estrés postraumático nos convierte a quienes lo sufrimos en personas tóxicas para los demás, por eso quería irme, solo por eso.

—Lo sé, por eso no he dejado que te fueras. —Julián sirvió el cava en las copas y le acercó el plato de profiteroles—. Yo llevo mucho tiempo conviviendo con el dolor de la pérdida, de las muchas pérdidas que he sufrido, así que sé ponerme en tu lugar y comprender. ¿Qué le ocurrió a tu hermano? —No quiso retrasar más la pregunta.

—Cuando desapareció, contraté a un detective privado, como sucede en estos casos. La nota que nos había escrito dejaba bien claro que lo había hecho voluntariamente. La policía no me podía ayudar. Y tú tampoco, Julián —puntualizó—. Quise enfrentarme yo sola a todo lo que pudiera descubrir sobre Gonzalo durante la investigación. Ni siquiera se lo dije a mis padres. Mi hermano era un experto buceador, sentía pasión por el submarinismo, y esa fue la pista de la que partió la agencia de detectives. Se fue sin eliminar ni un solo contenido de su ordenador y también se fue sin su móvil. Eso facilitó las cosas, pero me dolió que no le importara dejar tan a la vista esa parte de su vida que nos ocultó con cinismo mientras preparábamos su propia boda.

—¿Y no notaste nada en él? Un cambio de actitud, por ejemplo.

—No noté nada, no notamos nada, eso es lo más imperdonable. Era el mismo de siempre, tan simpático y ocurrente como mi padre. Se parecían mucho —comentó antes de llevarse a la boca un profiterol, que saboreó entrecerrando los ojos, apartando a su hermano de su mente durante unos segundos.

Julián también aprovechó aquella pausa para comerse uno y beber un poco de cava. Quería que Adelaida prosiguiera con su relato, pero ella, tras el primer profiterol, comió otro más y luego otro, despacio, recreándose en el placer balsámico del chocolate y la nata. Julián sabía perfectamente qué le estaba ocurriendo: Adelaida intentaba retrasar la llegada al núcleo que albergaba la esencia más pura de su dolor, la más densa, la peor. Él había estado demasiadas veces allí como para no reconocerlo.



—Si quieres podemos hablar de esto otro día, sé que es difícil y no quiero que te sientas presionada a hacerlo —comentó, obligándola a su pesar a regresar del lugar donde ella acababa de encerrarse.

—No, quiero hacerlo, no lo había compartido con nadie hasta ahora y sé que me irá bien, si a ti no te importa —afirmó después de llevarse a la boca el último profiterol de su plato y beber un poco de cava—. Están riquísimos. ¿Los has hecho tú?

—Me encantaría decirte que sí, pero en realidad son congelados y el chocolate es de esos instantáneos que se añaden a la leche caliente.

—Pues podrías haberme mentido y te hubiera creído. Mi hermano nos mintió a todos —continuó directamente, sin más digresiones—. Lo recuerdo conmigo, con mi madre y con su novia haciendo la lista de invitados, cuando él ya lo tenía todo planeado. Estábamos ilusionados por aquella boda, no tanto por ese sello de unión regia entre dos bufetes, que para mí era lo menos importante, sino porque Gonzalo parecía feliz, aunque su felicidad, luego lo supimos, procedía de otro lugar. Era mi hermano pequeño, nos llevábamos dos años, él tenía treinta y tres, pero para nosotros siempre fue «el niño». Ahora me he dado cuenta de que lo era de verdad, un ser infantil, básico, simple, tan simple que decidió romper con todo sin valorar las consecuencias. Se había enamorado de otra chica, una tal Beatriz. Leí sus mails y sus wasaps, tuve que pasar por eso, por enterarme de ese amor loco que ambos vivían mientras él preparaba su boda con otra mujer. Mi hermano y su enamorada clandestina compartían su pasión por el submarinismo, y la agencia de detectives fue siguiendo su rastro, que les llevó hasta el océano Índico, a la isla de Madagascar, la más grande de África. Por lo visto se habían conocido en invierno, ocho meses antes de la boda, en un curso de buceo bajo el hielo en Panticosa, en el Pirineo aragonés. Hago verdaderos esfuerzos para no odiarle, pero lo único que siento hacia él es rencor y decepción, aunque esté muerto —sentenció con la voz rota.

—Cuánto lo siento, Adelaida. —Julián cogió sus manos y las acarició—. No te voy a dar lecciones, eres psiquiatra, pero ya sabes que en estos casos los sentimientos van evolucionando, transformándose unos en otros hasta encontrar el que nos acompañará toda la vida, el que se quedará con nosotros, sin ser necesariamente el más justo pero sí el que nos provocará menos daño.

—No he llegado todavía a esa fase. —Ella le sonrió mientras ambos entrelazaban las manos—. Ahora me siento cómoda con la rabia y el rencor.

Me evitan vivir el duelo y asumir que no voy a verlo más, que he perdido a mi hermano, el único que tenía, para siempre.

—Te sorprenderás de tu propia fuerza para sobrevivir —la animó Julián, aunque fuera una frase recurrente.

—Ya estoy sobreviviendo, más por instinto que por fortaleza, aunque cuando me falla el uno me apoyo en la otra. Mi hermano murió durante una inmersión. Ella también. Los dos juntos. El pasado mes de agosto. Los detectives descubrieron que habían montado una escuela de buceo en la isla de Nosy Be, en la costa oeste de Madagascar, por lo visto, un paraíso para el turismo y el submarinismo. Jamás había oído hablar de ese lugar. No se sabe qué pudo sucederles, pero, según supe más tarde, tras dedicar el mediodía a limpiar las botellas de aire comprimido, se fueron mar adentro e hicieron una inmersión a unos treinta metros de profundidad. El piloto de la lancha náutica que los condujo hasta allí esperaba que emergieran a las cinco y media de la tarde, ya no tenían aire para más, pero no aparecieron. Unas horas después, otros compañeros submarinistas los encontraron en el fondo marino, muertos. Algo les ocurrió allí abajo, quizá uno tuvo problemas, el otro entró en pánico y ascendieron demasiado rápido a la superficie, cuando deberían haberlo hecho lentamente. El cambio brusco de presión les provocó una embolia gaseosa arterial y la muerte, según determinó la autopsia. Ambos eran expertos buceadores, no logro explicármelo, pero me han contado que el síndrome de descompresión les ocurre incluso a submarinistas con muchos años de experiencia. En fin —suspiró—, los contactos de mi padre nos permitieron repatriar los cuerpos a España en pocos días, también el de ella, de la que su familia llevaba años sin saber nada. ¿Sabes algo curioso? Por las fotos que pude ver de ambos en el móvil y en el ordenador de Gonzalo, Beatriz era una mujer extraordinariamente parecida a Carolina. Las dos rubias, ojos azules, muy delgadas, con un físico muy similar. ¿La diferencia? Una era buceadora y la otra, no. La novia de mi hermano nunca mostró el menor interés por el submarinismo. Le daba miedo el mar. De hecho, nunca se bañaba en la playa más allá de la orilla, así que yo creo que Gonzalo se enamoró de Beatriz porque vio en ella una versión perfeccionada de Carolina, como si habitara en un universo extraño donde las mujeres fuéramos una especie de replicantes y los hombres buscaran perpetuamente un modelo mejorado, sin las imperfecciones del anterior. El verdaderamente imperfecto era él. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no fue valiente y canceló la boda? ¿Tan poco le importábamos

todos? —se preguntó, derrotada—. Y se acabó, no volveré a mencionarte este tema —decidió, cerrando de un abrupto portazo la conversación.

En aquel mismo instante, Julián escuchó en el exterior de la vivienda un ruido de cristales rotos. Era tan potente que el estruendo atravesó incluso las puertas de cristal de la terraza y penetró en el interior, amortiguado pero perceptible. Al menos, para Julián. Miró su reloj: cerca de las dos de la madrugada.

—¿Lo has oído?

—¿El qué? —contestó, Adelaida.

—He escuchado algo fuera. Voy a salir a la terraza.

Se asomó por la barandilla y vio en la calle a dos chavales con sudadera y capucha rompiendo con un bate de béisbol las lunas de varios coches. Reaccionó rápidamente y con precisión. Comprobó que llevaba el móvil en el bolsillo, entró en el salón y, aparentando la calma que no tenía, le dijo a Adelaida:

—Voy a bajar a ver qué pasa.

—¿Te acompaño?

—No hace falta. Vuelvo ahora mismo, no te preocupes.

Se puso su cazadora de cuero y abrió un cajón de la cómoda del recibidor, de donde cogió las llaves de casa y también la placa de guardia civil, además de las esposas, que siempre guardaba allí junto a su arma reglamentaria, que no se llevó consigo porque no estaba de servicio. Bajó por las escaleras en vez de esperar al ascensor, saltando los peldaños de dos en dos o incluso de tres en tres. «Malditos gamberros», murmuró mientras descendía a un ritmo vertiginoso las cuatro plantas del edificio. Temió por la moto de Adelaida, esa ostentosa Honda Goldwing que siempre la acompañaba. Se imaginaba a aquellos dos individuos aporreándola con el bate hasta destrozarla. Tendría que haberle ofrecido que la dejara en el garaje junto a su coche. No se le ocurrió. Ya era tarde. Cuando atravesó el jardín de la urbanización y llegó a la calle, los chicos ya habían sobrepasado su edificio y proseguían destrozando a su paso los cristales de los coches al grito de «¡Putos ricos!», repetido sin cesar. No era la primera vez que los jóvenes antisistema merodeaban por la zona y dejaban sus pintadas indignadas en fachadas y contenedores. «Pijos al paredón», «Muerte a los banqueros», «La crisis no es crisis, es estafa», escribían. Pero esta vez se habían pasado de la raya. Centrados en lo suyo, tan seguros de su impunidad que ni se molestaron en mirar hacia la retaguardia, no

se dieron cuenta de que el teniente iba tras ellos. Prefirió no darles el alto para evitar que huyeran. Cuando los alcanzó por la espalda, se abalanzó sobre los dos, los tumbó en el suelo de un violento empujón —los bates rodaron varios metros— y, mientras inmovilizaba a uno de ellos clavándole la rodilla en la espalda, neutralizó al otro agarrándolo por el cuello y presionándole el rostro con fuerza sobre el asfalto.

—Soy guardia civil y ahora os voy a esposar. Un solo movimiento en contra y os tendré que hacer daño, no me obliguéis a hacerlo. ¿Entendido?

No contestaron.

—¿Entendido? ¡Quiero oíros! —exclamó.

—¡Entendido, joder! —gritaron los dos casi al unísono.

No ofrecieron resistencia cuando les esposó las muñecas a la espalda, pero sí se quejó uno de ellos: «Me vas a romper los brazos, cabrón». Tresser ni le contestó. Estaba acostumbrado a recibir insultos y amenazas por parte de los detenidos y los recibía siempre con indiferencia. A veces ni siquiera escuchaba lo que le decían. Una vez esposados, y sin dejar de vigilarlos, se incorporó y llamó desde el móvil al puesto de Uvés solicitando un refuerzo, mientras buscaba con la mirada la Honda Goldwing de Adelaida. Pero no la localizó. No entendía por qué dejaba aparcada esa moto en la calle, una tentación tan irresistible para los ladrones y tan apetitosa para los gamberros. La calzada estaba cubierta de cristales rotos y eran numerosos los vehículos atacados con los bates.

—A ver de dónde sacáis ahora el dinero para indemnizar al propietario de cada vehículo, además de la multa que os va a imponer el juez por un delito de daños —les advirtió a los detenidos, inmóviles sobre el asfalto, quizá orgullosos de lo que habían hecho o quizá, por el contrario, asustados por las consecuencias penales de su vandalismo—. Esta Nochebuena nadie os va a librar del calabozo.

No abrieron la boca. Puede que fueran a hacerlo, pero llegaron dos coches patrulla de la Guardia Civil de Uvés y comenzaron los procedimientos de la detención. Tresser les relató lo sucedido, tomaron notas para el atestado, hicieron fotografías, apuntaron las matrículas de los coches siniestrados, contactaron con los propietarios —aunque no los pudieron localizar a todos—, recogieron los bates que servirían como prueba y apartaron los cristales de la calzada. Por supuesto, se identificó a los muchachos y se comprobó que ambos tenían dieciséis años y que residían junto a sus familias en la localidad

cercana de Majadahonda, en una exclusiva zona residencial de chalés independientes. ¿Así que al final eran hijos de los «putos ricos» contra los que gritaban?, se dijo Julián cuando se enteró. «Malditos pijos descerebrados», murmuró para sí, indignado. Le habían obligado a interrumpir su conversación con Adelaida, bajar de madrugada con la placa y las esposas y emplear la fuerza para reducir a aquellos niños. Temió que Adelaida se hartara de esperarle y estuviera poniéndose ya la gabardina para irse. Miró hacia la terraza de su dúplex. ¿Y si había visto desde allí cómo inmovilizaba a aquellos dos gamberros? No quería mostrarse ante ella ejerciendo la violencia a la que, a veces, le obligaba su oficio. Se avergonzó de pensar así, como si fuera un matón cualquiera y no un miembro de la Benemérita. Debería estar orgulloso de formar parte de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, en vez de acomplejarse ante aquella hija de una familia adinerada y poderosa. Se preguntó si le había mencionado alguna vez que él también era licenciado en Derecho, además de teniente de la Guardia Civil. No recordaba haberlo hecho. Se reprochó concederle importancia a aquel detalle. Estaba descubriendo que Adelaida le generaba una inseguridad insólita en él. Quizá esa conexión tan especial entre ambos fuera solo un espejismo. Le perturbó aquella posibilidad.

Se marcharon los coches patrulla de la Guardia Civil llevándose a los detenidos y, abstraído en sus lucubraciones, Julián se despidió de sus compañeros con palabras que ya no recordaba, e incluso dudó sobre si había respondido o no al saludo militar cuando los agentes, todos de rango inferior al teniente, se cuadraron ante él antes de abandonar la zona. «Y ahora, ¿qué?», se preguntó subiendo en el ascensor. Eran ya las tres de la madrugada. Adelaida no podía regresar a Madrid en la moto a aquellas horas. Le ofrecería quedarse a dormir. Era lo correcto, pero no deseaba alentarla a compartir la misma cama. Aunque no le disgustaba la idea, ni mucho menos, el encuentro que habían tenido en aquel hotel fue un desastre. Nunca había mantenido una relación sexual con tanta desconexión como en aquella. Ahora podría suceder lo mismo, pues además el estado emocional de Adelaida no era el mejor. Sin embargo, sus dudas se despejaron al entrar en la casa: se había quedado profundamente dormida en el sofá; Greta también, en el otro. Aunque la calefacción seguía encendida, fue a su dormitorio para coger una manta y abrigar con ella a Adelaida, pues su jersey sin mangas le dejaba los brazos al descubierto. La miró, observó su rostro ahora sereno y relajado, contempló su

paz tras la tristeza y sintió hacia ella una ternura que nunca había experimentado. Bebió un vaso de agua y decidió dormir en el otro sofá, junto a Greta. Quizá Adelaida se despertara en mitad de la noche y quería que lo encontrara allí, cerca de ella. Se descalzó, se tumbó y se durmió profundamente. Aquella noche tan intensa y azarosa le había dejado agotado. «Ni un pensamiento más sobre nada, se acabó por hoy», se impuso antes de cerrar los ojos.

Amaneció a las ocho y media de la mañana, con el cielo limpio de nubes y el sol prometiendo un bonito día invernal, pero Julián no se despertó hasta pasadas las diez. Al abrir los ojos, se sorprendió al ver que le cubría la misma manta con la que había abrigado a Adelaida la noche anterior. Ella no estaba allí. «Se ha ido», temió. Tampoco vio a Greta. Se levantó del sofá y olió a café recién hecho. La encontró en la cocina, retirando del fuego la vieja cafetera italiana que Julián tenía desde no sabía cuándo.

—Buenos días. ¿Te he despertado al hacer el café?

—No, en absoluto —contestó, sorprendido de que ella aún siguiera en la casa. Eso le alegró.

—¿Te sirvo una taza?

—Sí, por favor.

—Espero que no te moleste que me haya tomado la confianza de preparar un poco de desayuno. Hay profiteroles, los que tú no te comiste ayer. —Estaban ya dispuestos sobre la mesa—. ¿Te apetecen? Yo ya me he comido uno.

A pesar de haber bebido, trasnochado y dormido en un sofá, Adelaida estaba radiante y extrañamente cercana y cordial.

—Ayer me quedé dormida sin darme cuenta, siento no haberte esperado — se disculpó mientras le servía café—. Me asomé a la terraza cuando te fuiste, estaba preocupada, no sabía qué estaba ocurriendo. Nunca te había visto en acción, Julián. A veces me olvido de que eres teniente de la Guardia Civil y, viendo cómo inmovilizabas a aquellos gamberros, tuve la sensación de estar viendo una película.

—No sé si eso es bueno o malo —contestó él; al final, ella estuvo en la terraza y vio lo que él quería evitar que viera.

—No fue bueno ni malo, sino diferente. Me divertió, esa es la verdad. Quizá necesitara ver esa película, entre comillas, y evadirme un poco.

—¿En serio? —preguntó Julián, desconcertado. Cuánto le costaba entender a Adelaida y esa sinceridad a la que, a veces, no aplicaba filtro alguno.

—Yo siempre hablo en serio —afirmó ella—. Carezco de sentido del humor y detesto las bromas. Por supuesto que hablo en serio. Luego pensé que no era correcto estar observándote y, un poco avergonzada, me fui de la terraza. Estaba tranquila porque vi que controlabas la situación. Y ya no recuerdo más. No sé cómo ni en qué momento me quedé dormida. Por cierto, gracias por la manta. Esta mañana, cuando me he despertado, te la he puesto yo a ti.

—Ya me he dado cuenta —bebió un sorbo de café. Seguía desconcertado—. Ayer, durante esa película a la que te refieres, no vi tu moto. Temí que también te la destrozaran o que alguien te la hubiera robado. ¿Dónde la aparcaste?

—Es que vine en taxi. Lo decidí al final. No me apetecía regresar de noche a Madrid por la A6 y además traía conmigo una botella de vino que tenía intención de compartir contigo. También quería decirte que estoy emocionada porque ayer me escuchaste y me comprendiste. No te imaginas lo bien que me sentó estar contigo. Hoy por primera vez en meses me he despertado sin angustia, sin esa enorme tristeza que no se despegaba de mí, y eso te lo debo a ti, porque... —se le quebró la voz y las lágrimas salieron de su escondrijo—. No, no es cierto Julián, no estoy tan bien, porque de repente vuelvo a llorar sin poderlo evitar, ¿lo ves?, no lo controlo, y me niego a ponerme en manos de un psiquiatra o de un psicólogo, hay algo que me lo impide. Es absurdo, porque sé que no podré sola con esto.

—Sí que lo harás, puede que ahora no, porque está todo muy reciente, pero podrás, te lo aseguro.

—No sabes lo que me avergüenza ante ti este comportamiento. Quiero volver a ser yo misma, pero lo intento y no lo consigo.

—Te aseguro que eres la misma, la misma mujer maravillosa que conocí hace dos años, aunque ahora tú no lo percibas así.

—Una cosa es lo que proyecto de mí hacia los demás y otra muy distinta lo que yo siento que soy en realidad, pero te agradezco que pienses eso de mí, Julián.

Greta apareció de improviso en la cocina, ronroneó unos instantes entre los pies de su dueño, se acercó a la encimera y de un único salto se posó sobre la cornisa de la ventana. Ambos se fijaron en ella y, al hacerlo, vieron cómo dos estelas de avión paralelas cruzaban el cielo tan límpido con el que había amanecido aquel día de Navidad. Eran como dos trazos perfectos de tiza blanca sobre una pizarra azul celeste.

—Si pudieras viajar lejos ahora mismo, ¿a dónde te apetecería ir? —le

preguntó Adelaida, sin desviar la mirada de aquellas estelas que ya empezaban a descomponerse.

—En este instante, a ningún sitio. Me quedaría aquí, contigo.

—Pues hemos elegido el mismo lugar.

Entrelazaron las manos sobre la mesa de la cocina y a partir de entonces ninguno de los dos supo qué les ocurrió y por qué sucedió en aquel momento y no en otro, pero se vieron impulsados a quererse, dejándose vencer por un sentimiento arrollador al que no opusieron resistencia. Se levantaron de sus sillas, fueron el uno hacia el otro, se abrazaron, se besaron, se acariciaron y Julián guio los pasos de Adelaida hacia su dormitorio, donde se amaron sin miedo, expulsando de sus mentes todo lo que les había perturbado aquella primera vez. Ahora todo era distinto.



## CAPÍTULO X

Adelaida se recostó de lado en la cama. Julián se acercó a ella por detrás y la abrazó por la espalda, envolviéndole el cuerpo con los brazos. Acababan de hacer el amor y no se dijeron palabra alguna. Sus mentes ya se habían puesto a trabajar al servicio de la maquinaria de la razón, y lo hacían a tal velocidad que los pensamientos se sucedían unos a otros sin tiempo para afianzar los enunciados. Adelaida se preguntaba a qué le comprometía lo que acababa de ocurrir. Le preocupaba si influiría en su libertad, si a partir de entonces tendría que ceder espacio —cuál, cuánto, cómo— y si en aquel momento de su vida podría afrontar una relación sentimental y sobrellevar a la vez el duelo por su hermano muerto. Y, además, Julián era guardia civil, no sabía nada sobre los guardias civiles, no entendía ese espíritu tan excesivo de abnegación, obediencia y sacrificio que todos parecían compartir y que los situaba en un plano aparte de los demás o, al menos, totalmente ajeno al suyo. A Julián, por su lado, le angustiaba la idea de que el amor que pudiera sentir hacia Adelaida restara el que reservaba para Luba si lograba encontrarla. Le inquietaba también de qué manera alteraría su modo de vivir, la monotonía de sus rutinas, el orden que había organizado para sí mismo. Tampoco sabía cuál era el compromiso que, a partir de entonces, le debía a Adelaida. Pertenecían a mundos tan diferentes que no veía el modo en que ambos pudieran encajar. Pero, al mismo tiempo, ninguno de los dos era capaz de imaginar su vida sin el otro. La sola idea de no verse jamás les generaba pesadumbre. Finalmente, desde sus silencios concluyeron que se necesitaban. Y, sin embargo, aquella certeza no les hizo más felices.

—¿En qué piensas? —le preguntó Julián mientras se abrazaba un poco más a ella y hundía el rostro entre su pelo, buscando aquel olor a jazmines que nunca la abandonaba.

—Pienso en que tengo que llamar a mis padres. No voy a llegar a comer, como les había prometido.

—Te acerco yo en mi coche a Madrid —se ofreció—. ¿En qué zona vives?

—En María de Molina. —Era una de las calles más caras de Madrid. A Julián no se le escapó ese detalle que, de nuevo, alejaba sus mundos—. ¿Me llevas entonces?

—Sí, claro que te llevo.

—A ver si al menos llego a la hora del café. ¿Tú trabajas hoy?

—Sí, a partir de las cuatro y media.

—¿Te dará tiempo a ir y volver de Madrid para estar en Uvés?

—No te preocupes por eso.

Ambos hubieran deseado hablar sobre lo sucedido, pero no se atrevieron: les daba miedo lo que pudieran decirse. Era casi la una del mediodía y ellos seguían abrazados sobre la cama. Había que salir de allí, llegaban tarde a todo. Mientras Adelaida se duchaba en el baño de Julián, él recogió los cacharros del desayuno y le dio de comer a Greta. De nuevo le costó encontrarla. No se le ocurrió mirar en la terraza y allí estaba, tumbada bajo el sol invernal; le gustaba dormir allí. Cuando se mudó, la gata había estado a punto de caer a la calle al intentar lanzarse contra un pájaro, a los que consideraba sus enemigos. Ahora había colocado sobre la barandilla una valla metálica para evitar un accidente fatal que él no podría soportar. La animó a que le siguiera a la cocina y ahí la dejó con su ración de pienso, su agua y un poco del jamón de York que tanto le gustaba. Fue su modo de felicitarle la Navidad, junto a unas cuantas caricias. Luego se duchó en el baño de su dormitorio. Podría haber ganado tiempo haciéndolo en el de Luba, pero aquella estancia era un espacio íntimo y sagrado para él —ni siquiera se lo mostró a Adelaida— y pensó que únicamente podría estrenarlo la niña, cuando la encontrara. Poco tiempo después, Adelaida y Julián ya estaban en el recibidor de la casa, dispuestos para salir, pero ella regresó al dormitorio porque se había dejado algo que no especificó, momento que él aprovechó para coger de la cómoda su arma reglamentaria y enfundársela al cinto. No deseaba que ella le viera con su Glock 26, una buena pistola que solo los oficiales de la Guardia Civil tenían el privilegio de llevar, aunque pagada de sus propios bolsillos. Adelaida tampoco quiso que Julián la viera utilizar su broncodilatador. Era asmática y acababa de tener una pequeña crisis, notó que la iba a sufrir poco antes de salir y se fue inmediatamente al dormitorio. Nunca había tenido tantas en tan poco tiempo. Se reunieron de nuevo ante la puerta y Julián la abrió justo en el instante en que Adelaida le comentó:

—Resulta que mis padres ya han comido sin esperarme, y yo tan preocupada por llegar a tiempo. Me ignoran, les da igual lo que yo haga. Lamentan que yo esté viva y que sea Gonzalo quien haya muerto. Tendría que haber sido al revés y no me lo perdonan —afirmó, sin que pareciera afectarle demasiado una conclusión tan atroz. A Julián, sin embargo, le impresionó tanto oírlo que detuvo el movimiento de abrir la puerta y la cerró de nuevo.

—No puedes pensar eso de verdad, no puedo creerlo. Te vas a destruir, Adelaida, te lo digo muy en serio.

—Tengo muy claro que es así —replicó ella con decisión—. Con la muerte de mi hermano se ha extinguido la estirpe, se ha roto la línea de sucesión del bufete que inició mi bisabuelo, luego mi abuelo y ahora mi padre. ¿No lo entiendes? Si mi hermano se hubiera casado con Carolina y hubieran tenido hijos, habría quedado asegurada la continuidad de la saga. Eso ya no va a suceder. Yo no les sirvo para nada, y lo evidencian con su indiferencia hacia mí cada vez que los veo. Pero mírame, no estoy llorando, a pesar de que tengo verdaderos problemas con ese llanto súbito que aparece sin avisar. Pero en este tema de mis padres no es así, lo afronto sin lágrimas, ya no siento dolor, aunque sí decepción, eso lo admito.

Julián estaba sobrecogido. Recordó la relación tan fría que mantuvo él con su madre, lo mucho que le dolía aquel desinterés con el que ella le trataba. No le costaba imaginar lo que estaba sintiendo Adelaida, conocía aquel sentimiento tan infausto de quien se siente rechazado por sus propios padres. Tomó su rostro entre las manos y le dijo:

—Adelaida, yo celebro y celebraré cada día que estés en el mundo. ¿Te queda claro?

—Me queda claro —le contestó sin más, turbada por aquellas palabras que no esperaba.

—Pues entonces, ya podemos irnos.

Le cogió la mano, la entrelazó con la suya y ya no la soltó hasta que ambos llegaron al garaje del edificio.

—¿Además de un dúplex en una zona que imagino cara tienes también un Audi? —le preguntó al ver su coche.

—No me lo he comprado yo, sino los narcos y los corruptos. Los jueces se los decomisan y nos los entregan a nosotros para darles un mejor uso, desde luego.

—Buena idea, es justo. Veo que por una vez se han hecho las cosas bien —

comentó—. ¿Todos tenéis, pues, vehículos de alta gama?

—No, tampoco es eso —contestó Julián—, pero apenas se renueva la flota del parque de vehículos de la Guardia Civil y estos embargos nos vienen muy bien.

Antes de subir los dos al coche, Julián se quedó pensativo un instante.

—¿Qué pasa? ¿Te has olvidado algo en casa? —le preguntó Adelaida.

—No estoy seguro de si le he dejado agua a Greta. ¿Te importa subir y comprobarlo mientras yo saco el coche? Así ganamos tiempo.

—Claro, por supuesto.

—Toma las llaves. —Se las tendió—. El código de desactivación de la alarma es veinticuatro cuarenta y ocho, el mismo que para activarla. ¿Te acordarás?

—Veinticuatro cuarenta y ocho, de acuerdo.

Adelaida se fue con las llaves. A Julián le disgustó haberse visto obligado a mentirle, porque la gata tenía su bebedero lleno de agua. En realidad, la tuvo que alejar de allí porque tenía que revisar los bajos del coche por si ETA había colocado una bomba lapa. Lo hacía cada día antes de salir de su domicilio. Eran comprobaciones inexcusables para cualquier miembro de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado y Julián no había querido hacerlas delante de Adelaida. A ella o a cualquier otra persona le asustaría la mera posibilidad de subirse a un coche que antes había sido inspeccionado por si contenía un explosivo. Aquel mismo año, en verano, la organización terrorista había asesinado a dos guardias civiles en Palma Nova, en Mallorca, colocando una bomba lapa con temporizador en su coche patrulla. Ningún ciudadano estaba a salvo de la banda, pero los cuerpos policiales mucho menos. Tenía poco tiempo, así que se agachó, inspeccionó los bajos, especialmente en los puntos más susceptibles de colocar el artefacto, y luego se sentó al volante, inspeccionó el asiento, bajó todas las ventanillas y arrancó el motor con la puerta del conductor semiabierta y sin el cinturón de seguridad abrochado, para poder escapar si estallaba y así no quedar atrapado dentro del vehículo. Había posibilidades de no morir en la explosión, pero ninguna si la víctima no lograba salir del vehículo: acabaría calcinada.

—Tu gata tenía el cuenco lleno —le comentó Adelaida cuando llegó al garaje y se subió al coche de Julián, ya con el motor en marcha tras esas comprobaciones rutinarias.

—Pues lo cierto es que no recordaba habérselo llenado. ¿Has tenido algún

problema con la alarma? —le preguntó mientras ella le devolvía las llaves.

—Ninguno, la mía es similar. La he activado al salir.

Cuando el automóvil ascendió por la rampa de salida, se encontraron con que la calle estaba tomada por las grúas, por varios coches patrulla de la Policía Local de Uvés y por los numerosos e indignados propietarios de los vehículos siniestrados la noche anterior.

—Joder, las lunas rotas de los coches, ni había pensado en ello —se quejó Julián.

Descendió del vehículo y se acercó a los agentes. Desde el interior de aquel Audi S3 de color rojo, tan impoluto por dentro que parecía recién estrenado, Adelaida lo vio conversar con ellos, señalando con un brazo en una dirección y luego en otra; supuso que estaba sugiriéndoles alguna vía alternativa para salir de allí, él y el resto de conductores, porque Julián no era el único con el coche bloqueado. Observándolo con mayor atención —no tenía otra cosa que hacer—, se fijó en que seguía vistiendo de un modo muy similar a cuando lo conoció: jersey de lana de cuello vuelto, cazadora de cuero, vaqueros y botas de piel acordonadas, de suela gruesa, similares a las que se usan para la montaña. Al pensar en sus ojos intensamente verdes y en su uno ochenta de estatura, no supo dilucidar si, en realidad, únicamente era el aspecto físico lo que le había atraído de él. No les había dado tiempo a conocerse, apenas se habían visto en su vida cuatro o cinco veces y, de ellas, dos en la intimidad de un dormitorio. ¿Qué tipo de mujeres serían las parejas de los guardias civiles? ¿Cómo podían soportar que sus novios o maridos pudieran morir cualquier día en acto servicio y no regresar jamás a casa con ellas? Además, cuánta soledad intuía en aquellas esposas cuyos maridos estaban tanto tiempo ausentes de sus vidas cotidianas. Adelaida estaba segura de que no encajaría en ese perfil. Aunque, en realidad, ¿dónde encajaba ella? En ningún lugar, admitió. Con sus jefes y compañeros del hospital no había logrado establecer una mínima relación de cordialidad, y la mayoría de sus amigas tenían pareja o tenían niños, por lo que casi nunca le apetecía quedar con ellas; tampoco había encajado nunca en la vida de sus padres. No quiso ser abogada, como el resto de la familia, y eso la desplazó del eje sobre el que pivotaban los demás. Incluso su madre era también abogada, aunque dejó de ejercer cuando se casó. No, definitivamente no encajaba en esas vidas ajenas, por eso le sorprendió tanto que Julián le dijera que celebraba que ella estuviera en el mundo. Y ni siquiera le había dado las gracias.

La grúa que obstaculizaba la salida del garaje ya se estaba retirando. La Policía Local había abierto una vía alternativa a través de una calle aledaña para que el tráfico, que en aquella zona no era mucho, pero que ahora se había colapsado, pudiera circular y abandonar la ratonera en la que se había convertido. Julián deseó que aquellos dos gamberros continuaran aún en el calabozo a la espera de comparecer ante el juez, porque acababa de enterarse de que no habían querido declarar ante la Guardia Civil, asesorados por dos abogados que se presentaron inmediatamente en el cuartel de Uvés de madrugada. Se alegró también de que las familias de aquellos chavales, menores de edad, tuvieran que realizar un desembolso importante para hacer frente a la multa y a las indemnizaciones. Eran nada menos que treinta y nueve los vehículos con las lunas destrozadas.

—Siento la espera, Adelaida. Por fin podemos salir de este lío —anunció Julián cuando entró en el coche.

—Vas a llegar tarde a tu trabajo. ¿Por qué no me dejas en la estación de Uvés y cojo un tren?

—Déjame que te lleve. Llegaremos a todo —afirmó sin mucho convencimiento, pues ya eran las dos de la tarde. Llevaban una hora de retraso sobre los planes previstos.

El teniente había recibido una llamada mientras esperaba a que las grúas despejaran la calle. Era de Queipo, uno de sus confidentes, uno de los muchos a sueldo, pagados con fondos reservados, que colaboraban con las fuerzas de seguridad. Pero en este caso la colaboración era extraoficial. Si se enteraba su capitán, podría suponer una pérdida de confianza y acabar como comandante de puesto en un cuartel cualquiera. Decidió correr el riesgo. Necesitaba saber quién era Águila. Julián había contactado con él, no lo había localizado y ahora Queipo le devolvía la llamada. Le había telefonado tras su encuentro con Norberto el día anterior. La insistencia del capitán de la UCO en que Julián se mantuviera al margen de la búsqueda de Águila le generó desconfianza y por eso decidió hablar con uno de sus informadores habituales.

Queipo se hacía llamar así en honor al general Queipo de Llano, uno de los cabecillas del golpe militar contra el gobierno de la Segunda República que desembocó en la Guerra Civil. Se movía como pez en el agua entre los grupos de la extrema derecha de Madrid. Era un franquista tan trasnochado como apasionado, aunque nunca conoció la dictadura, ya que no había cumplido ni los cuarenta. Julián contactó con él porque ultraderechistas y mercenarios

solían compartir el mismo cosmos y Águila podría haber sido uno de esos paramilitares que recorrían el mundo de guerra en guerra vendiéndose a quien mejor les pagara, al igual que hicieron los hombres que le robaron la infancia a Luba. Era demasiada coincidencia que los tres se arrogaran el alias de aves rapaces.

—¿Águila? No me suena —le dijo Queipo, utilizando las mismas palabras que Norberto cuando se lo mencionó.

—A lo mejor te suena si te paso doscientos para empezar —le propuso Julián—. Es una investigación personal, al margen de los fondos reservados, así que espero que no me arruines.

—Tengo que saber por qué lo buscas. Necesito más datos.

—Por teléfono no te los voy a dar. Empieza por indagar entre los exmercenarios que conozcas. Si ves que puedes conseguir información útil para mí, me llamas y quedamos.

—¿Cómo voy a empezar a buscar sin siquiera cincuenta euros en el bolsillo para invitar a unas cañas a los que quizá me puedan contar cosas?

—Yo ahora no puedo quedar. Te daré esos cincuenta euros cuando nos veamos. O lo tomas o lo dejas. Si lo dejas, llamaré a otro que me pueda ayudar y te aseguro que tengo a más de uno en mi lista.

—De acuerdo. Te llamo en un par de días.

—No, te doy un día —le apremió—. Solo un día.

—Ya veré.

—Y sé cauteloso, Queipo, elige bien a quién preguntas. No quiero que se corra la voz de que estoy buscando a ese tal Águila.

—No soy un chapuzas, Tresser. ¿Quién te crees que soy? Ya te diré algo. Arriba España y adiós —se despidió, realmente enfadado.

Julián acababa de incorporarse ahora a la A6 desde Uvés y encendió la radio. Tenía tantas cosas en qué pensar que temía abstraerse demasiado y que se generaran silencios excesivamente largos. Adelaida se había puesto las gafas de sol y parecía también inmersa en sus propios pensamientos, con el rostro vuelto hacia la ventanilla. ¿Por qué le estaba costando tanto hablarle de Luba?, se planteó súbitamente. Cuando él le regaló aquel ramo de liliums y quedaron a cenar, conversaron largamente sobre ella, pero ahora ni siquiera había querido mostrarle la habitación que aguardaba su regreso. Sonó en la radio una vibrante canción que pareció despertar a Adelaida de sus cavilaciones.

—Hacía tiempo que no la escuchaba —comentó, súbitamente animada—. Siempre me ha gustado mucho.

—No me suena —dijo él sin demasiado interés, intentando seguirle la conversación para no parecer descortés.

—¿Cómo que no te suena? ¡Es Elton John, Julián! A dúo con Kiki Dee —exclamó, sorprendida de que jamás hubiera oído aquel famoso éxito de los años setenta—. No vayas a romper mi corazón. *Don't go breaking my heart* —pronunció en perfecto inglés.

«Eso mismo podría decirte yo a ti, Adelaida. Ya me lo rompiste una vez», le hubiera reprochado de haberse atrevido.

—La canción está bien, me gusta, es buena, tiene marcha —fue lo primero que se le ocurrió; estaba más centrado en situarse en el carril correcto de la entrada en Madrid.

—¿De verdad que nunca habías oído hablar de él? —Ella insistía. A Adelaida le costaba creerlo y le sobrevino la idea peregrina de que acababa de hacer el amor con un hombre para el que no existía Elton John—. Entonces eres un marciano, Julián. —Se rio. A él le alegró haberle provocado una sonrisa.

—Pues sí, a lo mejor soy un marciano. —Quería acabar de una vez con aquella conversación absurda.

—Seguro que eres el único guardia civil que no lo conoce. Pregúntale a tus compañeros y lo comprobarás.

—Lo haré, será lo primero que haga cuando llegue al cuartel.

—¿Me estás vacilando? —preguntó con susceptibilidad.

—Qué nos importa Elton John ahora mismo, cuando nuestras vidas se han vuelto tan difíciles. Por cierto, ¿qué sabes de Sara? ¿La sigues viendo? —pensó en aquella mujer desgraciada, implicada en el caso donde ambos se conocieron hacía dos años<sup>[1]</sup>.

—Sí, la sigo viendo, aunque Sara siempre se resiste y me cambia las citas constantemente.

—Pero ¿está bien?

—Sara nunca estará bien, Julián —sentenció.

Era verdad, nunca lo estaría. La resolución de aquel caso le valió a Julián —y a Coira también— la Medalla al Mérito de la Guardia Civil con un distintivo rojo, lo que implicaba un aumento del quince por ciento en su salario y en su pensión durante toda la vida. Le enorgulleció, pero no lo



suficiente, precisamente porque aquel antiguo caso por el que le condecoraron había desgarrado tantas vidas que sintió que aquella medalla no le pertenecía del todo. De algún modo pensaba que era inmerecida. Lo recordaba cada vez que la prendía de su uniforme en las ocasiones especiales, como el día de la patrona del Cuerpo, la Virgen del Pilar.

—Y ¿qué hace ahora? —preguntó Julián.

—Se gana la vida leyendo novelas en voz alta en residencias de ancianos y asociaciones de mayores —afirmó Adelaida—. No empezó con buen pie, porque el primero que eligió Sara fue *Misericordia*, de Pérez Galdós, y los dejó a todos tan tristes que le llamaron la atención. No he leído el libro, pero por lo visto trata sobre la pobreza y la mendicidad en el Madrid de finales del siglo XIX. Cuando me relató la trama, que es descarnada, me llevé las manos a la cabeza. «Es una historia demasiado triste, Sara, no es lo mejor para las personas que afrontan la última etapa de su vida», le dije. Ella parecía no entenderlo, pero me hizo caso y ahora les lee novelas de Jane Austen, en las que al menos hay amor, porque yo he leído algunas, como *Orgullo y prejuicio*, y son desde luego más adecuadas para su público. Muchas de ellas hablan de mujeres cuya única salida en la vida era el matrimonio con un hombre adinerado, pero se resistían a la idea de no casarse enamoradas. Casarse por amor ha sido una rareza durante tanto tiempo, a lo largo de tantos siglos, Julián, que imagino el sufrimiento de quienes no lo lograron y se metieron en la cama de un extraño que lo sería durante toda la vida. Incluso a veces pienso que mi hermano y Carolina se iban a casar sugestionados por el deseo de sus dos familias, para complacerlas, entrelazando los bufetes y no sus corazones. Pero no voy a insistir en el tema. En fin, lo que te decía: Sara sigue tan inestable, solitaria e imprevisible como siempre, continúa sin relacionarse con nadie, sin amigos, sin familia. No he logrado que avance.

—Nunca lo lograrás. Nunca ha sido consciente de que necesita ayuda.

Le entristeció a Julián pensar en aquella vida siempre a punto de romperse del todo. Esa realidad le condujo hacia la propia Adelaida. Ella tampoco parecía ser consciente de que necesitaba apoyo profesional para que le suturaran sus heridas emocionales.

—Me gustaría saber cada día cómo estás, llamarte para asegurarme de que te encuentras bien.

—¿Cada día, has dicho? —Aquella propuesta la descolocó.

—Sí, ¿por qué no? ¿Te supone algún problema?

—Pues naturalmente que sí, Julián. Me obligarás a esperar tu llamada y detesto el control sobre mí. Además, si un día no puedes hacerlo, me preocuparé por si te ha pasado algo. Vives rodeado de malos.

—Y tú de locos —replicó.

—Ya, pero los míos son menos peligrosos que los tuyos.

—Pues no sé qué decirte, Adelaida. Psicópatas, sociópatas, psicóticos, mitómanos asesinos... Todos esos pasan tarde o temprano por una unidad psiquiátrica, ¿o no?

—Ambos nos ganamos la vida en territorios hostiles, de acuerdo, pero es diferente.

—Ya lo creo que es diferente. Un día, si quieres, me hablas sobre cómo es tratar con locos y yo te cuento cómo es mi trabajo buscando a los malos, así nos quedarán claras las diferencias. En el fondo, sabemos muy poco el uno del otro.

—Ahora sabes más tú de mí que yo sobre ti. Ayer, después de casi dos años sin vernos, acaparé toda la conversación. No te di la oportunidad de hablarme de Luba, de lo que sabes sobre ella ahora mismo.

«No puedo hablarte de eso, me cuesta hacerlo. Cómo expresarlo sin herirte», pensó, sin permitir que esas palabras salieran de su mente.

—¿Qué te parece si salimos a cenar un día de estos y entonces me lo cuentas todo? En Nochevieja, por ejemplo, si no tienes otros planes para ese día y si quieres, por supuesto. El tema de Luba es algo muy personal y doloroso para ti, y no siempre apetece compartirlo. Entendería perfectamente que no lo hicieras, Julián.

¿Habría leído sus pensamientos?, se preguntó, atónito. Recordó entonces lo mucho que le inquietó desde el principio relacionarse con una psiquiatra, una experta en cartografiar las mentes, en estudiar las zonas oscuras donde no existen mapas que las definan.

—Iremos a cenar, me parece una buena idea —aceptó, aunque seguía empeñado en no compartir la poca información que tenía sobre Luba; otra vez, de nuevo, deseaba cambiar de tema—. Ya estamos muy cerca de María de Molina. Al final no hemos tardado tanto atravesando Madrid. Todavía no son las tres.

Adelaida había vuelto su rostro hacia la ventanilla y de nuevo estaba ausente. Después hurgó en su bolso, cogió su broncodilatador e inhaló una

dosis.

—¿Por qué lo usas ahora? —preguntó con preocupación mientras dejaba atrás el paseo de la Castellana y se adentraba en la calle donde residían los padres de Adelaida.

—Lo utilizo por si acaso, para prevenir. Únicamente puedo aplicármelo cuatro veces al día y esta es solo la segunda.

—¿Cuándo ha sido la primera?

—Esta mañana, cuando les he llamado para decirles que no iba a llegar a comer y en realidad ni me esperaban, porque habían comido ya. Me deja hecha polvo ir a verlos, y cuando salgo de allí aún es peor.

—No sé, Adelaida... —Julián interrumpió sus palabras; le dolía verla así, resignada ante lo inevitable, entregada a aquellas visitas familiares que la abatían.

—Es allí, en ese portal de las rejas doradas, junto a la parada del bus. ¿Lo ves?

Tresser siguió sus indicaciones y aparcó en segunda fila. Echó el freno de mano y la miró con gesto triste y grave; grave, porque estaba a punto de darle un consejo y no le gustaba hacerlo. Triste, porque no soportaba verla sufrir.

—¿Por qué lo haces, Adelaida? No tiene sentido que te castigues yendo a verlos si eso te destroza. Ellos sobreviven sin ti, te ignoran, me lo has contado esta mañana. ¿No deberías intentar sobrevivir tú sin ellos? Espacia las visitas, protégete. Parece mentira que te lo tenga que decir yo, cuando sabes perfectamente cómo funcionan estas cosas.

—¿Por qué me cuentas todo esto, justo cuando estoy a punto de entrar? No me parece lo más oportuno, francamente —replicó, molesta.

—¿De verdad no sabes por qué te lo digo? Entre otras muchas cosas, porque me ayudaste a mí hace dos años con aquel caso en el que colaboraste conmigo y lo hiciste sin conocerme de nada. Fuiste muy generosa. ¿Cómo no voy a hacerlo yo ahora, cuando estás en una posición tan vulnerable?

—Pensaré en lo que me has dicho, Julián —dijo, cogiendo ya su bolso para salir.

—Así no curarás nunca tus heridas, Adelaida.

—Lo sé. —Se acercó a él y le besó fugazmente en los labios—. Gracias por traerme, te lo agradezco de verdad.

Ella abandonó el coche y él la vio caminando hacia la casa con pasos decididos, como si supiera que él la estaba siguiendo con la mirada y no

quisiera transmitirle lo vencida que se sentía. Adelaida jamás había experimentado una tormenta como la que había desencadenado la muerte de su hermano, con sus rayos y sus truenos, con la violencia del viento y el agua arrastrando todo su ser. Sin embargo, esta vez decidió ponerse a salvo: entró en el portal, aguardó detrás de la puerta hasta asegurarse de que Julián se alejaba con su coche y fue entonces cuando volvió a salir a la calle y paró un taxi en dirección a su casa. No le concedió la satisfacción de ver cómo, finalmente, desistía de visitar a aquellos padres que la habían apartado de sus vidas. No quería que él pudiera pensar que influía en sus decisiones y que se plegaba a sus consejos.

Cuánto costaba a los seres humanos dar el brazo a torcer, ceder espacios, entender al otro y a uno mismo. Noelia había decidido que ese tipo de esfuerzos eran una pérdida de tiempo y no los hacía ni siquiera por sus hijas.

—En el día de Navidad, las familias se reúnen y son felices. ¿De verdad os cuesta tanto a vosotras hacer lo mismo? —se quejó tras abofetear a Noemí, una de sus trillizas de doce años.

Su hija acababa de decirle que no era tan refinada como las madres de sus amigas. Quiso herir así a su madre porque ella la había herido el día anterior, durante la cena de Nochebuena: uno de los regalos de Papá Noel fueron unos *leggings* negros y una camiseta de lamé dorado —sin tirantes y muy escotada— que la niña había comprado con sus ahorros y guardado en secreto, con la intención de cambiarse de ropa en los baños de la discoteca para adolescentes a la que acudiría en Nochevieja. Noelia había descubierto esas prendas cuando estaba dando un repaso a la habitación de su hija. Las envolvió en un bonito papel y depositó el regalo junto a los demás bajo el árbol navideño. Cuando Noemí lo abrió, se sintió tan humillada que hizo lo que suele hacerse en la adolescencia: se encerró en su habitación. Aquella Nochebuena había comenzado mal con el asesinato de Olga horas antes. Y no iba a mejorar.

—¿Qué coño le pasa ahora a Noemí? —preguntó Águila, sin entender aquella rabieta de su hija.

—Pues que tu hija ha querido vestirse como una puta y yo se lo he impedido. Mira, esto es lo que quería ponerse para salir a la calle. —Le mostró las prendas, agitándolas en el aire.

—Tendrá que enterarse de una vez de que en esta casa no vamos a tolerar a ninguna puta. —Águila no estaba dispuesto a permitir que sus hijas pudieran parecerse, ni por un solo instante, a la mercancía humana con la que él

comerciaba.

—Esto es también un mensaje para vosotras, por si se os ocurre intentar lo mismo que vuestra hermana —añadió Noelia, dirigiéndose a sus otras dos trillizas, Nidia y Nerea, asustadas por la actitud amenazante de sus padres.

—¡Bueno, basta ya! —gritó Águila, alterado—. Yo os voy a dar un mensaje a todas, tú incluida, Noelia: o tenemos una Nochebuena como Dios manda o tiro el maldito árbol de Navidad por la terraza. Decidle a Noemí que baje inmediatamente a cenar —les ordenó a sus otras dos hijas.

Aquella Nochebuena cenó toda la familia en silencio; las tres niñas, con sus tres vestidos de punto idénticos, azul cielo, rectos, hasta la rodilla, con medias azul oscuro y zapatos negros de charol. En silencio también los padres. Noelia se lamentaba una vez más de su mala suerte con las trillizas. Cuando se enteró de que en su útero se estaban formando tres niñas y no solo una, recibió la noticia como una maldición. Nunca le había seducido la idea de ser madre, aunque no reaccionó mal cuando supo que estaba embarazada, pero tres de una misma tacada fue demasiado para ella. Tres biberones, tres bebés llorones, tres vidas, tres responsabilidades. A veces, en lo más profundo de su espíritu, despreciaba a sus hijas. Águila no solía pensar casi nunca en ellas; de hecho, durante la cena ni las miró, como si no existieran —él hubiera preferido tener hijos varones—, concentrado como estaba en todo lo que había ocurrido tras la redada del garito de Pozuelo: la desaparición de Luba; el asesinato de Olga, que tanta energía y confianza en sí mismo le había devuelto, pero que podía comprometerle si alguien investigaba su desaparición; aquel hombre desconocido que había merodeado por su casa del barrio de Hortaleza. Tuvo la sensación de estar perdiendo el control sobre los acontecimientos. Aquella noche sometió sexualmente a su mujer de forma tan violenta que a punto estuvo de asfixiarla por estrangulación mientras eyaculaba dentro de ella. Eso relajó a Águila y le permitió conciliar bien el sueño.

A la mañana siguiente, el día de Navidad, Noelia, una vez más, prefirió olvidar aquella nueva humillación y preparó con esmero una crema de marisco. Justo cuando iba a meter la crema en el frigorífico fue cuando Noemí se vengó de su madre, degradándola por ese *regalo* cruel que le había hecho la noche anterior.

—Las madres de mis amigas nunca visten como tú, ni siquiera cuando cocinan. —Noelia llevaba unos *leggings* con estampado de leopardo, una camiseta negra con una mariposa brillante y unas deportivas de color fucsia—.

Ellas son elegantes y me gustan. —«No como tú», le faltó decir.

La niña recibió la bofetada de su madre y, de nuevo, subió la gran escalinata de la mansión aporreando los peldaños con los pies —y con la rabia— y se encerró en su habitación. Águila se la cruzó por la escalera, vestido con uno de sus trajes impecables, oliendo a una fragancia de Loewe, con el pelo cano peinado hacia atrás y engominado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a su hija.

—Mamá me ha pegado —contestó sin mirar a su padre y sin detenerse.

«Pero ¿qué mierda de Navidades son estas?», se preguntó, iracundo.

Encontró a Noelia organizando la vajilla de la comida sobre la isla de aquella cocina inmensa, tanto que había espacios que jamás se habían usado porque su única utilidad era la de acentuar la ostentación.

—Veo que has montado otra trifulca con N1 —le recriminó a Noelia, transmitiéndole la sensación de que su paciencia se había agotado por completo.

N1, N2, N3. Así denominaban a las trillizas entre ellos cuando estaban solos, con una N y un número según el orden de salida al mundo durante el parto. Las llamaron Noemí, Nidia y Nerea, todas con la «N» en honor a Noelia, pero pronto descubrieron que habían cometido un error, pues se confundían continuamente. Asignarles un número les resultaba más cómodo, aun corriendo el riesgo de que alguna vez se les escapara en presencia de ellas y se enteraran entonces de que sus padres las habían cosificado al negarles sus nombres y, por tanto, su identidad.

—N1 está insoportable —replicó Noelia, refiriéndose a Noemí— y hoy no estoy de buen humor para aguantar sus impertinencias. Sube y diles a N2 y N3 que bajen a poner la mesa, por favor. N1, si quiere, que se quede en su habitación. No la echaré de menos.

—Feliz día de Navidad, cariño. ¿Por qué estás de tan mal humor? —le preguntó Águila, tomando una de sus manos y besándosela. Noelia la retiró rápidamente. No deseaba que tocara ni un milímetro de su piel.

—A estas alturas, todavía no hemos recibido la invitación a la cena de Nochevieja en casa de René y Lena —le comunicó Noelia.

—Pues ya llegará. Todavía faltan días.

—No sé, Juanjo. El año pasado la recibimos a principios de diciembre y el anterior también. Y te diré más: Lena y las demás comieron juntas el martes y a mí no me llamaron. Nos están excluyendo. ¿Por qué? No lo sé. ¿Lo sabes tú?

Recuerda lo que dijo Olga, que ya no cuentan con nosotros y que nos aplastarán como a una colilla.

—Olga era una paranoica, pero no existe ya, no pienses en ella. Mañana precisamente he quedado a comer con René. Me ha llamado esta mañana y ha sido una conversación cordial, así que tranquilízate.

René era el jefe, a él debía rendirle cuentas de los garitos de juego ilegal con sus correspondientes burdeles en Madrid y de cuyo funcionamiento se encargaba Águila. Sin embargo, René solo era un eslabón más de la cadena. Nadie sabía ni dónde empezaba ni dónde acababa. Era el aspecto de su trabajo que más le inquietaba: el desconocimiento de quiénes eran los que manejaban los hilos realmente, hombres sin rostro que parecían actuar desde otra dimensión. «Nosotros nos debemos a los fondos de inversión, Juanjo, no hagas más preguntas, no conviene», le advirtió René cuando un día, comiendo los dos, Águila quiso saber más. Había pasado buena parte de su vida matando y sometiendo a los demás en sus guerras como mercenario y no sabía conducirse bien en el arte de sonsacar información con sutileza y habilidad —sin valerse de palizas o de tiros— en los reservados de los restaurantes refinados y caros donde lo citaba René, un hombre tan sibarita y con una educación tan exquisita que le abrumaba y, sobre todo, le acomplejaba. Por más que él intentaba estar a la altura de su jefe, imitando sus modos y su estilo cuando ambos se encontraban, no lo conseguía.

—El problema es Luba, Juanjo —dijo Noelia, con la cocina ya recogida y a punto de vestirse como una dama para la comida de Navidad y demostrarle a Noemí que su madre también lo era—. Luba se te escapó y es una menor. Siempre has estado pendiente de que eso no sucediera nunca. ¿Por qué se la confiaste a Olga para que la escondiera? ¿Por qué te fiaste de ella? Como la policía la encuentre antes que tú, René te sacrificará, nos sacrificará, y no estoy dispuesta a renunciar a todo lo que hemos conseguido. Encuéntrala de una vez, Juanjo. Me gustaría que un día, y que sea pronto, me dieras la buena noticia de que está muerta.

## CAPÍTULO XI

¿Eso era la muerte? ¿Así anunciaba su llegada? No solo era aquel dolor que se iba extendiendo a todo el cuerpo desde la pierna infectada, que ya no se atrevía ni a mirar bajo la toalla que la cubría. Era también esa fiebre que la hacía tiritar, el sudor frío que impregnaba su piel, que ardía, la dificultad para llenar de aire los pulmones. Y era mucho más: la desoladora sensación de que debía despedirse de la vida y, al mismo tiempo, sentir el íntimo deseo de hallar al fin la paz del sueño eterno. Estaba convencida de que se estaba muriendo. Tumbada sobre la hamaca del sótano aquella Nochebuena, Luba ya no tenía fuerzas para pedir auxilio. Había perdido todas las oportunidades para hacerlo. Oía desde allá abajo voces en la casa que le parecían lejanas, pero ella sabía que estaban cerca, en la cocina o en el salón de aquel *castillo* que iba a convertirse en su tumba. No quería morir y, si eso finalmente sucedía, le asustaba cuánto tardaría en hacerlo, sola, sin nadie que le acariciara la mano para acompañarla en el tránsito. Desde el ventanuco del sótano le llegaba el reflejo de las farolas del jardín, una luz mortecina, sin un sol que iluminara la nieve y su silencio sagrado. Era una noche triste de invierno, pero la única que la acompañaría en su final. ¿Eso era todo? ¿Recibir en aquel sótano la tenue luz del jardín por última vez y morir sin apenas haber existido? Con las pocas fuerzas que le quedaban, aunando las que emergen de repente cuando se debe y se quiere sobrevivir, dio un fuerte impulso a su cuerpo, se levantó de la hamaca, se envolvió con la manta y, aturdida, se dirigió a las escaleras y se arrastró por ellas hasta llegar al rellano, frente a la cocina. Allí estaba sucediendo algo que no pudo soportar, algo inmensamente más grande que el grave estado en el que se encontraba. Instantes después, la sangre se extendía por los azulejos blancos de la cocina, avanzando sobre ellos de un modo que a Luba le parecieron lentas olas que morían en la orilla de un mar escarlata, denso y extraño.

Aquella situación había comenzado a gestarse la noche anterior, cuando



irrumpieron en la casa dos invitados a los que nadie esperaba.

El hermano de Elsa, Luca, se había presentado la víspera de Nochebuena acompañado de su novia, borrachos los dos tras haber cenado y tomado unas copas en Aguilar de Campoo, a pocos kilómetros de Los Herreros. Aquel cadáver y los motivos por los cuales la actriz se había desembarazado de él la habían bloqueado tanto que se olvidó de que le había dejado la casa a su hermano durante las Navidades, porque Elsa nunca iba a Los Herreros en invierno. El hecho de que ahora estuviera allí era una excepción. En realidad, todo lo que estaba sucediendo en aquella casa era excepcional.

—¡Joder, Elsa! —exclamó Luca con la ira que provoca el alcohol—. Te pedí las llaves pensando que no habría nadie y ahora mi novia y yo tendremos que compartirla mañana con vosotras en Nochebuena —le recriminó a su hermana en la cocina tras levantarla de la cama en plena noche.

Muriel no quiso intervenir y se quedó en el dormitorio, mientras que la novia de Luca, a la que no presentó, se quedó dormida en un sofá del salón. Era una chica de veinte años, quince menos que Luca, que tenía treinta y cinco, uno más que su hermana. Elsa siempre lo mantenía alejado de su vida, le perturbaba estar con él siquiera unos minutos, y ahora lo tenía allí frente a ella, a las cuatro de la mañana, tomándose un whisky más mientras ella bebía pequeños sorbos de un café con leche.

—Lo siento, me olvidé de que ibas a venir —se disculpó—. ¿Por qué no te has quedado a dormir en Aguilar de Campoo? Has conducido borracho, de noche y con nieve. Me cansan tus locuras de adolescente.

—No ha sido para tanto. Había pasado la máquina quitanieves y he conducido sin problemas hasta aquí. El problema ha sido encontrarme con vosotras. Me diste las llaves, me dijiste que llamarías a la asistenta para que dejara la casa en condiciones y ahora resulta que se te olvidó que yo venía, y me lo dices tú, que eres actriz, que te empollas páginas enteras de esas series infames que haces en la tele.

—¡Ya basta, Luca! —le gritó con esa potencia de voz que había educado en su oficio—. Esta es mi casa, *mi* casa —subrayó—, y me voy a quedar unos días. Si quieres irte y no compartirla, harás bien.

A Luba le despertó aquel grito de Elsa en la noche. Sin embargo, su estado febril, que aumentaba por momentos, le hizo creer que era una pesadilla y el sueño la venció de nuevo. Muriel, desde su dormitorio, también la escuchó gritar, pero era lo normal cuando se encontraba con su hermano, un

especulador inmobiliario experto en adquirir viviendas en subastas judiciales. Lo consideraba un vividor, un donjuán, un hombre sin escrúpulos con una capacidad de seducción tan inmensa como inquietante. Imaginaba a Elsa sobrepasada por la visita imprevista de su hermano. Ella también lo estaba. De hecho, para calmarse, decidió deshacer la maleta —que ni siquiera había abierto desde su llegada horas antes—, extender todas las prendas sobre la cama y volverlas a colocar en el interior, dobladas con mimo, tomándose su tiempo mientras pensaba en la situación en la que se había visto envuelta. Al día siguiente partiría a Madrid, a esa cena de Nochebuena a la que había prometido a Elsa asistir. Si no hubiera habido cena, también se habría ido. Si no estuviera nevando en aquellos momentos y no fueran las cuatro de la madrugada, quizá ya no estaría allí.

«Muriel, por favor, ven a casa urgentemente porque ha sucedido algo horrible», le había pedido Elsa por teléfono. Hay cosas que nunca deben pedirse a una amiga, ahora lo entendía, pero no se lo pensó demasiado y acudió en su auxilio. No podía hacer otra cosa. Le debía la vida, la había salvado del abismo y le había regalado una existencia en la que se sentía feliz.

Había llegado a España diez años atrás, en 1999, desde Latinoamérica. Tenía veintiún años y salió huyendo de su país, del estigma, de las palizas y de la incompreensión de su familia, que trataba con desprecio a la mujer que pugnaba por salir de su propia prisión. Ni siquiera se le permitía comer en la misma mesa que todos los demás. El hecho de que sus abuelos paternos fueran españoles le permitió dejar atrás aquella vida desesperanzada, abandonar a su familia, despedirse de América, quizá para siempre, y viajar a España, a Madrid, donde se estableció con muchos menos papeleos y trámites que un emigrante sin arraigos en el país. Eliminó con el tiempo su acento latinoamericano, hasta lograr castellanizarlo para evitar un nuevo estigma, el del inmigrante, y durante el día seguía siendo Jonathan, un joven delgado, alto e imberbe, de piel blanca y delicada, con los cabellos castaños y largos recogidos en una coleta. Su pasión era la moda, la alta costura, coser, diseñar, sentir el arte de crear con aguja e hilo, palpar las telas y sus texturas como si formaran parte de su piel. Consiguió un trabajo pagado en negro en el taller de una modista, subiendo los bajos de los pantalones, reduciendo o aumentando las costuras de vestidos y faldas. Su dominio de la máquina de coser fue lo que convenció a la costurera para darle esa oportunidad, pero tan mal remunerada que le costaba llegar a fin de mes. Al atardecer, Jonathan se

convertía en Muriel. Cada noche salía a pasear, vestida como una joven elegante, con un conjunto de chaqueta y falda que imitaba al mítico e icónico que ideó Coco Chanel, aunque adquirido por mucho menos precio con sus ahorros en una boutique del barrio madrileño de Cuatro Caminos, donde residía en una vetusta pensión con suelos de sintasol. El pelo recogido con gracia en un moño. Zapatos salón. Medias negras. Maquillaje discreto. Muriel. La oscuridad nocturna ocultaba sus rasgos masculinos y en aquellos paseos se sentía dichosa y libre. Una de aquellas noches de libertad, hacía siete años de eso, un coche se detuvo en la calle a su altura. En el interior, un joven acompañado de otros muchachos bajó la ventanilla.

—Señora, ¿sabe usted si vamos bien para la calle Comandante Zorita?

Muriel recelaba de ellos, pero se avino a acercarse porque la habían llamado «señora» —aunque entonces solo tenía veinticuatro años— y aquello le hizo sentirse bien. Se aproximó al vehículo y en ese instante uno de los jóvenes que iba en los asientos traseros sacó un aerosol de pimienta por la ventanilla y le roció los ojos.

—¡No queremos travestones en el barrio! ¡Lárgate o la próxima vez será peor! —le gritaron entre grandes risotadas mientras se alejaban a gran velocidad.

Los ojos le ardían, le dolían, le escocían. No veía nada, no podía abrirlos, y extendió los brazos para tentar el aire y no darse de bruces con alguno de los árboles de la calle, hasta que tropezó con un bolardo y se cayó al suelo. El destino, sin embargo, decidió compensarla con una de esas casualidades gratificantes que a veces ofrece, pues Elsa, que pasaba con su coche por allí tras un día intenso de grabación en los estudios, se detuvo y la auxilió.

—He visto cómo esos gamberros te atacaban desde el coche. ¿Qué te han hecho? ¿Estás bien? —le preguntó mientras la ayudaba a levantarse.

Muriel oyó su voz aguda, límpida, acogedora, y ahora iba a contraponerse a la suya, grave, masculina, para pedirle ayuda, ciega y dolorida como estaba.

—Me han rociado con un espray, no sé... —Estaba demasiado aturdida para dar más explicaciones.

—Voy a llamar a la policía.

—No, por favor. Ya se me pasará.

—Déjame entonces que te acerque a algún centro de salud. Tienes los ojos muy mal, hinchados y enrojecidos.

Pero Elsa pasó de largo por el dispensario y se la llevó a su propia casa,

curó sus ojos con algodones impregnados en manzanilla, curó su alma con las palabras, hablaron hasta el amanecer. Muriel le contó su historia, tumbada en un sofá, ciega todavía, asombrada por el gesto de generosidad de aquella mujer.

—Me gustaría ayudarte de algún modo. Nadie debería vivir así —afirmó Elsa—. Hay días que detesto este mundo, que me levanto y huelo su atmósfera pútrida, y hoy es uno de ellos.

—Te lo agradezco, pero ya has hecho por mí mucho más de lo que hubiera hecho cualquiera.

—Déjame hacerlo, Muriel, por favor —le suplicó con sinceridad—. Vivo sola, tengo dinero, soy actriz, me muevo en un mundo peculiar, el de los actores, que no tiene nada que ver con ningún otro. No somos gente que encaje en lo que se considera como *normal* —subrayó la palabra con la voz—, por eso entre nosotros nadie juzga a nadie por estas cosas. Soy la persona perfecta para ayudarte.

Jonathan fue enterrado sin honores. Muriel acabó mudándose a casa de Elsa y, día a día, se fue estableciendo entre ellas un vínculo de amistad tan potente que muchas veces se entendían sin necesidad de las palabras. Se llevaban pocos años de diferencia y eso facilitó aún más la relación. Ayudaba a la actriz a estudiar y repasar los guiones de las series, la acompañaba a las grabaciones y a los eventos, vestida como la mujer refinada que siempre quiso ser, sin que nadie la mirara de forma diferente. Elsa le propuso un día ir mucho más allá. «Va a ser un calvario para ti, pero luego tocarás el cielo, ya lo verás. Yo me ocupo de todo». Muriel se sentía abrumada por la excelencia moral de Elsa, por aquella generosidad que no sabía cómo corresponder. Era consciente de que debía de ser la única persona del planeta capaz de hacer algo así sin pedir nada a cambio. ¿Por qué lo hacía, pues?, se había preguntado muchas veces. Quizá Elsa pretendiera con ello reparar algo que la martirizaba, como si necesitara una expiación de algún pecado, como un raro sacrificio. Muriel era una mujer religiosa. A pesar de las injusticias que había sufrido, aún le rezaba a Dios e interpretaba el mundo desde conceptos morales como el bien y el mal, la culpa y el arrepentimiento. Sin embargo, su amiga era una mujer tan bondadosa que le costaba imaginarla purgando sus pecados, porque la consideraba un ser virginal, un ángel.

Tras varios tratamientos hormonales y otros tantos estéticos, tras una intervención quirúrgica que la dotó de una vagina y otra más de la que salió

con unos pechos bonitos y firmes, tras humillantes exámenes psiquiátricos que soportó con rabia y resignación a la vez, llegó un día en el que Muriel Fonseca obtuvo su pequeño tesoro: su documento nacional de identidad ya como mujer. Lo celebraron con una cena en casa y Elsa la sorprendió en el postre con una tarta y una sola vela.

—Sopla y pide un deseo, que este año es el primero de tu nueva vida, Muriel.

Lo pidió, pero no se atrevió a enunciarlo en voz alta en ese momento. Sí lo hizo unas semanas más tarde, cuando ya lo había soñado tantas veces que no podía retenerlo por más tiempo.

—Necesito trabajar por mi cuenta, Elsa. Has hecho tanto por mí que ni cien siglos serían suficientes para agradecértelo, pero necesito sentirme útil a mí misma. ¿Tú podrías avalarme un crédito para montar mi propio taller de costura? —le preguntó con timidez y respeto.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí, es lo que deseo. Me has ayudado tanto que quizá pienses que esto ya es demasiado, pero ya sabes que siempre ha sido mi sueño.

Mientras seguía haciendo la maleta en la casa de Los Herreros, Muriel rememoraba todo lo que Elsa había hecho por ella, pensaba en ese taller de costura que había abierto dos años atrás y en el que confeccionaba sus diseños a medida y a precios económicos. Había captado el estilo de las mujeres trabajadoras de clase media y las vestía para bodas, comuniones y bautizos de un modo que las hacía sentirse especiales. Pensaba también en el apartamento de alquiler al que acababa de mudarse hacía un año, en su nueva vida como mujer plena. Pensaba, pensaba... y percibía en sí misma el hedor de la traición. Dos lágrimas se descolgaron de sus ojos y mancharon una blusa de seda que acababa de colocar en la maleta. «Ha sucedido algo horrible», le había dicho su amiga, sobresaltándola con una llamada de madrugada. Sí, realmente era horrible o más que eso. Cuando llegó a casa de Elsa, la encontró sufriendo un ataque de ansiedad. Apenas podía hablar ni respirar. Le dio un vaso de agua, la invitó a sentarse y esperó a que se calmara. Fue entonces cuando la actriz la condujo al dormitorio y Muriel encontró a un hombre desnudo sobre la cama, pensó que dormido, junto a un vómito ocre que se había extendido por las sábanas.

—No entiendo nada, Elsa... —le manifestó, confusa.

—¡Está muerto, Muriel! —exclamó su amiga con un timbre de voz histérico,

con la mirada desorbitada, con el rostro descompuesto; la belleza y el encanto que tanto admiraba de ella se habían transformado en un rictus inquietante y mórbido que la asustó—. Creo que se ha ahogado en su propio vómito o le ha dado un infarto, no sé. Me pareció oírle roncar mientras dormíamos, pero no le di importancia. Sobre las tres de la madrugada me he despertado y me he abrazado a su cuerpo. Hacía tanto tiempo que no me despertaba al lado de un hombre que me sentía feliz al hacerlo. Fue entonces cuando noté su piel extrañamente fría. Lo miré y me encontré con sus ojos, medio abiertos, como bizcos, y entonces vi las babas en su boca, el vómito sobre la cama. ¡No respiraba, Muriel!

—Pero ¿quién es? —preguntó. Aquello le parecía una ensoñación, era imposible que estuviera sucediendo de verdad.

—¡No lo sé! —gritó Elsa, desbocada—. Lo conocí anoche en la fiesta que dio Pablo en su casa, ya lo conoces, el director de la serie.

—¿Y te trajiste a tu casa a un desconocido?

—Fue el primer flechazo que he sentido en mi vida, no sé qué me pasó, pensé que me había enamorado de verdad. Bebimos bastante y él tomó, además, cocaína, pero no me obligues ahora a entrar en detalles. ¿Qué hago? —preguntó con desesperación.

—Llama a la policía. Tú no lo has matado, se ha muerto solo, Dios nos perdone. —Muriel se santiguó.

—¿A la policía? No puedo hacerlo. ¿No te das cuenta? Significaría el fin de mi carrera. Tengo treinta y cuatro años, me voy acercando a la edad fatídica para las actrices, los cuarenta, y estoy a punto de estrenar *Casa de muñecas*, la primera vez que pisaré un escenario en mi vida, la primera vez que produzco una obra, la primera vez que me meteré en la piel de Nora, la protagonista. Es mi sueño, Muriel.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

Lo que le propuso le pareció una locura. Si las descubrían, ¿cuántos años de cárcel podrían caerles por deshacerse de un cadáver y enterrarlo en un jardín?

—No soy una asesina, Muriel. Nunca te hubiera pedido esto si viera que te puede comprometer. Mi casa de Los Herreros es segura. No hay nadie ahora, solo la nieve, tú y yo. Y en verano únicamente vamos nosotras y algunos pocos amigos. Nadie se dará cuenta.

—No puedes hacerlo, Elsa. Este señor muerto tendrá familia, será hijo de unos padres, y si lo entierras en tu jardín les negarás la posibilidad de llorarle,

de rezarle y de llevarle flores a la tumba. Eso es cruel. Hay muchos asesinos que lo hacen, sale en los periódicos, pero tú no eres una criminal y no puedes comportarte como si lo fueras. Tiene que haber otro modo más piadoso. ¿Por qué no lo dejamos en la puerta de un centro de salud o de un hospital? Al menos tendremos la certeza de que alguien se ocupará de él.

—¿Y arriesgarnos a que nos grabe alguna cámara de seguridad? Ya me imagino el titular: «La actriz Elsa Davín, grabada dejando un cadáver en un centro de salud». No puedo pasar por eso, Muriel. Siento que mi carrera se va a arruinar, siento que se acabó todo, es como si yo también estuviera muerta —afirmó, llorando atormentada.

—Podemos dejarlo en algún centro de salud fuera de Madrid, en algún pueblo —propuso, abrazando a su desconsolada amiga—. Allí no habrá cámaras de vigilancia y a estas horas de la madrugada no nos verá nadie. Si lo hacemos antes de que amanezca, no correremos riesgos. Hazme caso, Elsa.

No imaginaban que tras aquella odisea tendrían un testigo oculto, Luba, a la que buscaba desesperadamente un guardia civil, Julián Tresser, que obtendría la primera pista sobre su rastro desde la Central de Cámaras del Ayuntamiento de Madrid, donde la había visto abandonando el parque Tierno Galván y subiéndose a un autobús hacia la plaza de Legazpi. Una funcionaria, Pepa Ordovás, había muerto decapitada. También la cruel carcelera de Luba, Olga, había sido asesinada por Águila. Y el hombre que enamoró a Elsa yacía muerto en la cama sobre la papilla de su propio vómito. Tres cadáveres en vísperas de la Navidad, colándose por las puertas traseras y más oscuras de las casas donde se respiraba la ilusión colectiva de ser felices unos pocos días. En aquellos momentos, para Elsa y Muriel no había esperanza. Ambas permanecían de pie junto a la cama, una a cada lado, con el cadáver en medio, al que evitaban mirar.

—¿De verdad no sabes quién es? ¿No recuerdas algún dato, por pequeño que sea? ¿Has visto su documentación? —le preguntó Muriel, agobiada.

—He revisado su ropa una y otra vez y solo he encontrado cien euros en un bolsillo. Llegamos aquí en dos taxis, por separado. La fama me obliga a hacer estas cosas absurdas que no se me olvidan, aunque me haya pasado de copas. Tampoco le di la dirección exacta, sino la de dos manzanas más arriba, donde le esperé. Caminamos hasta mi casa y entramos por la puerta de servicio, ya la conoces, en la parte trasera del chalé. Sabes bien que es un callejón por donde no pasa casi nadie porque es estrecho y no caben los coches.

—¿Y su teléfono móvil?

—He tirado la tarjeta SIM al váter y he guardado en el bolso la batería y la carcasa. Las tiraré desde el coche cuando salgamos de Madrid. He hecho demasiadas series policíacas como para no saber que ese es el mejor modo de anular la señal. De lo contrario, si lo buscaran y para ello geolocalizaran su teléfono, podrían ubicarlo en mi casa y relacionarlo conmigo, aunque también sé que el margen de error es muy amplio y lo más probable es que captaran la señal en mi barrio, pero no en mi vivienda. Dios mío, estoy hablando como una asesina. —Regresó al llanto, se pasó las manos por el pelo una y otra vez, desesperada, y además sufrió un súbito ataque de hipo.

A Muriel le desbordaba verse envuelta en aquella situación. También para ella podía suponer el fin de todo si no lograban deshacerse de aquel cadáver. Elsa la había implicado de tal forma que no había retorno posible. Su forzoso papel de cómplice la había dejado sin opciones, pero era el momento — aunque el peor de todos— de premiar su generosidad.

—¿Has logrado entrar en el móvil antes de desmontarlo?

—Está bloqueado y, obviamente, no sé la contraseña. Lo he apagado enseguida cuando lo he encontrado en el suelo, junto a la cama. Me he vuelto loca cuando lo he visto muerto, Muriel, me he desplomado y luego me he quedado sentada en una esquina de la habitación, sin entender qué había ocurrido y, sobre todo, sin entender por qué me había pasado a mí. ¿Me vas ayudar, entonces?

Aquel hombre tenía un cuerpo perfecto, pensó Elsa al contemplarlo con la tristeza de la despedida. Ella también pensaba que el suyo lo era. Dos perfecciones juntas que jamás volverían a encontrarse. Aquella noche había experimentado quizá el mejor encuentro sexual de su vida. Aunque no había tenido muchos, ese no lo olvidaría. Antes de vestirlo, lavó el cadáver con una toalla humedecida en agua, con las manos enfundadas en guantes de látex. No quería llevárselo de allí empapado en babas, espuma y vómitos. «Ojalá no hayas sufrido. Era agradable tener al lado a un hombre roncando, pero en realidad te estabas muriendo. Lo siento». Esa fue su manera de decirle adiós. Lo limpió con delicadeza, acariciándole la piel, despidiéndose de ella.

—Elsa, por favor, déjalo ya. Es enfermizo que lo laves tanto.

—Hicimos el amor varias veces. No hay zona de su cuerpo que no tenga mi rastro. Debo lavarlos a conciencia, ¿entiendes?

—Ya, pero no tenemos mucho tiempo —comentó Muriel con gesto grave.



Estaba tan preocupada que ella también quería llorar, pero su llanto contagiaría a Elsa y no podía con más drama. Hacía verdaderos esfuerzos para no salir de allí y desentenderse de la situación. Le resultaba frustrante no poder hacerlo y angustioso quedarse y participar en el plan. No encontraba una salida que la beneficiara sin perjudicar a Elsa.

Lo más difícil y doloroso fue vestir el cuerpo. Todavía no habían transcurrido las tres horas a partir de las cuales aparece el *rigor mortis*, la rigidez de los músculos que dificultaría enormemente la manipulación del cadáver. Lo vistieron, ambas con guantes de látex, con las prendas que el hombre había dejado tiradas en el suelo del dormitorio antes de hacer el amor con Elsa. Los dos habían llegado a la cama tras beberse botella y media de vino charlando en el salón, y ese alcohol se unía al que ya habían tomado en la fiesta donde se conocieron, una fiesta prenavideña llena de gente de la televisión en su mayoría, en un chalé independiente de una de las lujosas urbanizaciones del parque Conde de Orgaz, en el casco urbano de Madrid. Él la sedujo con palabras que la halagaron. Le dijo que era abogado y parecía no saber que Elsa se dedicaba a la interpretación, por lo que ella se inventó otra profesión, la de guionista. Jugaron ambos al coqueteo, sin imaginar ninguno la tragedia que sucedería horas después.

Les costó transportar el cuerpo, vestido con traje azul marino, camisa azul celeste, mocasines y anorak negro, tal como acudió a la fiesta. Elsa se preguntaba ahora quién lo habría invitado y por qué, puesto que no pertenecía al gremio de la televisión. Tenía mucho desparpajo, quizá se hubiera colado o realmente conocía a alguien de allí. Eso la inquietó. Lo envolvieron en una sábana para arrastrarlo con mayor facilidad por la casa —quemarían aquel sudario improvisado en la chimenea de Los Herreros— hasta llegar al garaje y bajarlo por los cinco peldaños que lo separaban de la vivienda. Era un aparcamiento propio, no habría testigos. Elsa residía en uno de los chalés de la colonia de Fuente del Berro, casas con jardín construidas en los años veinte del siglo pasado en el entonces extrarradio de Madrid para albergar, en su mayoría, a los obreros de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, próxima al lugar. Ahora esas viviendas estaban ya integradas en la ciudad, rehabilitadas y embellecidas, y en ellas residían gentes privilegiadas por la vida, pues casi ninguna de aquellas casas costaba menos de un millón de euros. Elsa abrió el amplio maletero de su todoterreno Kia y hubieron de hacer un gran esfuerzo para levantar el cadáver. Fue entonces cuando la actriz

pronunció aquella frase hiriente: «Muriel, haz un poco más de fuerza, por favor, que se note que una vez fuiste un hombre». No era el momento de hacer reproches, así que no replicó y se limitó a concentrar toda su energía en los brazos, que eran finos, mucho más femeninos que masculinos, para dar un último empujón y colocar al muerto en el portaequipajes.

—Tengo que pasar por casa, Elsa, necesito mis cosas y mi medicación hormonal. Es importante.

—Por supuesto. Sé que es importante.

Condujo Muriel, pues Elsa había bebido pocas horas antes y no querían arriesgarse a una prueba de alcoholemia. Eran cerca de las cuatro de la madrugada. La modista se concentró en no cometer ninguna infracción que pudiera atraer la atención de la policía. Le temblaban las piernas y le sudaban las manos al volante. La actriz, a su vez, estaba poseída por la culpa y el remordimiento. Aquel cadáver en el maletero le hacía sentirse una delincuente, una delincuente novata acuciada por las posibilidades de cometer un error. Entraron en un aparcamiento subterráneo cercano al apartamento de Muriel, en el barrio de Argüelles, y Elsa la esperó en el coche, intentando no pensar en nada, haciendo ejercicios de respiración, calmando su zozobra. Luego reanudaron la marcha y enfilaron la autovía A6 en dirección a Segovia. Habían decidido abandonar el cadáver en alguno de los pueblos de la provincia, cualquiera que tuviera un dispensario o un centro de salud, asegurándose antes de que no hubiera cámaras de videovigilancia. A medida que se alejaban de Madrid, Elsa se iba poniendo más nerviosa. Lloraba unas veces, maldecía su suerte otras.

—¿Me vas a contar cómo lo conociste y por qué te engancho tanto?

—Ahora no puedo hablar de ello. Dame tiempo, Muriel.

—Dime al menos si alguien os vio salir juntos de la fiesta.

—Nadie se fijaba en nadie en aquellos momentos. Había allí más alcohol que en cualquier bar y la gente bebía bastante, como nosotros. Quién iba a imaginar este final —musitó, con la mirada perdida.

Una vez que hubieron entrado en la provincia de Segovia, comenzó a nevar, primero débilmente, pero poco después los copos aumentaron de tamaño y revoloteaban amenazantes frente al haz de luz de los faros del coche. Cuando se adentraron en una sinuosa carretera secundaria, la nieve que caía se tornó más espesa. Habían consultado en el mapa —no en Internet, para no dejar rastros de la búsqueda— y sabían que por aquella zona existían dos pueblos

con centro de salud. Debían encontrarlos pronto, porque nevaba cada vez más y temían quedarse atrapadas; por aquella carretera de segunda supusieron que no pasaría ninguna máquina quitanieves antes del amanecer. Se desviaron hacia el primero de los municipios que habían elegido, pero no encontraron el centro de salud, por más vueltas que dieron, cayendo la nieve, desesperadas las dos.

—Igual lo que ocurre es que no está señalizado como en las ciudades. Este pueblo es muy pequeño —comentó Elsa, desanimada—, todos sus habitantes sabrán dónde está, para qué indicarlo con un rótulo. Lo mismo nos pasará con el otro.

—No me pongas más nerviosa, por favor. Si no es para animarme a seguir, mejor que no digas nada.

Llegaron al segundo pueblo, a pocos kilómetros del anterior, pero Muriel, en vez de entrar en el municipio, detuvo el coche de repente y dio marcha atrás.

—¿Qué haces? —le preguntó Elsa, confundida.

—Acabamos de pasar un edificio que me ha parecido un convento. Me voy a situar cerca de la puerta para comprobarlo.

—¿Para qué quieres un convento ahora?

—Es un buen lugar para dejar el cadáver —afirmó.

Sí, aquello semejaba un convento, a medio kilómetro del pueblo. La noche y la nieve que caía les impedían ver su arquitectura, pero era un edificio grande, con un campanario iluminado en la noche, con la puerta principal también alumbrada con dos pequeños faroles, uno a cada lado, y una placa cerámica donde, supusieron, se indicaba el nombre del convento. Fue Elsa quien tomó la iniciativa de bajar del coche y acercarse a ella. No se puso el abrigo, a pesar de la nevada, porque la puerta se hallaba a menos de dos metros del vehículo. «Hijas de San Manuel Lerián», leyó.

—¿De verdad quieres dejarlo aquí? —le preguntó a Muriel cuando entró de nuevo en el coche, sacudiéndose la nieve de encima, tras confirmarle que se trataba, efectivamente, de un edificio de religiosas.

—Dejarlo cerca de Dios me parece mejor idea que la del centro de salud. Las monjas cuidarán de él hasta que venga la policía a llevárselo. Le darán calor y rezarán por su alma. Eso a mí me reconforta y no me gustaría discutirlo, Elsa. Necesito acabar esto con piedad y respeto.

—De acuerdo, me parece buena idea.

Muriel acercó el todoterreno aún más a la puerta, bajaron las dos, quitaron la sábana que cubría el cuerpo y lo agarraron para trasladarlo, una por los brazos y otra por las piernas, pero el *rigor mortis* ya había comenzado y el cadáver se había quedado rígido en la misma postura en la que lo dejaron en el coche, en posición fetal, la única posible para que cupiera en el maletero, la postura natural del feto en el vientre de la madre, una siniestra paradoja que unía el nacimiento con la muerte, pensó Elsa, sugestionada por aquella situación tan anómala. Lo trasladaron como pudieron, casi arrastrándolo por la nieve, puesto que el agarrotamiento del cuerpo no les permitió hacerlo de otro modo. Lo situaron junto a la puerta, tumbado de lado, con las piernas encogidas y la cabeza casi rozando las rodillas, como si se hubiera acurrucado para no pasar frío. Subieron al coche, Muriel arrancó el motor, dio la vuelta para retomar la carretera y se fueron de allí sin mirar atrás, sin más lágrimas, reconfortadas las dos por haberlo dejado en el mejor lugar posible. «Cerca de Dios», como quería Muriel.

No hablaron durante el trayecto hacia la A6 para tomar ahora la autovía hacia Palencia. Habían decidido irse a Los Herreros, lejos de Madrid, lejos del escenario donde había sucedido todo. Sin embargo, la nevada no las abandonaba y Muriel se sentía tan cansada que, cuando pasaron el túnel de Guadarrama, ya cerca de las cinco de la madrugada, propuso descansar en algún hotel de San Rafael, la localidad serrana más cercana a donde se encontraban.

—No me veo conduciendo ahora hasta Palencia, Elsa.

—Yo tampoco.

Encontraron una hostería a la entrada del pueblo. Tardaron en abrirles a aquellas horas tan intempestivas y se disculparon ante el señor que las atendió. «Vamos hacia Ávila y no podemos seguir con esta nevada», improvisó Elsa. Ninguna de las dos pudo dormir, pero al menos reposaron tras aquella odisea que no olvidarían jamás. Al final les venció el sueño, debido al agotamiento, y se despertaron a las diez de la mañana, las dos acuciadas por el remordimiento, las dos de mal humor. De nuevo hablaron poco o apenas nada hasta que llegaron a Palencia, a Los Herreros. Durante el trayecto, Elsa tiró por la ventanilla del coche la batería y la carcasa del móvil. Se sentía como una criminal, aunque supiera que no lo era.

Rememorando ahora lo que había sido aquella siniestra aventura con un cadáver, Muriel no lograba conciliar el sueño en su habitación de la casa de la

actriz. Tenía ganas de que llegara el nuevo día para irse a Madrid y ahorrarse el mal ambiente que habría en la casa con los dos hermanos juntos, con Luca llevando al límite a Elsa, como siempre sucedía. No se querían, no se soportaban, ambos se repelían, por eso apenas tenían relación. Pobre Elsa. Se avergonzaba de haber albergado en su mente la idea de la traición, el impulso de abandonar a su amiga y desentenderse de ella. No podría soportar el peso de aquella deslealtad y, sin embargo, no lograba apartarla de su cabeza. Eran ya las cinco de la madrugada. La casa estaba en silencio. Llevaba casi veinticuatro horas sin cerrar los ojos. Se durmió con la inquietud de que, al despertar, la primera imagen que irrumpiría en su mente sería la de aquel cadáver abandonado en un convento.

Elsa se había acostado sin darle las buenas noches a Muriel. Sentía pudor. No se perdonaba haberla involucrado en un asunto tan grave. Estaba derrotada por el cansancio, así que dejó de pensar en su amiga, en su hermano, en el cadáver y en ella misma y se durmió profundamente. Los sueños relajaron su agitado espíritu situándola sobre el escenario de un teatro, ante un patio de butacas lleno de público, el día del estreno de *Casa de muñecas*, la famosa obra del autor noruego Henrik Ibsen, escrita en 1879. Declamaba uno de los diálogos más intensos, aquel que desvelaba la verdad, la auténtica y más íntima verdad de Nora, la protagonista, al contestar a la pregunta de su marido sobre si había sido feliz con él:

«No, solo estaba alegre, y eso es todo. Eras tan bueno conmigo... Pero nuestro hogar no ha sido más que un cuarto de recreo. He sido una muñeca grande en esta casa, como fui muñeca en casa de papá. Y, a su vez, los niños han sido muñecos. Me divertía que jugaras conmigo, como a los niños jugar con ellos. Eso es lo que ha sido nuestro matrimonio, Torvaldo».

Percibió en el sueño que su actuación ya nunca podría ser mejor, que jamás lograría una comunión con Nora como la que acababa de lograr. Y, sin embargo, nadie la aplaudió. No lo entendía, no sabía por qué no la premiaban con una gran ovación. Avanzó unos pasos sobre el escenario para acercarse a la platea y el terror la atenazó: los espectadores estaban sentados en sus butacas, inmóviles, silenciosos, con los rostros súbitamente pálidos. Estaban todos muertos.

La actriz se despertó con una aterradora sensación de pánico. Ni siquiera fue capaz de levantarse de la cama e ir al baño a por un vaso de agua. Se ocultó bajo las sábanas y se encogió sobre sí misma, presa del pavor. Al

amanecer le escocían los ojos; tuvo la impresión de no haber dormido ni un solo minuto y quiso alejarse de la cama y de las nuevas pesadillas que podría sufrir si volvía a cerrarlos. Cubrió su camisón con una bata larga de raso negro y bajó a la cocina para prepararse un café bien fuerte. Aquel terrorífico sueño aún la aturdió, estaba empeñada en encontrarle un significado, y la sugestión, pero sobre todo la superstición, le transmitía la idea de que el estreno de la obra sería un fracaso. Aquella sensación de derrota se incrementó aún más al pensar que debería convivir en la casa con su hermano y su novia desconocida. ¿Cómo había podido olvidar que le había dejado las llaves?, se reprochó mientras se servía el café.

—Hola, buenos días.

La novia de su hermano entró en la cocina, con el abrigo puesto y una maleta. A Elsa le molestó verse obligada a mantener una conversación con aquella desconocida. Le sorprendió verla con el equipaje. Era una muchacha mil veces repetida, a pesar de que el anorak corto y dorado, los vaqueros rasgados intencionadamente, las botas altas de ante que llegaban hasta más allá de la rodilla, el cabello cortado recto a la altura de las orejas y su maleta de Louis Vuitton intentaban, sin conseguirlo, alejarla de la vulgaridad.

—¿Qué haces con el equipaje en la mano si acabas de llegar? —No le interesó saber su nombre y no se lo preguntó.

—Me voy a Madrid y quería preguntarte cómo lo puedo hacer.

—Esta mañana voy a llevar a mi amiga Muriel a la estación de tren de Aguilar de Campoo. No me importa acercarte a ti también. ¿Sabe mi hermano que te vas?

—No, pero lo entenderá cuando se despierte.

—No estoy muy segura. Deberías decírselo.

—Lo entenderá, no te preocupes. Luca me había prometido unos días aquí solos los dos y ahora veo que no va a ser así, de modo que me voy. No era este el plan.

—Vaya, pues siento habértelo fastidiado, aunque yo solo había invitado a mi hermano —replicó Elsa, molesta por su descaro.

—Es verdad... —musitó la chica, mirando a la actriz con atención y parecía que también con fascinación.

—¿Es verdad el qué?

—Que te pareces muchísimo a Juliette Binoche.

—Lo sé, me lo dice mucha gente.

—¿La conoces?

—No.

—¿Y te gustaría?

—¿A qué viene tanta pregunta, cuando no nos conocemos de nada?

No le importó mostrarse antipática con la muchacha. Le había halagado que mencionara su parecido con la actriz Juliette Binoche, siempre le gustaba oírlo, incluso ella misma potenciaba el estilo que la asemejaba a ella, pero aquella nueva conquista femenina de su hermano la estaba tratando con ese exceso de confianza que muestra la gente cuando se encuentra con un personaje famoso de la televisión, y por ese motivo levantó una barrera entre ambas.

—¿Te molesta que te pregunte cosas? —preguntó la chica, escrutando a la actriz con una curiosidad morbosa que a Elsa le irritó aún más.

—Pues la verdad es que sí. Voy a ducharme. Hay café recién hecho en la cafetera, un paquete de tostadas en el armario de la despensa y mantequilla y mermelada en la nevera. El tren sale a las once y veinte.

Aquel jueves, día de Nochebuena, el pequeño pueblo de Los Herreros había amanecido nevado, como tantos otros inviernos por aquellas fechas. Elsa, ya preparada para la partida hacia la estación, aprovechó el momento en el que Muriel y la novia de su hermano colocaban sus maletas en el coche para deambular por el jardín y concederse unos minutos de soledad. Vestida con un largo abrigo negro y con la cabeza cubierta por una pamelita de felpa del mismo color, a Elsa le hubiera gustado dedicarle unas palabras a su amante muerto antes de abandonarlo en aquel convento de Segovia, pero no había tenido tiempo para rezos ni últimas despedidas. Elevó entonces la vista hacia el cielo ceniciento —su tono oscuro avanzaba más nieve— para enviarle un mensaje a través del aire: «Tu paz será mi tormento. Espero que eso te compense».

—¿Elsa! ¡Vamos a llegar tarde!

La voz de Muriel le llegó desde el garaje y no pudo seguir allí por más tiempo. Se volvió para encaminar sus pasos hacia el coche y tuvo la sensación de que alguien la observaba desde la casa. Fijó la mirada en la ventana del dormitorio de Luca, pero la persiana estaba bajada. Hubiera sido extraño que a esas horas tempranas su hermano estuviera despierto y no vencido por la resaca. Entonces miró hacia la ventana del sótano, a la altura del suelo nevado, y le pareció ver tras ella una sombra fugaz. Se acercó, se puso en cuclillas y miró a través del cristal.

Asustada cuando vio aproximarse a Elsa, Luba se alejó unos pasos para

salir del escaso haz de luz que iluminaba la estancia y se agachó para no ser descubierta. Al hacerlo, sintió tal dolor en la pierna malherida que un grito ahogado emergió de su garganta. ¿Lo habría oído la actriz? Nunca la había visto tan cerca, estaba bella con esa pámela negra. «Si me ha descubierto tras la ventana y baja al sótano, me arriesgaré y le pediré ayuda», pensó, enferma y desesperada. Pero Elsa no apareció por allí. Luba bebió agua del grifo, pues la fiebre la estaba deshidratando y sentía una sed constante. Después orinó de pie en una pequeña y vieja palangana que había encontrado, la vació en el fregadero y utilizó el grifo como cisterna. Se acostó de nuevo sobre la hamaca, se abrigó con la manta y comenzó a llorar, hasta que la fiebre la derrotó y la dejó profundamente dormida.

Afortunadamente, la máquina quitanieves había peinado el asfalto y el trayecto hacia Aguilar de Campoo desde Los Herreros no fue tan complicado como Elsa temía, a pesar de la cargante sucesión de curvas cerradas y en pendiente que monopolizaban parte del recorrido. Obligada a conducir a baja velocidad, se permitió disfrutar de la belleza de aquellos paisajes nevados. Era la primera vez que los contemplaba en invierno desde que compró la casa diez años atrás, poco después de conocer a Muriel. La actriz tenía entonces solo veinticuatro años, pero había ganado tanto dinero protagonizando una serie en la que interpretaba a una agente de policía con poderes paranormales que pudo añadir una nueva hipoteca a la que ya estaba pagando por su casa madrileña de la colonia de Fuente del Berro. Ambas amigas se ocuparon de diseñar la rehabilitación y de decorarla para convertirla en el lugar perfecto para reponer las energías que les succionaba la gran ciudad. La casa había pertenecido a un famoso pintor al que hundió una depresión. Terminó suicidándose, tirándose al vacío desde la torre. La casa estaba maldita desde entonces, nadie la quería comprar, pero a Elsa le pareció tan bajo su precio que no le importó aquel pasado trágico. Ella también tenía un oficio que generaba tanta o más vulnerabilidad que el de la pintura, y comprendía la fragilidad emocional que, a veces, desapega tanto de la vida que impele a dejarse abrazar por la muerte.

—¡Qué fuerte! —exclamó la novia de Luca desde el asiento trasero del coche.

—¿Qué ocurre? —preguntó Muriel, sobresaltada. Estaba mirando el paisaje y entregada a sus pensamientos.

—Lo acabo de oír en las noticias. —La muchacha se había aislado de sus



compañeras de viaje con su móvil y sus auriculares—. Resulta que hace un par de días una prostituta mordió con fuerza el pene de un hombre mientras le hacía una mamada y ahora han hecho lo mismo otras dos y las están buscando. Malos tiempos para los puteros. Me encanta. —Se rio sin disimulo.

—¿En serio ha ocurrido eso? —comentó Elsa con curiosidad.

—Tenía que pasar tarde o temprano —añadió Muriel.

—Es que meter un apéndice de tu cuerpo en la boca de una desconocida, y además tratándose de un apéndice tan reverenciado por los tíos como lo es el pene, es un riesgo total —opinó la chica—. No se dan cuenta de a lo que se exponen cuando compran una mamada. Ahora mismo me los imagino acojonados. —Se volvió a reír.

Ninguna imaginó que la primera en apretar los dientes durante una felación había sido Luba, la pequeña intrusa del sótano de la casa, a la que, sorprendentemente, nadie había descubierto todavía.

—¿Cómo te llamas? No nos has dicho tu nombre —le preguntó Elsa. Aquellos comentarios le habían parecido divertidos, no los esperaba de alguien a quien consideraba vulgar, quizá únicamente porque era la novia de su hermano.

—Soy Celia. No os he dicho cómo me llamo porque ninguna me lo habéis preguntado.

—Tienes razón, discúlpanos —habló Muriel en nombre de la dos—. Es inexcusable no haberlo hecho.

—Tampoco mi hermano nos presentó ayer cuando llegasteis a casa —terció Elsa.

—Luca estaba borracho y yo también, un poco. Pero no pasa nada, ahora lo acabamos de solucionar. Me llamo Celia, soy madrileña y estoy estudiando Ciencias de la Información en la Complutense.

—Eres una futura periodista, pues. ¿Y qué haces con mi hermano? Eres mucho más inteligente —se le escapó a Elsa.

—Es divertido, me lo paso bien con él.

—Pues ten cuidado, no vaya a matarte de risa —le previno la actriz con ironía.

Estuvo a punto de informarle de que ella era la novia número veinte, o la número veinticinco quizá, pues todas acababan abandonándole por sus muchas infidelidades, que, además, no disimulaba. El hecho de que Celia no se hubiera quedado con él en la casa quizá ya estaría alentando en Luca otra

infidelidad más. Deseó que su hermano decidiera también regresar a Madrid y ya no estuviera al volver a Los Herreros.

Pero ahí estaba. Tras despedir a Celia y a Muriel en la estación, tras una hora de espera porque la nieve había retrasado la llegada del tren desde Asturias, llegó a la casa y se lo encontró retirando las brasas de la chimenea del salón, recién duchado, vestido con traje negro, camisa rosa desabotonada casi hasta el ombligo y oliendo a colonia cara. Ni siquiera en una casa en medio de la nieve había variado su vestuario habitual.

—Voy a hacer un fuego. Espero no mancharme demasiado.

—Es que vas vestido como para una boda, Luca, y esto es el campo.

—He querido vestirme a juego con tu mansión.

—No te ha funcionado la ironía. Estás ridículo con el traje.

—Tú también estás ridícula con esa pamelita. Anda, quítatela, por favor. ¿O la vas a llevar por la casa todo el día?

—Siempre generas conversaciones de altura, hermano.

Elsa se quitó la pamelita y el abrigo y los lanzó con gesto de hastío sobre un sofá. Regresaba a la casa con amargura, la amargura de tener que soportar a Luca y, también, la de haber notado a Muriel tan distante cuando se despidió de ella. La comprendía, suponía que estaría todo el viaje pensando en el cadáver abandonado en el convento. Le dolían los acontecimientos que le había obligado a compartir. Cuando su amiga llegara a Madrid, había decidido llamarla y convencerla para que no regresara a Los Herreros el día de Navidad, del mismo modo que la había persuadido intencionadamente para que asistiera a la cena de Nochebuena con Pedro y Marita: no había querido comprometerla más. Intentaría manejar la situación ella sola. Era lo justo y lo correcto. En la estación había comprado varios periódicos y, cuando el tren partió, se sentó en un banco y pasó las páginas con avidez, buscando la noticia de que las monjas del convento de San Manuel Lerián habían hallado un cadáver abandonado en la puerta. Era demasiado pronto para que ya lo recogiera la prensa. Ni siquiera había transcurrido un día entero desde aquello. Posiblemente no fuera suficiente para que alguien lo echara de menos, pero se sentía tan mal que le calmó hojear los periódicos. Luego los tiró a una papelera.

—¿Por qué me tratas así, Elsa? —Luca continuaba retirando las brasas de la chimenea y colocándolas en un cubo de latón—. Yo te voy a decir lo que ocurre: estás enfadada, piensas que yo no debería estar aquí porque querías la

casa para ti sola, incluso te has quitado de en medio a tu querida Muriel, y eso sí me parece raro, tan inseparables como sois las dos. ¿Estás esperando a alguien que no debamos conocer ninguno? —le preguntó con malicia.

—Cállate, tu pequeño cerebro solo elabora tonterías. No te sientas obligado a darme conversación durante el tiempo que los dos coincidamos aquí. Yo, por mi parte, no lo voy a hacer.

—El que debería estar enfadado soy yo. Te has llevado a Celia sin decirme nada y me has dejado sin novia.

—No me la he llevado, se ha ido ella solita.

—Por tu culpa, sin duda.

—Sí, Luca, siempre es todo por mi culpa.

En aquel momento cayó en la cuenta de que la noche anterior habían quemado en la chimenea la sábana con la que envolvieron el cadáver. Se acercó y observó con inquietud que aún quedaban restos sobre las brasas. ¿Por qué no aguardaron a que el fuego los consumiera?, se preguntó. «Para qué hacerlo si no esperábamos a nadie», se disculpó a sí misma. Pero la llegada imprevista de su hermano lo trastocó todo. Ya era tarde para reparar el error.

—¿Qué coño es esto? —Luca exhibió un trozo de tela chamuscado que acababa de rescatar de la chimenea con el atizador.

—No lo sé. ¿Qué es? —replicó Elsa, simulando sorpresa.

—Parece un trozo de sábana —comentó mientras lo escrutaba con curiosidad—. ¿Ayer hicisteis fuego?

—Sí, pero, obviamente, no con ropa, sino con leña.

Luca depositó la tela chamuscada en el cubo y removió aún más las brasas con el atizador.

—Y esto parece un paño de cocina. —Lo exhibió ante Elsa, colgándolo del extremo del atizador; era uno de los trapos que habían utilizado en la limpieza del maletero con lejía—. Y ahora encontraré un fémur humano —bromeó.

—No lo dudes. Ayer enterré un cadáver en el jardín y quemé su ropa en la chimenea.

—¿De qué vas, Elsa? No tiene gracia.

—¿Te lo has tomado en serio? Por Dios, Luca, cuándo crecerás —exclamó, sintiendo el vértigo de estar caminando por una delgada cuerda a trescientos metros sobre el suelo—. Acabo de recordar que ayer al llegar nos encontramos en el garaje una bolsa con trapos sucios que no pertenecían a la casa. Supongo que serían de los albañiles que estuvieron este verano aquí

reparando el tejado. Me dio asco y la tiré al fuego. Ya sabes lo maniática que soy.

—Entonces no eres una asesina. Me dejas más tranquilo. Ya me imaginaba enterrado en tu jardín y mi traje de Armani devorado por el fuego —dijo con sarcasmo.

—No sería un mal final para ti. —Elsa sintió alivio al llegar al otro extremo de la cuerda imaginaria sana y salva—. Voy a dedicar la tarde a estudiar. Te pediría que no me molestaras.

—¿Estudiar el qué? —le preguntó su hermano mientras colocaba troncos de leña en la chimenea.

—¿No te lo había dicho? A finales de enero estreno *Casa de muñecas* junto a José Corinó.

—¿Con Corinó? Veo que apuntas alto.

—Sí, me ha costado que me haga un hueco porque está preparando un papel para una película, pero le he convencido para que esté con la obra tres meses en Madrid.

—Al final has conseguido ser Nora, la ingenua y desgraciada Nora. Llevas toda la vida con eso. Pensaba que habías desistido.

—Ya ves que no.

—Pero al menos celebraremos hoy la Nochebuena, ¿no? Quiero cocinar algo que te sorprenda.

—Sería la primera vez que me sorprendieras con algo.

—Vamos, Elsa, firmemos una tregua, que estamos en Navidades. Los dos solos, solos tú y yo.

—No creas que me seduce el plan.

—Intento ser amable. Pon algo de tu parte, por favor.

—¿Podrías mover tu coche de donde lo has aparcado? Obstaculizas la salida del garaje y me has obligado a maniobrar al llegar de la estación.

—Prefiero no moverlo. Me gusta donde lo he aparcado.

—¿Perdona?

—Es broma, mujer. Luego lo muevo.

—Detesto tus bromas, lo sabes desde siempre.

—Es extraño que en una casa tan grande como esta únicamente quepa en el garaje un solo coche.

—Me quedé sin presupuesto para ampliarlo y ahora me da pereza empezar de nuevo con obras. Se acabó la conversación. Me voy a estudiar.

—¿No vas a comer nada?

—Ya me buscaré la vida.

—¿Y la cena de Nochebuena? ¿A qué hora estarás lista?

—A las diez. No me molestes hasta esa hora, por favor.

Su hermano la perturbaba, la desquiciaba, pero, afortunadamente, era un ser tan simple que se había conformado con la explicación improvisada sobre la sábana y los trapos que ella y Muriel echaron al fuego la noche anterior. Cuánto desasosiego sentía por aquel hombre muerto, pensó en su dormitorio mientras se vestía con ropa cómoda. Sacó de la maleta el texto de *Casa de muñecas* y, junto con el teléfono móvil, se dirigió al torreón de la casa, su espacio más íntimo, con cerrojo en la puerta para recluirse allí con placer.

Cuando adquirió la casa, la primera vez que había subido por aquella estrechísima escalera de caracol sintió la angustia de la claustrofobia, la sensación de ascender por un largo y extraño ataúd, así que decidió abrir un acceso desde la tercera planta de la vivienda —diáfana, todavía sin amueblar, pendiente de buscarle una utilidad— para comunicarla con el último tramo de la escalera. A partir de entonces ya no sintió aquella opresión al subir la escalera, sino la placentera sensación de acceder a un lugar solo consagrado a ella misma. Se sentía orgullosa de la estancia circular que albergaba el torreón, abierto al exterior merced a un gran ventanal ovalado desde donde divisaba ahora el paisaje nevado, la quietud de la naturaleza dormida por el invierno, las chimeneas humeantes de las casas del pueblo y aquel cielo que no había variado en todo el día su aburrido tono blanquecino. Cuando antaño estrenó aquel confortable refugio, había descubierto que le inquietaba más de lo que imaginaba la historia de aquel pintor depresivo que se había lanzado al vacío tras quemar sus cuadros en una hoguera en el jardín. Solo había dejado uno en el caballete, con el lienzo en blanco, sin un solo trazo. Decidió entonces borrar de aquella estancia todo rastro de muerte y desesperanza, así que trasladó allí desde Madrid todos los premios y reconocimientos como actriz que había recibido a lo largo de su carrera, la mayoría por sus trabajos en televisión. Había protagonizado dos películas que no tuvieron éxito; culpaba a los guionistas —los mismos en las dos— por aquellos fracasos, pues siempre retocaban los diálogos a última hora —lo hacían ya por costumbre—, lo cual la descentraba y le generaba una gran inseguridad. Se lo mencionó en su momento a Muriel: «Destrozaron mi trabajo, que me costó un esfuerzo inmenso y no fue reconocido», se quejó. Contemplando ahora sus

premios, tumbada en una chaise-longue, lamentaba una vez más que al público le fascinara tanto el triunfo social de los actores y actrices y pocas veces se valoraran las largas horas de estudio y sacrificio que se ocultaban tras el brillo cegador del boato y la gloria, las barreras emocionales que debían traspasarse para penetrar en los personajes hasta hacerlos propios, el miedo a no lograrlo, la fragilidad interior que originaba el exponerse psicológicamente tantas veces y siempre de un modo distinto, porque cada interpretación era un universo único. Elsa soñaba con que Nora la subiera al escenario y la ayudara a descubrir a la actriz que llevaba dentro y que, percibía con frustración, todavía no había aflorado.

«Torvaldo siente tanta adoración por mí que quiere que sea solo para él, como dice. Figúrate que al principio se ponía medio celoso solo por oírme hablar de los seres queridos de mi familia. Desde entonces, como es natural, dejé de hacerlo...», comenzó a recitar Elsa en la soledad del torreón, invocando a su personaje, dejándose poseer por Nora, aquella joven esposa de un banquero que la trataba como a una niña, como a una muñeca grande. Todo cambió cuando contrajo una deuda para salvar de la muerte a su marido enfermo, una deuda que le ocultó a su esposo. «Con su amor propio de hombre, se le haría muy penoso y humillante saber que me debía algo. Se habrían echado a perder nuestras relaciones, y la felicidad de nuestro hogar se habría ido a pique para siempre», le comentaba Nora a una amiga. Elsa permaneció con su personaje durante toda la tarde, atrapando sus matices, deglutiendo sus contradicciones, intentando descifrar su alma. Llegó el anochecer, encendió la luz y continuó en su *casa de muñecas* hasta que tres golpes en el corazón del silencio la expulsaron abruptamente del edén.

—¿Por qué te has encerrado? —le preguntó Luca desde el otro lado de la puerta, mientras intentaba abrirla sin éxito.

—¿Qué quieres?

—Ya son las diez, la cena de Nochebuena está lista.

—Ahora voy.

—¿No me vas a abrir?

—No.

Se le había pasado el tiempo a una velocidad que no entendía. Casi siete horas tan intensas que le habían parecido unos pocos minutos. Aprovechó que la torre era la zona de la casa con mayor cobertura para llamar por el móvil a Mariví, la muchacha del pueblo que se ocupaba de limpiar la casa, la misma

que llenó la nevera cuando Elsa le dijo que iba a venir su hermano y la misma que el día anterior estuvo poniéndola en orden mientras Luba encontraba su escondite en el sótano.

—¿Podrías pasarte después de Navidad para darle un repaso a la casa? Estamos mi hermano y yo aquí —le pidió a Mariví.

—¿Estás en Los Herreros? Qué sorpresa, Elsa. Tú nunca vienes en invierno.

—Este año me apetecía ver la nieve.

—Pues aquí vas a ver mucha. Este año ha comenzado a nevar pronto, desde finales de octubre.

—Cuando vengas te pago la compra que hiciste y me pongo al día con lo que te debo.

Ambas se felicitaron la Navidad y después Elsa llamó a Muriel, pero ella no contestó. Le dolía aquel silencio.

—¿Vas a cenar así? —Luca miró de arriba abajo a su hermana cuando se presentó en el salón vestida con unos vaqueros, una sudadera y unas zapatillas de andar por casa.

—Pues sí. ¿Qué problema hay? —contestó, desconcertada. Su hermano se había cambiado de traje y ahora llevaba uno de un gris brillante, conjuntado con una camisa de seda negra y, como acostumbraba, desabotonada hasta mitad del torso.

—Deberías arreglarte un poco, digo yo. Me he esmerado mucho en la cocina y es Nochebuena. Te lo pido por favor, Elsa. Va en serio.

Luca había preparado la mesa con una bonita vajilla y había encendido unas velas. Aquello más bien parecía una cena de enamorados. Su hermano se había esmerado demasiado, le pareció desproporcionado, pero aun así accedió a subir a su dormitorio y vestirse de un modo más formal: cambió la sudadera por una camisa blanca con cuello mao y las zapatillas por unos botines negros con tacón. Mantuvo los vaqueros y se puso unos pendientes de aro plateados.

—Así está mejor —le dijo Luca a su hermana cuando la vio—. Estás guapa.

—Gracias.

—He preparado una ensalada con salsa de queso azul y, haciendo honor a nuestro origen, un *ricchissimo risotto di zucca e salsiccia* —pronunció en impecable italiano—. Esta tarde he bajado al pueblo y he comprado la calabaza y el chorizo en un colmado que también es bar y donde venden de todo. Me he traído también un par de riojas.

—Pero si la bodega del sótano está llena de vinos, Luca.

—Ya lo imagino, pero a mí me gusta el Rioja y a ti el Ribera del Duero. Debía asegurarme.

—Pues qué amable. Has pensado solo en ti, como siempre.

—Vamos, Elsa, relájate y tengamos una bonita cena —la animó mientras descorchaba una de las botellas y ambos se sentaban a la mesa—. ¿Sabes algo de papá y mamá? ¿Te han llamado para felicitarte las Navidades?

—No. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—Sé que esperan que les llamemos nosotros, y yo no lo voy a hacer, Luca.

—Estarán liados en la tienda. Rímini es el gran tesoro turístico del Adriático, en verano y en invierno también, ya lo sabes.

—¿A ti no te molesta que nunca nos llamen?

—Es lo que han hecho toda la vida, pasar de nosotros. ¿De qué te extrañas? Yo ya lo tengo superado, aunque quizá les llame más tarde. Venga, vamos a brindar por la Navidad —propuso tras servir el vino en las copas.

Elsa, al contrario que Luca, no acababa de conformarse con aquel desapego de sus padres hacia sus hijos. Ambos hermanos habían nacido en Madrid, donde su padre, bilbaíno de adopción pero de origen argentino, trabajaba en una multinacional de impresoras. Su madre, italiana de Santarcangelo —muy cerca de Rímini, en la región de la Emilia-Romaña—, había conocido al que se convertiría en su marido en una feria tecnológica en Bolonia, donde ella trabajaba como azafata. Se enamoraron, se casaron, nacieron Luca y Elsa y, una vez que los hijos crecieron y se emanciparon, los padres dejaron Madrid, se mudaron a Rímini y abrieron una tienda de antigüedades en el centro histórico. La madre siempre quiso volver a Italia, insistió durante toda su vida de casada y, al final, lo consiguió. Ambos estaban tan enamorados, tan prendados el uno del otro, que dejar a los hijos en España y empezar una nueva vida en Italia no les supuso un gran sacrificio. Luca y Elsa crecieron con la sensación de ser un estorbo para sus padres y no recibieron el afecto que habrían necesitado. El hermano mayor cuidó siempre de su hermana pequeña —aunque a ambos solo les separaba un año de diferencia—, hasta que el excesivo control que Luca ejercía sobre Elsa, incluso cuando ya eran mayores de edad, alejó a la actriz de la vida de su hermano. Apenas se veían dos o tres veces al año.

—Eres bellísima, Elsa, como mamá. Te pareces mucho a ella.

—Déjalo correr, Luca. No me gusta cuando me hablas así.



Ya habían terminado la cena. La ensalada y el *risotto* no estaban mal, según le pareció a Elsa. Aunque no tenía demasiado apetito, tampoco había dejado nada en el plato. Durante la velada, Luca había monopolizado la conversación hablándole de su trabajo como experto subastero —nunca lo había hecho hasta entonces—, relatándole el funcionamiento de las subastas judiciales de viviendas embargadas como si fuera un *thriller* policíaco, con traiciones y deslealtades, pactos secretos de pujas, novatos timados y extorsiones a los propietarios deudores para que no pujaran.

—La crisis económica que estamos viviendo me ha venido muy bien. Hay más subastas de bienes embargados que nunca y a todos se nos han afilado los dientes, porque podemos comprar por nada para vender por mucho más de lo invertido, que siempre es poquísimo —le comentó Luca con orgullo.

—Eres un monstruo especulador. ¿Tú te has escuchado? —Elsa se reafirmó en el desprecio íntimo que sentía hacia su hermano.

—Sí, claro que me he escuchado. No hago nada ilegal. Me aprovecho de las deudas de los demás, deudas que yo no he provocado, por cierto. Si quieres darme lecciones de moral, me moriré de aburrimiento. ¿Tienes algún orujo para tomarnos unos chupitos?

—En el sótano hay varios, pero casi te has bebido tú solo la botella de vino.

—¿Y qué me quieres decir con eso? Ya sé que eres perfecta, que nunca pierdes el control, pero deja que los demás lo perdamos como nos dé la gana, ¿de acuerdo? —le dijo sin ocultar su enfado, antes de dirigirse al sótano.

Elsa veía reflejadas en su hermano todas las carencias afectivas que ambos habían tenido durante la infancia. Su hermano bebía demasiado y carecía de escrúpulos, aunque ahora ella tenía un cadáver en su vida y no podía darle muchas lecciones de moralidad. Se sirvió una copa de vino. La apuró en tres largos tragos y empezó a recoger los platos. Ya en la cocina, llamó a Luca para que subiera del sótano. ¿Por qué tardaba tanto? No oía ningún ruido allí abajo y no quiso imaginarlo curioseando entre sus cosas. En realidad no había nada importante, pero le generaba repulsión la sola idea de que las tocara.

En aquellos momentos, Luca, con la frasca de orujo en la mano, acababa de encontrarse con unas mondas de mandarina en el suelo del sótano y no entendía qué hacían allí, aunque no le dio más vueltas al asunto. El aturdimiento del alcohol y la escasa iluminación de una sola bombilla le impidieron percatarse de que Luba se hallaba escondida bajo una hamaca.

Tampoco Luca se fijó con atención en lo que le rodeaba, solo en los restos de la mandarina. Cuando abandonó el lugar, Luba volvió a acostarse sobre la hamaca y empleó en ello tal esfuerzo que terminó extenuada. Fue entonces cuando notó cómo empeoraba su salud súbitamente. Respiraba con dificultad, le faltaba el aire. ¿Qué le estaba ocurriendo? Temió la muerte, la percibió en toda su magnitud, y entonces lo arriesgó todo para pedir auxilio.

—Tienes el suelo del sótano lleno de suciedad, con mondas de fruta y yo qué sé qué más —le dijo Luca a su hermana cuando llegó a la cocina, exagerando la realidad debido a la euforia del alcohol.

—¿Ah, sí? Me extraña, porque Mariví estuvo ayer limpiando la casa — contestó ella mientras colocaba los platos en el lavavajillas.

—Pues el sótano no lo limpió, te lo aseguro. Anda, deja de recoger y vamos a tomarnos unos orujos junto a la chimenea. —Cogió dos vasos de un armario y se dirigió al salón.

—Ahora voy, quiero acabar con esto. No me apetece levantarme mañana y ver la cocina hecha un desastre.

En realidad, lo que quería Elsa era irse a dormir. Si no soportaba a su hermano sobrio, mucho menos con una borrachera que, sin duda, iba a aumentar con el orujo. Lo oía ahora en el salón canturrear una polca italiana que les había enseñado su madre. Quizá ya se hubiera tomado dos chupitos. Era un bebedor rápido y ansioso.

Luca entró de nuevo en la cocina y se sentó en un taburete, junto a la isla central donde estaban los fogones y una gran encimera, sobre la que depositó su vaso de orujo. Elsa lo veía a sus espaldas reflejado en el cristal de la ventana sobre el fregadero, que estaba limpiando con un estropajo.

—¿Te acuerdas de lo mucho que nos queríamos, Elsa?

—¿A qué viene eso ahora?

—Me duele que ya no sea así, que ya no me quieras. ¿Qué nos ha ocurrido?

—Déjalo, Luca.

Elsa se estaba poniendo nerviosa. No le gustaba la actitud de su hermano. Quería irse de allí. Se quitó los guantes de fregar. Iba a darse la vuelta cuando Luca se acercó a ella por detrás y la abrazó, aprisionándola entre sus brazos.

—¿Qué haces? —Intentó zafarse, pero no tenía tanta fuerza como él—. Haz el favor, Luca, deja que me vaya. Has bebido, por favor...

—A ti te gustaba lo que yo te hacía, Elsa, reconócelo. ¿No lo echas de menos?

—¡Cállate! —le gritó.

Luba, ya sin apenas fuerzas, se había arrastrado por las escaleras del sótano decidida a pedir socorro. Ya no le importaba qué sería de ella si se dejaba descubrir, solo quería salvarse, seguir con vida. Cuando llegó hasta el rellano que antecedió a la cocina, oyó el grito de Elsa, vio la escena de un hombre aprisionando a una mujer que intentaba desasirse de él. Y no pudo soportarlo. Fue como una fuerza telúrica que sacudió su cuerpo y la impulsó a levantarse del suelo, a entrar en la cocina y a coger lo primero que encontró a mano: una sartén cerámica que estrelló contra la cabeza de aquel desconocido que se había acercado a la actriz por detrás, apresándola entre sus brazos y tocándola con lascivia. Sabía perfectamente qué estaba ocurriendo y qué ocurriría después si no lograba evitarlo. Se sorprendió de la energía casi sobrenatural que emanó de ella en aquellos instantes, la que la impelió a enderezarse y a ponerse tan recta como una torre, la que guio su brazo hacia lo más alto para propinarle un sartenazo contra el cráneo. Luca se desplomó con la facilidad con que lo habría hecho un muñeco de trapo, y por las baldosas comenzó a extenderse la sangre que manaba de su cabeza.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Elsa, estremecida, sin entender todavía qué había sucedido.

—Te he salvado. Sálvame ahora tú a mí. Creo que me estoy muriendo.

## CAPÍTULO XII

Julián Tresser llegaba con media hora de retraso al cuartel de Uvés. Regresaba, debía hacerlo, al caso de la funcionaria decapitada, si es que alguna vez estuvo plenamente dentro, porque sentía que no lo había estado nunca. En su cerebro compartimentaba lugares imaginarios con sustantivos para identificar cada sensación: la angustia para Luba, la pereza para Pepa Ordovás, la venganza para Águila, la confusión para Adelaida. Acababa de dejarla en casa de sus padres tras amarla entre las sábanas aquella mañana de Navidad. La había amado más allá del placer sexual, adentrándose en territorios ignotos. Nunca había estado enamorado, nunca había sabido amar, de ahí que le desconcertaran esos sentimientos. Adelaida también era desconcertante. La había dejado en el domicilio familiar y se hubiera quedado a esperarla, convencido como estaba de que saldría de allí, una vez más, vencida. Sin embargo, tenía prisa por llegar al cuartel y se limitó a aguardar a que entrara en aquel lujoso portal con puerta de barrotes dorados; luego se alejó con el coche, pero, varios metros después, lo detuvo. Tuvo el impulso de llamarla para insistirle de nuevo, para evitar que entrara y ofrecerse incluso a llevarla a casa. Fue entonces cuando la vio salir y subirse a un taxi. Le molestó que le ocultara aquella decisión, aquel cambio de planes. Le dolió su desconfianza. Julián admitió que tampoco él podía hacerle demasiados reproches, cuando la había apartado de todo lo concerniente a Luba, de su búsqueda, de la habitación que le tenía preparada, de las pistas que había comenzado a seguir. Aquello también era desconfianza. O quizá egoísmo. Quería tanto a la niña, aun sin conocerla, que temía que no hubiera espacio para nadie más. Ignoraba en aquellos momentos que Luba afrontaba un futuro todavía más incierto tras haber salido de su escondite la noche anterior, ya tan enferma que escuchaba a la muerte murmurándole al oído.

Faltaban pocos kilómetros para llegar al cuartel de Uvés cuando Julián recibió una llamada en el móvil y activó el sistema de manos libres. Era

Teresa. ¿Habría novedades?

—Feliz Navidad, Julián.

—Feliz Navidad, Teresa.

—Te he enviado al móvil un enlace a YouTube. Se ha hecho viral por las redes desde que ayer lo subió una asociación feminista.

—¿Feminista? ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—El vídeo lo protagoniza Luba. He comparado la imagen con las fotos que me diste y estoy segura de que es ella. Se grabó hace tres días, justo la tarde que huyó del parque Tierno Galván. Míralo y luego hablamos. ¿Estás de servicio hoy?

—Sí —lamentó Julián; no iba a disponer de tiempo para ocuparse de esa nueva información—. Adelántame algo, por favor.

—¿Recuerdas que las cámaras de videovigilancia perdían su rastro en la glorieta de Legazpi, sobre las seis y media de la tarde? Una hora después, cerca de allí, Luba estrelló un taburete de bar contra un individuo que estaba maltratando a una mujer en plena calle. Alguien grabó con el móvil aquel momento y las feministas lo han subido a las redes sociales, aplaudiendo el gesto de Luba, aunque obviamente no saben quién es. Hemos localizado el lugar hacia el que huyó tras el incidente; es una calle sin salida, un callejón en el que entró y del que no se la ve salir. Ahora te tengo que dejar. Estoy en el hospital, en urgencias. María está de nuevo con bronquitis, la pobre coge todos los virus y siempre hay riesgo de neumonía. Mi marido está hoy de guardia en el Samur, para variar.

—Pero ¿María está bien?

—Sí, no te preocupes, todo bajo control. Luego hablamos.

Julián tomó la primera salida que halló en la A6, hacia la M-505 y el puerto que conducía a Galapagar y El Escorial. Se detuvo en el aparcamiento de un concesionario de coches a pie de carretera, cogió el móvil y abrió enseguida el enlace a YouTube. La calidad de la grabación era tan deficiente que no pudo ver la secuencia con claridad, pero sí reconoció a Luba. Aquello ocurrió el día anterior a que él la buscara por la misma zona y se enterara de que la niña había comido en un bar un bocadillo de queso. No coincidieron en el tiempo, pero sí en el mismo lugar. Podrían haberse encontrado si el destino hubiera jugado con la casualidad, pero esta vez no solo no jugó, sino que la apartó de su camino. Al ver a la niña estampando aquella silla contra la espalda de aquel hombre, sintió vértigo al pensar a qué Luba se iba a encontrar si lograba

dar con ella. Habían abusado de ella tantos individuos que quizá le resultara insoportable cualquier visión que pudiera recordárselo. ¿Qué hizo ella después? Le intranquilizaba aquel callejón en el que se la veía entrar, pero del que no salió, y le inquietaba que el vídeo lo hubieran visto tantas personas. ¿También Águila? «Teresa, dime por favor el nombre de la calle donde se ve a Luba en el vídeo». Le envió el SMS esperando la respuesta y arrancó el coche hacia Uvés.

Llegó al cuartel con retraso y no se disculpó.

—Empecemos, Brancho —le ordenó a su subordinada, sin preámbulos—. Ayer me comentó usted que teníamos ya una sospechosa.

—Así es, mi teniente. Vive en un piso de alquiler en Galapagar, en una zona de viviendas de clase trabajadora, según me ha informado un sargento muy amable del puesto de allí. Le solicité información y fue realmente rápido al facilitármela, pues a última hora de ayer, a pesar de ser Nochebuena y estar él a punto de finalizar el servicio, se acercó a la vivienda, hizo algunas pesquisas y averiguó que llevaba varios meses sin pagar el alquiler y ya estaba denunciada por impago. También se enteró de que no había aparecido por el piso desde hacía dos días, desde el veintitrés de diciembre, justo cuando Ordovás fue atacada. Al parecer, los vecinos la llaman «la Marquesa», porque suele ir vestida con ropa de marca y huele a perfume caro. Recuerde, mi teniente, que una de las testigos a las que interrogamos también mencionó ese detalle, el del perfume. Declaró que se llama «Elixir». Me he enterado de que el frasco de mayor tamaño cuesta algo más de ochenta euros. Se vende desde hace cuatro décadas y las mujeres que lo usan son muy fieles a esa fragancia; es raro que la cambien por otra, me han comentado en las perfumerías que visité ayer por la mañana. Y hay más: la sospechosa debe un año de cuotas a la Seguridad Social en el régimen de Autónomos y estaba ya en periodo de ejecución el embargo de sus cuentas y de su coche, que antes era un Volkswagen Golf y ahora un Citroën Saxo de segunda mano, que está aparcado cerca de su vivienda. Por otra parte, y esto es importante, fue Pepa Ordovás quien la atendió la misma mañana en la que recibió el fatal empujón. La sospechosa se dedica al diseño gráfico y apenas ha tenido ingresos en los últimos seis meses. En fin, que está casi arruinada. Su móvil no está operativo desde el día de los hechos y sus perfiles en las redes sociales fueron eliminados hace un mes. La sospechosa se llama Asunta Ferrero Mariño y me ha llamado la atención un detalle.

—¿Cuál?

—Nació y se crio en Cieña, en La Coruña, al igual que el cabo Coira. ¿No está ahora allí de vacaciones? Quizá la conozca.

—Es probable. En los pueblos todos se conocen. Antes vamos a realizar algunas comprobaciones y entonces le telefonaré.

Minutos antes de recibir la llamada del teniente, Coira estaba con Isabela, *concelleira* del Ayuntamiento de Cieña y a la que conocía desde la adolescencia. Había intentado evitarla, le incomodaba encontrarse con ella cuando años atrás él no la correspondió y le dio calabazas, pero hubiera sido difícil no coincidir en una localidad pequeña como Cieña. El encuentro se produjo tras la comida de Navidad a la que Antía había invitado a la familia en su taberna. Les agasajó con una *caldeirada* de pescado, navajas a la plancha y pulpo, con buen ribeiro, tarta de Santiago y, cómo no, orujos. Coira degustó un poco de aquí y otro de allá, pero no demasiado. Temía que de nuevo le sentara mal comer tanto. En Madrid acudía mucho al gimnasio e intentaba mantener una alimentación saludable. Quería opositar a sargento en las mejores condiciones, como si aquel ascenso le sirviera de ritual para comenzar una nueva etapa en su vida. Ya no podía recuperar a Lola. Aquello terminó. Quizá su estancia en Galicia, su lluvia y su brisa se llevaran todos los residuos de aquel amor fallido que todavía le oprimía. Nadie en el pueblo le había preguntado todavía, ni siquiera sus padres, cómo le iba en Madrid. Quizá pensaran que la vida de un guardia civil es tan poco interesante que no suscita ninguna curiosidad. Con la excusa de salir a dar una vuelta para facilitar la digestión, el joven cabo abandonó la comida familiar y se fue a tomar un café a un bar cercano del puerto. Caminando por el paseo, bordeando la ría, fue cuando se cruzó con Isabela. Tras las lluvias persistentes de días atrás, había amanecido con un sol al que acompañaba el viento y por el que transitaban las nubes, así que tan pronto el cielo estaba nublado como, minutos después, el paisaje se tornaba radiante y luminoso. Pero ya eran cerca de las cinco de la tarde y el ocaso ya se estaba preparando para hurtarle la luz al sol. Las barcasas se bamboleaban sobre un agua azul donde ya se reflejaban las pinceladas rosáceas del crepúsculo. El aire exhalaba un intenso olor a mar, a salitre y a las bateas de mejillones.

—Guille, qué casualidad —le dijo ella.

—Qué sorpresa, Isabela —le contestó él.

Intercambiaron besos tímidos en las mejillas. La *concelleira*, de largo y

ondulado cabello rubio, aún conservaba el cuerpo de la bailarina que había sido. Había estudiado danza desde pequeña en La Coruña, y a los chicos les fascinaba cuando ejecutaba con su tutú y sus zapatillas de punta los *arabesques*, los *fouettés* y las *pirouettes* en las funciones navideñas del instituto, al ritmo siempre de melodías bellas y melancólicas, como *El cisne*, de Camille Saint-Saëns. «A la bailarina le gustas», le decían a Coira sus compañeros. Él se encogía de hombros y se desentendía con un «y yo qué sé» evasivo.

—Iba a tomar café a casa del alcalde, pero me da tiempo a compartir uno contigo y así me cuentas cómo te va. ¿Te apetece? —le propuso ella.

Era la primera vez que alguien de allí iba a preguntarle sobre su vida, y la primera vez también que le hablaban en castellano sin mezclarlo con el gallego, como hacía su familia y que a él tanto le disgustaba. Coira había estudiado en gallego desde que era pequeño. ¿Qué querían transmitirle al no hablarle enteramente en su lengua materna? ¿Acaso ser guardia civil le hacía menos gallego que al resto? Acababa de aceptar aquel café con Isabela cuando recibió la llamada del teniente Tresser.

—Coira, tenemos que hablar. Ahora —le manifestó con rotundidad.

—Sí, mi teniente. Deme un segundo.

Apartó el móvil del oído y se disculpó ante la *concelleira*.

—¿Me das un minuto? Es una llamada importante.

—Sí, por supuesto.

Coira se alejó unos pasos y se apoyó en la barandilla del paseo, de espaldas a la ría, frente a las casas de distintos colores que ascendían por el monte de Cieña.

—Disculpe, mi teniente. Ya estoy aquí.

—Asunta Ferrero Mariño. ¿La conoce? —le preguntó sin rodeos.

—Sí, es mi prima.

—¿Su prima? —Al teniente le sorprendió la respuesta.

—Su madre es hermana de la mía —contestó Coira, también desconcertado.

—¿Sabe dónde está ahora mismo?

—En Londres, trabaja allí desde hace medio año.

—¿Está usted seguro?

—Eso es lo que me ha comentado mi familia. ¿Qué ocurre?

—Ocurren muchas cosas, Coira. La primera de ellas es que su prima no ha cogido un vuelo en los dos últimos años. Lo acabamos de comprobar. ¿Sabía



usted que residía en Galapagar, cerca de Uvés?

—No... —Al cabo le costaba reaccionar ante aquella información inesperada.

—Me parece que usted sabe muy poco o nada sobre su prima. Le diré que es sospechosa de haber empujado violentamente a una funcionaria de la Seguridad Social, en Uvés, hace un par de días. La empujó contra un cristal y, al romperse, la decapitó. La sospechosa huyó y ahora está en paradero desconocido. Hemos trazado un perfil y coincide con el de su prima. Debemos encontrarla para interrogarla.

Lo sabía. Sabía que ocurría algo con Mae, pero no podía imaginar que fuera tan grave. Si no vivía en Londres, si todo era mentira, ¿dónde estaba? Aquella misma mañana de Navidad se había acercado a la playa de Nosa Virxe, la misma a la que había acudido su prima Antía antes de la cena de Nochebuena y de la que había regresado tan aturdida y, según percibió el guardia civil, atemorizada. Cuando llegó caminando hasta allí —no estaba demasiado lejos del pueblo—, Coira se fijó en que la carretera sin asfaltar que conducía hasta la playa se bifurcaba antes en dos caminos, uno hacia el mar y otro hacia el monte, una vereda que se perdía entre un bosque de eucaliptos. No recordaba que existiera aquel sendero y se adentró en él hasta llegar a un chalé abandonado. No era antiguo, sino de construcción reciente, quizá de cinco años atrás como mucho. Era grande, de tres plantas, con la fachada pintada de granate y las tejas de color arena. La verja de acceso al jardín, invadida por la maleza, estaba abierta de par en par. La puerta de entrada al chalé había desaparecido. Alguien se la había llevado, al igual que los marcos de las ventanas y la barandilla de la gran terraza con vistas al Atlántico.

Aquella casa en tal estado de abandono podría ser una de tantas embargadas por los bancos a las familias sobrepasadas por la crisis, o bien por los jueces a los narcotraficantes o a los magnates de la pesca furtiva, conjeturó Coira. En cualquier caso, su destino más probable sería acabar en una subasta judicial. Entró, se paseó por toda la vivienda y solo encontró algunos muebles —todos vaciados—, camas sin colchones, ropa por el suelo, los tomos de una enciclopedia Larousse desperdigados junto a la chimenea, suciedad y litronas de cerveza de los intrusos que se habían aprovechado del abandono. Qué extraño que Antía estuviera por esa zona la noche anterior. ¿Habría estado en aquella casa? Y, en tal caso, ¿para qué? Se acercó luego a la playa de Nosa Virxe, en una pequeña península a la que únicamente se podía acceder en

coche hasta el mirador del bosque que la abrigaba; el resto del camino debía hacerse a pie. Con fina arena blanca y aguas de color turquesa, en verano era poco frecuentada, puesto que sus fuertes corrientes de resaca y los remolinos que se formaban suponían un peligro para los bañistas. En invierno era un lugar tan bello como solitario. Coira caminó por la arena, sin lograr explicarse por qué Antía se dirigió hacia allí de noche. Ahora acababa de enterarse de que Mae estaba involucrada en un homicidio, aunque todo parecía indicar que involuntario, y estaba en paradero desconocido. ¿Acaso se ocultó en aquella casa abandonada? ¿Quizá alguna lancha la recogió en esa playa?

Su cerebro no podía procesar aquella sorprendente información que estaba recibiendo por parte del teniente. Se sentía confuso.

—Hábleme de su prima, Coira, vamos —le urgió Tresser—. ¿Ha observado algo extraño en estos días? Su familia, al igual que usted, piensa que está en Londres. Ahora ya sabe que no es así.

A pocos metros de él, Isabela seguía esperándole. Se había apoyado en la barandilla del paseo y estaba tecleando en el móvil. Le hubiera venido bien que fuera ella misma quien cancelara el café, pero no lo hizo, y él tampoco podía interrumpir la conversación para anunciarle que debían posponer la cita. Se alejó un poco más de ella, dado el carácter tan confidencial y comprometido de la información, y relató al teniente su nula relación con Mae, su carácter soberbio, sus suspicacias al ver el vídeo donde su prima felicitaba las Navidades a su familia, la misteriosa visita de Antía a la playa la noche anterior, su actitud extraña cuando llegó a la cena de Nochebuena, su negativa a que Coira llamara al móvil de Mae, la mentira sobre el inexistente concierto de Elton John en Londres, aquella casa abandonada a la que se había acercado esa misma mañana y que podría haber servido de escondite a Mae. El teniente, por su parte, le contó todo lo que se había descubierto sobre su prima.

—Entonces, estaba arruinada y nos engañó a todos. —El joven guardia civil estaba indignado.

—Así parece, Coira. Voy a solicitar al capitán Díaz Visedo que se incorpore usted al caso en comisión de servicio. Ya le diré a usted de qué forma. De momento, actúe ante su familia como si nada hubiera sucedido, especialmente con la hermana de la sospechosa, para no alertarla por si le estuviera dando cobertura. ¿Usted cree que podría esconderla en su propia casa?

—Me extrañaría, mi teniente. Mi prima vive con su hijo Goio, que solo

tiene siete años, y nunca lo involucraría en algo así.

—Se tomaron muestras de ADN de la sospechosa, porque escupió a la funcionaria antes de empujarla, y también tenemos prendas suyas, que abandonó en un contenedor durante su huida. ¿Considera a su prima capaz de cometer un delito de homicidio y, aun siendo fortuito, salir huyendo? ¿Es así de estúpida?

—Por lo visto, sí, mi teniente. —Más que estúpida, la consideraba una inconsciente.

—Se lo digo porque su estupidez le hará cometer nuevos errores y quizá eso nos ayude a localizarla pronto. Entiendo que para usted sea difícil porque se trata de un familiar suyo, pero tendrá que estar a la altura, Coira. Está pendiente del móvil. Le llamaré más tarde.

Tresser telefoneó inmediatamente después al capitán. Su superior no estaba de servicio, pero el hecho de tener al fin una sospechosa factible le animó a informarle, aunque librara aquel día de Navidad.

—¿Qué ocurre, Tresser? —contestó Díaz Visedo con brusquedad.

—Siento molestarle, mi capitán, pero ya tenemos una sospechosa en el caso Ordovás. Es una prima del cabo Coira. Vivía en Galapagar. Ahora mismo está en paradero desconocido.

—¿Una prima de Coira? ¿Qué posibilidades había de que se diera esta casualidad? Casi ninguna. Pues bien, se ha dado. Así juega la puñetera vida con nosotros, para que no olvidemos que solo somos frágiles hojas a merced del viento.

Díaz Visedo arrastraba las palabras y, al mismo tiempo, impostaba la dicción para que no se notara lo que Tresser dedujo al escucharle: había tomado alguna copa de más. Lo imaginaba en su soledad del día de Navidad, llorando a su esposa muerta, en un sillón orejero, con zapatillas y un whisky en la mano a pesar de su hipertensión.

—Tiene razón, mi capitán. Es una de esas casualidades que sorprenden. — Tresser decidió que había que seguirle la corriente.

—¿Y quién es esa mujer?

—Se llama Asunta Ferrero Mariño, es prima carnal de Coira. Las madres de ambos son hermanas. Tiene treinta años, debe cuotas a la Seguridad Social, la atendió Ordovás el día de autos, se dedicaba al diseño gráfico, no ha tenido ingresos en medio año y mintió a su familia haciéndoles creer que vivía y trabajaba en Londres. Yo creo que son bastantes indicios como para

investigarla. Coira ya está al tanto. Por si Asunta estuviera en Galicia, sugiero pedir una orden judicial para intervenir su teléfono y los de su familia. También le solicito que asigne a Coira al caso en comisión de servicio. Él es quien está en contacto permanente con los padres y la hermana de Asunta y nos será de gran ayuda en la investigación. Le he ordenado que, por el momento, actúe ante los suyos con normalidad, para no levantar sospechas.

—Me parece bien. Que vaya Brancho.

—¿Brancho?

—Vamos, Tresser, hemos hecho esto muchas veces en la Unidad de Policía Judicial, no me obligue a recordarle el procedimiento. Coira va a necesitar apoyo en sus pesquisas y no puede ser un agente de allí, que en las provincias todos saben quién es guardia civil. Que le fabriquen inmediatamente una identidad falsa y que salga mañana a primera hora hacia el pueblo donde están Coira y su familia. ¿Qué pueblo es?

—Cieña, mi capitán.

—Pues que Brancho se vaya a Cieña. Es espabilada, lo hará bien. Vamos a ver... —El capitán interrumpió sus palabras, no sabía el teniente si era debido al aturdimiento por el alcohol—. Sí, eso es —prosiguió—, que Brancho simule ser la novia de Coira, para que pueda meterse en la casa familiar y ganarse la confianza de todos. Asígnele una profesión amable, como maestra de preescolar o algo así, y envíeme un informe actualizado sobre el caso. Quiero que esto se resuelva pronto. Estoy harto de las vigiliadas de los funcionarios y de la presión de los mandos. Contacte con la Comandancia de La Coruña y espere nuevas órdenes. ¡Ah! Tresser, una cosa más. Le agradezco que ayer me permitiera compartir con usted la cena de Nochebuena. Lo tendré en cuenta.

—A sus órdenes, mi capitán.

«Lo tendré en cuenta». A Julián le gustó oírlo. El día anterior había soportado a Díaz Visedo durante tres horas en su propia casa, cuando jamás habían alcanzado tal grado de confianza, pues aquella cena formaba parte de la vida privada del teniente. Ahora su superior le había expresado su gratitud. En la Guardia Civil era importante deber favores. Cuando los mandos se sentían en deuda con sus subordinados, los caminos tortuosos podían convertirse en autopistas para promocionarse y conseguir los destinos más codiciados. Si lograba encontrar a Luba, Julián quería ascender a capitán, lo tenía decidido y ya estaba al filo de agotar el tiempo. Ya había renunciado una vez; si volvía a

hacerlo, sería teniente el resto de su carrera. *Su* niña se merecía un *padre* capitán de la Guardia Civil.

Abandonó el despacho del cuartel desde donde había hablado con su superior y regresó a la pequeña oficina de la Unidad, donde le aguardaba Brancho junto a Serno y Meneses, los otros dos jóvenes guardias civiles que trabajaban en el caso. Debía comunicar a la agente el plan que para ella había ideado el capitán. Al principio le pareció una ocurrencia improvisada, pero ahora empezaba a pensar que no era tan mala idea si Coira conseguía que Brancho fuera invitada por la familia a alojarse en la casa. Le preocupaba la dificultad para simular afectos, cuando la guardia y el cabo se conocían tan poco. Ambos habían trabajado juntos en dos o tres ocasiones, nada más.

—Brancho, se va usted mañana a La Coruña —le dijo nada más cruzar la puerta—. Dará soporte a Coira en la localización de la sospechosa con una identidad falsa.

—A sus órdenes, mi teniente. —A ella pareció no importarle aquella misión imprevista a más de seiscientos kilómetros de Madrid.

—Será la novia del cabo Coira. Sé que es delicado. ¿Se cree capaz de hacerlo bien?

—Por supuesto. ¿Él lo sabe ya?

—No, luego se lo comunicaré. Antes tenemos que estudiar todos los detalles y realizar los trámites. Vamos a ello.

Acodado sobre la barandilla del paseo marítimo de Cieña, Coira aún seguía con el móvil en la mano, que se le había quedado flácida, como el resto del cuerpo; no acababa de reaccionar ante todo lo que le había contado el teniente. ¿Cómo podía haberse producido tamaña casualidad? Su propia prima podría ser una homicida. Era tan soberbia que podía imaginarla perfectamente dando un empujón a aquella funcionaria, quien seguramente le había mostrado a lo que se enfrentaba: deudas, embargo, ruina. Estaba muy enojado con Mae, pero también acongojado: no sabía cómo iba a manejar todo aquello. Isabela continuaba aguardándole. Se había olvidado de ella; ni siquiera la vio acercarse y se sobresaltó cuando llegó sonriente, dispuesta a tomarse ese café con él tras la espera, pero Isabela torció el gesto cuando se fijó en su rostro demudado.

—Guille, ¿te pasa algo? Estás raro de repente.

El cabo hubiera querido posponer la cita, era lo lógico, dado que la realidad había trocado tan abruptamente de un minuto a otro, pero cambió de

opinión: era *concelleira* de Cieña, una valiosa fuente de información. Él ya no estaba de vacaciones, sino de servicio, y debía comportarse como el guardia civil que era, sobreponiéndose lo antes posible a la parálisis anímica en la que se hallaba.

—¿Raro, dices? —replicó él a la pregunta de Isabela—. Pues estoy como siempre, a lo mejor siempre fui un raro —comentó con su mejor acento gallego, que cada vez era más ostensible desde que había llegado a Cieña.

—Pues eso sí que puede ser. —Ella se rio.

Entraron los dos en un bar del puerto, alejado de la taberna de Antía. En aquellos instantes quería evitar cualquier encuentro con alguien de la familia, no al menos hasta que asumiera completamente lo que había ocurrido. Pidieron dos cafés y se sentaron a una mesa junto a la ventana, a través de la cual podía observarse el reflejo sobre la ría de las farolas del paseo, que acababan de encenderse tras despedirse el sol coloreando las nubes de un melancólico tono malva. Coira prefirió hacer preguntas recurrentes a Isabela para poder pensar en sus cosas mientras ella las contestaba. ¿Por qué te dio por meterte en política? ¿Vives con tu familia o te independizaste? No escuchó las respuestas. Ahora le tocaba a ella.

—¿Qué tal llevas ser guardia civil?

—Lo llevo como cualquier otra profesión, intentando hacer bien mi trabajo, como supongo que haces tú. ¿De qué eres *concelleira*?

—De Cultura, Mujer y Servicios Sociales.

—Mucha cosa junta es eso.

—Sí, aunque me hubiera gustado más la de Hacienda. Estudié Económicas cuando decidí que no iba a sacrificarme más por el ballet. Quizá me faltó vocación, no sé —afirmó, retirando hacia la espalda su melena rubia con una mano, con un gesto delicado. Todos sus movimientos eran delicados, generados antaño por la danza y retenidos todavía en su cuerpo—. ¿Qué tal está tu familia, Guille? Me los cruzo a menudo por el pueblo, a tus hermanos y a tus padres, y suelo ir a la taberna de tu prima Antía a tomar café o algunas tapas con mis compañeros del ayuntamiento. Cocina muy bien. A la que no veo hace tiempo es a su hermana Mae. Me dijeron que trabaja en Londres. ¿Qué tal le va?

—Pues bien, supongo. Viene poco por aquí y no hemos coincidido.

—La última vez que la vi fue hace un año o algo así. Tan guapa como siempre, claro. Iba por el pueblo con Ximo, el de los Mosqueira. Siempre

anduvo tras ella, desde el instituto, pero ella nunca le hizo caso. Me extrañó verlos juntos, por eso me acordé ahora. —«Ximo Mosqueira», apuntó Coira raudo en su mente—. ¿No te acuerdas de aquel *rapaciño*, el único pelirrojo de la clase?

Sí se acordaba. Un chaval de carácter retraído, pero muy inteligente, de esos que estudiaban únicamente la víspera del examen y aprobaban con nota alta. «Mae ni lo miraría. Demasiado poco para ella», pensó. Habría que investigar a Ximo. Desconocía cuál era ahora la relación entre ambos. Todas las posibilidades estaban abiertas. Se preguntaba cómo reaccionaría su familia cuando se enterara de quién era la verdadera Mae: un auténtico fraude.

—Tú tampoco me hiciste caso, Guille, y mira que yo tenía pretendientes —le dijo Isabela sin rencor, sonriendo con coquetería, dejando que brillaran sus ojos de un azul diluido, lechoso.

—Eso no es cierto. A todos nos gustaba lo bien que bailabas y te admirábamos —improvisó para no herirla.

—No me refiero a eso.

—Ya, pero éramos unos críos. Además, tú querías ser bailarina, y yo, guardia civil. Habríamos formado una extraña pareja.

—Pues imagínate ahora, la *concelleira* y el guardia civil. —Sonrió.

Lo salvó una llamada de su móvil, porque daba por agotada aquella conversación nostálgica sobre amores adolescentes. Era de un número desconocido para él.

—¿Hablo con el cabo Coira?

—¿Quién es usted?

—Teniente Javier Hernández-Cor, de la Comandancia de La Coruña.

—A sus órdenes, mi teniente.

—¿Puede pasarse por aquí en una hora?

—Por supuesto.

—Estoy al tanto del caso. Tráigame fotos recientes de su prima. No tenemos ninguna de los últimos cinco años. Es importante. Le espero aquí. Gracias.

¿Gracias? Era la primera vez que un mando le daba las gracias. Quizá fuera un *principito*, dedujo. Así se denominaba en el Cuerpo a los jóvenes guardias civiles que habían estudiado en la Academia Militar de Zaragoza. Salían de la carrera con el empleo de teniente y había muchos que no solían aceptar lecciones de los veteranos que tenían bajo su mando, más experimentados que ellos. Su voz le sonaba, precisamente, a la de un hombre joven. Quizá ambos

tuvieran la misma edad. Si era uno de esos *principitos*, se había mostrado extrañamente cortés.

—Tengo que irme, Isabela. ¿Quieres que nos veamos antes de que me vaya a Madrid? —Coira quería ser amable.

—¿Cuándo te vas?

—El dos de enero.

—Aún faltan días. Claro que nos veremos. Apunta mi móvil.

—Ahora tengo mucha prisa. Ya te localizaré. Recuerda que soy guardia civil. —Se arrepintió enseguida de aquella ocurrencia.

—Claro, es verdad. —Sonrió de nuevo—. Siempre me encantó tu sentido del humor.

Coira no recordaba haberlo tenido nunca y seguía sin tenerlo. Le sorprendió que tuviera esa idea sobre él, pero no le dio más vueltas. Se despidió de Isabela con la promesa de verse de nuevo. Eran cerca de las siete de la tarde, ya de noche, y las familias Coira y Ferrero proseguían la sobremesa de Navidad en la taberna de Antía. Jugaban a las cartas entre cafés con leche — las hermanas Mariño— y chupitos de orujo para los padres y los hermanos. El pequeño Goio, hijo de Antía, ayudaba a su madre a recoger las mesas. Coira los observaba a todos a través del cristal, desde el paseo. Posiblemente fuera aquel uno de los últimos momentos de felicidad en el clan familiar. Si se lograba demostrar que Mae fue quien agredió a la funcionaria, sus vidas cambiarían para siempre y él sería el guardia civil que colaboraría en su detención. El traidor.

Otra llamada a su móvil. El teniente Tresser. Una orden que le complicó aún más las cosas.

—Coira, mañana llegará Brancho a Cieña y se hará pasar por su novia. Debe conseguir que se aloje en casa de la hermana de la sospechosa, la que, según usted, está teniendo una actitud extraña y podría estar ocultándola. Al menos, hay que descartar que sea así. ¿Lo ha entendido?

—A sus órdenes, mi teniente.

No le quedó otra opción que acatarlas, pero en aquel momento se veía incapaz de manejar la situación; no habían transcurrido ni dos horas desde que se enteró de que su prima era sospechosa y ahora las órdenes eran infiltrar a Brancho en la familia. Iba a tener una novia falsa a la que apenas conocía, tampoco sabía si conseguiría las fotos que se le habían solicitado y, además, y sobre todo, estaba creciendo en él un sentimiento de deslealtad hacia a los



suyos.

—Entiendo que no sea la mejor situación para usted, pero tenemos que aprovechar sus lazos familiares con la sospechosa. Usted puede negarse, Coira. Nadie se lo reprochará.

—No, mi teniente, quiero colaborar. Cuanto antes sepa mi familia quién es Mae realmente, antes podrán afrontar la decepción que les van a suponer sus mentiras —manifestó el cabo, deseando que fuera así, que desposeyeran del trono a la reina farsante.

—No solo serán las mentiras, sino la pena de cárcel a la que se ha arriesgado su prima dándose a la fuga. Hay una persona muerta, no lo olvide. Es grave y necesitamos que el caso se resuelva pronto. ¿Se ha puesto en contacto con usted el teniente Hernández-Cor, de la Comandancia de La Coruña?

—Tengo órdenes de presentarme ante él en menos de una hora y llevarle fotos recientes de Mae. Es decir, Asunta.

—Es importante que las consiga. La chica ha borrado todos sus perfiles en las redes sociales y eso no lo considero una casualidad. Estamos pendientes de una orden judicial para intervenir su teléfono y el de su familia. ¿Se le ocurre alguna información más sobre ella que nos sea útil?

—Hay un nombre que convendría investigar, Ximo Mosqueira. Estudió con mi prima en el mismo instituto y hace un año se les vio pasear juntos por Cieña. Iba a mi clase en bachillerato. Es hijo de Toño Mosqueira, un abogado muy conocido por aquí. La familia es del pueblo, pero viven en Coruña desde hace años.

—Tomo nota. Coménteselo también al teniente Hernández-Cor. Siga sus órdenes y siga las mías. Ambos vamos a estar en contacto permanente. Defina bien su estrategia y no cometa errores, Coira. ¿Alguna otra cuestión?

—No, mi teniente.

¿Lograría cumplir las órdenes sin cometer errores, como le había exigido su superior? «Maldita prima pija», murmuró mientras se alejaba de la puerta de la taberna y enfilaba hacia la casa de sus padres, el único lugar donde podía acceder fácilmente y buscar alguna foto de Mae. La casa de Antía o la de sus tíos, donde sin duda habría muchas más, no eran una opción. No podía entrar allí como un ladrón. Tampoco podía pedirles las imágenes, pondría al descubierto la investigación. ¿Cómo era posible que no existiera en Internet una fotografía de Mae? «Mae». Pronunció su nombre en voz alta. Acababa de

hallar un resquicio para encontrar lo que necesitaba. Se detuvo, se adentró en una callejuela, ya lejos del paseo marítimo, y tecleó en el buscador de su móvil «Mae Ferrero». Aparecieron varias imágenes en la pantalla. Tres de ellas eran de su prima. El resto eran de mujeres con un apellido similar, pero no exactamente ese. En una de las fotos aparecía ella con un impecable traje sastre negro y blusa blanca, sentada a una mesa, junto a un ordenador portátil, sonriendo a la cámara. Abrió la imagen y le dirigió a LinkedIn, en aquel año 2009 todavía una novedosa red social de contactos entre profesionales. No pudo acceder porque no estaba registrado y no podía perder el tiempo, pero consideró que era una foto relativamente reciente. Las otras dos imágenes eran más antiguas. En una, posaba en la puerta del Teatro Español de Madrid. Posiblemente era de cuando se mudó desde Galicia a la capital. Hacía más de cuatro años de eso. El enlace era de Facebook, pero, efectivamente, al abrirlo se notificaba que ese perfil ya no existía. La otra, también de esa red social, era una foto con alguien famoso, un actor quizá, no recordaba su nombre. Miró el reloj. Ya no le daba tiempo a acercarse a casa de sus padres para intentar encontrar otras fotos. El trayecto en coche desde Cieña a La Coruña era de treinta minutos. No podía demorarse más. Le esperaba un teniente al que no conocía. Le esperaba la investigación más extraña y, moralmente, la más difícil de su vida.

## CAPÍTULO XIII

«Pasaje del Carbón, último rastro de Luba. Han ingresado de nuevo a mi niña, ya te llamaré», le envió Teresa al teniente ese mensaje a su móvil. María, hospitalizada. Se preguntó Julián cuánto podría soportar aquella madre ante la impotencia que debía de causarle la grave discapacidad de su hija. «Lo soportaré todo», se contestó. Entendía aquel sentimiento de entrega absoluta, sin rendición. Él lo estaba experimentando con Luba o, en todo caso, estaba preparándose para sentirlo. Debía ir a aquel pasaje del Carbón que le había indicado Teresa, y le frustraba no poder hacerlo en aquel momento porque antes tenía que redactar la solicitud a la jueza para que permitiera intervenir el teléfono de Asunta Ferrero, el de su hermana y el de sus padres. Era importante fundamentar bien la petición, pues cualquier fallo podría provocar su denegación. A lo largo de su carrera como guardia civil se había encontrado con muchos jueces quisquillosos y en exceso garantistas que tumbaban esas y otras solicitudes por falta de indicios que las justificaran. «Pruebas demasiado circunstanciales, no es suficiente». Entonces se desplomaban los ánimos y había que dar otra vuelta de tuerca, o muchas más, a la investigación. Otras veces, por el contrario, el juez decidía arriesgarse y la mera sospecha bastaba para interpretar la ley con imaginación y voluntad. Tresser temía que esa no fuera la actitud de la jueza instructora del caso Ordovás. Le exasperaba cada vez que trabajaba a sus órdenes. Aquella mujer tendía a la desidia y tenía anclado a su rostro un gesto de perpetuo hastío, como si su trabajo le aburriera profundamente. Redactó la petición con un lenguaje tan fácil de deglutir como la papilla de un bebé y llamó a Brancho para que se presentara en su despacho. Quería darle las últimas indicaciones antes de que viajara a La Coruña y entregarle también su DNI falso. Acababa de llegarle al cuartel, poco tiempo después de solicitarlo. Tanta rapidez le asombró. Dedujo que los altos mandos, como ya le había avanzado su capitán, querían resolver el caso de la funcionaria cuanto antes.

—A partir de ahora usted se llama Marisa García Rizo, vive en Madrid y es maestra de la escuela infantil del colegio público Joaquín Costa. Con el resto, improvise —le ordenó a Brancho.

—Con mis respetos, ya he ideado una historia que me parece creíble. Llevamos un año saliendo el cabo Coira y yo, aunque tendré que llamarle por su nombre —puntualizó—, y nos conocimos a través de amigos comunes en una boda en donde nos sentaron juntos. Cuanto más banal sea nuestra historia, mejor. ¿Le parece bien, mi teniente?

—Como punto de partida, sí, pero trabajen los detalles. Deberán tutearse todo el tiempo, aunque él tenga un rango superior al suyo. Si se le escapa un «usted» conversando delante de la familia, lo consideraré un grave error porque podría dar al traste con todo. ¿A qué hora sale de viaje?

—A las cuatro de la mañana, para estar en La Coruña sobre las diez. Me han facilitado un Seat Ibiza, el que podría tener una maestra. ¿Sabe si el cabo Coira ha confirmado mi estancia en casa de su prima?

—Todavía no, y la verdad es que no sé a qué espera —comentó Tresser, molesto.

Marcó el número de teléfono del móvil del cabo.

—¿Sí, mi teniente?

—¿Dónde está ahora?

—Estoy a punto de presentarme ante el teniente Hernández-Cor.

—Necesito saber cómo está el asunto del alojamiento de Brancho.

—Todavía no lo he hablado con mi prima. No he tenido tiempo. Lo haré sin falta cuando llegue a Cieña.

—No le pregunte si puede alojarla, porque se arriesga a una negativa. Deberá darlo por hecho y transmitirlo así. Posiblemente se resista a acomodar a una intrusa en su casa, cualquiera lo haría, pero usted deberá vencer esa resistencia con buenos argumentos. Brancho se tiene que ganar su confianza, buscar en la casa indicios de que Antía da cobertura a su hermana, si es que eso fuera realmente así, y para ello deberán convivir bajo el mismo techo, espero que por poco tiempo, porque quiero que esto vaya rápido, ¿me entiende, cabo? Insisto en lo de rápido.

—Lo conseguiré, mi teniente.

No estaba tan seguro de tal afirmación. Antía era una mujer hosca y tenía el convencimiento de que estaba en contacto con Mae de algún modo. No sabía cómo persuadirla para que aceptara a Brancho en su casa sin despertar

suspicias.

—¿Cómo le llaman a usted los suyos? —le preguntó Tresser.

—Guille, mi teniente.

—Con ese nombre se dirigirá Brancho a usted. A ella la llamará Marisa. Antes de actuar como pareja deberán ensayar un pasado en común. Para empezar, ustedes llevan un año saliendo juntos y se conocieron a través de amistades comunes en una boda —manifestó Tresser, haciendo suya la historia que le había propuesto la agente.

—A sus órdenes, mi teniente —se despidió Coira.

Se sentía superado, agobiado por la celeridad con la que se sucedían los acontecimientos, sin tiempo para asumirlos, con demasiada presión. Además, le asustaba convertirse de repente en la pareja de una desconocida. ¿Cómo simular complicidad afectiva con aquella guardia civil en la que nunca se había fijado con atención? No se acordaba siquiera de su aspecto físico. Ya no había tiempo para inquietarse más. Estaba entrando en la Comandancia.

Hernández-Cor usaba bigote y perilla recortados con meticulosidad. Alto, robusto, treintañero. Coira ya había imaginado que ambos tendrían una edad parecida cuando había hablado con él por teléfono y no se equivocó. Joven y ya con empleo de teniente. Tampoco se había equivocado al suponer que sería uno de esos *principitos* formados en la Academia Militar. Se cuadró ante él.

—Tome asiento, cabo.

Le señaló una silla al otro lado de la mesa del despacho que ocupaba en la Comandancia. En la pared, un retrato del rey Juan Carlos y nada más. En la mesa, papeles, carpetas, expedientes, una figura de la Virgen del Pilar, la patrona del Cuerpo, dos banderitas, la de España y la de Galicia, y una lámpara de mesa, con pie dorado y una pantalla de grueso cristal verde. Su luz aportaba algo de calidez a la que llegaba desde el fluorescente del techo, tan blanca y tan fría.

—Con su permiso, mi teniente —se sentó Coira.

—¿Me ha traído fotos recientes de la sospechosa?

Qué extraño le parecía a Coira escuchar la palabra «sospechosa» unida a Mae. No acababa de acostumbrarse.

—Sí, mi teniente, las tengo en el móvil.

—Muéstremelas, por favor.

Se las pidió «por favor», lo cual se unía a aquel «gracias» de hacía una hora. Le seguían desconcertando aquellos modales tan corteses por parte de un

mando. Qué diferencia de trato entre Tresser y Hernández-Cor, pensó. El teniente de Madrid le parecía huraño, antipático. El de La Coruña, un hombre cordial, un *principito* amable. Localizó las imágenes de Mae en la pantalla y le tendió el móvil. El teniente las estudió con detenimiento.

—Qué gran error ha cometido su prima, debo decírselo. Si ha sido realmente ella, podría ir a prisión por homicidio por imprudencia grave y, además, con el agravante de la fuga. Lo habría tenido más fácil si hubiera aceptado su responsabilidad en el momento de los hechos. Pero ya es tarde para eso —comentó Hernández-Cor sin dejar de mirar las fotos en el móvil.

—Muy tarde —apostilló Coira. No podía defender la actitud de su prima. Tampoco tenía gana alguna de hacerlo.

—La familia ya está sometida a vigilancia en Cieña por parte del GAO —se refería al Grupo de Apoyo Operativo—, tanto sus padres como su hermana. Si le están dando cobertura aquí en Galicia, no tardaremos en localizarla. Actúe con total normalidad ante ellos, ya se lo habrá advertido el teniente Tresser y usted sabrá perfectamente cómo hacerlo —comentó Hernández-Cor mientras le devolvía el teléfono—. Envíeme estas fotos a mi móvil para que les demos salida. Tendrá mi número en la memoria del suyo. Le he llamado hace una hora.

—Así es, mi teniente.

—Por el momento, ni usted ni la guardia Brancho van a conocer a los agentes encargados de la vigilancia. No los busquen con la mirada, olvídense de que están. Cuanto más natural parezca todo, mejor. Si su prima estuviera por aquí y descubriera que la estamos buscando, se complicarían mucho las cosas. Por otra parte, el teniente Tresser me ha informado hace unos minutos de un nombre, Ximo Mosqueira. Usted se lo ha mencionado.

—Me he enterado hoy por casualidad de que hace un año paseaban juntos mi prima y él por Cieña. Estudiaron en el mismo instituto y, al parecer, a él siempre le gustó ella.

—Como usted ya sabrá, el padre es un conocido abogado especializado en divorcios y separaciones. La familia se trasladó hace ya años desde Cieña a Coruña. ¿Conoce usted al hijo?

—Del instituto, hace más de una década de eso.

—Ahora también es abogado, como el padre. Trabaja en el bufete y lleva casos de herencias. He ordenado que lo localicen para someterlo también a vigilancia, por si acaso, aunque precisamente por ser abogado me extrañaría

que se convirtiera en encubridor de su prima. ¿Sabe cuál es ahora la relación entre ambos?

—En esto apenas puedo ayudar. Hace mucho que no veo a Mae. De hecho, ni sabía que vivía en Galapagar. La última vez que estuve con ella, hace años, residía en Madrid capital.

—¿Ha dicho Mae?

—Así la conocemos todos. Por esa razón no se hallaban fotos de Asunta Ferrero en Internet, sino con ese apodo que ella misma eligió cuando era pequeña.

—Hábleme de ella.

—Si me permite expresarlo así, es arrogante y caprichosa, —No le importó definirla con tan poco cariño—. En el caso de que fuera ella quien empujó a la funcionaria, pienso que lo hizo impulsada por su soberbia. No está acostumbrada a que las cosas se le tuerzan, y la amenaza de embargo por sus deudas con la Seguridad Social posiblemente la desquició. Lo que más me duele es la decepción de mis tíos cuando se enteren de la situación de su hija, a la que creen trabajando ahora mismo en Londres.

—¿Usted piensa que no están al tanto?

—Ellos no, no me ha dado esa impresión, pero Antía quizá sí.

Coira le contó a Hernández-Cor que aquella mañana había visitado la playa de Nosa Virxe y la casa abandonada, intentando entender por qué su prima se había dirigido hacia allí la noche anterior. Le relató también su actitud tan extraña durante la cena de Nochebuena.

—Estaba tan absorta que recogió los platos de la mesa y los iba a llevar al baño en lugar de a la cocina. Y, además, llegó atemorizada de aquella playa. Algo le sucedió allí, aunque parece que únicamente yo me di cuenta. Me sorprendió que la familia no se fijara, porque era muy evidente.

—Por eso vamos a vigilarla y se va a intervenir su teléfono. No es una delincuente. Si encubre a su hermana, cometerá errores de principiante.

Sonó el teléfono móvil del teniente y contestó la llamada. Coira aprovechó el momento para enviarle a su superior las fotos de Mae. Era una operación sencilla, pero le costó. No lograba concentrarse.

—Me acaban de informar de que Ximo Mosqueira ya está localizado —comentó cuando finalizó la llamada—. Ha entrado ahora mismo en una farmacia de aquí, de Coruña, y ha comprado una caja de sumatriptán, un medicamento contra la migraña. Luego se ha ido a su casa, en la zona de

Monte Alto, una de las más caras. No viven mal los Mosqueira. ¿Sabía usted que la casa abandonada que ha visitado esta mañana perteneció al clan de los Peluquines? Supongo que habrá oído hablar de esa familia.

—Sí, por supuesto, aunque no sabía que esa casa fuera de ellos. Pensé que era una de esas embargadas al narcotráfico.

—De esas también las hay, pero no es el caso de esta. Me cuenta que Antía estuvo ayer por esa zona. Es raro que una mujer sola se adentre de noche en una playa que no está en el mismo pueblo. Hay que descartar que sea allí donde se haya podido ocultar su prima, si es que está en Galicia.

—Inspeccioné la casa hasta la última habitación y allí no había nadie, mi teniente.

—Voy a ordenar a efectivos del puesto de Cieña que se acerquen hasta ella y que la inspeccionen de nuevo. Esa casa, como le he comentado, perteneció al clan familiar de los Peluquines. Ganaron mucho dinero con la pesca furtiva, pero un invierno de hace dos años desaparecieron en el mar mientras faenaban al amanecer, porque todos tenían licencia y la utilizaban como tapadera. Una avería en el motor provocó una explosión y posiblemente el padre y los tres hijos fallecieron. Nunca se encontraron sus cuerpos. ¿Se había enterado de eso?

—Sí, algo oí, aunque no he estado muy pendiente de lo que ocurría en el pueblo. Me fui a los dieciocho años para formarme en Baeza y he venido poco por aquí desde entonces.

—Puede que aquella explosión fuera provocada. El motor falló y no pudo saberse si la avería fue intencionada. La gente no sabe que la pesca furtiva puede generar relaciones tanto o más peligrosas que las del narcotráfico. Mueven millones de euros y el delito tiene penas mucho más leves. Les compensa pagar las sanciones. Pero usted todo esto ya lo sabe, cabo. Nació y se crio en Cieña y ellos eran de allí.

Coira conocía al clan perfectamente. El padre, viudo, un hombre esquivo, desconfiado, autoritario y codicioso. Cubría su calvicie con un peluquín que le confería un aspecto ridículo, porque casi nunca se lo colocaba bien. La madre, un ama de casa que murió joven tras una apendicitis mal diagnosticada. Los hijos, fanfarrones y violentos. Uno de ellos tonteo un tiempo con Antía, pero luego ella se casó con otro, Héctor, el padre de Goio, un buen hombre, marinero. Falleció en el mar durante un violento temporal que hizo naufragar el barco. Le inquietó que su prima rondara la noche anterior cerca de aquella



casa abandonada, que ahora acababa de enterarse de que pertenecía precisamente a los Peluquines. ¿Qué tendría que descubrir aún sobre las hermanas Ferrero?

—No ha tenido demasiada suerte, Coira. Viene usted poco por aquí y, cuando lo hace, se encuentra con esta situación tan complicada. Lo lamento mucho, ya se lo he dicho. A usted y a Brancho los espero mañana en la Comandancia cuando ella llegue a Coruña. Puede retirarse.

—A sus órdenes, mi teniente.

Le dolía la realidad. Mae, sospechosa de homicidio; la hermana y los padres, vigilados y con los teléfonos pinchados; él mismo, colando en sus casas a una guardia civil encubierta. El escenario no podía ser peor. Despreciaba a Mae. Durante el trayecto de regreso a Cieña, ya de noche, lloviendo de modo persistente cuando por la mañana había brillado un pequeño trozo de sol, Coira ensayaba al volante los argumentos para convencer a Antía. Se sentía inseguro. Pensaba que no lo iba a conseguir. Media hora después llegaba a Cieña y le costó encontrar aparcamiento. Era viernes y además el día de Navidad. Llovía, pero la localidad estaba casi tan llena en Navidades como en verano. No era una de las más turísticas de las Rías Altas, pero sí más barata que otras. Se abría con vistas a la ría, ofrecía buena gastronomía y eso atraía a los visitantes. Cuando subieran los precios por la codicia, alguna otra pequeña villa marinera aprovecharía y le arrebataría el testigo.

Coira anduvo un buen trecho desde su coche hasta llegar a la taberna. Miró a su alrededor a lo largo del paseo marítimo, buscando con disimulo a los agentes del GAO que vigilaban a Antía. Caía del cielo el *orbollo*, una lluvia tan fina y que no molestaba, pero que, al final, empapaba y calaba hasta los huesos. Aun así, había personas paseando junto a la ría. Los únicos que no lo hacían eran dos hombres jóvenes, a pocos metros de la taberna. Charlaban entre ellos bajo el *orbollo*, uno frente al otro, cubiertas sus cabezas con las capuchas de los chubasqueros, aunque aquella lluvia no era para tanto. ¿Serían guardias civiles? Le gustó pensar que los había descubierto, pero sería difícil, ya que esos agentes especializados solían camuflar muy bien sus seguimientos.

—*Onde estabas, neno?* Ya marcharon todos a casa.

Así lo saludó Antía cuando lo vio entrar en la taberna. El primer impulso de Coira fue contestar a su pregunta en galego y proseguir en la misma lengua durante toda la conversación que iba a mantener con ella. Estaba harto de que

su familia le hablara de esa forma, mezclando las dos lenguas. Además, hacerlo así requería un esfuerzo mental, ahora castellano, ahora galego, qué absurdo. No se explicaba qué mensaje querían darle con aquello. Le molestaba, le perturbaba, pero justo en ese momento no le convenía manifestar su disgusto. Sus superiores le habían ordenado calma y naturalidad y debía obedecer. Ya eran más de las nueve de la noche y el local estaba lleno, en su mayoría hombres. Hablaban en voz alta, generando un ruido ambiental que a Coira le molestaba. Todos con sus copas entre las manos. Orujos helados, cubalibres, whiskies, *gin-tonics*. Aún no había finalizado el día de Navidad y aquello era el remate de la fiesta. Un individuo desconocido se acercó al guardia civil y le contó lo que parecía un chiste. Coira le sonrió y se alejó de él. El joven camarero Aurelio iba de un lado para otro de la barra recogiendo y sirviendo a la vez, lo mismo que Antía, aunque ella con la misma actitud ausente del día anterior: su mirada no estaba allí, sino en un lugar incierto. Sonreía al servir una copa al cliente, pero inmediatamente dejaba de hacerlo cuando le daba la espalda.

—Siento haber tardado tanto en volver —se disculpó Coira ante su prima—. Me encontré con Isabela y anduvimos un rato por ahí.

—*Pois moito tardaches.*

—Hacía mucho que no la veía y se nos fue el tiempo. ¿Puedo hablar contigo de un asunto? Es importante.

—*Que ocorre?* —preguntó Antía con desconfianza.

—Mi novia, Marisa, viene mañana a Cieña para pasar un par de días juntos. Me ha dado esa sorpresa, porque no era el plan.

—*Pero non tiñas unha noiva que se chamaba Lola?* ¿Ahora tienes una nueva?

—Lo de Lola acabó hace tiempo. Salgo con Marisa desde hace un año.

—*No nos dixeses nada.*

—Tampoco ninguno me lo habéis preguntado —contestó con resentimiento, aunque corrigió el rumbo inmediatamente—, pero os lo agradezco, porque ya sabes que suelo ser muy reservado con mi vida. Marisa es maestra en una escuela pública infantil en Madrid, y la quiero, Antía. Es una persona muy importante para mí. —Cuánto le incomodaba aquel engaño.

—*Pois me alegre, primo.*

—Me da pudor que se quede en casa de mis padres. A ella también. Estoy un poco agobiado con el tema porque tampoco quiero que esté en un hotel. La

mejor solución es que se quede en tu casa. Me atrevo a pedírtelo porque sé que tú lo entenderás y me facilitarás las cosas.

—Sí, claro, sin problema —le contestó; había aceptado sin resistencia alguna. Esa no era su prima, pensó Coira. Antía no estaba bien—. Pero la presentarás a la familia, ¿no? *Á túa noiva anterior non a coñecemos no seu momento.*

—Sí, claro que lo haré.

—¿Cómo es?

—¿Marisa? Pues es simpática, muy agradable, y a mí me parece guapa, claro. *Posme un cubata de xenebra, por favor?* —le pidió, esta vez en gallego; era su modo de agradecerle que se aviniera a alojar a Brancho y un modo también de desviar la conversación sobre aquella novia de la que apenas sabía nada.

—¿De qué ginebra te lo pongo?

—La que quieras. Bombay, por ejemplo. Qué bien, Antía, llevas tres días con la taberna llena.

—No está mal, *pero cun bar nunca é suficiente.* Veremos mañana.

Mientras el cabo de la guardia civil no dejaba de pensar en lo que había sucedido, el teniente Tresser había alejado de sí todo lo que tuviera que ver con el caso Ordovás. Por fin podía centrarse en Luba, y eso era lo que estaba haciendo mientras Coira bebía su cubalibre cavilando sobre sus propios dilemas, invadido por aquella sensación amarga que le acompañaba desde que, hacía tan solo unas horas, supo que Mae era mucho peor de lo que él pensaba.

Aquel pasaje del Carbón próximo a la plaza de Legazpi estaba ahora oscuro y sin vida. El día de Navidad era festivo y todo el comercio estaba cerrado, pero Julián lo inspeccionó hasta el último rincón. Efectivamente, era un callejón sin salida, bloqueado en el fondo por un muro de hormigón rebosante de grafitis, con esa caligrafía críptica e ininteligible que los caracterizaba. Se fijó a su izquierda en una pequeña puerta. Sobre ella, una cámara de videovigilancia. Regresó sobre sus pasos hacia la vía principal donde, unos cincuenta metros más allá, desembocaba la callejuela. Había en la esquina una pastelería. Las Delicias, se llamaba. Estaba cerrada, pero se acercó al cristal del escaparate y vio una tenue luz al fondo del local. Supuso que sería el obrador. ¿Habría allí alguien trabajando? Volvió de nuevo al callejón. Dedujo que la puerta coincidía con lo que podría ser la trastienda de la pastelería y

llamó con los nudillos, ya que no encontró ningún timbre. Un hombre joven muy delgado y completamente calvo, con casaca y pantalón blancos y manos enharinadas, abrió y asomó por la puerta su cabeza lampiña. A Tresser le llegaron intensos aromas de pasteles cociéndose en el horno.

—¿Qué quiere? —preguntó con recelo.

—Guardia Civil. —El teniente le mostró su placa—. ¿Le importa identificarse?

—Es que yo no soy el dueño. Es mi padre y ahora no está.

—¿Cómo se llama usted?

—Alfredo Morales.

—Alfredo, necesito ver las últimas grabaciones de la cámara de videovigilancia que hay sobre la puerta del obrador.

—Tendrá que volver mañana y hablar con mi padre.

—Le informo de que se está arriesgando a una grave sanción administrativa por tener la cámara dirigida hacia la calle y no hacia la puerta y su interior. ¿Sabe que está prohibido obtener imágenes de espacios públicos desde espacios privados, como es el caso de su pastelería?

—No, no lo sabía. ¿Por qué nos asfixian con cientos de normas para todo? ¿Para recaudar más? Yo no sabía nada de que la cámara tuviera que estar orientada hacia aquí o hacia allá, y seguro que mi padre tampoco.

—Ahora ya lo sabe. He visto que en la pastelería la tienen redirigida correctamente hacia el interior, pero no sucede lo mismo con esta puerta trasera de su negocio. Si es tan amable, enséñeme las grabaciones, por favor.

Alfredo no tuvo más opción que acompañar al teniente a la oficina de la pastelería. Atravesaron para ello el obrador, donde tres personas, dos hombres y una mujer con la cabeza cubierta con un hiyab, decoraban con mangas pasteleras decenas de dulces dispuestos en grandes bandejas.

—Vamos a estar toda la noche haciendo pasteles para un catering que nos los ha encargado para mañana. Y luego, de madrugada, comenzaremos con el pan y la bollería para servir en la pastelería a primera hora. ¿Le apetece un pastel? —le ofreció con amabilidad—. Los hacemos muy ricos, totalmente artesanales, como ve.

—Se lo agradezco, pero más tarde. Ahora muéstreme esas imágenes.

Tresser no había comido nada en las últimas horas, y aquellos agradables olores a dulces horneados y los pastelitos de diferentes formas, colores y texturas le abrieron el apetito. Aceptaría el ofrecimiento, decidió.

Día veintidós de diciembre, ocho y diez de la tarde. Luba irrumpiendo en el callejón, corriendo veloz hasta desaparecer por la parte trasera de un camión de tamaño mediano aparcado en la puerta. Dos operarios cargando en él cestas de Navidad transportadas en carros. Minutos después, uno de ellos se sitúa al volante, da marcha atrás, recorre los pocos metros del callejón y maniobra hacia la calle principal. Se va el camión. Luba desaparece.

—¿A dónde se dirigió el vehículo con las cestas, Alfredo?

—Tendría que haberlas dejado en la sede de una caja de ahorros, pues eran para los directivos, pero se equivocó y las llevó a una empresa de informática.

—Creo que he leído esa noticia en la prensa. —Lo recordaba: la leyó en la barra del bar mientras esperaba a Norberto.

—Es que hemos salido en los periódicos y en las televisiones porque los trabajadores se han negado a devolver las cestas con la excusa de que ya se lo habían comido todo, lo cual es imposible. Había en cada una cerca de treinta productos, incluido un jamón de Jabugo. Ellos deberían haber recibido unas cajas con ocho productos y sin jamón, por supuesto, que fueron entregadas a los banqueros. Justo al revés. Un desastre, en fin. ¿Puedo preguntarle qué es lo que está investigando?

—Lo ha visto usted mismo, así que ya puede suponer que es a la niña que se cuelaba en el camión. No me pida más detalles porque no se los voy a dar. ¿Qué hay del repartidor?

—Es autónomo y ya no contaremos más con él, porque lo que ha hecho es imperdonable. La empresa de informática nos va a abonar la diferencia y supongo que se la repercutirá a los empleados, pero el daño ya está hecho. Falló el control también por nuestra parte, desde luego, pero cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde. El repartidor viajó esa misma noche hacia Palencia para pasar las Navidades con su familia y no lo localizamos a tiempo para que reparara el error.

—¿A qué lugar de Palencia?

—No lo sé. No se lo preguntamos. Solo le llamamos para pedirle explicaciones y echarle la bronca.

—¿Tiene su número de móvil?

—Sí, claro.

—Démelo —le ordenó Tresser, ya con su teléfono en la mano, preparado para hacer la llamada inmediatamente.

Palencia, frío, heladas, nieve. A Julián le preocupaba el desamparo en el

que podría encontrarse Luba si hubiera llegado hasta allí oculta en el camión. Cuando leyó la noticia en el periódico sobre el equívoco de aquellas cestas de Navidad, que incluso le divirtió, nunca hubiera imaginado que pudiera tener relación con Luba. No acababa de entender cómo el repartidor no se había dado cuenta de que llevaba a una niña escondida en el remolque. Aquel hombre había demostrado ser tan inepto en su trabajo que tampoco le extrañó tamaño despiste.

—¿Es usted Miguel?

El repartidor no tardó en atender la llamada.

—¿Quién llama?

—Julián Tresser, teniente de la Guardia Civil de la Policía Judicial. Estoy aquí con Alfredo, de la pastelería Las Delicias.

—¿Guardia Civil? Me aseguraron que no me iban a denunciar. Bastante he tenido ya con perder el contrato.

—No le llamo por eso, Miguel, sino por otro asunto. ¿Tuvo alguna incidencia durante su trayecto desde Madrid a Palencia?

—¿Por qué lo pregunta?

—Hemos visionado la cámara de videovigilancia del obrador donde usted cargó las cestas de Navidad y hemos visto a una niña subirse a su camión —explicó, usando el plural, para amedrentarle—. Se subió al camión y no la hemos visto salir de allí. ¿Le hizo usted algo? —le intimidó aún más.

—¡No, en absoluto! —exclamó.

—Pues entonces, ¿qué ocurrió?

—Al amanecer detuve el camión ya en la provincia de Palencia, en el norte, en un bar de Los Herreros. A pesar de que durante la noche paré por el camino para cenar y dormir unas horas, estaba cansado y aún me quedaba camino hasta Triollo, el pueblo donde estoy ahora pasando las Navidades con mi familia.

—Vaya al grano, Miguel —le urgió el teniente.

—Estaba todo nevado y no encontraba en la cabina mi gorro de lana, así que abrí el remolque para ver si me lo había dejado allí durante el reparto en Madrid. Entonces encontré a la chica. No sabía qué hacía allí. Bajó corriendo del camión, la agarré, pero ella se zafó. Huyó campo a través y la perdí de vista.

—¿Puede describirla?

—No me dio tiempo para mucho, porque se escabulló rápidamente, pero era

menuda y rubia. Llevaba un jersey de lentejuelas, me acuerdo porque me llamó la atención que fuera vestida así, y sin abrigo, con el frío que hacía.

—¿Dio parte a la Guardia Civil?

—No, la chica iba bastante desaseada. Pensé que era una yonqui o una de esas gitanas rumanas. Me fastidió que se me colara, pero luego me olvidé.

—¿No vio que era una niña y que estaba en apuros?

—No, lo siento, no lo pensé. Estaba cansado, ya se lo he dicho.

—¿Dónde está ese pueblo en el que se detuvo, Los Herreros?

—Entre Aguilar de Campoo y Cervera de Pisuerga. Es muy pequeño. No creo que llegue a los cien habitantes.

A dónde iría Luba corriendo campo a través por la nieve, tan lejos de todo, en un minúsculo pueblo perdido entre las montañas. Una sensación aciaga de muerte asaltó la mente de Julián con la potencia de un proyectil.

Mientras Tresser hablaba con el repartidor, Alfredo le había preparado una pequeña bandeja de pasteles envuelta en papel y atada con hilo de algodón para transportarla con facilidad.

—¿Me denunciará por tener la cámara mal puesta? —le preguntó, ofreciéndole los pasteles.

—No se preocupe por eso. No comente con nadie lo que me ha contado, y mucho menos con desconocidos. Le dejo mi teléfono por si acaso. —Le entregó una tarjeta—. Llámeme inmediatamente si alguien llega por aquí a preguntarle lo mismo que yo. Gracias por los pasteles. ¿Cuánto cuestan?

—Nada. Se los regalo yo.

—Insisto, Alfredo. Dígame el precio —le dijo con tono de voz severo.

—Tendría que pesarlos.

—Pues hágalo.

Una hora más tarde, más allá de las diez de la noche, ya de nuevo en el cuartel de Uvés, ni siquiera el agradable dulzor de aquellos pasteles que degustó con hambre y placer calmó su ansiedad. Se desesperanzaba ante la base de datos del sistema SIGO de la Guardia Civil, que fusiona y entrecruza la información policial. No se mencionaba ninguna incidencia en Palencia que se refiriera a Luba o a ese alias que detestaba: Alexia. Tampoco aparecía ninguno de los dos nombres en los puestos de la Guardia Civil de toda la provincia ni en los centros sanitarios. Telefonó a la Comandancia de Palencia. Preguntó por alguna niña de catorce años, sin familia, que hubiera necesitado atención médica. No les constaba. Abrió un mapa de la provincia

en el ordenador, localizó el pueblo de Los Herreros, se ensimismó observando aquel punto cartográfico. ¿Dónde buscarla si no estaba en ningún hospital? ¿Por dónde empezar? Las tinieblas, los malos presagios, la desesperación. Veía la imagen funesta de la niña muerta, congelada, en medio de un bosque helado y solitario, merodeando los lobos hambrientos alrededor de su cadáver, comenzando ya a alimentarse de ella. Ahora más que nunca no podía claudicar y dejarse vencer por la desesperanza, y menos aún con la amenaza que para Luba suponía la existencia de Águila. Si no se la comían los lobos, lo haría él. Llamó a Queipo. Se había agotado el plazo que le había dado para proporcionarle información.

—Tengo algo, ahora te iba a llamar —le dijo el confidente desde el otro lado del teléfono, fusionándose su voz con otras muchas más, con un bullicio a su alrededor que exasperó al teniente.

—No puedo escucharte con ese follón. O buscas un lugar más tranquilo o te cuelgo el teléfono ahora mismo.

—Perdona, señor exquisito, la Navidad siempre es muy follonera. ¿Me oyes mejor ahora? He salido a la calle —le dijo unos instantes después.

—Es lo que tendrías que haber hecho al recibir mi llamada. A ver, qué tienes.

—No ha sido nada fácil, ¿sabes? Te costará quinientos pavos.

—Ya veré yo si los vale. ¿Puedes acercarte hoy hasta Uvés desde Madrid para vernos?

—Puedo. Dime dónde.

Lo citó a las once de la noche en el aparcamiento exterior de un centro comercial cercano al cuartel. No se le ocurrió otro lugar lo suficientemente discreto para el encuentro. Las cafeterías estaban descartadas. Las que conocía en Uvés eran pequeñas y poco concurridas, aunque eran fechas navideñas y la gente se veía impulsada a llenar tiendas y bares con un ímpetu que no comprendía. No recordaba ninguna Navidad en la que él hubiera sentido tal frenesí por obligarse a ser feliz, pero la única que nunca olvidaría era la de aquella misma mañana, el día de Navidad, con Adelaida entre sus brazos. Posiblemente tuvieran razón quienes afirmaban, lo había oído alguna vez, que lo que más se recuerda de toda una vida es el amor.

Antes de encontrarse con Queipo, el teniente había redactado el informe sobre las novedades del caso Ordovás para el capitán Díaz Visedo. Cuando lo terminó, pensó de nuevo en Adelaida y decidió llamarla. Había estado toda la



tarde buscando unos minutos para hacerlo, pero no los había encontrado. Los acontecimientos del día se habían sucedido unos a otros de tal modo que le parecía que había transcurrido mucho tiempo desde que se habían visto, como si haberse amado los dos unas horas antes perteneciera a un pasado remoto, cuando aún sentía tan cercano el olor a jazmines de la piel que acarició y besó. Ella no estaba en Madrid, sino en Navacerrada, uno de los pueblos más bonitos de la sierra de Guadarrama, a más de mil metros de altitud, a una hora de la capital. Su familia, contó, tenía allí una casa y ella había decidido pasar unos días para relajarse.

—Quería soledad y este es el mejor lugar —le comentó al otro lado del teléfono—. La casa más cercana a la mía está a medio kilómetro. Eso me da tranquilidad.

—Entonces, ¿estás bien?

Julián había insistido en la misma pregunta desde que se habían reencontrado. Ella era una mujer fuerte, aunque no estuviera atravesando su mejor momento, pero a él le gustaba sentirla frágil. Era el modo en que se sentía seguro en esa relación que seguía sin saber en qué consistía.

—¿Qué significa para ti estar bien, Julián, ya que me lo preguntas tanto? La mayoría de las personas no podría responder con sinceridad a esa pregunta. No sé qué quieres que te conteste. Pues sí, estoy bien, qué puedo decirte, no me estoy muriendo —le contestó, sin ocultar que su pregunta la había irritado.

—¿A qué viene eso, Adelaida? Si tú me hubieras preguntado si estoy bien, no se me habría ocurrido abrir un debate sobre el tema, como estás haciendo tú —contraatacó.

—¿Estás bien, Julián? Ahora te lo pregunto yo.

—Pues no, no lo estoy. He tenido un día complicado, pero sé que hablar contigo me sentará bien. Pensaba a que a ti te pasaría lo mismo.

—Y así es.

—¿Entonces? —preguntó Julián con desconcierto; no era la primera vez que se lo causaba.

—Entonces, nada. Yo también he tenido un día complicado. Esta tarde me han llamado del hospital. He perdido a una paciente. Una caja entera de ansiolíticos y licor de hierbas. Tenía veinticinco años. No me preguntes nunca más si estoy bien. Nadie lo está. Si no es por una cosa, será por otra. Como mucho, podremos afirmar que estamos menos mal que el día anterior.

—Lo siento. Seguro que hiciste todo lo posible por ella.

—Eso no lo sé. Con las depresiones endógenas, las que no se deben a un motivo concreto, nunca se hace lo suficiente. Quizá emitió señales de alerta que yo no capté.

—No te culpabilices, por favor.

—Haré lo que yo quiera, sentiré lo que yo quiera, Julián —dijo Adelaida con voz súbitamente áspera; la agresividad de su manera de expresarse la recibió Julián en forma de dolor.

—Adelaida, yo tampoco estoy de buen humor e intento no herirte manifestándolo.

Ella permaneció en silencio unos instantes.

—Siento haberte hablado así. ¿Me perdonas? —se disculpó ella.

—No tengo nada que perdonarte. Has tenido un día duro.

No se atrevió a felicitarla por haber decidido, al final, no visitar a sus padres en aquel largo e intenso día de Navidad. Confesarle que él había sido testigo oculto de aquella decisión habría empeorado las cosas.

—¿Y tú, Julián? ¿También has tenido un día duro?

—Sí, más o menos, pero tengo nuevas pistas sobre Luba. Su rastro se pierde en el norte de Palencia, hace dos días, pero no sé más ahora mismo.

Julián acababa de decidir al fin compartir con Adelaida algunos detalles de la búsqueda de Luba. Se sentía tan solo en aquel viaje que necesitaba hacerlo.

—¿Y cómo llegó a Palencia?

—Oculta en un camión. Se escapó del burdel donde la tenían esclavizada.

—¿Un burdel?

—Sí, esa es la maldita vida que ha tenido hasta ahora.

—No me habías contado nada. —Su voz, ahora, sonaba dulce y compasiva.

—Hablar sobre ello me rompe y siempre prefiero evitarlo. No lo entiendas como una falta de confianza hacia ti, es solo que intento protegerme. Si me derrumbo, no la encontraré nunca.

—¿Derrumbarte? Eso me extrañaría mucho de ti, aunque debo decirte que cuando la encuentres no será fácil, Julián. Tendrás que desprogramar la realidad que ha vivido y ayudarla a fabricar otra nueva para que vaya olvidando la anterior. Llegará a tu vida completamente anulada por quienes la esclavizaron y abusaron de ella. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero ahora solo quiero centrarme en encontrarla. Ni la Guardia Civil ni los centros sanitarios de la provincia de Palencia tienen registrado ningún incidente que pueda relacionarse con ella. Tendría que ir allí e

investigar, por si se ha ocultado en algún lugar, pero ahora mismo estoy con otro caso que debo resolver. Los mandos me presionan para que lo solucione cuanto antes y no puedo pedirme unos días de permiso.

—¿Has dicho que su pista se pierde en el norte de Palencia?

—Sí, en un pueblo llamado Los Herreros, entre Cervera de Pisuerga y Aguilar de Campoo, en la Montaña Palentina. ¿Lo conoces?

—No, pero si estuviera en algún hospital o alguien la hubiera llevado hasta allí, lo más probable es que no fuera al de Palencia, porque está a más de cien kilómetros. La gente de allí que necesita atención sanitaria urgente suele ir al hospital de Reinosa, en Cantabria, que está mucho más cerca. El próximo año se inaugurará uno nuevo, el de Tres Mares, que dará mucha más cobertura a la zona.

—Y ¿cómo sabes tú eso? —Adelaida, una vez más, volvía a sorprenderle.

—Una amiga y compañera de facultad, Concha, trabaja allí. Es pediatra. Hablamos de vez en cuando por teléfono y ahora recuerdo que me lo había comentado en alguna ocasión, porque el hecho de que los del norte de Palencia vayan a Cantabria cuando tienen una urgencia sanitaria genera bastantes líos burocráticos entre ambas comunidades autónomas. ¿Quieres que le pregunte?

—Sí, por favor.

—Te llamo cuando la localice.

Julián abrió de nuevo en el ordenador el mapa de Palencia. Sí, tenía sentido lo que le había comentado Adelaida. El hospital más cercano estaba en Cantabria. ¿Por qué no se le habría ocurrido a él? Actuaba con la desesperación de un padre más que con la perspicacia de un guardia civil. Águila, mientras tanto, pensaba como un cazador. Él también había visto aquel vídeo del pasaje del Carbón —alguien de los suyos se lo acababa de enviar al móvil— que la asociación feminista había compartido en redes sociales. Le extrañó ver a Luba tan agresiva, estrellando contra un hombre un taburete. Ahora le excitaba aún más la posibilidad de dar caza a su presa, pero había visionado las imágenes una y otra vez para localizar esa calle por donde ella dobló tras agredir a aquel individuo y no lo conseguía, porque la pastelería que le hubiera servido de referencia aparecía desdibujada en las imágenes, que ofrecían muy poca definición y, además, duraban solo quince segundos. A Julián también le habría costado encontrarla si no hubiera recibido la información policial proporcionada por Teresa, pero Águila estaba solo en esto. Luba sabía su alias. Él cometió el error de decírselo cuando la secuestró.

Ni siquiera su jefe, René, lo conocía, como tampoco su pasado de mercenario con apodo de ave rapaz, un pasado del que nunca había dejado de enorgullecerse y que rebrotó con ímpetu cuando asesinó a Olga. Se sentía invencible, pero alguno de sus cimientos se tambaleó al imaginar la secuencia posterior a aquellas imágenes en YouTube: Luba, desamparada tras atacar a aquel hombre, decide huir, pero reflexiona y, al final, acude a una comisaría. O algún policía la encuentra en su huida, la retiene y le preguntan. Ella responde. Un hombre apodado «Águila» la secuestró y la obligó a prostituirse en la mansión en la que precisamente había tenido lugar una redada policial días atrás. Revisan las diligencias, porque es una menor. Se lo toman muy en serio. Un nombre: Juan José García, el encargado de seguridad de la mansión. Ya declaró en comisaría. Que vuelva para interrogarle sobre el tal Águila, ordena un inspector. Afirmo no saber nada de ese hombre con nombre de rapaz. Se reafirma en lo que ya había dicho. Solo es el encargado de seguridad. Le preguntan a Luba si conoce a García y se lo muestran tras un cristal de la sala de interrogatorios. «Ése es Águila». Lo señala. Lo vuelve a señalar. Está segura. Y se acabó. Comparecencia ante el juez. Prisión provisional sin fianza. Cargo: secuestro y prostitución de una menor con intimidación y violencia. Cárcel. Ruina. La ansiedad le estaba conduciendo a lugares que todavía no existían. Jamás se le había escapado una niña de las cloacas sexuales a las que las condenaba. Tenía que encontrarla, y aquel vídeo apenas le daba pistas. Ninguno de los policías y guardias civiles a los que sobornaba la organización se avendría a ayudarlo. ¿Quién querría pringarse en un asunto de trata de menores sin mancharse?, se preguntó. Nadie. Si Águila hubiera sabido que a Luba la estaba buscando un guardia civil que también conocía su alias, y que iba tras él, comprobaría lo mucho que pueden empeorar las cosas aun habiendo comenzado tan mal, hasta convertirse en un pedrusco a punto de caer sobre su cabeza.

René lo había llamado durante los postres de la comida de Navidad en familia, con Noelia y las trillizas; una comida tan aburrida y silenciosa como otras tantas en aquella casa. La madre y las hijas apenas abrieron la boca, aparte de para comer. Él las eliminó de su paisaje, no existieron durante el festín navideño de la crema de marisco que había hecho Noelia y tres langostas frescas a la parrilla, además de medio cordero lechal al horno encargados a un exclusivo restaurante de Madrid. Águila se había encerrado en los salones más tenebrosos de su mente, aquellos donde las ventanas

estaban siempre apuntaladas para que no entrara la luz de la realidad que lo amenazaba. Noelia, por su parte, disfrutaba en silencio de aquella comida, sobre todo del dispendio en marisco. Necesitaba reafirmarse en el lujo al que estaba acostumbrada, porque tenía el presentimiento de que iba a perderlo. El próximo año, en 2010, abriría en La Junquera, en Gerona, el mayor prostíbulo de toda Europa. ¿Por qué no invertir allí y abandonar la organización? Ella y Águila conocían perfectamente ese submundo y sus inmensas posibilidades económicas. Podrían cerrar un buen acuerdo de colaboración. Además —y sobre todo— el negocio era totalmente legal. Estaba harta de tanto burdel en las sombras, de René y sus inversores fantasmas, y también de la mujer de este, Lena, que se creía una reina y, con su sobreactuada condescendencia, la hacía sentirse como una simple doncella.

—Tengo grandes proyectos para nosotros, Juanjo —le dijo mientras trituraba con las tenazas una pata de la langosta.

Él no le contestó. Ni siquiera la estaba mirando.

Las niñas comieron de mala gana. Hubieran preferido una pizza y no aquel bicho de largas patas que les repugnaba. Llegó el postre, unas esferas de chocolate blanco rellenas de helado —encargadas por Noelia a una de las mejores pastelerías de Madrid—, y fue entonces cuando Águila recibió la llamada de René y abandonó la mesa sin dar ninguna explicación. La conversación telefónica no comenzó bien: su jefe había hablado con la organización y la fuga de la menor inquietaba.

—No entendemos cómo todavía no la has encontrado. No tiene familia a la que podamos amenazar si Alexia te señalara ante la policía. Es libre. Hablará si le preguntan. Lo mismo podría hacer la otra, la que se te escapó antes que ella, aunque tiene diecinueve años, no es una menor. No nos preocupa tanto, pero tampoco sabemos dónde está.

—Siento el error, René. —Águila no se atrevió a comentarle que un vídeo de Luba estaba circulando por las redes, si es que no lo había visto ya y se lo estaba ocultando.

—Estás solo en esto, Juanjo. No nos puedes implicar. Imagina el riesgo que correrían las otras líneas del negocio. Es una brisa que puede desencadenar una tempestad. Mañana lo hablamos en la comida tú y yo. No conviene alargar esta conversación por teléfono.

Ya no tenía duda alguna. Estaba cuestionado.

## CAPÍTULO XIV

Águila ni siquiera había probado el postre de esferas de chocolate cuando regresó a la mesa familiar tras atender en la cocina la llamada de René. Había perdido el apetito. Sentía dolor en la boca del estómago, un dolor afilado, como si tuviera allí dentro finas agujas que se clavaban en sus tripas y avanzaban hacia el fondo de las vísceras.

—¿Qué os parecería, niñas, si nos fuéramos a vivir al sur de Francia, cerca de la frontera con España? —oyó que Noelia les decía a sus hijas—. Sabéis francés además de inglés. Os adaptaríais pronto.

—Pero ¿qué tonterías dices? —le reprochó él, sin dar opción a las niñas a contestar—. No sabes nada, qué vas a saber tú.

—¿Sobre qué? Ya te he dicho antes que tengo proyectos, pero ni me has escuchado.

—Y sigo sin escucharte. Me voy a mi despacho.

Arrojó la servilleta a la mesa y se fue. Se encerró con llave en la amplia buhardilla que utilizaba como despacho. «Tengo que pensar». De nuevo esa frase recurrente que utilizaba cuando se le torcía la realidad. En los diversos burdeles de Madrid que regentaba para la organización —el de la mansión de Pozuelo solo era uno de ellos, aunque quizá el más lujoso— tenía alrededor de diez niñas. Ninguna había cumplido los quince años aún. Algunas habían sido entregadas a la organización por sus propias familias desestructuradas a cambio de dinero; otras fueron captadas por falsos novios que las embaucaron hasta conducir las al callejón sin salida de la prostitución; algunas incluso fueron drogadas y raptadas a la salida de un concierto al aire libre o tras un botellón, engrosando a partir de entonces las listas de menores desaparecidas de las que nunca volvió a saberse nada. Las palizas y la prostitución las anulaban. A los pocos meses, ya habían olvidado quiénes eran y de dónde venían. No eran capaces ni de comer sin pedir permiso antes de llevarse el tenedor a la boca. Pero a Luba no se la había conseguido doblegar como a las

demás. Olga se lo había repetido a Águila cada vez que tuvo la ocasión: «Es rebelde. No es como las otras». Fanny era mucho más sumisa. Nunca imaginó que pudiera escapar. Seguía sin saber cómo lo consiguió. Sin embargo, en este caso Águila jugaba con ventaja: nunca se habían visto en el burdel. No conocía ni siquiera el aspecto de Fanny, por lo que nunca podría identificarle en una rueda de reconocimiento. En realidad, él no trataba con las chicas. O estaban en las habitaciones recibiendo clientes o bien en el sótano de los prostíbulos, descansando unas pocas horas antes de volver de nuevo al tormento del abuso. Era Olga la que se ocupaba siempre de ellas. Ya no le podría implicar si la policía le tentaba con la delación. Estaba muerta.

«Ha habido novedades. Tenemos que vernos urgentemente. Hotel Bassae Resort. En el hall. Hoy. Ocho de la tarde», leyó en su móvil.

Era un mensaje de René. ¿Qué había sucedido? ¿Habría aparecido Luba o, por el contrario, la situación habría empeorado aún más? Faltaba apenas una hora para la cita. Se duchó, se vistió con uno de sus trajes más caros, azul marino, que combinó con una camisa blanca, una corbata de color rosa con pañuelo a juego y unos mocasines Gucci. El último toque: perfumarse con su fragancia de Loewe.

—¿A dónde vas tan bien vestido? —le preguntó Noelia cuando lo vio bajar la escalinata hacia el salón.

—Tengo una cita con René.

—¿No era mañana?

—Se ha adelantado. Dice que hay novedades. No me agobies con preguntas. No estoy de humor.

—Tranquilízame, Juanjo, dime que todo irá bien, por favor. —Ella le tomó suavemente del brazo, reteniéndole cuando se dirigía a la puerta del recibidor que conducía al garaje.

—Te he dicho que no me agobies. Estoy intentando solucionar cosas. No te conviertas en un problema más —le advirtió en tono amenazador.

Aquel hotel de cinco estrellas era uno de los mejores de Madrid. René siempre le citaba en lugares así, a juego con la exquisitez que invariablemente exhibía. Una vez más, se sintió acomplejado cuando entró en el gran hall, cuando el portero de uniforme y sombrero de copa le abrió la puerta, cuando pisó la mullida moqueta y vio a los clientes —pocos; era el día de Navidad, una fiesta para estar en familia—, trajeados, sentados en grupos de dos o tres en los grandes sofás y sillones de piel, todo iluminado con lámparas sobre

mesas de cristal y bronce, todo elegante, todo discreto, pero suntuoso a la vez. Miró a su alrededor y no vio a René. Aún faltaban cinco minutos hasta las ocho. Eligió un espacio con dos butacas en torno a una mesita de cristal con un jarrón de flores frescas. Se sentó y esperó, sin dejar de mirar a la puerta. Un hombre, también vestido de traje, se acercó hasta él y, sin pedir permiso, se acomodó en una butaca frente a él.

—Hola, Juan José. René no va a venir —le dijo—. Vengo yo en su lugar.

Era un individuo alto, fuerte, de mediana edad, moreno, con un rostro de facciones duras y una nariz prominente y tan recta que parecía tallada en roca. Sus ojos mostraban unas pupilas negras tan grandes que abarcaban, de un modo inquietante, casi toda la córnea.

—¿Quién eres tú? No te había visto nunca —preguntó con desconfianza.

—No soy de los tuyos. Soy Norberto. Servicio de inteligencia. No intentes salir del hotel hasta que finalice esta conversación, porque serás detenido de inmediato. Motivos no nos faltan. Te conviene quedarte y escuchar lo que tengo que decirte.

A pesar de las amenazas, Águila hizo ademán de levantarse. Inmediatamente vio cómo dos hombres, trajeados también, apostados junto a la puerta del hotel, se acercaban directos hacia él. Norberto les hizo un discreto gesto con la mano para que no intervinieran y detuvieron enseguida sus pasos.

—Ya te he dicho que no lo intentarás. Vuelve a sentarte y hablemos —le ordenó con amabilidad. Águila lo hizo, pero de mala gana.

—¿Cómo sé que eres de inteligencia?

—Tendrás que fiarte. El hecho de que hayas recibido en tu móvil un mensaje de René, cuando en realidad te lo hemos enviado nosotros, ya debería darte una pista sobre quiénes somos.

—¿Qué queréis? —preguntó Águila con arrogancia, una arrogancia con la que quiso ocultarse a sí mismo el bochorno y la perplejidad por haber caído con tanta facilidad en una encerrona.

—Queremos usarte, por supuesto —contestó Norberto con voz tranquila—. Pensábamos que no eras nadie, pero vives en una mansión y acudes cada día a un gimnasio de lujo. ¿Tu pequeña empresa de seguridad de diez trabajadores te permite vivir así?

—Pues ya ves que sí. ¿Me vas a decir por qué estoy aquí?

—En la declaración que hiciste en comisaría, tras la redada, diste un número de teléfono falso, supongo que para evitar pinchazos. Tu domicilio en



el barrio de Hortaleza es una tapadera, porque ya hemos visto dónde vives en realidad. Nos ha costado localizarte, pero hoy lo hemos conseguido y aquí estamos. ¿Cuál es tu papel en la organización para la que trabajas?

—No sé de qué me hablas. No trabajo para ninguna organización, trabajo para mí mismo, no tengo nada que ocultar.

—Entonces, ¿por qué diste un número de teléfono falso en la comisaría?

—Me debí de confundir al apuntarlo. —En realidad, varió un solo número intencionadamente; un pequeño *error*, pensó, del que nadie sospecharía.

—El día de la redada se te escapó una menor a la que prostituiste. Se llamaba Luba, ¿verdad?

—¿Luba? No sé quién es.

—Está muerta. ¿Lo sabías?

«Gracias por la feliz noticia, no sabes cuánto me alegro. Espero que no haya tenido una muerte dulce», le hubiera dicho, pero desconocía si aquello era verdad o le estaba mintiendo para intimidarle. «Luba, muerta». Sintió alivio al escuchar las dos palabras, pero a la vez inquietud ante aquel individuo que decía ser de los servicios secretos españoles, del CNI. ¿Cómo le habría localizado? Las murallas de su vida acababan de convertirse en frágiles paredes de cristal. Sin embargo, había otra posibilidad: su propia organización le estaba sometiendo a una prueba de confianza. Si sospechaban que podría traicionarles, no caería en la trampa.

—Juan José, *Juan José García García* —dijo Norberto, subrayando con la voz su nombre y apellidos—, debo decirte que, lamentablemente, tus respuestas hasta ahora son decepcionantes. «No sé de qué me hablas», «No sé quién es», no sé, no sé y no sé. ¿Sabes qué sé yo? Que Luba está muerta y que Olga también lo está. Era otra candidata a la que, como a ti, le íbamos a pedir colaboración, pero desapareció. ¿Sabes qué ha sucedido hoy? Nada bonito para un día de Navidad. Creo que te va a interesar saberlo.

Le relató Norberto que un abuelo y su nieto jugaban con su perro en una de las playas del pantano de Valmayor, entre las localidades madrileñas de Colmenarejo y Valdemorillo. El niño le lanzó un palo a su perra labrador retriever, el animal corrió en su busca, pero pasó de largo porque un objeto distinto llamó su atención. Se acercó hasta él y se detuvo a husmear lo que, desde la lejanía, parecía un pequeño tronco, grueso y oscuro. El animal lo agarró entre sus fauces, lo llevó hasta el niño y lo depositó a sus pies. El pequeño lo observó con atención y cuando se dio cuenta de qué era aquello,

corrió hacia su abuelo para abrazarse a sus piernas, aterrorizado. Era un brazo humano, seccionado por encima del codo, con la mano mordisqueada por los peces, pero en la que aún sobrevivían unas uñas largas, extraordinariamente largas. Por aquellas uñas y por sus dedos merodeaban tranquilamente algunos cangrejos de río, como si buscaran entre la piel alguna zona interesante para clavarle las pinzas y alimentarse de esa materia humana con la que casi nunca solían encontrarse en su hábitat. El brazo parecía haber sido arrancado de cuajo del cuerpo, pues aún colgaban venas, nervios y músculos como consecuencia del desgarró, formando una amalgama informe y negruzca de la que sobresalía el hueso, que había adquirido un sucio tono arenoso.

—Pensamos que ese brazo pertenece a Olga, la *madame* de uno de tus burdeles —prosiguió Norberto—. Esas uñas son suyas, eran inconfundibles. Cómo no olvidarlas, tan largas y puntiagudas como las de las brujas de los cuentos. Habíamos contactado con ella y le ofrecimos protección a cambio de que nos contara cosas sobre la organización, pero de repente desapareció y hoy uno de sus brazos ha emergido en el embalse de Valmayor. Se han tomado muestras y se analizará el ADN. Los submarinistas de la Guardia Civil ya están buscando el resto de su cuerpo bajo las aguas. ¿Sabes qué le ocurrió a Olga, Juan José? ¿Sospechaste que os iba a traicionar y os la quitasteis de en medio? Si fuiste tú, se te va a complicar mucho la vida. La mataste, la descuartizaste y la lanzaste al pantano.

«¿Cómo que la descuarticé?», se preguntó Águila, desconcertado. Él había envuelto el cadáver en un plástico y lo transportó en su coche hasta el embalse. Conocía una zona, en un recodo oculto y algo elevado, donde sabía que existían corrientes bajo el agua que engullían hacia el fondo todo lo que penetrara en ellas. No era el primer cadáver que lanzaba a esas aguas. La última vez, una joven prostituta que falleció mientras se le practicaba a la fuerza un aborto. Nadie las echaba de menos y podían hacerlas desaparecer sin riesgos, pero a Olga la había asesinado él. Hubiera preferido quemarla en un antiguo horno de ladrillos de una de las naves de la organización. Disponían de varias, en Madrid y en otros lugares de España que consideraban estratégicos. Las compraban legalmente para almacenaje a través de testaferros, lo cual les permitía a la vez blanquear dinero utilizando un enmarañado laberinto de empresas fantasma. Una vez adquiridas, taladraban los suelos de hormigón, construían zulos donde ocultar lo que debía ser ocultado y exhibían bien a la vista en las fachadas: «Se alquila». Pero no

había intención alguna de alquilarlas. Quienes llamaban al número indicado en el cartel desistían porque el precio era demasiado elevado o bien porque se les exigía un agresivo aval bancario. Siempre en días festivos y de noche, llegaban a aquellos zulos arsenales de armas y explosivos y también otro tipo de *mercancía*: mujeres captadas a la fuerza para la prostitución a las que se encerraba un par de días en uno de esos agujeros de hormigón, para que el terror actuara como domador de rebeldías.

En una de aquellas naves había intentado Águila la cremación del cadáver de Olga, pero el mal estado del viejo horno industrial había filtrado agua de lluvia y estaba inutilizada para que prendiera el fuego. Tampoco optó por enterrarla en cal viva. No quiso hacer el esfuerzo, cuando faltaban un par de horas para la cena de Nochebuena en familia. Finalmente decidió llevarla a Valmayor, atar varias piedras a su cuerpo y, envuelta en plástico, lanzarla al embalse. Pero ocurrió algo inquietante: cuando el cadáver entró en contacto con el agua, unas fauces surgieron desde el fondo y, con un único y rápido movimiento, se lo llevaron al fondo. Instantes después, las aguas retomaron su calma en la noche. Él no descuartizó a Olga. Nunca se hubiera tomado esa molestia. Puede que allá abajo habitara un monstruo desconocido que se la comió y se dejó un brazo. El maldito brazo. Ahora, frente a aquel supuesto agente secreto, recordó que existía una leyenda urbana sobre aquel pantano en el que, se decía, habitaban cocodrilos. Se lo comentaron alguna vez sus hijas, impresionadas ante tal fábula terrorífica, aunque nunca le concedió importancia. La noticia fue recogida por todos los periódicos y había sucedido en el año 2003, cuando varios vecinos de la zona aseguraron haberlos visto en el pantano —donde siempre estuvo prohibido el baño—, aunque nunca se encontraron pruebas de que eso fuera cierto. Incluso se les habían puesto cebos, pero no pudo demostrarse que habitaran allí. Águila, tras escuchar a Norberto, empezaba a pensar que la leyenda quizá fuera real. Él vio aquellas grandes fauces que emergieron del fondo. ¿O fue una ilusión? En cualquier caso, maldijo a aquel monstruo torpe que no terminó su trabajo.

—Yo no tengo nada que ver con eso —insistió en su mutismo.

—Pero conocías a Olga, ¿no?

—Sí, por supuesto, les concertaba las citas a las chicas a las que se les alquilan habitaciones para sus encuentros sexuales. Nadie las fuerza a ello. Lo hacen voluntariamente.

—Sí, eso ya me lo sé, todos los proxenetas decís lo mismo. Es aburrido y

cargante, siento decírtelo tan claro. Esta mañana hemos hackeado tu móvil en los vestuarios de ese gimnasio de lujo al que vas, mientras te ejercitabas con las pesas. El tal René con el que hablabas esta tarde por teléfono, ¿quién es? ¿Es tu jefe inmediato? Antes de que me contestes de nuevo con un «no sé quién es», deberías preocuparte por el asesinato de Olga, por las timbas de póquer ilegales y los desplumes que hacéis a clientes por parte de jugadores profesionales, por los burdeles que regentas y, en fin, por las actividades delictivas que te han pagado la mansión donde vives con tu mujer y tus hijas. Habéis estado muy protegidos a cambio de sobornos, pero eso se va a acabar. Te aseguro que la Agencia Tributaria examinará al detalle tus finanzas. No creo que los ingresos que has declarado por tu pequeña empresa de seguridad justifiquen la vida que llevas. Sabemos que la mansión no está a tu nombre, sino al de Noelia Vallalón, tu mujer, con la que no estás casado, pero con la que convives. Hoy os hemos fotografiado a toda la familia a través de las ventanas, durante vuestra comida de Navidad, con varias langostas sobre la mesa. Las niñas, las trillizas, tienen el apellido de Noelia, en cuyo libro de familia figura como madre soltera, pero estoy seguro de que son hijas tuyas también. Precisamente, el lujoso Audi Q7 con el que has acudido al gimnasio está registrado a nombre de una de ellas, Nidia. Tú solo figuras como propietario de un humilde Clio y de la casita del barrio de Hortaleza. Vives oculto para ley, pero te vamos a sacar a la luz. Descubrirás lo despiadado que puede ser el Estado con un ciudadano. Ahora que te he explicado lo que sabemos sobre ti, te conviene colaborar. Sabemos que tu organización trafica con armas, además de con seres humanos, con mujeres. Solo tienes que hacer una cosa: decirme dónde está el arsenal que os ha encargado ETA. No es la primera vez que les vendéis armas y ahora lo vais a hacer de nuevo. Nos ha llegado esa información de una fuente segura.

—¿ETA, dices? Yo no tengo ni idea de eso. Además, la mayoría de sus explosivos los roban o los fabrican ellos mismos. ¿Os estoy contando algo que no sepáis?

—Disculpa, Juan José, pero ¿eres consciente de que podemos arruinarte la vida? Vas a caer en desgracia, vas a perderlo todo. A ti la crisis económica no te ha rozado ni un pelo, pero te aseguro que vamos a crear una especial para ti. Empieza a contarme todo lo que sabes sobre René. Es una organización piramidal, cada uno conoce únicamente a su jefe inmediato, eso ya lo sabemos y te lo puedes ahorrar. Mañana tienes una comida con él. Te prepararemos

para que hagas lo que necesitamos sin que él sospeche, pero que te quede claro que buscamos abortar la venta del arsenal a ETA. Si no nos ayudas, te dejaremos caer.

—No tenéis nada sobre mí, solo especulaciones. Además, ¿cómo sé que eres quien dices ser?

—Me puedo identificar ante ti, pero cualquier documento que te muestre pensarás que es falso. Haz una cosa: llama al CNI y di a centralita que te pasen con la extensión 313. Allí me encontrarás. Si no estoy, como ahora es el caso, la llamada se desviará a mi móvil. ¿Quieres hacerlo ahora? Busca el número tú mismo en Google o en Yahoo. No te lo doy yo para que no desconfíes. Anda, vamos, hazlo —le retó.

—Lo haré más tarde y cuando yo quiera, no cuando quieras tú —replicó con suspicacia.

No pensaba hacerlo. Esa llamada al Centro Nacional de Inteligencia podía comprometerle aún más. Empezaba a convencerse de que aquello no era una prueba de confianza a la que le sometía la organización, sino que realmente aquel individuo era de los servicios secretos, los que se movían en la oscuridad y no rendían cuentas a nadie, solo a sus jefes, al igual que él.

—Entonces, si no vas a llamar ahora —prosiguió Norberto—, sigamos con nuestra conversación, Águila. Porque ese es tu nombre de guerra, ¿verdad? Conocemos tu pasado de mercenario. No te incrimina haberlo sido, pero insisto en que animaremos a la Agencia Tributaria para que investigue de dónde proceden tus ingresos para llevar el alto tren de vida que llevas. Seguro que aún guardas buena parte del dinero negro que cobraste en tus guerras como soldado de fortuna, por no hablar del que ganas con la prostitución. Se te acusará de fraude fiscal, además de proxeneta, complicidad en el tráfico de armas y quizá también del asesinato de Olga. Nosotros trabajamos rápido y no necesitamos órdenes judiciales para actuar. Podemos saber hasta el color de tus calzoncillos sin que te bajes los pantalones. Lo mejor que puedes hacer es colaborar.

—Reflexionaré sobre todo ello —se limitó a contestar; no sabía si aquella conversación estaba siendo grabada y debía medir bien sus palabras para que nada de lo que dijera pudiera incriminarle.

—¿Reflexionar? No hay tiempo para eso. Comienza por decirme en qué lugar guardáis las armas y los explosivos.

—No tengo ni idea. ¿Cómo voy a saberlo? —se resistió Águila. El acoso de

Norberto no le dejaba tiempo para idear sus estrategias, para escabullirse de aquella encerrona.

—Colabora, insisto. Será lo mejor para ti y para tu familia —le intimidó veladamente Norberto, a la vez que se llevaba la mano al interior de su americana para coger una libreta y un bolígrafo. Los colocó sobre la mesa y los deslizó hasta acercarlos a Águila—. Apunta aquí dónde está la nave con el arsenal. No te comprometeremos con René, pero vas a decirnos dónde está. De lo contrario, extenderemos el rumor de que eres un soplón de la policía. Lo haremos de tal modo que a nadie le quedará la más mínima duda.

Aquel hombre lo había dejado sin opciones. No se podía permitir aparecer ante su jefe como un chivato y arriesgarse entonces a sufrir la venganza de la organización, convirtiéndose en una víctima más de aquellos atropellos mortales que ideaban de un modo tan calculado, con el coche dándose a la fuga sin que se supiera nunca más del conductor ni del vehículo. René y Norberto. ¿Cuál de los dos bandos era peor? Escribió una dirección y dibujó un plano en la libreta que le había proporcionado el agente secreto, aunque usó para hacerlo su propio y caro bolígrafo Montblanc.

—Has hecho bien, Águila, y te lo agradezco —le comentó mientras cogía la libreta y le echaba un vistazo—. Una cosa más: no te conviene cancelar la cita de mañana con tu jefe René. Si lo haces, lo entenderé como un gesto hostil por tu parte —le amenazó Norberto antes de abandonar el hotel.

Si en aquel momento pudiera borrar el mundo de un manotazo, Águila lo hubiera hecho con toda la violencia de la que era capaz, borrando también de paso a Noelia y a las trillizas. Solo quería salvarse a sí mismo. Cuando llegó a casa, su mujer salió enseguida a recibirle.

—Pero ¿dónde te habías metido? Son casi las once de la noche y no contestabas al móvil. He llamado a los burdeles y...

—¿Has salido hoy de casa en algún momento del día? —la interrumpió Águila.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No lo has hecho? ¿Seguro?

—Ya te he dicho que no. ¿Qué pasa?

—Puede que nos estén vigilando. Si hoy no has salido, no habrán podido colocar micrófonos ni cámaras ocultas, pero nos han fotografiado mientras comíamos. Corre todas las cortinas de la casa.

—¿Quién nos vigila? —preguntó Noelia, asustada.

—¡Corre las cortinas de una maldita vez! —le gritó—. ¿Dónde están las niñas?

—N1 en su habitación escuchando música, y N2 y N3 en el cuarto de estar de arriba, viendo la televisión.

—Que te den sus móviles y los guardas hasta que yo te lo diga. Cuando acabes con las cortinas, las de todas las habitaciones, baja al cuarto blindado del sótano.

Allí se encontraba el lugar más seguro de la casa: una estancia cerrada con una puerta acorazada que solo se abría con la huella digital o con el reconocimiento de voz de Águila o de Noelia. Era una habitación con paredes de acero e insonorizadas, con una caja fuerte que contenía algún dinero y documentos que carecían de valor, porque se trataba de un señuelo. Lo importante, las grandes sumas de dinero atesoradas estaban repartidas en varias cajas fuertes camufladas tras diversos enchufes y rejillas de ventilación, y también en compartimentos bajo el suelo. En un cajón oculto tras una estantería, Águila guardaba también dos teléfonos móviles encriptados, listos para estar operativos. Nunca hasta ahora había necesitado usarlos, pero el hecho de que le hubieran hackeado su terminal le había puesto en alerta. Ahora su seguridad estaba bajo mínimos. Volcó los datos a uno de los terminales encriptados —cuyos contenidos aparecerían desconfigurados e ininteligibles si no se activaba un código— y dejó limpio el dispositivo intervenido por Norberto. Solo lo utilizaría para comunicarse con el agente secreto, quien ya le había advertido que debía mantenerlo siempre operativo. Comenzaba a sufrir la paranoia de quien se cree vigilado, perseguido, descubierto, marcado. Entró Noelia en aquella habitación acorazada y Águila sintió hastío al tener que explicarle lo ocurrido. Le molestaba su presencia, seguro como estaba de que su reacción iba a proyectar sobre él aún más inquietud.

—Ahora me lo vas a contar todo, Juanjo. ¿Son los nuestros los que nos vigilan?

—No, son los otros.

—¿La policía?

—Los servicios de inteligencia.

—¿Los espías? —preguntó, sorprendida—. ¿Qué tienen que ver ellos con nuestro negocio?

Águila le relató cómo había transcurrido esa tarde tan nefasta, un sombrío

broche final a aquel día de Navidad. Norberto, la encerrona del hotel, el móvil hackeado, el hallazgo del brazo de Olga en el pantano, las armas, ETA, el chantaje.

—No me han dejado más opción que convertirme en su soplón —concluyó.

—No tienen nada, aunque te hayan hecho creer que lo tienen todo —afirmó Noelia con inusitada calma—. En el brazo de Olga no van a encontrar ningún rastro que te incrimine, porque ella no te rozó ni un milímetro de piel con sus asquerosas uñas. Sé que tuviste cuidado, recuerda que yo estaba allí. Aunque hubiera quedado allí alguna fibra de tu traje, el agua se la habrá llevado. No tienen nada, repito. En cuanto a la nave que les has señalado, no está a tu nombre, no apareces en ningún papel, como tampoco en las escrituras de nuestra casa. Si utilizan a Hacienda contra mí, ya se me ocurrirá algo. No se lo pondremos fácil. René tampoco me preocupa. A lo mejor no es tan malo que seas un confidente. Estarás mucho más protegido, porque van a por él, no a por ti. ¿Qué sabías tú de las armas y ETA? ¿Qué sabíamos? Nada. Nosotros nos hemos dedicado a nuestras putas. Ahí es donde yo veo problema, en Luba, de la que seguimos sin saber nada.

—Norberto me ha dicho que estaba muerta.

—¿En serio? ¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque no me lo creo. Me ha dado muchos detalles sobre el asqueroso brazo de Olga, pero ninguno sobre cómo ha muerto Luba. Tengo algunas pistas sobre ella y las voy a seguir.

—Si solventamos el problema de la putilla, lo demás ya lo iremos resolviendo.

Noelia solo había intentado tranquilizarlo, porque en realidad estaba tan preocupada por lo que le había contado que improvisó sus argumentos sin creer en ninguna de las palabras que pronunció. Desde el mismo momento en que Olga se presentó en su casa, tuvo el presentimiento de que el viento iba a cambiar de rumbo y que soplaría tan fuerte y violento que los arrastraría a los dos sin que pudieran oponer resistencia. Ahora sentía electricidad en el aire y el ánimo rendido ante la climatología adversa. Se les acumulaban los problemas, los que acababan de conocer y los que todavía desconocían que existían.

En aquellos momentos en los que Águila y Noelia se sentían presos de las encrucijadas, el teniente Tresser estaba a punto de recibir una información decisiva por parte de Queipo, su confidente. Ambos se hallaban en el Audi de



Julián, en el aparcamiento al aire libre del centro comercial de Uvés donde se habían citado. Aunque era el día de Navidad, no estaba vacío de coches, puesto que se encontraba cerca de una zona de copas. El viento, cada vez más furioso, cada vez más potente, estampaba sus bandazos contra la robusta carrocería del coche.

—A ver si vamos a salir volando —dijo Queipo.

—Ve al grano. Tengo prisa —le apremió Tresser.

—Me ha costado, Julián. El tal Águila apenas aparece por los ambientes que frecuentan los antiguos mercenarios. Por lo visto, hace unos años iba bastante. Disfrutaban contándose batallitas entre ellos y tienen incluso una bolsa de trabajo para nuevos cachorros. Conozco a varios veteranos de esos. Nos une el amor loco por España, como a ti.

—No de la misma forma —replicó Julián.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso no compartimos tú y yo el amor por la patria y la bandera?

—Por supuesto, pero yo no simpatizo con Franco ni con ningún dictador, ni de los de antes ni de los de ahora, ni de los de derechas ni de los de izquierdas. Bastante tengo con los mandos a los que debo obediencia.

—Franco no era un dictador. Nos salvó del comunismo, de la República y de los rusos. Déjame que te cuente cómo fueron las cosas en realidad.

—No me interesa que me cuentes nada que no sea sobre Águila. Estamos aquí para intercambiar dinero por información, Queipo —le recordó el teniente; quería acabar cuanto antes. Empezaba a notar el cansancio de aquel día de Navidad que se le estaba haciendo eterno.

—Vale, de acuerdo, okey —contestó Queipo, frustrado—. No sabía nada sobre ese Águila hasta ahora, cuando tú me has pedido información. He hablado por aquí y por allá, por arriba y por abajo, y me he enterado de que cada día, exactamente a las once de la mañana, va a un gimnasio que hay entre Pozuelo y Majadahonda. Antes de irme te daré la dirección exacta. Es un gimnasio de lujo que abre los trescientos sesenta y cinco días del año. Mañana lo encontrarás allí. Si me das cien pavos más, te digo su verdadero nombre.

—¿Me has dado su verdadera dirección? ¿Has apuntado la matrícula de su coche? No, ¿verdad? Es más que suficiente con quinientos.

—Pero es que esos cien pavos de más incluyen nueva información: otras personas también han estado buscando a Águila y son de los tuyos, o al menos de los cuerpos y fuerzas de seguridad. Disimulan mal. Yo ya soy perro viejo.

—¿Es cierto eso? —preguntó Julián, sorprendido.

—Lo es. Tuve que escabullirme como pude, porque a quienes pregunté se mosquearon. Esos, los tuyos, les habían preguntado antes. El nombre real de Águila es Juan José García y trabaja en la seguridad de varios burdeles.

—¿Has dicho Juan José García?

—Sí, Águila y él son la misma persona.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. De lo contrario, no te habría dicho nada o no te cobraría lo mismo, porque los rumores valen menos.

Julián sacó la cartera, le entregó sus seiscientos euros y dio por finalizada la conversación. Quería pensar en todo lo que le acababa de descubrir su confidente.

—Adiós, Julián. Arriba España —se despidió Queipo con el dinero en el bolsillo.

El confidente abandonó el coche y se subió al suyo propio, un viejo pero potente Nissan *pick-up* del año 2000, al que llegó con el cuerpo encogido para protegerse de los embates de aquel viento colérico. Julián se encendió un cigarrillo. Nunca fumaba dentro del coche, pero esta vez sí lo hizo. Le desagradaba salir fuera y enfrentarse a aquel vendaval. Aspiró la primera calada profundamente, como si fuera la última de su vida, apurándola tanto que notó un intenso calor entre los dedos. Águila era García. García era Águila. Se le debería haber ocurrido que podía ser así. Él acudía al prostíbulo, Luba se orinaba encima cada vez que oía su voz y García era el encargado de la seguridad. Tendría que haber establecido alguna conexión entre ambos. Según Queipo, también lo estaban buscando los suyos. ¿Serían de los servicios de información de la Policía o de la Guardia Civil? ¿Sería la UCO y el propio Norberto? Si fuera así, no le perdonaría a su amigo que estuviera realizando pesquisas sobre Águila y no le hubiera mantenido al tanto.

Ahora Julián tenía la oportunidad de investigar oficialmente a García, una vez enterado de que Águila y él eran la misma persona. Se lo contaría a su capitán y también a su amiga, la subinspectora Teresa. Teresa... Se había olvidado de ella. Le envió un mensaje por el móvil en el que escribió: «¿Cómo está María? ¿Cómo estás tú?». Lamentó no haberlo hecho antes. Aquel día de Navidad lo recordaría como uno de los más largos de su existencia, repleto de palabras, descubrimientos y sensaciones. Adelaida y el

amor. Coira y su prima huida. Águila y García. Palencia. Luba. Decidió en aquel instante que, aunque minutos antes había pensado lo contrario, no diría nada ni a Teresa ni a su capitán sobre aquella nueva información hasta saber el paradero de la niña, de *su* niña. Pensó en el calvario, en la esclavitud, en las violaciones y en las palizas que había sufrido y tuvo la tentación de pulverizar a aquel monstruo cuando, al día siguiente, lo encontrara en el gimnasio. Todavía no era capaz de pensar en ambos como uno solo. Necesitaba saber si Luba estaba a salvo antes de tomar decisiones. Aún esperaba noticias de la Comandancia de Cantabria, con la que ya había contactado, y aguardaba también la llamada de Adelaida. Todo era incierto, volátil y denso a la vez.

Arrancó el motor del coche y enfiló hacia su casa. Se sentía cansado. Al acercarse a la urbanización, vio una gran pintada en la puerta del garaje comunitario: «Aquí vive un puto picoletto», había escrito alguien, con el broche final de una esvástica. Siempre había intentado pasar desapercibido entre los vecinos. Julián no encajaba en sus vidas afortunadas ni ellos tampoco en su vida de guardia civil. Por si alguien no se había enterado de que lo era, ahora ya lo sabían todos. Pagaría a una empresa especializada para que borrara aquella pintada cuanto antes. Estaba casi seguro de que habían sido aquellos chavales de buena familia que despreciaban el capitalismo desde las urbanizaciones exclusivas de Majadahonda donde residían. Era su venganza por haberles detenido en su orgía vandálica durante la Nochebuena. No sabía cómo se habían enterado de dónde vivía, pero acababan de señalarlo como objetivo ante la banda terrorista ETA. Tendría que tener aún mayor cuidado cada vez que sacara el coche del garaje. «Malditos niñatos», murmuró, indignado, mientras subía en el ascensor.

Greta maulló cuando lo oyó entrar. Tenía hambre. Reconocía ese mayido quejumbroso. Le había dejado pienso antes de salir de casa por la mañana junto a Adelaida, pero acostumbraba a darle un poco más por la noche y ya pasaban de las doce. La cogió en brazos, la besó en su cabecita, le dijo palabras cariñosas entre susurros y le puso más comida. Él no tenía apetito. Los pasteles del obrador habían saciado su estómago, tanto que hasta notaba un reflujo dulzón en el esófago. Estaba agotado, como si regresara de una marcha de varios kilómetros. Se tumbó en el sofá y, sin darse cuenta, se durmió. Por fin descansando, entregado al sueño reparador mientras, en aquellos momentos, cerca de la una de la mañana, un comando militar de élite se acercaba silenciosamente a la nave que Águila le había indicado a

Norberto. Dispararon con dardos anestésicos a los dos vigilantes que la custodiaban, se hicieron con las llaves del recinto, entraron armados con fusiles de asalto, hallaron varios zulos con una gran cantidad de armas y explosivos en el interior, se los llevaron y manipularon el escenario para que pareciera un robo. Aquella operación jamás saldría en los periódicos. Nunca existió.

Aquello había ocurrido de madrugada y fue también de madrugada cuando Adelaida contactó al fin con su amiga del hospital de Reinosa. Estaba de guardia y tuvo que esperar su llamada, una lenta espera que la había mantenido despierta junto al teléfono, con un té de jengibre y acompañada por los fados de la cantante donostiarra María Berasarte, fados intensos y elegantes que siempre le generaban paz aun desde la melancolía de la *saudade* portuguesa. Estaba retrasando la llamada a Julián, dejándose llevar ahora por las emociones que le transmitía la canción brasileña *Palhaço*, con la prodigiosa voz de María sobre los suaves punteos de guitarra de José Peixoto.

Aquella música la reconfortaba del sentimiento de derrota por aquel suicidio de una paciente que no supo prever. Una semana antes había tratado a la joven en consulta y no la había visto especialmente desanimada, sobre todo porque había conseguido un trabajo eventual como auxiliar de laboratorio, la especialidad que había estudiado. Llevaba un año en paro, formando parte de los más de cuatro millones de personas sin salario, los rehenes de la crisis económica. Sin embargo, no había sido el desempleo la causa de su depresión. En realidad, no existía un motivo definido al que culpabilizar. Irrumpió un día de repente en el ánimo de la joven, cuando estaba a punto de finalizar sus estudios de formación profesional. Los terminó, pero prácticamente como si se tratara de un milagro, porque había faltado mucho a clase. Le costaba levantarse cada mañana y ducharse. Se quedaba largas horas tumbada en el sofá, fumando y bebiendo Coca-Cola de modo compulsivo. No quería vivir y no sabía por qué. Se lo manifestaba con frecuencia a Adelaida. Los antidepresivos y las charlas que ambas mantenían lograron al fin ponerla en pie. Le pareció a la psiquiatra que volvía a unirse a la vida cuando le aseguró: «Tengo ganas de luchar». Pero ya estaba preparando su muerte, que culminó en la habitación de un hotel del centro de Madrid, con ansiolíticos y alcohol. Una muerte sin aviso, como la de tantos suicidas que simulan una mejoría en su estado de ánimo los últimos días de su vida, cuando, en realidad, solo están cogiendo carrerilla para ganar velocidad y valentía y enfilear la recta final.

Adelaida siempre estaba preparada para afrontar estos fracasos, las tragedias que se cocinaban a fuego lento en las mentes, porque de lo contrario sería imposible ejercer su profesión de psiquiatra. Era una regla de oro en la que se insistía cuando realizó el MIR: los profesionales sanitarios deben salvaguardar su autoestima cuando se pierde a un paciente, para poder tratar correctamente a los que vienen después. Pero por vez primera en su vida se sentía vulnerable, apesada en una fragilidad emocional de la que no lograba desasirse. La muerte de su hermano. El desprecio con el que la trataban sus padres. Las heridas le supuraban, no se cerraban; lo peor era que se estaba acostumbrando a ese dolor. Y, además, estaba Julián. Le descolocaba aquella relación. Acababa de entrar en su vida, le gustaba que fuera así, aunque pertenecieran a mundos tan distintos, pero en aquellos momentos debía decidir si compartiría o no con él la travesía que el teniente estaba a punto de iniciar: Luba estaba viva y, afortunadamente, a salvo. Todo iba a cambiar. No podía demorar más aquella llamada.

## CAPÍTULO XV

Como si de algo mágico se tratara, el rayo luz de un nuevo día entró por la ventana —tan recto, tan perfecto— para posarse sobre aquella carpeta, iluminándola, señalándola como si fuera el objeto más importante de la habitación. Y lo era para Julián. Cuando de madrugada recibió la llamada de Adelaida, ya no pudo dormir el resto de la noche: Luba estaba viva, hospitalizada en Reinos. La mujer a la que creía amar había sido precisamente la mensajera de la mejor noticia, la que más esperaba, la que rompió el maleficio de aquella eternidad sin esperanza. Y había sido otra mujer, Elsa, quien había trasladado a la niña al hospital y posiblemente también le había salvado la vida: la herida en la pierna se había infectado de modo grave y, sin atención médica, podría haberse gangrenado o, peor, provocar una infección en todo el organismo y, al final, la muerte. Así se lo explicó a Julián el médico de guardia cuando, inmediatamente después de hablar con Adelaida, telefoneó al hospital.

—Pero ¿está fuera de peligro? —preguntó; era lo único que le importaba.

—Lo está, no se preocupe —afirmó el médico—. Ha habido que limpiar y eliminar el tejido afectado, pero la niña está respondiendo bien a los antibióticos. Se encuentra muy débil. Ha llegado aquí con una desnutrición severa que estamos tratando.

—Hoy a primera hora de la mañana viajaré allí desde Madrid —afirmó Julián sin siquiera saber si su capitán le daría el permiso.

—Cuando llegue, pregunte por el doctor Belsa. Es el internista que la está atendiendo. Él le informará. Le voy a pasar de nuevo con la doctora Larena. Me ha comentado que quería hablar con usted.

Concha Larena era la pediatra amiga de Adelaida. Al encontrarse de guardia a aquellas horas, fue la primera que tranquilizó a Julián sobre el estado de Luba y la que, también, le facilitó el contacto con el médico de guardia. Una vez al teléfono, la doctora le comentó que Elsa había insistido en

hablar con la persona que estuviera a cargo de Luba.

—Me ha dado autorización para facilitar su teléfono porque quiere explicarte, o explicarle a usted...

—Tutéame, por favor —se adelantó Julián.

—De acuerdo, gracias —contestó con amabilidad—. Elsa Davín quiere hablar contigo para explicarte las circunstancias en las que encontró a Luba, pues la niña se había escondido en el sótano de su casa en el pueblo de Los Herreros, relativamente cerca de aquí. Al principio no sabíamos quién era, ya que carece de documentación y ella se negaba a hablar. Ayer Elsa logró convencerla de que, al menos, debía decirnos su nombre para que pudiéramos ayudarla y localizar a su familia. Ya me ha explicado Adelaida cuál es la situación, sé que es delicada. Si me permites un consejo, deberías contactar con un abogado para que te asesore, porque el hospital comunicará mañana a los servicios sociales la situación de la niña. Es lo que se hace en estos casos, aunque es la primera vez que tenemos uno así en el hospital.

—Por supuesto que lo voy a hacer —manifestó Julián con firmeza—. ¿Conoces a algún buen abogado en Reinososa?

—Pues ahora mismo no se me ocurre, déjame pensarlo.

—Una última cosa, Concha. Por motivos de seguridad para Luba, no conviene que su nombre aparezca en el registro del hospital ni que se facilite a ningún desconocido información sobre ella. Ya detallaré las razones cuando llegue allí, pero es muy importante hacerlo así.

—Lo comunicaré, no te preocupes —afirmó la pediatra—. Acabo de acordarme de un abogado que te puede ayudar. Se llama Gabriel Gonzaga. Se ocupó de la separación de una amiga mía y quedó muy satisfecha. Conoce a todo el mundo, tiene muchos contactos y es rápido trabajando, según me comentó ella. Te enviaré su número al móvil si te parece.

—Te lo agradezco, Concha —se despidió.

Al amanecer ya había hecho la maleta de Luba, colocando, con no pocas dudas, lo que él pensaba que podría necesitar cuando ambos regresaran a Madrid. Greta, en su habitual postura de enigmática esfinge, observaba desde la cama las idas y venidas de Julián desde el armario. Aquella maleta llevaba dos años esperando a su dueña, una maleta rígida, pequeña, con ruedas, azul celeste con grandes lunares amarillos. Quizá fuera de lo poco que podría salvar de aquella saturación del rosa que llenaba la habitación. No había tenido tiempo para comprar un nuevo edredón de otro color, otros cojines,

otras toallas. Cuando Teresa le comentó cómo estaba decorada la habitación donde a Luba le obligaban a recibir a los clientes, con la colcha estampada de corazones rosas, al igual que las paredes, se prometió desterrar aquel color de la nueva vida que quería ofrecer a la niña. Con todo listo para el viaje, a las ocho de la mañana ya estaba esperando a su capitán en su despacho de la Comandancia. La hipertensión de Díaz Visedo le obligaba a visitar los lavabos varias veces al día y su llegada coincidió con una de ellas. No iban a gustarle las novedades que le traía, aunque para Julián supusieran algo muy cercano a la dicha. Le entregó la solicitud judicial para intervenir el teléfono de Asunta Ferrero. Debía firmarla para hacérsela llegar a la jueza que instruía el caso.

—Espero que esté bien razonada, Tresser.

—Yo también lo espero, mi capitán. Con los jueces nunca se sabe.

Díaz Visedo comenzó a leerla, momento que aprovechó Tresser para ensayar mentalmente lo que tenía que contarle: había encontrado a Luba y debía viajar ese mismo día a Cantabria, donde la niña estaba hospitalizada. Obviaría contarle cuánto necesitaba verla, conocerla, conseguir que confiara en él, que se sintiera protegida y, sobre todo, querida. Qué difícil iba a resultar todo aquello. Necesitaba tiempo. Estaba decidido a pedir a su capitán unos días de permiso, unos *moscosos*, como se conocía popularmente a esos seis días al año que podían solicitar los funcionarios para asuntos propios.

—Me alegro, Tresser —le dijo el capitán sin demasiado entusiasmo cuando recibió la noticia—. Sin embargo, y ya que la niña está a salvo, deberá esperar a que se resuelva el caso Ordovás para tomarse esos días. Ahora mismo y en Navidades no tengo a ningún oficial que pueda sustituirle.

—Mi capitán, con todos los respetos, le solicito que me permita hacer las dos cosas a la vez, viajar a Reinosa y hacer el seguimiento del caso. Como usted sabrá, el teniente Hernández-Cor de la Comandancia de La Coruña está colaborando en la investigación y yo estaré en contacto permanente con él, con el cabo Coira y con la guardia Brancho.

—Eso es del todo irregular, Tresser. No le tendría a usted al cien por cien y ya sabe lo que urge resolver el caso de una vez. ¿Se ha enterado de que los funcionarios de la Administración están amenazando con hacer un día de huelga? Dicen que no estamos haciendo lo suficiente, cuando no han pasado ni tres días desde que Ordovás murió decapitada. ¿Qué esperan? Esto no es como en las películas, donde decenas de agentes se ocupan de una sola



investigación. Esto es la Guardia Civil, donde la voluntad y la abnegación sustituyen la falta de efectivos. Yo mismo estoy trabajando hoy en la Comandancia, a pesar de que es sábado. Y usted también lo está haciendo. No damos abasto, ¿se da cuenta?

—Lo entiendo, mi capitán, tiene usted toda la razón, pero ¿puede darme al menos un día para estar con Luba? Le demostraré que puedo llevar el caso. Permítamelo, por favor.

Tresser no estaba dispuesto a rendirse. Si era necesario, le recordaría sutilmente la hospitalidad con la que le había acogido durante la cena de Nochebuena. No acababa de entender cómo Díaz Visedo no mostraba la más mínima empatía con la situación en la que se encontraba. Soportaba sus cambios de humor y sus salidas de tono desde que había enviudado, podía soportarlo todo de un mando, le obligaba su oficio, pero acababa de encontrar a una niña desaparecida, *su* niña, y estaba dispuesto incluso a simular una depresión por estrés para lograr su objetivo.

—Le doy un día para que vea a la niña. Nada más.

—Se lo agradezco, mi capitán.

—¿Y qué va a hacer con ella? ¿La va a adoptar como hija suya?

—Sí, mi capitán. Ya lo tengo todo dispuesto desde hace tiempo.

—Así que se va a convertir en padre de la noche a la mañana, siendo usted tan solitario como es. Esa niña le dará muchos problemas, Tresser. Llega del mismísimo infierno, donde ha sido sometida por los demonios. Quizá no se recupere nunca de una experiencia tan traumática. ¿Es usted consciente?

—Quiero darle una oportunidad —contestó, convencido de que Díaz Visedo ya no amaba la vida, tan solo sus aristas más amargas, de las que se alimentaba su pobre espíritu. Se cuadró ante él con frialdad y se despidió.

Aquel rayo de luz matinal que se proyectaba sobre la carpeta le pareció a Julián una buena señal. Que el sol fijara su atención en ella envolvió ese momento de un halo que consideró especial. La carpeta contenía un sobre cerrado que nunca había abierto. Acababa de regresar de la Comandancia y pensó que era el momento de descubrir la información que contenía. Dos años atrás, cuando Luba desapareció y él se enteró de que ambos podían tener lazos de sangre, durante el registro de la casa donde había permanecido cautiva recogió unos cabellos del peine de la niña, así como otros que había encontrado sobre la almohada de la que fue su cama. Solo eran válidos los que tenían raíz y, afortunadamente, encontró tres. Los unió a los suyos propios y

encargó una comparativa de ADN en un laboratorio especializado de Madrid. Dos semanas después, le entregaron los resultados. Recogió el sobre y, sin abrirlo, lo guardó durante los últimos dos largos años. Si finalmente no existía consanguinidad entre ambos, Julián no quería enterarse, no quería que eso influyera en la búsqueda de Luba. No hubiera sido justo para ella. La sentía suya, más allá de lo que dictaminara la genética. Estaba aprendiendo a vivir la experiencia de los afectos. Era tan nueva para él que a veces le confundía, porque se reconocía más en el blindaje frente a los sentimientos que en la desprotección que suponía plegarse a ellos. Abrió el sobre y leyó: «De acuerdo con los análisis de los genotipos de los integrantes y el número de exclusiones detectadas, se concluye que hay segmentos de ADN compartidos, pero no los suficientes como para determinar en un 99'9% el parentesco, ya que por debajo de esta cifra la prueba no es concluyente», se destacaba en letra negrita en el texto del informe, acompañado de gráficos a los que Julián no prestó atención. A él solo le importaba esa frase, la de «los segmentos compartidos», aquellos lazos de sangre lejanos, perdidos entre las secuencias de ADN, sugeridos pero no demostrados, como esos versos sueltos que se escapan a la rima de un poema, pero que, sin embargo, también respiran del mismo espíritu.

Antes de irse, telefoneó a Elsa Davín. Ya se había informado de quién se trataba: una conocida actriz que protagonizaba series policíacas. Sin embargo, ella desconocía que Julián era guardia civil y le preocupó cuando Julián se lo dijo. No dejaba de pensar en aquel cadáver abandonado en un convento y le perturbó estar hablando con un agente de la ley, cuando ella se había visto obligada a saltársela. En menos de cuarenta y ocho horas, era el segundo guardia civil con el que hablaba. El primero, un sargento del puesto de Reinososa que acudió al hospital para hacer el atestado sobre la agresión a Luca, ya que el hospital la había comunicado al cuartel. Estaba nerviosa, pues, cuando habló por teléfono con el teniente Tresser, pero logró disfrazar de serenidad su estado agitado mientras le relató lo ocurrido, aunque varió el final de la historia.

—La niña apareció de repente cuando mi hermano y yo estábamos fregando los platos en la cocina tras la cena de Nochebuena. Le golpeó en la cabeza con una sartén y le dejó inconsciente. No sé por qué lo hizo, pero supongo que el delirio de la fiebre le hizo pensar que me estaba agrediendo. Es la única explicación que se me ocurre.

Luba ya había atacado a un individuo que estaba maltratando a una mujer en plena calle. Y lo había vuelto a hacer de nuevo. Julián no se creyó del todo aquella versión de Elsa. Pensó que quizá los hermanos estuvieran discutiendo, Luba pensó que la actriz estaba siendo atacada y la defendió con las últimas fuerzas que le quedaban. La niña, eso ya le estaba quedando claro, no podía soportar la visión de un hombre agrediendo a una mujer.

—¿Tu hermano está bien? —preguntó Julián, desistiendo de hacer conjeturas. No era lo más importante en aquel momento.

—Le han dado varios puntos en la cabeza y está ingresado en el mismo hospital que Luba, en observación, hasta que puedan descartarse lesiones importantes. Vino ayer un agente de la Guardia Civil de Reinosa para que le contara qué había ocurrido.

—Hablaré con ellos cuando llegue allí. Siento mucho lo de tu hermano. Espero que se recupere pronto —le dijo sin disculpar a la niña—. ¿Cómo está Luba?

Era la pregunta que quería hacer desde que había iniciado la conversación.

—Han dicho que la pierna herida evoluciona bien, pero ella apenas habla, no sé si es por la sedación o porque está asustada. Me ha costado que me dijera su nombre. No sé su historia, no sé por qué se escondió en mi casa, pero desconfía de todos.

Elsa también desconfiaba de Luba. Quizá había escuchado las conversaciones de Muriel y ella en el salón, tan comprometedoras para las dos. La imaginaba espiándolas desde las escaleras que conducían al sótano y asustándose al oír que hablaban sobre un cadáver, un maletero, una limpieza con lejía para no dejar rastro. Solo así podía entender que no abandonara su escondite y les pidiera auxilio, malherida como estaba. ¿Qué sabría la niña en realidad sobre el escabroso asunto? Sin embargo, a pesar de que pudiera ser una testigo tan incómoda, su desamparo le inspiraba ternura. Le había salvado la vida trasladándola al hospital y estaba pendiente de ella, acompañándola, cuidándola, dividiendo sus visitas entre la habitación de su hermano y la de la niña, pero debía ganarse su confianza para asegurarse de que no sabía nada sobre aquel suceso. Tenía que hacerlo antes de que llegara aquel guardia civil, que, al parecer, tenía vínculos con la niña, aunque no conocía más detalles. Percibía en médicos y enfermeras un extraño mutismo en torno a Luba. Suponía que, al tratarse de una menor, habían optado por la discreción y la protección. Luca apenas le había dirigido la palabra desde que ingresó en el

hospital. Elsa tampoco hizo muchos esfuerzos. Lo único que deseaba era que le dieran el alta y expulsarlo de su vida. Su hermano representaba todo lo que quería olvidar, todo lo que quería perdonarse, aquella inocencia adolescente truncada, aquel placer culpable que seguía hiriéndola.

—Elsa, ¿sigues ahí? —le preguntó Julián al percibir su mutismo al otro lado del teléfono.

—Sí, claro —contestó, regresando abruptamente de sus pensamientos.

—Entonces, ¿estarás pendiente de Luba hasta que yo llegue? Te lo agradecería mucho —le pidió.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Llegaré hoy a última hora de la tarde. Un favor más: no le comentes que existo. Ya se lo he pedido también al hospital. Quiero ser yo quien le explique la situación.

Julián aún no se había planteado cómo contarle a Luba cuáles eran sus vínculos. Quizá no lo hiciera nunca. «A la verdad se le ponen demasiadas mayúsculas», pensó. Preparó una pequeña bolsa de viaje con lo imprescindible para él y metió en ella la carpeta en la que, aquella mañana, se había posado un rayo de luz. Le dejó comida y agua a Greta para tres días y renovó la arena de la bandeja que le servía de inodoro. Tuvo la previsión de pasar antes por el cuartel para dejarles un juego de llaves por si su regreso se demoraba, asegurándose así de que Greta estuviera atendida. Se despidió de ella con pena. Le dolía dejarla sola. «Te compensaré cuando vuelva, amiga», le susurró mientras se despedía de ella con una caricia. Se emocionó cuando cogió la maleta de Luba. Pero las tinieblas, tercas, siempre acaban aprisionando la luz: tras insistentes visionados del vídeo, Águila había logrado identificar la pastelería cercana al callejón donde desapareció la niña.

No, no creía que estuviera muerta, como le había asegurado Norberto, un agente de los servicios secretos adiestrado, como todos, para hacer creíbles las mentiras y el culpable también de que él se encontrara en una situación tan comprometida ante la organización. A primera hora de la mañana había recibido la llamada de uno de los vigilantes de la nave: de madrugada, unos desconocidos habían robado todo el arsenal armamentístico. «A nosotros nos noquearon con dardos tranquilizantes y no pudimos saber qué pasó. Eran profesionales, jefe», le comentó. Águila simuló sorpresa y enfado, para que no sospecharan su traición, obligado por Norberto a facilitar la dirección de la nave y los zulos donde se ocultaban las armas. Se habían llevado un arsenal

por valor de más de medio millón de euros en el mercado negro, con decenas de fusiles de asalto, subfusiles, rifles, ametralladoras, pistolas, revólveres y varios kilos de material explosivo. Demoró comunicárselo a René hasta inspeccionar la nave, y hacia allí se dirigió enseguida sin siquiera desayunar. Un BMW le siguió durante todo el trayecto. Lo hacía sin disimulo, por lo que imaginó que serían agentes de Norberto. Le estaban vigilando y no les importaba evidenciarlo. No soportaba aquella desfachatez, que constataba lo poco o nada que le respetaban, convertido en un vulgar confidente más de los muchos que ya tendrían. El coche se detuvo un kilómetro antes de que Águila llegara a la nave, ubicada en un descampado de tierra y arbustos doblegados por el invierno, secos y enmarañados, muertos. Águila entró en el recinto acompañado de los dos vigilantes, armados, todavía algo aturcidos por el anestésico que les dispararon.

—¿Cómo os dejasteis? ¿Qué coño estabais haciendo para no daros cuenta del asalto? —les reprochó. No le costó fingir el enfado.

—Entramos en la caseta un momento para tomar un café caliente. Estaba helando —dijo uno de ellos—. Aprovecharon ese momento para dispararnos.

—Yo sentí de repente mucho frío en el muslo y ya no recuerdo más —comentó el otro—. Cuando nos despertamos, descubrimos que habían entrado a robar. Nos quitaron también las llaves, así que no necesitaron forzar la puerta de la nave.

Los zulos con las trampillas abiertas y los candados forzados, los zulos vacíos, en definitiva. Un desastre. ¿Se habría molestado ese cabrón de Norberto en dejar alguna prueba que no le incriminara?, se preguntó Águila. Sí, la había: una hoja de papel doblada en cuatro que halló en el suelo tras dar varias vueltas por el recinto. La desplegó. Era un plano dibujado a mano con el laberíntico trazado de carreteras y caminos sin asfaltar que conducían a la nave. Tenía el anagrama de ETA, la tosca serpiente enroscada en el hacha. Inconfundible. No se habían molestado en fabricar un indicio algo más elaborado. Le pareció inverosímil que una banda terrorista dibujara un mapa en una cuartilla con el sello de la organización y no en un papel cualquiera que no les delatara, como ahora se había intentado hacer creer. Aquello era una chapuza, pero una chapuza elaborada intencionadamente, porque si a René le resultara creíble, señalaba a la banda como autora del robo y posiblemente ello generaría tanta desconfianza y enfado que malograría futuras ventas de armas a los terroristas. Norberto había conseguido no solo impedir que aquel

arsenal fuera utilizado en atentados, sino también envenenar las relaciones entre ambas organizaciones, y eso las colocaba en la situación perfecta para cometer errores. Y él, en medio de todo aquel montaje donde las verdades y las mentiras se estaban convirtiendo en un monstruo que podría fagocitarle de una sola dentellada.

—Así que ha sido la ETA, jefe, malditos cabrones... —dijo, sorprendido, uno de los vigilantes cuando vio el plano—. Al menos no nos mataron. Hemos tenido suerte. A esos no les importa nada ni nadie.

—Cállate. No te he pedido tu opinión —le ordenó Águila.

Se guardó el papel en el bolsillo del abrigo y, sin una palabra más, abandonó la nave. No le extrañó que, de nuevo, le siguieran los individuos del BMW, otra vez sin disimulo. Le molestaba, le humillaba que lo hicieran así. Se estaba dirigiendo entonces a su cita diaria con el gimnasio. Necesitaba el duro ejercicio físico para mantener la mente despierta antes de llamar a René, con el que había quedado para comer ese mismo día y al que estaba traicionando. Águila necesitaba el deporte en su vida de un modo obsesivo, para fulminar el estrés de forma rápida y, además, placentera. De hecho, aunque había instalado un gimnasio en el sótano de su chalé, acudía cada mañana a uno cercano para que la experiencia fuera distinta, aunque utilizara las mismas máquinas de *fitness*, las mismas mancuernas, los mismos bancos de pesas. Además, corría una hora cada día, bien al amanecer o al anochecer. Por mucho ejercicio físico que practicara, nunca le parecía suficiente. A pesar del robo de la nave y del chantaje de Norberto, a pesar de que el análisis forense del brazo de Olga podría comprometerle, seguía pensando que, si silenciaba a Luba, todo lo demás se solucionaría: nada le incriminaba tanto como el testimonio de la niña ante un juez. Ya en el gimnasio, sentado sobre el banco de pesas, se entregó a ejercitar los bíceps levantando mancuernas de veinticuatro kilos en cada brazo, sin apenas descanso entre serie y serie, castigándose, forzando los músculos al límite, utilizando la fuerza bruta para alejar de él una realidad que ya afilaba los cuchillos.

—Te vas a lesionar, Juanjo —le advirtió el entrenador del gimnasio—. Llevas más de seis series de veinte repeticiones. Es demasiado. Déjalo ya.

—Una serie más y termino —replicó.

—Acabarás por lo menos con una tendinopatía. ¿Qué te pasa hoy? No estás controlando, tío.

—Una más y se acabó, te he dicho —le contestó, malhumorado.

Terminó, se duchó y, antes de vestirse, se miró en el espejo. No había nadie en esa zona del vestuario en aquel momento y pudo recrearse contemplando sus abdominales tan bien definidos, sus poderosos bíceps, la perfecta y potente estructura de sus hombros. Tenía un cuerpo de atleta a pesar de sus cincuenta y tres años. Durante aquellos instantes frente al espejo, la vanidad le invitó a pensar que el mundo era un lugar muy pequeño en comparación con lo inmensamente fuerte y poderoso que él se sentía. Se vistió y abandonó el gimnasio, un edificio que parecía una caja de cristal, con un diseño arquitectónico tan ostentoso como el de uno de oficinas de lujo. Julián Tresser estaba esperándole fuera, pero las cosas no habían sucedido como el teniente había planeado. Aquella era su última misión, irrenunciable, antes de viajar a Reinos. Se había entretenido comprando un nuevo edredón para Luba —sin corazones rosas, sino azul con estrellas— y no llegó a tiempo para comprobar que Águila entraba en el gimnasio exactamente a las once en punto, como le había dicho Queipo, por lo que quiso asegurarse de que estaba dentro cuando llegó veinte minutos más tarde.

—Me han hablado muy bien de este sitio —le dijo al joven que atendía la recepción—. ¿Puede informarme sobre las tarifas?

Aguardó pacientemente a que finalizara el detallado relato de los precios por sesión, por mes, los bonos de diez sesiones, el entrenamiento personal y otras tantas posibilidades, todas ellas excesivamente caras, más del doble de lo que él pagaba por acudir dos días a la semana a un gimnasio de Uvés. «Los precios incluyen una toalla de entrenamiento y acceso a vestuarios y duchas. Disponemos de un spa que se factura aparte», concluyó.

—¿Puedo ver las instalaciones?

—Por supuesto, yo le acompaño.

—No es necesario. Me interesa ver la sala de ejercicios de cardio y de fuerza.

—Todo está en el mismo espacio, que ya verá que es muy amplio. Cruzando el vestíbulo, a la izquierda —le indicó.

Sí, era él. Eran los dos a la vez. Juan José García y Águila. La misma persona, el mismo monstruo, el mismo rostro que él ya había visto cuando unos días atrás lo investigó en el ordenador. Lo reconoció enseguida. No olvidaba aquella cara, que, ahora lo sabía, pertenecía a un hombre detestable. Lo observó al fondo de la enorme sala de grandes ventanales con vistas a los árboles desvestidos por el invierno, sentado en un banco de pesas,

concentrado en levantar dos mancuernas que, calculó, por lo menos eran de veinte kilos cada una. Era fuerte, con brazos robustos, lo tendría en cuenta. Lamentó tenerle tan cerca y no poder detenerle. Carecía de pruebas suficientes todavía, no hasta que Luba estuviera en condiciones de reconocerlo en una fotografía, pero al menos tendría unas palabras con él, le amedrentaría como sabía hacerlo para que ni se le ocurriera acercarse a la niña.

—Me ha gustado lo que he visto. Les llamo pasadas las Navidades — prometió al recepcionista, sin ninguna intención de hacerlo.

Regresó a su coche y aguardó a que Águila saliera. Durante la espera, había observado que en aquella misma calle estaba aparcado un BMW con tres hombres en el interior, dos delante y uno detrás. No tuvo duda de que eran agentes realizando una vigilancia. Era guardia civil, sabía reconocerla. Queipo le había contado que a Águila también le estaban buscando «los suyos». ¿Quiénes eran en realidad «los suyos»? Acababa de descubrir quiénes ya no lo eran. Sucedió que, al ver aquel coche de seguimiento, decidió llamar a Norberto. Era el camino más fácil: él le había comentado que estaban investigando la organización que se ocultaba tras el burdel y el garito ilegal de la mansión de la que había escapado Luba. Ahora sabía que el encargado de seguridad y Águila eran la misma persona y había descubierto, también, aquella vigilancia casi en la puerta del gimnasio. No podía ser una casualidad. Norberto no contestó a su llamada. Le extrañó, porque siempre le atendía al teléfono, la cortesía de los viejos amigos. Tuvo un presentimiento, una sospecha cuyo origen no supo reconocer, pero que decidió rastrear. Telefonó al cuartel de Uvés y ordenó a su subordinado:

—Meneses, acceda a la intranet del Cuerpo y busque en el escalafón un nombre: Norberto Sorar Molina. Es capitán de la UCO.

—A sus órdenes, mi teniente —contestó rápidamente.

No transcurrieron ni un par de minutos cuando el guardia civil le comunicó el resultado de la búsqueda.

—El nombre por el que me ha preguntado aparece adscrito a servicios especiales, no a la Unidad Central Operativa.

—¿Está seguro?

—Lo he comprobado dos veces, mi teniente.

Aquel pálpito, aquel recelo que se había generado en algún lugar de su mente, era cierto. Norberto le había mentado: era agente del CNI y se lo había ocultado. Herido profundamente en su orgullo, sintiéndose un estúpido iluso,



decepcionado y también indignado, telefoneó entonces a la UCO, a un antiguo compañero de promoción, teniente como él. Tras los saludos de cortesía y, gracias a la confianza que se debían, su compañero le confirmó lo que ya sabía.

—El capitán Sorar ya no trabaja con nosotros, Julián. Está en inteligencia desde hace dos años, pero si te puedo ayudar en algo, aquí me tienes.

—Te lo agradezco, pero se trata de algo personal. Hace tiempo que no le veo y, al no contestarme al móvil, he pensado que quizá lo habría cambiado.

—Eso no lo sé. Llama de todos modos al CNI y allí seguro que lo localizas.

Durante la comida que había compartido con Norberto, nada le había comentado sobre su nuevo destino. Tresser le había hablado de Luba y también sobre Águila, convencido de que conversaba con un amigo y no con un agente del servicio secreto. Y ahora, en aquella calle, junto a aquel gimnasio, estaba ese coche de vigilancia. Cuando comieron juntos, posiblemente Norberto ya supiera que Águila y García eran la misma persona, y le ocultó aquella valiosa información que a él le había costado seiscientos euros obtener. Mucho dinero era aquel, con suerte el sueldo de un mes de muchos trabajadores doblegados por la crisis y por el temor a quedarse en paro. Su amigo le había traicionado. Julián sentía su puñalada como si fuera real. Entraba una llamada en su móvil. Era él.

—Julián, querido amigo, tengo una llamada perdida tuya. ¿Ocurre algo?

—No, nada importante. Se me olvidó felicitarte la Navidad y quería hacerlo, aunque con un día de retraso. ¿Qué tal tus padres? —Quiso acentuar con aquella pregunta la amistad con la familia, las muchas horas que les acompañó durante el largo duelo por el hijo, por el hermano asesinado a manos de ETA.

—Son días duros para ellos y para mí. Difícil lidiar con la silla vacía de Ignacio. Tampoco para ti serán fáciles estos días, imagino. Por cierto, ¿sabes algo de Luba? ¿Alguna pista?

—Nada. Aún no ha habido suerte —mintió con amargura.

Mientras conversaba, Julián observó en la misma calle un coche realizando la maniobra para aparcar. Quien lo conducía lo hacía con tal torpeza que ya lo estaba intentando por tercera vez. Otro conductor que aguardaba el fin de la operación perdió la paciencia e hizo sonar el claxon. Lo oyó Julián y, a la vez, escuchó a través del móvil que a Norberto le llegaba el sonido de la misma bocina. Estaba allí mismo, a pocos metros de él. Sorprendido, salió del coche.

Desconcertado, Norberto también. Mediaban entre ellos no más de veinte metros. Antes de que el agente de inteligencia diera un paso para ir hacia el teniente, Julián ya se estaba acercando hacia él, caminando deprisa, furioso, hasta que se encontraron frente a frente.

—¿Estás esperando a Águila, Norberto? *Yo también.* —El teniente marcó con la voz aquellas dos últimas palabras, arrojándoselas como si le devolviera un puñetazo, conteniendo la ira del desengaño.

—Se trata de una operación reservada, Julián. Ya sabes que no puedo informarte —se disculpó Norberto, sobreponiéndose a aquella coincidencia que le había dejado al descubierto ante Julián.

—No puedes informarme, pero, sin embargo, me utilizaste como informador mientras comíamos hace dos días.

—A Águila lo localizamos ayer por la mañana. No sabíamos nada de él hasta entonces. Te lo prometo.

—Tu palabra ya no me vale. Tú ya no vales nada, Norberto —sentenció el teniente.

—Le he dicho que Luba está muerta, para ponerla a salvo si la encuentras.

—No voy a darte las gracias y no te permito que unas la palabra «muerta» a Luba. Además, ¿en serio piensas que Águila se lo ha creído? La buscará para comprobar si es verdad y, cuando la encuentre, la matará. Con el testimonio de la niña le caerían años de cárcel. Él lo sabe perfectamente. ¿Tienes idea de los tormentos a los que la ha sometido, de los cientos de depravados que la han violado durante dos largos años, con sus días y sus noches? Eres tan despreciable como él.

—Nos lo tienes que dejar a nosotros, Julián. —El agente secreto no quiso responder a su amigo; lo veía tan furioso que temió que la situación se descontrolara—. Está vigilado, ya lo has visto. No es libre para hacer lo que quiera. Ahora mismo, además, Luba es el menor de sus problemas.

—No, yo soy el peor de sus problemas, puedes estar seguro.

—Julián, mi deber es impedir que pongas en peligro la operación. Será más fácil si vuelves al coche y te vas. Hazme caso, por favor.

Los dos hombres que acompañaban a Norberto bajaron del coche. Águila estaba saliendo del gimnasio.

—Retened a García con discreción, que no se acerque hasta aquí —les ordenó.

Ambos encaminaron sus pasos hacia él, le estrecharon la mano y simularon

un encuentro entre amigos, para no comprometerle ni comprometerse ellos mismos.

—Actúa como si nos conociéramos de toda la vida —le ordenó a Águila uno de los agentes—. Sonríe y alégrate de vernos.

—No voy a hacer esa gilipollez —se resistió.

—Hazlo, te he dicho —insistió—. ¿O quieres que todo el mundo se entere de que tratas con el CNI?

Finalmente se avino y los saludó con una amplia sonrisa, la que le habían pedido. Una vez más, se sintió humillado. Julián tuvo la tentación de volver la cabeza y mirar de frente a Águila, desafiante, pero aún no era el momento.

—Si un día yo encontrara por fin a Luba, después acabaré con vuestro confidente —le advirtió a Norberto. Ya no tenía duda de que lo habían presionado adecuadamente para convertirlo en un soplón—. Estás avisado.

El teniente Tresser se dio la vuelta y caminó en dirección a Águila. Debía pasar forzosamente por delante de él para llegar a su coche. Avanzó con deliberada lentitud, mirándole directamente a los ojos, sin temor a exponerse. El monstruo estaba ahora protegido. ¿Qué le habrían prometido a cambio? ¿La inmunidad ante el delito de trata de mujeres, muchas de ellas menores de edad? Cuando la prensa escribía sobre «las cloacas del Estado», él nunca había respirado aquel olor a putrefacción. Ahora, sí. Llegó a la altura de Águila, que estaba en la puerta del lujoso gimnasio escoltado disimuladamente por los dos agentes; parecían estar los tres en animada conversación y, conocedor como era de los métodos policiales, supuso que era una estratagema para no evidenciar quiénes eran en realidad. Sin detenerse, pasó por delante de él y le miró desafiante. Águila, al percatarse, se envalentonó e hizo lo mismo. Aquel cruce de miradas retadoras puso en alerta a los agentes, que se cerraron aún más sobre su protegido.

—¿Quién eres? —le preguntó a Tresser con chulería, alzando la voz.

Julián no tenía más remedio que evitar la confrontación, ya que ignoraba cuál era aquella operación reservada que no podía poner en riesgo, pero sí se concedió el pequeño placer de avanzarle a Águila cuál iba a ser su final.

—Soy tu muerte —contestó él, en un tono apenas audible, porque reprimió proclamarlo a viva voz.

—¿Qué me ha dicho ese? —preguntó a uno de los agentes—. Lo he visto hablar con Norberto. ¿Es uno de los vuestros?

—Deja de hacer preguntas. No estás aquí para eso.

Pero Águila lo siguió con la mirada y lo vio entrar en el Audi S3 rojo, el mismo que había visto en su casa de Hortaleza unos días antes. Ahora lo entendía: ya le vigilaban entonces, pensó equivocadamente.

Julián entró en su coche y sentía la tensión en el cuerpo, que se quejaba por no haber liberado la ira propinándole una paliza a Águila allí mismo. Tenía tal acumulación de adrenalina que de buena gana se hubiera tomado un whisky en aquel mismo momento. Encendió un cigarrillo, observando cómo Águila subía a su lujoso Audi Q7 y sus escoltas se dirigían al BMW donde les esperaba Norberto. Los dos coches arrancaron, enfilaron la calle y desaparecieron en la lejanía. Se dirigían a un piso franco donde prepararían a Águila para su cita con René. Julián lo había tenido tan cerca que le costaba apaciguar su frustración, pero entendió como un sacrificio no generar conflicto alguno que pudiera malograr su esperado encuentro con Luba. A Águila ya le llegaría su momento.

Mientras se fumaba el cigarrillo, recibió una llamada y tres mensajes en el móvil. El primero: Teresa había pasado el día de Navidad en el hospital. María había sufrido varias crisis epilépticas y estaba ingresada. «Hablamos cuando tenga un rato. Ahora no puedo. Estoy sobrepasada». Malas noticias. La salud de la niña estaba empeorando. Se la imaginó indefensa ante las acometidas de los espasmos, sin entender qué le estaba ocurriendo, sin poder expresar su desesperación porque el síndrome de Rett, el trastorno neurológico que padecía, le había robado la facultad de expresarse con palabras. Sin embargo, cuando él la conoció en aquella carrera benéfica de policías y guardias civiles, ambos se comunicaron de un modo especial. Ella le miró a los ojos y le sonrió cuando el teniente fue a saludarla. La niña agitó las manos en el aire y Julián se las cogió con delicadeza y las encerró unos instantes entre las suyas. María dejó que lo hiciera y su madre, Teresa, le dijo a Julián, sorprendida: «No se deja tocar por nadie que no sea su padre, su madre o sus abuelos. Se pone nerviosa. Y te ha dejado hacerlo a ti y, además, está contenta». Lamentó Julián que Teresa no le permitiera llamarla para saber de María, aunque entendía que en aquellos momentos no quisiera dar explicaciones a nadie. Él también tendía a encerrarse en sus propias mazmorras cuando se sentía sobrepasado.

Segundo mensaje: Coira le informaba de que la guardia Brancho ya había llegado a La Coruña y ambos se dirigían a Cieña, a casa de su prima Antía. El teniente decidió que le llamaría más tarde. En aquellos momentos no tenía

ganas de hablar con el cabo y tampoco había sucedido nada que no estuviera previsto. El caso Ordovás le resultaba tan lejano como siempre. En el tercero, Adelaida le escribía: «Llámame cuando llegues a Reinosa y veas a Luba. Estaré pendiente». Tan lacónica como acostumbraba, sin despedida alguna. Ni «feliz viaje» ni «besos» ni un «todo irá bien». Nada. Él también quiso ser conciso: «De acuerdo», le contestó. Añadió un emoticono feliz para agradecer su mensaje, pero se confundió y le envió uno triste. Rectificó y le envió el correcto, el sonriente, pero entonces se vio obligado a justificar aquel error que expresaba una cosa y la contraria. Nunca sabía cómo manejarse con Adelaida. Le provocaba inseguridad, pero finalmente se atrevió a escribir: «Te echo de menos». Había dicho la verdad y, lejos de arrepentirse, le hizo sentirse mejor.

La llamada era del doctor Guix, el médico forense al que conocía desde hacía años. Mantenían una buena amistad, aunque no tan estrecha como la de Raimundo, el anterior dueño de Greta. En cualquier caso, ambos eran mayores que él, solitarios y, sin conocerse entre ellos, tenían la misma tendencia irreprimible a decirle siempre la verdad. Jamás la decoraban. Le gustaba contar con aquellos dos «pepitos grillos» en su vida. Consideraba un regalo tenerlos cerca.

—Julián, me vas a perdonar, pero ya sabes que nunca felicito la Navidad, yo soy más de felicitar el Año Nuevo, por eso no te llamé ayer. Pero hoy ya es un día normal, por fin —recalcó el forense—, y quería saber cómo estás.

—Pues creo que te voy a dar una buena noticia, doctor Guix. —Siempre le llamaba así y al forense le divertía—. Porque he encontrado a Luba.

Le contó la sucesión de acontecimientos que le habían llevado hasta ella y también que en aquellos momentos estaba a punto de iniciar el viaje hasta el hospital de Reinosa.

—Qué estupenda noticia, Julián. En el fondo, si te digo la verdad, siempre pensé que no lo conseguirías.

—¿Ah, sí? —se sorprendió—. Nunca me lo dijiste.

—No quería restarte ánimos, y me alegro mucho de haberme equivocado, pero me parecía muy difícil encontrar a una niña perdida en el agujero negro de la prostitución. Convivimos con más monstruos de los que imaginamos. Pobrecilla Luba —dijo con tristeza en la voz—. Ahora viene lo más difícil: que ella encaje en tu mundo y tú en el suyo, que estará hecho pedazos. Pero esta vez sí vas a ser capaz de lograrlo. Tienes tal autocontrol que eso evitará

que te rompías cada vez que ella evidenciaba de dónde viene. No ha conocido otra vida.

—Cuando llegue al hospital, pediré que le hagan analíticas para descartar enfermedades de transmisión sexual y sida. Eso sí que me parte el corazón.

—Ya te he dicho que ahora llega lo más difícil, Julián. En cuanto a esa pierna herida, habrán tenido que cortar mucho tejido para limpiar las zonas infectadas. No le va a quedar una cicatriz discreta, pero eso es lo de menos. Podría haber sido mucho peor. Lo importante es que te vas a convertir en padre y vas a ser el mejor de todos. ¿Estás preparado para serlo?

—Lo estoy, doctor Guix —afirmó Julián.

Acababa de mentirle a su amigo. A punto de partir hacia Reinoso, sentía el miedo y la inseguridad ante lo incierto de aquella aventura que transformaría su vida. Dentro del coche aún aparcado cerca del gimnasio donde por vez primera se había visto con Águila cara a cara, y mientras conversaba con el doctor Guix, Julián observó cómo avanzaban desde el final de la calle las brumas con las que el invierno hechiza la naturaleza y la vuelve enigmática. Contemplaba bajo el cielo aquellos largos trazos de partículas de agua que lamían los troncos de los árboles, dejando sus copas libres de aquella atmósfera gaseosa. No lo parecía, pero progresaban en su aparente quietud, se acercaban lentamente y, a medida que lo hacían, se fueron fusionando entre sí hasta que se convirtieron en niebla, envolviendo el aire de un taciturno color blanquecino.

—Tengo aquí en la sala de autopsias la cabeza de Pepa Ordovás, y el resto del cuerpo, claro. Es un caso tuyo, ¿no? —le preguntó el forense.

—Sí. ¿Tienes ya la preliminar?

—Estoy redactando la definitiva. Poco se puede añadir a una decapitación accidental que ocurrió ante numerosos testigos. Qué desgracia para esta funcionaria, cuando todo podía haber quedado en unos cortes más o menos graves, pero sin riesgo vital. Menos mal que falleció prácticamente en el acto. La decapitación es una de las muertes más rápidas y menos dolorosas, aunque no es instantánea. El cerebro invierte aún unos pocos segundos en consumir el oxígeno de la sangre que le queda, por eso siempre han circulado leyendas escabrosas sobre cabezas que, una vez seccionadas, aún siguen con vida unos instantes e incluso abren y cierran los ojos, aunque yo creo que son mitos que proyectan nuestros propios miedos. En todo caso, la pérdida de consciencia sí es inmediata. Ordovás no sufrió. El corte del cristal fue tan limpio y potente

como el de una guillotina, tanto que una fina cadenita larga con un diminuto corazón que llevaba en el cuello se quedó ahí, enganchada en una vértebra, recorriendo el manubrio y el cuerpo del esternón. Ni siquiera se movió de su sitio cuando se trasladó el cadáver hasta aquí. Qué curioso, ¿no?

—Pues lo considero un fallo grave, doctor Guix. Esa cadena tendría que haber sido introducida en una bolsa, junto con el resto de pruebas.

—Con la decapitación se expulsa mucha sangre, es muy aparatoso. Quizá no la vieran entre tanta carne manchada, por decirlo de alguna manera. De hecho, supongo que tú estabas allí y tampoco te diste cuenta. Tienes que relajarte más, Julián. Perdonar más.

—¿Tú crees que puedo perdonar al miserable que se llevó a Luba? Ni puedo ni quiero —le aseguró.

—Es verdad que convivimos con la maldad y nos parece incomprendible, tú lo sabes bien debido a tu oficio, pero si le seguimos el juego, nos embrutecerá y rebajará nuestra condición de seres humanos. ¿Sabes?, ahora tengo un nuevo trabajo, además del de forense. Sirvo cenas en un comedor social. No puedes imaginarte la cantidad de personas que antes vivían bien y a las que ahora la crisis les ha dejado sin nada, hasta el punto de no poder llenar la nevera ni siquiera una vez al mes. Me acercan el plato cabizbajas, como si se avergonzaran de no haber sido tan perfectas como se esperaba de ellas. Me duele que se relacione la dignidad con el dinero, como si tener el bolsillo vacío fuera algo deshonroso, cuando lo realmente deshonroso no lo han hecho ellos, sino los bancos.

—¿Ves, doctor Guix? Una razón más para admirarte. —A Julián le sorprendió que un hombre tan solitario practicara la solidaridad.

—Qué exagerado eres. Cómo se nota que a ti nunca se te ocurriría hacer algo así. Sin embargo, tú sí has hecho algo grande, como lo es rescatar a la niña para que tenga otra oportunidad en la vida. Eso sí que es admirable, porque no has descansado hasta encontrarla. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, pero ahora el que exageras eres tú —replicó Julián, abrumado.

—En absoluto. A veces pienso que te falta sangre en las venas y esta vez me has sorprendido. Pero vamos a dejar los piropos y sigamos con lo nuestro. — El teniente agradeció que el forense variara el rumbo de la conversación; lo estaba convirtiendo en un héroe cuando a él le empujaba la cobardía que sentía ante el ya cercano encuentro con Luba—. Ya he enviado al laboratorio las muestras biológicas de Ordovás, entre ellas las de la saliva que había en el

rostro de la víctima. Ya sé por el atestado que quien la atacó le escupió antes de empujarla. Es una prueba incriminatoria importante, lo he tenido en cuenta y he puesto especial cuidado en la cadena de custodia hasta que llegue a genética. También he enviado los cabellos que se han encontrado en el sombrero y en el anorak que tiró a un contenedor en su huida. ¿Por qué cometió la tontería de huir?

—Eso me pregunto yo, eso nos preguntamos todos —comentó Julián desde su coche, apresado ya dentro de la niebla; apenas veía el capó de su Audi. Decidió conectar el móvil al sistema de manos libres y arrancar el motor, poniéndose ya en circulación. Si en Madrid la climatología era adversa, en Reinosa, en la cordillera Cantábrica, sería aún peor. Debía partir hacia allí cuanto antes.

—Yo esa huida solo la entiendo si tuvo un ataque de pánico al ver el trágico resultado de su acto impulsivo —dedujo el doctor Guix—. Cuando alguien empuja a otro nunca piensa que eso lo pueda matar, pero estamos rodeados de cosas más peligrosas de lo que creemos, como los bordillos de las aceras, las esquinas de las mesas o las escaleras, por citarte solo tres, pero hay muchas más. Nos creemos inmortales, cuando solo estamos hechos de carne blanda y frágiles huesos. Por cierto, además de la cabeza y el resto del cuerpo de la desgraciada Ordovás, tengo también aquí un brazo sin su dueña, pues es de una mujer de mediana edad. Se ha encontrado en una playa del pantano de Valmayor, relativamente cerca de Uvés.

—Eso corresponde a la Guardia Civil de Valdemorillo. No sabía nada. Solo he estado pendiente de Luba y, por ese motivo, algo ajeno al caso Ordovás, lo cual no me convierte precisamente en el mejor guardia civil —afirmó mientras circunvalaba Pozuelo, en dirección a la salida a la autovía A6. La niebla persistía, incluso le pareció que aún era más densa, porque los destellos de los faros de los coches aparecían cada vez más difuminados.

—El brazo pertenece a una mujer con las uñas de las manos más largas que he visto en mi vida como forense.

—¿Uñas largas, has dicho? —preguntó el teniente al recordar lo que le había contado Fanny sobre la *madame* que se ocupaba del burdel.

—Sí, de hasta siete centímetros algunas de ellas. En algunas ha sobrevivido un poco de esmalte color violeta con estrellitas doradas.

Podría tratarse de Olga, pensó enseguida Julián. No olvidaba su nombre ni tampoco los tortazos que les infligía a las jóvenes sometidas, como le comentó



Fanny. Las *madames*, las *mamis*, como se las conocía en el argot de la trata de mujeres, a veces eran más crueles que los propios proxenetas, férreas guardianas de la esclavitud, víctimas ellas mismas también sin saberlo. Julián nunca había interiorizado como ahora esas verdades profundas y dolientes.

—¿Y qué te ha contado ese brazo, doctor Guix?

—Menos de lo que me gustaría. Si alguien lo hubiera desmembrado intencionadamente, el procedimiento habría sido distinto. Primero hubieran seccionando la piel y los tejidos blandos y, posteriormente, los huesos, con una sierra o con un gran cuchillo. Los forenses podemos saber cómo se ha realizado una amputación por las características de los bordes del corte, pero en este caso el brazo fue arrancado de cuajo, con una fuerza animal, quizá con una dentellada y de una sola vez. Pienso que pudo ser un animal de envergadura y no creo que fuera un pez, aunque existen carpas de más de veinte kilos, pero en ese pantano, el de Valmayor, se cuenta que habitan cocodrilos. ¿Lo habías oído?

—Sí, pero ya hace años de eso y nunca se encontró ninguno, ni sus huellas en la arena ni excrementos ni otros indicios. Se prohibió la pesca durante algunos meses, porque el baño no está autorizado, pero todo quedó en una simple leyenda urbana. ¿No se ha encontrado nada del resto del cuerpo?

—Por el momento, no. Si no hay éxito en la búsqueda, sin el resto del cadáver va a ser difícil determinar la causa exacta de la muerte. Lo que sí he podido certificar es que la mutilación se produjo tras el fallecimiento. La mujer estaba ya muerta cuando cayó o fue lanzada al embalse.

—Imagino que habrás tomado muestras de las uñas, por si hay ADN que no le pertenezca.

—Sí, por supuesto que las he recogido. ¿Por qué te interesa este caso si no es tuyo?

—Es posible que conozca su identidad. Luba y el resto de las jóvenes del burdel estaban vigiladas por una mujer de uñas muy largas. Su nombre es Olga. Se lo comunicaré a mis compañeros del cuartel de Valdemorillo, pero te pediría que me mantuvieses al tanto porque puede que tenga relación con el caso de Luba.

Julián se despidió del doctor Guix y no tardó ni un minuto en ponerse en contacto con la Guardia Civil de Valdemorillo. Habló con el comandante de puesto, se ofreció a declarar sobre el caso de aquel brazo sin dueña y le avanzó todo lo que sabía de Olga y, sobre todo, de Águila, excitado ante la

posibilidad de que se le pudiera imputar un asesinato. «Con estas pistas, será fácil tirar del ovillo», concluyó ante el guardia civil, ya adentrándose entre la niebla en la autovía hacia Palencia, cada vez más cerca de Luba.

## CAPÍTULO XVI

Mae decidió que le apetecía pintarse las uñas de los pies. Eran las once de la mañana y en aquellos momentos la guardia Brancho y el cabo Coira acababan de presentarse ante el teniente Hernández-Cor en la Comandancia de La Coruña. La buscaban y, cuando la encontraran, la detendrían. Ajena al operativo policial para darle caza, Mae revolvió en su neceser en busca de sus esmaltes, pero solo había uno color regaliz, el que menos le gustaba. Con las prisas al hacer el equipaje, se había olvidado de incluir los demás. Acercó una butaca a la galería acristalada y se entregó unos minutos a la contemplación del paisaje. Había amanecido con una niebla que embaulaba el mar y suspendía la Torre de Hércules sobre un infinito gaseoso. Era la Galicia a la que estaba acostumbrada, la de los temporales, la lluvia y la bruma, la que bendecía el sol cuando desafiaba a las nubes e iluminaba el Atlántico. Sentada en una elegante butaca chéster, calentando entre sus manos el frasco de esmalte, se sentía la reina de aquel piso de ciento cincuenta metros cuadrados situado en una de las zonas más caras de La Coruña, en el barrio de Monte Alto, abierto al océano y rodeado de verde intenso. Había mentido para estar allí, pero no sentía que debiera arrepentirse por ello. Lo que le preocupaba era cómo mantener el embuste y cómo alargar su estancia en aquella vivienda que ella percibía como su propio palacio. «Estoy a punto de coger un vuelo desde Londres a Coruña. No esperaba que me dieran unos días de fiesta en el trabajo. Quiero darles una sorpresa a mis padres y aparecer de repente en casa el día de Navidad. ¿Puedo quedarme contigo hasta entonces?», le había pedido a Ximo, el abogado enamorado de ella desde los tiempos del instituto, siempre aguardándola y ella siempre disfrazando de cariño su falta de interés. «Eres un sol», «Qué orgullosa estoy de todo lo que has conseguido en la vida», «Qué bien te sienta ser abogado». Le piropeaba, le hacía creer que era alguien especial en su vida por si algún día lo necesitaba. Y ese día llegó: 23 de diciembre, horas después de la inoportuna muerte de Pepa Ordovás. Mae no

llegaría a La Coruña en avión desde Londres, como le había asegurado a aquel joven enamorado, sino en un autobús desde Madrid, ligera de equipaje. No le había dado tiempo a preparar una maleta con lo mejor de su armario. Estaba huyendo.

El largo trayecto de casi ocho horas por carretera hacia Galicia lo utilizó para reafirmarse en las decisiones que había tomado tras empujar a aquella funcionaria que le había aplicado la ley sin piedad. Nunca hasta entonces había sido consciente de lo potente que podía ser la maquinaria punitiva del Estado cuando uno caía en desgracia y se precipitaba por el abismo sin fin de la ruina económica. Durante el año 2008 escuchó en la calle y leyó en los titulares la palabra «crisis», pero desdeñó aquellas señales de alerta, segura como estaba de que a ella no le afectaría. Su padre le ingresaba suficiente dinero como para sentirse en lo más alto de la cumbre desde donde los privilegiados se mantenían a salvo de la debacle. «Papá, no me falta trabajo. Tengo contratos de un año para diseñar dípticos y catálogos para empresas, pero gracias por el dinero. Me servirá para invertir y contratar personal, porque no doy abasto», le aseguraba a su padre, cuando la verdad era bien distinta: cada vez recibía menos encargos, cada vez le pagaban más tarde y cada vez tenía menos liquidez. Al final había tenido que abandonar la confortable buhardilla donde vivía en Madrid y mudarse a un piso en un modesto barrio de Galapagar, una localidad de treinta mil habitantes en la sierra de Guadarrama, a cuarenta kilómetros de Madrid. Sus vecinos eran de clase trabajadora, muchos en el paro. Oía a través de las paredes sus tensas conversaciones por la falta de dinero y sus aparatos de radio o de música a alto volumen para no escucharse en sus propias angustias. Le llegaban los olores de los sofritos y los ajos. Su alma exquisita no los soportaba.

—Rubita, te invito a una cerveza —le dijo un día un muchacho fortachón con el que se cruzó una tarde por la escalera. La vivienda no tenía ascensor.

—Disculpa, ¿nos conocemos de algo? —le replicó ella, distante y altanera.

—No, por eso te invitaba, para conocernos —contestó él con desparpajo.

—¿Quién te crees que eres y quién te crees que soy yo para dirigirte a mí como si nos conociéramos de toda la vida? ¿En serio piensas que yo me tomaría una cerveza contigo?

—¡Vale, vale, vale, doña Marquesa! —exclamó el chico con sarcasmo mientras ella bajaba la escalera y se alejaba de él refunfuñando.

El año 2009 no había comenzado mucho mejor para Mae. Sus dos clientes

más importantes le comunicaron que ya no iban a volver a trabajar con ella, sin darle explicaciones. Otros tantos no le pagaron los trabajos realizados. Se había enterado de que podía reclamarles la deuda sin necesidad de abogado ni procurador mediante un procedimiento monitorio, pero el proceso podía obligarla a una demanda posterior que sí requeriría la asistencia letrada. Eso costaba un dinero que no tenía, un abogado que no podía permitirse. «Pero ¿qué mierda de justicia es esta?», se dijo, sintiéndose indefensa ante el costoso y complejo laberinto jurídico. El dinero que le iba enviando su padre se lo comían las cuotas de autónoma a la Seguridad Social, el IVA por facturas que nunca cobró y el alquiler del piso de Galapagar. Andaba por la casa con anorak para no gastar en calefacción y se alimentaba con lo más barato que encontraba en el supermercado. Tuvo además que malvender su Volkswagen Golf para lograr un poco de liquidez e invertir algo menos de mil euros en comprar un Citroën Saxo de segunda mano, pues el transporte público entre las distintas localidades de la sierra de Guadarrama era precario, cuando no inexistente. Y ni siquiera tenía derecho al subsidio por desempleo, porque no era una asalariada. Debía hablar con sus padres acerca de su situación; o al menos contársela a su hermana Antía, su aliada de siempre. Mientras su mundo se desmoronaba, viajó a comienzos de primavera a Cieña para revelar la verdad a la familia. La recibieron como a una triunfadora. Se sintió tan halagada que volvió a mentir.

—Me llamaron tres agencias de publicidad para que trabaje con ellas — afirmó, usando el pretérito tan habitual en Galicia—. Vieron mis diseños y les encantaron. Me lo estoy pensando.

Sus padres y Antía la animaron enseguida a aceptar el trabajo. Los vio felices, orgullosos de que tres empresas se disputaran a la hija, a la hermana, a la gran Mae. Meses después, en verano, ya debía demasiadas cuotas a la Seguridad Social. Estaba también endeudada con Hacienda y con el casero del piso de alquiler. Ya no podía pedir dinero a su padre sin descubrirle su precariedad económica.

Alejada definitivamente del diseño —la publicidad era el primer gasto al que habían renunciado las empresas asfixiadas por la crisis—, Mae consiguió un trabajo pagado en negro en una terraza de Madrid, sirviendo copas. Era guapa, estilosa y, cuando ella quería, también simpática. Al principio no lo fue demasiado y le llamaron la atención, pues acostumbraba a encararse con los clientes cuando, ya de madrugada y desinhibidos por el alcohol, le pedían los

cubalibres y los whiskies de forma poco cordial, piropeándola o incluso coqueteando con ella. Mae se defendía: «¿Te importa tratarme de un modo amable? Yo lo estoy siendo contigo. Intento hacer mi trabajo». Tuvo que variar el discurso o, mejor dicho, silenciarlo. Aprendió a callar y a aguantar. Necesitaba aquel trabajo, aunque no lo soportara. Se quedó también aislada del grupo de amigos con los que solía salir los viernes por la noche. Ya no podía permitirse el gasto de una cena y las copas posteriores, y se excusó tantas veces que dejaron de llamarla. Un día, en el metro, se encontró casualmente con una de las amigas del grupo, Anabel, treintañera como ella, licenciada en Publicidad, víctima de un ERE en la empresa donde trabajaba. Al igual que Mae, se había quedado en paro, aunque al menos cobraba un subsidio, poca cantidad pero suficiente para sus gastos, ya que vivía con sus padres. La amiga regresaba en aquel momento de la embajada británica, donde había presentado la documentación para firmar un contrato en una agencia de publicidad de Londres. Estaría seis meses a prueba, con un sueldo de casi tres mil euros al mes. «¿Por qué no lo intentas tú, Mae? —le propuso—. Sabes inglés y quizá tengas suerte como yo. Yo envié muchos currículums y al final, después de medio año esperando, me han contestado. En España no hay nada, está todo hecho una mierda», le manifestó. Medio año para obtener una respuesta. Ella no podía esperar tanto. También había enviado currículums, pero nadie parecía necesitar una diseñadora gráfica. Escuchando los planes de Anabel, tomando las dos un café en un bar del metro, vivió como si fuera suya la vida de su amiga. Un piso compartido en el oeste de Londres, a siete paradas del centro, donde estaba esa agencia de publicidad especializada en comunicación y organización de eventos y conciertos. La gran metrópoli, con todo lo excitante que podía ofrecerle; la gente tan interesante que iba a conocer; el amor, quizá; la posibilidad de quedarse allí para siempre. El futuro. Imaginó aquella vida y le ilusionó hasta tal punto que ese mismo día telefoneó a sus padres para darles una noticia:

—Estaba ya a punto de firmar el contrato con una de las agencias de publicidad que os comenté, porque la negociación fue bastante dura, y una amiga me puso en contacto con una empresa de Londres y me voy para allá. Estaré a prueba seis meses. Me pagan cuatro mil euros al mes —afirmó ante sus padres y hermana.

Mae estaba entusiasmada con aquellas fantasías que engrandecían su vida; su familia tenía tal confianza en ella que nadie se hizo demasiadas preguntas.

La creyeron, se alegraron, aunque a su madre no le gustó que se fuera tan lejos. Pero el padre volvió a animarla a que progresara en la vida, como siempre hacía, aunque esta vez tuviera que mudarse a otro país.

Cuando viajó de nuevo a Cieña para despedirse, llegó con la escenificación de su aventura muy bien preparada, la misma que le había relatado Anabel: la agencia de publicidad, la casa compartida, el trabajo a siete paradas de metro. «Lo tengo todo organizado, no os preocupéis, estaré bien», les había asegurado, no sin antes advertirles de que, hasta que cambiara de compañía telefónica en Londres, tendrían que comunicarse por SMS porque las llamadas internacionales eran muy caras. Una vez culminado su viaje ficticio a Reino Unido, compró un teléfono de prepago y les dio un nuevo número. Ellos pensaban que llamaban a Londres y ella les relataba una vida feliz allí, pero desde Galapagar.

En aquel 2009, el WhatsApp acababa de nacer y casi nadie lo conocía, a los selfis les faltaba mucho para estar de moda y no todos poseían un móvil inteligente para interconectarse con velocidad y accesibilidad, como ocurría con sus padres y su hermana, que usaban sus dispositivos solamente para telefonar, pues no necesitaban más. Eso le permitió establecer con ellos una comunicación mínima sin levantar sospechas, únicamente a través de correos electrónicos en el ordenador, mensajes de telefonía y fotos que ella les enviaba de vez en cuando: los árboles del parque del Retiro eran el Hyde Park de Londres, un salón de té madrileño de estilo inglés lo ubicaba en el barrio de Covent Garden, y eligió el moderno y singular edificio de la antigua embajada del Reino Unido en Madrid —de forma circular, inspirado en las plazas de toros— como la sede de su agencia de publicidad. Todo era tosco y, sobre todo, delirante, pero Mae disfrutaba con aquella irrealidad mitómana que alimentaba su autoestima. No le dolía, no se arrepentía, le emocionaba que sus padres y su hermana pudieran presumir de la triunfadora que decía ser, por eso se resistía a regresar a Cieña para visitarles y verse obligada a contarles sus falsas aventuras en Londres; temía errores en sus mentiras, porque eran demasiadas para recordarlas todas. Debía alejarse de ellos para que siguieran creyéndola.

Cuando faltaban ya pocos días para la Navidad, excusó su ausencia durante las fiestas inventándose un concierto de Elton John que su agencia iba a organizar en Londres. Se grabó a sí misma en un vídeo de quince segundos —lo cual dejó su móvil casi sin memoria— donde les felicitaba las Navidades,

cerrando el plano sobre su rostro para ocultar el humilde piso donde realmente vivía; pero aquel plano estaba tan cerca de su piel que había captado también el rictus que traducía el verdadero estado de su espíritu: la congoja, la pena, la frustración. Solo su primo, el guardia civil Coira, entrevió aquellos sentimientos y le inquietaron, aunque nadie le hizo caso. La familia parecía inmersa en la falsa ilusión creada por Mae. Mientras ella se inventaba aquella vida cosmopolita en Londres, le llegaban a su piso de Galapagar cartas certificadas con notificaciones amenazantes de la Tesorería General de la Seguridad Social, con palabras tan hostiles como «apremio», «embargo» y «ejecución». No comprendía tanta intimidación encontrándose ella en la ruina.

Llegó el 23 de diciembre, el último día en la vida de Pepa Ordovás.

Con unos ajustados pantalones negros y botines de medio tacón, un jersey malva de cachemir, un anorak acolchado de color violeta y el sombrero panamá de fieltro del que últimamente no se desprendía —sobre todo para que el casero al que debía varios meses no la reconociera por la calle—, Mae había decidido acercarse a la oficina de la Seguridad Social en Uvés. El mostrador de atención al público estaba vacío, así que fue el guardia de seguridad quien la atendió. Le mostró las notificaciones que había recibido y él le dio un papel con un número. «Usted va a ejecución, a la Unidad de Recaudación Ejecutiva. El número aparecerá en la pantalla digital. Esté atenta». Se sentó a esperar junto a otras tantas personas. Ya no quedaban más sillas libres. Los que habían llegado después ya tuvieron que aguardar de pie. Nadie charlaba con nadie, ni siquiera para matar el tiempo hablando del tiempo. En muchos rostros había preocupación; otros, los menos, sonreían sin darse cuenta: estaban a punto de tramitar su alta en la Seguridad Social, habían conseguido un trabajo. Mae dedicó la espera a revisar los papeles que había reunido en una carpeta y también a pensar en aquella palabra, «ejecución». Le pareció tan desagradable que se prometió no votar jamás a ningún partido político. Ya no confiaba en la democracia ni tampoco en el Estado y sus formas amenazantes de dirigirse al ciudadano. Llegó su turno y, tan nerviosa como indignada, se dirigió a la mesa número quince, donde la aguardaba la funcionaria.

Pepa Ordovás era bajita, un ser menudo tras una pantalla de ordenador que parecía más grande de lo que era debido a la estatura de la funcionaria. Ojos vivaces, nariz pequeña, un lunar abultado en el centro de la frente con aspecto de una lenteja y cabellos castaños ensortijados y con mechuras de color caoba.



Su rostro expresaba desgana y no era amigable. El de Mae, tampoco.

—A ver, explíqueme qué son estas cartas que me han enviado. Explíquemelo porque no entiendo estos papeles. —Se los tendió mientras se sentaba en una silla, frente a ella, al otro lado de la mesa.

Ordovás, sin abandonar su gesto desgana, hojeó los documentos y consultó unos instantes el ordenador.

—Pues está muy claro. Tiene una deuda con la Tesorería de tres mil cuatrocientos euros. Se le ha aplicado un veinte por cien de recargo cada mes que usted no ha abonado la cuota de Autónomos. La deuda ya está en vía de ejecución.

—¿Qué es eso de ejecución, que suena como si estuvieran a punto de fusilarme? —replicó Mae con arrogancia.

—Pues significa que vamos a proceder al embargo de todos sus bienes. Voy a decirle cuáles son.

La funcionaria consultó de nuevo el ordenador.

—No se moleste, no tengo nada, no tengo trabajo. Cuando mis clientes dejaron de pagarme y me arruinaron, ¿dónde estaban ustedes? —comentó la joven, irritada.

—Nosotros no estamos aquí para reclamar lo que le deben, sino para reclamarle a usted lo que nos debe —le replicó Ordovás—. Veo que no tiene a su nombre ninguna vivienda en propiedad, así que se le embargarán su Citroën Saxo y las cuentas bancarias. Puede detener la ejecución regularizando la deuda y pagándola a plazos, pero no le garantizo que se le conceda el aplazamiento. Si se le concediera, siempre será con la condición de que abone la cuota de Autónomos cada mes, además de cada plazo de la deuda. Si no es así, el aplazamiento quedará sin efecto, se anulará.

—Pero vamos a ver, si no les puedo pagar los casi trescientos euros cada mes, ¿cómo piensa usted que voy a hacer frente a esa cantidad y además a los plazos de la deuda? ¿No ve que es absurdo? —replicó con perplejidad.

—Es la ley, señora. Si no puede afrontar la cuota de Autónomos, cierre el negocio. No le puedo decir más.

—¿Así de sencillo es para usted? Tiene que haber otra solución.

—No la hay.

—¿Y si me doy de baja de Autónomos?

—Seguirá teniendo que pagar la deuda.

—Pues de momento, me daré de baja.

—¿Y cómo pagará la deuda? Tendrá que solicitar el aplazamiento y luego tramitar la baja, que implica que no podrá facturar a sus clientes.

—Me está poniendo la cabeza del revés —se quejó, agobiada—. Hablar con usted es como hablar con una máquina. No entiendo nada de lo que me cuenta. Voy a consultar con otra persona.

—Como quiera, pero le dirá lo mismo que yo —le dijo la funcionaria con indiferencia.

Se levantó, airada, y se dirigió a la única mesa en la no se estaba atendiendo a nadie, con otra funcionaria, pero esta mucho más cordial.

—¿Tengo que pedir un nuevo número para hablar con usted? Es que me ha atendido su compañera y no he entendido nada de lo que me ha dicho. No me haga pedir uno nuevo, por favor. Estoy bastante sobrepasada —le dijo, indignada por la actitud tan antipática de Ordovás.

—Siéntese y dígame de qué se trata.

Ciertamente, le explicó lo mismo, pero de otro modo, detallando los pasos que debía dar y las posibilidades a las que podía optar. Se enteró de que el embargo de su cuenta dejaría libre la cantidad correspondiente al salario mínimo interprofesional: seiscientos veinticuatro euros. Con eso no tenía ni para pagar el alquiler. Aún tardarían días en rastrear su cuenta e intervenirla, así que decidió que la vaciaría inmediatamente de los pocos fondos que le quedaban. Estaba furiosa, porque quizá se viera obligada a pedirle de nuevo dinero a su padre, pero ¿cómo hacerlo si se suponía que estaba ganando casi cuatro mil euros al mes en su vida imaginaria en Londres? «Está todo carísimo, papá, y me está costando aclararme con las libras porque aquí no se paga con euros. Sin querer, me he gastado demasiado», argumentaría.

Le costaba asumir aquel aterrizaje tan violento en el mundo de los endeudados con la Administración; le parecía injusto que no le dieran un respiro, que la persiguieran a través de embargos y ejecuciones, cuando bancos y cajas de ahorros estaban siendo rescatados de la ruina financiera por parte del Estado. Aunque Mae no se informaba demasiado sobre lo que ocurría a su alrededor, aquella operación de salvamento de la banca recorría todo el país como un iracundo vendaval; imposible no enterarse a pesar de su desinterés por las noticias, pues ella estaba más pendiente de las tendencias, la moda, la arquitectura y el diseño.

Abandonó la oficina y se encontró en la misma puerta con la funcionaria Ordovás tocando una pandereta con otros compañeros, sonriente, simpática,

tan distinta a la que había conocido minutos antes. ¿Qué hacían allí? No entendía aquella escena. Ordovás se dirigió a ella y le preguntó, risueña, con un bolígrafo y unos folios en las manos: «¿Quieres firmar contra la congelación salarial a los funcionarios que prepara el Gobierno?». Parecía no reconocer a Mae, pero Mae sí la reconoció a ella y le enfadó mucho que le solicitara un apoyo que a ella le había negado minutos antes. Quería reprocharle su descaro al pedirle aquella firma solidaria, pero en lugar de brotarle las palabras, le brotó la violencia. Primero fue el escupitajo en la cara. Después, el empujón. No fue consciente de la fuerza física que puede generar la ira hasta que, ya dándose la vuelta para marcharse, satisfecha de su empujón, escuchó a sus espaldas el estruendo de los cristales. Se giró y vio en el interior de la oficina, entre trozos de vidrio de todos los tamaños, la cabeza de Ordovás separada del cuerpo. Salía disparado del cuello seccionado un chorro de sangre, a un lado y al otro, al ritmo acompasado de sus últimos latidos cardiacos. Las mesas más cercanas a la cristalera, las plantas, los ordenadores, todo salpicado de sangre. El suelo teñido de rojo. A Mae le pareció estar viviendo un sueño terrorífico. Sobrecogida, su mente la adentró en un oscuro túnel del que salió varios minutos después, cuando se encontró corriendo por una tortuosa callejuela adoquinada del casco viejo de Uvés, sintiendo cómo el músculo cardíaco retumbaba por todo su organismo; eran golpes secos, tan contundentes que parecían estar a punto de cortar la respiración. Sus botines de medio tacón no le permitían avanzar con la rapidez que ella necesitaba y estuvo a punto de torcerse el tobillo. Fue ese traspié el que la obligó a detenerse y le permitió una reflexión rápida: estaba huyendo, tenía que dejar de correr para no llamar la atención. Había tenido la suerte de no cruzarse con nadie durante su escapada, pero eso podía cambiar.

Frenó la marcha y anduvo unos metros a un ritmo lento de paseo. Se felicitó por no haber perdido el bolso y la carpeta por el camino. Eso la habría delatado. También su sombrero panamá seguía sobre su cabeza. Era llamativo, la comprometía. Lo lanzó con fuerza al fondo de un contenedor de basura, junto con su anorak violeta. ¿Por qué había huido?, se preguntó, confusa ante su inesperada peripecia. Había sido un accidente, no era una asesina, pero había actuado como si lo fuera. Su mente comenzaba a despertar de aquella pesadilla y eso le facilitó concentrarse para encontrar su Citroën Saxo, aparcado cerca de la plaza del Ayuntamiento. Se cruzó con gente en su camino, ahora sí, pero nadie se fijó en ella. Aun así, solo se sintió a salvo cuando entró

en el coche y cerró la puerta. Ya la estarían buscando. Debía darse prisa en abandonar Uvés. Arrancó el motor al segundo intento: las manos le temblaban y no atinó al introducir la llave la primera vez. Supuso que aún no le había dado tiempo a la Guardia Civil a establecer controles en las salidas de la localidad, y supuso bien, porque llegó a Galapagar sin toparse con la ley, murmurando rezos por el camino, entre suspiros de angustia. Pensaba en aquella cabeza decapitada y no comprendía qué había ocurrido. «¡Si solo fue un empujón, por Dios!», se lamentaba de su mala suerte.

Lo primero que hizo al llegar: ir a un cajero y vaciar su cuenta. Únicamente le quedaban novecientos euros. Cuando llegó a su piso, cerró la puerta y, con las manos sobre la cabeza, comenzó a dar vueltas por el pequeño cuarto de estar, sin saber qué hacer a partir de entonces. Galicia. Familia. Seguridad. Las tres palabras rondaron por su mente, armando un relato que le convenció. Cogería un autobús hacia La Coruña para alejarse del conflicto y durante el largo viaje idearía estrategias. Hizo la maleta colocando las prendas sin pensar demasiado y huyó de Galapagar en dirección a Madrid. En ningún momento pensó en la posibilidad de acudir al cuartel de la Guardia Civil y entregarse. No quería ni pensar en la imagen humillante de sí misma con las manos esposadas y pasando la noche en un calabozo. Odiaba a aquella funcionaria, a la que consideraba responsable de su propia muerte. En aquellos momentos lo odiaba todo, menos a sí misma. Se sentía una víctima desgraciada de una Administración cruel.

A las tres de la tarde se subía al autobús hacia La Coruña, tras viajar en otro desde Galapagar a Madrid y coger el metro hasta la estación Sur. Abandonaba ya la capital cuando telefoneó a su hermana Antía.

—¡Hola, Mae! ¡Qué alegría oírte! —le contestó ella.

—Vaya, lo siento, ahora me entra una llamada por otra línea. Hablamos más tarde.

Y colgó. No acababa de atreverse a contarle lo que había sucedido. Demasiado complejo para hablarlo por teléfono. Lo mismo sucedería con sus padres, así que tampoco los llamó. Entonces se le ocurrió recurrir a Ximo Mosqueira, el hombre que la amaba desde la adolescencia, aquel muchacho pelirrojo, tímido y empollón, el que la miraba a hurtadillas en clase, el que le prestaba los apuntes. Ella nunca le dio las gracias. Hijo de una familia adinerada y muy conocida en Cieña, tras el instituto él se quedó en La Coruña para estudiar Derecho. Ella se fue a Barcelona para aprender diseño gráfico.

Sus vidas se separaron durante los años de formación universitaria, hasta que volvieron a unirse tiempo después, una tarde de verano, cuando ambos se encontraron en el paseo marítimo de Cieña.

Él acababa de aparcar su BMW. Ella regresaba de pasar la tarde en la playa. A Mae le atraían el dinero, el lujo y el glamur, de modo que, cuando vio a Ximo bajar de un buen coche, bien vestido con pantalón azul marino y camisa azul celeste, el cabello pelirrojo bien cortado, sus Ray-Ban y sus mocasines italianos, aceptó su invitación a tomar un café. Seguía enamorado de ella y Mae coqueteó con él, pero sin comprometerse a más. Continuaron viéndose cada vez que ella visitaba a su familia. La invitaba a cenar a restaurantes caros de La Coruña, a bares de copas agradables y exclusivos, y el joven se conformaba tan solo con un beso en los labios cada vez que se encontraban, cada vez que se despedían. «Ojalá vivieras aquí, Mae. Sería capaz de pedirte que te casaras conmigo», le confesó una vez. «¿Y si nunca regreso? No quiero que te quedes soltero toda la vida por mi culpa», le contestaba ella, sin cerrar la puerta del todo. Jamás le dijo que no tenía ningún interés en regresar a Galicia. Se le quedaba pequeña para sus grandes sueños.

Desde el autobús que ahora la llevaba a La Coruña aquel complicado 23 de diciembre, Mae telefoneó a Ximo y le contó aquella delirante treta de la sorpresa navideña a su familia. Él la creyó.

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó.

—En Londres. A punto de coger un vuelo a Coruña —le contestó Mae, ante la mirada perpleja de su compañera de asiento, una mujer de mediana edad que leía un libro.

—Te voy a recoger cuando llegues —le propuso Ximo.

Mae se dio cuenta de las miradas de recelo de la viajera de al lado y se fijó en la portada del libro que estaba leyendo: *Crimen y castigo*. Le inquietaron aquellas dos palabras, la pusieron nerviosa.

—Ximo, te lo agradezco enormemente, pero no vengas a recogerme. —Mae quería finalizar cuanto antes la conversación; se sentía ridícula fabulando ante una desconocida—. Cogeré un taxi. El avión puede llegar con retraso y no quiero que pierdas el tiempo esperándome. Te llamo al llegar.

Crimen y castigo. Sí, le impactaban aquellas palabras; la segunda, consecuencia lógica de la primera. ¿Qué historia contaría aquel libro? ¿Era una advertencia del destino sobre lo que le esperaba por haber decidido huir en vez de entregarse?

—Señora, discúlpeme —susurró a la viajera, intentando que nadie más la escuchara—. ¿Puede concederme un minuto? Solo será un minuto.

—Por supuesto. ¿Te ocurre algo? —contestó la mujer, extrañada.

—Ha sido inevitable que usted escuchara la conversación que acabo de mantener por teléfono. Estamos tan cerca la una de la otra que, aunque usted no quisiera hacerlo, algo habrá oído. No la culpo, lo entiendo, pero todo tiene una razón.

—No tienes que explicarme nada, chiquilla —replicó ella con acento andaluz, sin abandonar su gesto de perplejidad.

—Ya, pero yo necesito hacerlo, si no le importa. Es evidente que no estoy en el aeropuerto, como le he dicho a mi novio por teléfono. He mentido, pero no me ha quedado más remedio. Mi vida se ha vuelto tan complicada de repente que no he podido decirle la verdad. No estoy loca, solo estresada. Soy una chica normal, se lo aseguro. ¿De qué va el libro que está leyendo? —le preguntó.

—No sé... —dudó—. ¿De verdad te interesa?

—Sí, si no le importa.

—El protagonista es un estudiante llamado Raskólnikov, que está arruinado y comete un crimen; bueno, en realidad, dos.

—¿Mata solo porque está arruinado? —preguntó Mae, sin poder evitar las comparaciones con su propia peripecia.

—En principio, sí, aunque es un hombre muy complicado, me parece a mí.

—¿A quién asesina? ¿Lo hace por azar o a alguien intencionadamente?

—Acaba con la vida de una anciana con la que había empeñado algunas joyas de la familia y también a la hermana de esta, porque es testigo del crimen.

—¿Y lo pillan? —preguntó con inquietud—. Lo digo porque la novela se titula *Crimen y castigo*. Me he fijado en el título.

—No lo sé todavía, voy por la mitad, pero tiene tantos remordimientos que enferma.

—¿De verdad? —preguntó, asombrada—. Entonces es que no quería matar, que no era un criminal, que solo estaba desesperado, estresado por no tener dinero. Ahora, con esta maldita crisis económica, no se extrañe de que empiecen a pasar estas cosas. ¿Quién es el autor de la novela?

—Dostoievski.

—¿Es argentino?

—No, por Dios, es ruso —contestó la mujer, de nuevo desconcertada—. ¿No habías oído hablar de él?

—Pues no, que yo recuerde.

—Es uno de los clásicos de la literatura. Vivió en el siglo XIX.

—Ah, vale, es una novela muy antigua, por eso no la recordaba. Yo apenas leo libros, me interesan más las revistas de moda y esas cosas, pero quizá este sí lo lea. Entonces, ¿dice que al asesino le atormentan los remordimientos?

—Sí, es de esos personajes que no se olvidan. La novela me está gustando mucho y además me va perfecta para un viaje tan largo como este, porque te atrapa desde los primeros capítulos.

La pasajera le explicó que pertenecía a un club de lectura de una librería y que ella y quince lectores más estaban leyendo la novela para luego comentarla entre todos. Era de Sevilla, aunque vivía en Madrid, donde trabajaba de dependienta en una tienda de ropa deportiva. Viajaba a La Coruña para pasar las Navidades con su hermana y sus sobrinos, que residían allí desde hacía años. Pero a Mae no le interesaba aquella vida y ya no le prestó demasiada atención. Estaba centrada en aquel asesino atormentado por la culpa y se preguntaba por qué ella no tenía remordimiento alguno. «La diferencia, Mae, es que tú no has matado a la funcionaria. Se ha muerto accidentalmente. No eres una criminal», la consoló una voz que emergía de su interior. Miró el atardecer a través de la ventanilla, un atardecer de invierno, hermoso. Grandes nubes de un azul sucio se habían configurado en círculo, cerrándose en torno a otro de brillante color fucsia que parecía un lago en medio del cielo, un lago tan inmenso que, aun con el autobús avanzando, se mantuvo ante su vista durante largos minutos. Aquel espectáculo de la naturaleza la conmovió y le limpió el alma de cualquier mal presagio.

Llegó a La Coruña hacia las once de la noche. Se despidió de la lectora de *Crimen y castigo* de un modo distante, con un adiós repleto de indiferencia, y tomó un taxi hasta el barrio de Monte Alto. Era de noche y no veía el mar, pero recibió su fragancia de salitre envuelta en el viento. Ximo ya la estaba esperando en su piso. Había encargado una mariscada, acompañada de un champán francés. Mae se sintió abrumada al ver cómo se había esforzado para recibirla y le besó en los labios.

—Eres un cielo —le dijo.

—Te he preparado una habitación. No pretendo que te sientas obligada a

nada. Quiero que te sientas como en tu casa.

Ella le volvió a besar en los labios.

—Eres increíble, Ximo.

Luego cenaron, bebieron champán, comentaron sus vidas. Mae siguió fabulando con su trabajo en Londres, mientras que Ximo le contó cómo era su día a día en el bufete de su padre, su especialidad en herencias y sucesiones, su recién estrenado cargo como vocal en el Colegio de Abogados de La Coruña.

—Con cuántas leyes injustas y absurdas tendrás que lidiar. A veces pienso que muchas existen tan solo para amedrentarnos. El Estado es hostil, ¿no te parece? —comentó Mae con melancolía.

—¿Londres te ha vuelto anarquista? —Ximo se rio sin disimulo, mostrando su dentadura blanca y perfecta en medio de un rostro níveo plagado de pecas rosáceas.

—Hablo en serio. ¿De verdad son necesarias tantas leyes, tantas normas para todo? No hace falta ser anarquista para darse cuenta de que son demasiadas. Ya no creo en el Estado si te digo la verdad.

—Y me lo dices a mí, que soy abogado y las leyes me dan de comer —volvió a reírse—. No te preocupes, yo te defenderé contra ellas —afirmó con condescendencia.

A Mae le molestó que empleara con ella ese tono indulgente, como si su comentario hubiera sido una ocurrencia divertida e ingenua, propia de una niña. Pero necesitaba a Ximo y no le convenía activar su altivez replicándole que no necesitaba que desenfundara su espada para defenderla contra el mundo, que en su vida le sobraban caballeros andantes y él no estaba entre ellos.

—¿Me defenderás? Gracias, querido abogado. Tu familia debe de sentirse orgullosa de ti, Ximo. Yo también lo estoy —afirmó, disimulando su falta de convicción—. Seguro que gustas a muchas chicas. —No lo quería para ella, pero tampoco para las demás. Se había acostumbrado a que la amara.

—Yo solo quiero gustarle a una, ya lo sabes.

—Quién sabe... —coqueteó ahora, mientras desvestía con sus dedos un percebe.

—Me encanta la idea de que sorprendas a tus padres con esta visita que no esperan. Eres muy especial, Mae.

—Tuve el impulso y aquí estoy. *Voilà!* —Se llevó el percebe a la boca.



—¿Por qué no les das la sorpresa mañana en Nochebuena, en vez de esperar al día de Navidad? No quiero que la pases sola. Yo tengo que ir a casa de mis padres, obviamente. Serías bienvenida, por supuesto, pero no lo entenderían teniendo a tu familia tan cerca, en Cieña.

—Es verdad, no lo entenderían, no entenderían lo pirada que estoy. —Se rio y bebió un sorbo de champán—. Ya que me dejas tu casa, me gustaría pasar la Nochebuena descansando antes de ver a mi familia. En Londres he trabajado muchas horas durante muchos días seguidos, organizando una exposición antológica sobre las creaciones más icónicas de la diseñadora de moda Vivienne Westwood. Mañana no me veo con fuerzas para estar con mi familia, para que me pregunten, para contarles mi vida londinense y todas esas cosas agotadoras. Creo que me pasaré el día durmiendo. El día de Navidad estaré como nueva.

—Qué vida tan interesante llevas en Londres.

—Sí, es excitante, no me quejo.

Ximo tenía tan idealizada a Mae —a veces la percibía como un ser mágico, misterioso, inaccesible— que no cruzó la línea cuando, tras la cena, le dio las buenas noches en la puerta de la habitación con un nuevo beso en los labios y un abrazo de ternura. La deseaba, nunca había dejado de hacerlo. Continuaría esperando.

A la mañana siguiente, Mae se despertó y Ximo no estaba en la casa. Le había dejado preparado un desayuno con cruasanes, zumo de naranja y un café recién hecho cuyo aroma impregnaba la cocina, una cocina impecable, con muebles de diseño lacados en blanco, con el mar de la bahía coruñesa tras la ventana, difuminado en la lejanía por el temporal con el que había amanecido el día. Probablemente, la pequeña flota pesquera de su padre y de su tío se mantendría amarrada en el puerto de Cieña. Nunca le gustó el azaroso oficio de la pesca, aunque ella, indirectamente, había vivido bastante bien —hasta que se le complicaron las cosas— de las ganancias que su padre obtenía de la mar.

Ximo le había dejado una nota: «He salido a hacer unos recados y a comprar los regalos de esta noche. Volveré para comer». Junto al desayuno, el periódico *La voz de Galicia*. Mordisqueó un cruasán y bebió un sorbo de zumo mientras le echaba un vistazo a la portada. Allí encontró la noticia de la que casi se había olvidado: «Empujón mortal a una funcionaria de la Seguridad Social en Madrid», se leía en el titular. «La Guardia Civil sigue

buscando a la autora, una mujer que huyó y que aún no ha sido identificada», vio escrito en el subtítulo. Mae se sirvió tranquilamente una taza de café, se sentó a la mesa de la cocina y comenzó a leer la noticia con tranquilidad, como si el suceso le fuera totalmente ajeno. «La jueza ha decretado secreto el sumario y no han trascendido detalles sobre el perfil de la sospechosa. Según fuentes cercanas a la investigación, se trata de una mujer joven, de unos treinta años, que habría estado minutos antes realizando gestiones en la oficina de la Seguridad Social de Uvés, una localidad cercana a Madrid». Nada se mencionaba sobre el sombrero panamá y el anorak que lanzó al contenedor. En aquellos momentos, la guardia Brancho todavía estaba haciendo averiguaciones en el cuartel de Uvés sobre las mujeres que había atendido Pepa Ordovás, descartando sospechosas, acercándose cada vez más a Mae, la única que no estaba localizada. «Los funcionarios de toda España hacen vigiliias por Pepa Ordovás y reclaman más seguridad porque se sienten desprotegidos frente a los insultos, amenazas y agresiones de los ciudadanos», concluía la noticia. Se indignó y apartó el periódico hacia una esquina de la mesa. No dedicaría ni un minuto más al victimismo de aquellos servidores del Estado.

Acabó de desayunar, se duchó, se vistió, se maquilló y empezó a curiosear por aquel piso de lujo. Cuatro dormitorios, dos de ellos con baño. ¿Para qué querría Ximo tantas habitaciones si estaba soltero? Quizá aquella vivienda fuera un proyecto de familia, un nido futuro para su esposa y sus hijos. Le molestó imaginarlo casado. Le gustaba tenerlo enamorado. ¿Y si aprovechaba esa circunstancia?, se le ocurrió de repente mientras se paseaba por el dormitorio de él, tan blanco como la cocina. El edredón de la cama de dos por dos metros, los almohadones, los cojines, el gran armario de tres puertas, las paredes, con un único y gran cuadro sobre el cabecero de la cama, un cuadro extraño, porque solo consistía en un gran signo de interrogación negro en medio de un fondo, por supuesto, también blanco. ¿Por qué no darse a sí misma una respuesta a esa pregunta que pendía sobre la cama? Había huido por culpa de un accidente fatal, la vida inventada en Londres acabaría por agotarse, estaba arruinada y no podía descubrirse ante sus padres y su hermana como una perdedora. Se sentía cansada de luchar contra los elementos. Imaginó entonces una nueva vida en La Coruña: casada con Ximo, sin problemas económicos, esposa de un prestigioso abogado de buena familia, con contactos en toda Galicia, con empresas e instituciones que le encargarían

diseños corporativos y catálogos, y quizá también, por qué no, con la oportunidad de desarrollar una faceta que nunca había explorado y le gustaba: el interiorismo. Con Ximo a su lado, podría compaginar el diseño con la decoración de las casas de la alta burguesía coruñesa. No podía ser tan difícil casarse con un hombre del que no estaba enamorada. Acabaría acostumbrándose, se convenció mientras fisgoneaba en los cajones de una de las dos mesillas del dormitorio. Abrió uno de ellos y se decepcionó al encontrar varios preservativos. Aunque fuera la única en su corazón, no era la única en su vida.

Llegó Ximo a la hora de comer, con todos los regalos de Nochebuena. Había uno para ella: el perfume Aromatics Elixir, el que Mae usaba desde hacía años, la misma fragancia que había reconocido en la fugitiva una de las testigos del suceso de Pepa Ordovás.

—Sé que es tu preferido, a mí me encanta olerlo en tu cuello cada vez que nos encontramos y nos besamos en las mejillas —le comentó mientras se lo entregaba, envuelto con mimo en papel dorado y un pequeño lazo rojo.

—Qué detalle, Ximo. Eres maravilloso —le agradeció mientras acariciaba el envase entre sus manos.

Mae estaba feliz. Era un perfume caro que no había podido permitirse desde hacía meses. Lo consideraba parte de sí misma, se reconocía en aquella fragancia fresca y elegante, distinta a todas.

—Yo no te he podido comprar nada todavía. No me dio tiempo y me hubiera parecido de mal gusto elegirte algo en el aeropuerto —se justificó; en realidad, no se le había ocurrido—. De hecho, todavía no he comprado nada para mi familia. Esta tarde saldré de *shopping* —pronunció la palabra forzando el acento inglés—. Tendré que camuflarme un poco. Imagínate que me encuentro con alguien de mi familia por Coruña. Debo tener cuidado para no fastidiarles la sorpresa.

—Insisto, Mae. ¿Por qué no se la das hoy, en Nochebuena? Estás a tiempo. Les hará ilusión.

—Ya te dije que quiero relajarme un poco antes de verles. Mañana será el día.

Pero llegó el día de Navidad y Mae simuló sufrir un insoportable dolor de cabeza. Le pareció una excusa vulgar, pero no podía inventarse un trastorno que animara a Ximo a llevarla a urgencias. El abogado se había quedado a dormir en casa de sus padres en Nochebuena, ya que la sobremesa en familia

se había alargado hasta la madrugada y le dio pereza coger el coche. A la mañana siguiente llamó a Mae, convencido de que ya estaba en Cieña.

—Me he despertado con una fuerte migraña, Ximo. Casi no puedo abrir el ojo derecho y tengo náuseas —afirmó con una voz lánguida.

—Eso sí que es una faena. Yo tengo ahora la comida de Navidad con mis padres y el resto de la familia, pero en el cajón del mueble de mi baño creo que tengo una caja de analgésicos. No obstante, pasaré esta tarde por una farmacia y te llevaré algo más fuerte.

—No, ya tengo yo, suelo padecerlas con frecuencia y siempre llevo medicamentos. No te preocupes. Quizá se me pase en un par de horas, pero en este estado no puedo ir a Cieña. Me cuesta hablar. Tengo que colgar. Luego hablamos.

Mae se tomó un par de ansiolíticos. Le agotaba mentir, aunque consideraba que la verdad era aún más agotadora. Se pasó parte del día durmiendo. Luego zanganeó por aquel piso tan blanco e impecable, se preparó un plato de espaguetis, se tomó un té mientras contemplaba el mar embravecido desde la ventana, se tumbó en el gran sofá del salón y se divirtió viendo el DVD de la película *Resacón en Las Vegas*. Ximo volvió a llamarla por la tarde. Ella le dijo que la migraña había empeorado, que había vomitado y que se encontraba fatal. Fue entonces cuando el joven, al atardecer y tras finalizar la comida familiar, se acercó a una farmacia y compró un envase de Sumatriptán, un medicamento indicado para las crisis agudas de migraña. En aquellos momentos, el operativo para localizar a Mae ya se había puesto en marcha y en la farmacia tuvo cerca de él a un agente del GAO de la Guardia Civil. Otro aguardaba en la puerta. Lo siguieron después hacia su vivienda en Monte Alto y un automóvil camuflado vigiló el edificio durante toda la noche.

—Mae... —susurró Ximo cuando, al entrar en casa, se asomó a la habitación donde dormía la joven, que se hallaba a oscuras—. ¿Cómo estás? —No se atrevió a encender la luz.

—La migraña no se me va —contestó, oculta bajo el edredón; se había metido rápidamente en la cama en cuanto lo oyó llegar.

—Te he comprado en la farmacia Sumatriptán, que me han dicho que va muy bien.

—Sí, es precisamente el que tomo yo. —Nunca había oído hablar de ese fármaco, sobre todo porque nunca había padecido migraña—. Gracias por cuidarme tan bien. Mañana estaré mejor, Ximo.

«Mañana, mañana, mañana, qué hacer con el mañana. Detesto el futuro», pensó con un repentino mal humor mientras acababa de pintarse las uñas de color regaliz, frente a la niebla que suspendía la Torre de Hércules y escondía la bahía. Se había despertado cerca de las once de la mañana y Ximo ya no estaba. Una vez más le había dejado cruasanes y café recién hecho. Ninguna nota. Temió que su enamorado empezara a sospechar de sus mentiras, pero se olvidó rápido de aquella idea. Desayunó, se pintó las uñas y, cuando terminó, pensó en cuál sería su siguiente movimiento. Ya no le quedaban excusas para retrasar más la visita sorpresa a su familia y no se le ocurría ningún plan. Cieña se había convertido en algo inevitable, fatalmente inevitable. Posó sus pies descalzos sobre el cálido suelo de parqué, abrió una de las ventanas acristaladas de la galería, se asomó al exterior y dejó que la brisa húmeda acariciara su piel. Contempló aquella torre sobre la colina que acariciaba la niebla, aquel faro romano que seguía en funcionamiento desde hacía veinte siglos, y recordó la leyenda que nadie desconocía en La Coruña: bajo sus cimientos, el héroe Hércules, hijo del dios Júpiter, enterró la cabeza decapitada del maléfico gigante Gerión tras un combate que duró tres días. Ella huía de una cabeza decapitada y ahora la mitología la asaltaba con otra. ¿Era aquella otra señal funesta que le enviaba el destino, como la del asesino atormentado de *Crimen y castigo*? Comenzó a sugestionarse, a creer que tantas casualidades debían de tener su sentido. Si no hubiera viajado en aquel autobús, nunca habría sabido que existía aquella novela que leía su compañera de asiento; si no se hubiera alojado en la vivienda de Ximo, frente a la Torre de Hércules, no habría recordado la leyenda del gigante decapitado. Dos señales. ¿Cuál sería la tercera? La hubo, pero se dio cuenta cuando ya era tarde.

Presa de sus propios miedos, incapaz de combatirlos, Mae sintió la necesidad irrefrenable de salir de casa y dar un paseo frente al mar para despejar la mente y permitir que entraran nuevas ideas que salvaran su situación. Se cubrió con la capucha del anorak, se calzó unas deportivas y, por vez primera en dos días, salió al cielo abierto y sintió la brisa revoloteando a su alrededor. Una hora antes la habían fotografiado dos agentes del GAO de la Guardia Civil. Ocurrió cuando se asomó a la ventana. Le extrañó ver en aquel momento a una pareja, un hombre y una mujer, tomando fotos en el paseo marítimo cercano a la casa; le extrañó no solo porque la niebla escamoteaba el paisaje, sino porque la mujer no posaba con la bahía detrás, que a pesar de las

brumas era la panorámica más lógica, sino frente a los edificios de viviendas, entre ellas la del piso de Ximo y en donde ella estaba asomada a la ventana. Le pareció absurdo que aquella mujer posara en un lugar tan poco interesante, cuando tenía al lado el Atlántico y la Torre de Hércules, pero fue un pensamiento fugaz al que no le concedió más importancia. Quizá fuera esa la tercera señal de malos augurios que le enviaba el destino y que se unía a las otras dos con las que había jugado en su mente. Tendría que haber sospechado de aquella pareja, por si estaba siendo vigilada, pero no se reconocía como una fugitiva, no acababa de ser consciente de serlo. Sin embargo, no era aquella pareja quien la había fotografiado, sino dos agentes camuflados y expertos en vigilancia a los que jamás habría descubierto por mucho que se hubiera empeñado. Actuaban como auténticos fantasmas. A pocos metros del portal de la casa, fue detenida y conducida a la Comandancia de La Coruña para ser interrogada.

## CAPÍTULO XVII

El cabo Coira recibió aquella llamada del todo inesperada cuando iba a sentarse a comer con su madre y con la guardia Brancho, oficialmente su novia. Fue una mañana difícil para el guardia civil. Tras presentarse ambos agentes ante el teniente Hernández-Cor, quien les dio las instrucciones precisas, tomaron un café en un bar cercano a la Comandancia, donde ambos ensayaron la vida que debían inventarse: se tutearon —al principio sin éxito, pues el tratamiento de «usted» se colaba insistentemente en la conversación—, memorizaron los detalles de un año de convivencia en común y repitieron una y otra vez el nombre propio del otro. Guille. Marisa. A Coira y a Brancho debían olvidarlos.

—¿Estás nervioso, Guille? —preguntó ella; le estaba costando dirigirse al cabo con familiaridad, pues todavía era un poco novata y, a pesar de su desparpajo, solo tuteaba a los guardias rasos como ella.

—¿Cómo quieres que esté, Marisa? —Coira tampoco se acostumbraba a tutearla—. Para mí no es una situación agradable.

—No me gustaría estar en tu lugar. Es tu prima y, si está aquí y la detenemos, vas a ser muy cuestionado por los tuyos, al haber participado en el operativo. Es un marrón y lo lamento, te lo digo sinceramente. ¿Cómo es tu familia? ¿Tú crees que serán simpáticos conmigo? —A Brancho le preocupó de repente no ser bien recibida.

—Son secos. No esperes grandes muestras de afecto. Ya te acostumbrarás.

—¿Secos? ¿A qué te refieres? ¿Son antipáticos?

—No, pero quizá sí, no sé, ya lo verás. —Coira acababa de darse cuenta de que no sabía definir a su familia. Nunca había pensado en ello.

—¿No pero sí? Ahí has estado muy gallego, Guille.

—Es que yo qué sé.

—Déjalo, no lo empeores. —Brancho se rio, lo cual le sirvió para aplacar los nervios.

Fueron al aparcamiento de la Comandancia a por sus coches y se sorprendieron al constatar que ambos eran idénticos modelos: dos Seat Ibiza de color negro.

—¿Cómo te han podido asignar uno igual que el mío? —preguntó Coira con asombro.

—Eso mismo me pregunto yo. A ver cómo explicamos ahora que estamos tan conectados que nos hemos comprado el mismo Ibiza y del mismo color. Es una cursilada —comentó Brancho; los dos estaban de pie en medio del aparcamiento, observando los coches, sin entender aquel pequeño error, si es que lo era.

—Dejaremos el tuyo en el paseo marítimo de Cieña y operaremos con el mío —decidió el cabo.

—Quizá le estemos dando demasiada importancia. En el Cuerpo no suelen perder el tiempo con estos pequeños detalles.

—Pues para mí son importantes. No podemos aparecer ante mi familia como una pareja ridícula. Ya tengo bastante con tener que mentirles —comentó Coira, de repente malhumorado.

Viajaron desde La Coruña hasta Cieña en los dos Ibiza, uno pegado al otro; Coira por delante, guiando a Brancho, murmurando al volante contra aquella investigación que le obligaba a interpretar un papel ante los suyos y que solo acababa de comenzar. Llegaron a la una de la tarde. Mae, en aquellos momentos, se estaba pintando las uñas de los pies de color regaliz, sin pensar en ningún momento que ya estaba siendo vigilada. Mientras, los dos guardias civiles se acercaron a la taberna de Antía. Aunque era el día posterior al de Navidad, y sábado, se notaba que la gente se había tomado un descanso reparador tras el día festivo, pues apenas había diez clientes en el establecimiento. La prima de Coira recibió a la novia ficticia con amabilidad, aunque seguía abstraída. De hecho, cuando cogió el bolso para darle las llaves de su casa, al colocarlo sobre la barra, se preguntó:

—¿Para qué fui a por él?

—Las llaves —le recordó Coira.

—Ah, sí, es verdad. —Las cogió y se las entregó a Brancho—. Mi hijo Goio está con mi madre, así que hasta la noche tienes toda la casa para ti, Marisa, porque le di el día libre a Aurelio y estoy sola en el bar. Te preparé la habitación de la plancha, donde tengo un sofá cama, y ya le puse las sábanas. Te dejé también un juego de toallas.



—No tenías que haberte molestado —le comentó Brancho—, pero gracias.

Un instante después, Antía recibió una llamada en el móvil. Miró la pantalla, torció el gesto y no contestó. Se guardó el móvil en un bolsillo del pantalón vaquero y a Coira le pareció que estaba a punto de llorar, pues apreció en su rostro ese leve temblor en los labios y esos ojos vidriosos que anteceden al llanto. ¿Quizá aquella llamada era de Mae?, se preguntó el cabo.

—¿Ocurre algo, prima?

—*Carallo*, llevan todas las Navidades con llamadas de promoción de móviles, son unos pesados.

El teléfono volvió a sonar unos segundos después.

—Perdonadme, ahora vuelvo. —Con el móvil en la mano, Antía abandonó la barra y se fue hacia la cocina del local. Su rostro estaba desencajado y se limpió con las manos las lágrimas.

Brancho y Coira intercambiaron miradas de recelo.

—Si te llama Orange o Vodafone para que cambies de compañía, te cabreas, pero no te echas a llorar —dijo ella en voz baja—. Porque se ha ido llorando, ¿se ha fijado?

—Te has fijado, querrás decir —corrigió el cabo.

—Lo siento.

—Ten cuidado con esos errores, Marisa —le advirtió.

—Este bolso de Antía peligra aquí encima de la barra —comentó Brancho—. Voy a guardarlo hasta que vuelva de la cocina.

Lo cogió y, con un gesto torpe que a Coira le pareció intencionado, el bolso se cayó al otro lado de la barra.

—¿Qué haces? Te has pasado —le reprochó el guardia civil—. Voy yo a por él.

—Habrán sido los nervios, lo siento —comentó Brancho sin darle demasiada importancia.

Coira fue inmediatamente hacia el lugar donde había caído. Al ir a recogerlo, pues parte de su contenido se había desparramado por el suelo, miró hacia la cocina. Su prima estaba apoyada en la puerta del frigorífico, cerca de la entrada; hablaba con la voz entrecortada. «Deja de llamarme, por favor. Me estás destrozando», escuchó que decía. Antía volvió la vista y vio a Coira agachado, colocando los objetos de nuevo en el bolso. Colgó el teléfono enseguida.

—*Que feixes?* —le preguntó con desconfianza.

—Te dejaste el bolso sobre la barra y al ir a cogerlo se me cayó. Lo siento —respondió él, al tiempo que aprovechaba para fijarse en lo que contenía; no encontró nada que le pareciera importante, solo el billetero, un pequeño neceser y un par de juegos de llaves—. Antía, ¿vas a contarme que te está pasando? ¿Quién te está destrozando la vida? No he podido evitar oírte.

—No me agobies con preguntas, por favor. Tengo un mal día, solo eso. ¿Queréis tomar algo?

—No nos da tiempo. Aún tenemos que dejar la maleta de Marisa en tu casa antes de ir a comer con mi madre. Si quieres contarme algo, ya sabes que te ayudaré, sea lo que sea —insistió Coira.

—Cariño, déjalo —terció Brancho, acariciando levemente una mano del cabo—. A veces no tenemos ganas de explicar lo que nos ocurre porque es complicado o porque son cosas de nuestra intimidad y hay que respetarlo.

—Me entiende mejor tu novia que tú, Guille, y eso que acabo de conocerla. ¿Te das cuenta de lo cansino que eres? —le recriminó Antía a su primo, con crispación.

Coira no se sentía cómodo espiando a su prima, y le fastidiaba esa animadversión hacia él que parecía ir creciendo en ella. Brancho había frenado hábilmente aquella conversación que comenzaba a ponerse tensa. No le costó reconocerlo cuando ambos guardias civiles abandonaron la taberna.

—Buen intento, Marisa, te ha salido bien. Tú la buena y yo el malo —le dijo a su compañera.

—¿Te parece mal el reparto de roles?

—No, está bien. Tienes que ganarte su confianza y yo ya he tirado la toalla. He conseguido sin quererlo que me tenga manía. Toda tuya —afirmó, vencido.

—Mira a ese —dijo ella, señalando con la cabeza a un hombre con anorak oscuro y gafas de sol también oscuras, sentado sobre el murete de piedra que recorría el paseo, delante de la taberna—. Ese es de los nuestros. No sé qué tenemos, pero nos sabemos reconocer entre nosotros, ¿verdad?

—No te hagas ilusiones. Son de los GAO —dijo, refiriéndose al Grupo de Apoyo Operativo de la Guardia Civil—. Nadie es capaz de pillarles, son muy buenos, ya lo sabes.

—¿Los GAO? Pues este caso es más importante de lo que yo pensaba. Son un grupo de élite. No sabía que hubieran acudido como apoyo.

—Pues sí, por aquí estarán aunque no los veamos. Ayer me comentó el teniente Hernández-Cor que eran ellos los que se ocuparían. Este caso es tan

importante como otro cualquiera. Todos lo son, parece mentira que tenga que recordártelo —le dijo Coira con gesto adusto.

—No te lo tomes a mal, Guille. Estoy nerviosa, es la primera vez que actúo como una guardia civil camuflada y temo no hacerlo bien. Intento manejar esta situación del mejor modo. Es rara para ti y lo es también para mí.

Caminaron por el paseo junto a la ría, en dirección al coche de Coira. El de Brancho quedó aparcado en un extremo, en la zona menos transitada. Si La Coruña había amanecido deglutida por la niebla, en Cieña asomaban trocitos de cielo azul entre pandillas de nubes blancas. La ría aparecía calmada tras los temporales de los días anteriores, y eso había permitido a los hombres de la familia salir por fin a faenar. No estarían en la comida familiar donde Coira presentaría a su novia. Le alegró que se redujera el número de testigos de la farsa.

—Qué agradable es tu pueblo y qué paisaje tan bonito junto al mar.

—En Galicia los hay mucho más bonitos que este, créeme —afirmó Coira con indiferencia.

—¿Nos cogemos de la mano, paseamos abrazados o qué hacemos?

—No sé, lo que tú prefieras. —A Coira le parecía embarazosa cualquier opción.

—A mí me da igual. Pásame el brazo por los hombros y yo me agarro a tu cintura, ¿te parece?

Así lo hicieron y ambos sintieron pudor al arrimar sus cuerpos. No se dirigieron la palabra hasta llegar al coche, cuando, aliviados, se desembarazaron el uno del otro. Pero siguieron en silencio cuando Coira arrancó el motor y continuaron así hasta que llegaron a la casa de Antía, en la parte más alta de Cieña, en el barrio de As Rocas. Se sentían intimidados, pues el hecho de haberse visto obligados a pasear abrazados no era sino el pequeño avance de otras muestras de cariño mutuo que aún tendrían que interpretar ante los demás. Al salir del coche, Brancho buscó con la mirada a algún agente camuflado de los GAO vigilando la vivienda de la prima de Coira. Le excitaba saber que estaban, pero que nunca lograría descubrirlos, a pesar de que aquella zona era bastante solitaria.

—No los busques, que no los vas a encontrar. Disimula y deja de mirar, por favor. Estás haciendo el ridículo —la riñó Coira al verla mirar a su alrededor, había creído ella que con discreción.

Cuando traspasaron la puerta de la pequeña casa unifamiliar de dos plantas

donde residía Antía, volvieron a ser guardias civiles e inspeccionaron toda la vivienda: cajones, armarios, mesillas de noche, todo lo que pudiera contener un mínimo rastro de Mae, algún indicio de su presencia allí, pero nada encontraron. Nunca imaginaron que, en vez de recurrir a la familia, Mae se había ocultado en el piso de un antiguo amigo del instituto. Brancho rebuscó entre los frascos de perfume que Antía tenía sobre la cómoda de su habitación. Eran varios. A ella, que solo utilizaba uno y únicamente en ocasiones especiales, le parecieron demasiados. Entre ellos no estaba el Aromatics Elixir que, según una testigo, usaba la sospechosa. Brancho lo había comprado y lo llevaba en el bolso para tener a mano la fragancia. Era una de las pocas pistas que tenían.

—Si mi prima ha ocultado a Mae en algún momento, aquí no ha quedado rastro, como ves —comentó Coira.

—Lo interesante estará en el móvil, en las llamadas. ¿Tú crees que ya tendrán la autorización judicial para intervenirlo? Esta mañana en la Comandancia aún no había llegado el fax, según me ha comentado el teniente Hernández-Cor.

—¿Cuándo lo ha comentado? No lo recuerdo.

—Es que has llegado cinco minutos tarde.

—Cierto. Anoche me olvidé de ponerle la alarma al móvil. Estoy pensando que... —Coira interrumpió sus palabras; le sobrevino una idea en la que no había pensado hasta entonces.

—¿Qué? —preguntó Brancho con curiosidad.

—¿Y si Mae nunca ha estado aquí? Igual estamos equivocados sospechando de Antía.

—Pues hay alguien que le está destrozando la vida, según has oído que comentaba por teléfono. ¿Tú crees que le diría eso a su propia hermana?

—Si la está comprometiendo, ¿por qué no? A Mae no le importa nadie más que ella misma. La última vez que la vi fue hace años, cuando estrenaba una buhardilla en Madrid. Fue muy distante conmigo. Creo que no le gustaba tener un primo guardia civil. Entendí el mensaje y me desentendí de ella. Cuando mi familia se entere de que ha estado viviendo en un humilde piso de Galapagar y no en Londres, van a alucinar.

—Habrá mucho dolor, desde luego —comentó Brancho.

—Habrá una enorme decepción, que es peor que el dolor.

—Decepción y dolor van unidos.

—Pues los dos a la vez.

Las hermanas Mariño recibieron a la pareja con un aperitivo de cigalas y albariño. Coira pensaba que solo estaría su madre, pero allí estaban las dos, recién salidas de la peluquería, vestidas elegantes, como si la llegada de la inesperada novia del hijo y del sobrino fuera un acontecimiento festivo.

—¿Por qué no la has alojado en casa, Guille? —preguntó la madre, tras las presentaciones—. Tenemos habitaciones de sobra, que vivimos tu padre y yo solos. ¿No has pensado en eso?

—No sé, mamá, me pareció más adecuado en casa de Antía.

—Qué considerado te has vuelto —comentó Amparo, la madre.

—Siempre fue muy reservado —añadió Asunta, la tía—. Desde que era un *rapaciño*.

—Marisa, no les hagas caso. Fui un niño absolutamente normal. ¿A qué viene esto? —replicó Coira, incómodo ante los comentarios sobre su infancia.

—Tú siempre igual, Guille, fijándote demasiado en las cosas sin importancia —apostilló la madre—. Venga, sentaos a la mesa. Esta noche cenaremos todos, cuando vuelvan de faenar tu padre y tus hermanos. Y vendrá el tío Anastasio, claro. No hagáis otros planes, Guille.

—No los haré —contestó Coira, resignado.

—¿Te gustan las cigalas, Marisa?

—Sí, me encantan —respondió Brancho, y dijo la verdad—. Las gallegas nunca las he probado. En Madrid hay pocas de estas.

—Pues aprovecha, que aquí es todo gallego, producto *da calidade*, como dice la publicidad —terció la tía de Coira.

Brancho degustó tres de esas cigalas tan grandes como bogavantes y bebió un par de sorbos del albariño, mientras las dos mujeres la observaban con atención. Luego comenzaron las preguntas sobre su trabajo en la escuela infantil, su lugar de nacimiento, a qué se dedicaban sus padres, si tenía hermanos, si había estado otras veces en Galicia. Brancho tenía la lección bien aprendida y contestó a todo con una soltura que a Coira le admiró, debía admitirlo.

—A la antigua novia que tenía no nos la presentó —afirmó la madre.

—Sí, nunca la conocimos —añadió la tía.

—Por favor, no habléis de estas cosas delante de Marisa —les pidió Coira. Nada le había contado a Brancho sobre su vida y no le gustó que Lola, su gran amor y también su gran decepción, se colara en la conversación.

—No me importa, Guille, de verdad —le dijo Brancho, acariciándole fugazmente el cabello, lo cual sorprendió tanto al guardia civil que a punto estuvo de apartar impulsivamente la cabeza.

Fue entonces cuando Coira recibió aquella llamada de un número que no conocía, pero que decidió atender, pues podría estar relacionada con la localización de Mae.

—Tengo que contestar. Ahora vuelvo —les dijo.

Salió del salón y se fue hacia un extremo del pasillo, donde nadie pudiera oírle.

—Guille, soy Mae.

—¿Mae? —contestó el cabo, confundido—. ¿Eres mi prima Mae?

—No tengo mucho tiempo. Solo me permiten una llamada y he decidido hacértela a ti.

—Pero ¿dónde estás? —Coira estaba tan perplejo e impactado que entró en el dormitorio de sus padres, el más cercano a donde estaba, y se sentó en la cama.

—Estoy en Coruña, en la Comandancia de la Guardia Civil. Me han detenido y no sé por qué. ¿Puedes venir a arreglar este lío? —le pidió con naturalidad, como si aquello no fuera con ella.

—Pero ¿por qué te han detenido? —Coira lo sabía perfectamente, pero lo dejaba atónito que ella no pareciera darle la importancia que realmente tenía.

—No sé, me dicen que empujé a una funcionaria y hui, cuando en esos momentos yo estaba en Londres. No entiendo nada. ¿Puedes venir a aclarar esto, por favor? Tú eres guardia civil y podrás ayudarme. ¿Dónde estás tú?

—En Cieña.

—Entonces estás al lado. Ven, por favor. Me han cacheado como a una delincuente. No es agradable. Me indican que tengo que colgar. Te espero. Adiós.

Coira dudó entre llamar inmediatamente al teniente Hernández-Cor de la Comandancia o a su inmediato superior, el teniente Tresser. Optó por este último, quien le confirmó el hecho.

—En efecto, Coira, su prima ha sido detenida hace unos minutos, así que el operativo de localización queda anulado. Estaba a punto de comunicárselo a usted cuando ha llamado.

El teniente le contó todos los detalles: fue localizada en la vivienda del abogado coruñés Ximo Mosqueira cuando salió a dar un paseo. Previamente,

había sido identificada mediante fotografías que le tomaron cuando ella se había asomado a la ventana. La joven se resistió al principio, cuando los agentes que la detuvieron le informaron de que iba a ser interrogada en la Comandancia. Finalmente se avino a colaborar y en aquellos momentos se hallaba en un calabozo, a la espera de que se le tomara declaración. El abogado que la alojaba acababa de ser interrogado y posteriormente puesto en libertad, al demostrar que desconocía estar dando cobijo a una sospechosa, pues ella le mintió y falseó la realidad. No puso ninguna objeción a que se registraran en su vivienda las pertenencias de Mae. Coira sabía de sobra cuál era el procedimiento habitual de una detención, pero escucharlo con su prima como protagonista le impresionó, no tanto por ella, sino por su familia. Tenía que darles la noticia, y pensar en ello le producía tristeza. Y miedo.

—Mi teniente, no me gustaría figurar como parte del operativo. Ya va a ser demasiado complicado informar a sus padres y a los míos como para que, además, se enteren de que he formado parte de la investigación. He mentido a mi familia con una novia que no lo es y, hasta que regresemos a Madrid, le pediría que siguieran las cosas como están, que Brancho siga siendo Marisa. No quiero añadirles más dolor.

—Le entiendo, Coira, y lo consultaré con el capitán. Debe saber que su prima ha pedido verle y, aunque no le está permitido recibir visitas, salvo la de su letrado, se hará la vista gorda, aunque no sea lo correcto. Queremos saber cuál es la actitud de la detenida antes del interrogatorio. Por el momento se le ha asignado un abogado de oficio, a la espera de que su familia sea informada y le procure otro. Comuníquese lo cuanto antes a los suyos, porque la noticia de la detención de la sospechosa llegará a la prensa en cuestión de pocas horas.

—¿A la prensa? —preguntó Coira, desolado.

—Así es. Lo siento, pero deberá darse prisa para que su familia lo sepa antes de que se haga público.

—No sé cómo darles la noticia, mi teniente.

—Claro que lo sabe, Coira. Seguro que lo hará bien y con delicadeza.

Tresser no podía ayudarle en aquel amargo trance, inmerso como estaba en sus propios problemas. De camino hacia el hospital de Reinoso, acababa de sobrepasar Valladolid cuando Díaz Visedo le llamó para informarle de la detención. Paró en una gasolinera y utilizó la cafetería como un centro de operaciones improvisado. ¿Tenían que detener a la prima de Coira

precisamente cuando estaba a punto de encontrarse con Luba? Estaba furioso.

—Deberá interrogarla usted, Tresser, que es quien lleva el caso y conoce los detalles. Tendrá que retrasar su viaje a Reinosa. Es una orden —afirmó el capitán, sin ofrecerle ninguna otra opción.

No podía negarse. Se arrepintió de no haber pedido una baja por estrés, argumentando que la búsqueda de Luba le descentraba y restaba eficacia a su trabajo. Ya era tarde. Maldijo el sentido del deber y también la abnegación que le debía al Cuerpo.

—A sus órdenes, mi capitán —aceptó ante su superior mientras estrujaba entre los dedos una de las patatas fritas que acompañaban a la Coca-Cola que se estaba tomando—. ¿Me da usted permiso para hablar con el puesto de Reinosa y que un efectivo vigile la habitación de Luba hasta que yo llegue?

—¿Y eso por qué? ¿Está en peligro?

Tresser no podía creer que tuviera que explicarle de nuevo la situación de la niña: menor, secuestrada, esclavizada y prostituida por Águila. Obvió contarle que los servicios de inteligencia habían extorsionado a aquel individuo —pues estaba convencido de que había sido así— con el fin de que les proporcionara información sobre la organización para la que trabajaba. Y obvió contarle también que su amigo Norberto lo había utilizado para llegar hasta Águila y que eso no se lo iba a perdonar. La traición también era una forma de maldad.

—Usted viaje cuanto antes a La Coruña. Yo hablaré con el puesto de Reinosa para que envíen a alguien al hospital. ¿Tiene el caso bien armado? Deberá lograr una confesión y reunir las suficientes pruebas antes de llevar a la sospechosa ante la jueza. No quiero fallos, Tresser.

—No los habrá, mi capitán.

El teniente llamó después a Hernández-Cor para comunicarle el cambio de planes: viajaría hacia Galicia para estar presente en el interrogatorio. «No hay problema en esperarte, Julián. Aún nos queda mucho tiempo para agotar las setenta y dos horas antes de que pase a disposición judicial», le tranquilizó el oficial. Invirtió algo más de tiempo en hablar con el médico internista que trataba a Luba, quien le dio buenas noticias: posiblemente podrían cerrarle la herida al día siguiente, pues la infección ya había remitido. Sin embargo, proseguía la anemia y continuaban muy bajos los niveles de vitamina D por falta de exposición al sol, lo cual le afectaba a los huesos. A Julián le angustiaba que el estado de salud de la niña no fuera el mejor y era



inmensamente frustrante tener que retrasar el encuentro. ¿Cómo se presentaría ante ella? ¿Qué le diría? ¿Cuál sería su reacción? Sentía una inseguridad impropia de él. Cuando finalizó la llamada con el teniente Hernández-Cor, intentó contactar de nuevo con el abogado de Reinosa que le había recomendado Concha, la pediatra amiga de Adelaida. Ya le había hecho dos llamadas, y tampoco contestó a esta, la tercera. Eso le molestó, pero no tenía otro letrado a quien recurrir en una ciudad que desconocía por completo. Necesitaba que empezara cuanto antes con el asunto de la tutela y temía que no se consiguiera. Telefoneó entonces a Elsa para saber cómo había pasado la noche Luba. La actriz no estaba en el hospital en aquellos momentos, sino en su casa de Los Herreros. A su hermano le habían dado el alta a primera hora de la mañana, le contó.

—Ahora estoy descansando —le comentó a Julián—. Estos días han sido intensos y difíciles para mí, pero no te preocupes porque la niña está bien. La herida de la pierna ha mejorado bastante y muy deprisa para lo mal que estaba. Es una niña fuerte. Sigue hablando poco, por no decir nada. Eso sí, come muy bien. No deja nada en el plato. Y ve mucho la tele, prácticamente no hace otra cosa.

A Julián le tranquilizaron aquellas palabras, aunque no elevaron su ánimo, decaído por el retraso de su llegada a Reinosa. Elsa también estaba desanimada. Luca, su hermano, estaba empeñado en denunciar a Luba por aquel sartenazo que le había mantenido hospitalizado dos días.

—Tengo una brecha en la cabeza con varios puntos y una ostentosa calva en la herida, y eso me lo ha hecho una maldita mocosa. Si hubiera tenido más fuerza, podría haberme matado. Quiero justicia —afirmó, enfadado, tras hacer la maleta y a punto de salir de la casa de Los Herreros para viajar ya a Madrid.

—Era solo una niña asustada, Luca. Ni siquiera se acuerda de lo que te hizo. Denúnciala si quieres, pero es una menor y la ley la protegerá más a ella que a ti. ¿Estás preparado para declarar en el juicio? ¿Qué contarás? ¿Y qué contaré yo? Tú y yo sabemos qué estaba ocurriendo en aquel momento y habrá que decir la verdad. ¿Eso es lo que quieres? Además, tiene un familiar guardia civil, un teniente, y no se quedará de brazos cruzados, te lo aseguro.

—¿Y qué hacía el guardia civil mientras ella estaba escondida en el sótano con una pierna herida?

—Buscarla, la estaba buscando y ahora por fin la ha encontrado. No

conozco más detalles, y si los supiera, tampoco te los iba a contar a ti. Lo que sí sé es que no quiero que me compliques aún más la vida con una denuncia. Déjalo correr, te lo pido muy en serio. Por cierto, aprovecho también para decirte que quiero que te alejes de mí.

—¿Qué significa eso?

—Creo que he hablado muy claro y no voy a darte más explicaciones.

La respuesta de Luca fue irse de la casa dando un portazo, violento como un trueno, pero liberador para Elsa. Le observó a través de la ventana arrancar su lujoso todoterreno, castigando la marcha, desordenando la nieve bajo las ruedas. A los pocos minutos de irse, ya dejó de pensar en él. Tenía otros problemas que la acuciaban aún más que su hermano. La tarde anterior, día de Navidad, había mantenido con Luba una inquietante conversación cuando, tras uno de sus largos silencios, a los que Elsa ya se había acostumbrado, la niña le preguntó:

—¿Puedo decirte algo al oído? No quiero que nos escuche nadie.

—Nadie nos escucha. —Aunque la habitación tenía dos camas, no la había ocupado ningún otro paciente desde su llegada—. Estamos solas. ¿Qué quieres decirme?

Elsa se inclinó y se acercó a la niña, que le susurró al oído:

—Gracias por no matarme a mí también.

La actriz se apartó súbitamente y la miró con asombro:

—¿Por qué me dices eso?

—Os oí a tu amiga y a ti hablar de un muerto que había estado en vuestro coche, y limpiasteis el maletero con lejía para que nadie se enterara. Pero no diré nada. Me has salvado la vida y eres la primera persona que se ha preocupado por mí. ¿Aquel hombre os había hecho daño y por eso lo matasteis?

Tenía que suceder. Elsa había estado muy pendiente de Luba desde que la había trasladado al hospital, no solo para acompañarla hasta que apareciera algún familiar, sino para asegurarse de que no había escuchado la conversación sobre lo que ella y Muriel se vieron obligadas a hacer. Ahora acababa de enterarse de que lo sabía. Las espío, como ella temía. ¿Debía contarle la verdad? No. Elsa no estaba dispuesta a hacerlo, y menos a una adolescente desamparada e imprevisible como lo era Luba, que casi le había abierto el cráneo a su hermano con una sartén. Su vida era un misterio. Aquel teniente de la Guardia Civil no le había contado casi nada sobre ella.

—No lo matamos, Luba. No somos unas asesinas. ¿Tú crees que si lo fuéramos te habría salvado la vida trayéndote al hospital?

—Es verdad. Seguro que os hizo daño y no me lo quieres decir, porque a mí también me han hecho mucho daño los hombres. No voy a preguntarte más sobre lo que os oí hablar. No lo quiero saber. Será nuestro secreto.

—¿Sabes lo que significa guardar un secreto?

—Que no se lo podré contar jamás a nadie.

—Eso es. ¿Y no lo harás?

—No lo haré nunca, Elsa. Te lo prometo —afirmó repentinamente risueña. Era la primera vez que la veía sonreír.

La actriz recordó entonces aquella turbadora frase de Benjamin Franklin utilizada más de una vez por los guionistas en las series policíacas que protagonizaba: «Tres podrían guardar un secreto si dos de ellos hubieran muerto». Muriel seguía sin atender sus numerosas llamadas.

—Me da vergüenza mi vida —le comentó Luba entre susurros, como si le estuviera confesando un pecado.

—No digas eso. —A Elsa le estremeció aquella severidad con la que se juzgaba a sí misma—. Eres una niña. No te ha dado tiempo a avergonzarte de nada.

Sí le había dado tiempo. En el hospital, ya sintiéndose a salvo y protegida, había empezado a reflexionar sobre sí misma. Nunca lo había hecho, porque solo se había limitado a sobrevivir. No eres nadie, le decían. Ahora empezaba a sentir que ya era alguien. Le habían curado la pierna malherida y los médicos y las enfermeras eran amables con ella. Sonreían cuando le hablaban y le costaba acostumbrarse a aquellas sonrisas, a esos cuidados que le procuraban, a las dos comidas al día, más el desayuno y la merienda. Y además estaba Elsa a su lado, aquella mujer tan bella y tan dulce, la que le había dejado en la mesilla de la habitación una bolsa repleta de monedas para que pudiera ver la televisión todo el tiempo que quisiera en el hospital, el hada buena con la que compartía un secreto del que deseaba olvidarse para no traicionarla jamás. Elsa no era una asesina. No podía serlo, porque irradiaba bondad. Aquel hombre les hizo daño, como otros se lo hicieron a ella. Ahora todo era distinto y descubría esa nueva realidad con una sensación de brillo y blancura. Sin embargo, a la vez que sentía aquellos destellos, percibía también oscuridad, alimentando la culpa por no haber sido más valiente en lugar de resignarse ante aquellos hombres con nombre de rapaz que dispusieron de su

vida, encerrándola, abusando de ella, degradándola. Sentía vergüenza de sí misma al recordar las humillantes escenas vividas en el burdel cuando, uno detrás de otro, a veces dos a la vez, abusaban de ella y se dejaba hacer, con los ojos cerrados para no ver su cuerpo anulado. Más de una vez se había castigado autolesionándose, cortándose en la zona interior de los antebrazos, en las axilas o en otros lugares que no fueran visibles. Sentía alivio cuando lo hacía e incluso desarrolló tolerancia ante el dolor que le causaba infligirse aquellas heridas. Ahora en el hospital no podía hacerlo, rodeada de médicos como estaba, y le costaba mucho esfuerzo controlar esos impulsos. Entonces se mordía los labios o la zona interior de la boca hasta notar el sabor salado de la sangre. Otras veces se ensimismaba observando la herida de la pierna, de trazo tortuoso y desagradable, una fea cicatriz con la que conviviría toda la vida. También aquello era un castigo que se merecía. Le dolía su vida. Cuando Elsa le dijo que no tenía que avergonzarse de nada, cerró los ojos y simuló dormirse. Quiso soñar que nada de lo que la martirizaba había ocurrido jamás.

La realidad se exhibe con dureza ante los desgraciados. Luba cerraba los ojos para no verla, el cabo Coira tuvo que soportarla con los ojos abiertos, resignado a que golpeará su espíritu mientras comunicaba la noticia a su madre y a su tía.

—Mae no está en Londres. Está detenida en un calabozo de la Comandancia de la Guardia Civil de Coruña —les dijo.

Aquellas diecinueve palabras bastaron para que el universo se desplomara sobre el salón en el que minutos antes se festejaba a la nueva novia del cabo con cigalas y albariño; un universo que se precipitó en caída libre sobre las hermanas Mariño cuando escucharon de Coira la narración de los hechos, las mentiras, los mundos inventados, el refugio en casa del abogado Mosqueira y, al final del relato, la muerte de la funcionaria. Hubo llanto y hubo desesperación, llamadas a los teléfonos móviles del padre y de Antía, del tío y los primos de la detenida, que recibieron la noticia en la mar, en la cubierta de su barco marinero, rodeados de peces muertos y crustáceos agonizantes. Asunta, la madre, se abrazó después a su hermana Amparo repitiendo sin cesar entre sollozos un «Ay, Dios mío» que, aunque pronunciado entre susurros, violentó el aire de toda la estancia y retumbó en los oídos de los demás. Brancho se ofreció a servirles un poco de agua o una tila. Ni la escucharon. Coira, realmente abatido tras darles la noticia, se había sentado en el sofá, alejado de la mesa de las viandas donde Asunta y Amparo, desconsoladas,

compartían su duelo, porque aquello lo estaban viviendo con el mismo desgarró que si Mae hubiera muerto. Brancho se acercó al sofá, se sentó junto a Coira y posó su mano sobre la del cabo, no como una novia, sino como una compañera, pero el guardia civil no lo entendió y la apartó suavemente. No quería más teatro, quería soledad. De haber podido, en aquellos momentos hubiera cogido el coche para recuperar la entereza frente al océano, en el acantilado de Os Desgraciados, pues lo suyo también era un naufragio. Y para ponerse a salvo tendría que mentir.

—¿Tú sabías algo de todo esto, Guille? ¿Sabías que la iban a detener? —le preguntó a su sobrino la madre de Mae, apartándose súbitamente de su hermana, atravesando a Coira con una mirada llena de desconfianza.

—Por supuesto que no, tía. ¿Quiénes pensáis que soy? —exclamó, airado, interpretando el papel que ya había decidido adjudicarse—. Yo también estaba convencido de que Mae estaba en Londres, aunque sí sospeché que le ocurría algo. ¿Recordáis que os lo dije? ¿Recordáis que yo veía algo raro en aquel vídeo donde nos felicitaba la Navidad?

—No, yo no recuerdo nada de eso —aseguró Asunta.

—Sí, algo dijiste, pero como siempre sospechas de todo, no sé, no le di importancia —comentó Amparo, su madre.

—¿Que siempre sospecho de todo, mamá? No sabía que pensaras eso de mí. —Aquella conjetura de su madre le dolió—. Pero vamos a centrarnos en el problema, por favor.

Coira se levantó y se sentó a la mesa, frente a las dos hermanas. Brancho continuó en el sofá, pues pensó que era el lugar más correcto para ella en aquellos momentos.

—Necesito ver a mi hija, Guille, tú eres guardia civil y nos puedes ayudar —le pidió Asunta—. Mi niña estará sufriendo y no lo puedo soportar. Por favor... —musitó con la misma intensidad que si suplicara por su vida.

—No le están permitidas visitas de familiares, pero yo voy a intentar verla, os lo prometo. Lo que necesita rápidamente es un abogado que la pueda asesorar, pues Ximo Mosqueira ha rehusado defenderla.

—¿Y eso por qué? —preguntó Asunta, enfadada—. ¿Por qué los Mosqueira no quieren defender a mi hija? ¿Es poco para ellos?

—Mae engañó a Ximo para que la acogiera en su casa de Coruña, donde la detuvieron, y lógicamente se debe de sentir traicionado, pero ya habrá tiempo de comentar estos detalles. Mae permanecerá en el calabozo hasta un máximo

de tres días y tras su declaración será llevada ante la jueza, que decidirá si la deja en libertad con cargos o la envía a prisión.

—¿A la cárcel? —preguntaron al unísono las dos hermanas, escandalizadas.

—Eso puede pasar, depende de las pruebas incriminatorias. Ya os he contado que huyó cuando empujó a la funcionaria y el cristal que se desprendió la mató. —Coira evitó nombrar la palabra «decapitación»—. Esa huida no le va a favorecer ante la jueza y la fiscal, quien probablemente la acusará de homicidio imprudente grave. Tenéis que buscar enseguida un abogado, insisto.

Se oyeron las llaves de la puerta. El padre, Vicente y su hija Antía irrumpieron en el salón con los rostros descompuestos. Coira se alejó de ellos cuando toda la familia se abrazó. No tenía derecho a unirse a ellos. Les había mentido y, aunque Mae les mintió mucho más, en aquellos momentos se sintió más traidor que nadie. Necesitaba huir de allí y llevarse consigo a Brancho. No quería dejarla sola. Le inquietaba la idea de que descubrieran quién era realmente ella, una guardia civil. Era un temor absurdo, porque eso no iba a suceder, pero se sugestionó tanto con aquella idea que incluso se sintió mareado. Cuando Antía les dijo que había hablado con una abogada, que aceptaba el caso y que ya se estaba dirigiendo hacia la Comandancia, Coira aprovechó para huir.

—Yo también me voy para allá y a ver si puedo ver a Mae.

—Llévale una manta, Guille, y una funda de almohada, que allí estará todo sucio y ella no está acostumbrada —le pidió la madre.

—Tía, allí tiene de todo y está limpio, no es una mazmorra. Si le falta algo, ya se lo facilitarán.

—Dile que la queremos muchísimo y que la vamos a sacar de allí —añadió el padre de Mae, con la voz quebrada.

—Se lo diré. Todo saldrá bien, ya lo veréis —les consoló Coira.

—Te acompaño, Guille —dijo Brancho, saliendo del mutismo que había mantenido hasta entonces.

Las hermanas Mariño, el padre de Mae y Antía se sentaron a la mesa, apartaron las cigalas y el albariño y permanecieron en silencio, cada uno pensando en lo mismo, sin atreverse a enunciar en voz alta los sentimientos que les envenenaban: la decepción y la vergüenza. Solo les consolaba la certeza de que el único camino posible para calmar sus corazones rotos era el perdón.

## CAPÍTULO XVIII

—¿Sabes qué dice un proverbio chino? Que es fácil esquivar la lanza, mas no el puñal oculto.

Lena miró fijamente a Águila y le dijo eso, sin más, inmediatamente después de sentarse a la mesa. Estaba desconcertado. La cita para comer era con su marido, René, y, sin embargo, la que había aparecido era ella, su mujer, saludándole con un inquietante proverbio sobre la traición. Él llevaba un micrófono oculto en la aguja de la corbata, el que había visto siempre en las películas, donde la mayoría de quienes lo portaban acababan descubiertos o, peor, muertos. También llevaba en el oído un minúsculo receptor por donde recibiría indicaciones de Norberto, que se hallaba en algún lugar que desconocía. En aquel restaurante de Madrid donde se había citado con René, un lujoso palacete con frescos en el techo, paredes de color burdeos y grandes ventanales con pesadas cortinas damasquinas, también estaba siendo vigilado, pero no sabía por quiénes. Miraba a su alrededor y nadie llamaba especialmente su atención, todos parecían ser la misma persona: hombres con trajes oscuros, hombres haciendo o deshaciendo negocios; había allí pocas mujeres, solo vio un grupo de cuatro al fondo del salón, cuchicheando en voz baja en torno a la mesa, como si se estuvieran contando secretos inconfesables.

—¿A qué viene eso, Lena?

—¿El qué?

—El proverbio chino. No estoy para acertijos.

—¿Y eso por qué? ¿Tienes un mal día, Juanjo? —preguntó ella con ironía mientras se retocaba la melena rubia y ondulada con una mano llena de oro: dos anillos y tres pulseras de cadena, contó Águila.

—¿Por qué no ha venido René?

—¿Tú qué crees? Ayer por la noche nos robaron uno de nuestros tesoros y, obviamente, le han pedido explicaciones y se va a retrasar. Me ha encargado

que me cuentes qué ha ocurrido y aquí estoy, para pedirte explicaciones yo a ti.

Lena le abrumaba. Arrogante y vanidosa, siempre iba vestida como lo que él pensaba que sería una reina a punto de asistir a un acto oficial: elegante, discreta, impecable, con un porte regio y envarado, perpetuamente envuelta en un aura de refinamiento y educación exquisita, pero, a diferencia de las reinas, con una mirada que exhalaba inteligencia y también mala leche. Era una mujer turbadora, la peor compañía para Águila en sus circunstancias, convertido a la fuerza en un colaborador de los servicios de inteligencia, obligado a traicionar a los suyos bajo la amenaza de dejarle al descubierto como el soplón que nunca había sido hasta entonces.

—Yo no tengo por qué darte explicaciones, porque no trabajo para ti, sino para René. ¿Va a venir o no? Es una pregunta bien sencilla.

—Sí, vendrá, pero veo que no acaba de quedarte claro que tanto René como yo somos los señores del castillo por igual y que tú eres nuestro lacayo. Si compartes nuestra mesa es porque te dejamos, ya que tu sitio siempre ha estado en la cocina, con el resto de los sirvientes. ¿Alguna vez has creído que no era así?

Águila encajó mal aquella grosería. Le hubiera gustado insultarla. No solo eso. Se imaginó colocándole una bolsa en la cabeza y asfixiándola como había hecho con Olga, como haría con Luba cuando la encontrara, y lanzar luego a las dos al pantano de los cocodrilos, deseando que, esta vez, no quedara ni un centímetro de carne de sus cuerpos. No estaba recibiendo ninguna instrucción de Norberto a través del receptor del oído. Ni siquiera le había preguntado quién era aquella mujer cuando irrumpió en el restaurante. Ahora su extorsionador ya lo sabía: Lena, la que acababa de adjudicarse el papel de la señora del castillo. «Tú solo eres un vasallo», le había dicho, humillándole. Eso le ofendió tanto que le impulsó a embestirla cual toro desbocado.

—Yo no soy vasallo de nadie. Siempre he sabido cuál es mi sitio. A lo mejor sois vosotros quienes no lo sabéis y os viene grande hacer negocios con esos mierdas de ETA. No sabía que tuvierais esas amistades peligrosas. En nuestro mundo todas lo son, pero estas aún más. De hecho, se han llevado las armas que les ibais a vender sin pagar ni un euro. Y ahora, ¿qué vais a hacer? ¿Les vais a reñir? —preguntó con ironía—. Tened mucho cuidado. Podéis acabar con un tiro en la nuca cada uno.

—¡Baja la voz! —susurró Lena cuando observó cómo se acercaba a la mesa



una camarera, que les saludó con un «bienvenidos a Eleusis» y les ofreció dos cartas, insertadas en sendas carpetas de piel marrón con el nombre del restaurante impreso en letras de oro—. Traíganos el Enate Uno Chardonnay de 2003 —le ordenó sin mirar la suya— y el carpacho de carabineros para compartir como aperitivo.

—Espero que no penséis que yo he tenido algo que ver con el robo — insistió Águila en el tema cuando se fue la camarera—. Yo no trato con terroristas. No son de fiar, como os demostraron anoche.

—¿Y tú eres de fiar, Juanjo? Porque últimamente estás cometiendo muchos errores. ¿Y tu ratoncita fugada? ¿La has encontrado? —devolvió ella el envite, al tiempo que paseaba su mirada por las propuestas gastronómicas de la carta, para luego cerrarla de un golpe, sin delicadeza alguna. Sus pulseras de oro tintinearón.

—Me han dicho que está muerta —le dijo Águila.

—¿Has visto su cadáver acaso?

—No, pero qué más da. Está muerta y punto.

—¿Y la otra que se te escapó?

—Me teme como a la misma muerte. No es un problema. El problema lo tenéis vosotros. Alguien os ha traicionado.

—Tú estabas a cargo de la vigilancia, Juanjo. Tú vigilas todo lo nuestro.

—Ya le dije a René en su momento que os estabais arriesgando con esas naves en medio de la nada y con solo dos vigilantes cada una. ¿Sabes qué me contestó? Que agradecía mis consejos, pero que me limitara a cumplir con mi trabajo. En el fondo, no sabéis nada de mí. Llevo mucho mundo a mis espaldas, huelo el peligro desde muy lejos, y esas naves siempre han sido un riesgo.

—¿Y lo dices ahora?

—¿Te has enterado de lo que te he dicho? Ya se lo advertí a René, aunque yo no saco nada de esto. Nunca me ofrecisteis un trozo del pastel, pero la verdad es que no quiero saber nada de terroristas, te lo vuelvo a repetir. Son fanáticos y son imprevisibles. No quiero mezclarme en este asunto.

Llegó la camarera con el Enate y el carpacho de carabineros. Ambos comensales esperaron a que escanciara el vino en las copas para proseguir la conversación.

—¿Les tomo nota ya? —les preguntó.

—Ahora no es un buen momento —replicó ella—. Ya le avisaremos.

Lena bebió un sorbo de vino blanco y pinchó con su tenedor una de las finas láminas a las que habían quedado reducidos los carabineros.

—Parece que no os habéis enterado todavía de que ETA roba las armas, casi nunca las compra. Hace tres años robaron trescientas cincuenta pistolas en una fábrica de Nimes, tras secuestrar a los dueños. Lo tenían todo calculado al milímetro, como los buenos ladrones. Si os dedicarais únicamente a las putas, como yo, estas cosas no os pasarían. Pero, claro, las putas y el juego son poca cosa para los señores del castillo.

Águila estaba disfrutando generándole inquietud a Lena. La trataba como a una aficionada, mintiéndole además sobre un robo que nunca se había producido, pues todo había sido una estratagema del servicio secreto para que dejaran miguitas en el camino que les conduciría hacia sus contactos en la banda terrorista, ya que en algún momento tendrían que hablar con ellos para pedirles explicaciones sobre el robo. Lena no había desmentido que se produjera. ¿Qué más necesitaba Norberto? No podía insistir más. Se estaba arriesgando a ser descubierto. Algo muy diminuto apareció de repente ante sus ojos, suspendido en el aire. Aguzó la mirada. Era una insignificante araña gris que estaba descendiendo desde lo alto del techo. Vio el fino hilo de seda del que pendía y, en vez de liquidarla de un manotazo, se entretuvo observando su descenso en vertical, justo sobre el carpacho. Y así, llegó hasta el plato de carabineros, se posó sobre una de las láminas del marisco y fue cuando Lena la pinchó con el tenedor y se la llevó a la boca. Águila observó cómo el liviano hilo seccionado, ya sin su dueña, quedaba colgando del techo, bamboleado suavemente por el aire de la calefacción. Lejos de advertirle de que se estaba comiendo una araña, se deleitó mirando cómo masticaba el carpacho y el arácnido juntos y acompañaba después su trayecto hacia el estómago con un sorbo de vino.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Lena.

La visión de aquella reina tragándose una araña le pareció divertida, al igual que el hecho de que el bicho se colara en un restaurante tan lujoso. Nada podía hacer la ostentación ante la naturaleza, ante los ácaros de los pesados cortinajes, ante las ratas que llegaban de las cloacas para colarse en las cocinas o ante las arañas que pululaban por techos altísimos a donde no llegaban los plumeros.

—¿Que de qué me río? Si te lo dijera, no te gustaría —comentó con malicia.

—Pues entonces, evítamelo.

—¿Por qué no llamas a René para saber si vendrá o no? Esto no da más de sí y tengo cosas que hacer. ¿Tenéis algo más que contarme?

—René no tardará. A mí tampoco me gusta tu compañía. Es la primera vez que estamos solos tú y yo y no está siendo agradable —dijo Lena mientras abría de nuevo la carta de platos—. Siempre vas de listo y no me gusta. Nunca te lo había dicho, pero ahora ya lo sabes.

—Es que soy listo, Lena. No puedo decir lo mismo de vosotros. —Águila ya no tenía nada que perder: acababa de decidir que ya no trabajaría más con ellos—. Espero que vuestros errores no me salpiquen a mí.

—Ya he pensado qué voy a pedir, Juanjo —dijo ella, paseando de nuevo la mirada por la carta—. De primero, un entrante que me encanta. Se llama «Ya no confiamos en ti». El segundo, ya te lo puedes imaginar: «No vamos a contar más contigo». Y al final, de postre, otro proverbio: «No culpes al que hable; antes bien, toma sus palabras como una advertencia».

—¿Me estás amenazando?

—En absoluto. Solo te acabo de despedir con una bonita frase china.

Aquella mujer era una retorcida. Consideró que no debía permanecer ni un minuto más con esa neurótica que se expresaba a través de proverbios. Dejó la servilleta sobre el plato e hizo el gesto de levantarse, pero entonces escuchó a Norberto ordenarle a través del receptor: «Ve a los servicios. ¡Y hazlo ya!».

—Voy al baño. Si a la vuelta no has llamado a René, lo haré yo.

Águila se levantó de la mesa, nervioso y también preocupado por la situación. No sabía qué iba a pasar cuando regresara, y estuvo tentado de salir por la puerta de atrás y no volver, pero no era posible: lo habían convertido en un chivato y cualquier movimiento de huida levantaría sospechas. «Todo se está yendo al carajo», pensó mientras buscaba los servicios atravesando un inquietante pasillo con suelo de moqueta de color rojo, paredes enteladas con raso negro y espejos con cornucopias de bronce dorado. Le había despedido la mujer del jefe, le habían despedido, se había despedido él. ¿Qué había pasado? No acababa de comprender cuál era su situación en aquellos momentos, ya en los lavabos, orinando sin ganas, forzando la micción para matar el tiempo, esperando a Norberto o a algún emisario, esperando órdenes, él, que siempre las había dado, que había comandado tantos grupos de mercenarios en decenas de guerras, tantos sicarios, tantas putas. Cuando acabara con Luba, abandonaría Madrid y proseguiría con la trata de mujeres en otro lugar, quizá en La Junquera, como le había propuesto Noelia.

Harto de esperar en los lavabos, sintiéndose incluso estúpido por hacerlo, Águila se dirigió de nuevo al comedor del restaurante. A medida que se acercaba a la mesa, tuvo la insólita sensación de que su cuerpo se había convertido en cristal y había estallado desde dentro. Oyó la implosión en sus entrañas al ver que Norberto se encontraba sentado junto a Lena. Él le estaba hablando. Ella le escuchaba inmóvil, como si acabara de convertirse en piedra.

—Hola, Lena. Soy Norberto. Servicios de inteligencia —se había presentado ante ella de igual modo que hizo el día anterior con Águila—. No intente salir del restaurante hasta que finalice esta conversación, porque será detenida de inmediato. A usted y a su marido René se les acusará de un delito de tráfico de armas, otro delito de depósito de armas de guerra y de municiones, otro más por colaboración con banda armada y otro por pertenencia a organización criminal, y será cuestión de tiempo que se les imputen también delitos de trata de mujeres y juego ilegal. Llevamos siguiéndoles muchos meses y ya tenemos pruebas suficientes para llevarles ante un juez de la Audiencia Nacional. Le conviene quedarse y escuchar lo que tengo que decirle —le aconsejó Norberto finalmente, tras amenazarla con la inquietante enumeración de todos los delitos de los que pretendía acusarles; luego llegaría el chantaje: ella y René deberían colaborar para poner al descubierto a quienes tenían inmediatamente por encima.

—No tengo ni idea de lo que dice, parece usted un loco —contestó Lena, recuperando la soberbia y sirviéndose más vino en la copa—. No quiero montar un número aquí, así que le pido que se vaya, porque no me voy a ir yo, claro.

—Elena Rivero Asial, Lena para los amigos, directora de una sucursal bancaria en Valencia desde 1982 hasta 1991 —comenzó a relatarle Norberto—, fecha en la que fue despedida tras la desaparición de las hermanas Toledano, de sesenta y tres y setenta años, clientas de la entidad, a las que usted asesoró para colocar sus ahorros de doce millones de pesetas. El 25 de junio de 1991 retiraron casi todo el dinero de la cuenta. Nunca se las volvió a ver. La familia cree que usted tuvo algo que ver con esa desaparición, pero nunca se reunieron las pruebas para demostrarlo. Habrá que investigar de nuevo, ¿no le parece? Conseguiremos que el juez reabra el caso. Aún faltan dos años para que prescriba y le vamos a dar la más absoluta prioridad. Nosotros podemos investigar en las sombras, sin órdenes judiciales,

trabajamos con mucha libertad. De su marido René, con pasaporte francés pero de origen dominicano, sabemos que cumplió en Italia una condena de cuatro años por estafa y le estamos investigando a conciencia. Vamos a hablar, señora Rivero. Le conviene.

—¿Quién es este, Lena? —improvisó Águila cuando llegó hasta ellos, preocupado por aquella jugada de Norberto que no sabía dónde le situaba a él.

—Vete, Juanjo. Ya hablaremos —contestó ella con gesto crispado.

—Sí, será lo mejor —replicó Norberto—. No sé quién es usted ni me importa, pero esto no le concierne.

—No entiendo qué está pasando aquí. —Águila no quería ponérselo fácil al agente del servicio secreto; necesitaba dejarle claro a Lena que él nada tenía que ver con lo que estaba sucediendo—. ¿Te está molestando este individuo? —preguntó, componiendo una figura amenazante, con los músculos tensos y la mirada desafiante.

—No, es amigo mío, nos hemos encontrado aquí por casualidad. Insisto en que te vayas. Vete de una vez.

—¿Estás segura? —Deseó que dijera que sí, y lo dijo.

Lena estaba tensa. Su rostro había palidecido y Águila se alegró de que la reina estuviera a punto de perder su trono, porque no tenía ninguna duda de que Norberto le iba a hacer la misma propuesta que a él. Su misión allí ya había terminado y, satisfecho, abandonó el restaurante. En la puerta, ya en la calle, una joven mochilera con anorak de estampado militar, vaqueros desgastados y un plano urbano extendido entre las manos se acercó a él y señaló con el dedo índice un punto del mapa.

—Simule que me está orientando —le dijo sin rodeos—, señale con el brazo calle abajo, sonríame, despídase, camine unos pasos, quítese el micrófono y el receptor con discreción y tire cada uno de ellos a una papelera distinta. Nosotros nos ocuparemos de localizarlos y recogerlos.

La agente disfrazada de turista se despidió de él con un simple «adiós» y se alejó caminando con tranquilidad. Águila se sentía controlado por fantasmas, seres invisibles que podían salir de la nada en cualquier momento para exigirle más cosas. Antes de seguir las instrucciones de la falsa turista, Águila no pudo evitar mirar hacia el restaurante, a pocos metros de donde él se encontraba, cerca de la madrileña Puerta de Alcalá y del parque del Retiro. ¿Acudiría finalmente René? Lo imaginaba entrando en el restaurante tan elegante como siempre, con esos andares de dandi que tenía, pero dirigiéndose

directo a la ratonera. Norberto ya tenía dos confidentes más, René y Lena. Los llevaría al límite, como había hecho con él, y quizá, además, dejaría que se despedazaran entre ellos para salvarse uno culpando al otro. Ya no era su problema. Estaba seguro de que volverían a verse, y entonces les exigiría que lo despidieran oficialmente y así saldar las cuentas pendientes. Aún quedaba dinero por cobrar y no les iba a perdonar ni un euro. A partir de ahora debía centrarse únicamente en reorganizar su negocio, comprar mujeres en el mercado de la trata y, antes que todo eso, encontrar a Luba, el único eslabón que en aquel momento podía comprometer su futuro. Norberto le había asegurado que estaba muerta, pero él sabía que no era así. Tenía la certeza de que estaba viva, de que había huido por aquel callejón que se veía en el vídeo, pero todavía no sabía cuál era su paradero. No le había dado tiempo a investigar. ¿Por qué le habría mentido Norberto sobre Luba? ¿Quién la estaba protegiendo?, se preguntó tras tirar a las dos papeleras los dispositivos con los que había traicionado a los señores de un castillo que ya comenzaba a derrumbarse. Ahora levantaría el suyo propio y, a pesar de tanto desastre a su alrededor, empezar de nuevo le ilusionaba.

La amenaza que Águila suponía para Luba la estaba viviendo Julián Tresser con impotencia y una intensa frustración. No se fiaba de que Norberto lo estuviera vigilando tanto como él necesitaba que lo hiciera. La niebla profunda que se había cernido en la noche sobre la autovía A6 en dirección hacia La Coruña le sumergía en las brumas de la desazón y su mente ponía sin cesar puntos y comas a la sintaxis de Águila, la de la maldad, como si fuera un texto embrujado que nunca acababa de corregir porque los signos de puntuación erróneos volvían a aparecer de nuevo una vez borrados. Ese era el extraño relato que le proyectaba su mente mientras conducía hacia La Coruña. Llevaba al volante cerca de trescientos kilómetros entre la espesura brumosa y a su alrededor todo se convertía en abismo. «Luba me rechazará y la perderé para siempre», le asaltó ahora ese pensamiento desalentador. No pudo combatirlo y sintió la necesidad de detener el coche, pero no sabía dónde, pues llevaba ya mucho trayecto sin ver ninguna estación de servicio. Condujo varios kilómetros más hasta que vislumbró a lo lejos cómo sobresalía entre la niebla una amalgama de diminutas luces parpadeantes y suspendidas en el aire. Redujo la velocidad para poder fijarse mejor en ellas, y encontró su sentido: era un árbol de Navidad. Un gran árbol navideño casi a pie de la carretera, junto a una gasolinera con una cafetería —justo lo que necesitaba—, como

comprobó instantes después, cuando ya lo tenía muy cerca. El navegador del coche le indicó que se hallaba en Astorga, en León. Aparcó el coche y entró en el local. Una larga barra repleta de raciones. En aquel momento, más allá de las seis de la tarde, solo había cuatro clientes. Él era el quinto. El camarero, ávido de faena, no le dejó tiempo ni para elegir la mesa donde sentarse, pues le preguntó enseguida qué quería tomar.

—Un bocadillo de jamón y una Coca-Cola.

—¿Jamón ibérico o serrano?

—La verdad es que me da igual. —No le apetecía pensar.

—Pues usted dirá.

—Póngame uno de tortilla francesa —decidió finalmente—. Mientras tanto voy a salir a fumar.

Encendió un cigarrillo en la puerta, cogió el móvil y volvió a llamar a Gabriel, el abogado. En esta ocasión tuvo suerte y se puso al teléfono. Le pidió disculpas por no haberle devuelto las llamadas, aunque no le explicó por qué no lo hizo. Entonces cayó en la cuenta Julián de que era sábado, un día no laborable para los letrados, y el que pidió disculpas fue él. Se presentó, le resumió la difícil situación de Luba y sus vínculos con ella y le pidió que se ocupara del caso, porque era urgente resolverlo cuanto antes.

—Lo que quiero evitar es que los servicios sociales asuman su tutela —le manifestó Julián— y que en cambio se dicten medidas cautelares a mi favor, me refiero a una acogida provisional para que pueda llevármela a Madrid conmigo y allí comenzar a tramitar el expediente de adopción. Sería absurdo que, teniendo a alguien que quiere ocuparse de ella, la niña fuera asignada a otra familia o a una casa de acogida. Llevo dos años buscándola y la he encontrado. Me licencié en Derecho y soy teniente de la Policía Judicial de la Guardia Civil, así que obviamente estoy familiarizado con estas cosas y sé que el problema principal va a ser el tiempo, ¿verdad?

—Así es, no se equivoca, el tiempo y también la burocracia.

—Traigo conmigo una carpeta con la documentación que tendría que aportar para la acogida provisional. La encargué a un despacho de abogados de Madrid cuando comencé a buscar a la niña, en previsión de que esto pudiera suceder cuando la encontrara, cosa que felizmente ha ocurrido. Espero que eso facilite las cosas.

—Las facilita, desde luego. Ha sido usted muy previsor, Julián. Al tratarse de una menor, puedo intentar que se tramite su solicitud con urgencia, pero no

le prometo nada. Deme un par de horas a ver qué se me ocurre. Le llamo en un rato. Si puede, envíeme un mensaje detallando qué tipo de documentación va a aportar. Supongo que serán nóminas, declaración de la renta, certificado bancario de domiciliación de recibos y, en fin, todo lo que pueda demostrar su solvencia.

—Así es.

—Pues vamos a ver si lo conseguimos. Hablamos más tarde —se despidió.

Julián lo estaba gestionando todo pensando en que Luba aceptaría su plan. ¿Y si no era así? Regresó de nuevo el temor a que lo rechazara. Apuró el cigarrillo, lo aplastó contra el suelo y, cuando iba a entrar en la cafetería, decidió que antes telefonaría a Adelaida y se encendió otro pitillo. Estaba realmente nervioso.

—¿Ya estás en Reinosa? —le preguntó ella directamente al contestar la llamada.

—Todavía no. Me ha surgido algo y antes debo ir a La Coruña. Un maldito imprevisto que lo retrasa todo.

—Pues es una faena. Lo siento de veras.

—Todo se me ha complicado mucho, la verdad, y encima todo el camino con niebla. ¿Tú sigues en Navacerrada?

—Sí, lleva todo el día nevando y el jardín de la casa está blanco. Es bonito. Me relaja. ¿Qué ocurre, Julián? —le preguntó Adelaida súbitamente, como si hubiera captado a kilómetros de distancia su desánimo.

—¿Por qué tiene que ocurrir algo? Ha habido cambio de planes y me fastidia, solo eso. He pensado también que puede que lo de Luba no salga bien, que no quiera quedarse conmigo o que los servicios sociales, que a veces pueden ser muy crueles, me la quiten.

—Ten cuidado con esa actitud cuando te encuentres con ella. Si vas derrotado de antemano, le transmitirás tus inseguridades y no es precisamente lo que necesita ahora. No me digas que has llegado hasta aquí para acobardarte ahora. El miedo es un lujo que no te puedes permitir. No hagas que me dé pereza escucharte.

—¿Pereza, dices? Eso es muy duro, Adelaida. —A Julián le golpearon sus palabras.

—Más duro es que, a estas alturas, te dé miedo fracasar con Luba, cuando sabías desde el principio que esa posibilidad existía. No puedes pretender controlarlo todo. Deberás arriesgarte a que la reacción de Luba al conocerte



no sea la que tú esperas. Le han robado la vida. No vive en el mismo mundo que nosotros. Si las cosas no salen bien, tendrás que estar dispuesto a perderla.

—No, eso no lo haré nunca —replicó con firmeza.

—Entonces, estás decidido a convencerla para que se quede contigo.

—Eso es.

—Pues es exactamente lo que yo quería oír.

«No hagas que me dé pereza escucharte». Había sentido un escalofrío al escuchar aquellas palabras de Adelaida. Se prometió a sí mismo que jamás haría o diría nada que le produjera hastío. ¿Tan aburridas eran sus contradicciones? Vio a través el cristal el bocado de tortilla en la mesa. Estaría ya fría. Antes de despedirse, se atrevió a decirle: «Te echo de menos».

—Yo también —contestó ella tras quedarse en silencio unos instantes.

—¿Cuándo volverás a visitar a tus padres?

—No tengo respuesta a eso, Julián. Estoy frente a la ventana de casa viendo caer los copos de nieve, viviendo el presente y nada más.

—Me gusta oír eso. ¿Has ido a Navacerrada en la moto?

—Sí, claro. Existen unas máquinas que se llaman quitanieves.

—Ten cuidado. El hielo y esas cosas, ya sabes.

—Ten cuidado tú también con la niebla.

Julián llegó a La Coruña casi a las diez de la noche, cansado, y aún más al pensar que tendría que realizar un interrogatorio. Al entrar con el coche en el aparcamiento de la Comandancia se cruzó con un grupo de periodistas. Con sus cámaras, sus micrófonos y sus libretas. También con un grupo de funcionarios, con sus pancartas: «Justicia para Pepa Ordovás», leyó en una de ellas. Estaba decidido a acabar cuanto antes con la misión encomendada, pero Mae no se lo iba a poner fácil. La joven había estado hablando con Coira y no había funcionado. Se habían dado órdenes de facilitar aquel encuentro en secreto, ya que no le estaba permitido recibir visitas de familiares, porque había la esperanza de que la sospechosa se derrumbara ante su primo y llegara al interrogatorio lo suficientemente dócil como para lograr una confesión rápida. Nada de eso sucedió.

—Guille, sácame de aquí —fue lo primero que le dijo a su primo al verlo entrar en la celda.

—Estás detenida, Mae. ¿Eres consciente de eso?

—De lo que soy consciente es de que llevo horas de pie, porque este

camastro es asqueroso y no quiero ni rozarlo. Y tampoco me puedo apoyar en las paredes, que no pueden estar más sucias.

—Tus padres están destrozados. ¿No te parece eso más importante que la limpieza del calabozo?

—Si mis padres están destrozados, imagínate cómo estoy yo. Me siento humillada. Una mujer guardia civil me ha obligado a desnudarme, se ha llevado los cordones de mis deportivas, también mi mochila con el móvil y hasta los pendientes. Mientras volvía a vestirme, me ha dicho que vendría una abogada para defenderme, pero por aquí solo has aparecido tú y lo único que haces es sermonearme. Aún estoy esperando a que me des una solución.

—¿Una solución? ¿Qué solución esperas que te dé? Nos hiciste creer que estabas en Londres cuando estabas en Galapagar, empujaste a una funcionaria contra un cristal y murió decapitada. Huiste de allí en vez de afrontar tu responsabilidad y ni siquiera te afecta lo más mínimo esa muerte, ni tampoco la decepción que eres para toda tu familia y para Ximo Mosqueira, al que también has engañado y ha rehusado defenderte. Todo esto lo sabes perfectamente, pero a ti solo te importa que las paredes del calabozo estén sucias. ¿Te crees que las pintamos cada vez que entra y sale un detenido?

—Al menos podríais darles un baño de lejía, que tampoco es tan cara.

—Mae, existen las suficientes pruebas contra ti para que vayas a la cárcel por homicidio imprudente con el agravante de fuga. Colabora, por favor. Si no lo haces por ti, hazlo al menos por tus padres y por tu hermana Antía. Hace solo unas horas estaban felices imaginándote en Londres con un buen trabajo y ahora estás detenida en la Comandancia a solo treinta kilómetros de Cieña.

—Pero ellos están libres y yo no.

Un guardia civil entró en el calabozo, se acercó a Coira y le dijo al oído que debía salir, pues la abogada acababa de llegar.

—Tengo que irme, Mae.

—Qué podía esperar yo de ti, que antepones tu tricornio a ayudar a alguien de tu familia —le espetó Mae.

Coira no le contestó. Hacía tiempo que ya no le afectaba el desprecio con que lo trataba su prima. Abandonó el calabozo sin despedirse, sin una sola palabra de aliento, y se dirigió al despacho del teniente Hernández-Cor, donde lo aguardaba Brancho desde que ambos habían llegado a la Comandancia. Los encontró a los dos ordenando sobre la mesa del despacho las pruebas sobre el caso, copias de la documentación probatoria que la agente había traído desde

Uvés. Al entrar y cuadrarse ante su superior, a Coira le pareció que Brancho acababa de comentar algo y al joven teniente le había hecho gracia, pues se rio, aunque dejó de hacerlo en el momento en que vio aparecer al cabo.

—¿Cómo ha ido, Coira?

—No muy bien, mi teniente. Parece estar más preocupada por el estado de limpieza del calabozo que por la grave situación en la que se encuentra.

—Sí, yo tengo la misma impresión. Cuando se la detuvo, les dijo a los agentes que debían aguardar a que terminara su paseo por el mar. Espero que estas extravagancias no sean una treta para buscar un atenuante psiquiátrico. Cuando me habló sobre ella, usted solo mencionó que era una persona muy egoísta.

—Y lo es, mi teniente, pero además no parece arrepentida ni tiene remordimiento alguno.

Coira estaba enfurecido. La insolencia de su prima y la indiferencia hacia el dolor de su familia y hacia la muerte que había causado, aunque fuera accidental, iban más allá de su egoísmo. En su desconcierto, pensó incluso si Mae pudiera ser en realidad una psicópata. Carecía de sentimiento alguno de culpa, era manipuladora y también mentirosa. Un ser odioso, concluyó. Sabía que la iba a interrogar el teniente Tresser, pero la destreza que siempre mostraba su superior para lograr la confesión de los detenidos no sería suficiente para doblegarla.

Sin embargo, Julián estaba convencido de lo contrario: todo acabaría pronto. Tenía prisa, pero no era la prisa cotidiana, la del deseo de terminar algo con rapidez, sino que la suya nacía de la urgencia profunda, casi existencial, de alcanzar algo antes de que se diluyera y desapareciera para siempre. Mae era lo de menos. Luba era esa premura, la incertidumbre, la prisa.

—Empecemos ya, Javier, si te parece. Bastante lo he retrasado todo con mi viaje —le dijo Tresser a Hernández-Cor cuando se encontró con él en la Comandancia.

Mucho más joven que él, formado en la Academia Militar de Zaragoza, licenciado a la vez en Derecho y Económicas y a punto de ascender a capitán, a Julián le pareció un hombre cordial, pero demasiado educado para lo que se estilaba en el Cuerpo.

—Aunque sé que cumples órdenes, te agradezco que hayas llegado ex profeso desde Madrid. Me he estudiado el caso, pero obviamente tú sabes

mucho más sobre el tema —le dijo amablemente antes de acudir a la sala de interrogatorios.

Al igual que a Coira, a Tresser le sorprendió la actitud excesivamente cortés del joven, y se planteó si su falta de veteranía podría entorpecer el interrogatorio.

—Si no te importa, Javier, comienzo yo y luego ya vamos viendo —le propuso.

—Me parece bien —contestó sin objeciones.

Coira y Brancho iban a seguir el interrogatorio desde uno de los despachos de la Comandancia, a través de un circuito cerrado de televisión. Todo estaba preparado, todos estaban listos para comenzar. Menos Mae. Su abogada le había aconsejado que se acogiera a su derecho a no declarar ante la Guardia Civil, a la espera de conocer todas las pruebas reunidas contra ella, pero la joven estaba dispuesta a hacerlo. Tampoco quiso explicarle su versión de los hechos.

—No tengo miedo a declarar porque no me acuerdo de nada de lo que ocurrió —le aseguró a la letrada, una mujer de cuarenta y tantos años, amiga de su hermana Antía y con años de experiencia en la abogacía—. Es lo que voy a responder a cada una de las preguntas que me hagan, que no sé o que no recuerdo. Si eso es verdad o no, no te lo voy a decir. Cuanto menos sepas, mejor.

—¿Disculpa? —La abogada estaba perpleja—. ¿Qué quieres decir con eso de que cuanto menos sepa, mejor? Yo lo tengo que saber todo para poder defenderte, Mae.

—Sí, lo entiendo, pero entiéndeme tú también a mí. No te conozco, no sé cómo trabajas. Lo único que te pido es que confíes en mí y que estés a mi lado cuando me pregunten. Y otra cosa importante: no estoy presentable, este calabozo me ha dejado con el aspecto de una pordiosera. ¿Podrías conseguirme una crema hidratante, un cepillo de pelo y un pintalabios? Necesito sentirme segura. A lo mejor los llevas en el bolso. ¿Es así?

—Puede que los tenga, pero quiero que sepas que con esa actitud no puedo defenderte de modo correcto —le advirtió.

—Deja que declare y luego hablamos. Busca por favor a ver si tienes esa hidratante.

Tras informar Hernández-Cor a la detenida de sus derechos, relatarle de qué se la acusaba y advertirle de que el interrogatorio iba a ser grabado en vídeo,

lo primero que hizo el teniente Tresser cuando tuvo enfrente a Mae fue mostrarle una imagen de la cabeza decapitada de la funcionaria.

—Esta es la consecuencia atroz de su empujón a Pepa Ordovás en la oficina de la Seguridad Social de Uvés. La muerte. ¿La ve, Asunta?

—Nadie me llama así —dijo ella sin mirar la foto—. Soy Mae.

—Yo me voy a ceñir al nombre que aparece en su documento nacional de identidad —replicó Tresser—. Mire la foto, por favor.

Mae lo hizo y apartó enseguida la mirada.

—Una cabeza cortada. Qué asco. Tanta sangre por todos lados me asusta. ¿Esto es intimidación? —le preguntó a la letrada, sentada a su lado.

—Teniente, ¿es necesario? —le reprochó la abogada.

—¿Era necesario empujarla contra el cristal? —la presionó Tresser—. ¿Por qué lo hizo, Asunta?

—Voy a contestar como Mae, ya que usted se refiere a otra persona que no conozco. Yo no recuerdo haberla empujado.

—Entonces reconoce que estuvo allí en esa fecha y a esa hora. ¿Correcto?

—Sí, pero eso ustedes ya lo saben. Mi paso por allí está en los ordenadores. Debo cuotas de la Seguridad Social, como tantos autónomos en este país que tan poco nos da y que tanto nos exige, y fui a que me informaran sobre mi deuda y sobre las amenazas de embargo que había recibido.

—Y la atendió Pepa Ordovás —apostilló Tresser.

—No tengo ni idea de quién me atendió. Ningún funcionario se identifica con su nombre, allí nunca sabes con quién estás hablando, lo cual es inquietante.

—No estaba pues en Londres, que es lo que hizo creer a su familia.

—Acepto que les mentí diciéndoles que trabajaba allí, cuando estaba malviviendo en un piso de la sierra madrileña, sin ascensor, rodeada de gente cutre que escuchaba la radio a todo volumen y que lo cocinaba todo con ajo. ¿Qué hija no mentiría por ahorrarles a sus padres un disgusto? La crisis me arruinó y no quería decepcionarles. ¿Es eso un delito?

—No se la ha acusado de mentir a sus padres, Mae —terció Hernández-Cor, adjudicándose intencionadamente el rol más amable de ambos tenientes al llamarla por su apodo—. Se la acusa de empujar a Pepa Ordovás con el resultado de muerte y darse a la fuga.

—Gracias por llamarme Mae, agente.

—Teniente —puntualizó Hernández-Cor.

—Pues verá, teniente, yo no recuerdo haber empujado a esa funcionaria ni a ninguna otra. Si ustedes tienen pruebas de que fue así, tendrán que demostrarlo. Pero me extrañaría, porque un hecho tan grave no se olvida.

Tresser le acercó a Mae dos fotos más: la de su anorak violeta y la de su sombrero panamá.

—Voy a ayudarle a recordar. Mire estas fotos. Anorak y sombrero. Se hallaron en un contenedor cercano a la oficina de la Seguridad Social. Son suyos. Tenemos además imágenes tuyas captadas por las cámaras de videovigilancia que demuestran que estuvo en la oficina y que empujó a la funcionaria. Se tomaron también muestras biológicas para su análisis del ADN y, cuando las cotejemos con las tuyas, todo encajará. Puede facilitárnoslas voluntariamente o bien se las requerirá la jueza que instruye el caso si usted se niega. En tal caso, tendrá en cuenta su falta de colaboración y podría valorarlo como un indicio incriminatorio. Esa negativa, además, debilitaría la veracidad de las alegaciones de la defensa. ¿No es así, señora letrada? —Dirigió la mirada a la abogada.

—A ver, creo que me estoy perdiendo —terció Mae—. ¿Pretenden que les haga yo su trabajo y les facilite todas las pruebas que necesitan para acusarme?

—Es comprensible que no quiera colaborar para no inculparse —comentó Hernández-Cor—, pero le aseguro que en la Guardia Civil sabemos hacer nuestro trabajo. Tenemos las suficientes pruebas, incluso si prescindieramos de la de ADN, que no va a ser así, para demostrar que fue usted quien agredió a Pepa Ordovás y que, lejos de asumir su responsabilidad, huyó y se ocultó aquí en Coruña, engañando al abogado Ximo Mosqueira. Si le hubiera contado la verdad, él la habría asesorado para que se entregara, no le queda duda.

—¿Por qué me iba a entregar si no he cometido ningún delito? Necesitaba unos días para reflexionar antes de ir a Cieña y contarles a mis padres mi verdadera situación, pero sobre todo quería darles la sorpresa de estar con ellos estas Navidades cuando ya se habían resignado a celebrar las fiestas sin mí. Ximo me acogió amablemente en su casa y le dije la verdad en todo momento. No intenten liarme porque no lo van a conseguir. Soy inocente y, por lo tanto, no lograrán que declare lo contrario.

—¿Está segura de que no va a cambiar de opinión? —le preguntó Tresser—. Piénselo bien.

—Lo estoy. ¿Y están ustedes seguros de que conseguirán hacerme parecer

culpable? No veo que tengan pruebas importantes contra mí.

—Es que no las hemos compartido todas con usted.

—¿Y eso por qué?

—Porque la ley nos lo permite.

—Pues mayor razón para no declarar.

—Entonces no vamos a perder más el tiempo. Mañana será trasladada a Madrid y será la jueza que instruye el caso quien decida —le advirtió Tresser—. La posibilidad de que la envíe a prisión preventiva es alta. Pero eso a usted parece no importarle.

—Sí me importa, porque sería una injusticia. ¿Qué hora es? También me han quitado el reloj cuando me han encerrado en ese calabozo medieval.

—Cerca de la una de la madrugada —contestó Hernández-Cor—. ¿Por qué lo pregunta?

—Ya es muy tarde para hablar con mis padres. Estarán ya en la cama.

—Aunque estuvieran despiertos, no podría hacer esa llamada. Solo tenía derecho a una y ya la ha gastado llamando a su primo, el cabo Coira. Ya es tarde para todo, Asunta —le comentó Tresser—. Usted parece divertirse jugando a ocultarnos la verdad, que es lo que ha hecho durante todo el interrogatorio, pero pronto descubrirá su error, porque solo ha cometido errores y no ha tenido ningún acierto. Fíjese hasta qué punto lo ha hecho mal que, si no hubiera huido cuando empujó a la funcionaria, posiblemente ni siquiera hubiera cumplido la pena ingresando en prisión, porque fue un accidente, usted no tenía la intención de matar a Pepa Ordovás. Sin embargo, su huida malogra la libertad con cargos que podría obtener hasta que se celebre el juicio, puesto que existe riesgo de fuga. Si lo ha hecho ya una vez, ¿por qué no hacerlo de nuevo? Eso es lo que pensará la jueza cuando mañana se le presenten las pruebas. Usted misma se ha puesto las cadenas, no nosotros.

## CAPÍTULO XIX

De Madrid a La Coruña, de La Coruña a Madrid, de Madrid a Reinosa. Las horas y los minutos. El tiempo los había triturado a la velocidad de la luz. Julián Tresser había recorrido casi mil seiscientos kilómetros en menos de dos días. Ya no llegaría antes de las doce de la noche, como había previsto, sino de madrugada. La niebla había salido del escenario. Ahora entraba la nieve. Solo ochenta kilómetros le separaban de Reinosa, pero era de noche y caían gruesos copos que se lanzaban en tropel contra el parabrisas, caóticos. No tardarían en cuajar sobre el asfalto. A ambas orillas de la autovía A-67, que comunicaba la meseta con Cantabria, los bosques nevados de la comarca de Campoo-Los Valles refulgían en la oscuridad como extensos mantos blancos que a Tresser le recordaron a los paisajes de los sueños. Él mismo se sentía dentro de un sueño a medida que se acercaba a Reinosa, a Luba. Nada sería lo mismo tras aquel viaje.

Después de finalizar el interrogatorio a Mae, abandonó a hora temprana la Comandancia de La Coruña para viajar a Uvés. Apenas diez horas después de haber llegado a Galicia, tuvo que regresar otra vez a Madrid. En un furgón de la Guardia Civil viajaba también Mae hacia allí, esposada, indignada por la incomodidad y dureza del asiento y por la poca luz del habitáculo, pero a la vez convencida de que saldría libre cuando la llevaran ante la jueza, segura como estaba de que las mentiras bien contadas podían adquirir apariencia de verdad. Sin embargo, la noche anterior, tras el interrogatorio, Tresser había preparado con meticulosidad las pruebas contra ella. No pudo contar con la ayuda de Coira, debido a su vínculo con la detenida, ni tampoco con Brancho, la agente encubierta, para no comprometer al cabo y ponerlo en un aprieto ante su familia. Debía mantenerlos alejados del caso. Así lo había decidido el teniente tras consultarlo con el capitán Díaz Visedo, quien lo felicitó por la detención, sin demasiada efusividad porque no había logrado la confesión. Inmediatamente después, lo presionó con las pruebas: «Que no se le escape,



Tresser. No nos ha tocado la mejor jueza», le advirtió. Sí, no era la mejor. Por eso le sorprendió que, una vez en Madrid, en los juzgados de Uvés, la magistrada enviara a Mae a prisión provisional con una fianza de cincuenta mil euros tras revisar las pruebas aportadas y escuchar la declaración de la joven, que fue una copia calcada de la que hizo la noche anterior ante los dos tenientes. El abogado que su padre había contratado desde Galicia para que le asistiera en Madrid le recomendó que no declarara, al igual que hizo la letrada que la acompañó en la Comandancia de La Coruña. Pero Mae se había pasado la vida sin escuchar a los demás. Solo se escuchaba a sí misma, y aquella voz a la que atendía acabó por traicionarla, agujereándola con sus propias balas.

Con la ayuda de Hernández-Cor, siempre solícito, Julián había armado todo el engranaje probatorio a lo largo de varias horas, hasta rozar la frontera del amanecer.

—Es frustrante no haberle sacado la confesión —apuntó el joven teniente en un momento en el que detuvieron las tareas para tomar un café—. Siento que hayas viajado hasta aquí para nada.

—Esas eran las órdenes, Javier, y había que acatarlas, ya lo sabes. Tengo a mi hija ingresada en el hospital y debería estar con ella —afirmó Julián, asumiendo el papel de padre antes de tiempo, pero le satisfizo hacerlo—. La niña tuvo una caída y tiene una herida grave en la pierna.

—Lo siento, Julián. ¿Qué edad tiene?

—Catorce años, pero es menuda y aparenta menos. Te voy a decir una cursilada: mi hija es mi vida. —No mintió esta vez—. ¿Tú tienes hijos?

—Ni siquiera tengo novia, y me gustaría, porque nuestro oficio es duro y sería todo más llevadero, pero no he tenido suerte hasta el momento. A las chicas no les hace mucha gracia salir con un guardia civil. Somos objetivo de ETA y eso las asusta, aunque he conocido a una que, en fin, no sé, ya se irá viendo, pero volvamos al trabajo, Julián, para que puedas irte con tu niña cuanto antes.

No le caía mal aquel *principito*, a pesar de los recelos que suscitaban entre algunos miembros del Cuerpo. Se había quedado toda la noche echándole una mano, cuando no tenía por qué hacerlo. Mae era su detenida, su caso, y Hernández-Cor tan solo debía darle soporte en La Coruña. Hizo mucho más de lo que estaba obligado. Cuando finalizaron, Julián se lo agradeció con mayor amabilidad de la que acostumbraba: «Si alguna vez vas por Madrid, llámame y comemos o nos tomamos un café», le propuso. «Lo haré, muchas gracias»,

contestó con su cordialidad habitual. Tresser durmió un par de horas en la propia Comandancia, se dio una ducha en los vestuarios y a las ocho de la mañana abandonaba el recinto rumbo a Madrid, a los juzgados de Uvés, desanimado ante todo lo que quedaba aún por hacer antes de llegar a Reinosa. La niebla se había disipado y en aquel momento llovía. Hubiera agradecido un poco de sol, que ya llevaba unos días sin aparecer, encarcelado por las nubes. Al salir de la Comandancia, Tresser se cruzó con los periodistas y los cámaras que, bajo sus paraguas, habían esperado la salida del furgón policial que trasladaba a Mae hacia Madrid. A su capitán le alegraría ver la detención de la sospechosa en los periódicos, tanto los gallegos como los de tirada nacional. A los mandos les gustaba —quizá demasiado, pensó— que los triunfos de la Guardia Civil fueran recogidos y aplaudidos por la prensa y por la opinión pública. A Julián no le importaba lo más mínimo.

Casi seiscientos kilómetros después, ya en los juzgados de Uvés, expuso ante la magistrada y la fiscal las razones por las que se acusaba a Mae de ser la autora de la agresión que terminó en tragedia. Las consultas que realizó aquella mañana a dos funcionarias, una de ellas Pepa Ordovás, quedaron registradas en los ordenadores de la oficina y, lo más importante, las fotografías que se le hicieron para su ficha policial tras ser detenida mostraron coincidencias incontestables con las imágenes grabadas por las cámaras de videovigilancia de la oficina de la Seguridad Social: cuando entró, cuando salió, cuando agredió a la víctima y cuando salió huyendo. En la Comandancia, el teniente había buscado en Internet imágenes de sombreros panamá similares al que llevaba Mae. Encontró el que buscaba, de color marrón, lo imprimió, lo recortó y lo colocó sobre las fotografías policiales —de frente y de perfil— que se le hicieron cuando fue detenida. Aunque fueran toscas, todas las iniciativas eran válidas cuando se trataba de demostrar la verdad. Las coincidencias fueron absolutas. Quedaba demostrado que se trataba de la misma persona, la de la ficha policial y la que aparecía en las grabaciones de las cámaras de seguridad. Aportó además pruebas circunstanciales, como ese perfume llamado Aromatics Elixir, de la firma Clinique, que se halló en el registro del dormitorio de Mae en la casa de Ximo Mosqueira, la misma fragancia que llevaba la sospechosa el día del suceso, como había declarado una testigo. Por último, le comunicó a la jueza la negativa de la acusada a facilitar una muestra de ADN. La magistrada pareció despertar en aquel momento del letargo en el que parecía haberse sumido

durante toda la argumentación de Tresser, hasta el punto de que, en algunos momentos, el teniente pensó que se había quedado traspuesta.

—¿Dice que se ha negado? —le preguntó.

—Así es, señorita.

—¿Dispone de algún otro material probatorio, teniente?

—No, de momento esto es todo.

—Pues haga pasar a la detenida y a su abogado. Habrá que explicarle a qué se expone con esa actitud tan poco colaboradora, por no hablar de su huida, que por supuesto voy a considerar como agravante en el delito de homicidio por imprudencia.

Tras escuchar su declaración, la fiscal solicitó para ella prisión condicional con fianza de cien mil euros. La magistrada la rebajó a la mitad. Y, así, Mae salió de los juzgados esposada de nuevo y conducida a la prisión de mujeres de Alcalá Meco. No había mentido lo suficientemente bien.

Transcurrieron seis horas desde que Tresser la llevó ante la magistrada, cerca de las dos de la tarde, hasta que salió de los juzgados. Al filo de las nueve de la noche, el teniente dejaba atrás Madrid en dirección a Reinosa. Antes de salir telefoneó a Coira, pero no contestó y le dejó un mensaje informándole del ingreso en prisión de su prima. Habló también con su capitán para comunicarle la noticia y le solicitó permiso para cogerse cuatro días de asuntos propios. «Debo concedérselos, Tresser. Ha estado a la altura», le dijo, más amable que de costumbre. Llamó después a Teresa, con la que al fin pudo hablar tras dos días prácticamente enmudecida por el ingreso de su hija en el hospital. «Ya está en casa, Julián. Ha sido duro, pero lo ha superado», le comentó. La agente se alegró sinceramente cuando supo que había localizado a Luba y que en aquel momento se disponía a viajar a Cantabria para hacerse cargo de ella. «Cuando llegue a Madrid tenemos que hablar, Teresa. He descubierto muchas cosas sobre la organización». No quiso entrar en detalles por teléfono, ni siquiera para avanzarle que Juan José García y Águila eran la misma persona. Ahora se había convertido en un *intocable*, un confidente del CNI.

Luego llamó a Norberto.

—Julián, qué sorpresa. ¿Cómo estás?

—Quiero que me escuches bien —le exigió—. Si descubro que Águila está buscando a Luba, iré a por él. Probablemente no le guste y tendremos un encontronazo en el que, si es necesario, tendré que actuar en legítima defensa.

Ya sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad? Después os lo dejaré en la puerta del CNI a la vista de todo el que pase por allí, para que salga en los telediarios. Atadlo corto, Norberto, si no quieres que esto se descontrolé.

—Está vigilado las veinticuatro horas. No te preocupes por eso.

Pero le había mentido de nuevo: Águila había dejado de importarle y solo le exigió que estuviera localizable por si necesitaba información. Ya no era un objetivo. Ahora estaba centrado en René y Lena, que ya habían comenzado a hablar a cambio de no ser investigados e ir a prisión. Ejerciendo sobre ellos una presión constante y amenazadora, había obtenido datos valiosos sobre la organización y sus contactos en ETA para venderles armas y explosivos. Aquella misión que le obsesionaba —se la debía a su hermano asesinado por la banda terrorista— estaba por encima de su amistad con Julián, aunque a la vez no quería darla por perdida.

—Lamento mucho que hayamos tenido este desencuentro, Julián. Tendríamos que vernos y hablar.

—Cuando tenga tiempo para ti, te avisaré —le contestó el teniente. Cortó la llamada sin despedirse.

Norberto había salido de su vida, posiblemente para siempre. Finalmente, le envió un mensaje a Adelaida. «Al fin me voy a Reinosa», le escribió. De nuevo, no supo cómo despedirse. Se decidió por un emoticono sonriente en vez de un corazón, que es lo que hubiera deseado hacer.

Cuatrocientos kilómetros más. Con la nieve como compañera de viaje. Pasada la una y media de la madrugada, detenía su Audi en el aparcamiento del hospital de Reinosa. Durante muchos años había dado cobertura sanitaria a la zona sur de Cantabria, pero ahora vivía sus últimos días, ya que en pocos meses se inauguraría en la ciudad el nuevo hospital de Tres Mares. Aquella antigua clínica de solo tres plantas, construida en los años setenta, le pareció a Julián un edificio obsoleto y viejo, con un aspecto un tanto destartado. Los copos de nieve caían intensamente y el frío era helador, acrecentado por las ráfagas de ventisca que iban y venían. Le costó recorrer los pocos metros que le separaban del recinto, acuciado por los elementos, por el viento gélido que impulsaba su cuerpo hacia atrás. Se sentía en medio de una tormenta ártica. ¿Así de duro era el invierno de Reinosa?, se preguntó mientras rodeaba el edificio, a punto de conocer a Luba. Habitación 207, según le había indicado Concha, la pediatra, cuando la telefoneó desde los juzgados para decirle que llegaría aquella misma noche. Ella no estaría de guardia, le dijo, pero se lo

comunicaría a un compañero para que le atendiera. Cuando entró en el hospital, preguntó por aquel médico y no tardó más de quince minutos en recibirle. Se llamaba Fernando Bora y era cardiólogo. Tras saludarse ambos, se ofreció a acompañarle a la habitación de Luba, pero el teniente quería vivir aquel momento en soledad y así se lo expresó.

—Lo entiendo y, además, me hace un favor. Nos traen a un infartado y debo estar pendiente. Con esta nevada, las ambulancias se están retrasando mucho. Voy a llamar a la enfermera de planta para avisarle de su llegada.

—Se lo agradezco. No quiero entretenerle, pero me gustaría saber cómo está Luba antes de verla, no sé si usted sabrá algo.

—Al decirme Concha que iba a llegar esta noche, he preguntado por la paciente. Han suturado ya su herida, una vez controlada la infección. Le administran analgésicos para que no sienta dolor. La lesión estaba muy infectada, pero va mejorando. Lo comprobará cuando la vea. Utilice el ascensor para el personal, así evitará recorrer el hospital para llegar a la zona de habitaciones.

La 207 se hallaba al principio del pasillo, solitario y silencioso a esas horas, con un joven guardia civil del cuartel de Reinosa sentado junto a la puerta. Le reconfortó saber que el capitán Díaz Visedo había cumplido su palabra. El agente se cuadró ante él cuando se identificó como teniente.

—¿Alguna novedad? —le preguntó su superior.

—Casi ninguna, mi teniente. Hoy ha visitado a la niña la señora Elsa Davín. Ha venido a primera hora de la tarde y ha estado alrededor de una hora. Es la única persona, además del personal médico, que usted autorizó para que visitara a la niña.

—¿Nadie más ha intentado verla o ha merodeado cerca de la habitación?

—No, mi teniente, hemos estado muy pendientes mis compañeros y yo en cada turno.

Llamaría al día siguiente a Elsa para agradecerle que se hubiera ocupado de Luba en su ausencia. Se había citado con el abogado también. Tenía que hacer muchas cosas, pero ninguna tan importante como la que estaba a punto de suceder. Cuando abrió la puerta de la habitación, Julián detuvo el gesto unos instantes. No sabía qué iba a ocurrir a partir de entonces. Le tembló el pulso al colocar la mano sobre el pomo, pero finalmente lo giró con firmeza. Lo primero que vio fue la cama vacía. Después, la figura menuda de la niña, de pie, junto a la ventana, frente a los copos de nieve que seguían revoloteando en

el viento. Le sorprendió que estuviera levantada a esas horas tardías, pero, a la vez, lo consideró una señal de mejoría: si podía estar de pie, significaba que la herida estaba evolucionando bien. Luba se volvió cuando oyó que alguien entraba. Al ver a Julián, se sobresaltó. Anduvo dos pasos, arrastrando también el gotero, y se pegó a la pared, asustada.

—Hola, Luba. No tengas miedo. Me llamó Julián y soy guardia civil, como el que está en la puerta.

—Pero no llevas el uniforme —dijo ella con desconfianza.

—No todos lo llevamos. Voy a enseñarte mi placa. ¿Quieres verla?

Julián se acercó hacia ella y se la mostró, con el escudo del Cuerpo y la palabra «Guardia Civil». Observó su corto cabello rubio, sus ojos verdes —del mismo color que los suyos— que lo miraban con recelo, su cuerpo pequeño y tan delgado, cubierto con el austero camión azul del hospital, que le iba ostentosamente grande, y aquel brazo tan esquelético —le dolió verlo— y la pequeña mano que cogió la identificación. La niña no invirtió más de un segundo en mirarla y se la devolvió. No hizo el esfuerzo de leerla con su tosco sistema de deslizar el dedo por cada letra. Quería ocultar, al igual que había hecho con el personal sanitario, que era analfabeta.

—El otro guardia civil no entra en la habitación. ¿Por qué tú sí? —le preguntó a Julián.

—Porque es distinto. Tú y yo somos familia, pero eso ya te lo explicaré más adelante.

—Yo no tengo familia —replicó la niña sin despegarse de la pared donde se había arrinconado.

—Sí la tienes, pero no lo sabías. Yo tampoco lo sabía hasta hace dos años, cuando desapareciste. Te he estado buscando todo este tiempo.

—¿Para follarme como los demás? —le preguntó con una naturalidad que estremeció a Julián.

—No hables así, por favor. Eso no pasará nunca más.

A Julián lo atravesaron aquellas palabras, tan brutales. A través de ellas, vio el tormento y el abuso, el dolor y la humillación. Luba se había acostumbrado tanto a esa situación que pronunciaba «follar» con la misma normalidad que otros infinitivos tan cotidianos como «comer» o «andar».

—Voy a salir un momento. Vuelvo en unos minutos —le dijo Julián—. Tengo algo que enseñarte.

—¿Qué es?

—Ahora lo verás.

¿Quién era aquel hombre y qué quería? ¿Otro hombre-pájaro que se la iba a llevar? Asustada, pulsó el timbre para que acudiera una enfermera. Ese extraño encuentro le había generado repentinamente dolor en la pierna; o ella pensaba que le dolía, porque tomaba los suficientes analgésicos como para no sufrirlo. Desde que le habían suturado la herida, evitaba mirarla. La cicatriz se hundía en la piel trazando una línea tortuosa, una marca deforme, ahora recorrida por grapas y untada con el color marrón del Betadine. Le producía asco.

—¿Qué haces levantada estas horas, cariño? —le preguntó una enfermera con acento alemán cuando entró en la habitación—. Conviene que ahora tengas la pierna en reposo hasta que vaya bajando la inflamación. Anda, tumbate en la cama y duerme.

—Ha venido un señor.

—¿Un señor? ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Se ha ido y dice que va a volver, que me va a enseñar algo.

—Pero ¿lo conoces?

—No. Quédate conmigo, por favor. No quiero estar sola.

—Tranquila. Mientras yo hago una llamada, tú acuéstate, ¿de acuerdo?

Julián había ido al coche para coger algo que se había olvidado: la carpeta que había esperado dos años a ser abierta, la que contenía el análisis de ADN y también la documentación que necesitaría para acoger legalmente a Luba. Y había algo más, que guardó cuidadosamente en un bolsillo del vaquero. Nevaba ahora algo menos, pero le costó acercarse al coche sin resbalar y, en el camino de vuelta, tuvo el mismo problema, que solventó de igual modo: pisando por donde la nieve aún no se había convertido en hielo, con pasos cuidadosos y lentos, las rodillas ligeramente flexionadas. Había que hacerlo así, pero caminaba como un pato y se sintió grotesco. Cuando ya se acercaba a la entrada del hospital, le salieron al paso dos celadores. Habían recibido el aviso de que un extraño había entrado en la habitación de Luba. Tuvo que darles explicaciones, pero le tranquilizó que se las pidieran, pues significaba que estaban atentos a la seguridad de la niña.

—Hablen de todas formas con el doctor Bora. Me ha dicho que iba a comunicar mi llegada a la enfermera de planta, pero, al parecer, se le ha olvidado. He hecho un viaje muy largo para ver a Luba. Mientras ustedes aclaran la situación, yo voy a volver a la habitación.

La conversación no había durado más de cinco minutos, pero su cuerpo se había entumecido como si llevara una hora bajo aquella atmósfera helada de Reinosa, una de las localidades con las temperaturas medias más bajas del país, la cuarta ciudad más fría de España. Mientras subía en el ascensor, Julián lamentó haber asustado a Luba. Lo había hecho rematadamente mal. No sabía cómo afrontar el nuevo encuentro. Deseó que estuviera dormida, para que le diera tiempo a reflexionar sobre los pasos siguientes. En la puerta de la habitación, junto al guardia civil, le esperaba la enfermera de planta. Julián no tenía ganas de dar explicaciones de nuevo. Deseaba aprovechar el tiempo con Luba antes de que se durmiera, pues ya era muy tarde. Seguía preguntándose qué hacía despierta a aquellas horas de la madrugada.

—Lamento el malentendido, señor Tresser —se disculpó la enfermera, invitándole con un gesto a alejarse unos pasos del guardia; le sorprendió su leve acento teutón—. Al doctor Bora se le ha olvidado avisarme de su llegada, eso es lo que ha sucedido.

—La culpa es mía por no avisarle a usted antes de entrar en la habitación. Hubiera sido lo correcto —reconoció—. Quería ver a la niña cuanto antes y me olvidé de lo demás.

—Es estupendo que alguien se vaya a hacer cargo de ella. Nos daba mucha pena que Luba no tuviera a nadie en su vida —comentó aquella mujer de mediana edad, muy rubia, muy delgada y muy alta, casi tanto como Tresser—. Algo grave le debió de suceder cuando tiene a un guardia civil en la puerta para protegerla, aunque nadie nos ha informado del porqué y tampoco es de nuestra incumbencia preguntarlo. Cuando nos enteramos de que un familiar, usted, se había puesto en contacto con el hospital, en la enfermería nos alegramos mucho. Pensábamos que acabaría tutelada por alguna institución, lo cual está bien, claro, pero no es lo mejor para una niña de once años.

—No tiene esa edad, tiene catorce —apostilló el teniente.

—¿Ah, sí? Pues su constitución es de unos once años, o eso es lo que nos han dicho los doctores. Ya le contarán, de todos modos. Elsa Davín, la famosa actriz, no ha dejado de visitarla desde que la trajo al hospital. Usted se asustaría si la hubiera visto cuando llegó, pero la hemos cuidado bien, no solo la pierna herida, sino todo lo demás.

—¿Todo lo demás?

—No me está permitido comentarle nada, pero mañana hablará con el internista que la atiende, el doctor Belsa, y ya conocerá los detalles. Ella está



cada día mejor. Ahora la he tranquilizado, le he dicho que usted iba a ayudarla, pero hay que darle tiempo.

—Soy consciente de ello. ¿Cuándo podré ver mañana al médico?

—Pasa visita por las habitaciones a partir de las doce de la mañana. Me llamo Anke, no se lo había dicho.

—No es usted española. Su acento es...

—Aleman, sí. Soy de Khel, una ciudad fronteriza con Francia, a orillas del Rin. Pero vivo aquí desde hace veinticinco años, desde que me casé con mi marido, que es ingeniero eléctrico en Gamesa, una de las muchas fábricas que tenemos en Reinosa. Es una suerte que los dos tengamos trabajo. Con esta crisis, uno nunca sabe cuándo se quedará en el paro, porque a veces eso sucede de un día para otro. No quiero entretenerle más. Habrá notado el frío que hace aquí —comentó cuando vio cómo Julián se friccionaba las manos para entrar en calor—. Los campurrianos ya estamos acostumbrados, pero a los de fuera les cuesta. En la habitación tiene un sillón donde podrá descansar. Si necesita algo, estoy en el mostrador de enfermería, cinco habitaciones más allá, a la derecha. Esta semana hago el turno de noche.

—Es usted muy amable. —A Julián le reconfortó tener una aliada en el hospital que le facilitara las cosas—. ¿Sabe de algún hotel cercano? Para darme una ducha mañana y cambiarme de ropa.

—Hay una hostería rural a solo novecientos metros, en la misma avenida del hospital. Se llama Posada Robledal de Hijedo. Está muy bien, ya lo verá.

Tras darle las gracias por su amabilidad, Julián entró en la habitación. No había llegado a tiempo: Luba ya estaba dormida, cubierta por las sábanas salvo la pierna herida, que reposaba sobre un almohadón. Sufrió al ver aquella cicatriz abultada que recorría el lateral de su pantorrilla derecha. Ni siquiera cuando bajara la inflamación le quedaría bien, porque se habían eliminado las partes infectadas y se adivinaban dos pequeñas depresiones en el centro, dos cavidades de piel desfigurada cuyo aspecto le apesadumbró. Aquella marca, aunque no era la peor —tenía muchas otras invisibles—, la acompañaría durante toda su existencia, injustamente, como un siniestro tatuaje imposible de eliminar. Se sentó en el sillón de escay marrón, amplio y mullido. Desde allí contempló cómo dormía Luba, con tanta paz y una respiración tan serena. El sueño acabó por vencerle y, sin darse cuenta, se entregó a él. Se despertó pocas horas después, a las siete de la mañana, cuando entró una auxiliar de enfermería para tomarle la temperatura a Luba y renovar la bolsa de suero. Al

abrir los ojos, vio cómo la niña lo estaba mirando. Lo observaba con curiosidad. ¿O quizá con inquietud? No supo descifrar aquella mirada.

—Buenos días —le dijo cuando la sanitaria finalizó su tarea y salió de la habitación—. ¿Qué tal has dormido?

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Julián.

—¿Por qué somos familia?

—Te lo explicaré todo, pero no ahora. Primero tienes que recuperarte.

No era el momento para contestar a su pregunta. Quizá no se la contestara nunca, quizá elegiría una bonita mentira. Quería protegerla de las sombras.

—Estuve hablando con Fanny —decidió decirle para cambiar de tema, seguro como estaba de que hablar de su amiga le gustaría.

—No conozco a ninguna Fanny —afirmó.

—Es lógico que no confíes en mí. —Así entendió Tresser aquella evasiva—. Es normal que no confíes en nadie, pero te pido que hagas el esfuerzo. Sé dónde has estado estos últimos años y te aseguro que quien te secuestró pagará por ello. Pudiste escapar de todo eso, eres muy valiente, ¿sabes? Fanny también lo fue. Ahora está a salvo.

—¿Dónde está? —preguntó Luba rápidamente, con ansiedad, olvidándose de que, segundos antes, había afirmado no conocerla.

—Está en un lugar seguro, con otras chicas a las que les sucedió lo mismo que a vosotras. Las están ayudando a salir adelante, a rehacer sus vidas.

—¿Podré verla?

—Antes tienes que ponerte bien, pero te prometo que la verás. Ahora voy a contarte cuáles son mis planes, para que me digas si estás de acuerdo. Si no es así, los mejoraré. Cuando te den el alta, nos iremos a Madrid y viviremos cerca de la ciudad, en un lugar que se llama Uvés. Tengo una gata que se llama Greta. Ella y yo te hemos esperado mucho tiempo. Te queríamos sin conocerte y ahora te querremos más. —Sacó del bolsillo del vaquero un juego de llaves de las que colgaba un pequeño Mickey Mouse de peluche y se las dejó sobre la cama—. Son para ti, son tuyas. Tendrás toda la libertad para entrar y salir de casa cuando quieras. Nunca más volverás a estar encerrada.

Luba cogió las llaves y jugueteó entre sus manos con Mickey.

—¿Y a cambio no tendré que follar contigo?

—No digas esas cosas —le pidió de nuevo, sobrecogido—. Ya te dije ayer que el mundo terrible de donde vienes ya no existe. Ningún hombre te va a

hacer daño, aunque entiendo que te demos miedo, pero estoy aquí para ayudarte.

—¿Y ayudarás a Fanny también?

—Ya lo están haciendo, como yo lo voy a hacer contigo.

Una auxiliar entró con la bandeja del desayuno. Después —le informó a Julián— harían la limpieza de la habitación y no se permitirían visitas hasta las doce. Decidió entonces aprovechar la siguiente hora para acercarse a aquel hostel cercano que le había recomendado Anke y darse una ducha rápida. Nevaba de nuevo cuando salió, pero habían limpiado el aparcamiento, retirando la nieve hacia los lados y creando en el perímetro del hospital pequeñas murallas heladas que ya habían perdido su albor, manchadas por las palas que las arrastraron hacia allí. El suave color gris del cielo, la blancura de la nieve y el jaspeado que formaban los copos al caer se fusionaban entre sí generando un paisaje brumoso. No era la postal navideña más bonita, pero a Julián le gustó. Tenía ahora su ánimo en lo alto, aunque era consciente de que podía descender en picado en cualquier momento. Lo estaba haciendo bien con Luba, se felicitó. No se había negado por el momento a vivir con él en Madrid, pero seguía pronunciando «follar» con tal pasmosa naturalidad que ya se iba haciendo a la idea de lo difícil que sería recuperarla, desprogramar esa mente que relacionaba directamente la presencia de un hombre con la sumisión sexual hacia él. ¿Cómo podría cambiar eso?

La hostería estaba realmente cerca del hospital. No había tardado ni cinco minutos en llegar. Aparcó el Audi y, al salir del coche, vio una Honda Goldwing de color dorado situada a pocos metros. No había muchas así. Más bien pocas. «Adelaida», pronunció en voz alta sin quererlo. Estupefacto, permaneció unos instantes observando la moto, sin acabar de creerse que fuera la de Adelaida. Sacó el móvil del bolsillo de la cazadora y, al ir a llamarla, vio que tenía un mensaje de ella, escrito esa misma mañana y que él no había visto. «Estoy en Reinosa, acabo de llegar. Hostería cerca del hospital, el Robledal de Hijedo. Habitación 14. Por si quieres descansar o darte una ducha». Desconcertado, pero también feliz de que Adelaida estuviera allí, cogió su bolsa de viaje y entró en aquella antigua casona de tejados de pizarra y fachada blanca combinada con piedra. Entró en la recepción, luminosa, con el techo y las paredes pintados de un alegre color naranja. Una niña negra, con el pelo peinado con minúsculas trenzas, salió de una de las puertas de aquel recibidor y se dirigió a él.

—Mis padres están sirviendo los desayunos. Si espera un minuto, uno de ellos vendrá a atenderle —le dijo con simpatía y en perfecto español.

—A lo mejor me puedes ayudar tú —le contestó él—. Busco la habitación 14, reservada a nombre de Adelaida Mabrán.

—¡Ah, sí! —exclamó—. La chica guapa de la gran moto, ¿verdad?

—Exacto. —A Julián le divirtió cómo la pequeña la definió.

—Le he dicho a mis amigas que vengan a ver la moto. Nunca habíamos visto una así de grande.

—¿Cómo te llamas?

—Marina.

—Marina, yo soy Julián y tengo un poco de prisa. —Estaba impaciente y aquella niña parecía dispuesta a proseguir la conversación.

—Uy, perdone, que yo siempre me enrollo bastante. Primera planta, pasillo de la izquierda.

No esperó al ascensor. Subió por las escaleras, atravesó un pequeño pasillo de madera antigua que crujía bajo sus botas y llamó a la puerta de la habitación.

—¿Quién es? —preguntó Adelaida desde el otro lado.

—Julián.

Le abrió. Llevaba una camiseta azul marino de manga corta con el lema «No more drama, please». Le divirtió el mensaje, pero también quiso entenderlo como una advertencia.

La camiseta y nada más. Las piernas desnudas. El cabello mojado. Resplandecía.

—Qué sorpresa. Acabo de salir de la ducha. No te esperaba tan pronto.

—Y yo no esperaba que vinieras.

Ambos entraron, Julián cerró la puerta, dejó caer al suelo la bolsa de viaje, la besó y la abrazó, aspirando su olor a jazmines, el de siempre, el que tanto le gustaba. Se dio cuenta de lo mucho que necesitaba abrazarla, sentir la esperanza en el roce de su piel, alojarse en un espíritu amigo. Ella se dejó llevar, aunque con menor ímpetu que él. Cada vez que se encontraban tenía la sensación de que era la primera vez y sentía un pudor de colegiala que le avergonzaba. Le costaba desinhibirse, lo cual atribuía a que ninguno de los dos había puesto nombre a aquella relación.

—¿A qué hora has salido de Madrid? Son solo las nueve y media de la mañana —comentó Julián cuando terminó aquel beso, tan largo e intenso como

aquellos de despedida en los que los amantes parten por largo tiempo hacia destinos diferentes y lejanos.

—He salido a las cinco de la mañana —contestó ella, sentándose en la cama. Él se sentó a su lado—. Tras hablar ayer contigo, pensé que lo correcto era venir aquí y darte apoyo en tus idas y venidas del hospital, por eso elegí el hotel más cercano. Mis padres no han dejado de llamarme mientras he estado en Navacerrada y me estaban agobiando. Al saber que habías encontrado a Luba, decidí que mi sitio estaba en Reinosa. En fin, demasiadas explicaciones para lo obvio: quería verte y punto. Sé que es un momento complicado para ti. ¿Cómo está ella?

—Esta mañana hablaré con el médico. No sé si tiene problemas añadidos a la herida de la pierna, supongo que sí, y espero que no sean graves, como el sida, por ejemplo. Lo he pensado muchas veces. Pero ya estoy con ella. Eso es lo más importante. —Cogió su mano y la besó—. No me puedo creer que estés aquí.

—¿No lo hubieras hecho tú por mí?

—Eso ni lo dudes, pero venir en moto, con la nieve y el hielo, ha sido una locura. Te podría haber pasado algo. No quiero ni pensarlo. —Se fijó entonces en el mono térmico, los pantalones y la cazadora impermeables que, junto con el casco, reposaban sobre un sillón del dormitorio.

—Mi Honda y yo hemos pasado por todas las pruebas climatológicas que puedas imaginar. Estamos acostumbradas. ¿Quieres darte una ducha? No tendrás mucho tiempo, supongo.

Desgraciadamente, no lo tenía. Le hubiera gustado hacerle el amor en aquel mismo instante. La deseaba. Quizá a ella le sucediera lo mismo, quiso pensar. Se levantó de la cama para abrir la bolsa de viaje y coger ropa limpia.

—Ojalá tuviera más tiempo, pero no quiero dejar sola a Luba. He logrado que asignen a un guardia civil para que custodie la habitación, pero aun así no estoy tranquilo.

—¿Un guardia civil? ¿Por qué? —preguntó ella con extrañeza.

—Es una historia complicada, como todas las mías.

—Me da igual que sea complicada. No me trates como a una idiota, por favor.

—¿He hecho eso alguna vez contigo, Adelaida? —replicó; consideró injusta aquella afirmación.

—No, pero ahora sí lo estás haciendo.

—Lo siento. Estoy cansado, apenas he dormido. Más tarde te lo cuento todo. ¿Hasta cuándo te vas a quedar? —Se sentó de nuevo a su lado, tomó su mano y la acarició.

—Depende de lo que necesites de mí. Hasta el cuatro de enero no me incorporo al trabajo, porque Año Nuevo cae en viernes. Estamos a veintiocho de diciembre, aún quedan días por delante, pero a Luba le darán el alta mucho antes. Por cierto, hoy es el día de los Inocentes. Tiene poesía que hayas conocido a Luba precisamente hoy.

—¿Poesía, dices? A ella le robaron la inocencia y del modo más cruel, Adelaida.

—Es verdad, pero hoy, día de los Santos Inocentes, Luba comenzará una nueva vida a tu lado. Esos son los versos del poema, Julián. ¿Le han suturado ya la herida?

—Sí, y tiene una cicatriz terrible, desde la rodilla hasta el tobillo. Pobrecilla. ¿Quieres venir conmigo a conocerla? —se le ocurrió de repente.

Fue un impulso involuntario y se arrepintió antes de acabar de enunciar la propuesta, como muchas veces le sucedía con Adelaida. La había apartado hasta entonces de casi todo lo concerniente a Luba y ahora acababa de pedirle que se implicara hasta el punto de ir a verla al hospital.

—¿Necesita Luba que la conozca o lo necesitas tú?

—Pues quizá los dos, pero posiblemente sea yo quien más lo necesite.

—Ahora mismo, el único que debes estar allí eres tú. Te acaba de conocer, vas a ser su referente. Los demás, sobramos. Si todo va bien, te convertirás en su padre y deberá acostumbrarse a eso, a que no haya una madre en su nueva vida. Yo al menos no haré ese papel, eso nos tiene que quedar muy claro a los dos, Julián. Te ayudaré en todo, eso lo sabes, pero no quiero que la inercia de las cosas me adjudique un sitio que no deseo.

—Solo te he pedido que vayas a verla. No pretendía llegar tan lejos.

Temía a Adelaida cuando actuaba así, sin aplicar anestesia a lo que realmente pensaba, con palabras tan directas y letales como una bala. ¿A qué venía eso? ¿Es que acaso pretendía que se vieran a escondidas cuando viviera con Luba, como si la suya fuera una relación clandestina? Ella se dio cuenta enseguida de que le había herido. Lo notó en su mirada sin luz. Le acarició el rostro y le besó en los labios.

—Este barco lo tienes que pilotar tú solo, Julián. Luego ya veremos. Ahora céntrate en llevarte a Luba a casa. Si necesitas que me quede con ella mientras

haces alguna gestión en el hospital o quieres descansar en el hotel, aquí me tienes, para eso he venido, pero me presentaré ante ella como una amiga tuya, sin más.

Sonó el móvil de Adelaida. Se acercó a la mesilla junto a la cama y miró la pantalla del teléfono.

—Es mi madre otra vez. Que me echa de menos, que por qué no voy a verlos y blablablá. La llamaré luego. Deberías ducharte ya. Te he entretenido demasiado.

—Tus padres te están haciendo chantaje emocional. ¿Me equivoco? — comentó mientras miraba el reloj. Solo habían transcurrido quince minutos desde su llegada, pero él tenía la sensación de que habían sido muchos más; tan intenso había sido aquel encuentro inesperado.

—No te preocupes por mis padres, lo llevo bien, mejor de lo que esperaba. En Navacerrada no he tenido ni una sola crisis asmática.

—Pero no olvides que cuando ibas a visitarles te ignoraban. Ahora que por fin has dejado de hacerlo, al menos no con tanta frecuencia, te llaman para decirte que te echan de menos. No les dejes, Adelaida.

—Ya ves que estoy aquí en vez de estar pendiente de ellos, pero insisto: ahora lo importante es que vayas al hospital.

—Sí, será lo mejor.

Julián comenzó a desvestirse para irse a la ducha.

—Te sienta bien la barba de dos días. —Adelaida lo observaba ahora con atención, sentada de nuevo sobre el edredón de florecillas de colores que cubría la cama.

—Y a ti te sienta bien el cabello mojado —afirmó él mientras se quitaba su habitual jersey de cuello alto y la camiseta blanca que llevaba debajo.

Ella observó su torso desnudo y él, de nuevo, la desnudez de sus piernas bajo aquella camiseta corta que le sentaba tan bien.

—Respecto a la barba, siento decirte que me voy a afeitar ahora mismo — comentó Julián mientras se quitaba los pantalones.

—Vaya, qué pena —replicó ella sonriéndole con coquetería.

—Si un día nos vamos juntos de vacaciones, prometo no afeitarme ni un solo día.

Julián tomó aquella ducha, efectivamente se afeitó y, cuando salió en calzoncillos para vestirse, tenía una bandeja con el desayuno sobre la mesa de la habitación, una habitación bonita, moderna, con aquella gran cama de dos

por dos metros que —lamentó— ambos deberían haber usado.

—He pedido a recepción si podían subir un desayuno en menos de diez minutos y aquí lo tienes. Seguro que estabas en ayunas.

—Qué detalle.—Se acercó a Adelaida, la abrazó con delicadeza y la besó —. Me había olvidado de que ni siquiera me he tomado un café esta mañana. —Miró de nuevo el reloj—. Me da tiempo a tomarlo si voy rápido.

Adelaida se quitó la camiseta azul y se quedó en ropa interior. Mientras él comenzaba a desayunar, ella abrió el armario para coger unos pantalones y un jersey. Julián la miró sin que ella se diera cuenta. Siempre se preguntaba cómo una mujer tan bella —y en aquel momento lo estaba más que nunca— se había fijado en él, un cuarentón solitario con un pasado tan desgraciado que cualquier otra no hubiera pasado de la primera cita. A ella también le sorprendía que un teniente de la Guardia Civil la cortejara y le hubiera regalado flores aquel lejano día en el que la invitó a cenar.

—¿Qué tal el desayuno? —le preguntó, situándose a su lado.

Sus cuerpos semidesnudos se rozaron y aquel sutil contacto desencadenó la desaparición del tiempo y el destierro de la premura. No pudieron resistirse. Julián, sentado, se abrazó al vientre de Adelaida. Y ella, de pie, le acarició el cabello. Después se besaron y terminaron sobre la cama, amándose por tercera vez desde que se habían conocido. Tres veces no eran muchas, pero sí las suficientes como para que ya empezaran a compartir los mismos códigos del placer. Se entendieron íntimamente aun mejor que aquella mañana de Navidad de hacía solo tres días, porque ahora les envolvió un profundo sentimiento que trascendía el sexo y que quizá podría ser amor, pensaron. A ninguno de los dos les asustó que fuera así. Les inquietó mucho más aquel instante vacío que irrumpió cuando todo acabó, cuando el tiempo resucitó de nuevo y la realidad se interpuso entre sus cuerpos. Ambos se miraron con melancolía.

—Tienes que irte al hospital —dijo ella.

—Ya debería estar allí —dijo él.

Sonó el móvil de Julián. Se incorporó de la cama y cogió el teléfono, que descansaba sobre la mesa del desayuno que apenas había probado. La llamada era de su confidente.

—Dime, Queipo, qué ocurre. —Volvió de nuevo junto a Adelaida, que ahora estaba acostada de lado. Le acarició la espalda desnuda.

—Esta madrugada, nuestro amigo Águila le ha roto la nariz a un pastelero del barrio de Legazpi. No sé por qué, pero lo ha hecho.



Julián notó un fuerte latido desacompasado en el corazón. Se levantó de la cama y dio unos pasos hacia la ventana. Había dejado de nevar y observó a lo lejos al ganado pastando en un prado, con los hocicos pegados a la tierra, hurgando entre la nieve en busca de la hierba tierna. Ni siquiera aquella imagen bucólica logró calmar su ansiedad por la noticia que acababa de recibir.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tengo ojos y oídos en todas partes. Estoy pendiente de sus andanzas para mantenerte informado.

—Pero ¿lo has visto?

—Sí, ayer por la noche, horas antes de que fuera a por el pastelero. Después de mucho tiempo sin aparecer, volvió al bar ese que te dije, el de los exmercenarios. Estuvo hablando un buen rato con un tío que, aunque no lo conozco personalmente, sé que tiene varios pisos en Madrid que usa como burdeles.

—¿Te fijaste si estaba vigilado?

—¿A qué te refieres?

—Pues ya lo sabes —comentó Julián con impaciencia—. Algún coche camuflado en la puerta del local o algún policía de paisano cerca de él. No pasan desapercibidos en esos lugares.

—Estaba libre como el viento. Si hubiera estado vigilado, yo me habría dado cuenta. Como has dicho, no pasan desapercibidos y menos para mí, que soy perro viejo.

Julián se volvió hacia Adelaida, quien ahora se había vuelto hacia él y lo interrogaba con la mirada.

—Ahora no puedo seguir hablando, Queipo. Llámame enseguida si hay novedades.

—Te llamaré. ¡Arriba España!

Le molestaba que siempre se despidiera así, pronunciando ese «Arriba España» en un tono más alto que el resto de las palabras, con un enérgico estilo marcial que le parecía patético, pero reconocía que aquel friki franquista trabajaba bien. Su información le había puesto en alerta. Había confiado demasiado en que todo estaba bajo control.

—¿Qué ocurre, Julián?

—Cosas del trabajo. No te preocupes. Pero no me puedo terminar el desayuno. Tengo que irme.

Mordisqueó un cruasán, se sirvió un café y se lo bebió de tres sorbos.

—¿Quieres que me quede con la niña? —se ofreció Adelaida.

—No, ya me ocupo yo. Voy a darme una ducha rápida. —Tenía mucha prisa y también angustia por lo que Queipo acababa de contarle, pero no quería aparecer ante Luba oliendo a sexo.

—Julián, otra vez me tratas como a una idiota. O me cuentas de una vez qué está ocurriendo o me voy a Madrid ahora mismo. Te hablo en serio —le advirtió con un tono de voz adusto.

—El hombre que secuestró a Luba y la condenó a la prostitución la está buscando. Es una menor y le pueden caer varios años de prisión si la niña declarara contra él. Lo sabe perfectamente y va a por ella.

—¿Y por qué no lo detienen?

—Voy a ocuparme de que lo hagan, te lo aseguro.

Se dio una nueva ducha en la que no invirtió ni un minuto. Se vistió sin dirigirle una sola palabra a Adelaida, cogió de la bolsa de viaje su pistola reglamentaria Glock 26 y se la enfundó en el cinto, sin preocuparle que ella le viera armado.

—¿Vas a ir al hospital armado? Me estás asustando. ¿Tan grave es el asunto?

—Lo es, pero lo tengo controlado.

En absoluto era así. Norberto le había mentido de nuevo. Águila no estaba sometido a vigilancia, andaba libre como el viento, como le había dicho Queipo, reuniéndose con proxenetas y, peor aún, agrediendo al pastelero para que le diera la misma información sobre Luba que a él. Era cuestión de poco tiempo que hablara con el camionero que, sin saberlo, llevó a la niña a Los Herreros. Aquel monstruo se estaba acercando. Besó a Adelaida pensando en esas cosas.

—Llámame, Julián. Quiero saber que Luba y tú estáis bien.

—Lo haré.

—Si no lo haces, me preocuparé. No quiero sufrir más crisis asmáticas, ¿de acuerdo?

—Eso ha sido un golpe bajo, Adelaida.

—Lo sé.

Se había enfadado y Julián lo lamentó. Estaba tan acostumbrado a no hablar de su trabajo con personas ajenas al Cuerpo y era también un hombre tan solitario, que no se daba cuenta de que su actitud reservada podía entenderse

como una desconfianza hacia el otro; así parecía haber sucedido con Adelaida. Estaba aprendiendo a relacionarse con ella. Hacía tanto tiempo que no tenía pareja —desde que se separó hacía más de una década de una mujer cuyo nombre, a veces, se le olvidaba— que no le quedaba más remedio que improvisar, con más errores que aciertos, por lo visto.

Salió de la habitación ya marcando en el móvil el número de Norberto. No contestó a su llamada. Una vez en el coche y arrancando el motor, telefoneó a aquel pobre pastelero que tuvo la mala fortuna de recibir la visita de Águila. «No tuve más remedio que decirle lo mismo que a usted. Era un hombre terrible», afirmó con una voz nasal y adormecida debido a la nariz rota. Julián se disculpó por haberle implicado y le pidió que advirtiera al camionero de la situación.

—Ya es tarde. Tuve que darle su teléfono. Me había roto la nariz y me amenazó con partirme las rodillas. Me preguntaba una y otra vez por una tal Luba, que si la tenía escondida, que dónde estaba. Yo no entendía nada. Los dos oficiales que tengo en el obrador por las noches se escondieron en el almacén.

—¿Lo ha denunciado?

—Vino la Policía Nacional y revisó las cámaras de videovigilancia. Se llevaron unas copias de las imágenes. Les conté lo que había ocurrido y firmé el atestado, pero quiero olvidarme. Tampoco sé quién es ni quiero saberlo. Si usted lo sabe, no me lo diga.

Julián llegó al aparcamiento del hospital y llamó a Teresa. Días atrás no había querido molestarla mientras cuidaba de su hija en el hospital, pero ahora ya no le escatimó detalles. Juan José García y Águila eran la misma persona y tenía información veraz de que estaba buscando a Luba y, si nadie lo remediaba, podría acabar encontrándola.

—Tenéis que buscarlo y detenerlo, Teresa. Es un caso de la Policía Nacional y no puedo hacer nada a través de los míos. Ayer de madrugada agredió a un pastelero que me dio pistas sobre Luba, ya que su obrador está justo en el callejón donde desapareció. Busca en los atestados y aparecerá la agresión. Tus compañeros se llevaron imágenes de las cámaras de seguridad. Cuanto más lo podáis retener, mejor. Ya sé que una paliza no es un asesinato, pero me permite ganar tiempo para llevarme a Luba a Madrid.

—Cuando se le tomó declaración tras la redada, dio una dirección, puedo mirarla ahora mismo.

—No vive allí. Es un piso tapadera, me temo. Estoy pendiente de hablar con alguien para saber más, te llamaré después. ¿Cómo está María? —Siempre preguntaba por ella y esta vez no quiso dejar de hacerlo.

—Estabilizada, afortunadamente, aunque la medicación antiepiléptica la deja un poco aturdida, pero peores son las convulsiones. Esta mañana me ha sonreído después de dos días tan duros para ella en el hospital. Una sonrisa suya me da la vida, Julián. No quiero entretenerte más. Voy a investigar y te llamo.

Insistió de nuevo llamando a Norberto, pero seguía sin contestarle. Le envió un mensaje al móvil. «No lo estáis vigilando. Procura que no me encuentre o tendréis un problema. Envíame YA su dirección real, no la de Hortaleza», le escribió. Salió del coche y recorrió el aparcamiento, observando cada vehículo, cada persona que transitaba por allí, los que subían a su coche, los que acababan de aparcarlo, se fijó en quiénes entraban o salían del hospital. No vio nada que llamara su atención. Estaba adiestrado para distinguir entre los demás a los sospechosos y todo parecía estar en orden, pero de repente sintió una oleada de aire helado en la nuca: no era el frío, sino el presentimiento denso y sombrío de que el mal se estaba acercando.

## CAPÍTULO XX

Qué podía esperar ella de la vida, cuando nunca le había dado nada. Aquel hombre alto y corpulento que decía ser su familia le había dado unas llaves, le había prometido que no la encerraría y que no la violaría. Y era policía, además. Y amable, sobre todo. Tenía que aceptar su ofrecimiento. Qué otra cosa podía hacer. O eso o el orfanato que tanto temía. Luba meditaba sobre ello caminando por el pasillo del hospital, arrastrando el gotero con cuidado para que no se saliera la vía conectada a su vena. Cojeando, con algo de dolor en cada paso, pero cada día menos. Nerviosa, porque intuía cambios en su vida, tan distintos a lo que había sido su existencia hasta ahora. Estaba excitada con la perspectiva y su cuerpo le pidió un cubalibre de ron. De buena gana se lo habría tomado.

—¿Qué tal has desayunado, Luba? —le preguntó Julián al encontrarla en el pasillo, feliz de verla de nuevo y, además, caminando. Eso le hizo olvidar por unos momentos los problemas de salud de la niña y lo mucho que se le estaban complicando las cosas con aquel monstruo que andaba «libre como el viento». No había olvidado las palabras de Queipo. Luba parecía tener la misma inquietud que Julián, porque lo asaltó con una pregunta.

—Un hombre-pájaro llamado Águila me dijo que, si me escapaba, me encontraría y me mataría. ¿Por eso hay un policía en la puerta?

Luba se sorprendió por atreverse a formular esa pregunta tan directa, y le asombró también haber nombrado a Águila, para ella el terror y la muerte. ¿De dónde le había salido aquella valentía que nunca había tenido? Durante su corta existencia había aprendido a obedecer y a no preguntar para no recibir una paliza o un tiro. No se reconocía ahora en su osadía.

—No es un policía, sino un guardia civil, pero ahora para ti no es importante esa diferencia. Escúchame bien: ni Águila ni ningún otro hombre de esos se acercará jamás a ti, te lo prometo —le aseguró—. Sé quién es y sé todo lo que te ha hecho, pero no pienses en él. Todo aquello se acabó. Ahora

tengo que ir a hablar con el médico. Quizá muy pronto ya nos podamos ir a Madrid. Si tú quieres, por supuesto —puntualizó.

—¿Cómo se llama tu gata?

—Greta. Te está esperando.

—¿Tú crees que le caeré bien?

—Claro que sí. Le he hablado mucho de ti.

—¿Y qué le has dicho?

—Que eres muy inteligente y muy valiente.

Ella le sonrió.

«La analítica del VIH, el sida, para entendernos, ha dado negativo», le comunicó el internista que atendía a Luba, el doctor Belsa, cuando más tarde habló con él. Julián respiró tranquilo al escuchar las palabras de aquel médico de pelo cano al que calculó una edad cercana a la jubilación. Sin embargo, al mismo tiempo le informó de que Luba padecía clamidiasis, otra de las enfermedades de transmisión sexual. El doctor pensaba que habían llegado a tiempo para tratarla con antibióticos, antes de que la infección pudiera extenderse a otros órganos como el cuello del útero o las trompas de Falopio, lo cual sí hubiera sido grave. La niña sufría también importantes carencias de nutrientes, deficiencias óseas y lesiones vaginales y anales, además de diversas cicatrices de golpes y arañazos en el cuero cabelludo. Le comentó que se autolesionaba.

—Son lesiones muy reconocibles y se diferencian claramente de las causadas por otra persona —le explicó—. Usted lo sabrá, seguramente, por su oficio de guardia civil. Es su modo de castigarse o de afrontar su dolor emocional. Según lo que usted me ha contado, la vida de Luba ha debido de ser terrible. Tendrá que estar muy pendiente de ella. No le deje cerca objetos cortantes, como cuchillos, tijeras y hojas de afeitar, aunque si ella quiere lesionarse, encontrará el modo. Es obvio que necesitará ayuda psicológica. Por otra parte, no hemos logrado determinar su edad exacta, ya que llegó aquí sin documentación y ella nos comentó que no sabe cuándo ni dónde nació. Su desarrollo óseo es el de una niña de diez u once años, no más. De hecho, todavía no ha tenido su primera menstruación.

Entonces, dedujo Julián, cuando se la llevó Águila para prostituirla, Luba no tenía más de nueve años. Si hubiera cumplido los doce que él había creído que tenía entonces, la situación sería igual de atroz, pero le horrorizó pensar que aquellos hombres-pájaro, como ella los llamaba, pudieran haber abusado

de ella a una edad aún mucho más temprana. Hizo un esfuerzo escuchando sin derrumbarse todo lo que le estaba descubriendo el médico. Logró mantenerse entero recurriendo a su robusta psicología de guardia civil y alejando de él los sentimientos de congoja como futuro padre de Luba. O lo hacía así y empezaba a acostumbrarse o no lo aguantaría. Lo único alentador: a la niña quizá podrían darle el alta al día siguiente, con las pautas de la medicación que debía tomar y las curas periódicas de la herida de la pierna que, paradójicamente, era la lesión menos grave de todas.

Había quedado después con Gabriel. El abogado había demostrado una eficacia en su trabajo que a Julián le pareció admirable. De hecho, había concertado una cita con la jueza esa misma mañana. Cuando hablaron por teléfono el sábado y Julián le contó el caso de Luba, su pretensión de acogerla y lo urgente que era resolverlo, él le dijo, cuando ni siquiera se conocían personalmente: «A ver qué se me ocurre». Y lo que se le ocurrió fue acercarse aquella misma tarde al juzgado de Reinosa y exponerle el asunto a la jueza de guardia Arancha Sotelo, con la que se llevaba bien y, de hecho, incluso alguna vez habían tomado un café juntos, le comentó a Tresser. Tratándose de una menor, y con un pasado tan abominable de abusos, la magistrada había consultado con los servicios sociales de Cantabria.

—No me pregunte qué teclas he tocado, quienes han influido a nuestro favor y de qué modo se ha conseguido que esto comience bien —le comentó el abogado—, porque no se lo voy a decir y siempre negaré que haya habido un trato de favor, pero la jueza se ha avenido a entrevistarse con usted, junto con una psicóloga de los servicios sociales, Carmen Zabaleta, para valorar por vía de urgencia su acogida cautelar de la niña hasta que inicie en Madrid los trámites para solicitar la adopción. Todos nos hemos hecho cargo, en fin, del infierno por el que ha debido de pasar Luba y yo voy a intentar que se le considere a usted, que además es teniente de la Guardia Civil, la persona idónea para, de momento, hacerse cargo de ella.

—Nunca más afirmaré que los milagros no existen, Gabriel. Usted acaba de demostrarme que son posibles. Luba es mi vida y ahora mismo yo casi le debo a usted la mía. —Julián nunca imaginó que pudiera pronunciar aquellas palabras y que, además, creyera absolutamente en ellas.

—Pues ahora necesitamos otro milagro más en la entrevista. Vamos a cruzar los dedos para que todo salga bien —le dijo el abogado.

Cuando Tresser llegó al juzgado de Reinosa, no caía nieve pero hacía un

frío casi glacial. Gabriel ya le estaba esperando en la puerta. Era un hombre bajito, de no más de cuarenta y cinco años —calculó Julián—, tan amable en persona como había demostrado serlo por teléfono.

—¿Traes toda la documentación, Julián? —comenzaron a tutearse desde el mismo momento en que se saludaron—. ¿No te has dejado nada importante?

—Sí, aquí la tengo toda, Gabriel —le mostró su carpeta.

—Una de las objeciones que pueden plantearte es el hecho de que estés soltero —le advirtió el abogado—. ¿Tienes alguna relación de pareja que puedas demostrar? Eso lo suelen valorar positivamente.

Julián había pensado en todo, pero no cayó en aquel detalle y eso le frustró.

—Tengo una relación, pero no convivimos juntos. Ella es psiquiatra, y a ti te diré lo que quizá no deba mencionar a la jueza y a la psicóloga, y es el hecho de que llevamos poco tiempo juntos. —Le incomodó involucrar a Adelaida, pero no tuvo más remedio que hacerlo.

—¿Puedes afirmar sin mentir que, aunque no conviváis bajo el mismo techo, pasáis mucho tiempo juntos y que ella te apoyaría en la responsabilidad de cuidar de Luba?

—Si yo se lo pidiera, lo haría —contestó Julián con calculada ambigüedad, porque la respuesta a esa pregunta ya se la había dejado muy clara Adelaida: no deseaba que se le adjudicara un papel de madre—. Ella es una mujer metódica, responsable y un gran apoyo para mí, así que estoy seguro de que no tendría ningún problema en ayudarme con Luba si yo lo necesitara.

—Díselo a ellas como me lo has contado a mí. El planteamiento es bueno; no es el mejor, pero tampoco genera incógnitas. Vamos a entrar ya, es la hora. Todo irá bien, estoy seguro.

La larga experiencia de Julián en lidiar con los jueces y tratar con los psicólogos forenses le favoreció en su relato ante quienes iban a decidir sobre el futuro de Luba. Había elaborado mentalmente todas las argumentaciones a su favor y las respuestas a las posibles objeciones, como lo era el hecho de que su profesión de guardia civil pudiera restarle tiempo para atender a la niña. «Salvo circunstancias especiales, tengo mi horario, mis días de permiso y mis vacaciones. Además, el cuartel donde estoy asignado se encuentra a solo cinco minutos en coche de mi casa», le aseguró a la jueza. También expuso sus planes educativos para Luba: tenía pensado enseñarle cuanto antes a leer y a escribir, prepararla con una profesora para el Graduado Escolar y que, a partir de entonces, comenzara sus estudios en el colegio público de Uvés, uno de los



centros mejor reconocidos de toda la zona noroeste de la Comunidad de Madrid. Le proporcionaría, por supuesto, apoyo psicológico profesional para que fuera superando poco a poco los traumas de su pasado. «Quiero darle una segunda oportunidad. Si alguien se la merece más que nadie, es ella», concluyó.

—Y Luba, ¿qué piensa de todo esto? —le preguntó la psicóloga.

—Ella me manifestó ayer que sí quería venirse a Madrid conmigo. No puedo afirmar ahora mismo que haya desarrollado hacia mí sentimientos de afecto y cariño, porque aún es pronto para eso y nos estamos conociendo, pero hemos conectado muy bien y está muy ilusionada por conocer a mi gata, Greta. Ahora lo que más percibo en ella es que se siente protegida por mí, ya que tiene miedo a casi todo, especialmente al proxeneta que la secuestró y la prostituyó, que está libre por falta de pruebas y al que yo denunciaré, por supuesto, cuando las consiga. Con esto lo que quiero manifestarles es que, desde mi profesión de teniente de la Guardia Civil, le proporcionaré la seguridad que ella necesita para sentirse a salvo de su pasado.

Tras la entrevista, de la que el guardia civil y el abogado salieron satisfechos, ahora había que preparar a Luba para el encuentro con la jueza y la psicóloga. Si todo salía bien, tendría lugar al día siguiente. No deseaba influir en ella, sino tan solo pedirle que, si realmente quería vivir con él, eso era lo que debía transmitir. Aún no podía creerse que la justicia hubiera actuado con tanta rapidez, cuando él consideraba la institución como una pesada maquinaria exasperantemente lenta —tantas veces llegaba tarde o no llegaba— y una burócrata irredenta.

—Mañana te darán el alta y, si todo va bien, podremos irnos a Madrid —le dijo Julián a Luba en cuanto entró en su habitación del hospital; la niña estaba comiendo en aquel momento—. Es una buena noticia, ¿verdad?

El teniente retrasó hablarle sobre la visita de la jueza y de la psicóloga, pues antes quería que lo conociera un poco más y generarle mayor confianza.

—¿Estoy curada, pues? —preguntó, ilusionada, deteniendo el movimiento de llevarse a la boca un trozo de pollo hervido con salsa de guisantes.

—Casi curada, pero con la medicación pronto te recuperarás del todo. ¿Tú te encuentras bien?

—Solo me duele un poco la pierna, pero en comparación con las palizas que me daban, es un dolor que no me molesta mucho —comentó con la habitual naturalidad con la que se refería a los hechos más execrables que

había padecido, lo que a Julián, una vez más, le sobrecogió.

Le hizo compañía hasta que terminó de comer, aunque ella apenas le prestó atención, absorta como estaba mirando en la televisión un documental sobre el primer viaje a la Luna. En 2009 se cumplían cuarenta años de aquella proeza espacial y a Luba le asombró —pero, sobre todo, le fascinó— que una nave pudiera viajar entre las estrellas hasta la Luna.

—¿Allí no hay colores como aquí? —le preguntó la niña al ver aquellas imágenes históricas en blanco y negro.

—Puede que los haya, pero en todo caso, serán distintos a los de la Tierra.

Julián nunca se había planteado, hasta entonces, de qué color era la superficie lunar. Tendrían que empezar a importarle aquellas curiosidades que no llamaban su atención, porque cuando Luba aprendiera a leer y a escribir, quería obligarse a ayudarla a hacer los deberes. Luba acabó el yogur del postre, Julián le retiró la bandeja y salió al pasillo para colocarla en un carro junto a otras más. Al regresar, encontró a la niña dormida, justo cuando el astronauta Edwin Aldrin se unía en el paseo lunar a su compañero Neil Armstrong y describía sus sensaciones con dos palabras: «Magnífica desolación». El teniente las hizo también suyas: había sido magnífico encontrar a Luba, pero todo lo demás era incertidumbre y aflicción.

Aprovechó la siesta de la niña para fijarse con atención en el cuerpo de la chiquilla. Las autolesiones estaban a la vista, en la parte anterior de los antebrazos y también en la del muslo de la pierna herida; la vio porque la extremidad no estaba cubierta por las sábanas. En aquellas zonas semiocultas descubrió minúsculas incisiones horizontales con el contorno enrojecido, dispuestas siempre en secuencias de cinco en cinco y, en algunos casos, atravesadas por otra en vertical. Quizá aquellas marcas le hubieran costado una paliza o varias por parte de Olga, de Águila o de alguno de sus otros captores, pues se evidenciaban demasiado ante quienes abusaban de ella. Tal vez a los clientes del burdel les daba igual o incluso les excitaban aquellas rúbricas del dolor. Sintió rabia y quiso compensar a Luba, o al menos proporcionarle un momento feliz, llevándole a la habitación la maleta con la ropa que le había preparado. Quería alejarla de todos sus recuerdos funestos. Bajó al aparcamiento y, antes de abrir el maletero del coche, inspeccionó el lugar. No olvidaba —al contrario, lo recordaba constantemente— que Águila no estaba siendo vigilado ya por Norberto. No observó nada extraño, salvo una mujer que resbaló en la nieve al salir del coche y cayó al suelo. Otros

acudieron enseguida a socorrerla y, al ver que lo hacían, no se molestó en colaborar. Se arrepintió de no haberlo hecho, y más aún porque admitió que estaba tan absorto en sus pensamientos, temiendo que en cualquier momento pudiera aparecer Águila por allí y, a la vez, temiendo también que la jueza y los servicios sociales no le concedieran la tutela provisional, que le dio pereza acercarse a ayudar a la mujer, como era su deber. ¿Por qué había hecho algo así? ¿Acaso se estaba convirtiendo en una mala persona, justo cuando debía ser la mejor, para cuidar de Luba? Posiblemente, se justificó, su comportamiento se debiera al estrés y al cansancio de los últimos días. Recibió en esos momentos un mensaje en el móvil. Era de Norberto, en respuesta al que él le había enviado. «Kiev, 13, Urb. Nova Andrómeda. Pozuelo», leyó. Por fin, la auténtica dirección de Águila. Al agente secreto ya no debía de interesarle mucho como confidente, puesto que se la había facilitado en tan poco tiempo. No se entretuvo maldiciéndolo de nuevo. Tenía otras prioridades. Le reenvió enseguida el mensaje a Teresa y luego apostilló la información con otro nuevo: «Es la dirección de Juan José García/Águila. Ya podéis detenerle. O retenedle al menos por la paliza al pastelero. Espero noticias. Gracias y un abrazo».

Cogió del coche la maleta de la niña y subió a la habitación del hospital. Por el camino recibió otro mensaje, este de Adelaida: «Estoy paseando por la Plaza Mayor de Reinoso. Es preciosa. Luego comeré con mi amiga Concha, la pediatra del hospital. Quizá nos pasemos a conocer a Luba esta tarde, si te parece bien». Julián no se lo pensó dos veces: «Sí. Me parece estupendo», le contestó. Llegó a la habitación y el guardia, tras cuadrarse ante él, le informó de que Elsa Davín y su amiga Muriel estaban visitando a Luba. Encontró a las dos mujeres junto a la niña, las tres frente a la ventana, charlando mientras contemplaban el paisaje nevado al otro lado del cristal. Se volvieron cuando oyeron que alguien abría la puerta. Entró Tresser y dejó la maleta en un rincón para poder saludarlas.

—Julián...

Elsa se acercó al teniente y le dio dos besos en las mejillas, pero sin apenas rozarle la cara; fueron besos casi lanzados al aire. Lo hacía así desde que había empezado a trabajar como actriz, para que, si alguien la saludaba, no tocara ni estropeará su maquillaje antes de grabar en los platós, y aquella costumbre la mantenía también fuera de ellos.

—Por fin nos conocemos —le dijo Julián.

Sí, reconocía a la actriz. No veía mucho la televisión, pero recordaba algún capítulo de aquella serie en donde ella era una policía que buscaba a sus padres, desaparecidos durante unas vacaciones en un balneario, aunque dejó de seguirla porque no le interesó, como la mayoría de las series policíacas. Elsa era una mujer joven, bella, de facciones menudas. Irradiaba ese aura especial de las actrices con carisma, aunque era un tipo de mujer en el que nunca se hubiera fijado. Su amiga Muriel, más reservada y distante, saludó a Julián estrechándole la mano y luego se apartó unos pasos de él para volver de nuevo a la ventana. Al teniente le dio la impresión de que le intimidaba su presencia. Era elegante, delgada, sin demasiada masa muscular, pero se adivinaba en ella una estructura ósea robusta que no encajaba en su físico tan delicado.

«Precisamente hoy, lo que menos me apetece es conocer a un guardia civil, Elsa», le había comentado Muriel a su amiga cuando le pidió que la acompañara al hospital, pero insistió tanto que se avino a complacerla. Había llegado aquella misma mañana en tren desde Madrid y Elsa la había ido a recoger a la estación de Aguilar de Campoo, cercana a Los Herreros. Fue allí cuando ambas se enteraron por los periódicos de quién era aquel desconocido que habían abandonado en un convento, aquel amante ocasional que murió en la cama de Elsa tras una noche de alcohol y sexo. Su foto ilustraba las noticias, aunque no era tema de portada. Era él, Elsa lo reconoció enseguida. «Aparece muerto en la puerta de un convento de Segovia el estafador de los desahucios», leyó en un titular. «Según la autopsia preliminar, podría haber fallecido por causas naturales y se ha detectado en su organismo una tasa de alcohol superior a 1,2 mg por litro. Sigue siendo una incógnita cómo llegó hasta allí, pues su coche se encontraba aparcado cerca de su domicilio, en Madrid», se leía en la entradilla de la noticia.

Se llamaba Alejandro Sánchez Muel, era abogado, soltero y, efectivamente, un estafador. Prometió a varias familias que podía librarlas del desahucio inminente de sus viviendas, cobrándoles un adelanto de setecientos euros para pagar las tasas judiciales y el procurador. Cuando cada una de ellas logró reunir como pudo aquella cantidad y se la entregó, nunca más volvieron a saber de él ni tampoco del dinero. Ofrecía sus servicios en la puerta de los juzgados, cuando sus futuras víctimas acudían a solicitar a la justicia —más bien a suplicarle— que paralizara la ejecución del desahucio. Sánchez Muel las citaba luego en una pequeña pero aparente oficina de alquiler por horas del

centro de Madrid, donde colgaba en lugar bien visible su licenciatura en Derecho, aunque con un nombre falso para que no le localizaran. Les pedía toda la documentación que decía necesitar —que luego iba directamente a la papelera— y al día siguiente ya se había trasladado a otra oficina diferente. Y así sucesivamente, hasta que fue denunciado, localizado y detenido, acusado de una estafa cercana a los cuarenta mil euros. El juez lo dejó en libertad con cargos, pero con medidas cautelares, como la entrega del pasaporte y comparecer en una sede judicial cada dos semanas. Tenía que haberse presentado el día veintitrés de diciembre, pero no lo hizo: ya estaba muerto. Su cadáver, que apareció congelado y semioculto por la nieve que había caído en Nochebuena, lo había encontrado a primera hora del día de Navidad el cura que acudió al convento a decir misa.

—¡Cómo se puede ser tan despreciable! —exclamó Elsa cuando terminó de leer la noticia—. Iba a ser juzgado por una estafa inmoral y él estaba tan tranquilo de fiesta, ligando conmigo. No puedo creerlo. ¿Se pierde algo el mundo con un individuo así? Nada. Maldito miserable.

Elsa estaba furiosa. Se hallaban las dos en el coche, en el pequeño aparcamiento de la estación de tren, un edificio con fachada de mampostería, similar a otros tantos de la arquitectura ferroviaria de las pequeñas ciudades de provincias. El cielo nublado y la llovizna dotaban a la luz diurna de un tono tan apagado como los ánimos de las ocupantes del coche. Deberían estar contentas, puesto que la autopsia había determinado que murió por causas naturales y, además, borracho. Pero Muriel seguía angustiada. Si alguien decidía investigar —la familia, los periodistas, la policía— cómo había ido a parar allí aquel hombre, sin coche y sin ningún vínculo con el pueblo donde se hallaba el convento, encontrarían varias pistas sobre lo que hizo en sus últimas horas, pistas todas ellas relacionadas con Elsa y, por extensión, con Muriel. La amiga de la actriz seguía pensando que alguien podría haber visto a Elsa y a aquel hombre salir juntos de la fiesta donde se conocieron; el taxista podría recordar que lo llevó aquella noche a una calle cercana al domicilio de Elsa; la señal del móvil podría ubicar la dirección exacta. Demasiados flecos, temía Muriel. Elsa, sin embargo, pensaba únicamente en la humillación. Aquel estafador la embelesó y ella se dejó. Era atractivo, divertido, ocurrente. Se rio mucho con él durante aquella noche; también era verdad que ambos bebieron y el alcohol oculta los detalles importantes, como aquellos zapatos feos y desgastados que tanto contrastaban con su traje y su corbata impecables.

Ahora lo recordaba, pero ya era tarde.

—Arranca el coche de una vez —le pidió Muriel con impaciencia—. ¿Sabes por qué no contesté a tus llamadas cuando me fui a Madrid? Porque me puse enferma.

—¿Enferma? ¿Qué quieres decir? —preguntó Elsa mientras ponía la marcha atrás para desaparecer.

—Déjalo, no tiene importancia. Me deprimí, solo eso.

Fue algo más que una depresión. Cuando abandonó Los Herreros y se fue a Madrid para acudir a aquella cena de Nochebuena con amigos comunes, sufrió una crisis de pánico en la estación de Chamartín. Ocurrió minutos después de bajar del tren y de despedirse de Celia, la novia del hermano de Elsa, con la que apenas trató durante el viaje, pues estaban en vagones diferentes y solo tomaron un té en el coche cafetería. Muriel apenas le dirigió la palabra y se disculpó por ello: «Siento no estar muy habladora, pero es que no me encuentro bien. Voy a volver a mi asiento», le dijo. Sentía una gran angustia y hubo ocasiones en las que le faltaba el aire. Aquel muerto le abrasaba por dentro. Una vez en Madrid, caminaba hacia la salida de la estación cuando, de repente, se sintió amenazada por una fuerza invisible, tan potente que, para protegerse de ella, se tiró al suelo y se cubrió la cabeza con las manos, con el corazón desbocado, un temblor que recorría su cuerpo y la sensación de que su muerte era inminente. Llegaron los sanitarios del Samur y la trasladaron en camilla a una ambulancia, donde le administraron un tranquilizante que le hizo sentirse mejor. No quiso ir al hospital, como le aconsejaron. «Ha sufrido un grave ataque de ansiedad y debería valorarlo un psiquiatra», oyó que le decían, a pesar de su aturdimiento. No quería saber nada de los loqueros, los mismos que le hicieron pasar por un humillante examen psiquiátrico —como si la transexualidad fuera un trastorno mental— antes de que la cirugía y los fármacos la convirtieran en mujer. Solo quería irse a casa, pues ya no sentía aquella fuerza misteriosa que la aplastaba. «Estoy bien. Trabajo mucho y ha debido de ser el estrés», improvisó ante el médico que la atendió. Se inventó un catarro para no asistir a aquella cena de Nochebuena y disculpó a Elsa por hallarse en Palencia. Estuvo dos días en cama. El tercero, se levantó, se duchó y se fue a su taller a coser, coser, coser... Lo hizo de un modo compulsivo. Para no pensar. Al cuarto día, llamó a Elsa para decirle que iba a coger un tren, que regresaba a Los Herreros. Ya no quería estar sola: sus fantasmas se hacían cada vez más grandes, sobrealimentados por la congoja. Elsa se alegró

tanto que lloró al teléfono cuando supo que volvía.

—Pensaba que ya no querías saber nada de mí, Muriel —le dijo en medio del llanto.

—Eso nunca sucederá, no seas tonta.

—No contestabas a mis llamadas y pensaba que te había perdido. ¿Vamos a estar juntas siempre? Dímelo, por favor.

—Siempre juntas, Elsa.

La actriz le contó las calamidades que habían sucedido en su ausencia: una niña escondida y herida en el sótano, el sartenazo que le propinó a Luca, ambos trasladados al hospital, ella repartiendo su tiempo entre los cuidados a uno y otro, el teniente de la Guardia Civil que se iba a hacer cargo de Luba, la falta de concentración para estudiar el texto de *Casa de muñecas*, cuando faltaba tan poco para estrenar la obra. No quería preocuparla más, así que evitó mencionar el hecho de que Luba hubiera escuchado sus conversaciones cuando llegaron a la casa tras deshacerse del cadáver. Pero Muriel sí le preguntó por esa posibilidad.

—No oyó nada de lo dijimos, no te preocupes —la tranquilizó—. La niña tenía una herida infectada y mucha fiebre mientras estuvo en el sótano. La menor de sus preocupaciones éramos nosotras.

—¿Y por qué no nos pidió ayuda? —replicó Muriel—. Si no lo hizo, es porque nos escuchó hablar sobre el cadáver y eso la atemorizó, ¿no te das cuenta?

—He ido a verla cada día al hospital, he conversado con ella y te aseguro que no sabe nada —prefirió mentir a soportar aquellas dudas que comenzaban a agobiarla—. No te obsesiones, por favor. Todo va a salir bien.

—Cuando alguien insiste en que todo va a salir bien, es que realmente piensa que todo saldrá mal —sentenció Muriel.

Durante el lluvioso trayecto desde Aguilar de Campoo hacia Los Herreros, Elsa volvió a insistir en aquella frase en la que tan poco confiaba Muriel: «Muerte natural, lo dicen los periódicos, y nosotras sabemos que fue así. Todo saldrá bien», comentó de nuevo.

«No, todo va a ir mal», pensó la amiga, incapaz de afrontar la posibilidad de que el prometedor futuro de ambas, la modista y la actriz, se fuera al traste por culpa de un perverso estafador. Cuando llegaron a casa, se sentaron en el salón y se sirvieron un tequila con hielo para relajar su zozobra. De repente, Elsa se levantó, se fue hacia la chimenea con pasos decididos y escupió dos

veces sobre las cenizas.

—¿Qué haces? —le preguntó Muriel, sin entender aquella escena.

—Aquí quemamos la sábana con la que lo envolvimos, ¿no? Pues me he imaginado que es su tumba. Tiraré sus cenizas a la basura.

Muriel había comprendido aquella extravagancia —o más bien, extraño ritual— de Elsa. Admitía que estaba tanto o más desquiciada que ella misma, que ese cadáver las trastornaba y que solo el paso del tiempo podría cerrar la herida, aunque era consciente de que supuraría durante años, reflexionaba ahora mientras entraba en la cafetería del hospital. Le intimidaba tanto estar tan cerca de un guardia civil que dejó en la habitación a Luba, Julián y Elsa y les dijo que se iba a tomar un café. No entendía cómo su amiga podía estar tan tranquila con el agente a su lado. Habían dedicado toda la tarde a deshacer la maleta de la niña que había traído el teniente y a colocar las prendas en el armario. Luba las tocaba una a una, las miraba fascinada, se las quería probar, pero Julián la convenció para que esperara al día siguiente, que ya era hora de cenar y acostarse. Ella obedecía sin replicar, con esa sumisión que a Julián le desasosegaba.

—¿Y al final los encontraste? —le preguntó Luba a Elsa tras relatarle ella la trama de la serie de televisión que había protagonizado, donde ella interpretaba a una policía cuyos padres desaparecían misteriosamente.

—Tendrás que ver la serie para saberlo —le dijo mientras la ayudaba a acostarse en la cama; Julián se ofreció a hacerlo, pero ella prefirió a la actriz, lo cual le disgustó.

—Me encanta la televisión —comentó Luba—. Solo uno de los hombres-pájaro me dejaba verla, pero únicamente los concursos.

Elsa no entendió a qué se refería e interrogó con la mirada al teniente.

—Luba, ¿te importa que Elsa me acompañe a firmar unos papeles del hospital? —le preguntó el teniente—. Volvemos enseguida.

Julián decidió que debía conocer la historia de los crueles hombres-pájaro y consideró que era el momento. Le había salvado la vida a Luba y la había cuidado durante su ausencia. Se lo debía. Caminaron los dos por el pasillo, recorriéndolo varias veces de un extremo a otro mientras Tresser le relataba cuál había sido la vida de Luba hasta entonces, hasta que se ocultó en la casa de la actriz.

—Lo que no entiendo es por qué no te pidió ayuda y prefirió seguir escondida —le comentó Julián, aunque era un hecho al que no le concedía la



importancia que en realidad tenía. No se le ocurrió aplicar la suspicacia del guardia civil que era.

—¿Te ha comentado ella algo? —pregunto Elsa con temor.

—No, pero tampoco yo se lo he preguntado. Intento no avivar sus recuerdos, que son todos tan terribles. Con ella quiero ir muy poco a poco.

—También yo me he preguntado por qué no quiso que la socorriéramos —afirmó Elsa, intentando pasar de puntillas sobre sus propias palabras—. Posiblemente estaba tan asustada tras la huida que el miedo la paralizó. No comprendo por qué no fui al sótano durante esos días. —Tampoco entendía cómo no la vio Luca cuando aquella funesta Nochebuena bajó a por una botella de orujo. ¿Tan borracho estaba?

—¿Cómo se encuentra tu hermano? Siento que Luba le atacara. Los hombres la asustan. Supongo que es eso.

—Lo entiendo. A Luca le dieron ayer el alta en el hospital y se ha ido a Madrid. No tenemos muy buena relación.

—Todos debemos conformarnos con la familia que nos toca, no podemos elegir. En fin, ya conoces todo por lo que ha pasado Luba.

—Ha sobrevivido a todas las crueldades de esos hombres-pájaro. Ahora está a salvo contigo.

¿Lo estaba? Teresa aún no le había telefoneado para darle la noticia que el teniente esperaba: la detención de Águila. Decidió esperar una hora más antes de volver a llamarla. Salió de nuevo al aparcamiento del hospital. Atardecía ya aquel día que, de momento, despedía sin nieve, aunque con ese frío que traspasaba la ropa y se adhería a los huesos. Había más coches aparcados que durante la mañana. Los observó uno a uno, como ya había hecho varias veces, y volvió a fijarse en las personas que entraban y salían. Nada ni nadie despertó sus sospechas, pero notó otra vez aquel aire helado en la nuca, aquel presentimiento que no le abandonaba.

Luba, ajena a la intranquilidad del teniente, tenía la feliz sensación de que formaba parte de un mundo en el que nadie la amenazaba. Pasó la tarde en la habitación rodeada de personas que la trataban con cariño. Elsa le habló de la obra de teatro que iba a producir y a protagonizar. Prometió invitarla al estreno. Muriel, más relajada tras tomarse aquel café, le contó detalles de su oficio de modista. Las telas, los patrones, la máquina de coser, de la que Luba no había oído hablar nunca y que le asombró que existiera. La amiga de la actriz le preguntó a Julián en qué consistía su trabajo. Se forzó a hacerlo,

quería saberlo.

—Formo parte de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Investigamos delitos para los jueces y fiscales. Perseguimos a los sospechosos de haberlos cometido y, cuando los detenemos, los interrogamos y luego los llevamos ante la justicia.

—Y harás lo mismo con Águila, ¿verdad? —le dijo Luba, de repente.

—¿Qué Águila? —preguntó Muriel.

Alguien abrió la puerta y asomó la cabeza. Era Adelaida.

—Buenas tardes —saludó la psiquiatra, sorprendida al ver a aquellas mujeres desconocidas en la habitación. Ella venía acompañada de otra: Concha, la médico pediatra—. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro, por supuesto. —Julián las invitó a entrar.

Tresser no sabía cómo hacer las presentaciones, qué papel debía adjudicar a cada una. Pero ellas tomaron la iniciativa.

—Hola, soy Adelaida, una amiga de Julián, y esta es Concha, amiga mía y pediatra del hospital.

—Yo soy Elsa. Rescaté a Luba cuando se escondió en mi casa de Los Herreros, a treinta kilómetros de aquí.

—Yo soy Muriel, amiga de Elsa.

—Y esta es Luba, la niña más valiente que existe —afirmó Julián, situándose junto a la niña y dirigiendo su mirada a Adelaida.

Esta vez nadie se besó en las mejillas, nadie se estrechó la mano, pero Julián sí agradeció a la médico pediatra que le hubiera ayudado cuando supo que Luba estaba ingresada en Reinosa. De repente, todos se dieron cuenta a la vez de que eran demasiados en aquella habitación de veinte metros cuadrados, y Julián, a su vez, de que era el único hombre entre las cuatro mujeres, lo cual no le hizo sentir cómodo.

—Nosotras nos vamos a ir —se adelantó Elsa—. Ya está anocheciendo y puede empezar a nevar de nuevo.

—Os acompaño —se ofreció Julián; aprovecharía para telefonar a Teresa.

En el aparcamiento llegaron las despedidas. Dos mujeres se acercaron a Elsa y le pidieron un autógrafa, a pesar de que ella había intentado camuflarse con gorro de lana y bufanda cada vez que entraba y salía del hospital. Le sorprendió que la reconocieran incluso con casi todo el rostro cubierto. No había sucedido lo mismo dentro del recinto durante los días que visitó a Luba y a Luca, donde no había podido evitar que se le acercaran admiradoras,

porque la mayoría eran mujeres. No le disgustaba firmar autógrafos, los agradecía, pero le incomodaba hacerlo en un hospital, puesto que consideraba privados los motivos por los que estaba allí. Era muy discreta respecto a su vida personal. Y el único día que no lo fue, que invitó a un desconocido su casa, resultó ser un despreciable estafador que se le murió en la cama. Intentaba dejar de pensar en ello, pero sabía que no lo iba a conseguir. Aquella siniestra odisea no se desprendería nunca de ella.

—La próxima vez que nos veamos ya será en Madrid, Julián. Muriel y yo nos iremos para allí mañana. Después de Nochevieja, reanudaremos los ensayos generales de la obra.

—Ahora céntrate en lo tuyo y no te preocupes por nosotros. Has hecho mucho por Luba y te lo agradezco. Estaremos en contacto.

En el fondo, a Elsa le alegraba verse liberada de aquella situación, aunque sintiera un cariño sincero hacia la niña. Julián también notó cierta liberación al despedirse. A pesar de la gratitud que le debía, a Julián le incomodaba la creciente fascinación que mostraba Luba hacia la actriz.

La actriz se despidió con dos besos en las mejillas, de esos que se perdían en el aire, y Muriel, de nuevo, solo le estrechó la mano. A aquellas horas no había excesivo movimiento de coches. Julián había comprobado que los familiares de los pacientes solían abandonar el recinto sobre las ocho y media de la tarde, tras la cena, y aún no había llegado esa hora. Se dirigió hacia su Audi y abrió el maletero para coger el neceser de la bolsa de viaje. Vio a pocos metros la Honda Goldwing de Adelaida, con aquel aparatoso color dorado que ahora brillaba aún más bajo la luz de las farolas. ¿De qué estarían hablando en aquellos momentos ella y Luba?, se preguntó cuando iba a abrir el coche. Entonces volvió a sentir aquel soplo de aire gélido en la nuca, aquel palpito que ahora percibió tan cercano que se volvió rápidamente y la realidad lo hizo tangible. Era Águila. Lo reconoció. Había encontrado a Luba, no sabía de qué modo, pero allí estaba, frente a él. Julián sabía que esa posibilidad existía desde que Norberto había dejado de vigilarlo, pero albergaba cierta esperanza de que no fuera así, una esperanza de esas que se guardan en secreto, que no se enuncian en voz alta ni se comparten, para exorcizarla.

—Tú estabas el otro día con Norberto cuando salí del gimnasio —le dijo a Julián—. ¿Que haces aquí? ¿Me estáis siguiendo? Eso no era lo pactado.

—Nosotros no hacemos pactos —le contestó lacónicamente.

Le había confundido con uno de los agentes de Norberto. Eso le daba una

ventaja momentánea a Julián para pensar cuál iba a ser su siguiente movimiento. No podía cometer errores. Lo tenía allí, a medio metro, y llevaba su pistola al cinto. Quizá él también fuera armado.

En aquel mismo momento, Adelaida y su amiga Concha estaban charlando con Luba junto a la ventana. La niña siempre quería estar allí, aunque la pierna protestara. Había estado encerrada durante dos años en una casa oscura, con luz artificial y las ventanas cegadas, durmiendo en un sótano que ni siquiera las tenía, y volvió a otro cuando se ocultó en la casa de Elsa. En el hospital necesitaba ver el cielo, la nieve, el día, la noche, como si temiera que se volatilizaran si no los miraba. Entonces miró. Y vio a Julián con Águila en el aparcamiento, hablando entre ellos. Se apartó bruscamente del cristal, inspiró aire en forma de suspiro y se orinó encima.

—¿Qué te pasa, Luba? —le preguntó Adelaida cuando se fijó en el charco bajo sus pies.

Pero la niña no podía hablar. El terror ahogaba sus palabras. Las dos mujeres se acercaron al cristal de la ventana y vieron cómo un Audi rojo —Adelaida estaba casi segura de que era el de Julián— abandonaba el aparcamiento.

Minutos antes, todo había ocurrido muy rápido.

Águila pensaba que hablaba con un agente del servicio de inteligencia. Estaba confiado, bajó la guardia y el teniente aprovechó la circunstancia: le dio un violento cabezazo en la frente, tan violento que le hizo perder el sentido. Lanzó enseguida su cuerpo inerte al maletero —cogió la bolsa de viaje y la del edredón de Luba y las arrojó con rapidez a los asientos del coche—, lo cacheó y lo desarmó. Le encontró una semiautomática Beretta 92 y una navaja Magnum; lamentó no haberle podido esposar, pues no se había llevado los grilletes en aquel viaje. El hospital era un lugar público y transitado y tomó la decisión de no detenerlo allí mismo. Estaba seguro de que iba armado, como así fue. Se encontraba solo frente a él y no podía arriesgarse a que se resistiera y se produjera un tiroteo entre ambos. Además, había disfrutado propinándole aquel cabezazo. Miró a su alrededor. Ninguna de las cinco o seis personas que en aquel momento transitaban por el aparcamiento se percató de lo que acababa de ocurrir. Era de noche y eso le favoreció. Dirigió la mirada hacia la ventana de la habitación de Luba, pero las cortinas estaban corridas, cuando nunca lo estaban. Temió que Luba hubiera visto a Águila, que los hubiera visto a los dos. Debía alejar al monstruo de allí. Cerró

el maletero, se sentó al volante, guardó la Beretta y la navaja de Águila en la guantera y abandonó el aparcamiento.

De no ser guardia civil, lo habría llevado al bosque y le hubiera descerrajado un tiro en la cabeza, no sin antes comunicarle que aquella bala era por Luba. Y también por Fanny y por tantas otras chicas a las que destruyó, para que supiera por qué iba a morir. Cavaría después la que sería su tumba y se alejaría sin ningún remordimiento. Pero no podía hacerlo, aunque lo deseara. El honor del uniforme —un honor que no era la primera la vez que le quemaba— y la existencia de Luba se lo impedían. El plan iba a ser otro: avisar al cuartel de la Guardia Civil de Reinoso de que iba a llegar con un detenido —y así lo hizo, justo después de entrar en el coche, mientras ya conducía—, entregarlo al comandante de puesto y redactar él mismo la denuncia contra él. Ya encontraría el modo de que Luba lo señalara como el proxeneta que la sometió e intentaría prepararla para afrontarlo con el menor dolor posible, pero así se aseguraría de que estuviera años en la cárcel mientras la niña se hacía fuerte ante el mundo.

Durante el trayecto recibió tres llamadas consecutivas de Adelaida. No las contestó. Suponía que Luba estaba atemorizada, quizá Adelaida también, pero tenía que centrarse en llegar cuanto antes al cuartel. Le reconfortaba haber cazado al monstruo y llevarlo prácticamente enjaulado ante la Guardia Civil. Conducía por una avenida de Reinoso, con bastante tráfico a aquellas horas, las del final de la jornada laboral para muchos. De repente, oyó golpes en el maletero: Águila había despertado. Apretó el acelerador y escuchó otro golpe. Fuerte y violento. Y otro más. A través del retrovisor, observó cómo estaba consiguiendo derribar a patadas los respaldos de los asientos traseros. Temió que se abalanzara sobre él y perdiera el control al volante. Si eso iba suceder, al menos que fuera en una vía menos concurrida que aquella. Sin dejar de escuchar los amenazantes golpes, se desvió por la primera calle que encontró a su derecha y descubrió que solo estaba asfaltada en los primeros metros, porque luego se convirtió en un camino cubierto por la nieve. Había entrado a más velocidad de la que se requería y el coche derrapó, se salió de la vía y acabó en lo que era un prado para pasto, ahora convertido en una llanura helada. Detuvo el coche y, cuando fue a coger su arma, Águila se abalanzó sobre él por detrás y le agarró por el cuello. Julián se revolvió para zafarse y logró extender los brazos hacia atrás, sujetarle la cabeza con las manos y presionarle violentamente los ojos con los dedos pulgares. El dolor que le

causó provocó lo que Julián había buscado: Águila redujo la presión sobre su garganta y el teniente aprovechó para librarse de él y salir del coche rápidamente, al tiempo que cogía su Glock 26 enfundada al cinto y le apuntaba con las dos manos, cuerpo en tensión, piernas abiertas, rodillas ligeramente flexionadas, intentando mantener el equilibrio sobre la nieve helada. Águila estaba arrinconado contra la ventanilla trasera, sobre los respaldos derribados por él a patadas y también sobre el edredón y la bolsa de viaje de Julián. Aunque no tenía más remedio que forzar la postura, mantenía las manos en alto. Tenía la frente inflamada por el cabezazo, los ojos enrojecidos e hinchados por la acción defensiva de Julián y el pelo revuelto.

—Sal del coche y tumbate en el suelo, delante de los faros, donde yo te vea. ¡Vamos! —le ordenó el teniente—. Si haces algo distinto, las primeras balas irán a tus piernas.

—¿De qué va esto? —preguntó Águila con arrogancia—. Yo ya cumplí con lo que me pidió Norberto. ¿Eres uno de ellos?

—Haz lo que te he dicho o comienzo a disparar.

No tenía más opciones y obedeció. Salió del coche, caminó con altanería unos pasos, desafiándole con la mirada. Llegó hacia la parte delantera del coche y se tumbó boca abajo, junto al haz de luz de los faros. Tresser se acercó a él y, sin dejar de apuntarle con el arma, se agachó y le puso una rodilla sobre el cuello para inmovilizarle.

—No soy uno de los de Norberto —le dijo—. Soy teniente de la Guardia Civil y estás detenido por el secuestro y prostitución de una menor. Se llama Luba. ¿Te suena el nombre, Águila? ¿O quizá te suena más Alexia? Le robaste hasta el nombre. —Le presionó la cabeza contra el suelo helado.

No sabía quién era aquel guardia civil y por qué sabía su alias de guerra, aunque no era eso lo que más le importaba, sino escuchar el nombre de Luba y la palabra «detenido», unida a «prostitución» y «menor». Águila añadió otra a sus pensamientos: cárcel. Tenía que conseguir desamar a su captor, darle una paliza y huir de allí. No lo tenía fácil. La defensa desde el suelo era la más complicada, y aún más contra un individuo armado. Había dicho ser guardia civil. Estaba casi seguro de que no le dispararía estando él indefenso. Con un movimiento preciso, veloz y arriesgado, cruzó las piernas y hundió una bota en la nieve para impulsarse y darse la vuelta. No invirtió en la acción más de dos segundos, utilizando la fuerza bruta conseguida día a día en el gimnasio levantando mancuernas. Consiguió colocarse boca arriba y entonces se agarró

con violencia a la pierna del teniente, que aun así seguía presionando su cuello, y le dio un profundo mordisco en el muslo para lograr zafarse de él. Pero Tresser no sintió cómo sus dientes se clavaban en la carne —su adrenalina estaba desbocada y actuaba como un anestésico—, de modo que, también en segundos y aprovechando que seguía sobre su adversario, se recompuso y colocó el cañón de su pistola sobre la frente de Águila. Era el momento de apretar el gatillo y disparar, lo deseaba intensamente, pero no podía entregar a un detenido con un tiro a bocajarro entre ceja y ceja.

—¿Qué le pasa a un guardia civil cuando ejecuta a un detenido? —le preguntó Águila con altivez, sin importarle que el teniente apuntara a su cabeza—. ¿Vais a la misma cárcel que la chusma o tenéis alguna especial para gilipollas con uniforme como tú?

Al teniente no le distrajo la provocación. Pensó que Águila estaba ganando tiempo para idear cómo librarse de él otra vez. Aquel individuo, corpulento como él, aunque con casi diez años más encima, tenía la fuerza colosal de un gigante y ya le había asaltado a traición dos veces. Evitó una tercera golpeándole en la cabeza con la culata de la pistola para dejarle de nuevo inconsciente. La conmoción le duraría poco y debía darse prisa para inmovilizarlo. Arrodillado junto a él, le desabrochó las botas de montaña que calzaba y con uno de los cordones comenzó a atarle las manos. Luego haría lo mismo con los tobillos y llamaría al cuartel para pedir refuerzos. Pero de repente Águila abrió los ojos, levantó una pierna, la flexionó y le propinó un fuerte rodillazo en las vértebras lumbares que lo tumbó. Julián ya no tenía su pistola. La había dejado junto a él mientras le ataba las manos, pero no la veía en la zona iluminada por los faros. Más allá todo era oscuridad sobre la blancura difusa de la nieve. Águila se lanzó entonces sobre él e intentó noquearle con un puñetazo en la cabeza. El teniente logró esquivar el golpe, pero, a cambio, recibió un fuerte codazo en el estómago que lo dejó unos instantes sin respiración. Abrazados el uno al otro, rodaron por la nieve hasta que el guardia civil le dio una patada en un costado y lo alejó de él, momento que aprovechó para ponerse en pie. Lo mismo hizo Águila. Se lanzaron entonces el uno contra el otro y prosiguieron la pelea cuerpo a cuerpo con más puñetazos, más patadas, más codazos y más agarrones. Resbalaban continuamente, lo que les obligaba a bajar la guardia unos instantes para recobrar el equilibrio. Águila estaba más avezado que él en técnicas marciales, pero no las podía ejecutar bien sobre un terreno tan resbaladizo, lo

cual igualaba las fuerzas.

Luchaban sin dirigirse la palabra, ni siquiera para insultarse. Eran dos siluetas oscurecidas por la noche, dos hombres enzarzados con violencia sobre la nieve manchada con la sangre que escupían sus bocas, movidos por el impulso de matar al otro, afanados en la búsqueda desesperada del puñetazo fatal que cerrara el telón de aquel escenario sombrío. Los golpes —secos, huecos— y los rugidos de dolor al recibirlos eran el único sonido que violentaba el silencio nocturno; pero hubo uno que lo perturbó más que el resto. Fue un crujido fatal. Ocurrió cuando Julián frenó con la mano una patada que iba directa a sus genitales. Águila resbaló, perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre una piedra cuya arista más afilada se clavó en su cráneo. Notó cómo se introducía en su cabeza, oyó el chasquido al romperse el hueso que protegía el cerebro, notó la repentina flacidez de su cuerpo y maldijo su mala suerte antes de perder el conocimiento. El teniente se acercó a él con cautela y vio la sangre que manaba de la parte posterior de la cabeza y se fundía con la nieve, que la absorbía como si fuera un granizado de cerezas. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta y oscura, como un agujero por donde, pensó, ya se había colado la muerte. Aún así, le palpó en el cuello la arteria carótida, pero no pudo comprobar si en ella latía la vida. Tenía los dedos insensibles por el frío, mientras los nudillos de la mano le ardían, inflamados y heridos por los puñetazos. Le costó esfuerzo teclear en el móvil el número del cuartel de la Guardia Civil. «Se ha golpeado la cabeza con una piedra. No sé si está muerto o no y no me atrevo a moverlo, por si perdiera masa cerebral. Es una herida grave, creo», informó por teléfono al comandante de puesto. Pero Águila sobrevivió. Veinte minutos después, era trasladado en helicóptero al hospital de Valdecilla de Santander. El de Reinosa no estaba preparado para una lesión tan grave. Julián deseó que no llegara vivo.



## CAPÍTULO XXI

A pesar de tantos años de oficio, el teniente Tresser nunca se había enfrentado a un combate cuerpo a cuerpo tan violento y sórdido como una vulgar pelea callejera. Exhausto y dolorido, sentado sobre la camilla de la ambulancia, vio alejarse en la noche el helicóptero medicalizado que trasladaba a Águila al hospital de Santander. Observó las destellantes luces del aparato alejándose por el firmamento hasta que la oscuridad las engulló.

—¿Sobrevivirá? —le preguntó al sanitario que le curaba sus heridas.

—Posiblemente, sí, pero las lesiones cerebrales siempre son muy delicadas.

No deseaba el teniente que la vida tuviera delicadeza alguna con Águila. Si le quedaran secuelas que le dejaran en silla de ruedas, no lo lamentaría. Podría haber sido él quien cayera sobre esa piedra, porque en una pelea sobre la nieve las cartas se reparten a ciegas, pero tuvo suerte y le tocaron las menos malas. Tenía una herida en la frente y otra en una ceja que requirieron puntos de sutura, un hematoma bajo el ojo derecho y otros tantos en el estómago, los costados y la espalda. Sorprendentemente, no tenía ninguna costilla fracturada, pero no había zona de su cuerpo que Julián no sintiera contusionada. El labio partido y la sangre en el interior de la boca parecían ser lo de menos.

—Escupa en este vaso de plástico, por favor. —El sanitario lo colocó bajo su boca.

El teniente lo hizo y, entre la saliva sanguinolenta, apareció un diminuto fragmento dental, que el enfermero extrajo con unas pinzas.

—Se ha fracturado un incisivo —le dijo mientras observaba aquel minúsculo huesecillo—. Quizá se lo puedan reconstruir si lo guarda en un frasquito que le daré y lo llena de saliva. Lo mejor sería guardarlo en leche, pero no tengo. Acuda lo antes posible a urgencias dentales —le aconsejó.

Julián palpó sus dientes con la lengua y, en efecto, a la paleta central superior le faltaba un trozo, el que estaba en el vaso. No le importó, podía

haber sido el diente entero. O varios.

—Mi teniente, cuando pueda comenzamos con el atestado —le dijo un joven sargento de la Guardia Civil.

—Deme un minuto.

—A sus órdenes.

El teniente se enjuagó la boca y telefoneó a Adelaida, sin saber el modo de explicarle qué había ocurrido.

—Julián, ¿qué ha pasado?

—Hablamos cuando llegue. ¿Estás todavía en el hospital?

—Sí, estoy con Luba. ¿Quieres hablar con ella? Está despierta, esperando tus noticias, como yo. Te la paso.

Era la primera vez que la niña hablaba por teléfono y le costó entender el aparato. Lo tenía en las manos y lo colocó en su oído al revés, con la parte del teclado junto a la oreja. Adelaida lo situó del modo correcto y Luba, sin más preámbulos, le preguntó a Julián, con la naturalidad con la que revestía las palabras más gruesas:

—¿Lo has matado?

Julián ya no tenía duda alguna: la niña los había visto desde la ventana cuando ambos se encontraron en el aparcamiento.

—Yo no mato a las personas, Luba —le contestó—, pero Águila ya no te molestará nunca más. Está en un hospital, muy grave, pero se acabaron los hombres-pájaro. Ya no existen.

—Pero ¿está aquí, en mi hospital?

—No, en otro distinto, lejos de ti —la tranquilizó—. En un rato iré a verte y te explicaré por qué ya no debes preocuparte más.

Ahora tocaba hablar con Adelaida.

Le apenaba haberla implicado en aquella situación, lamentaba también que hubiera escuchado de Luba aquel «¿lo has matado?» tan tremendo, tan directo. «Siento todo esto, Adelaida», se disculpó. Pero ella pareció recibir aquella disculpa con indiferencia y se limitó a decir: «Me quedaré con Luba hasta que llegues, como te he dicho». Julián captó el interlineado de aquellas palabras, que no decían nada expresamente, pero que ocultaban incomodidad y disgusto. La entendía, pero nada podía hacer en ese momento. Se despidió con un «gracias» acuciado por la culpa, abandonó la ambulancia y comenzó a prestar declaración. Contó qué había sucedido, quién era Águila y cómo se defendió de él. Les recordó que ya había avisado previamente al cuartel de que lo

llevaba detenido y explicó que, durante el trayecto, el individuo logró salir del maletero, le atacó y él tuvo que defenderse. No usó su arma reglamentaria y la grave lesión no se la había provocado él, sino que el hombre resbaló y se golpeó contra una piedra. Más tarde informó a su capitán, Díaz Visedo.

—Ha seguido un procedimiento muy irregular, Tresser —le reprochó su superior—. Tendría que haber solicitado refuerzos cuando se encontró con él.

—Apareció de repente, mi capitán, y tomé la decisión de alejarlo del hospital. No sabía si iba armado y no quise arriesgarme a un fuego cruzado en un lugar público. Pienso que actué correctamente, aun arriesgando mi propia vida —argumentó en su defensa.

—Tendrá que demostrarlo, teniente. Por el momento, la Comandancia de Cantabria acusará al detenido de un delito de atentado y lesiones a un agente de la autoridad, además de otro de tenencia ilícita de armas, porque usted le requisó una Beretta, según me han contado.

—Así es, mi capitán, además de una navaja Magnum. Espero que también la justicia demuestre que Juan José García, alias Águila, secuestró a una niña, la esclavizó en un burdel y ninguna institución acudió en su ayuda, ni tampoco las fuerzas policiales. Ayer de madrugada le dio una paliza a un pastelero con el que hablé hace unos días acerca del paradero de Luba. Águila ha estado años delinquiendo sin pisar la cárcel, con un piso tapadera en Hortaleza, cuando en realidad residía en un chalé de lujo en Pozuelo, me queda claro que pagado con el dinero de la trata de mujeres, muchas de ellas menores, como Luba. No sé cómo la ha encontrado, pero, si ha estado protegido de algún modo, eso también se demostrará. No creo que los hombres que abusaron de ella en la mansión de donde escapó fueran unos muertos de hambre.

—¿Me está aleccionando sobre la sordidez de los mundos que investigamos, teniente? —le preguntó Díaz Visedo, haciendo valer en su tono de voz su superioridad jerárquica

—En absoluto, mi capitán. Solo quería informarle acerca de este individuo, aunque lo importante es que Luba ya está a salvo.

—Debo reconocer que ha encontrado una aguja en un pajar. Cuántas menores desaparecen y jamás volvemos a saber de ellas, como si se las hubiera tragado la tierra. Tiene usted tesón, Tresser. Por cierto, hoy me ha llamado la jueza de Reinosa que estudia su solicitud de tutela referente a Luba. Ya le he enviado un informe en donde recomiendo su idoneidad para hacerse cargo de ella.

—Se lo agradezco, mi capitán.

—Sin embargo, hasta que no se dilucide qué ha ocurrido esta noche y hasta nueva orden, le aparto del servicio, Tresser.

—A sus órdenes, mi capitán —obedeció el teniente; no sabía si aquello era un castigo o realmente le quiso hacer un favor, liberándolo para que pudiera ocuparse de la niña.

Poco después, escoltado por un coche patrulla de la Guardia Civil, el teniente condujo su Audi —con los asientos posteriores destrozados, pero intacto tras el violento derrape sobre la nieve— hasta el cuartel de Reinosa, donde firmó la declaración de los hechos. Se convino también liberar del servicio al guardia civil que custodiaba a Luba. Ya no era necesario allí y en el cuartel, como en tantos otros de todo el país, siempre andaban escasos de efectivos.

En el hospital de Valdecilla de Santander, Águila se hallaba en la UCI con un coma inducido para reducir la inflamación cerebral y evitar la presión intracraneal. Luba se enteró de ello por boca de Julián, cuando regresó al hospital. Hubiera preferido que Águila estuviera muerto. Le decepcionó que el teniente no lo matara. Nunca había deseado tan intensamente la muerte de alguien, pero tampoco nadie como él le provocaba tanto terror, ni siquiera la cruel Olga, que le arañaba la cabeza con sus largas uñas y que un día la amenazó con arrancarle un ojo con una de ellas; tampoco deseó la muerte de los hombres que la penetraban con violencia, uno tras otro, durante varias horas al día, porque en aquellos momentos se sentía tan sucia y tan poca cosa que el odio quedaba anulado por un potente sentimiento de humillación. Cuando Águila la secuestró dos años atrás y la ató a aquella silla, le dio la paliza más sangrienta de todas las que luego recibiría. Pensaba que estaba muerta cuando, tras ser apaleada, dos hombres la llevaron en volandas hasta el sótano y la lanzaron de cualquier manera sobre un mugriento colchón de espuma. Estuvo tres días sin poder moverse, hasta que llegó otro hombre que le dijo que era médico. Le curó las heridas, la obligó a tomarse una pastilla y le puso una inyección. «Esto te quitará el dolor», afirmó sin mirarla a la cara, como si no existiera. Cuando se encontró mejor, Olga la vistió con un pijama de corazoncitos rosas y la condujo al piso alto de la mansión, a una habitación con una gran cama, también cubierta con un edredón con corazones rosas y llena de ositos de peluche. «Espera aquí. Entrarán hombres. Tú haz lo que ellos te digan», le ordenó. A partir de aquel momento, Luba se convirtió en un

tubo de carne por donde entraban y salían los demás.

Julián le había prometido que Águila ya no se acercaría jamás a ella, que los hombres-pájaro ya no existían. Y con aquella promesa se durmió, con su Mickey Mouse y las llaves entre las manos, mientras Adelaida despedía en la puerta de la habitación a su amiga Concha, la médico pediatra, quien le advirtió antes de irse:

—Esta niña ha sufrido mucho, no sé si ahora la relación con Julián es lo que más te conviene tras la tragedia de tu hermano.

Concha siempre le decía la verdad, es lo que más le gustaba de ella, esa sinceridad leal que agradecía y que también ella misma practicaba. Eran muy parecidas, por eso se llevaban tan bien desde que se conocieron en la facultad de Medicina. Su amiga tenía razón en lo que acababa de aconsejarle. Ambas estaban presentes cuando Luba se hizo pis encima tras observar algo por la ventana que la paralizó. Ninguna sabía qué había ocurrido, puesto que la niña no pronunció ni una palabra desde entonces y ellas únicamente vieron el Audi de Julián abandonar deprisa el aparcamiento. Adelaida se lo comentó al guardia civil que custodiaba la habitación, quien llamó rápidamente al cuartel. Le informaron de que el teniente se dirigía en aquellos momentos hacia allí con un detenido y le ordenaron que se mantuviera en alerta. ¿Un detenido?, se preguntó Adelaida cuando el guardia se lo contó. Temió que fuera el hombre que secuestró a Luba, según le había comentado Julián por la mañana. Adelaida, preocupada, le telefoneó varias veces, pero no obtuvo contestación. Estaba indignada. Si ella había hecho el esfuerzo de ir al hospital para conocer a Luba, él tendría que haber respondido a sus llamadas, aunque solo fuera para tranquilizarla. No lo hizo y ella, mientras tanto, tuvo que ocuparse de que atendieran a la niña. Una auxiliar sanitaria la lavó y le dio un camisón limpio, la enfermera le hizo una cura desinfectante en la pierna herida y el médico de guardia le administró un ansiolítico, porque la niña tuvo una crisis de ansiedad que le dificultó la respiración. Ella y Concha la tranquilizaron hasta que, al fin, recibió la llamada de Julián y Luba le preguntó directamente si lo había matado. Dedujo que se refería al hombre que la buscaba y que tanto temor generaba a Julián y también a la niña. Como antaño le había sucedido cuando conoció a Julián, ahora tenía la misma sensación —desagradable, inquietante— de estar viviendo dentro de una novela negra, como la víctima casual de una historia sórdida que la superaba. Notó que se le cerraban los bronquios y fue hacia su bolso en busca de su broncodilatador. Llevaba días

sin una crisis asmática y ahora estaba a punto de sufrir una. Culpó a Julián de ello. Aspiró un par de veces el inhalador, justo cuando el teniente apareció en la habitación con el aspecto de un boxeador tras un combate en el ring. Le impresionó, pero en vez de sentir lástima por aquel hombre malherido, tuvo el impulso del reproche. Cuando él la vio con el inhalador en las manos, sintió un dolor más intenso que el de sus propias contusiones.

—Adelaida, lo siento. ¿Puedo hacer algo?

Ella no le contestó. No le convenía hablar hasta recuperarse. Salió al pasillo. Julián la siguió, al comprobar que Luba estaba durmiendo plácidamente con el llavero entre las manos. Adelaida se apoyó en la pared. Estaba pálida y sus pulmones silbaban al inspirar. El teniente fue en busca de un médico y vio a Anke, la enfermera alemana, saliendo en ese momento de una habitación. Fue rápidamente hacia ella.

—Mi novia es asmática y está sufriendo una crisis. —Julián la llamó «novia», pero no fue consciente de haberlo hecho.

—Señor Tresser, ¿qué le ha ocurrido? —Se sorprendió al ver su aspecto magullado.

—Atiéndala, por favor, Anke.

El guardia civil y la enfermera se aproximaron a ella. Ya se estaba recuperando. Respiraba mejor y no estaba tan pálida. El broncodilatador había comenzado a actuar.

—Ya se me está pasando —musitó Adelaida, recuperando el resuello.

—Te llevo en coche al hotel, para que puedas descansar —se ofreció Julián.

—No, prefiero ir en la moto —replicó ella; en aquellos momentos no deseaba estar con él.

—¿En moto? —Esa opción sorprendió a Anke—. Eso no la va a ayudar a recuperarse, con el frío que hace.

—Lo sé, soy médico —contestó Adelaida con arrogancia—, pero está a menos de un kilómetro y tengo ropa térmica.

—Pues si usted es médico, ya sabe que ni siquiera unos pocos metros a la intemperie le convienen durante una crisis asmática. Debería hacer caso al señor Tresser. Deje que él la lleve en coche.

No tuvo más remedio que claudicar. Julián se llevó consigo el casco y el mono térmico que Adelaida había guardado en la moto y acercó el coche hasta la misma puerta del hospital, donde le esperaba ella. Al entrar, vio en la parte

trasera los respaldos de los asientos destrozados.

—No soporto tu mundo, Julián —dijo en cuanto se hubo sentado; no quería expresarlo de ese modo tan brusco, pero no encontró otras palabras.

—Lo entiendo.

Lo dijo sin convicción, únicamente para no provocarle otro ataque de asma, pero la realidad era que no lo entendía. Su profesión de guardia civil no era tan truculenta como ella parecía imaginar. Aquella pelea con Águila había sido excepcional, la primera tan violenta en su vida. La mayoría de los días los pasaba investigando casos, en el cuartel o en la calle, a las órdenes de los jueces. Además, ¿por qué tenía que justificarse? No se encontraba bien. Le dolía todo el cuerpo y le costaba conducir, porque sentía las contusiones al ejecutar el más leve movimiento con el volante.

—¿Lo entiendes, dices? —insistió ella.

—La verdad es que no, pero lo acepto. Tampoco quiero discutir. No estoy en las mejores condiciones ni tú tampoco. Relájate, ya estamos llegando.

—Eres una buena persona, Julián.

—Qué mal me suena eso. ¿Vas a irte otra vez? —temió Julián; nunca estaba preparado para perderla de nuevo.

—Tienes la cara hinchada a golpes, te falta medio diente, andas cojeando, estás destrozado, no sé ni cómo puedes conducir. Al menos dime que ese hombre está ya en la cárcel, que ha merecido la pena que arriesgaras tu vida, porque sé que podía haber sido mucho peor. Podrías estar muerto. ¿Te das cuenta de eso?

Habían llegado ya al hotel. Julián detuvo el coche frente a la puerta.

—Sí, pero estoy vivo, Adelaida, y él está en la UCI del hospital, en Santander. Resbaló en la nieve y cayó sobre una piedra que le agujereó la cabeza. No lo lamento. Es el diablo, créeme, y deseé que no llegara vivo al hospital, pero no ha habido suerte. Y ahora que ya sabes lo sucedido, te diré que a mí también me inquietan cosas de tu trabajo, como que un psicótico te clave un bolígrafo o lo que tenga más a mano durante una crisis. ¿Tú nunca temes que pueda pasarte eso? Los dos nos manejamos en mundos hostiles, eso ya lo hemos hablado, pero es nuestra elección. Yo me licencié en Derecho y podría haber ejercido de abogado, pero elegí el tricornio. Y tú podrías haber sido una médico de digestivo, por ejemplo, pero preferiste tratar mentes desgraciadas. ¿He cuestionado tu elección alguna vez? Nunca.

—No me habías dicho que estudiaste Derecho.

—¿Hubiera cambiado algo? Porque no soy abogado, sino guardia civil. Eso es lo que parece que no acabas de aceptar. No te gusta mi mundo, de acuerdo. ¿Has pensado alguna vez si a mí me gusta el tuyo? Pues yo ni me lo he planteado. A mí me gustas tú, eso es lo que tengo claro. ¿Lo tienes tú tan claro como yo?

—No lo sé, Julián. Dame tiempo. No logro aclararme.

—Pues aclárate, Adelaida —le exigió Julián.

—¿Sabes cuántos días han transcurrido desde que nos reencontramos en Nochebuena? Cuatro días, Julián. Han pasado tantas cosas que parece que hayan sido meses, pero tú y yo nos reencontramos hace solo noventa y seis horas. Estamos en la fase de conocernos y aún tenemos que aprender a ceder parte de nuestro espacio al otro, el que antes nos pertenecía por entero.

Tuvo que admitirlo: había ido demasiado deprisa, como estaba acostumbrado él a hacer las cosas, con eficacia y sin dilaciones innecesarias. Pero esas «cosas» eran pesquisas, órdenes, diligencias, pistas; eran los elementos de una investigación, no los de una relación sentimental, y, sin darse cuenta, había exigido los mismos tiempos para ambas situaciones, tan enormemente distintas. Julián se avergonzó de su impaciencia. «Dame tiempo», le había pedido. Ahora lo entendía.

—Tienes razón. Noventa y seis horas no son nada, aunque hayan sido tan intensas.

—Lo han sido, pero no es tiempo suficiente. Lo iremos solucionando. —Adelaida abrió su bolso y sacó un pequeño paquete envuelto en papel de seda negro con un lazo dorado—. Es para ti, mi regalo de Navidad. —Se lo tendió.

Sorprendido por aquel detalle, Julián retiró el envoltorio. Era un CD con los éxitos de Elton John.

—He pensado que no podía pasar ni un día más sin que lo conocieras. Aún no puedo creerme que nunca hayas oído hablar de él. Sé que te a va a gustar.

—Adelaida, gracias... —Julián tomó una de sus manos y se la besó con la comisura de los labios; el resto lo tenía herido—. Yo no te he comprado nada.

—Pues tendrás que hacerlo. —Le sonrió—. Yo también quiero mi regalo de Navidad.

—Lo tendrás. —Le parecía complicado cómo sorprenderla con algo especial—. Lo cierto es que no sé cuáles son tus gustos.

—No te preocupes, seguro que aciertas.

La conversación terminó mucho mejor que cuando comenzó. Adelaida



incluso le propuso que se quedara a dormir en el hotel, para que pudiera descansar acostado. «Estás demasiado maltrecho para pasar la noche en un sillón, y Luba dormirá de un tirón con el ansiolítico que ha tomado», argumentó. La amenaza que Águila suponía para Luba ya no existía y él necesitaba reposar. Aceptó la propuesta. Ya en la habitación, se descalzó y se tumbó sobre la cama mientras Adelaida entraba en el baño. No quiso hacer el esfuerzo de desvestirse. Sentía como si unas enormes tenazas retorcieran sus músculos y descoyuntaran sus huesos. Cerró los ojos y se quedó profundamente dormido. Soñó que Águila conducía un coche y que era él mismo, Julián, quien le intentaba estrangular desde los asientos de atrás. Entonces perdió el control del vehículo y se precipitó por un abismo. Durante la caída, ya convencido de una muerte segura, observó con horror cómo Luba viajaba también en el coche, junto a Águila. Abrió los ojos súbitamente. Le faltaba el aire. Adelaida dormía a su lado, con esa camiseta azul de manga corta que tan bien le sentaba. «No more drama, please», exigía el lema estampado en ella con letras de color blanco. A lo mejor ya era el momento de seguir el consejo, de arrinconar los dramas para celebrar la vida, pensó Julián. Quiso decirle que la quería, porque ella no le iba a escuchar, pero se quedó dormido de nuevo.

Águila no podía soñar. Y si lo hiciera, nunca lo recordaría, porque nadie recuerda sus sueños durante un estado de coma. Si pudiera verse a sí mismo, no le hubiera gustado la escena: estaba sobre la cama del hospital, con la cabeza vendada, el contorno de los ojos de un mórbido color negruzco, el cuerpo inerte y empequeñecido entre una maraña de vías introducidas en sus venas, un tubo que penetraba en su boca y le insuflaba oxígeno, sensores en el pecho que terminaban en cables conectados a un monitor que registraba sus constantes vitales en forma de ondulantes zigzags en continuo movimiento. Pitidos electrónicos, el sonido de su respiración artificial, soledad. Noelia lo había llamado insistentemente al móvil, al transcurrir horas sin saber de él. En una de las llamadas, alguien contestó y se identificó como sargento de la Guardia Civil de la Comandancia de Cantabria.

—¿Es usted esposa o familiar de Juan José García? —le preguntó.

«Guardia Civil». Se asustó. No sabía qué contestar sin arriesgarse. Quizá estuviera detenido. O quizá muerto.

—Soy la madre de sus tres hijas. ¿Le ha ocurrido algo? —Se decidió por la verdad, porque no tenía la información para poder mentir.

De este modo se enteró de que estaba ingresado en el hospital de Valdecilla de Santander, aunque el guardia civil no le dijo por qué ni en qué estado se encontraba. Tuvo que facilitarle su número del carné de identidad, su dirección, su nombre y sus apellidos. Eso lo consideró una mala señal. Aquel agente ni siquiera le dijo «lo siento» cuando le informó. Telefonó después a Lena, y también a René, pero no contestaron.

«Hoy salgo de viaje y llegaré tarde. No me esperes despierta», le había dicho Águila por la mañana, durante el desayuno en familia, con las trillizas en pijama comiendo cereales con leche, sin hablar con sus padres ni tampoco entre ellas. Desde que a Noemí, la N1, la habían castigado sin salir durante todas las Navidades por esconder en su habitación aquel vestido de «puta», como lo había calificado su madre y después su padre, las tres niñas habían decidido no dirigirles la palabra o, en todo caso, reducir la comunicación al mínimo. «Sí», «No», «Ahora voy». Y poco más. Los detestaban. Fantaseaban con irse de casa cuando cumplieran los dieciocho, hacían muchos planes para cuando llegara ese momento, pero faltaban aún seis años para que eso sucediera y aquella espera la vivían con desazón y con la intensidad emocional de la adolescencia. Tras el desayuno, Águila no se vistió con uno de sus elegantes trajes, sino con pantalón de pana, jersey de cuello alto y unas recias botas de montaña.

—¿Dónde vas vestido así, como si fueras de excursión? —le preguntó Noelia.

—No te importa. Cosas mías. —No quiso decirle que tenía pistas sobre el paradero de Luba. Quería darle una sorpresa cuando regresara.

Iba a viajar a un lugar donde caería nieve y haría frío, por eso eligió ropa informal y un recio chaquetón; iba a viajar hacia Los Herreros, el pueblo donde, según le había asegurado el camionero, una niña con las mismas características que Luba se le coló como polizón en el remolque y huyó por la nieve tras ser descubierta. «Vas a contestar a lo que yo te pregunte, y no me mientas o iré a por ti. Te tengo localizado a través de tu teléfono y sabré en todo momento dónde estás», le había amenazado cuando habló con él. Le había llamado el día anterior, de madrugada, poco después de romperle la nariz al pastelero, al que también le advirtió al despedirse: «Si me denuncias, nos veremos en los juzgados. Mejor que no descubras lo que le hago yo a los soplones». Al repartidor también le exhortó a guardar silencio: «Esta llamada no ha existido. Si tú te olvidas de mí, yo me olvidaré de ti». Águila repartía

estopa aquí y allá y disfrutaba de su versión más macarra, ahora que se había librado de los modos exquisitos que se imponía a sí mismo para estar a altura de René.

Qué frío hacía en aquel condenado pueblo lleno de nieve, pensó cuando llegó a Los Herreros al filo del mediodía, mientras lo recorría en pocos minutos: tan solo tenía cien habitantes. Entró en la cantina del pueblo, un bar que a la vez era panadería, bazar y tienda de alimentación. Solo había jubilados leyendo el periódico o viendo la televisión. Se acercó a la barra y pidió un agua sin gas a la señora que atendía el establecimiento, una mujer sexagenaria, pequeña y, más que delgada, consumida. Parecía alimentarse solo del aire. Si Luba estaba o había estado en Los Herreros, aquel era el lugar perfecto para saberlo. Preparó la caña, lanzó el anzuelo y esperó. Primero habló del tiempo y la nieve. Después alabó la calidad de vida de los pueblos. Y así, tras dos horas de conversaciones recurrentes durante las cuales comió un sabroso potaje y un bistec de buena carne, al tiempo que departía con aquellos lugareños a los que parecía alegrar la charla con cualquier foráneo que pasara por allí, se enteró de lo que ya sabía: unos días atrás, un repartidor que paró a tomar un café comentó que una chica se le había colado en el camión y que huyó por la nieve cuando la descubrió. Pensó que era una yonqui o una gitana rumana y se despreocupó de ella, les dijo.

—¿Y nadie la vio por el pueblo? —preguntó Águila—. Igual la chica necesitaba ayuda.

—Estuvimos buscándola, pero nada. Vaya usted a saber si se lo inventó, porque todo lo que nos contó era extraño. De hecho, ni llamó a la Guardia Civil —dijo uno—. Nosotros tampoco, por si era mentira y hacíamos el ridículo.

Avanzada la conversación, se enteró de que una actriz, de la que nunca había oído hablar, tenía una casa a las afueras del pueblo y que, en Nochebuena, dos ambulancias trasladaron desde allí al hospital de Reinos a dos personas: un hombre joven y una niña.

—El hombre parece ser que era el hermano de la actriz, pero dicen que la niña no era de la casa —comentó uno.

—¿Qué quiere decir con eso de que no era de la casa? —preguntó Águila.

—Pues que no era familia, que apareció por allí. Igual era la chica esa de la que habló el repartidor, ahora que lo pienso. Pero bueno, qué vamos a saber nosotros, mucho menos de lo que decimos —terció otro.

«La niña no era de la casa», le habían dicho. ¿Sería Luba? Ya estaba decidido a comprobarlo viajando hasta el hospital de Reinoso, pero antes se dio una vuelta por la casa de la actriz. «Más que una casa es una mansión, con su torreón de piedra, como un castillo. Desde allí se tiró un pintor y se mató. Tardaron años en venderla. Que si estaba maldita y que no sé qué cuántos», le comentó la dueña de la cantina. No le costó encontrarla. Aquel torreón se divisaba desde cualquier lugar del pueblo. Cuando llegó, aparcó el coche y observó. Todas las persianas estaban bajadas. Allí parecía no haber nadie. Ya eran cerca de las cinco de la tarde y Elsa y Muriel se hallaban en aquel momento de camino al hospital para visitar a Luba. Frente a la casa se levantaba una colina que culminaba en un bosque de abetos. Águila se subió a su todoterreno y, guiado por su excelente sentido de la orientación, rodeó el pueblo y buscó el lugar donde terminaba aquel bosque: exactamente junto a la carretera que atravesaba la localidad, a pocos metros de donde le dijo el repartidor que había descubierto a Luba. La colina descendía en línea recta a través del bosque y suavizaba su pendiente hasta convertirse en un campo de tierra llana, ahora cubierto por la nieve, justo delante de la casa de aquella actriz. Había muchas probabilidades de que Luba hubiera hecho ese recorrido y fuera ella a la que trasladaron en la ambulancia. Quizá se hirió en la huida, se escondió en la casa, el hermano de la actriz la descubrió y, por algún motivo que se le escapaba, acabaron ambos en el hospital. Quiso investigar esa posibilidad y viajó a Reinoso. En menos de media hora, Águila llegaba al hospital. Cuando bajó del coche, se sorprendió al ver a aquel individuo en el aparcamiento. Recordaba haberlo visto antes y tardó unos instantes en ubicarlo en su mente. Finalmente, lo reconoció como uno de los hombres que estaba con Norberto cuando salió del gimnasio, pocas horas antes de reunirse con René en el restaurante, aunque quien acudió fue su mujer, Lena. Le indignó que le hubieran seguido hasta Reinoso, cuando él ya había cumplido con lo que se le exigió: ser un soplón. Decidió llamar a Norberto para recriminarle esa vigilancia, pero aquel hombre le dio un cabezazo y se le nubló la mente. Más tarde se despertó en el maletero de un coche. Estaba seguro de que lo iban a liquidar. «No sabéis con quién os la jugáis», se dijo mientras comenzaba a patear el maletero para lograr salir de allí. Luego vino la pelea y, al final, el coma.

## CAPÍTULO XXII

Allí abajo había un cadáver, entre las rocas. Cuando subiera la marea, el mar se lo tragaría. El acantilado de Os Desgraciados se había cobrado una nueva víctima. El rescate en helicóptero fue difícil, bajo la lluvia y entre las violentas rachas de viento que enviaba el océano. Cuando Coira se enteró del suceso, sintió que debía alejarse de Cieña. Galicia le asfixiaba.

Aquel mismo día por la mañana, el cabo de la Guardia Civil había comprado los periódicos en el quiosco de Cieña. Todos recogían la noticia sobre Mae. «La detenida por la agresión a Pepa Ordovás se declara inocente y pasa a disposición judicial», leyó en uno de ellos. En aquellos momentos, estaba siendo trasladada a Madrid en un furgón policial. Sus padres, sus tíos y sus primos casi no habían dormido en toda la noche. Se habían reunido todos en el domicilio de los Ferreiro, en el salón de la casa, circunspectos y tristes, como si aquello fuera un velatorio, que cobró aún más intensidad cuando la abogada les comunicó que la detenida pasaría la noche en el calabozo. Un nuevo temporal en la mar impidió al padre y los hermanos de Coira salir a faenar de madrugada, pero al menos les permitió permanecer juntos aquella noche y apoyarse mutuamente frente aquella tragedia que, a la vez, era también decepción, aunque ninguno lo evidenciara. Durmieron todos allí, cabeceando en un sillón o en el sofá. Nadie quiso acostarse en una cama, para no pensar entre la oscuridad. Por la mañana, Antía se fue temprano a abrir la taberna para atender los desayunos y dejó a su hijo Goio durmiendo en una de las habitaciones de la casa. La guardia Brancho se ofreció a acompañarla, con la excusa de tomar un poco el aire, aunque su objetivo era otro. La localización de Mae que la había llevado hasta allí ya se había resuelto, pero tanto a ella como al cabo les había surgido una pregunta, un misterio: si Antía, como ya se había demostrado, no ocultó a Mae, ¿quién le estaba destrozando la vida, como escucharon ambos el día anterior en aquella conversación telefónica?

—¿Quieres que intente averiguar qué le ocurre? Tú ya tienes bastante con

acompañar a tu familia —se había ofrecido la agente en un momento de la larga noche, cuando Coira la acompañó a la calle a fumarse un cigarrillo.

—Te lo agradezco. Luego me ocupo yo del asunto. Puede que mi prima tenga un novio acosador. Nunca cuenta nada, y a mí mucho menos.

Mientras Brancho acompañaba a Antía, el guardia civil le explicó a su familia el procedimiento que se iba a seguir con Mae a partir de su llegada a los juzgados de Uvés. No obvió que la fuga del lugar del suceso la situaba muy cerca de la prisión provisional, como así sucedería horas más tarde.

—Pero algo podrás hacer para evitarlo, Guille —le pidió ingenuamente Asunta, la madre de Mae.

—No puedo hacer nada, tía. Quizá el abogado que habéis contratado en Madrid pueda convencer a la jueza de que no huirá de nuevo y la deje libre con una fianza a la espera del juicio, pero no lo sé. Me voy al quiosco a ver qué dicen los periódicos.

—Yo me voy a Madrid —decidió Vicente, el padre de Mae, levantándose repentinamente de la silla—. Hazme la maleta, Asunta —le ordenó a su mujer.

—Allí no puedes hacer nada ahora, tío Vicente —le advirtió Coira—, porque no te dejarán verla. Vamos a esperar a ver qué dice la jueza y entonces decidimos qué hacer. Lo sabremos a lo largo del día. Espera unas horas, por favor.

—Tendría que estar allí, Guille —recalcó, angustiado.

—Y estarás, pero insisto en que esperes un poco.

Le fue bien a Coira abandonar la casa familiar y apaciguar los remordimientos. Si les hubiera confesado que estaba al tanto de la investigación y que su novia era en realidad guardia civil como él, se tendría que haber despedido de Cieña y de su familia para siempre. «Maldita Mae, pija egoísta», se dijo de camino al quiosco en el paseo marítimo, bajo la lluvia y frente a una ría intranquila que agitaba los barcos sin delicadeza. Compró tres periódicos y en los tres aparecía en portada la noticia del arresto de Mae. Ya lo sabría todo el pueblo, ya se estaría formando el huracán del estigma. Entró en la taberna. Eran las diez de la mañana, pero nadie había acudido a desayunar. Brancho no estaba allí, tan solo Antía, a la que encontró sentada a una de las mesas vacías, ante una taza de café ya frío.

—No ha entrado nadie, salvo unos turistas —se quejó ante Coira cuando lo vio acercarse—. Los del pueblo pasan por delante, miran tras el cristal y se van. Me voy a arruinar.

—Esto pasará, Antía. Son solo los primeros días —la consoló mientras se sentaba junto a ella—. ¿Dónde está Marisa? —Estuvo a punto de equivocarse y nombrar a Brancho. Se sentía aturdido por la sucesión de los acontecimientos y la falta de sueño.

—Ha ido a la farmacia a comprarme paracetamol. Me duele bastante la cabeza y no quiero cruzarme con nadie en el pueblo.

—Tú no has hecho nada, no tienes por qué esconderte.

—Pero estoy avergonzada, Guille. Mi hermana me ha decepcionado tanto que no sé si podré perdonarla. Mis padres seguro que lo harán, pero yo no. No podía imaginar que nos despreciara de ese modo. Como si no tuviera yo bastantes problemas.

—Ayer te dije que te ayudaría cuando oí que hablabas por teléfono con alguien al que le reprochaste que te estuviera destrozando la vida.

—Tu novia me ha preguntado lo mismo. ¿Qué os pasa a los dos? ¿Os gusta escuchar conversaciones ajenas? —Antía no estaba de buen humor y no lo disimulaba.

—¿Vas a llevar esto sola, prima? Si alguien te está acosando, tienes que denunciarlo, o al menos dejar que yo te ayude. Sea quien sea, del acoso puede pasar a la violencia física. ¿Te vas a arriesgar a que eso suceda? Vamos, confía en mí. ¿Quién es?

Lo que le relató Antía le sobrecogió.

—¿Recuerdas al clan de los Peluquines? Eran mariscadores furtivos, lo sabía todo el pueblo.

—Sí, sé quiénes eran. —Recordó la conversación con el teniente Hernández-Cor—. El padre y los hijos murieron hace años cuando estaban faenando y se incendió su barco. Nunca se encontraron los cuerpos. Alguna vez te vi con alguno de los hermanos, ¿me equivoco?

—Salí un tiempo con Fermín, el mediano, pero no me gustaban sus líos y lo dejé. Entonces apareció Héctor y a los pocos meses me casé con él. Estaba embarazada. ¿Eso lo sabías?

—Pues la verdad es que no, nadie me dijo nada y a mí tampoco se me ocurrió pensarlo. —Coira recordaba la boda, siete años atrás, pero nunca pensó que la novia llegara encinta al altar.

—Tú conociste a Héctor, sabes que era un buen hombre y fue un buen padre para Goio el poco tiempo que pudieron vivir juntos, hasta que se lo llevó la mar, en enero, para San Xiao, hará ya dos años, *pobreciño* mío. —Bajó la

mirada y se santiguó—. Hace un mes, una noche, cuando estaba cerrando la taberna, se acercó a mí un desconocido y me dijo: «Antía, soy Fermín, ¿te acuerdas de mí?». Me asusté mucho, era como si me hablara un muerto. Entonces él me recordó algo que solo sabíamos los dos, algo muy íntimo que no viene al caso, y entonces supe que era él. Fermín estaba vivo. Se había hecho algo en la cara, porque su rostro no era el mismo, pero sí reconocí su voz. Sobrevivió a la explosión del barco y no fue un accidente, me contó.

—¿Un ajuste de cuentas?

—Sí, pero no me dio más detalles ni yo quise saberlos. Ha vivido en el extranjero todo este tiempo y me contó que hizo mucho dinero. Me pidió mi número de teléfono. Tenía algo muy importante que contarme, dijo, pero no podía hacerlo en aquel momento, pues antes tenía que solucionar unos asuntos.

—¿Y se lo diste?

—Sí, se lo di. Fue un error, pero pasaron las semanas y no me llamó, hasta hace cinco días, el día de Nochebuena. Me pidió que nos encontráramos en la playa de Nosa Virxe.

—Y ese fue tu segundo error: acudir a la cita.

—Lo sé, me equivoqué.

Coira recordaba perfectamente aquel día, el de Nochebuena, cuando Antía echó el cierre a la taberna y, en vez de ir a su casa para guardar el dinero de la jornada antes de la cena en familia, se desvió con su coche hacia esa playa. Estuvo tentado de seguirla, pero desistió por si lo descubría. Más tarde llegó a la cena de Nochebuena atemorizada, como si hubiera visto un fantasma; y, de algún modo, lo vio.

—Me citó en la casa que se construyeron los Peluquines cerca de la playa —continuó Antía—. Ahora está abandonada y acabarán subastándola, porque sus dueños, oficialmente, están muertos. Allí me enteré de aquello tan importante que quería contarme. Una locura que me aterrorizó. Fermín está convencido de que Goio es su hijo. Yo le he asegurado que no, que de ninguna manera. Goio es hijo de Héctor. ¿Quién lo va a saber mejor que yo? Me casé con él a los cuatro meses de conocerlo, embarazada de ocho semanas. Todo fue muy rápido, pero Fermín estaba muy obsesionado conmigo y yo quería alejarme de él. Aquella noche en Nosa Virxe me propuso que nos fuéramos los tres juntos, él, el niño y yo. Me enseñó en el móvil varias fotos de la mansión que tiene no sé dónde, en América, me dijo que lo tenía todo preparado, que soy el amor de su vida, que ahora soy viuda y soy libre, que el niño es suyo y



que todo el dinero que ha ganado durante estos años es para nosotros. Le dije que no quería saber nada de él, que no se acercara más a mí y, sobre todo, a mi hijo. Pero ahora me llama constantemente. Sigue siendo el loco que fue siempre, por eso lo dejé. No sé por qué ha regresado ahora, con esta historia que me está destrozando. Solo pensar que pueda acercarse a Goio me paraliza el corazón.

—Me lo tenías que haber contado antes, Antía —le recriminó Coira—. Te has puesto en peligro y has puesto en peligro a tu hijo también. Llámale ahora mismo y dile que quieres encontrarte con él. Iré yo en tu lugar —decidió con firmeza el guardia civil.

Pero Fermín no contestó la llamada. Ni esa ni otras sucesivas que realizó Antía. Regresó Brancho de la farmacia y, casi inmediatamente detrás de ella, entró en la taberna un grupo de seis mujeres. Al frente de ellas, Isabela, la *concelleira* de Cieña y amiga de la infancia de Coira.

—Antía, cariño, danos de desayunar —le dijo—. Hoy te vamos a dar trabajo.

El cabo se dijo que no olvidaría jamás aquel generoso gesto por parte de Isabela, su apoyo a Antía y a su taberna cuando nadie del pueblo lo había hecho. Se lo hubiera agradecido en aquel mismo momento, pero la presencia de su compañera guardia civil lo estropeó todo.

—Guille, ¿cómo estás? Me alegra verte de nuevo —le dio dos besos en las mejillas al verle y desvió un instante la mirada hacia Brancho, que se encontraba junto al agente—. Hola, soy Isabela, *concelleira* del ayuntamiento —se presentó ante ella, ya que Coira no lo había hecho.

—Yo soy Marisa. —Brancho le estrechó la mano.

—Es la novia de Guille, ha venido de Madrid —terció Antía súbitamente animada, dirigiéndose a la barra para poner en marcha la máquina de los cafés.

Isabela intentó ocultar su decepción al escuchar la palabra «novia», pero no lo consiguió: Coira entrevió la desilusión en su mirada.

—No me dijiste que tuvieras pareja —le dijo ella.

—Ya sabes que no me gusta hablar de estas cosas —replicó él.

Se enrareció el aire entre ambos, aunque cada uno lo respiró de distinta forma. A Coira le dolió no poder decirle la verdad, ni en ese momento ni nunca. Isabela vio cómo se diluía definitivamente la oportunidad de retomar la lucha por aquel amor no correspondido.

—¿Podemos hablar un momento fuera, Isabela? —le pidió Coira—. ¿Te importa, Marisa?

—No, en absoluto.

Brancho detectó que se había producido un momento embarazoso entre la *concelleira* y el guardia civil. Sospechó que su papel como novia de Coira había roto algo entre los dos. Una vez fuera, el cabo permaneció en silencio, sin saber qué decir. No se explicaba por qué le había propuesto hablar a solas, cuando no podía contarle la verdad sobre quién era Marisa en realidad.

—Te agradezco que hayas venido a la taberna, Isabela. Es un día duro para Antía y para toda la familia.

—¿Eso es lo que querías decirme? No me lo agradezcas. He hecho lo correcto. Ya sabes cómo son en los pueblos. Me parecía muy injusto que la taberna estuviera vacía y me he traído a algunas compañeras, para que espabilen los demás. Ni Antía ni nadie de la familia sois responsables de lo que ha hecho Mae.

—Pero yo te lo agradezco de todos modos.

Sugestionado por la generosidad que había demostrado Isabela, quiso ver en ella una luz que no había captado nunca. No tuvo que hacer muchos esfuerzos para percibirla. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta entonces? Se avergonzó de todos sus desplantes, del escaso interés que siempre había mostrado hacia ella. No entendía cómo se había fijado en él cuando eran adolescentes, con tantos pretendientes como tenía aquella niña que quería ser bailarina.

—Debe de ser muy seria la relación cuando has traído a tu novia al pueblo —le comentó ella.

—Eso no quiere decir nada —contestó él—. Con mi antigua pareja estuve años y nunca se la presenté a mi familia.

Desde la ría les llegó una violenta racha de viento que los sacudió a los dos y precipitó el final de la conversación.

—Está furioso hoy el viento, *carallo* —comentó ella—. Será mejor que entremos.

—Entra tú, yo tengo que hacer algunos recados para mi madre.

No era verdad. Quería pasear un rato a solas, descargarse emocionalmente de todos los problemas que los demás habían generado y con los que él debía lidiar. Ya no solo era Mae, sino también aquel *resucitado* de los Peluquines y, ahora, la lección que acababa de recibir de Isabela: la grandeza combatiendo

al resentimiento y venciéndolo.

—¡Guille, espera! —Escuchó a sus espaldas una voz femenina. Se volvió. Era Brancho, que caminaba contra el viento a pocos metros.

—Me has dejado sola entre gente que no conozco de nada —se quejó cuando llegó hasta él.

—Me apetecía estar a mi aire un rato.

—Pues caminaré en silencio a tu lado, pero antes cuéntame qué ocurre con Antía. Yo no he podido sonsacarle nada, pero tú seguro que sí.

Coira le relató toda la historia de Fermín mientras recorrían el paseo marítimo. Al escucharse a sí mismo detallando los hechos, se dio cuenta del hartazgo que le provocaba todo lo que estaba sucediendo.

—Tenemos que localizarlo. Ese hombre está loco —apuntó Brancho cuando el cabo terminó el relato.

—Pues ya me dirás tú dónde encontrarlo, porque para el mundo está muerto. Habrá que esperar a que conteste las llamadas de mi prima.

Pero no las contestó, a pesar de que Antía no dejó de intentarlo a lo largo del día. Al atardecer, llegó la noticia de que Mae había ingresado en la cárcel de Alcalá Meco, en Madrid. Solo saldría de allí si se pagaba una fianza de cincuenta mil euros. Vicente y Anastasio, los padres de Mae y de Coira, tenían una flota de siete barcos de pesca, que antes de la crisis económica eran dieciséis. Muchos pequeños armadores lo habían perdido todo y ellos había resistido, pero cincuenta mil euros era una cantidad que no podían permitirse. Aconsejado por el abogado de Mae en Madrid, Vicente decidió aportar como garantía la titularidad de su casa de Cieña. «También puede usted esperar a que pasen un par de meses y la jueza reduzca la fianza», le propuso. No quiso, no podía soportar tener a una hija en la cárcel. La otra, Antía, permanecía ajena a todo aquel revuelo. Únicamente le importaba la amenaza que representaba Fermín para ella y para su hijo. Su hermana la había decepcionado tanto que incluso se alegró secretamente de que estuviera en prisión. El dolor que había causado a la familia, y la responsabilidad que no asumió cuando vio las consecuencias trágicas de su agresión a la funcionaria, la convertían ante sus ojos en una inmoral de la que se avergonzaba.

A la mañana siguiente, una nueva noticia recorrió veloz todo Cieña. Fermín el de los Peluquines había muerto dos veces. La primera en el barco, la segunda en Os Desgraciados, se decían unos a otros, asombrados de que hubiera sobrevivido a la explosión y de que la muerte le hubiera seguido

rondando hasta cobrarse la presa. El cadáver aún no había sido rescatado y, sin embargo, ya sabían todos que se trataba de él, a pesar de que su rostro no fuera el mismo, a pesar de que yacía sobre las rocas sin que todavía hubiera sido identificado. Nadie preguntaría nunca quién fue el primero en correr la voz, pero debía de estar muy seguro cuando todos le creyeron y nadie le cuestionó. Coira lo supo por Antía, que a su vez se había enterado en la lonja. A dos días de la Nochevieja, había decidido comprar allí varios pulpos, con la esperanza de que los clientes regresaran a su taberna.

—Fermín nunca se hubiera suicidado, y menos con los planes que tenía para mí y para Goio. Lo han tirado por el acantilado, Guille. Lo han matado y quienes hayan sido han corrido la voz para que todo el pueblo nos enteremos antes incluso de que lo rescaten entre las rocas. Voy a acercarme hasta allí —le dijo por teléfono tras darle la noticia.

—No lo hagas, Antía. No te conviene que te relacionen con él.

—Quiero asegurarme de que es Fermín y de que está muerto.

—Espera al menos a que yo llegue.

—No, necesito saber que ya no existe. Ya murió una vez y sobrevivió.

El cabo se hallaba en aquel momento en la Comandancia de La Coruña, junto a Brancho, que partía ya hacia Madrid. Se había despedido de la familia de Coira como Marisa, la novia, y ahora se convertía de nuevo en agente de la guardia civil. Ambos volverían a tratarse de usted, regresaban a la casilla de salida. Hernández-Cor se despidió con prisas, pues debía acudir a Os Desgraciados tras el hallazgo del cadáver.

—Tengo que irme —les dijo el teniente—. Hay un hombre muerto en el acantilado de Cieña. Les agradezco su esfuerzo durante la investigación, especialmente a usted, Coira. Sé que no ha sido fácil —le comentó con su habitual amabilidad.

—No lo ha sido, pero cumplía con mi deber —contestó el cabo.

Coira se sentía un traidor ante su familia y un buen guardia civil ante su superior; un hecho —la traición— era consecuencia del otro —el deber—, y él había hecho su elección. No se arrepentía, pero, a la vez, le dolía. Evitó mencionarle a Hernández-Cor que él conocía la identidad del cadáver que yacía a los pies del acantilado. Tampoco se lo comentó a Brancho. No quería implicar a Antía y tampoco quería implicarse él.

—A sus órdenes, mi teniente —se despidieron el cabo y la guardia cuadrándose ante su superior.

Fue entonces cuando Coira se fijó en que Brancho y Hernández-Cor se dirigieron una mirada de complicidad. No hubiera sabido definirla, solo se trataba de una sensación, pero se unía a otras a las que no concedió importancia en su momento, como cuando el cabo se había presentado en la Comandancia, recién llegada Brancho desde Madrid, y había encontrado a los dos comentando algo que, pensó, les había hecho gracia; cortaron en seco sus risas cuando Coira entró en el despacho.

—¿No estará usted ligando con un mando, Brancho? —le preguntó Coira sin ambages cuando la agente ya estaba subiendo a su coche—. Me refiero al teniente, que además es un *principito*, de los de la Academia Militar, los de sangre azul.

—En absoluto, cabo. ¿Cómo puedes pensar eso, Guille? —Se le escapó el tuteo y, además, se ruborizó.

—Conduzca con cuidado, Brancho —fue lo único que le dijo. Coira se arrepintió de haberle hecho aquella pregunta y, además, con tan poca sutileza. Estaba inquieto por aquel cadáver; estaba de mal humor. Le disgustó haberlo pagado con la joven guardia civil, pero tampoco le pidió disculpas.

Antía llegó a Os Desgraciados justo en el momento en que el helicóptero de Salvamento Marítimo ascendía del acantilado tras rescatar el cadáver. Se acercó hasta el borde del cordón policial y observó cómo aterrizaba el aparato sobre la hierba y cómo, después, los rescatadores sacaban la camilla del aparato y trasladaban al fallecido a otra que se había colocado al lado. En esos escasos instantes en que el cuerpo inerte quedó al descubierto, Antía reconoció el anorak verde militar de Fermín y también sus deportivas rojas y blancas, que sus pies habían conservado a pesar de la caída en vertical desde más de trescientos metros. Ahora sabía que era él. En Cieña ya le habían puesto nombre mucho antes, pero necesitaba comprobarlo. Coira llegó al acantilado únicamente con la intención de llevarse de allí a su prima. Aquel escenario la comprometía. La buscó con la mirada entre la escasa veintena de personas que se había acercado hasta allí y la encontró en primera fila, cubierta la cabeza con la capucha del chubasquero —el viento la apartaba de su rostro y ella volvía a colocarla otra vez—, junto al cordón policial que separaba a los curiosos de la luctuosa escena.

—Antía, vámonos —le dijo en voz baja cuando llegó hasta ella; distinguió a lo lejos al teniente Hernández-Cor, en compañía de otros guardias civiles—. No nos conviene estar aquí.

—Dicen en el pueblo que lo han matado de un tiro, Guille. —Su prima pronunció aquellas palabras con una actitud extraña: parecía llorar y reír al mismo tiempo. Coira no supo dilucidar si era la risa o el llanto lo que realmente transmitía su ánimo.

La cogió del brazo y se alejaron de allí.

—Si sus asesinos han descubierto que Fermín había regresado a Cieña, también me habrán visto a mí —afirmó, angustiada.

—Es un ajuste de cuentas, no va contigo. Olvídate y sigue con tu vida —le aconsejó el guardia civil mientras ambos atravesaban la explanada de hierba que antecedió al acantilado, en dirección al bosque de eucaliptos, con la lluvia rociando sus rostros de minúsculas gotas de agua que a ninguno de los dos les molestaban.

—Cuentan que uno de los hermanos robó un cargamento de hachís a los narcos —comentó Antía cuando ambos se adentraron en el bosque—. Seguro que fue el pequeño, Tino, el peor de todos, y pagaron justos por pecadores.

—Ninguno de ellos era un santo, Antía. Y, además, qué más da, ya están todos muertos.

Una vez más, Coira se alegró de no haber solicitado destino en las rías gallegas tras sus años de prácticas en Baiona. Cruzaron el bosque de eucaliptos y llegaron al camino de tierra donde tenían aparcados los coches. Se despidió de Antía.

—Ve a la taberna y recupera tu vida. Ahora ya estás a salvo y tu hijo también —le aconsejó.

—¿Y tu novia, Marisa?

—¿No recuerdas que hoy ya partía hacia Madrid?

—Ah, sí, es verdad, me lo dijo esta mañana. Poco tiempo estuvo aquí.

—Tenía que irse. Pasará la Nochevieja en Madrid, con su familia.

—Me cayó bien. Espero que te dure. ¿No vas a pasar la fiesta con ella?

—No sé qué haré, Antía.

—Aquí habrá mal rollo cuando venga Mae si la jueza acepta la fianza. Harás bien si pasas de nosotros y te vas también a Madrid. Hazme caso. Si yo pudiera, también me iría unos días con Goio, pero no hay dinero, solo para trabajar y pagar gastos.

Coira se despidió de su prima besándola en las mejillas, pero ella, repentinamente, se abrazó a él con fuerza, como si aquella fuera la despedida definitiva, el adiós para siempre. Él aguantó aquel abrazo y esperó a que Antía

aflojara los brazos para apartarse de ella con suavidad.

—*Grazas, Guille* —le dijo, esta vez en gallego.

Él le sonrió, pero no le dijo palabra alguna. Esperó a que ella subiera al coche, arrancara el motor y se alejara por aquel camino forestal. Luego, entró en el suyo, se puso al volante y se desvió antes de entrar en Cieña para incorporarse a la carretera hacia La Coruña. Dejó atrás aquel cadáver. Y a Antía. Y a Mae. Y a toda su familia. Se arrepentía tanto de haber mentido a los suyos que se preguntaba si el deber como guardia civil tenía sus líneas rojas y si él, quizá, las había traspasado. Condujo sin rumbo una vez atravesada la ciudad. No sabía cuál iba a ser su destino, pero en aquellos momentos únicamente tenía la certeza de que deseaba alejarse de Galicia, al menos durante unas horas.

Coira huía de sus encrucijadas. El teniente Tresser estaba a punto de enfrentarse a las suyas. Aquella mañana se decidiría si podía llevarse consigo a Luba. Se levantó cuando estaba amaneciendo e intentó hacer el menor ruido posible para no despertar a Adelaida, que dormía profundamente. Se asomó a la ventana y, sorprendentemente, el cielo se hallaba libre de nubes, con las estrellas que aún brillaban entre el azul apagado del alba. Quizá después de tanta nieve, al fin luciera el sol. Se duchó con cuidado, para no mojar las heridas suturadas de su rostro. Le costó enjabonarse. Las contusiones le dolían todavía más que el día anterior y sus movimientos parecían los de un anciano; fueron los mismos —lentos y torpes— cuando se vistió y se calzó. Temió que ella se despertara y le viera en aquel estado que no le correspondía. Con la bolsa de viaje en la mano, abandonó sigilosamente la habitación y pagó la estancia en recepción. De ese modo pudo conocer a la madre de la niña negra que le atendió cuando llegó por vez primera vez al hotel. La mujer era pelirroja, con miles de pecas en la cara, con un cuerpo grandote y una dentadura también grande. Le sonrió cuando le preguntó si la estancia había sido agradable y si «su señora» deseaba el desayuno en la habitación. «Su señora». Le hizo gracia que la llamara así, aunque ya había asumido que ese era uno de los papeles que Adelaida no deseaba que se le adjudicara.

Llegó al hospital y Luba estaba durmiendo, con el llavero de Mickey Mouse del que no se despegaba. Observó que la herida de la pierna había mejorado de un día para otro. La cicatriz seguía tan fea como siempre, pero mucho menos inflamada. La enfermera Anke, a punto de finalizar su turno, entró en la habitación y le preguntó al teniente en voz baja cómo se encontraba.

—¿Me permite que le mire las grapas de sutura? Tiene mucha inflamación.  
—Se acercó a su rostro y estuvo unos instantes examinándolas—. Tenga cuidado cuando se lave o se duche. A la zona no le conviene humedad en las primeras cuarenta y ocho horas. Voy a secárselas con una gasa y le pondré un poco de pomada cicatrizante en el labio partido.

Anke abandonó la habitación y entonces se acordó Julián de que llevaba en un bolsillo del pantalón un frasquito con el trozo de diente que había perdido. Le produjo asco verlo sumergido entre la viscosidad de su propia saliva y lo tiró a la papelera. Había sido absurdo guardarlo, cuando pasarían días hasta que pudiera visitar a un dentista. Regresó la enfermera y le realizó las curas.

—¿Cómo ha pasado Luba la noche? —le preguntó el teniente.

—Ah, muy bien, con el ansiolítico ha dormido de un tirón. He estado pendiente de ella y no se ha despertado ni una vez.

—Ayer no tuve más opción que descansar en el hotel para estar hoy mejor. Posiblemente le den el alta y estoy a la espera de que la jueza y la psicóloga de los servicios sociales me permitan llevármela.

—¿Cómo se llama la jueza?

—Si no recuerdo mal, Sotelo, Arancha Sotelo. ¿La conoce?

—En Reinosa nos conocemos casi todos. Espero que tenga suerte, porque es una mujer rara.

—A mí me pareció amable cuando me entrevisté con ella.

—Ya, pero a veces su amabilidad no está a la altura de sus sentencias. Le digo todo esto porque quiero que Luba se vaya con usted y no a una casa de acogida. Sería muy injusto, teniendo la niña a alguien que quiere ocuparse de ella. Arancha es muy bajita y eso la acompleja. Y usted es muy alto. Procure no evidenciarlo demasiado, le irá mejor.

¿Y cómo se hacía eso, disimular la estatura?, se preguntó Julián mirando a la enfermera con extrañeza. ¿Tan azarosa y caprichosa creía la gente que era la justicia? Él, que tanto la cuestionaba, creía que la institución suscitaba en los ciudadanos un respeto casi reverencial. Acababa de comprobar que no era así. Le alarmó que alguien, en este caso Anke, pensara que la diferencia de estatura pudiera condicionar la decisión de una jueza. Pero añadió aún algo más.

—¿Puedo preguntarle qué abogado le lleva el caso?

—Gabriel Gonzaga. ¿También lo conoce?

—Claro que lo conozco. Es buena persona y, además, buen abogado. Ya se



habrá fijado en que él también es bajito, como Arancha, por eso se llevan tan bien. Va a tener suerte, señor Tresser —le auguró.

—¿Solo porque mi abogado y la jueza son bajitos? Anke, me sorprende lo que me está contando. ¿Eso es lo que piensa de la justicia?

—No me malinterprete, por favor. Tiendo a hablar más de la cuenta. Solo quería transmitirle que todo saldrá bien. Como decimos los alemanes, *Viel Glück und Viel Erfolg!* Mucha suerte y éxito, señor Tresser.

La mujer se despidió estrechándole la mano con decisión. El teniente estaba sorprendido de que aquella enfermera tuviera una visión tan frívola de la justicia, pero sobre todo le desconcertó verse reflejado en ese mismo espejo: en el fondo, él compartía la misma percepción que Anke, aunque nunca lo había expresado en voz alta. Le parecía grave reconocerse en esa idea, siendo como era teniente de la Policía Judicial de la Guardia Civil.

—¿Ya se ha muerto Águila? —preguntó Luba al abrir los ojos.

—No pienses en eso —le insistió de nuevo el teniente.

—¿Qué te ha pasado? —A Luba le asombró su aspecto contusionado—. ¿Te lo ha hecho él? A mí también me pegó. Pensaba que me había matado.

—Pero no te ha matado a ti ni tampoco a mí. ¿Has dormido bien?

—Sí, no he soñado con nada.

La niña desayunó sin mucho apetito. Julián la notaba taciturna. Dedujo que le atemorizaba que aquel monstruo permaneciera aún en el mundo. A las nueve de la mañana recibió el mensaje que tanto esperaba. Era de Gabriel, su abogado: «Confirmado. Pasarán esta mañana para entrevistarse con Luba. No sé la hora exacta. Ya te avisaré». «Por fin», se dijo. No dilató el tiempo para explicarle a Luba lo que iba a suceder.

—Dos mujeres van a venir a visitarte esta mañana y te harán unas preguntas. Son las que tienen que permitir que tú y yo estemos juntos en Madrid. ¿Tú quieres vivir conmigo y con mi gata, Greta?

—Si me proteges de Águila, sí —afirmó—. Pero ¿por qué lo tienen que decidir esas señoras? ¿Y si dicen que no? ¿Me iré a un orfanato? —Sus ojos verdes se tornaron vidriosos.

—Te vas a quedar conmigo, pero tienes que decirles que eso es lo que deseas y por qué.

—Les diré que te has portado bien conmigo y que Águila te ha pegado por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada, Luba.

¿Cómo podía pensar así? ¿Por qué se castigaba tanto? Julián quiso cogerle la mano y acariciársela para transmitirle calidez, pero reprimió aquel deseo. No se atrevía a tocarla. Tenía miedo de que malinterpretara el gesto. Encendió el televisor y apareció en la pantalla *La pantera rosa*, precisamente un episodio que transcurría en un hospital, pero Luba lo miraba sin verlo, no se reía con las peripecias del famoso personaje de dibujos animados. Aquella apatía le preocupaba.

—Voy a mirar por la ventana. ¿Ya no nieva hoy? —La niña se incorporó de la cama y se puso de pie. No necesitó ayuda. Había ganado en agilidad y no se quejaba de dolor en la pierna.

En efecto, ya no nevaba. El anticiclón se había fijado por fin en Reinoso y el sol iluminaba la nieve desde el cielo azul. Miraron ambos a través del cristal. Ahí abajo, en el aparcamiento, estaba la Honda de Adelaida. Eran ya las once de la mañana y no sabía nada de ella. Salió al pasillo y la telefoneó. Le contó que estaba paseando por los alrededores del hotel aprovechando el buen tiempo. Luego —le dijo— se acercaría al hospital para despedirse antes de viajar a Madrid.

—Prometo escuchar durante el viaje los éxitos de Elton John —le comentó Julián.

—Si no te gusta, no me lo digas. No lo soportaré —contestó ella.

—¿Hablas en serio?

—Me gustaría que te gustara, pero...

La llamada se cortó. Volvió a marcar el número, pero una voz grabada le informó de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. ¿Por dónde estaría paseando? Justo después recibió una llamada de Coira. Le telefoneaba desde Cudillero, en Asturias. Había decidido pasar el día allí, aunque no le mencionó desde dónde le llamaba. Sus ánimos se habían calmado una vez sobrepasada la frontera de Galicia con el Principado; también influyó en ello la belleza intensa de aquel pueblo marinero, con sus casas de distintos colores descendiendo por la montaña hacia el mar.

—¿Qué ocurre, Coira? —preguntó Tresser sin rodeos.

—Solo quería saber qué tal se encuentra Luba, mi teniente.

—Está bien, a la espera de poder llevármela a Madrid. ¿Me ha llamado solo para eso?

—Pues no lo sé, mi teniente. —El cabo no acababa de habituarse a la brusquedad de su superior, le intimidaba, y tampoco sabía el modo de abordar

el verdadero motivo de su llamada.

—¿Cómo que no lo sabe? No me haga perder el tiempo y dígame lo que tenga que decirme.

—Me pregunto si he cumplido con mi deber mintiendo a mi familia. No lo estoy llevando bien, si le digo la verdad.

—¿Acaso esperaba que la misión fuera agradable? Usted sabía desde el principio que no lo iba a ser y, aun así, asumió colaborar en la investigación. Podría haberse negado y yo lo habría entendido, y también su capitán, pero pensó que su obligación en ese momento era ayudarnos. Lo tenía más fácil que nosotros por sus vínculos familiares con la sospechosa, y no olvide que el acto que cometió su prima se llevó una vida por delante. Otra cosa es el modo en que lidie usted con su conciencia, pero piense que ella ha mentido a su familia, y supongo que habrá provocado en todos ustedes dolor y decepción. Yo la interrogué y me dio la impresión de que eso le importa bien poco.

—Yo también hablé con ella antes del interrogatorio y pienso lo mismo que usted.

—Entonces, ¿damos por zanjado el asunto?

—Sí, mi teniente.

—Pues deje de victimizarse, Coira. Cuando se reincorpore al servicio, volverán los problemas y volverán las encrucijadas. Disfrute de los días de vacaciones que aún le quedan.

Los lloriqueos de Coira siempre le provocaban hastío, pero esta vez reconocía que estaban justificados. No quiso admitirlo ante él, pero había colaborado más allá de lo que le exigía su deber y valoró su esfuerzo. Se lo comentaría a su capitán para que lo tuviera en cuenta en el ascenso a sargento al que el cabo iba a opositar.

—Teniente, buenos días.

La jueza Sotelo estaba ante él, junto a la psicóloga, una mujer joven de cabellos muy negros y muy rizados. No las había visto acercarse por el pasillo, concentrado en la conversación con Coira. Cuando se había entrevistado con ellas en el juzgado, la magistrada estaba sentada y a él ni se le ocurrió valorar su estatura. Ahora se fijó en lo excepcionalmente pequeña que era, sobre todo porque él estaba de pie y la diferencia entre ambas alturas era considerable: la cabeza de la jueza le llegaba a la cintura, cinco centímetros más, a lo sumo. La psicóloga no era alta, pero al lado de la magistrada, lo parecía. Recordó el consejo de Anke: no lo evidencie. Sin

embargo, no solo lo hizo, sino que se apartó de la pared donde había estado apoyado y enderezó el cuerpo. Su estatura aún fue mayor y a ella la empequeñeció más. A pesar de lo que se estaba arriesgando con aquel gesto, que ejecutó de un modo sutil, sin prepotencia alguna, nunca se hubiera perdonado entrar en aquel extraño y absurdo juego que le había propuesto la enfermera.

—Buenos días, señorita. Buenos días, señora Zabaleta —las saludó el teniente.

—Me consta que tuvo ayer problemas con un detenido que se resistió. El juez Resón lleva el caso. Acabó usted bastante lesionado, por lo que veo.

—No es nada, señorita. —Intentó restar importancia a sus heridas; no quería que pensarán que eso era lo habitual en su profesión.

Sotelo lo miraba desde muy abajo y él a ella desde muy arriba. Entonces llegó también Gabriel, el abogado, casi sin resuello. Se notaba que había corrido para llegar puntual a la cita. Era un poco más alto que la jueza, pero no mucho más. Tresser se sintió un gigante ante los dos y eso le intimidaba más a él que a ellos; al fin y al cabo, en aquel escenario donde tanto estaba en juego, él no era el Goliat de la historia.

—Señorita, señora Zabaleta, siento el retraso —se disculpó Gabriel ante ellas.

—No exagere, letrado, que solo se ha retrasado un minuto —replicó la jueza con voz enérgica y firme, como lo haría un mando hacia un soldado—. Ya estamos todos. Teniente, entraremos con usted y nos presentará a la niña. Luego nos dejará a solas a las tres.

—De acuerdo —contestó Julián, también con firmeza, aunque notó un ligero temblor en las piernas.

Entraron en la habitación. Luba se había acostado de nuevo en la cama y estaba viendo en la televisión un programa sobre los fondos marinos. En aquel momento, un pez abisal de terrible aspecto se acercaba a la cámara y mostraba sus afilados dientes.

—Luba, la jueza Sotelo y la señora Zabaleta, que es psicóloga, van a hablar contigo unos minutos. Te dejo a solas con ellas y luego vuelvo, ¿de acuerdo?

—¿No te puedes quedar? —preguntó la niña con inquietud.

—Solo serán unos minutos, Luba —replicó la psicóloga.

Julián salió de la habitación, Sotelo se sentó en el sillón y la psicóloga se quedó de pie. Zabaleta sacó de su bolso una libreta y un bolígrafo y, para

generarle confianza, comenzó por preguntarle por aquel llavero con un Mickey Mouse que sujetaba entre las manos.

—Me lo ha regalado Julián. Son las llaves de su casa. Siempre he vivido encerrada y me ha dicho que podré entrar y salir cuando quiera, aunque no lo haré hasta que se muera Águila.

—¿Quién es Águila? —preguntó la jueza.

Les habló del monstruo que la secuestró y la prostituyó, de cómo la defendió Julián la noche anterior, cuando aquel individuo se presentó en el hospital para matarla porque se escapó del burdel donde la tenía confinada y en el que tantos hombres la violaron. Quería quedarse con su protector y por ese motivo les relató a las dos que el teniente era el primer hombre que la había tratado con respeto y sin pedirle nada a cambio. Confiaba en él y les rogó que no la enviaran a un orfanato. «Si me mandan allí, querré morirme y me moriré», concluyó, mientras se preguntaba con qué derecho aquellas desconocidas iban a decidir cómo sería su vida a partir de entonces y con quién la compartiría. Qué sabrían ellas. Qué sabría nadie.

## CAPÍTULO XXIII

Luba era un país desconocido al que Julián había llegado sin brújula, sin mapa y sin apenas conocer el idioma. Su misión era reconstruirlo desde sus ruinas y erigir uno completamente nuevo, habitable, bonito y seguro. ¿Por dónde empezar cuando no quedaba ni un solo edificio en pie? La jueza Sotelo había dictado al fin las medidas cautelares que permitían a Julián la acogida provisional de Luba hasta que se le concediera la tutela y, con el tiempo, la adopción. Comenzaba aquella aventura tan incierta para los dos: la de ser un padre, la de ser una hija. Julián no había podido compartir la buena noticia con Adelaida, pues cuando llegó la resolución del juzgado, ella ya había partido hacia Madrid. Se habían despedido en el aparcamiento del hospital de Reinosa. Iba vestida para afrontar un viaje en moto, toda ella de negro, con pantalones y cazadora impermeables, prendas térmicas de varias capas, recias botas y guantes calefactables. Bajo aquella poderosa armadura, le costaba identificar a la Adelaida que siempre olía a jazmines.

—Sabes que Luba se autolesiona, ¿verdad? Me fijé en sus brazos y vi las cicatrices. Supongo que tú también —le comentó ella mientras se montaba en su ostentosa Honda.

—Las vi, pero ahora solo quiero que me concedan llevármela a casa. Pienso en todo lo que va a necesitar de mí y temo no estar a la altura. Para mí todo esto es como un territorio que nunca ha sido explorado.

—Serás un buen padre, Julián. Además, tu psicología de guardia civil te ayudará a parar muchos golpes y te alejará del error de compadecerte de ella y malcriarla.

Necesitaba oír aquellas palabras. Cada vez estaba más convencido de que Adelaida era la única persona que entendía su complejidad, del mismo modo que él comenzaba a comprender la de ella.

—¿Nos queremos tú y yo? —se arriesgó Julián a preguntar.

—A nuestro modo, pero sí.

—A nuestro modo —repitió él—. Ten cuidado por la carretera y avísame cuando llegues a Madrid.

Ella lo besó en los labios y le dio un abrazo que a Tresser le gustó. Después, se colocó el casco, puso en marcha aquel «armario con ruedas» — como Julián lo calificaba— y abandonó el aparcamiento sorteando algunos cúmulos de nieve que aún sobrevivían en ese día soleado aunque intensamente frío. Dos horas después de la despedida, con el escrito de medidas cautelares firmado por la jueza, el alta médica y la lista de medicamentos que la niña debía tomar, Julián y Luba salían del hospital rumbo a Madrid.

—Toda la parte de atrás está rota —le dijo ella antes de subir al coche, impresionada al ver los respaldos traseros tirados y pateados—. ¿Qué ha pasado?

—Cuando detuve a Águila se resistió. —Julián había decidido que, siempre que fuera posible, le diría la verdad de las cosas—. Siéntate delante conmigo.

—Te pegó y tú le pegaste y por eso ahora está en el hospital.

—Más o menos.

—Pero sigue vivo —insistió Luba una vez más.

—Ahora estamos a punto de viajar hacia Madrid, donde conocerás a Greta, mi gata, que ahora será también la tuya. Piensa en esas cosas agradables. Abróchate el cinturón, por favor —le pidió cuando ella subió al coche.

—¿Qué cinturón? No llevo ninguno.

Había tantas cosas del mundo que Luba ignoraba que Julián se disculpó ante ella y le enseñó a colocárselo. No sabía su edad exacta y quizá nunca la supiera. En todo caso, calculó que medía más de un metro treinta y cinco, la estatura mínima permitida a los niños para viajar en el asiento delantero. Aprovechó también para mostrarle cómo se accionaba el botón para subir y bajar la ventanilla. Luba estuvo jugando unos instantes con él, hasta que el coche arrancó, cogió velocidad y recibió una violenta oleada de aire gélido en el rostro. Subió rápidamente el cristal y le inquietó que el automatismo de la ventanilla le impidiera salvarse si el coche caía al agua.

Siempre le daba miedo que le asaltaran esos pensamientos funestos, casi todos relacionados con la muerte. Luego los olvidaba, pero dejaban su rastro para provocarle desesperanza; quiso olvidar también este, así que centró su atención en su nuevo aspecto. Se había vestido con unos pantalones de felpa con florecillas rojas, un jersey blanco con cenefas azules, unas deportivas marrones, un anorak también de color marrón y un gorro de lana rojo con una

borla negra. A Luba le entusiasmaban todas las prendas que le había escogido Julián —en realidad, le había ayudado una dependienta de El Corte Inglés— y que le aguardaban en la maleta. Se entretuvo durante el viaje contemplando una y otra vez el llamativo conjunto que llevaba; también su pequeña mochila con el dibujo de *La sirenita*. Dentro de ella guardaba el llavero con su Mickey Mouse y un teléfono móvil que Julián había incluido en su equipaje, con un único número registrado: el del propio teniente. Le enseñó a utilizarlo, a realizar una llamada y a contestarla, a cargar la batería y a reconocer el indicador que le avisaba de cuánta le quedaba. Todo aquello le parecía insólito e ilusionante, pero no se quitaba de la cabeza al hombre-pájaro Águila: ahí reconoció el rastro que le había dejado aquel temor a morir ahogada. Julián, aún muy dolorido por la pelea del día anterior, intentó relajar los músculos durante el trayecto escuchando el CD de Elton John que le había regalado Adelaida. Le preguntó a Luba si le gustaba la canción que estaba sonando: *My song*.

—Es bonita, ¿no? —A Tresser se lo parecía.

—Es que no la estoy escuchando. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono. —La miró de soslayo y la vio encogida sobre sí misma, abrazada a la mochila, triste—. Estás pensando en Águila. ¿Me equivoco?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Sé que ahora es lo único que te preocupa. ¿Quieres que hablemos de ello?

—¿Puede ser más tarde?

—Cuando tú quieras.

Luba ya no dijo nada más y Julián pensó que sería buena idea hacer una parada para comer algo. Quizá eso levantara el ánimo de la niña. Se detuvo en un mesón de la autovía de la Meseta, un mesón de estilo castellano, con grandes ruedas de carruaje colgadas en la pared de la fachada, bajo amplios ventanales. Salieron del coche y, durante los pocos metros que les separaban del local, Luba, que aún cojeaba levemente, no se separó de su protector; caminaba pegada a él, bajo un cielo azul y un sol que proyectaba sobre el pavimento las sombras oscuras de sus figuras. Parecían una sola, como una montaña de dos picos, uno muy grande, el otro tan pequeño.

El interior del mesón era grande, con techos abovedados de ladrillo rústico y una larga barra de bar sobre la que pendían paletillas y piernas de jamón,



decoradas con espumillón navideño. Se sentaron a una mesa de estilo castellano; también las sillas lo eran, con sus respaldos de madera labrada. Julián hizo el gesto de tenderle la carta de raciones que estaba sobre la mesa, pero recordó enseguida que Luba era analfabeta y no quiso denotarlo. Le leyó en voz alta la lista de bocadillos y ambos se decidieron por una hamburguesa con patatas fritas. Cuando llegó el camarero, les tomó nota y Julián pidió una cerveza sin alcohol.

—¿Qué quieres beber tú, Luba?

—Un cubata de ron Negrita —contestó ella con naturalidad.

El guardia civil y el camarero se intercambiaron miradas perplejas.

—Es una broma. —Él sabía que no lo era—. Póngale una Coca-Cola, por favor.

Qué difícil iba a ser todo.

—A tu edad no puedes beber alcohol —le advirtió cuando se fue el camarero.

—No lo sabía —replicó con extrañeza—. Fanny y yo nos bebíamos varios cubatas al día para aguantar.

—Pero ahora es diferente. Estás libre.

—Es que el cubata me calma los nervios, pero no lo volveré a hacer. ¿Te has enfadado?

A Julián le dolió ver cómo la chiquilla pedía ese cubalibre con tanta ingenuidad e inocencia, sin pensar que al hacerlo transgredía la ley y, de paso, lo comprometía a él, el adulto que la acompañaba. Meditó bien sus palabras antes de contestarle.

—No tengo derecho a enfadarme. He logrado rescatarte de un mundo donde nunca deberías haber estado, y todos deberíamos pedirte perdón por no haberlo evitado. Poco a poco te irás acostumbrando a vivir en libertad, pero, a la vez, también a cumplir las normas. Yo te ayudaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó ella evitando mirarle. Se la notaba abatida.

Llegó el camarero con las bebidas, con dos juegos de cubiertos envueltos en sendas servilletas de papel y un platillo con aceitunas.

—¿Puedo ir al lavabo?

—Claro, no me pidas permiso para eso.

Mientras Luba se levantaba de la silla, Julián aprovechó para buscar en su móvil el número de la Comandancia de Cantabria. Quería estar al tanto de la evolución de Águila, ya resignado a no recibir la noticia de que había muerto.

Levantó un momento la mirada y vio cómo la niña cogía disimuladamente el cuchillo envuelto en la servilleta y se lo guardaba en el anorak.

—Luba, dámelo ahora mismo —le ordenó con gesto grave.

Ella se quedó de pie, mirando a Julián, avergonzada por haber sido descubierta. Lo dejó sobre la mesa.

—Siéntate un momento, por favor.

Ella lo hizo enseguida.

—¿Qué ibas a hacer en el lavabo con el cuchillo? Escucha bien lo que voy a decirte. Cada vez que quieras herirte, lo haré yo también. Lo haremos los dos, tú en tu brazo y yo en el mío, así compartiremos el mismo dolor. ¿Te parece bien?

—No lo hagas, no quiero que te hieras por mi culpa —musitó en voz muy baja, casi imperceptible.

—Entonces, vamos a hacer otra cosa. Cuando sientas el impulso de hacerlo, dímelo. No te avergüences, no lo escondas, cuéntamelo y hablaremos de cómo te sientes. No te voy a preguntar por qué lo haces, sé que tienes muchas razones, que has sufrido mucho, y buscaré a una persona para que te ayude a superarlo, pero hasta entonces compartiré contigo los momentos complicados que te impulsen a hacerlo.

—No lo haré más, te lo prometo.

—No me prometas nada, únicamente avísame cuando te suceda. ¿No querías ir al lavabo?

—Sí.

—Pues hazlo antes de que llegue tu hamburguesa.

Julián se esforzaba por mantener el control de la situación. Durante aquella conversación entre los dos, hubo instantes en los que pensó que no lo conseguiría. Él sí que se hubiera tomado un whisky en aquellos momentos. Su fortaleza psicológica solo le servía para soportarse a sí mismo y soportar también la sordidez a la que le exponía su oficio, pero nada sabía sobre cómo tratar a una niña con una herida emocional inconmensurable. No podía enfadarse con ella, tampoco recriminarle nada ni mostrarse hostil. Lo único que podía hacer era intentar comprender su laberinto, acompañarla en la búsqueda desesperada de la salida y animarla cuando el camino recorrido no condujera a ninguna parte o la llevara de nuevo al punto de partida. Necesitaba fumarse un cigarrillo, y aprovechó que la niña estaba en el lavabo para salir. Se lo encendió junto a una ventana desde donde pudiera verla.

Cuando regresó la niña, golpeó ligeramente el cristal para indicarle dónde estaba. En vez de esperarle en la mesa, ella salió y se acercó a él.

—¿No vienes?

—Estoy fumando un cigarrillo y tengo que hacer una llamada. Entra. Yo iré enseguida.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Mira. —Señaló la mesa a través del cristal—. El camarero acaba de traernos las hamburguesas. Empieza a comer. Estaré aquí, me puedes ver a través de la ventana.

Luba vaciló unos segundos y, finalmente, entró en el mesón. No le gustó la idea, pero obedeció. No se sentía segura sin su protector. Todo estaba cambiando de un modo demasiado vertiginoso para ella. Ya no podía beber alcohol, debía acostumbrarse a unas normas y no sabía qué significaba esa palabra; tampoco podría herirse para descargar la angustia y la culpa, porque Julián haría lo mismo y eso la culpabilizaría aún más. Se encontraba perdida en aquel nuevo mundo del que lo ignoraba casi todo. Por no saber, dudó incluso de si podía comer con las manos aquella voluminosa hamburguesa o si lo correcto era utilizar los cubiertos. Apenas veía la carne entre el pan, oculta bajo un huevo frito, tomate, lechuga y otros ingredientes que no supo identificar. Era la primera vez que la probaba. Miró a su alrededor y observó las mesas cercanas, buscando a alguien que también la hubiera pedido. Tras pasear la mirada sin éxito, al fin descubrió a un niño comiéndola con las manos. Era lo más cómodo. Ella hizo lo mismo. Julián vigilaba sus movimientos desde el exterior, al tiempo que hablaba por teléfono. Le produjo ternura ver cómo la niña acometía el primer bocado. En el primer intento, se desprendió el huevo frito. En el segundo, el tomate. En vez de volverlos a integrar, optó por apartarlos en el plato y comerse tan solo —y con mayor facilidad entonces— el pan y la hamburguesa. Era una niña lista.

El teniente acababa de hablar con la Comandancia de Cantabria. Águila seguía en la UCI del hospital, bajo custodia policial. Aún no lo habían despertado del coma inducido, pero, si se recuperara, sería interrogado sobre el secuestro de Luba; telefoneó también a la Guardia Civil de la localidad madrileña de Valdemorillo y supo que se había abierto una investigación sobre el brazo humano que apareció en el pantano de Valmayor y sobre el cual el propio Tresser ya les había aportado en su momento la pista de que podría pertenecer a Olga, la *madame* del burdel que regentaba Águila. Julián se

recreó imaginándolo en la cárcel durante muchos años, aunque en realidad deseaba que el monstruo se extinguiera para siempre.

Pero aquel monstruo seguía vivo y su mujer, Noelia, acababa de enfrentarse a varias encrucijadas. Cuando aquel guardia civil atendió el teléfono de Águila y le comunicó que estaba ingresado en un hospital, ella tuvo muy claro que el mundo en el que había habitado quedaría al descubierto, evidenciándose su oscuridad y sus delitos, cuando a ella le había aportado tanta luz: la del dinero y el lujo. Acababa de llegar a Santander con sus trillizas. Se alojaron en uno de los mejores hoteles, con vistas a la bahía. Disponía de una gran cantidad de dinero en efectivo; en realidad, se había llevado todo el que atesoraba en la habitación blindada del lujoso chalé de Pozuelo: medio millón de euros en billetes de cien y cincuenta, que repartió entre su maleta y las de las niñas. Reservó cuatro habitaciones, una para cada una, y así pudo guardar el dinero en varias cajas fuertes. No sabía qué había ocurrido, por qué estaba hospitalizado tan lejos, y tampoco la razón por la cual su móvil estaba en manos de la Guardia Civil, pero no esperó a saberlo: hizo las maletas en ese mismo momento, cogió el dinero, bajó las persianas del chalé para denotar que allí ya no vivía nadie y lo abandonó.

—Vuestro padre ha tenido un accidente y está hospitalizado en Santander. Hoy por la noche dormiremos en un hotel de Madrid y mañana viajaremos allí. Luego ya veremos qué hacemos —les dijo a las trillizas mientras las apremiaba a hacer las maletas.

—¿Qué quiere decir eso de que «ya veremos qué hacemos»? —le preguntó Noemí, la más rebelde—. No entiendo por qué tenemos que irnos de casa y te has subido del sótano bolsas de basura llenas de dinero.

—¿Tú has escuchado lo que te he dicho? Vuestro padre está en un hospital y a ti parece no preocuparte.

—Es que no entendemos nada —habló ahora Nidia, la más sumisa—. No te enfades, pero parece que estamos huyendo de algo.

—Es que es así, ¿verdad, mamá? Dinos la verdad y así podremos saber a qué atenernos —afirmó Nerea, la más estudiosa y reservada.

—Vais a hacer lo que yo os diga y no voy a permitir que me creéis más problemas de los que ya tengo, ¿entendido? Por cierto, ¿os importa algo la salud de vuestro padre? A mí me da la impresión de que no.

—¿Te importa a ti? Porque te has llevado todo su dinero —replicó Noemí.

La niña recibió inmediatamente un bofetón y ahí terminó la conversación.

Pasaron la noche en un hotel de Madrid de cinco estrellas y viajaron a Santander al día siguiente, en uno de los lujosos coches que tenía la pareja, un todoterreno Mercedes-Benz de color negro. Durante el trayecto por la autovía A67 que unía Madrid con Cantabria, la climatología las bendijo con el sol, pero dentro de aquel coche la atmósfera era como la de una de esas tormentas que oscurecen el cielo pero que no descargan lluvia. Todas amarraban la tensión para que no se desatara la furia. Las niñas presentían que algo muy grave había sucedido y que la hospitalización de su padre no era el mayor de los problemas. Su madre conducía sin preocuparse de ellas, siquiera para tranquilizarlas y asegurarles que todo iba a salir bien, aunque fuera mentira. Por unas u otras razones, apenas se dirigieron la palabra durante el viaje.

Una vez en Santander, Noelia dejó a sus hijas en sus habitaciones escuchando música o viendo la televisión y ella se fue al spa del hotel, donde dejó que los chorros de agua masajearan sus vértebras. Intentó relajarse, pero no lo consiguió. Su futuro inmediato albergaba demasiadas incógnitas. Comieron en un restaurante cercano. A pesar de que la carta ofrecía exquisitas propuestas de la gastronomía cántabra y Noelia las animó a degustarlas, sus hijas la castigaron eligiendo ensalada mixta y espaguetis a la boloñesa, así que ella degustó en soledad unas anchoas de Santoña y bocartes a la cazuela. Las niñas cada vez estaban más enfadadas con su madre, sobre todo Noemí, que no olvidaba el bofetón de la noche anterior.

Tras la comida, Noelia se decidió al fin a llamar al hospital, algo que había ido posponiendo intencionadamente a lo largo del día: no estaba preparada para ver al águila herida, sin sus habilidades depredadoras, sin fuerza en sus potentes garras. Preguntó por Juan José García García, «el padre de mis hijas», puntualizó, sin adjudicarse en ningún momento el papel de esposa; no lo era, no lo fue nunca, porque jamás se casaron. Era un documento legal que se ahorraban, cuando con otros no podían hacerlo. En el hospital le dijeron que no le podían informar por teléfono. Entonces preguntó por los horarios de visitas a la UCI. Ya no llegaba a tiempo a la del mediodía. Tendría que esperar a la tarde. Decidió que irían de compras hasta entonces y se reconcilió con sus hijas únicamente para que no la perturbaran durante aquellas horas de ocio. A Noelia le asombró la belleza tan elegante de Santander y se fijó en lo bien que vestían las mujeres —y también los hombres— con las que se cruzó por el paseo de Pereda, frente a la bahía, antiguamente la zona de los muelles y las navieras y ahora una de las calles más bellas y aristocráticas de Santander.

Con una temperatura agradable y llevadera, se les pasó la tarde de tienda en tienda, comprando prendas de estilo náutico —mocasines, camisetas, chubasqueros— y paseando frente al mar. Atardeció y el ocaso apagó el paisaje. A las niñas ya no les interesó entonces seguir descubriendo la ciudad y quisieron ir al hotel para dejar las compras.

—No os relajéis en la habitación porque vendréis conmigo al hospital —les advirtió cuando llegaron.

—Estamos cansadas, mamá —se quejó Nerea—. ¿No podemos dejarlo para mañana?

—Si vuestro padre os oyera, se avergonzaría de vosotras —contestó Noelia, elevando el tono de voz para subrayar su enfado—. Vais a venir conmigo y os quedaréis en la sala de espera mientras yo estoy con él.

Para Noemí, Nidia y Nerea, sus padres eran unos seres extraños a los que obedecían y temían. No sentían por ellos el amor y el respeto hacia sus progenitores que percibían en sus compañeras de colegio; al contrario, se encontraban más seguras cuando no los tenían cerca. Los gritos y los tortazos las amedrentaban y, a medida que fueron creciendo, se fueron habituando a guardar silencio en su presencia, pero ahora ya habían entrado en la adolescencia y cada vez les costaba más callarse. Sin embargo, en esta ocasión lo hicieron y acompañaron a su madre al hospital. Querían saber, pues no sabían nada.

En la antesala de la UCI había dos guardias civiles, ante los que Noelia tuvo que identificarse cuando les dijo que iba a visitar al paciente Juan José García García. Le inquietaba aquella situación. Aquella era la primera vez en su vida que hablaba con agentes de la ley.

—¿Es usted la esposa?

—Es el padre de mis hijas. Estamos separados. —Había llevado el libro de familia consigo, previendo precisamente aquella situación.

—Deberá presentarse mañana a las nueve de la mañana en la Comandancia para hacerle unas preguntas —le comunicó uno de los guardias civiles.

—¿Qué es lo que tienen que preguntarme?

—No lo sé, señora —contestó el agente—. Mañana le informarán.

—¿Puedo preguntarles por qué están ustedes aquí?

—Ya le he dicho que mañana le informarán —insistió.

Ordenó a sus hijas que aguardaran en la sala de espera y les advirtió en voz baja:

—No habléis absolutamente de nada con esos guardias civiles que hay en la puerta. ¿Entendido? Ni para pedirles la hora.

—Pero ¿qué tienen que ver con nosotros? —preguntó Noemí.

—Nada, por eso acabo de deciros que no habléis con ellos. ¿Te lo tengo que repetir otra vez?

Noelia estaba nerviosa, agobiada, confusa, rabiosa. Una enfermera la acompañó a la UCI. Antes, tuvo que ponerse encima varias prendas asépticas desechables —bata, gorro, mascarilla y fundas para los zapatos— y lavarse las manos con gel desinfectante.

—Háblele de cosas agradables, que sienta una voz cercana —le aconsejó la sanitaria cuando Noelia entró en la habitación de la UCI.

¿Dónde estaba Águila?, se preguntó cuando lo vio con aquellas vías, cables y sensores conectados a su cuerpo. Había perdido musculatura en un solo día. ¿Qué le habría ocurrido para hallarse en tal estado? La doctora intensivista de servicio en aquel momento le dijo que había sufrido un traumatismo craneoencefálico y que le habían inducido un coma a la espera de que se redujera el edema cerebral.

—¿Se recuperará? —le preguntó.

—Esperemos que sí —contestó la doctora—. Mañana le informará el neurólogo.

Noelia se acercó a la cama y cogió una de las manos de Águila. Estaba flácida y fría. La soltó enseguida. Le producía aprensión, al igual que el sonido acompasado de la respiración artificial y los pitidos electrónicos de los monitores. Del rostro de Águila solo entreveía sus ojos cerrados, pues la boca y la nariz permanecían ocultos bajo el respirador, y la cabeza estaba totalmente vendada.

—¿Para qué me sirves así? Ni siquiera puedes respirar por ti mismo —le susurró, ignorando el consejo de hablarle solo de cosas agradables—. No sé cómo has llegado hasta aquí, pero me has dejado sola frente a todo y tienes a la Guardia Civil en la puerta. Me han dicho que me van a preguntar sobre ti. ¿Y qué les digo si no sé ni lo que has hecho? ¿Tiene algo que ver con esa maldita Luba?

Estaba exasperada, bajo la presión de una situación que la desbordaba. Y también enfadada, mucho. No habían transcurrido ni cinco minutos desde que había entrado y ya no podía soportar ni uno más ante aquel guiñapo, así lo calificó su espíritu airado. Abandonó la habitación sin despedirse.

—¿Ya se va, tan pronto? —le preguntó la enfermera al verla salir.

—Estoy impactada. No puedo verlo así —afirmó entre lágrimas, que no eran de aflicción, sino de ira, pero le sirvieron para suscitar empatía y comprensión—. Ahora quiero ir con mis hijas. Mañana estaré mejor, supongo.

Pero estaba segura de que todo iría a peor. Si no fuera porque la Guardia Civil quería interrogarla, aquella misma noche se hubiera marchado de Santander. Debía proteger a las niñas, aunque ella sabía perfectamente que lo que más le importaba era protegerse a sí misma.

Así pues, nada tenía que temer Luba de Águila, pero ella seguía sintiendo su amenaza, aunque se hallara inmovilizado en un hospital. Al fin y al cabo, ella acababa de salir de uno. Un día lo haría él también, ese era el problema. Si la había encontrado una vez, por qué no una segunda. Durmió durante el resto del trayecto a Madrid. Los antibióticos que estaba tomando le provocaban somnolencia y una incómoda sensación de cansancio que, a veces, la atontaba. Durante el viaje, Julián recibió un mensaje de Adelaida. Ya había llegado a Madrid. Como siempre, no despidió el texto con un «adiós» o «besos». Tampoco con ningún emoticono. Ya empezaba a acostumbrarse a su forma de ser, y eso lo consideró positivo. Llegaron a Madrid más allá de las seis de la tarde, ya de noche. Julián pasó de largo por Uvés y se adentró en la ciudad. Con la cara pegada a la ventanilla, la niña sintió una fascinación insólita al contemplar la vistosa iluminación navideña que adornaba las calles. Sus ojos verdes, abiertos hasta los límites, reflejaban en el iris los destellos de aquella miríada de luces de colores que parecían estar colgadas del cielo. Aún no lo sabía, pero no iba a ser aquella la única sensación feliz que recibiría: estaba a punto de encontrarse con Fanny. Por la mañana, Julián había telefoneado a Melinda, la directora de la casa-refugio para mujeres rescatadas de la prostitución, y le había pedido aquel encuentro tan importante para ambas. El teniente aparcó el coche en una calle cercana.

—¿Vamos a tu casa? —le preguntó Luba.

—Todavía no. Te espera una sorpresa que te gustará.

Caminaron unos metros por la calle Arturo Soria en dirección a la casa. Luba nunca había paseado por una avenida con tanto tráfico. Eso la asustó. Se sentía desprotegida y, de nuevo, se arrimó a Julián, como había hecho al entrar en aquel mesón de la carretera. Tuvo el impulso de agarrarse a su brazo porque le daba la impresión de que la tierra temblaba bajo sus pies, pero no lo hizo. Rozar la piel de un hombre, aunque fuera la de su protector, le producía



miedo y también repulsión. Llegaron a la casa y Julián pulsó el timbre del videoportero.

—Esta casa es muy grande —comentó la niña al ver la mansión—. No es un orfanato, ¿verdad?

Antes de que Julián pudiera contestarle, se abrió la puerta y apareció Fanny, junto a Melinda. Luba pareció no reaccionar, porque se quedó frente a ella, mirándola sin decir nada, sin acabar de creerse que aquello fuera real. Su amiga se acercó a ella y la cogió de las manos, pero la niña se soltó de ellas y la abrazó. No hablaron nada, se comunicaron a través del silencio. Estaban tan emocionadas que las palabras les molestaban, pero al final se dijeron:

—Lograste escapar —comentó Luba.

—Tú también —replicó Fanny.

—Vayamos dentro, por favor —las interrumpió Melinda—. Por seguridad, esta puerta no puede permanecer abierta demasiado tiempo.

Las chicas entraron enseguida, contentas, riéndose y cuchicheando. El teniente, sin embargo, se quedó en el umbral.

—Yo tengo que hacer unas gestiones, Melinda —comentó—. Además, mejor dejarlas solas un rato. Vuelvo en una hora, ¿le parece?

—Me parece magnífico. ¿Qué le ha pasado? Tiene la cara como si le hubieran golpeado.

—Un detenido que se resistió, lo normal en mi profesión —contestó sin dar más explicaciones.

—Ya, entiendo. Su oficio es duro, desde luego. Espero que se recupere pronto. Estoy muy contenta de que haya logrado salvar a Luba, teniente. No estaba segura de que lo consiguiera. Debo decirle que me parece admirable.

—No ha sido fácil, pero ya la tengo conmigo. Ahora debo irme, pero a la vuelta le pediré algunos consejos si no le importa.

—Se los daré con mucho gusto.

Julián había quedado con Teresa en la misma cafetería de la calle de Arturo Soria donde se vieron la última vez. La había telefoneado desde Reinosa para decirle que viajaban ya hacia Madrid, y la subinspectora de la Policía Nacional le propuso tomar un café y le pidió también conocer a Luba. Cuando llegó el teniente, Teresa ya le estaba esperando, sentada a una mesa, ante un café y bajo las luces navideñas que recorrían los cristales de las ventanas. El local estaba lleno. Se acercaba Nochevieja y el inminente cambio de año generaba aquella felicidad colectiva que a Julián tanto le desagradaba.

—Pero ¿qué te ha pasado? —le preguntó Teresa, sorprendida—. No me atrevo ni a darte dos besos. Parece que vengas de un combate de boxeo.

—Ahora te contaré. Qué follón hay aquí —se quejó Julián mientras se quitaba la cazadora y tomaba asiento.

—Iba a proponerte buscar un lugar más tranquilo, pero me temo que todos estarán igual.

—¿Dónde se ha ido hoy la maldita crisis?

—No es este un barrio obrero precisamente, Julián, pero en España siempre estamos dispuestos a entrar en un bar; parece que ese dinero nos duele menos. Cuéntame, ¿qué tal está Luba?

—En este momento, feliz por encontrarse con Fanny. Eso también me hace feliz a mí, pero tiene tanta herida emocional que ahora mismo no sé cómo la sacaré adelante —comentó con aquella inquietud permanente que no lo abandonaba.

—Pues utiliza el amor, Julián, así de sencillo. Cuando a María le diagnosticaron la enfermedad se me cayó el mundo encima y me aplastó, pero descubrí que el amor hacia ella era tan poderoso que me enganché a ese motor y ahí sigo. Me desesperan y me destrozan las crisis epilépticas que está sufriendo últimamente, incluso varias en el mismo día, pero cada vez que pienso que podría perderla en una de ellas, recargo enseguida las pilas para poder afrontar el dolor y la impotencia que me causará la siguiente. Podrás con esto, Julián. Has conseguido lo que parecía imposible y estoy orgullosa de ti.

—Yo lo estoy mucho más de ti. No tengo derecho a quejarme, perdóname.

—Claro que tienes derecho. Detesto a quienes se lamentan continuamente de chorradas, de problemas que no lo son. No piensan en cuánto me ofenden cuando, por ejemplo, alguien vive una avería del coche o alguna tontería por el estilo con la misma angustia que si le acabaran de diagnosticar un cáncer. No es tu caso, así que quéjate lo que quieras y cuando quieras. Luba ha regresado de las tinieblas y le costará acostumbrarse a la luz. Hablando de tinieblas, ¿a qué se debe tu rostro tan magullado?

—Águila se presentó ayer en el hospital y lo detuve antes de que se acercara a Luba. Hubo pelea, se golpeó la cabeza con una piedra y está ingresado y en coma.

—¿Sobrevivirá?

—Me gustaría decirte que no, pero de momento sigue vivo.

—Ayer, cuando me enviaste su dirección de Pozuelo, se acercó un zeta a su domicilio, pero la casa estaba cerrada. No había nadie. ¿No leíste mi mensaje?

—No, supongo que en ese momento él y yo nos estábamos liando a puñetazos. ¿Tú sabías que es un confidente de los servicios secretos?

—¿En serio? —preguntó Teresa, atónita.

—Precisamente fue un agente del CNI quien me facilitó esa dirección de Pozuelo que luego yo te pasé a ti. Se llama Norberto, era capitán de la Guardia Civil y me ocultó su nuevo destino en inteligencia. Su hermano, también perteneciente al Cuerpo, fue asesinado por ETA. Yo era amigo de los dos y Norberto utilizó la información que le di sobre Águila para localizarlo, extorsionarle y convertirlo en su informador, a pesar de que con ello ponía en peligro a Luba. Ha estado protegido todo este tiempo, y los servicios secretos no se molestarían en proteger a un proxeneta si no fuera por motivos que van más allá del negocio de la prostitución. Sé que Águila forma parte de una organización que trafica con armas, aunque puede que él no se dedique a eso, pero está claro que tiene información valiosa. Ahora mismo ya no está vigilado por ellos, por lo que deduzco que ya les ha contado todo lo que querían saber y lo han dejado libre. Eso le permitió seguir el rastro de Luba y llegar hasta el hospital donde estaba ingresada. La podría haber matado, Teresa, porque sabe que puede testificar contra él. Todo esto que te estoy contando debería ser confidencial, pero lo hago precisamente para que deje de serlo.

—Entonces, ¿es posible que fueran los del CNI quienes dieran el soplo en la mansión donde los míos hicieron la redada?

—Quizá. Tendréis que investigarlo. Puede que, si tenéis suerte, os colguéis una medalla.

—O puede que acabemos fulminados por fuego amigo —opinó Teresa—. Habrá que ir con cuidado, pero de momento te aseguro que se va a investigar a Águila a fondo, empezando por ese casoplón que tiene en Pozuelo, muy por encima de sus ingresos como propietario de una pequeña empresa de seguridad.

—La Comandancia de Cantabria lo va a acusar de varios delitos, el menor de ellos por atentado y lesiones contra la autoridad, de seis meses a tres años de prisión, nada menos. Me dio una buena tunda, ¿sabes?

—Pero te has traído a la niña contigo.

—Sí, eso es lo único bueno de todo este asunto.

Luba, Fanny y su perrita tuerta Mirucha. Las tres en un sofá, bajo el enorme lienzo del hada con la varita mágica rodeada de estrellas, en la misma estancia donde días atrás estuvieron Tresser y Teresa con la joven. No podían creerse que estuvieran juntas, tan lejos de aquel mundo desgraciado donde se conocieron. Hablaron poco durante la mayor parte de su reencuentro. Estaban tan emocionadas que comenzaban una frase y la interrumpían para pasar a otra que tampoco finalizaban. Solo cuando se dieron cuenta de que se les acababa el tiempo se serenaron y se contaron sus cosas. Ninguna de las dos se refirió al tormento que habían sufrido: solo les importaba la libertad recién estrenada. Aun así, Luba le relató la odisea de su huida, pero Fanny se resistía a contarle cómo empezó la suya.

—¿Eso quiere decir que no confías en mí? —le preguntó la niña.

—No es eso, Luba. Ahora todo me da miedo, incluso contarte cómo me escapé. Quiero olvidarme de todo aquello.

—A mí también me da miedo todo. No me lo cuentes si no quieres.

—No quiero.

Se abrazaron, con la perrita en medio de las dos, y lloraron. Les vino bien hacerlo: estaban tan profundamente heridas y eran tan conscientes de que su dolor las acompañaría, quizá, el resto de sus vidas que aquel llanto las unió en la soledad de cada una. Luego se cogieron de las manos y Fanny le contó que, tras las Navidades, comenzaría un curso de panadería y repostería.

—La psicóloga me ha dicho que es pronto todavía, pero necesito tener la mente ocupada para no pensar. ¿Y tú? ¿Confías en ese policía con el que vas a vivir?

—Me protege de Águila y me trata bien sin pedirme nada. Dice que somos familia, cuando yo nunca he tenido a nadie, pero qué me importa saber por qué quiere estar conmigo. Me siento segura con él y nunca se enfada conmigo. Me ha dado las llaves de su casa, para que entre y salga cuando quiera. Eso es bueno, ¿no? Y tiene una gata que se llama Greta.

—Y yo tengo a mi Mirucha. —La tenía en su regazo y la besó en la cabeza. La perrita bostezó y después se puso panza arriba para que su dueña le acariciara la tripa.

—¿Te imaginas que todo esto nos saliera bien?

—¿El qué?

—Ser felices de una vez.

—¿Y si lo somos y luego nos lo quitan? Yo a eso también le tengo miedo — comentó Luba.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. ¿Por qué no te quedas a dormir aquí en la Nochevieja?

—Eso es el fin de año, ¿no?

—Sí, se acabó el 2009, ya no volverá jamás, Luba. ¿Te apetece? Le puedo preguntar a Melinda si te puedes quedar conmigo.

—Y yo tendría que preguntárselo a Julián.

—Pues hazlo. Si es tan bueno contigo como dices, no te dirá que no.

Llamaron con dos suaves golpes a la puerta. Era Melinda, acompañada del teniente y de Teresa. Entraron en la habitación y las encontraron sentadas en el sofá, una frente a otra, con Mirucha en medio, panza arriba, dejándose acariciar por Fanny. Las chicas se pusieron de pie, firmes, como si les fueran a pasar revista; Mirucha bajó del sofá y se situó junto a su ama.

—Luba, esta es Teresa, amiga mía y agente de policía. Fanny, tú ya la conociste hace unos días. ¿Te acuerdas de ella? —le preguntó Julián.

—Sí, señor, me acuerdo —contestó.

—Hola, chicas. ¿Cómo ha ido vuestro encuentro? —las saludó Teresa.

—Muy bien —contestaron las dos a la vez.

Teresa se acercó a Fanny, la besó en las mejillas y le susurró: «Chica valiente». Luego tomó entre sus manos el rostro de Luba y le dijo con dulzura: «Bienvenida». La miró a los ojos y a Luba le sorprendió ver el dolor en ellos y reconocerse en él. Fueron solo unos instantes, pero tan intensos que la asombraron. ¿Era eso posible?, se preguntó, confusa. Tras las despedidas y ya en el coche con Julián, atravesando la M-30 de Madrid, a punto de conectar con la A6 en dirección a Uvés, Luba no se quitaba de la cabeza aquel momento tan extraño en el que dos dolores se miraron el uno al otro. Y se atrevió a preguntar por Teresa.

—¿Qué quieres saber de ella?

—¿Le pasan cosas tristes como a mí?

—Pues la verdad es que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Me ha mirado y las he visto.

—Esas cosas no existen, Luba, no puedes ver lo que ella no te ha contado, la vida no funciona así. —El teniente rechazaba el pensamiento mágico y las creencias en lo sobrenatural—. Lo que has visto en realidad es una mirada afligida que quizá ella no haya conseguido disimular ante ti, porque Teresa es

una persona que sufre. Tiene una hija de once años, María, con una enfermedad que le impide hablar y también andar.

—Ah —suspiró. Acababa de enterarse de que había personas que aún sufrían más que ella, cuando hasta entonces le parecía imposible—. Está triste, por eso me ha mirado así, ahora lo entiendo. Me gustaría conocer a María, aunque puede que ella no quiera conocerme a mí. He sido una puta, estoy sucia.

—Luba, por favor, no sabes lo que me duele oírte hablar así.

—Perdóname. Me ha salido sin querer.

«Deberá tener mucha paciencia con ella», le había aconsejado Melinda mientras Fanny y Luba se despedían en la casa-refugio. «Tendrá muchos altibajos y días muy apáticos, casi ninguno será alegre, porque se desprecia a sí misma. Será doloroso ver a una niña permanentemente triste, pero forma parte del proceso. No se desespere ni se enfade, porque se alejará de usted. Cuando empiece con la terapia psicológica notará usted la mejoría en ella, pero muy poco a poco. También irán disminuyendo los impulsos de autolesionarse, ya lo verá. Es importante que aprenda cuanto antes a leer y a escribir y a realizar operaciones básicas como sumar y restar. Eso la mantendrá activa y, sobre todo, le dará seguridad y confianza en sí misma, que es lo que más necesita en estos momentos», concluyó la directora del centro. Julián no estaba preparado, y temió que nunca lo estaría, para escuchar a Luba hablar de sí misma de un modo tan brutal.

—Entonces, ¿quieres ir a pasar la Nochevieja con Fanny? —Necesitaba redirigir la conversación hacia otros lugares.

—Me gustaría mucho, pero si quieres que me quede contigo, lo haré.

—Yo lo que quiero es que estés bien.

Entendía que Luba prefiriera más a Fanny que a él. No era su amigo, sino su protector. Ella se lo había dejado muy claro desde el principio y él lo tenía asumido. Aún tenían que conocerse, no esperaba de ella ni cariño ni gratitud. Su misión había consistido en librarla de los monstruos y lo había conseguido. Pensando en estas cosas, llegaron a Uvés.

—Ya estamos en casa, Luba —le dijo Julián mientras enfilaba la calle hacia la urbanización donde residía.

—Tengo muchas ganas de conocer a Greta.

—La vas a conocer enseguida.

Ya frente al garaje comunitario, Julián se encontró con la desagradable

sorpresa de una nueva pintada en la puerta. Antes de viajar a Reinosa había contratado a una empresa especializada para que borrarán la anterior, y lo habían hecho. Ahora leía «Puto pic», sobreiluminado en la noche por los faros de su Audi. Por algún motivo, no habían escrito las cinco letras que restaban para completar la palabra «picoletto», el término despectivo para referirse a los miembros de la Guardia Civil. Resignado, estaba a punto de accionar el mando a distancia para entrar cuando oyó dos golpes en la ventanilla. Era Norberto. Le puso furioso que el agente secreto estuviera tan cerca de la niña, que descubriera que la había rescatado. Bajó la ventanilla.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar —contestó Norberto, observando a la pequeña pasajera.

De no haber sido por la presencia de Luba, de buena gana habría salido del coche para encararse con él y propinarle un buen puñetazo. Aquel individuo le generaba tanta ira que solo podía sujetarla soltando el lastre de la violencia. Aparcó el coche en la calle en vez de entrar en el garaje, para no perder de vista a la niña ni dejarla sola en un lugar subterráneo.

—Luba, es un compañero de trabajo y tengo que hablar con él. Vuelvo enseguida. —Salió del Audi, se acercó a Norberto, lo agarró fuertemente de un brazo y lo alejó unos metros del coche.

—¿Cómo has sabido que hoy llegaba a casa? ¿Me has estado vigilando? —le preguntó el teniente, desafiante.

—No, en absoluto. Ha sido una casualidad.

—No me tomes por idiota, Norberto. Esta tarde he estado en un lugar protegido que ni tú ni nadie, pero sobre todo tú, debería conocer. ¿Me has estado siguiendo desde allí? No sé por qué te lo pregunto, cualquiera que sea la respuesta, será mentira.

—Pues entonces no te voy a responder, si de todas formas no vas a creerme. He venido a pedirte disculpas. No quiero que perdamos nuestra amistad de tantos años. Sé lo de Águila, que está en la UCI con un traumatismo cerebral.

—Y yo sé que me aseguraste que estaba bajo vigilancia y, sin embargo, lo detuve en la puerta del hospital donde estaba ingresada Luba.

—Cometí ese error, lo siento. Nunca pensé que fuera en busca de la niña.

—No fue un error, Norberto. Te lo querías quitar de encima y yo, sin saberlo, te ayudé. De hecho, te he ayudado mucho a mi pesar. No sabías nada de Águila hasta que yo te lo mencioné cuando comimos juntos. Lo buscaste por

tu lado mientras yo lo hacía por el mío, lo encontraste, le sacaste toda la información y, cuando dejó de interesarte, lo pusiste a mis pies para que yo le diera la puntilla final, deteniéndolo. Si sobrevive, pasará muchos años en la cárcel. ¿Ha merecido la pena poner en riesgo a una niña para lograr tus objetivos?

—Hemos impedido una venta de armas a ETA, Julián, y vamos a impedir muchas más tirando del ovillo que nos proporcionó Águila. Desde ese punto de vista, pues sí, ha merecido la pena.

—Tu hermano se avergonzaría de ti y de tus chapuzas. Dado que era mucho más inteligente que tú, hubiera sabido llevar la operación sin sacrificarme a mí y sin permitir que ese monstruo se acercara a la niña. Pero él está muerto y tú estás vivo, desgraciadamente. Ojalá hubiera sido al revés.

—Eso es muy rastrero, Julián.

—Pues no sé qué esperabas. No te acerques a mí ni a Luba. Si lo haces, buscaré el modo de acabar contigo. No creo que la lucha antiterrorista se pierda nada importante si yo te dejara fuera de juego. Es más, quizá incluso funcionaría aún mejor sin ti. Ahora me voy a subir a mi coche, voy a entrar en mi garaje y no quiero verte más, ¿entendido?

—Entiendo tu cabreo, Julián, pero acabarás perdonándome. La vida da muchas vueltas.

—Se acabó, Norberto.

Julián se dio la vuelta y se dirigió a su coche.

—Esos chavales que estaban haciendo una pintada en tu puerta ya no te molestarán más —le dijo Norberto alzando la voz—. Les he pillado mientras te estaba esperando y te aseguro que no se les ocurrirá volver.

Julián oyó sus palabras, pero no las contestó ni se volvió. Subió al coche y cerró la puerta.

Entrar con Luba en la que, a partir de entonces, sería también su casa, calmó a Julián tras su conversación con Norberto. Ya en la puerta del dúplex, le dijo a la niña:

—Abre con tus llaves.

Ella nunca había abierto o cerrado puertas, y le costó entender el mecanismo, pero insistió y lo logró sin ayuda. Al entrar en la casa, ambos oyeron el maullido de Greta. Sentada sobre las patas traseras en medio del salón, esperó a que Julián se adentrara para ir hacia él y restregarse por sus piernas. Julián dejó la maleta de Luba y el nuevo edredón que había comprado



para la niña junto a uno de los sofás, cogió a la gata en brazos y se acercó a Luba.

—Te presento a Greta. ¿Has visto qué guapa es? Anda, acaríciala, para que confíe en ti.

La niña posó una mano sobre su cabeza y sonrió al rozarle el negro pelaje.

—¿Puedo cogerla?

—No sé si se dejará, porque te acaba de conocer, pero puedes intentarlo.

Y lo intentó, pero Greta quería estar con su dueño y, cuando se la entregó a la niña, se revolvió para regresar a los brazos de Julián.

—Dale tiempo. Está muy acostumbrada a mí y la he dejado sola cuatro días. Me ha echado de menos, pero te querrá igual que a mí cuando se acostumbre.

—¿Y si no me quiere?

—Eso no sucederá. La conozco muy bien. Ahora lo primero que vamos a hacer es ir a la cocina para darle de comer. Luego te enseñaré la casa, que ahora también es la tuya.

¿Era suya de verdad?, se preguntó Luba cuando vio aquel salón tan grande, que aún lo parecía más por la escasez de muebles. En la cocina, Julián la animó a que fuera ella misma quien le cambiara el agua y le renovara la comida a la gata —le gustó hacerlo—, mientras él limpiaba los dos cajones de arena que le había dejado en su ausencia. Pero la gata no quiso beber ni comer. Solo quería estar con Julián y siguió sus pasos cuando le enseñó a Luba la terraza, desde donde contemplaron las estrellas —el frío, de nuevo, anunciaba una noche de helada— y las interminables hileras de luces de otras urbanizaciones lejanas; Greta los siguió también cuando subieron las escaleras hacia el dormitorio de Luba. Julián, que se llevó consigo el edredón azul con estrellas, abrió la puerta y Luba entró.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó, asombrada, al ver la habitación, mientras Julián cubría la cama con el edredón.

—Sí, es para ti.

La niña dio unos pasos por la estancia y vio el escritorio con libros y una cadena de música, el baño, la ventana tan grande, la pequeña terraza, el armario de puertas correderas.

—¿Te gusta?

—No sé, es tan bonita que me dan ganas de llorar. ¿De verdad no tengo que darte nada a cambio?

—Absolutamente nada. Ya irás descubriendo poco a poco que mucha gente

hace cosas solo por el placer de dar, de hacer felices a los demás. Espero que conozcas a muchas de esas personas.

—¿Tú crees que me lo merezco?

—Más que nadie, Luba. Voy a subirte tu maleta y te dejaré un rato a solas, por si quieres colocar la ropa en el armario. Mientras lo haces, puedo pedir que nos traigan una pizza. Tengo la nevera casi vacía. ¿Te apetece?

Al anochecer comieron juntos una pizza familiar —los dos estaban hambrientos—, sentados en el sofá frente a la televisión, donde vieron la versión de Disney de *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling. Greta se acomodó entre los dos y durmió plácidamente durante toda la película. Julián aprovechó el momento en el que fue a la cocina a rellenar la jarra de agua para enviarle un mensaje a Adelaida: «Ya en casa con Luba. En Nochevieja estaré libre. ¿Cenamos tú y yo solos?». Se despidió con un corazón azul. Ya no le daba pudor hacerlo. Al cabo de unos minutos, le contestó Adelaida: «Me parece bien».

—¿Por qué Mowgli abandona a los animales y a su amigo Baloo? —le preguntó Luba a Julián cuando finalizó la película.

—Supongo que porque quiere iniciar una nueva vida junto a los suyos, los seres humanos.

—Son mejores los animales. Debería haberse quedado con ellos en la selva.

—¿Tú crees que allí hubiera sido más feliz?

—Sí, claro —contestó, convencida.

Recogieron los restos de la cena, Luba tomó sus medicamentos y Julián la enseñó a hacer la cura de la cicatriz de la pierna, siguiendo las indicaciones que le había dado la enfermera Anke. La niña no se quejó, a pesar de que era inevitable que tocara la herida con las gasas.

—¿Te duele? —le preguntó Julián.

—No, solo un poco.

—Cada día la tendrás mejor.

El teniente le dio las buenas noches en la puerta de la habitación.

—Mi dormitorio está en la planta baja. Si me necesitas, ten el móvil en la mesilla y llámame. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No cierres la puerta, por favor.

De madrugada, Julián se despertó. Las contusiones le molestaban cada vez que se movía, sobre todo las de la zona lumbar, y se desveló. Además, había

dormido tan poco en los últimos días que al sueño le estaba costando recuperar su ritmo habitual. Aprovechó para subir a la habitación de Luba y asegurarse de que estaba bien, pero, cuando atravesó el salón hacia las escaleras del dúplex, la encontró dormida en el sofá. Su cabello rubio sobresalía del edredón azul, con el que se había tapado, y Greta dormía a sus pies. La gata estaba comenzando a confiar en ella. Eso era bueno. Pero ¿qué fallo le había encontrado la niña a la habitación para que no hubiera querido dormir en ella?, se preguntó, decepcionado. «Tenga mucha paciencia», recordó que le había aconsejado Melinda.

## CAPÍTULO XXIV

Noelia necesitaba tomarse un martini blanco, en copa de cóctel y con su aceituna pinchada en un palillo. Y no en cualquier bar de Santander, sino en el Real Club Marítimo, en aquel edificio que parecía flotar sobre el mar, junto a la dársena de Puertochico. Se había fijado en él la tarde anterior, ya en el ocaso, cuando paseaba con sus hijas. A través de los ventanales vio sus salones con vistas al mar, su comedor tan blanco e impecable, el ambiente tan distinguido. Ahora, al salir de la Comandancia, necesitaba más que nunca ese martini y saborearlo en un lugar exclusivo como aquel. Estaba exhausta. La Guardia Civil la había interrogado a las nueve de la mañana y ella intentó escabullirse con sus respuestas como lo haría un jabón entre las manos. Las preguntas se las hizo un sargento cincuentón de pelo cano. Le dijo su nombre, pero lo olvidó enseguida. Le preocupaba más qué iba a preguntarle y, sobre todo, qué iba a responder ella: había ideado una historia repleta de falsedades bien armadas para que fuera difícil —ella deseaba que fuera imposible— cazar sus mentiras. Allí se enteró de qué le había ocurrido realmente a Águila. No podía creerlo: había encontrado al fin a Luba y dejó escapar la oportunidad de silenciarla para siempre, como había hecho con Olga. Estaba convencida de que se trataba de ella, aunque el sargento no mencionó cómo se llamaba la niña cuando le explicó los sucesos del día anterior en Reinosa. El guardia civil que lo detuvo —obvió el nombre y el rango de Julián Tresser—, lo hizo por un delito de secuestro y prostitución de una menor, que precisamente se encontraba en el hospital de Reinosa donde fue arrestado. Águila peleando, cayéndose al suelo y abriéndose el cráneo con una piedra. Detenido. Acusado. No daba crédito. ¿Se había vuelto torpe de la noche a la mañana?

—Mi exmarido se dedica desde hace años a la promoción inmobiliaria —comenzó a mentir al guardia civil—, o al menos eso es lo que me ha dicho siempre y yo le he creído, tampoco se me ocurrió nunca dudarle. Es un buen

padre para mis hijas, aunque no fue un buen marido, pero no puedo imaginarlo prostituyendo a niñas, sinceramente. Eso es imposible.

—Hemos investigado el patrimonio de él y el suyo, Noelia. Usted reside en una urbanización de lujo de Pozuelo, en Madrid, y la mansión está a su nombre. Sin embargo, usted es ama de casa, por lo que no aporta ingresos. ¿Cómo se explica eso?

—Cuando tuve a mis hijas, Juanjo me regaló ese chalé de Pozuelo. Siempre ha tenido dinero, eso no lo voy a negar. Me separé de él debido a sus infidelidades, pero fue una separación amistosa y llegamos a acuerdos sin la mediación de un juez. Él se ocupa de todo para que ni a mí ni a mis hijas nos falte de nada. Viene por casa cada vez que quiere y es bien recibido, pero ni le pregunto por su trabajo ni él me cuenta nada de lo que hace. Yo estoy centrada en mis niñas, en sus estudios y, en fin, lo normal en una madre.

—Pues no consta en ningún lugar que Juan José García se dedique a negocios inmobiliarios, como usted asegura, sino que es propietario de una empresa de seguridad con sede en el barrio madrileño de Hortaleza, y esa empresa presta servicios en varios burdeles de Madrid. ¿Usted no sabía nada de esto?

—No, en absoluto. Me está hablando usted de un desconocido. ¿Puede darme un vaso de agua, por favor? Creo que me estoy mareando.

«¿Cuántas esposas ignoran qué hacen realmente sus maridos? Muchas», se preguntó y se contestó a la vez Noelia. Había fabricado la mejor coartada, la de siempre, la que casi nunca falla, la de la mujer ilusa: el ama de casa abnegada, ocupada tan solo en el bienestar de sus hijos y en mantener la casa limpia. Mientras sostenía el vaso de agua con una mano y se abanicaba con la otra, tuvo que escuchar del sargento todos los delitos por los que se iba a investigar a Águila. No era tan solo el caso de Luba, sino que también se refirió a acusaciones de proxenetismo, trata de mujeres, juego ilegal, atentado y lesiones contra la autoridad y algunos delitos más que estaban en curso y que no podía especificar. Águila, en el abismo. Ella, intentando trepar por él para salvarse. Abandonó la Comandancia con el peso a sus espaldas de la advertencia final del sargento: «La van a citar los jueces para declarar, porque será más de uno, ya que son varios los casos abiertos, tanto aquí como en Madrid. De momento se la citará como testigo y no podrá mentir. A mí usted no me ha convencido, no sé qué pensarán ellos».

Necesitaba aquel martini y necesitaba pensar, como siempre decía Águila

cuando se hallaba ante una encrucijada. «Maldito matón aficionado», lo insultó mientras un taxi la llevaba hasta la zona de Puertochico. Pasaban de las diez y media de la mañana, una hora poco habitual para tomar el vermú, pero no tenía demasiado tiempo: debía acudir al hospital para hablar con el neurólogo y, antes, recoger a las niñas en el hotel. Cruzó la pasarela sobre el mar que unía la dársena con aquel edificio blanco de tres alturas, con ventanas perfiladas en rojo, construido hacía setenta y cinco años, pero tan impecable que parecía nuevo. Sin embargo, no se le permitió la entrada. «Solo es para socios del club», le informaron amablemente en la recepción.

—¿Ni siquiera para tomarme un martini rápido? —preguntó, desilusionada.

—Lo siento, señora, pero no va a ser posible.

Aquello lo consideró una mala señal y temió que, a partir de entonces, todo discurriera en una pendiente hacia abajo. El declive, la desgracia, la mala suerte.

Acabó tomándose aquel ansiado martini en el bar del hotel, un lugar elegante, pero no tanto como aquel Club Marítimo con el que se había obsesionado. Se lo bebió tan rápido, debido a la ansiedad, que pidió otro. Mientras lo saboreaba en la copa de cóctel, con la aceituna sumergida en el fondo, pensó en hacer las maletas y huir de Santander con las niñas. Su proyecto de invertir en los prostíbulos de La Junquera y residir en el sur de Francia, a no muchos kilómetros de la localidad fronteriza, lo consideraba la mejor opción, aunque Águila lo desdeñara cuando días atrás se lo comentó. Sin embargo, no podía hacerlo todavía, no antes de que despertara del coma, dado que tenía que contarle la coartada que se había inventado ante el sargento de la Guardia Civil, para que él también ideara la suya y no la comprometiera. Del mismo modo que ella había intentado escabullirse, cargando todas las culpas sobre el otro, Águila podía hacer exactamente lo mismo. Tenía que asegurarse. Terminó su segundo martini y subió a las habitaciones de las niñas. Eran cerca de las once de la mañana y las encontró dormidas, cuando la noche anterior les había ordenado que estuvieran preparadas a las diez y media.

—No vamos a ir al hospital, mamá —dijo Noemí cuando su madre la zarandó para despertarla y la riñó por no estar lista para salir—. Lo hablé anoche con Nerea y Nidia y hemos decidido no ir.

—No me digas. ¿Por qué creéis que podéis decidir vosotras? ¿Quieres otro bofetón de los míos?

—Pégame si quieres, pero allí hay guardias civiles vigilando a papá y no

queremos que nos metáis en vuestros asuntos. No sabemos qué ha hecho ni queremos saberlo, pero no vamos a ir. Mis hermanas te dirán lo mismo que yo.

—Entonces os quedaréis encerradas en vuestras habitaciones hasta que yo vuelva.

—Sin problema, mamá —contestó Noemí, retándola con la mirada.

Los débiles se vuelven fuertes cuando el fuerte se vuelve débil. Entonces aprovechan y se comen sus despojos. Así lo entendió Noelia. Ya no tenía autoridad sobre sus hijas; o, al menos, no la que había ejercido hasta entonces.

—Esto no os lo voy a perdonar jamás, Noemí.

—Lo entiendo, mamá —contestó con indiferencia. Se dio la vuelta en la cama y siguió durmiendo.

Se fue en taxi al hospital, maldiciendo a Águila y también a sus hijas. Estaba sola, se sentía sola.

Al paciente le estaban comenzando a retirar la sedación con la que se indujo el coma, le comunicó el neurólogo cuando, tras media hora de espera, se entrevistó con él. Iría recuperando la consciencia a lo largo del día. El edema cerebral se había reducido considerablemente y la lesión no había afectado a zonas cerebrales que pudieran dejarle secuelas, «aunque la herida estuvo muy cerca del nervio óptico y podría haber perdido la visión. Hay que esperar a que despierte para hacer otras valoraciones, no puedo decirle más por el momento», le comentó.

Decidió que no vería a Águila en aquel momento, que esperaría a la visita de la tarde, cuando quizá ya hubiera despertado y pudiera hablar con él para contarle todos los desastres que había provocado. Tenía claro que lo iba a abandonar, que no regresaría a Pozuelo. Lucharía por conseguir un mundo parecido o aún mejor que el que Águila le había arrebatado. Ahora se iría del hospital directamente al hotel, se tumbaría en la cama, abriría su agenda y comenzaría a hacer las llamadas necesarias para comenzar a preparar su proyecto en La Junquera. Después intentaría recomponer la relación con sus hijas, pero únicamente para recuperar el poder. Necesitaba su sumisión para que no interfirieran en los planes que ya estaba tramando y en los que posiblemente ya no contaría con la que había sido su pareja desde hacía quince años. Águila no solo se había convertido en un lastre para su mujer, sino también en una decepción para sus hijas —si es que alguna vez no lo fue— y, por supuesto, en una amenaza constante para Luba mientras siguiera vivo. Era incapaz de superar el terror que le generaba su sola existencia y ese fue

precisamente el motivo que la había impulsado a dormir en el sofá y no en su cama la primera noche de su nueva vida. Julián le preguntó por ello durante el desayuno por la mañana, sentados los dos a la mesa de la cocina.

—Es que allí arriba, tan lejos de tu habitación, tenía miedo de que no me oyeras gritar si me pasaba algo, aunque te llamara por el móvil.

—Luba... —pronunció su nombre dentro de un suspiro—. ¿Cómo podría convencerte de que aquí estás a salvo?

—No puedes. Está en mi cabeza y no se va.

—¿Te sentirás mejor si duermo en la habitación contigua a la tuya, en vez de en la mía en la planta baja? La uso como trastero, pero tiene una cama.

—No quiero molestar. Creo que se me pasará, ha sido solo la primera noche. Igual se me va el miedo de repente —argumentó con inocencia, convencida de que eso podía pasar, deseando que sucediera.

—Bueno, ya veremos. —Julián dudó de que aquello ocurriera—. Mañana voy a ir a visitar a un viejo amigo, Raimundo, para felicitarle las Navidades. Era el antiguo dueño de Greta. Ahora es mayor y está en una residencia, pero le llevo a la gata de vez en cuando, para que se no se olviden el uno del otro. Me gustaría que vinieras conmigo y así lo conoces. ¿Te apetece?

La niña le dijo que sí, sobre todo porque no quería separarse de él ni un segundo. Julián le propuso pasar un día tranquilo, quizá descansando en casa o, si ella quería, podían ir a un centro comercial o al cine, que es lo que veía que hacían otros padres. Incluso había buscado en Internet planes de ocio infantil, pero cayó en la cuenta de que, la llevara donde la llevara, casi todo sería para ella un descubrimiento para el que quizá no estuviera preparada todavía. Ver una película en la gran pantalla, infinitamente más grande que la de un televisor, quizá la abrumara; pasear por los escaparates de un centro comercial, con tanta gente, cuando ella se había pasado la vida encerrada, posiblemente la agobiara, al igual que pasear por el centro de Madrid y ver los belenes de la siempre concurrida Plaza Mayor. Además, no le convenía sobrecargar la pierna herida. Y, sobre todo, estaba ese pánico tan intenso que sentía hacia Águila.

—¿Te enfadarías si te digo que prefiero quedarme aquí, viendo la televisión? —le preguntó Luba.

—En absoluto, nos conviene descansar a los dos. Mañana es Nochevieja y te esperan unas horas muy intensas con Fanny, compartiendo con ella la bienvenida al nuevo año.



Y así, aquel primer día que compartieron juntos transcurrió tan tranquilo como lo fue estar sentados en el sofá viendo documentales —Julián estaba descubriendo que eran los programas favoritos de Luba—, comiendo una pizza tropical con dos coca-colas, dormitando a ratos, charlando sobre cosas que le interesaban a Luba, como el mundo de los animales, los de la selva, los de las montañas y los de las profundidades del mar. Julián se esforzó en contarle lo poco que sabía sobre curiosidades de la fauna. Tendría que esmerarse más, porque ahora había una chiquilla que lo quería saber todo sobre el mundo. La vio sonreír durante varios momentos del día, pero por la noche quiso dormir de nuevo en el sofá, a pesar de que él insistió en que se quedaría arriba, en la habitación contigua a la suya. Luba necesitaba tiempo para adaptarse a su nueva realidad y Julián debía ir despacio, con paciencia. Aquello solo era el principio.

A la mañana siguiente, al filo de las doce de la mañana, con un día invernal de cielo color de humo y paisajes brumosos, llegaron los dos a Torrelodones, a pocos kilómetros de Uvés, con Greta en un transportín, quejándose con maullidos lastimeros, como siempre hacía cuando viajaba en aquella caja que tan poco le gustaba. Pero la gata se tranquilizó cuando vio a Raimundo, del que no había olvidado ni su olor ni su voz, potente y enérgica, a pesar de haber sobrepasado ya los ochenta años. Julián se la entregó y el anciano la acarició y le susurró palabras bonitas al oído. Pasearon todos juntos por la avenida cercana a la residencia, y aquella sería la primera vez que Luba tendría a Greta en sus brazos.

—Anda, ve con ella, que os tenéis que conocer —animó Raimundo a la gata en un momento del paseo.

Sorprendentemente para la niña, el animal obedeció y se dejó coger. Fue tan agradable acariciarle el suave pelaje negro y sentir la fragilidad de su pequeño cuerpo que hubiera estado horas así, como si solo existieran las dos en el universo.

—¿Qué tal las Navidades en Bilbao con tu hija? —le preguntó Julián, caminando ambos del brazo, bajo grandes pinos y abetos, con Luba y Greta unos pasos por delante de ellos.

—Ya sabes que no soporto a mi yerno, así que no han sido unas Navidades buenas. Nada más llegar ya tenía ganas de volver. Me prometiste que, si me pasaba algo, estarías pendiente de mi hija. Es importante.

—Te lo prometí y lo haré, pero aún no ha llegado ese momento.

—Pues yo deseo que llegue pronto. Me aburre la vida —afirmó Raimundo, bajando el tono de voz, haciéndolo descender hacia la melancolía—. Tengo más de ochenta años y estoy casi ciego. Es hora de descansar, dormirme una noche y entregarme al sueño eterno. Tendrás que respetar que piense así, te lo digo porque no quiero que me des ánimos, aunque te agradezco tus buenos deseos.

—Tú lo dices todo, Raimundo. Yo no he abierto la boca.

—Solo quería decírtelo para que estés preparado. Pero dejemos de hablar de mí. Descríbeme a Luba, que mis ojos no pueden hacerlo.

—Pues tiene el pelo corto y rubio, los ojos verdes, es menuda y está muy delgada, aunque espero que vaya ganando peso. No sé qué más decirte.

—Que es guapa, por ejemplo.

—Lo es, al menos a mí me lo parece. Y es lista, una gran superviviente.

—¿Y qué tal te ves como padre? Es un cambio enorme, ¿verdad? Ya te lo advertí. Además, ella ha sufrido mucho con la vida desgraciada que ha tenido. No será fácil, y peor aún con lo solitario que tú eres. A partir de ahora ya no podrás pensar solo en ti.

—Lo sé. Estoy intentando hacerlo bien, otra cosa es que lo consiga.

—Fue tu elección buscarla, nadie te lo pidió, así que la tienes que sacar adelante puedas o no puedas. Y no solo eso, sino que debes hacer de ella una niña valiente, bondadosa y justa, como tú mismo eres. Perdona que haga de padre pesado contigo, pero he sido maestro y sé un poco sobre el tema. Sabrás lo que tienes que hacer y sabrás cómo hacerlo.

—Valiente, bondadosa y justa. Me gusta tu propuesta. —Le sonrió, aunque Raimundo no pudo verlo.

Julián se despidió de él y deseó que aquella no fuera la última ocasión en que lo viera con vida, ya que parecía tan empeñado en morir. No era la primera vez que lo manifestaba, aunque no de un modo tan claro como lo acababa de hacer, y eso le preocupó. «Cuando uno quiere irse, acaba consiguiéndolo», se dijo.

—Me gusta mucho Greta, señor —le dijo Luba antes del adiós.

—Me alegro, pequeña. Tú también le gustas a ella. Los tres vais a estar muy bien. Confía en este buen hombre que está cuidando de ti, ¿de acuerdo? —le pidió.

—Ya lo hago, confío mucho en él —contestó Luba, ante la sorpresa de Julián.

Comieron los dos un menú en un restaurante de Uvés y, ya al atardecer, llevó a Luba a la casa-refugio, donde la esperaba Fanny. El teniente le pidió que llevara el móvil siempre consigo, porque la llamaría para saber cómo estaba.

—Ya te he enseñado cómo contestar y lo hemos ensayado —le comentó.

—Espero hacerlo bien. ¿Me llamarás también si se muere Águila?

—Lo haré, pero no pienses en eso y diviértete.

Aquel monstruo, no obstante, seguía en este mundo, según le informaron en la Comandancia de Cantabria. Telefoneó nada más despedirse de Luba, porque él también quería saber en qué estado se encontraba. Supo entonces que ya le estaban retirando la sedación y que habían interrogado a su pareja, una mujer llamada Noelia que aseguraba que estaban separados y que no sabía a qué se dedicaba su exmarido. «Lo normal, lo que dicen todas las que están con delincuentes», pensó el teniente mientras le informaba el sargento que la interrogó. Lo que realmente le sobrecogió es que tuviera tres hijas adolescentes, a las que seguramente trataría como a princesas mientras a las demás las convertía en mera mercancía para comprarlas y venderlas al mejor postor, como antaño se había hecho con la esclavitud.

Águila no solo no había muerto, sino que ya empezaba a despertar del coma. Soñó que escuchaba la voz de Noelia, lejana, perdida en el aire. Él estaba en su casa, arriba, en su dormitorio, y su mujer le hablaba desde abajo, desde la cocina. Quería descansar y ella no paraba de hablar. ¿Por qué no se callaba de una vez? Intentaba levantarse de la cama para recriminarla, pero se sentía tan fatigado que no se veía con fuerzas. En realidad, Noelia sí le estaba hablando, pero junto a su cama en la habitación de la UCI, reprochándole todo lo sucedido. Había llegado al hospital poco antes de las siete de la tarde, sin las niñas. Se quedaron en el hotel y había tenido una charla con ellas, en la que les hizo creer que respetaba su decisión, que la entendía, no era agradable ver a un padre en esa situación. Las engañó pidiéndoles perdón, vertiendo unas lágrimas, suplicándoles comprensión. «Estoy sobrepasada por todo esto», les aseguró. Ellas creyeron en sus palabras y la abrazaron, disculpándose por su comportamiento, pues también se sentían agobiadas. Les prometió una bonita cena de Nochevieja cuando regresara del hospital y las dejó en sus habitaciones, abriendo los armarios y eligiendo las prendas para despedir el año. Al llegar Noelia a la UCI, una enfermera le informó de que al paciente se le habían realizado pruebas de respiración espontánea y las había superado,

por lo que se le había retirado la intubación, aunque se le seguía suministrando oxígeno. Águila tenía los ojos cerrados, pero movió una mano cuando Noelia posó encima la suya, no con la intención de acariciarla, sino para valorar su nivel de consciencia. Si había reaccionado ante aquel estímulo, quizá ya pudiera escuchar lo que tenía que decirle.

—He tenido que mentir para salvarme, Juanjo, porque te van a detener cuando salgas de aquí. Te acusan de tantos delitos que vas a estar en la cárcel durante años. Las niñas y yo vamos a desaparecer. Lo has hecho tan rematadamente mal que no nos dejas otra opción. ¿Cómo has podido ser tan torpe? —exclamó, aunque en un susurro.

Esas eran las palabras que Águila escuchaba lejanas, creyendo que él estaba en el dormitorio de su casa y ella, en la cocina. Noelia le siguió hablando, contándole lo desagradable que había sido ser interrogada por la Guardia Civil, tener que inventarse un exmarido dedicado a los negocios inmobiliarios y atribuirse ella el papel de un ama de casa tan idiota que no se había enterado de que el padre de sus hijas era un delincuente. Ella hablaba y hablaba y, dentro de sus sueños, Águila seguía intentando incorporarse de la cama para decirle que dejara de refunfuñar, que tenía que dormir. La escuchaba cada vez más cerca con su incesante verborrea y se impuso hacer el esfuerzo de levantarse y silenciarla de un guantazo. Se vio a sí mismo bajando las escaleras y a Noelia subiendo los peldaños hacia él, diciéndole algo que esta vez sí entendió con claridad: «He cogido todo el dinero que había en casa y me voy a Francia con las niñas». Entendió las palabras, pero no comprendió su significado. No sabía qué era Francia y tampoco quiénes eran esas «niñas». Y ella seguía hablando y hablando, cada vez más deprisa, elevando el tono de voz hasta hacerlo ensordecedor. Levantó la mano para darle un bofetón y en aquel momento la casa desapareció de repente y también Noelia. Estaba en medio de la nada. Sintió que sus pies se elevaban del suelo y comenzaba a volar a gran velocidad por un espacio oscuro de paredes muy estrechas, contra las que se golpeaba una y otra vez; intentaba agarrarse a ellas con las manos para frenarse, porque intuía que acabaría estrellándose contra algo. Sentía un pánico insólito, poderoso, diabólico. Súbitamente, la oscuridad dio paso a una luz tenue y extraña, enrarecida, y así pudo constatar con horror que se acercaba a gran velocidad hacia una gran mole de piedra. Se iba a estampar contra ella. Era una muerte segura. Cerró los ojos ante lo inevitable, pero no notó el golpe mortal que esperaba. Los abrió de nuevo y vio tubos y cables

que salían de su cuerpo, postrado en una cama extraña, bajo un techo blanco con un fluorescente cuya luz le cegaba los ojos. Tenía que salir de allí.

Noelia se apartó de él cuando observó, desconcertada, cómo se incorporaba de la cama, se arrancaba el respirador de la boca y también las vías de las manos y los brazos, por las que comenzó a manar sangre. Saltaron las alarmas de los monitores, sonaron pitidos electrónicos. Su mujer se arrimó a la pared de la habitación, en vez de salir a pedir ayuda. Permaneció inmóvil, con una actitud deliberadamente pasiva, mientras Águila daba bandazos por la habitación, derribando los soportes de los goteros, con una respiración ahogada, casi agónica. Fue hacia ella para que lo socorriera, porque la reconoció, era su mujer, aunque veía su figura entre sombras, pero Noelia ya había decidido que no haría nada por él. Todo transcurrió en segundos, porque enseguida entraron dos enfermeras, que intentaron sujetar al paciente sin conseguirlo. A pesar de haber regresado de un coma, su fuerza era enorme, impulsada por el pánico. Entraron un médico y un enfermero y, entre los cuatro, lograron tumbarle en la cama, sobre la que se desplomó y sufrió una parada respiratoria. «No tiene pulso, doctor», oyó Noelia que decía la enfermera. «No te mereces salir de esta», pensó ella con convicción, porque no le recriminaba tan solo los errores que le habían llevado a la UCI con guardias civiles en la puerta, sino también las palizas, el maltrato, la humillación de compensárselo con dinero y tantas cosas más que ahora le servían para justificarse por no haberle tendido la mano.

A Julián le hubiera gustado saber que Águila se hallaba en aquel trance, en ese limbo vacío entre la vida y la muerte, jugando quizá la última partida de su existencia. Era la noticia que esperaba. En aquellos momentos, pasadas las nueve de la noche, se encontraba en Navacerrada, en la casa de la familia de Adelaida. Él pensaba que sería un pequeño chalé entre abetos, con vistas al hermoso embalse en cuyas aguas se reflejaban las montañas de la sierra de Guadarrama, pero aquello era una mansión, con la fachada principal de mampostería blanqueada y el entramado de madera característico de los caseríos vascos. Sabía que aquella familia de abogados tenía dinero, pero no imaginaba que fuera tanto. ¿Qué podría ofrecerle él, un teniente de la Guardia Civil, a aquella hija de padres ricos? Le pareció tan poca cosa el regalo navideño que le había comprado, para corresponderla por el disco de éxitos de Elton John, que estuvo a punto de no entregárselo, abrumado como estaba. Pero al final se lo dio. A Adelaida le gustó, y mucho, aquella bola de cristal.

La había encontrado en la tercera tienda de regalos que visitó en Madrid, desanimado ya porque no hallaba nada que le convenciera.

—¿De dónde has sacado esta maravilla, Julián? —le preguntó ella, impresionada, agitando la bola y contemplando cómo caía la nieve sobre una minúscula motorista pelirroja, con el cabello recogido en una coleta.

—No la he buscado, me ha encontrado ella a mí —contestó Julián, contento por haber acertado con aquel regalo que minutos antes le había avergonzado.

Se lo entregó durante la cena, en una inmensa estancia de tres ambientes distintos —dos salones y el comedor donde se encontraban—, presidida por una chimenea, grande también, en la que ardía la leña. Adelaida no se complicó demasiado la vida con el menú de fin de año que preparó para los dos. «No cocino apenas, no me gusta, pero intentaré hacer algo especial», le había dicho cuando le propuso pasar la Nochevieja en Navacerrada en vez de hacerlo en Madrid. Y no cocinó esta vez tampoco, porque lo que le ofreció fue una ensalada con langostinos y aguacate y una tabla de quesos y membrillo. Con un buen vino, eso sí. A Julián le pareció bien despedir 2009 con una cena tan distinta a lo acostumbrado en una fecha como aquella. El vino y la degustación de cada tipo de queso —variados y todos exquisitos— los animó a charlar de forma distendida y a conocerse más, ayudados por la intimidad que proporcionaba la luz de las velas que Adelaida había colocado sobre la mesa, cubierta con un primoroso mantel blanco de lino con flores bordadas. Cerca de las once, Julián telefoneó a Luba y ella contestó enseguida, como si estuviera esperando su llamada. Le contó que habían cenado langostinos con mayonesa —nunca los había probado—, pescado en salsa y flan con nata. Ya estaban preparando las uvas. «Me han dicho que tengo que comerme una con cada campanada, no sé si lo haré bien», le dijo la niña, excitada con aquel ritual que acababa de descubrir. Julián y Adelaida, sin embargo, no lo siguieron: tras la cena, prefirieron hacer el amor mientras en las calles de pueblos y ciudades corría el champán para dar la bienvenida al año 2010. No lo habían planeado así. Pensaban brindar a las doce y un segundo, pero a ambos, sin enunciarlo, les provocaba miedo compartir las promesas y los buenos deseos: podrían no cumplirse. Siempre era mejor amar que temer.

En la familia de Coira no prendió la felicidad aquella noche, a pesar de que Mae había salido de la cárcel tras la fianza que pagó su padre. Nadie la fue a recoger a la prisión de Alcalá Meco. Viajó en tren desde Madrid a La Coruña y de ahí se subió al último autobús hacia Cieña. Llegó al pueblo poco antes de

las campanadas y le sorprendió que no hubiera cena familiar de Nochevieja y que en la casa solo estuvieran sus padres y su sobrino Goio.

—¿Dónde están los demás? —les preguntó, decepcionada; esperaba un recibimiento más entusiasta.

—Este fin de año no nos hemos reunido, no hay ganas —le contestó su madre con gesto adusto.

—¿Tan mal están las cosas para no poner en la mesa ni una triste centolla? —se quejó Mae, aprovechando el momento en que Goio había ido al baño—. Me habéis recibido con caras largas, como si fuera una asesina, y yo no maté a aquella funcionaria tan borde. Fue un accidente. Únicamente cometí el error de huir, eso sí lo acepto. ¿Qué queréis que haga? ¿Me pongo de rodillas y os suplico perdón?

—Pues no estaría mal que lo hicieras —replicó su padre, enojado.

—¿No podemos olvidar el asunto hasta que llegue el juicio? He pasado por situaciones humillantes, parece no importaros que me metieran en un calabozo y luego me mandaran a la cárcel, llena de gitanas y de latinoamericanas que me miraban mal, aunque yo las miraba peor. Ha sido la peor experiencia de mi vida y quiero olvidarla, mirar al frente, volver a ilusionarme por la vida. Tengo proyectos para volver a empezar desde cero, estoy dándole vueltas a varias ideas, creo que son buenas, con mucha creatividad, porque yo...

—Nos vamos a la cama, Mae —la interrumpió su madre.

La dejaron sola en el salón y únicamente el pequeño Goio le dio las buenas noches con un beso en la mejilla. Después, la joven se sentó en el sofá y comenzó a fantasear con ese estudio de interiorismo que pretendía abrir en Cieña con la ayuda económica de sus padres. Elegiría un local pequeño hasta darse a conocer y luego buscaría uno más grande y bonito, a la altura del prestigio que iba a conseguir.

—No quiero verla —le comentó Antía a Coira en la taberna, refiriéndose a Mae—. Nunca había visto a mis padres tan tristes.

—Ni yo a los míos —comentó su primo, desalentado.

Era la una de la madrugada, se escuchaban petardos por el pueblo, ya había llegado el nuevo año y los clientes aparecían por la taberna a cuentagotas, cuando aquella era la noche de las copas y de la alegría contagiosa. La culpa era de Mae, se lamentaba Antía. En el pueblo se hablaba mucho de ella, demasiado, y nadie parecía entender que la culpable era su hermana y no ella, aunque peor hubiera sido, pensaba, que además descubrieran que se había

visto con Fermín, el *resucitado* de los Peluquines, como lo llamaban, cuyo cadáver yacía en la morgue de La Coruña, a la espera de que alguien reclamara el cuerpo y se hiciera cargo del entierro. Coira había pasado la Nochevieja con su familia, en casa, sin jolgorio. Nadie mencionó a Mae, pero estaba entre ellos, como un fantasma al que no se ve, pero cuya inquietante presencia se percibe. Cuando entró el nuevo año, el brindis fue el más triste que él recordaba. Entrechocaron las copas de champán sin entusiasmo alguno. Coira pensaba que había vuelto más animado de su escapada a Cudillero, pero no era así. Solo había ido a Cieña a pasar las vacaciones navideñas y no comprendía cómo se había complicado todo tanto, con la huida de Mae, la búsqueda, la detención, la familia destrozada y señalada por el pueblo, el cadáver de Os Desgraciados... Se iría a Madrid al día siguiente, el de Año Nuevo. En Cieña había demasiada amargura. Él mismo estaba amargado e intentaba animarse con un cubalibre en la mano, en la barra de la taberna, solo, mientras Antía iba y venía sirviendo copas a los pocos clientes que allí había, todos hombres, pesados, con la excesiva locuacidad que provoca el alcohol.

—Feliz año, Guille. —Oyó una voz femenina a su espalda.

Se volvió. Era Isabela, la que soñaba con ser bailarina y se conformó con ser concejala. Se alegró tanto de verla que tuvo que contenerse para que no lo notara. No se había dado cuenta de lo bella que era; o eso le parecía a Coira, porque ella seguía siendo la misma de siempre. Era él quien la miraba de otra forma. Isabela se dio cuenta y se ruborizó. Coira le dio dos besos en las mejillas y le felicitó el año. A ella le brillaron los ojos. A él le tembló un poco la voz cuando le preguntó si le permitía invitarla a una copa. Ella dijo que sí.

Lejos del mar, en las montañas de Guadarrama, Julián dormía abrazado a Adelaida cuando le despertó un mensaje en el móvil. Era del sargento de la Comandancia de Cantabria. Miró la hora: las siete de la mañana del primer día de 2010. «Juan José García ha fallecido, mi teniente».



## CAPÍTULO XXV

A cada avión que despegaba, Luba le seguía la trayectoria hacia el cielo deslizando su dedo índice por el cristal. Estaba fascinada con aquellas gigantescas máquinas voladoras y le parecía un misterio cómo conseguían elevarse y mantenerse en el aire, cuando sus alas eran rígidas y robustas, no como las de los pájaros, hechas de plumas. Julián la observaba desde su asiento de la sala de embarque, con el transportín a su lado y con Greta en el interior, que no se quejaba esta vez porque estaba medio dormida debido al sedante que le había prescrito el veterinario para sobrellevar el viaje. Luba ya sabía entonces que Águila había muerto, y a Julián le había costado convencerla de que aquello había sucedido de verdad, que no era una mentira para tranquilizarla. Murió tras dos paradas cardiorrespiratorias consecutivas en la noche de fin de año. Lograron salvarle de la primera, pero la segunda llegó demasiado pronto, cuando su corazón aún no se había recuperado de la embestida de la primera, le explicó a la niña. No le contó, porque pensó que carecía de interés para ella, que la mujer de Águila —el teniente nunca creyó que estuvieran separados— y sus hijas se hallaban en paradero desconocido desde la noche en que falleció. Habían transcurrido tres días desde su huida y seguía sin saberse nada de ellas. A Julián no le preocupaba en absoluto. Lo importante era que el monstruo ya no estaba en este mundo y que, a partir de entonces, quizá todo fuera más fácil para Luba. Se le ocurrió a Adelaida, durante la Nochevieja que pasaron juntos en Navacerrada, animarle a que se tomara unas pequeñas vacaciones con la niña en un lugar nuevo para ambos, en un escenario neutral donde pudieran establecer los vínculos emocionales que ambos necesitaban.

—Ella apenas te conoce. Hasta ahora solo ha buscado tu protección, te considera algo así como su guardaespaldas, y eso no es suficiente para la relación de padre e hija que vais a tener a partir de ahora —argumentó ella—. Hay que generar los afectos. Tú ya los sientes hacia ella, pero los de Luba

hacia ti están aún por construir. No te lo había dicho hasta ahora, pero me admira esa prueba de amor que has demostrado buscándola casi desesperadamente durante dos años, sin importarte en qué condiciones se encontraría si lograbas dar con ella. Esa generosidad es una de las cosas que más me han unido a ti. Ya te lo dije en Reinosa: eres una buena persona, Julián.

—Gracias por esas palabras, Adelaida.

Estaba emocionado y no recordaba haberlo estado nunca, al menos de ese modo, tan acostumbrado siempre a mantener el control de la situación y a no soltar el amarre de sus sentimientos, como un barco eternamente atracado en el puerto. Julián le hizo caso y eligió la isla canaria de Fuerteventura para poder disfrutar de la playa en pleno enero. Alquiló un apartamento para llevarse consigo a Greta y solicitó permiso a su capitán, pues iba a permanecer fuera cinco días y, aunque en aquellos momentos aún se encontraba apartado del servicio, Díaz Visedo no tardaría mucho en ordenar su reincorporación. Telefonó a su superior y le contó sus planes, no sin temor de que los frustrara.

—Váyase de vacaciones con la niña, pero la próxima semana le quiero ya en el cuartel, Tresser.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Necesito una asistenta. ¿Sabe usted de alguna? —le preguntó su superior cuando Julián estaba a punto de finalizar la llamada.

—¿Una asistenta? —El teniente no entendía a qué venía eso.

—Sí, Tresser, una asistenta, no me lo haga repetir otra vez. Tengo la casa hecha un desastre porque nunca me he ocupado de las tareas del hogar y no se me dan bien. Tampoco me corresponden y, además, no tengo el tiempo. ¿Usted conoce a alguna?

—Una señora viene a casa cuatro horas a la semana, pero no sé si podrá. Se lo preguntaré.

—Cuatro horas serán suficientes para mí. Llámela y dígame que, si le interesa, se ponga en contacto conmigo —afirmó el capitán con el mismo tono voz con el que le daba las órdenes—. Dado que usted y yo vivimos cerca en Uvés, supongo que no le supondrá mucho problema. Mi mujer tenía siempre la casa impecable y por respeto a su memoria tengo el deber de mantenerla igual. Ya no puedo seguir así.

Al teniente le soliviantaban aquellas salidas de tono de su superior y ese exceso de confianza que le demostraba últimamente; ahora le había pedido una

asistenta, pero antes, en Nochebuena, se invitó a cenar en su casa sin dejarle otra opción que aceptar. Sin embargo, del mismo modo pensó que esa familiaridad quizá le había favorecido al concederle esos días de playa, así que dejó de quejarse de las excentricidades de un viudo que llevaba mal su soledad y comenzó a preparar aquellas vacaciones que ahora estaban a punto de comenzar.

Luba seguía fascinada con el despegue y el aterrizaje de los aviones, no se movía de la gran cristalera de la sala de embarque del aeropuerto de Barajas. A Julián le gustaba que tuviera curiosidad por las cosas, lo consideraba una buena señal, porque se desanimaba cuando la veía apática y taciturna. Observaba su pequeña figura a contraluz y le admiraba que hubiera sido capaz de huir del burdel, viajar de polizón en un camión, caminar perdida entre la nieve y esconderse en el sótano de una casa, con la audacia y osadía de los aventureros y el instinto de supervivencia de los desesperados. Pensaba en lo orgulloso que se sentía de ella cuando recibió una llamada de Elsa. La actriz le felicitó el nuevo año, pero no le telefoneaba solo por eso: la prensa se había enterado de que había salvado a una niña herida y la había trasladado a un hospital.

—No he tenido nada que ver con esto, Julián, pero quería comentártelo para que lo supieras. Ya me han llamado de varios medios para que cuente qué sucedió. He intentado evitarlo restándole importancia, pero lo van a publicar en los próximos días.

—Eso no lo voy a permitir, Elsa —le comentó Julián, enfadado—. ¿Qué interés puede tener este asunto para los demás? Tienes que frenarlo.

—Ya es imparable, créeme. Si no doy mi versión, la buscarán por otro lado y será peor. Ya sabes que fui discreta en el hospital, pero salgo en la tele y era inevitable que alguien contara lo que pasó. Dime lo que puedo decirles y lo seguiré al pie de la letra, te lo prometo —le aseguró—. Mejor que nosotros controlemos la información a que la manejen otros.

—A ver, qué vas a contarles. —Empezaba a resignarse.

—Pienso que la verdad es lo mejor. Una menor consiguió escapar de un lugar donde la tenían esclavizada, huyó y, tras diversas peripecias que no mencionaré, se refugió en mi casa de la Montaña Palentina, la descubrí y la llevé a un hospital, porque estaba herida. No daré más datos. Será el titular de un día y luego el tema se olvidará. No concederé entrevistas ni alimentaré la noticia.

A Elsa la había llamado una periodista amiga suya para advertirle de que esa historia ya estaba circulando entre los medios. Se disgustó mucho. Era una experiencia que pertenecía a su vida privada y en la que estaba implicada una niña. No quería que trascendiera y nunca se le ocurrió que pudiera ocurrir. Además, el cadáver de aquel miserable estafador seguía en la morgue, porque la familia había exigido una segunda autopsia. No les convencía que muriera a causa de una borrachera, aunque esa fuera la verdad, y en esa situación tan comprometida no le convenía salir en la prensa por otra razón que no fuera el estreno a finales de enero de *Casa de muñecas*. Ya habían hecho el primero de los ensayos generales, con prensa y con público. Hubo aplausos al final de la obra, con ese famoso portazo de Nora, la protagonista, cuando decide que ya no quiere seguir siendo una muñeca, un juguete más para su marido. Percibió entusiasmo en los espectadores y entendió al fin por qué a la emoción de actuar en el teatro se la llama «veneno». Lo probó y quería más, hasta que la emponzoñara con su embrujo. Pero aquel muerto la desestabilizaba, y también a Muriel, tan distante con ella de nuevo. Su amiga nunca le perdonaría haberla involucrado en aquel feo asunto y comenzaba a asumirlo con resignación, aunque confiaba en que el tiempo suavizara aquellas aristas afiladas que rasgaban la relación entre ambas. Y si ya era todo complicado, ahora se añadía la publicación de su historia con Luba.

—Elsa, no debes mencionarme a mí —le advirtió Julián, conformándose ante lo inevitable—, ni tampoco citar mi profesión ni, por supuesto, aportar ningún dato sobre Luba. Esto me desconcierta y me cabrea, te lo digo así de claro.

—Te entiendo perfectamente. Esta historia os pertenece únicamente a Luba y a ti. No sabes cuánto lo lamento —se disculpó.

Ella no tenía la culpa, pero Julián maldijo esa casualidad, la que llevó a Luba a refugiarse precisamente en la casa de una actriz famosa. Le enervaba pensar que eso pudiera publicarse y que a alguien se le hubiera ocurrido que tenía interés, un interés tan morboso como inútil. Tras finalizar la llamada, telefoneó a Adelaida. Quería despedirse de ella antes de embarcar. De nuevo, recibió su llamada dando un paseo. No sabía que le gustara tanto. Caminaba, le dijo, por un sendero del valle de La Barranca, en Navacerrada. Hacía frío, pero también brillaba el sol. «Está todo precioso cubierto por la nieve», le comentó. Julián no tenía mucho tiempo para conversar sobre el paisaje serrano, pues en cualquier momento llamarían a los pasajeros para embarcar,

de modo que no dilató la pregunta que quería hacerle, empujado por aquella inseguridad que le perseguía desde el principio de la relación.

—¿Seguirás estando cuando vuelva? —le preguntó sin rodeos.

—¿Y por qué no voy a estar? No entiendo por qué me preguntas eso, como si yo fuera una veleta a merced del viento: hoy estoy contigo, mañana no y al día siguiente vuelvo a estar. Yo no actúo así, Julián, ya deberías saberlo. — Parecía molesta.

—Lo que quería decirte en realidad es que te echaré de menos.

—Eso me halaga, pero céntrate en afianzar tu relación con Luba, que es una responsabilidad para el resto de tu vida y yo no quiero interferir en ella.

—¿Qué quieres decir con eso? Tú nunca vas a interferir. Al contrario, estar contigo es lo que me da fuerza en esta batalla, Adelaida. Yo espero dártela a ti en las tuyas. Si piensas que Luba será un obstáculo en nuestra relación, dímelo claramente, porque no voy a elegir. La necesito a ella y te necesito a ti en mi vida. ¿Tan difícil te resulta entender eso? —El tono de voz de Julián era contundente, más propio de un guardia civil de servicio que de un hombre enamorado.

—Te has enfadado. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. —Le exasperaban esos dilemas absurdos que le estaba planteando.

—Te pido disculpas, Julián. Creo que me he expresado mal y tampoco es una conversación para mantener por teléfono. Estaré cuando regreses, si eso es lo que te preocupa. *Estaré*, te lo subrayo. ¿Es suficiente para ti o tengo que hacer algo más para librarte de tus inseguridades?

—¿Inseguridades, dices? No has dejado de manifestar las tuyas desde que ha empezado esta conversación.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —zanjó ella la cuestión—. ¿Por qué no hablamos cuando vuelvas?

—Sí, será lo mejor.

Le dolió despedirse así, de forma tan áspera, cuando tres días antes, en Nochevieja, habían estado tan bien, sin decirse ni una sola palabra que generara conflicto. Luba llegó de repente y se sentó a su lado. La notó asustada, no comprendía por qué.

—¿Te pasa algo? —le preguntó enseguida.

—No, estoy bien —contestó ella—. ¿Por qué lo dices?

—Te has ido a ver los aviones y estabas contenta y ahora vuelves y te veo

distinta. Y no puede ser a causa de Águila, porque ya no existe. ¿Te ha ocurrido algo?

—No, son los nervios. Nunca he volado en un avión.

—Yo creo que la experiencia te va a gustar. La pobre Greta ni se va a enterar. Mírala, sigue dormida. —Le señaló con la cabeza el transportín.

Minutos después, avisaron para el embarque y ambos se adentraron en el *finger* que conectaba con el avión, ella con el transportín en la mano y él con una pequeña bolsa de viaje, pues habían facturado las maletas. Ya en sus asientos, Luba se arrimó a la ventanilla y observó en la pista el trasiego de vehículos y remolques en torno al avión. El día había amanecido nublado, pero en las islas Canarias —le había comentado Julián— hacía sol y la temperatura media era de veinticinco grados, cuando en Madrid no se superaban los ocho. No lo entendía, pero quién era ella, sino una analfabeta que no sabía cómo funcionaba el mundo. Debería estar contenta por ir a un lugar con playa, al mar, a donde había viajado con su mente tantas veces para evadirse de su espantosa realidad, pero se sentía deprimida. Quería dejar atrás su desgraciada vida, se esforzaba por conseguirlo, pero en el aeropuerto, mientras contemplaba los aviones, un hombre mayor, trajeado, que llevaba una maleta con ruedas, se situó a su lado y la miró. Ella se apartó unos pasos cuando lo reconoció. Ni mucho menos se acordaba de todos los hombres que abusaron de ella, pero de este, sí: la ataba a la cama y era uno de los más violentos. A pesar de que se alejó de él, el hombre la siguió mirando. Parecía confundido, como si la conociera de algo y no supiera de qué. No esperó a que aquel individuo hiciera memoria para localizarla en su mente y se fue rápidamente a donde estaba Julián. Él captó su temor, le preguntó qué le ocurría, pero le avergonzaba tanto haberse encontrado con uno de sus violadores que guardó silencio. Podría sucederle de nuevo, decenas de veces más, eran tantos que se los encontraría en cualquier lugar y ella tendría que huir, como acababa de hacer. Nunca se libraría de ellos, el mundo estaba lleno de hombres así.

—Vamos a despegar, Luba —le comentó Julián, mientras colocaba el transportín de Greta bajo sus pies—. Abróchate el cinturón, yo te ayudo. Cuando ascendamos, notarás como si la espalda se te pegara al respaldo del asiento, debido a la fuerza de aceleración, pero solo serán unos minutos. ¿Estás bien? Te sigo notando alicaída.

—¿Y si me sienta mal volar?

—No te pasará nada. Disfruta viendo el paisaje. Todo te parecerá muy pequeño desde arriba, por muy grande que sea aquí abajo.

Julián seguía dolido por la actitud de Adelaida. Le pesaban aquellas objeciones a la nueva vida que iba a comenzar con Luba, porque las había, estaba seguro, aunque ella lo negara. ¿Cómo conseguir que no se alejara de nuevo de él? Se llevaba a aquellas vacaciones mucho más que el equipaje: con él viajaban también los temores a perder a Adelaida, las incertidumbres de la paternidad y el enorme cambio en su vida que iba a suponer.

El aparato avanzó por la pista de despegue, adquirió velocidad y Luba, instintivamente, posó su mano sobre la de Julián y la apretó con fuerza. Era la primera vez que sentían el contacto piel con piel. El avión ascendió, atravesó la capa brumosa que nublaba el día, sobrevoló un mar de nubes algodonosas bajo el cielo azul y se adentró en una de ellas, la más alta y voluminosa de todas. Pero la menos blanca.

## AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud a Ana Rosa Semprún, directora de Espasa, por confiar en mi obra y permitirme escribirla en los plazos que ha necesitado mi historia. Gracias también por su excelente trabajo a mi editora Myriam Galaz, a mi jefa de prensa Laura Fernández y al director de marketing David Cebrián y a su equipo, especialmente a Sergio García.

Durante la escritura de esta novela he tenido el gran apoyo de mi marido, Narcís, que aun teniendo él mismo su propio proyecto literario, lo ha interrumpido para hacer las lecturas críticas de mi historia que yo le he pedido. Le agradezco su generosidad, su disponibilidad y su paciencia, pues la escritura somete los estados de ánimo a una especie de viaje en una montaña rusa, maravilloso pero a la vez fluctuante y vertiginoso.

Aunque he escrito una obra de ficción y me he permitido las licencias lógicas e irrenunciables de la fabulación, para mí es importante trabajar la inventiva desde una base real. Por eso agradezco, una vez más, el apoyo de Germán, sargento de la Guardia Civil, que me ha asesorado sobre las cuestiones técnicas del Cuerpo y ha contestado enseguida los wasaps que le he enviado con un sinfín de preguntas. A Concha Molins y a Paloma Dorado, amigas y médicos las dos, quiero agradecerles su asesoramiento sobre cuestiones médicas, del mismo modo que le agradezco a Marta Suñol, abogada y amiga, que haya atendido todas mis consultas sobre procedimientos judiciales.

No puedo olvidar la fuerza inspiradora que me han transmitido las mujeres guardias civiles cuando se cumplen ahora treinta años de la primera promoción que vistió el uniforme: 197 pioneras que abrieron un camino que hoy comparten ya casi 6.000 y que yo he querido reflejar y agradecer en mi novela.

A mi familia —a mi hermano Santi, en especial— y a mis amigas y amigos, que han entendido sin reproches mis largas ausencias durante el tiempo que he



invertido en la escritura de mi historia, les doy las gracias emocionadas por el calor, los ánimos y el apoyo que he recibido de ellos de forma constante y entusiasta, al igual que han hecho mis amigos escritores María Frisa, Enrique Llamas y Marta Robles.

A todos mis seguidores y seguidoras de las redes sociales, a mis lectores y lectoras, gracias inmensas por vuestro aliento, cariño, confianza y respeto, que han sido y son muy importantes para mí. Gracias también a mi amiga María Berasarte, a Joe Cocker y a Elton John, porque su música y su talento me han inspirado y me han acompañado durante la escritura de esta novela.

A Mos y a Siba, mi perro y mi perra, mis dos amores, que tantas veces han dormido a mis pies mientras yo escribía esta historia en el ordenador. Les doy las gracias por quererme tanto y hacerme mejor persona queriéndolos mucho yo también.

# Nota

[1] Sara es uno de los personajes de la novela *Morir no es lo que más duele*.

*Antes mueren los que no aman*  
*Inés Plana*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2019  
© de la imagen de la portada, Kirill Sakryukin/Trevillon Images

© Inés Plana Giné, 2019  
© Los fragmentos citados de *Casa de muñecas*, de Henrik Ibsen, corresponden a la edición de Cátedra, col. Letras Universales, ed. Mario Parajón, 2016, reproducidos por cortesía de Ediciones Cátedra

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:  
[sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5697-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

# NOVELA **NEGRA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**



